Los tres mosqueteros
Veinte años despues
(…Continuación)

Alejandro Dumas

ÍNDICE

1. —LA SOMBRA DE RICHELIEU

En un cuarto del palacio del cardenal, palacio que ya conocemos, y junto a una mesa llena de libros y papeles, permanecía sentado un hombre con la cabeza apoyada en las manos.

A sus espaldas había una chimenea con abundante lumbre, cuyas ascuas se apilaban sobre dorados morillos. El resplandor de aquel fuego iluminaba por detrás el traje de aquel hombre meditabundo, a quien la luz de un candelabro con muchas bujías permitía examinar muy bien de frente.

Al ver aquel traje talar encarnado y aquellos valiosos encajes; al contemplar aquella frente descolorida e inclinada en señal de meditación, la soledad del gabinete, el silencio que reinaba en las antecámaras, como también el paso mesurado de los guardias en la meseta de la escalera, podía imaginarse que la sombra del cardenal de Richelieu habitaba aún aquel palacio.

Mas ¡ay! sólo quedaba, en efecto, la sombra de aquel gran hombre. La Francia debilitada, la autoridad del rey desconocida, los grandes convertidos en elemento de perturbación y de desorden, el enemigo hollando el suelo de la patria todo patentizaba que Richelieu ya no existía.

Y más aún demostraba la falta del gran hombre de Estado, el aislamiento de aquel personaje; aquellas galerías desiertas de cortesanos; los patios llenos de guardias aquel espíritu burlón que desde la calle penetraba en el palacio, a través de los cristales, como el hálito de toda una población unida contra el ministro; por último, aquellos tiros lejanos y repetidos, felizmente, disparados al aire, sin más fin que hacer ver a los suizos, a los mosqueteros y a los soldados que guarnecían el palacio del cardenal, llamado a la sazón Palacio Real, que también el pueblo disponía de armas.

Aquella sombra de Richelieu era Mazarino, que se hallaba aislado, y se sentía débil.

—¡Extranjero! —murmuraba entre dientes— ¡Italiano! No saben decir otra cosa. Con esta palabra han asesinado y hecho pedazos a Concini, y me destrozarían a mí, que no les he hecho más daño que oprimirles un poco. ¡Insensatos! Ignoran que su enemigo no es este italiano que habla mal el francés, sino los que saben decirles bellas y sonoras frases en el más puro idioma de su patria. Sí, sí —continuaba el ministro, dejando ver una ligera sonrisa que en aquel momento parecía algo extraña en sus descoloridos labios—, sí, vuestros rumores me hacen conocer que la suerte de los favoritos es muy variable; pero si sabéis eso, también debéis saber que yo no soy un favorito como otro cualquiera. El conde de Essex tenía una rica sortija guarnecida de brillantes, regalo de su real amante, y yo no tengo más que un simple anillo con una cifra y una fecha; pero este anillo fue bendecido en la capilla del Palacio Real,[1] y no me derribarán tan fácilmente. No conocen que a pesar de sus gritos incesantes de «¡Abajo Mazarino! » yo les hago gritar a mi antojo: «¡Viva el señor de Beaufort!» lo mismo que: «¡Viva el príncipe!» o «¡Viva el Parlamento!» Pues bien, el señor de Beaufort permanece en Vicennes, el Príncipe irá a juntarse con él de un momento a otro, y el Parlamento...

1. Es sabido que no habiendo Mazarino recibido órdenes que le impidieran contraer matrimonio, casóse con Ana de Austria. Véanse las *Memorias* de Laporte y las *Memorias de la Princesa Palatina.*

Al pronunciar esta palabra la sonrisa de Su Eminencia tomó una expresión de odio, impropia de su fisonomía, generalmente dulce.

—Y el Parlamento... —prosiguió— bien; ya veremos lo que debemos hacer con él: por de pronto ya tenemos a Orléans y a Montargis. ¡Ah! Yo me tomaré tiempo; pero los que han gritado contra mí acabarán por gritar contra toda esa gente. Richelieu, a quien odiaban mientras vivía y de quien no cesaron de hablar después de muerto, se vio peor que yo todavía, porque fue despedido no pocas veces y otras tantas temió serlo. A mí no me puede despedir la reina, y si me veo obligado a ceder ante el pueblo, ella tendrá que ceder conmigo; si huyo, también ella huirá, y entonces veremos qué hacen los rebeldes sin su reina y sin su rey... ¡Oh!, ¡si yo no fuera extranjero!, ¡si hubiera nacido en Francia!, ¡si fuera caballero! ¡Con esto sólo me contentaba!

Y volvió a sus meditaciones.

Efectivamente la situación era difícil, y el día que acababa de terminar la había complicado más todavía.

Aguijoneado por su insaciable codicia, Mazarino cada vez oprimía al pueblo con más impuestos, y el pueblo, al que, según la frase del abogado general Talon, no le quedaba ya más que el alma, y esto porque no podía venderla; el pueblo, a quien se trataba de aturdir con el ruido de las victorias, pero que conocía que los laureles no pueden usarse como alimento, empezaba a murmurar.

Pero no era esto lo peor, porque cuando sólo es el pueblo el que murmura, la corte, alejada de él por la nobleza, no lo oye; pero Mazarino había cometido la imprudencia de meterse con la magistratura, vendiendo doce nombramientos de relator; y como estos cargos daban pingües derechos, que necesariamente habían de disminuir aumentando el número de magistrados, se habían éstos reunido y jurado no consentir semejante aumento, y resistir a todas las persecuciones de la corte; prometiéndose mutuamente que en el caso de que alguno de ellos perdiese el cargo a consecuencia de aquella actitud rebelde, los demás le resarcirían de sus pérdidas por medio de un reparto.

He aquí lo que hicieron unos y otros:

El día 7 de enero reuniéronse tumultuariamente unos setecientos u ochocientos mercaderes de París a causa de una nueva contribución que se trataba de imponer a los propietarios de casas, y delegaron a diez de entre ellos para que hablasen en nombre de todos al duque de Orléans, el cual, según su tradicional costumbre, trataba de hacerse popular. Recibidos por el duque, le manifestaron que estaban resueltos a no pagar aquel nuevo impuesto, aunque tuvieran que rechazar a los cobradores por medio de la fuerza. El duque de Orleáns, después de escucharles con benevolencia, les dio algunas esperanzas, ofreciéndose a hablar con la reina, y les despidió con la palabra sacramental de los príncipes: «Veremos».

Los relatores, por su parte, presentáronse al cardenal el día 9, y uno de ellos, que tomó la palabra en nombre de los demás, se expresó con tal vigor y atrevi-

miento, que el cardenal, sorprendido, les despidió como el duque de Orleáns a los suyos, diciéndoles: «Veremos».

Entonces reunióse el consejo, y se llamó a Emery, el superintendente de rentas.

Era éste un hombre odiado por el pueblo, en primer lugar por razón de su cargo, que parece que lleva consigo el hacer odioso a todo el que lo ejerce; y en segundo, porque él daba motivos para serlo:

Su padre, banquero de Lyon, que se llamaba Particelli, había cambiado su nombre por el de Emery a causa de una quiebra. Reconociendo en él el cardenal de Richelieu un gran talento rentístico, lo presentó al rey Luis XIII con el nombre de Emery, como hombre experto para intendente de rentas; hablando de él con mucho elogio.

—Tanto mejor —dijole el rey—; me alegro mucho de que me habléis del señor Emery para este destino, que debe ser ocupado por un hombre honrado. Me habían dicho que protegíais a ese bribón de Particelli, y temía que me obligaseis a nombrarlo.

—Señor —contestó el cardenal—, en ese punto puede Vuestra Majestad estar tranquilo, pues el Particelli a que se refiere ha sido ahorcado.

—¡Muy bien! —exclamó el rey—. Así verán que no en vano me llaman Luis el Justo.

Y firmó el nombramiento del señor de Emery.

Este mismo Emery consiguió ser luego superintendente de rentas.

Habiendo ido a llamarle de parte del consejo, acudió muy azorado, diciendo que su hijo había estado expuesto aquel mismo día a ser asesinado en la plaza de Palacio, donde halló una turba que le echó en cara el lujo de su mujer, que tenía una habitación tapizada de terciopelo con adornos de oro. Esta era hija de Nicolás Lecamus, secretario del rey en 1617, el cual había llegado a París con veinte libras por todo capital, y acababa de distribuir entre sus hijos nueve millones, reservándose una renta de cuarenta mil libras.

El hijo de Emery había corrido gran peligro de morir trágicamente, por habérsele ocurrido a un chusco proponer que le estrujasen hasta que vomitase todo el oro que había tragado. El consejo no pudo resolver nada aquel día, pues el superintendente no tenía la cabeza para hacer cosa de provecho.

Al día siguiente, el primer presidente, Mateo Molé, cuyo valor en aquel entonces, según testimonio del cardenal de Retz, igualó al del duque de Beaufort y al del príncipe de Condé, que pasaban por ser los hombres más intrépidos de Francia, fue también acometido: el pueblo amenazaba con hacerle responsable de todos los males que se le iban a ocasionar; pero el primer presidente contestó con su acostumbrada serenidad, que si los alborotadores desobedecían la voluntad del rey, iba a mandar levantar cadalsos en todas las plazas para ejecutar en el acto a los revoltosos. A lo cual replicaron éstos que deseaban que se levantaran, pues servirían para ahorcar a los malos jueces que lograban el favor de la corte a costa de la miseria del pueblo.

Pero hubo más: el día 11, yendo la reina a misa a Nuestra Señora, según hacía todos los sábados, fue seguida por más de doscientas mujeres que grita-

ban pidiendo justicia. No había en ellas ninguna mala voluntad, y sólo deseaban arrojarse a los pies de la reina para moverla a lástima; pero los guardias se lo impidieron, y la reina atravesó con altivez por entre la muchedumbre, sin dignarse oír sus clamores.

Por la tarde volvió a celebrarse consejo, y se decidió sostener a todo trance la autoridad del rey, convocando el Parlamento para el día siguiente.

Este día, en cuya noche comienza nuestra historia, el rey, que contaba entonces diez años de edad y acababa de pasar el sarampión, con motivo de ir a dar gracias a Nuestra Señora por su restablecimiento, formó sus guardias, sus suizos y sus mosqueteros alrededor del Palacio Real, en los muelles y en el Puente Nuevo; y después de la misa fue al Parlamento, donde con general asombro, no sólo sostuvo sus anteriores decretos, sino que promulgó otros cinco nuevos, a cual más ruinoso, según dice el cardenal de Retz, de tal modo, que el primer presidente, que antes estaba al lado de la corte, no pudo menos de expresarse con grande energía acerca de aquel modo de llevar al rey a semejante sitio para sorprender y coartar la libertad de los votos.

Mas los que más especialmente levantaron la voz contra los nuevos impuestos fueron el presidente Blancmesnil y el consejero Broussel. Dados aquellos decretos, volvió el rey al palacio por entre un gentío inmenso que apenas dejaba paso; pero como se sabía que había ido al Parlamento, y no se sabía si era para mejorar o para agravar la situación del pueblo, no se oyó ni una sola exclamación para felicitarle. Antes al contrario: todos los semblantes estaban inquietos y sombríos y había algunos hasta amenazadores.

A pesar de que ya el rey había vuelto a Palacio, las tropas permanecieron en sus puestos por miedo a que cuando se supiese el resultado de la sesión del Parlamento estallase alguna asonada. Y en efecto, en cuanto comenzó a cundir el rumor de que el rey, lejos de disminuir las cargas las había aumentado, formáronse grandes grupos, y se oyeron por todas partes los gritos de: «¡Muera Mazarino! ¡Viva Broussel! ¡Viva Blancmesnil! » Porque el pueblo ya sabía que éstos eran los que habían abogado por él, y no dejaba de agradecerles su interés, por más que hubiese sido infructuoso.

Se trató de disolver los grupos y ahogar aquellas voces; pero como sucede muchas veces en semejantes casos, los grupos aumentaron y las voces se hicieron cada vez más amenazadoras. Acababa de darse orden a los guardias del rey y a los suizos, no sólo de mantenerse en sus puestos, sino de destacar algunas patrullas por las calles de San Dionisio y San Martín, donde el desorden era mayor, cuando anuncióse en el Palacio Real la llegada del preboste de los mercaderes.

Introducido inmediatamente, manifestó que si no cesaban aquellas demostraciones de fuerza por parte del gobierno, en dos horas se pondría en armas a la población de París.

Estaban deliberando sobre lo que convendría hacer, cuando entró Comminges, teniente de guardias, con el traje destrozado y el rostro lleno de sangre. Al verle entrar, la reina dio un grito y preguntó qué acontecía.

La previsión del preboste se había cumplido en parte, pues los ánimos empezaban a exasperarse con la vista de las tropas. Algunos alborotadores se habían apoderado de las campanas y tocaban a rebato. Comminges quiso demostrar

energía, y haciendo arrestar a uno que parecía cabeza de motín, mandó que para hacer un escarmiento lo ahorcasen en la cruz del Trahoir. Disponíanse los soldados a cumplir esta orden; pero al llegar al Pósito fueron atacados por la multitud con piedras y alabardas, y el preso, aprovechando el tumulto, huyó por la calle de Tiquetonne, refugiándose en una casa.

Los soldados forzaron la puerta, pero inútilmente, pues no lograron dar con el fugitivo. Comminges dejó un piquete en la calle, y con el resto de su fuerza fue al Palacio Real para dar cuenta a la reina de lo que sucedía. En todo el camino fue perseguido con gritos y amenazas; muchos de sus soldados habían sido heridos, a él mismo habíanle partido una ceja de una pedrada.

La relación de Comminges venía a confirmar lo manifestado por el preboste de los mercaderes, y como las circunstancias no permitían hacer frente a un levantamiento serio, el cardenal hizo decir que las tropas habían sido situadas en los muelles y el Puente Nuevo, sólo con motivo de la ceremonia del día, y que al instante iba a retirarse: efectivamente, a eso de las cuatro de la tarde se concentraron todos hacia el Palacio Real, situóse un destacamento en la barrera de Sergens, otro en la de Quince-Vingts y otro en la altura de San Roque. Se llenaron los patios y pisos bajos de suizos y mosqueteros, y se decidió esperar los acontecimientos.

A esta altura se encontraban los sucesos cuando introdujimos al lector en la habitación del cardenal Mazarino, que antes había pertenecido a Richelieu. Ya hemos visto en qué situación de ánimo escuchaba los clamores del pueblo y el eco de los tiros que llegaban hasta él.

De repente levantó la cabeza con las cejas medio fruncidas, cual un hombre que ha tomado una resolución, fijó los ojos en un enorme reloj que iba a dar las seis, y tomando un pito de oro que había sobre la mesa, silbó dos veces.

Abrióse silenciosamente una puerta oculta detrás de la tapicería, y un hombre vestido de negro se adelantó, quedándose en pie detrás del sillón que ocupaba el cardenal.

—Bernouin —dijo el cardenal, sin volver siquiera la cabeza, pues habiendo dado dos silbidos, sabía que sería su ayuda de cámara—, ¿qué mosqueteros están de guardia en palacio?

—Los mosqueteros negros, señor.

—¿Qué compañía?

—La de Tréville.

—¿Está en la antecámara algún oficial de esa compañía?

—El teniente Artagnan.

—¿Creo que ése es de los buenos?

—Sí, señor.

—Traedme un uniforme de mosquetero, y ayudadme a vestir.

El ayuda de cámara salió, y un momento después, volvió con el deseado uniforme de mosquetero.

El taciturno cardenal comenzó a quitarse el traje de ceremonia que se había puesto para asistir a la sesión del Parlamento, y a ponerse la casaca de mosquetero, que llevaba con soltura gracias a sus antiguas campañas de Italia. Cuando estuvo vestido dijo:

—Id a llamar a M. Artagnan.

Y el criado salió esta vez por la puerta del centro; pero siempre tan taciturno, que más bien que un hombre parecía una sombra.

Luego que Mazarino quedó solo, se miró con satisfacción al espejo. No era viejo todavía, pues apenas contaba cuarenta y seis años: su estatura era algo menos que mediana; pero su cuerpo estaba bien formado, tenía el cutis fresco, la mirada llena de fuego, la nariz grande pero bien proporcionada, la frente ancha y franca, los cabellos castaños y algo crespos, la barba más oscura que los cabellos, y siempre rizada, lo cual le favorecía mucho. Se puso el tahalí; examinó con complacencia sus manos, que eran lindas, y las cuidaba esmeradamente, arrojó unos guantes de gamuza que eran los que correspondían al uniforme, y se puso otros de seda.

En aquel instante, volvió a abrirse la puerta.

—M. d'Artagnan —dijo el ayuda de cámara.

Y se presentó un oficial.

Era éste un hombre de cuarenta años, pequeño de cuerpo, pero bien formado, delgado, de ojos expresivos: tenía la barba negra y los cabellos entrecanos, como sucede generalmente al que ha pasado una vida muy agitada, principalmente si es moreno.

Artagnan dio cuatro pasos en el gabinete, que ya conocía por haber estado en él una vez, cuando vivía el cardenal Richelieu, y viendo que no había más que un mosquetero de su compañía, puso en él la vista, pero al momento reconoció al cardenal.

Entonces se detuvo en actitud respetuosa y digna, como convenía a un hombre de alguna condición, que había tenido en su vida frecuentes ocasiones de tratar con personas de elevada categoría.

El cardenal dirigióle una mirada más bien curiosa que escrutadora, y dijo después de un momento:

—¿Sois el caballero Artagnan?

—El mismo, señor —contestó el oficial.

El cardenal examinó por un momento aquella cabeza de hombre inteligente, y aquel rostro cuya extremada movilidad había cambiado con los años y la experiencia; pero Artagnan sostuvo el examen como quien ya ha sido sondeado en otro tiempo por ojos más perspicaces que los que entonces le miraban.

—Caballero —dijo el cardenal—, vais a venir conmigo, o mejor dicho, yo voy a ir con vos.

—Estoy a vuestras órdenes, señor —respondió Artagnan.

—Desearía visitar por mí mismo las guardias que rodean el Palacio Real: ¿creéis que hay algún peligro?

—¿Algún peligro, señor? —preguntó Artagnan—. ¿Y cuál?

—Parece que el pueblo está bastante excitado.

—El uniforme de los mosqueteros del rey es generalmente respetado, y aun cuando no lo fuera, con cuatro hombres me comprometo a hacer correr a ciento de estos vagos.

—Ya habéis visto, no obstante, lo que le ha pasado a Comminges.

—El señor de Comminges pertenece a los guardias y no a los mosqueteros —contestó Artagnan.

—Lo cual quiere decir —repuso sonriendo el cardenal— que los mosqueteros son mejores soldados que los guardias.

—Cada uno tiene el amor de su uniforme, señor.

—Menos yo —repuso Mazarino con la misma sonrisa—, pues ya veis que he cambiado el mío por el vuestro.

—Eso es pura modestia, señor; y por mi parte os aseguro, que si tuviera el de vuestra eminencia, me daría por muy satisfecho.

—Lo creo, pero para salir esta noche entiendo que no sería el más a propósito. Bernouin, mi sombrero.

El ayuda de cámara llevó al momento un sombrero de alas anchas. El cardenal se lo puso, y volviéndose a Artagnan, dijo:

—¿Supongo que tendréis caballos dispuestos en las cuadras?

—Sí, señor.

—Pues bien, marchemos.

—¿Cuántos hombres hemos de llevar?

—Habéis dicho que con cuatro os comprometíais a poner en fuga a cien revoltosos; pero como pudiéramos encontrar doscientos, llevad ocho.

—Pues cuando gustéis.

—Vamos... O si no —repuso el cardenal—, mejor es por aquí. Alumbrad, Bernouin.

El criado tomó una bujía, Mazarino sacó una llavecita de su escritorio, y abriendo la puerta de cierta escalera secreta, se encontró al cabo de pocos instantes en el patio del palacio.

II.— RONDA NOCTURNA

Algunos minutos después, salía el cardenal con su pequeña escolta por la calle de Bons-Enfants, situada detrás del teatro que Richelieu había hecho edificar para representar su tragedia *Miramo,* y en el cual Mazarino, más aficionado a la música que a la literatura, acababa de mandar poner en escena las primeras óperas que se estrenaron en Francia.

El aspecto de la ciudad presentaba todos los síntomas de una temible agitación; numerosos grupos recorrían las calles, y a pesar de la opinión de Artagnan sobre la superioridad de los soldados, lejos de demostrar el menor temor, sé

detenían para verlos pasar en actitud burlona y algún tanto provocativa. De vez en cuando se oían murmullos que procedían del Pósito, y algunos tiros sueltos mezclábanse al sonido de las campanas, movidas a intervalos por el capricho del pueblo.

Artagnan continuaba su camino con la mayor indiferencia como si nada le importase todo aquello. Cuando se encontraba un grupo en la calle, echaba sobre él su caballo sin avisar siquiera, y los paisanos se apartaban y le dejaban paso, como si adivinaran la clase de hombre con quien tenían que habérselas. El cardenal envidiaba aquella serenidad que atribuía a la costumbre de correr peligros; pero no por eso dejaba de manifestar al oficial, bajo cuyas órdenes se había puesto momentáneamente, la consideración que el valor inspira siempre.

Al aproximarse a la guardia de la barrera de Sergens, dio el centinela, el ¿quién vive? Artagnan contestó, y habiendo preguntado al cardenal el santo y seña, que eran *San Luis y Rocroy,* acercóse a rendirlos.

Hecha esta formalidad, preguntó Artagnan si el comandante de la guardia era el señor de Comminges. El centinela le indicó un oficial que estaba a pie hablando con un jinete, con la mano sobre el cuello del caballo de su interlocutor: aquél era por quien le preguntaban.

—Allí está el señor de Comminges —dijo Artagnan volviendo donde estaba el cardenal.

Adelantó éste su caballo, mientras Artagnan se retiraba por discreción: no obstante, en el modo con que el oficial de a pie y el de a caballo se quitaron los sombreros, notó que habían conocido al cardenal.

—¡Bien, Guitaut! —dijo éste al jinete—. Veo que a pesar de vuestros sesenta y cuatro años, os conserváis siendo el mismo tan fuerte y tan robusto. ¿Qué decíais a este joven?

—Le decía, monseñor —respondió Guitaut—, que vivimos en un tiempo muy singular y que el día de hoy se parecía mucho a algunos de los del tiempo de la Liga que presencié en mi juventud. ¿Sabéis que en las calles de San Dionisio y de San Martín se intentaba nada menos que levantar barricadas?

—¿Y qué decía a eso Comminges, mi querido Guitaut?

—Señor —respondió Comminges—, le decía que para formar una Liga les faltaba una cosa que me parecía muy esencial, y es un duque de Guisa; por otra parte, las cosas no se hacen dos veces.

—No, pero harán una Fronda, como ellos dicen —replicó Guitaut.

—¿Y qué es eso de Fronda? —preguntó Mazarino.

—Señor, es el nombre que ellos dan a su partido.

—¿Y de dónde les viene ese nombre?

—Parece que el consejero Bachaumont dijo hace pocos días en el palacio, que los autores de motines se parecen a los estudiantes que se apedrean con hondas *[frondes]* en los fosos de París, y que se dispersan cuando ven al teniente civil, para volver a reunirse en cuanto pasa. Han cogido al vuelo la palabreja, como los hambrientos de Bruselas, y hácense llamar fronderos. Desde ayer todo

se hace a la Fronda, el pan, los sombreros, los guantes, los manguitos, los abanicos... y si no, oíd.

En aquel momento se había abierto una ventana y un hombre asomado a ella cantaba:

Se ha levantado un viento
como de Fronda,
que contra Mazarino
dicen que sopla.
Si al fin aumenta,
es posible que traiga
fuerte tormenta.

—¡Insolente! —murmuri Guitaut.

—Señor —dijo Comminges, a quien su herida había puesto de mal humor y deseaba tomar la revancha—. ¿deseáis que envíe una bala a ese tunante para enseñarle a cantar de falsete?

Y al decir esto, echó mano a una de las pistoleras del caballo de su tío.

—No, no —exclamó Mazarino—. ¡Diablo! amigo, que lo vais a echar a perder todo; las cosas no pueden ir mejor hasta ahora. Conozco a vuestros franceses como si todos ellos desde el primero hasta el último fuesen obra de mis manos. Ahora cantan; ya lo pagarán. Durante la Liga de que hablaba hace poco r itaut, no se cantaba otra cosa que la misa. Vamos, Guitaut, vamos y veremos si hay tanta vigilancia en el puesto de Quince-Vints, como en la barrera de Sergens.

Y saludando a Comminges fue a reunirse con Artagnan, quien volvió a ponerse al frente de la patrulla, seguido de Guitaut y del cardenal, detrás de los cuales iba el resto de la escolta.

—Es cierto —murmuró Comminges viéndole alejarse—; me olvidaba de que a él le basta con que le paguen.

La patrulla siguió por la calle de San Honorato, dispersando los grupos, en los que no se hablaba de otra cosa que de los decretos del día: compadecían al joven rey, que arruinaba a su pueblo sin saberlo, echaban la culpa de todo a Mazarino, proponían dirigirse al duque de Orleáns y al príncipe, y aplaudían a Blancmesnil y a Broussel.

Artagnan pasaba por entre los grupos sin ocuparse de ellos, como si él y su caballo fueran de hierro.

Mazarino y Guitaut hablaban en voz baja; y los mosqueteros, que habían conocido al cardenal, marchaban silenciosos.

De este modo llegaron a la calle de Santo Tomás de Louvre, donde estaba el puesto de Quince-Vingts, y Guitaut llamó a un oficial subalterno, que acudió al momento.

—¿Qué hay? —preguntó Guitaut.

—Todo está tranquilo por aquí, mi capitán; sólo creo que debe suceder algo de particular en esa casa.

Y diciendo esto, señalaba una magnífica casa que ocupaba el mismo sitio que más adelante ocupó el Vaudeville.

—¿En esa casa? —repuso Guitaut—. ¡Es el palacio de Rambouillet! —Yo no sé de quién es ese palacio; pero sí que he visto penetrar en él mucha gente y de muy mal aspecto.

—¡Bah! ¡Serían poetas! —dijo Mazarino—, ¿queréis hablar con más comedimiento de esos señores? ¿No sabéis que en mi juventud fui yo también poeta, y componía versos del género de los del señor de Benserade?

—¿Vos, señor?

—Sí, yo. ¿Queréis que os recite algunos?

—Sería inútil, señor; no entiendo el italiano.

—Bien, pero conocéis el francés —replicó Mazarino, poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro—, y cualquiera orden que se os diera en esta lengua sabríais ejecutarla al momento, ¿no es así, leal y valiente Guitaut?

—Así es, señor; y ya lo he hecho varias veces; siempre, sin embargo, que la orden emane de la reina.

—¡Ah! Sí —dijo Mazarino mordiéndose los labios—, no ignoro que sois acérrimo partidario suyo.

—Soy capitán de sus guardias hace más de veinte años.

—Adelante, caballero Artagnan, no hay novedad por este lado —dijo el cardenal.

Artagnan se puso a la cabeza de la patrulla sin hablar una palabra, con esa obediencia que es en los veteranos una segunda naturaleza.

Encaminóse a la altura de San Roque, donde se hallaba el tercer puesto, pasando por la calle de Richelieu y la de Videlot.

Aquel punto era el más aislado, pues estaba casi contiguo a los baluartes, y la ciudad estaba muy despoblada por aquel lado.

—¿Quién es el comandante de este puesto? —preguntó el cardenal.

—Villequier—dijo Guitaut.

—¡Diantre! —exclamó Mazarino— Habladle vos solo, pues ya sabéis que no es muy partidario mío, desde que se os confió el encargo de prender al duque de Beaufort; Villequier pretendía, que como capitán de los guardias reales, a él le correspondía el honor de prestar ese servicio.

—Ya lo sé, y mil veces le he dicho que no tenía razón: el rey no podía darles esa orden, porque apenas contaba entonces cuatro años.

—Sí, pero yo hubiera podido dársela, mas preferí comisionaros a vos, amigo Guitaut.

Guitaut adelantó su caballo sin responder, y dándose a conocer al centinela, hizo llamar al señor de Villequier.

Este salió al momento.

¯¡Ah! ¿Sois vos, Guitaut? —preguntó en el tono de mal humor que le era habitual—. ¿Qué diablos venís a hacer aquí?

—Vengo a preguntaros si ha sucedido alguna novedad.

—¿Qué diantres queréis que ocurra? Se oye gritar: ¡viva el rey! y ¡muera Mazarino! Pero esto no es una novedad y hace tiempo que estamos acostumbrados a oírlo.

—¡Y vos hacéis coro! —dijo Guitaut riéndose.

—Buenas ganas tengo de hacerlo; pues creo que los que gritan tienen razón: daría con gusto cinco anualidades de mi paga que no me pagan, porque el rey tuviese cinco años más.

—¿Y qué ganaríais con esto?

—Con eso sería mayor de edad, daría las órdenes por sí mismo, y al nieto de Enrique IV se le obedece con más gusto, que a un hijo de Pedro Mazarino. Lo que es por el rey me dejaría matar de buen grado ¡voto al diablo! pero si llegara a morir por Mazarino, como ha estado a punto de suceder hoy a vuestro sobrino, os juro que no me haría maldita la gracia.

—Está bien, señor de Villequier —dijo el cardenal—, no tengáis cuidado, que yo haré presente vuestra adhesión al rey.

Y al momento añadió volviéndose a su escolta:

—Vamos, caballeros, todo está en buen orden, volvámonos.

—¡Cómo! —dijo Villequier—. ¡Estaba ahí Mazarino! Me alegro; ya hace tiempo que deseaba manifestarle cara a cara mi modo de pensar. Vos me habéis proporcionado esta ocasión, Guitaut, y aun cuando tal vez vuestra intención no haya sido muy buena, no por esto dejo de agradecéroslo.

Y volviendo la espalda, entró en el cuerpo de guardia, silbando una canción de la Fronda.

Mazarino regresaba a Palacio muy pensativo; todo lo que había oído lo mismo a Comminges que a Guitaut y a Villequier, le confirmaba cada vez más en la idea de que si los sucesos llegaban a adquirir cierta gravedad, no podría contar más que con la reina, y como esta señora había abandonado a sus íntimos con tanta frecuencia, su mismo apoyo, a pesar de las precauciones que había tomado, parecía a Mazarino cosa muy insegura.

En todo el tiempo que duró aquella ronda nocturna, que sería cerca de una hora, el cardenal, sin dejar de observar a Comminges, Guitaut y Villequier, había dedicado singular atención a examinar a un hombre. Este hombre, que escuchaba impasible las amenazas populares, y cuyo rostro no se había inmutado poco ni mucho ni por las chanzonetas que había dicho, ni por las que había sufrido Mazarino, le parecía un ser excepcional y a propósito para los sucesos que empezaban a desarrollarse.

Por otra parte, el nombre de Artagnan no le era del todo desconocido, y aunque Mazarino no había llegado a Francia hasta los años 1634 y 1635, esto es, siete u ocho después de los sucesos que hemos referido en *Los Tres Mosqueteros,* le parecía al cardenal haber oído expresar aquel nombre como el de un in-

dividuo que en cierta ocasión que no recordaba, se había dado a conocer como un modelo de lealtad, ingenio y valor.

De tal manera se apoderó esta idea de su imaginación, que resolvió aclarar inmediatamente su duda; pero no era a Artagnan a quien debía preguntar lo que quería. Por las escasas palabras que había pronunciado el teniente de mosqueteros, había conocido el cardenal su procedencia gascona, e italianos y gascones se conocían perfectamente y se parecen demasiado para poder decir unos de otros lo que todos pudieran decir de sí mismos. Al llegar a la tapia que rodeaba el jardín del palacio del Rey, llamó Mazarino a una puertecilla situada entonces poco más o menos donde hoy se encuentra el café de Foy, y después de dar las gracias a Artagnan, mandóle que le aguardase en el patio de palacio e hizo seña a Guitaut de que le siguiera. Echaron los dos pie a tierra, entregaron las riendas al criado que había abierto la puerta, y desaparecieron por el jardín.

—Apreciable Guitaut —dijo el cardenal, apoyándose en el brazo del antiguo capitán de guardias—, me decíais hace poco que hacía veinte años que estáis al servicio de la reina.

—Así es —respondió Guitaut.

—He notado —continuó el cardenal—, que además de vuestro valor incontestable y de vuestra lealtad a toda prueba, tenéis una excelente memoria.

—¿Eso habéis notado, señor? Diantre, tanto peor para mí —dijo el capitán de guardias.

—¿Por qué?

—Porque una de las principales cualidades del cortesano es saber olvidar.

—Pero vos no sois cortesano, Guitaut, sino un buen militar, y uno de los pocos capitanes que quedan del tiempo de Enrique IV y de los que por desgracia no quedará ninguno dentro de pocos años.

—¡Diablo, señor! ¿Me habéis hecho acompanaros para decirme mi horóscopo?

—No —dijo Mazarino riéndose—, os he hecho venir conmigo para interrogaros si habéis observado al teniente de mosqueteros que nos ha acompañado.

—¿A M. Artagnan?

—Sí.

—No ha habido necesidad de observarle porque le conozco hace mucho tiempo.

—¿Y qué clase de hombre es?

—¿Qué clase de hombre es? —repitió Guitaut con asombro—. Un gascón.

—Eso ya lo sé, pero pregunto si es hombre que puede inspirar confianza.

—El señor de Tréville, que, como no ignoráis, es uno de los mayores amigos de la reina, le profesa grande estimación.

—Desearía saber qué pruebas ha dado de sus buenas cualidades.

—Si queréis hablar de él como militar, puedo deciros que, como he oído decir, en el sitio de la Rochela, en el paso de Suze y en Perpignan, se ha distinguido extraordinariamente.

—Ya conocéis, Guitaut, que los pobres ministros necesitamos muchas veces hombres que sean algo más que valientes, necesitamos hombres hábiles. ¿No se ha visto ese Artagnan, en tiempos del cardenal, enredado en alguna intriga que exigiese una gran destreza, y de la cual haya salido airoso?

—Señor —dijo Guitaut conociendo que el cardenal quería sonsacarle—, me veo obligado a decir a vuestra eminencia que no sé lo que la voz pública puede haber hecho llegar a sus oídos. Jamás me ha gustado intrigar por mi cuenta, y si alguna vez se me han confiado intrigas ajenas, como el secreto no me pertenece, espero, señor, que no llevará a mal lo guarde.

Mazarino meneó la cabeza diciendo:

—Hay ministros muy dichosos, que saben todo lo que necesitan.

—Esto consiste —respondió Guitaut— en que no miden a todos por el mismo rasero, y saben dirigirse a los hombres de armas cuando se trata de guerra, y a los intrigantes para las intrigas. Dirigíos a cualquier intrigante del tiempo a que os referís, y sabréis todo lo que queráis, pagándole bien por supuesto.

—¡Eh! —exclamó Mazarino—. Se le pagará... si no hay medio de lograrlo de otra manera.

—¿Y me pide formalmente monseñor que le indique un hombre que haya estado metido en todas las intrigas de aquella época?

—¡Por Baco! —exclamó el cardenal, que se iba impacientando—. Hace una hora que no estoy preguntando otra cosa.

—Uno hay de quien me atrevo a responder, siempre que él quiera hablar.

—Eso corre de mi cuenta.

—¡Ah, señor! No siempre es fácil despegar una boca que se empeña en permanecer cerrada.

—¡Bah! Con paciencia todo se consigue. ¿Quién es ese hombre?

—El conde de Rochefort.

—¡El conde de Rochefort!

—Por desgracia, desapareció hace unos cinco años, y no sé qué habrá sido de él.

—Yo lo sabré —dijo Mazarino.

—Era el diablo familiar del cardenal, señor, pero os advierto que vuestro deseo os costará caro: el cardenal era pródigo con los suyos.

—Sí, sí —contestó Mazarino—; era un grande hombre, mas tenía ese defecto. Gracias, Guitaut; esta misma noche aprovecharé vuestro consejo.

En aquel momento, llegaron los dos interlocutores al patio del Palacio Real; Mazarino saludó con la mano al capitán de guardias; y viendo un oficial que se paseaba de un extremo a otro, acercóse a él, y le dijo con voz más melosa:

—M. Artagnan, venid, tengo que daros una orden.

Artagnan se inclinó con respeto, y siguió al cardenal por la escalera secreta. Un momento después, se encontraron los dos en el gabinete de donde habían salido.

El cardenal se sentó al lado de una mesa, y cogiendo un pliego de papel, escribió algunos renglones.

Artagnan, en pie, inmóvil, impasible, esperaba que acabara sin impaciencia y sin curiosidad, pues en fuerza de la costumbre había llegado a convertirse en una especie de autómata que obedecía sin darse cuenta de ello.

El cardenal dobló la carta y sellóla.

—Caballero Artagnan —le dijo—, vais a llevar este despacho a la Bastilla, y a traerme a la persona que reclamo en él; tomad un carruaje y una escolta, y guardad con el preso mucha vigilancia.

Artagnan tomó el papel, saludó, giró sobre los talones con la misma precisión con que lo hubiera hecho un sargento instructor, y un momento después oyósele mandar con acento seco y monótono: —Cuatro hombres de escolta, un carruaje y mi caballo.

A los cinco minutos oyéronse las ruedas del coche, y las herraduras de los caballos.

III.— DOS ADVERSARIOS ANTIGUOS

Cuando llegó Artagnan a la Bastilla, tocaban las ocho y media.

Se hizo anunciar al gobernador, el cual, apenas supo que iba en nombre del primer ministro y con una orden suya, salió a recibirle al pie de la escalera.

Era entonces gobernador de la Bastilla el señor de Tremblay, hermano del popular capuchino fray José, aquel terrible favorito de Richelieu, a quien llamaban la eminencia gris.

Cuando el mariscal de Bassompierre se hallaba en la Bastilla, donde permaneció más de doce años, y sus compañeros de prisión hacían cálculos más o menos acertados sobre la época en que podrían lograr su libertad, él solía decir: «Yo saldré cuando salga el señor de Tremblay»; queriendo manifestar con esto que a la muerte del cardenal, el señor de Tremblay perdería su empleo, y él recobraría su puesto en la corte.

Su profecía estuvo a punto de cumplirse, pero de un modo muy distinto de lo que él había pensado, pues habiendo muerto el cardenal, todo continuó en el mismo estado: el señor de Tremblay prosiguió desempeñando su empleo, y Bassompierre corrió gran peligro de seguir prisionero.

El señor de Tremblay continuaba, por tanto, siendo gobernador de la Bastilla cuando Artagnan se presentó a cumplir la orden del ministro. Recibió a nuestro gascón cortésmente, y como iba a sentarse a la mesa le invitó a comer con él.

—Con mucho gusto lo haría —dijo Artagnan—; pero si no me engaño, en el sobre de ese pliego está escrita la palabra *urgentísimo.*

—Es cierto —respondió el señor de Tremblay—. ¡Hola mayor! Que baje el número 256.

En la Bastilla un hombre dejaba de ser hombre, y convertíase en número.

A Artagnan le hizo mal efecto el ruido de las llaves, y continuó a caballo, sin querer apearse, mirando las rejas, las sombrías ventanas y los murallones que nunca había visto sino desde el otro lado de los fosos, y que tanto temor le producían veinte años antes.

En aquel momento se oyó una campanada.

—Os dejo —le dijo el señor de Tremblay—, porque me llaman para vigilar la salida del prisionero. Hasta la vista, M. Artagnan.

—¡Lléveme el diablo si deseo volver a verte! —exclamó Artagnan con una sonrisa—. Sólo con estar cinco minutos en este patio se me figura que me he puesto malo. Vaya, preferiría morir sobre un montón de paja, lo cual probablemente me acontecerá tarde o temprano, a ser gobernador de la Bastilla con diez mil libras de sueldo.

Al terminar este monólogo presentóse el prisionero. Artagnan, al verle, no pudo menos de hacer un movimiento de sorpresa, que pasó desapercibido, a causa de la presteza con que lo reprimió; y el prisionero subió al carruaje sin dar ninguna señal de haber reconocido al que se disponía a escoltarle.

—Caballeros —dijo Artagnan a los mosqueteros—, se me ha encargado la mayor vigilancia con el preso, y como las portezuelas del carruaje no cierran bastante bien, voy a meterme dentro con él. M. de Villabone, hacedme el favor de conducir mi caballo de la brida.

—Con mucho gusto, mi teniente —respondió el mosquetero a quien Artagnan se había dirigido.

Este apeóse, entregó al otro las bridas de su caballo, entró en el coche y dijo con la voz más tranquila del mundo:

—Al Palacio Real y al trote.

El carruaje partió inmediatamente, y aprovechando Artagnan la oscuridad que reinaba en la bóveda bajo la cual pasaba, se arrojó en brazos del prisionero exclamando:

—¡Rochefort! ¿Sois vos? ¡No me equivoco...!

—¡Artagnan! —dijo a su vez Rochefort con la mayor sorpresa.

—¡Ay, infeliz amigo mío! —continuó Artagnan—. Como hace cuatro o cinco años que no os veo, os daba por muerto.

—¡Diantre! —dijo Rochefort—. No creo que haya mucha diferencia entre un muerto y un enterrado, y si yo no estoy enterrado, poco me falta.

—¿Y por qué estáis en la Bastilla?

—¿Deseáis que os diga la verdad?

—Sí.

—Pues no lo sé.

—¡Desconfiáis de mí, Rochefort!

—No, por mi honor; pero es imposible que esté en la Bastilla por el delito que se me imputa.

—¿Cuál?

—El de ladrón nocturno.

—¿Os chanceáis?

—Me explicaré. —Es preciso.

—Una noche de orgía, estando con el duque de Harcourt, Fontrailles, Rieux y otros en casa de Reinard en las Tullerías, propuso el duque de Harcourt ir al Puente Nuevo para quitar capas, cuya diversión había puesto de moda el duque de Orleáns.

—¿Estabais loco? A vuestra edad, amigo Rochefort...

—No estaba loco, mas estaba borracho, que es casi lo mismo. La diversión me pareció entrenida, y propuse a Rieux que en lugar de actores fuésemos espectadores, y para ver la escena concretamente le invité a que subiésemos sobre el caballo de bronce. Así lo hicimos, y gracias a las espuelas, que nos sirvieron de estribos, conseguimos encaramarnos hasta la grupa del caballo, donde nos encontrábamos perfectamente. Ya se habían quitado cuatro o cinco capas con gran destreza y sin que sus dueños se atrevieran a decir una palabra, cuando uno de los robados tuvo la desgraciada ocurrencia de gritar ¡a la guardia! atrayendo una patrulla de arqueros. El duque de Harcourt, Fontrailles y los demás huyeron; Rieux quiso hacer lo propio, y por más que yo le dije que no habían de ir a buscarnos a nuestro nido, puso el pie en la espuela para bajarse; partióse la espuela y él cayó, rompiéndose una pierna, y gritando como un desesperado. Yo quise saltar entonces, pero ya era tarde, y fui a caer en medio de los arqueros que me llevaron al Chatelet, donde no tardé en dormirme, seguro de que al siguiente día me pondrían en libertad. Sin embargo, pasaron días y más días y continuaba preso. Escribí al cardenal, y el mismo día me trajeron a la Bastilla, donde estoy hace cinco años. Decidme francamente: ¿creéis que sea por el desacato de haber montado a la grupa de Enrique IV?

—No por cierto, querido Rochefort, es imposible, y ahora sin duda vais a saber a qué ateneros.

—Es verdad, se me olvidaba preguntaros: ¿adónde me lleváis?

—A visitar al cardenal.

—¿Y qué me quiere Su Eminencia?

—No lo sé, pues ni siquiera sabía que erais vos a quien venía a buscar.

—¡Es posible! ¿Vos? ¡Un favorito!

—¡Yo favorito! —dijo Artagnan—. ¡Pues estoy lucido! Soy todavía más segundón de Gascuña que cuando os encontré en Meung. ¿Os acordáis? ¡Hará veintidós años! —añadió suspirando fuertemente.

—No obstante, traéis una comisión... —dijo Rochefort.

—Por la casualidad de encontrarme de guardia: el cardenal se ha dirigido a mí como lo hubiese hecho a cualquier otro: lo cierto es que continúo siendo teniente de mosqueteros, y que hace ya veintiún años que tengo este empleo.

—Finalmente, no os ha sucedido ninguna desgracia, y esto es algo.

—¿Y qué desgracia me había de suceder? Según un verso latino que no recuerdo, o por decir verdad, que no he sabido nunca, el rayo no cae en los valles, y yo soy un valle y de los más profundos.

—¿Conque Mazarino continúa siendo el mismo?

—El mismo: dicen que está casado con la reina.

—¿Casado?

—Si no es su esposo, es su amante.

—¡Resistir a un Buckingham y ceder a un Mazarino!

—¡Así son las mujeres! —dijo Artagnan filosóficamente.

—Pero las reinas...

—Las reinas son dos veces mujeres.

—¿Y el señor de Beaufort sigue preso?

—Sí, ¿por qué lo decís?

—Porque le apreciaba bastante y podría haberme sacado de mi situación.

—Me parece que vos estáis más cerca que él de la libertad, y podréis favorecerle.

—¿Qué hay de guerra?

—Que me parece inevitable y próxima.

—¿Con los españoles?

—No, con París.

—¿Es cierto?

—¿No oís esos tiros?

—Sí, ¿y qué?

—Pues son los paisanos que se divierten jugando a la pelota hasta que se presenta partida.

—¿Y creéis que se puede hacer algo con ellos?

—Me parece que no falta más que un jefe que supiera dirigirlos.

—¡Qué lástima que yo no esté en libertad!

—No hay por qué desesperarse. Si Mazarino os llama, es porque os necesita, y en ese caso os doy mi enhorabuena. Yo estoy tan atrasado, porque hace muchos años que nadie necesita de mí.

—No os quejéis.

—Escuchad, Rochefort, hagamos un trato.

—¿Cuál?

—Ya sabéis que somos buenos amigos.

—Tengo en el cuerpo tres señales de vuestra amistad. ¡Tres estocadas terribles!

—Pues bien, si volvéis a estar en favor no me olvidéis.

—Os lo prometo. ¿Y vos haréis lo mismo?

—Convenido.

—De modo que a la primera ocasión en que podáis hablar de mí...

—Hablo.

—Yo haré otro tanto.

—Ahora que me acuerdo, ¿y de vuestros amigos, hay que hablar también?

—¿Qué amigos?

—Athos, Porthos y Aramis. ¿Los habéis olvidado ya?

—Casi, casi.

—¿Qué ha sido de ellos?

—No sé nada.

—¿De veras?

—Cierto. Ya sabéis cómo nos separamos. Lo único que puedo deciros es que viven. De tarde en tarde suelo tener indirectamente noticias suyas, pero ni siquiera sé dónde se hallan. Hoy por hoy, no tengo más amigo que vos.

—¿Y el ilustre?... ¿Cómo se llama aquel mozo a quien hice sargento del regimiento de Piamonte?

—Planchet.

—Es cierto: ¿qué ha sido de él?

—Se casó con una confitera de la calle de Lombardos; él siempre estuvo por las cosas dulces. Ahora está hecho un ciudadano de París, y probablemente será uno de los amotinados. Ya veréis cómo este belitre llega a regidor antes que yo a capitán.

—Ea, amigo Artagnan, más ánimo. ¡Qué diablo! Cuando se está en lo más bajo de la rueda, da la vuelta y empieza uno a elevarse. Quizá desde esta noche comience a cambiar vuestra fortuna.

—Así sea —dijo Artagnan mandando detener el carruaje.

—¿Qué hacéis? —preguntó Rochefort.

—Hemos llegado, y no deseo que me vean salir del coche: conviene que aparentemos no conocernos.

—Tenéis razón.

—No olvidéis vuestra promesa. Adiós.

Y montando a caballo, volvió Artagnan al frente de la escolta.

Pocos minutos después entraba la comitiva en el patio del Palacio del Rey.

Artagnan condujo a Rochefort por la escalera principal, haciéndole atravesar la antecámara y la galería. Al llegar a la puerta del gabinete de Mazarino, cuando iba a hacerse anunciar, Rochefort púsole la ruano sobre el hombro y le dijo sonriendo:

—¿Queréis que os diga lo que pensaba durante el camino, al ver los grupos de paisanos que os miraban con actitud no muy afectuosa?

—¿Qué pensabais?

—Que no tenía más que gritar ¡socorro! para que vos y vuestros cuatro jinetes fueseis destrozados y yo quedase libre —dijo Rochefort.

—¿Por qué no lo habéis hecho?

—¿Y la amistad que nos hemos prometido? Si mi guardián hubiera sido otro...

Artagnan bajó la cabeza pensando:

—¿Si se habrá vuelto mejor que yo?

Y se hizo anunciar al ministro.

—Que pase el señor de Rochefort —dijo con impaciencia Mazarino en cuanto oyó los dos nombres—, y decid al teniente Artagnan que espere un poco, porque tengo que hablar con él.

Artagnan oyó con satisfacción estas palabras. Según había dicho a Rochefort, hacía mucho tiempo que nadie necesitaba de él, y la insistencia que entonces demostraba el ministro le parecía de muy buen agüero.

Respecto a Rochefort, no le causaron más efecto que ponerle en guardia. Entró en el despacho y encontró a Mazarino sentado a su mesa, con su traje de cardenal, que era casi como el de los clérigos de la época, sin más diferencia que ser morados los manteos y las medias.

Volvió a cerrarse la puerta y se cruzaron dos miradas indagadoras, que Rochefort y Mazarino se dirigieron mutuamente.

El ministro estaba, `como siempre, muy acicalado, peinado y lleno de perfumes, con aquel esmero que le hacía aparecer hasta de menos años. Rochefort había envejecido en extremo con sus cinco años de prisión, sus cabellos se habían vuelto blancos, y el color bronceado de su tez se había convertido en amarillento. Al verle Mazarino meneó la cabeza como diciendo:

—Creo que éste ha de servir para poco.

Después de una espera, que a Rochefort parecióle que duraba un siglo, y que en realidad fue bastante larga. Mazarino sacó una carta de un legajo de papeles y dijo al prisionero:

—He hallado aquí una carta en que pedís vuestra libertad, caballero Rochefort. ¿Es decir que estáis preso?

Rochefort, al oír semejante pregunta, sintió un movimiento de cólera.

—Me parece —dijo— que Vuestra Eminencia debía saberlo mejor que nadie.

—¿Yo? No tal. Hay aún en la Bastilla muchos presos de la época del señor cardenal de Richelieu, cuyos nombres ignoro.

—Sí, pero no podíais olvidar el mío, puesto que me trasladaron del Chatelet a la Bastilla por mandato vuestro.

—¿De veras?

—Sí, señor.

—Sí, ahora creo que recuerdo. ¿No fuisteis vos el que en cierta ocasión rehusó hacer un viaje a Bruselas en servicio de la reina?

—¡Enhorabuena! —exclamó Rochefort—. ¡Esa es la causa verdadera! Cinco años hace que la estoy buscando sin poder dar con ella.

—No, no es esto decir que por eso se os prendiera. Os dirijo una simple pregunta: ¿No rehusasteis ir a Bruselas en servicio de la reina, mientras que por servir al difunto cardenal habíais ido?

—Precisamente por ello no podía ir. Yo había estado en Bruselas en circunstancias muy críticas: cuando la conspiración de Calais. Fui para sorprender la correspondencia de éste con el archiduque, y ya entonces, cuando me conocieron, faltó poco para que me despedazaran. ¿Cómo queríais que volviera? En lugar de servir a la reina, la hubiera perdido.

—Ya veis cómo las cosas mejor pensadas se prestan a una mala interpretación. La reina sólo vio una mera negativa, y como en tiempos del difunto cardenal tuvo muchos motivos de queja contra vos...

Rochefort sonrió desdeñosamente, diciendo:

—Me parece que por lo mismo que había servido bien al cardenal Richelieu contra la reina, debisteis pensar, monseñor, que os serviría lo mismo contra todo el mundo.

—Yo, caballero Rochefort —respondió Mazarino—, no soy como mi antecesor, que aspiraba a un poder absoluto: soy un ministro que no necesita servidores; en fin como Su Majestad es muy suspicaz consideraría vuestra negativa por una declaración de guerra de una persona de talento, y por lo mismo peligrosa, y me encargaría que os prendiese. Por eso os encontráis en la Bastilla.

—Pues bien, señor, creo que si estoy por una mala inteligencia...

—Sí, sí todo puede arreglarse —interrumpió Mazarino—; vos sois hombre que conocéis bien ciertos negocios y que sabéis realizar vuestros proyectos...

—Esa era la opinión del cardenal de Richelieu, y mi admiración hacia aquel grande hombre aumenta al ver que vos pensáis lo mismo.

—Así —respondió Mazarino—: el señor cardenal era muy diplomático, y esto le daba una gran superioridad con respecto a mí, que soy hombre sencillo y franco. Ese es mi defecto, tengo una ingenuidad enteramente francesa.

Rochefort mordióse los labios para contener la risa.

—Pues bien, vamos al asunto: tengo necesidad de rodearme de buenos amigos, de servidores fieles; y al hablar de este modo, quiero decir que es la reina quien los necesita. Yo no hago nunca nada sin orden de Su Majestad, pues no me parezco al cardenal Richelieu, que todo lo hacía por su iniciativa. Seguramente nunca llegaré a ser tan grande como él, pero en cambio soy hombre de bien, y espero demostrároslo, amigo Rochefort.

Rochefort, que conocía muy bien aquella voz melosa, en la que de vez en cuando se notaba una especie de silbido semejante al de una víbora, le dijo:

—Señor, estoy dispuesto a creeros, por más que hasta ahora no haya experimentado los efectos de esa bondad. No olvide Vuestra Eminencia —añadió Rochefort, para aminorar el mal efecto que estas palabras habían causado en el

ministro—, que hace cinco años estoy en la Bastilla, y nada extravía más las ideas, que ver las cosas a través de la reja de un calabozo.

—Ya os he dicho, caballero Rochefort, que soy enteramente ajeno a vuestra prisión. La reina... ¿qué queréis?... arrebatos de mujer y de princesa... pero son cosas que pasan como vienen y después se olvidan.

—Comprendo, pues, señor, que la reina, que ha pasado esos cinco años en el Palacio Real rodeada de fiestas y cortesanos, no piense en ellos, pero yo que los he pasado en la Bastilla...

—¿Creéis, amigo Rochefort, que el Palacio Real es muy alegre? No hay tal cosa. También en él hemos pasado muy malos ratos. Pero dejemos esto a un lado, y vamos a mi principal objeto. Francamente, Rochefort, ¿queréis ser de los nuestros?

—Bien podéis figuraros, señor, que no deseo otra cosa; pero no estoy enterado de nada de lo que sucede. En la Bastilla no se habla de política nada más que con los soldados y carceleros, y os aseguro que esa gente está muy poco al tanto de los acontecimientos. Yo les pregunto siempre por el señor de Bassompierre. ¿Sigue siendo uno de los diecisiete caballeros?

—Ha muerto, amigo mío, y fue una gran pérdida. Los hombres leales son escasos...

—¡Ya lo creo! ¡Cuando halláis uno lo enviáis a la Bastilla!

—¿Y con qué se demuestra la lealtad?

—Con hechos.

—Sí, con hechos —repitió Mazarino—, pero ¿dónde se encuentran los hombres capaces de ejecutarlos?

Rochefort sacudió la cabeza.

—No faltan, señor —repuso—, pero no sabéis buscarlos.

—¿Qué queréis decir con eso? Explicaos francamente, Rochefort, vos que debéis haber aprendido mucho con el trato del finado cardenal. ¡Era tan profundo aquel hombre!...

—¿Me permite, señor, que moralice un poco?

—Con mucho gusto.

—Pues bien: en la pared de mi calabozo hay un proverbio escrito con un clavo.

—¿Qué proverbio es? —preguntó Mazarino.

—El siguiente, señor: «A tal amo...

—Tal criado»; ya lo conozco.

—No, señor, «tal servidor». Es una ligera variante que las personas leales de que os hablaba hace poco han introducido.

—¿Y qué quiere decir ese proverbio?

—Que el cardenal de Richelieu supo encontrar por docenas servidores adictos y leales.

—¿Él? ¿Él, que era blanco de todos los odios... que pasó la vida en defenderse de los golpes que de todas las partes le asestaban?

—Pero al fin se defendió, a pesar de que los golpes eran terribles, y eso consistía en que si tenía muchos y terribles enemigos, no eran menos, ni despreciables sus amigos.

—Pues eso es lo que yo deseo.

—He conocido hombres —continuó Rochefort creyendo llegada la oportunidad de cumplir a Artagnan su promesa— que burlaron con su astucia la sagacidad del cardenal, y derrotaron con su valor a todos sus agentes; hombres que sin posición, sin crédito, conservaron la corona a una augusta persona y obligaron a pedir gracia al cardenal.

Contento Mazarino de ver llegar a Rochefort al punto que él deseaba, le dijo:

—Pero esos hombres no eran adictos al cardenal, puesto que luchaban contra él.

—Es claro, y por eso fueron tan mal recompensados.

—¿Y vos, cómo sabéis todas esas cosas?

—Porque en aquella época, esos hombres eran adversarios míos; lucharon contra mí, les hice todo el mal que pude, y me pagaron con la misma moneda: uno de ellos, con el cual tuve que habérmelas más particularmente, me dio hace siete años una estocada, que es la tercera que recibía de su mano... y el saldo de una deuda antigua.

—¡Ah! —exclamó Mazarino aparentando la mayor candidez—. ¡Si yo conociera hombres de ese temple!...

—Pues hace seis años, señor, que tenéis uno a vuestra puerta y no se os ha ocurrido emplearle.

—¿Quién es?

—M. de Artagnan.

—¡Ese gascón! —dijo Mazarino simulando sorpresa.

—Ese gascón salvó la vida a una reina e hizo contestar al cardenal Richelieu que en materia de astucia no era más que un niño de teta.

—¿Es cierto?

—Sin duda ninguna.

—Contadme eso, amigo Rochefort.

—No puedo, señor.

—Entonces me lo contará él mismo.

—Lo dudo.

—¿Por qué?

—Porque es un secreto.

—¿Y realizó esa empresa él solo?

—No, señor, tenía tres amigos, tres hombres valientes que le ayudaban a todo trance.

—¿Y decís que esos hombres estaban bien unidos?

—Parecía que no formaban más que uno, no tenían más que una sola voluntad y un solo corazón.

—Habéis excitado mi curiosidad de tal suerte, que quisiera que me contarais esa historia.

—Ya os he dicho, señor, que me es imposible; pero si me lo permitís os contaré un cuento.

—Decid, yo soy muy aficionado a los cuentos.

—¿Lo queréis? —preguntó Rochefort, procurando descubrir una intención en aquel rostro disimulado y astuto.

—Sí.

—Pues escuchad... Érase una reina... muy poderosa, la reina de una de las primeras naciones del mundo, a quien un ministro odiaba a muerte... por haberla querido antes demasiado. No os canséis, monseñor, porque no adivinaréis de quién hablo, y todo esto aconteció mucho antes de que llegaseis vos a la nación en que reinaba aquella señora. Sucedió que habiéndose presentado en la corte un embajador tan valiente, tan espléndido y elegante que todas las damas volvíanse locas por él, la misma reina, en memoria sin duda de lo bien que había manejado sus asuntos diplomáticos, tuvo la imprudencia de regalarle una joya tan valiosa que no podía ser reemplazada por ninguna otra. Como esta joya la había recibido la reina de su esposo, el ministro pidió al rey que se exigiese de su esposa que se presentara adornada con ella en un baile que iba a darse próximamente. Creo inútil deciros, señor, que el ministro sabía con entera seguridad que la joya se la había llevado el embajador y que éste se hallaba muy lejos, separado hasta por el mar, de la reina. La ilustre señora estaba perdida, y sólo un milagro podía salvarla.

—Indudablemente.

—Pues este milagro lo hicieron cuatro hombres que no eran ni príncipes, ni grandes, ni poderosos, ni siquiera ricos: no eran más que cuatro soldados valientes y sagaces. Partieron en busca de la joya, y el ministro, que lo supo, situó en el camino gentes que impidieran su viaje. Tres fueron puestos fuera de combate en las diferentes emboscadas que se les tenía dispuestas: uno sólo llegó al puerto, mató e hirió a los que intentaron detenerle, pasó el mar y trajo su joya a la reina, que pudo lucirla el día designado, lo cual, por cierto, estuvo a punto de costar el poder al ministro. ¿Qué os parece mi cuento?

—Hermoso —dijo Mazarino pensativo.

—Pues lo menos podría contaros diez como ese.

Mazarino estaba entregado a sus meditaciones.

Los dos pasaron en silencio cinco o seis minutos.

—¿No tenéis nada que preguntar, señor? —dijo Rochefort después de una pausa.

—¿Y era Artagnan uno de esos cuatro?

—Fue el que dirigió la empresa y el que la llevó a término.

—¿Y quiénes eran los otros?

—Permitidme, señor, que deje a M. Artagnan el cuidado de revelaros sus nombres. Eran amigos suyos, y sólo él podrá tener alguna influencia sobre ellos: yo desconocía hasta sus verdaderos nombres.

—Veo, caballero Rochefort, que desconfiáis de mí, y sin embargo, si he de hablar francamente, necesito de vos, de él, de todo el mundo.

—Principiemos por mí, señor, puesto que me habéis hecho venir y me tenéis en vuestra presencia; luego podréis ocuparos de los otros. Me parece que no extrañaréis mi curiosidad, pero cuando uno lleva cinco años de prisión, está impaciente por saber lo que ha de ser de él en lo sucesivo.

—Vos lograréis el cargo de más confianza, mi querido Rochefort. Iréis a Vincennes, donde se halla preso el señor de Beaufort, a quien deseo que vigiléis... ¿Qué es eso? ¿Qué os sucede?

—Señor —respondió Rochefort con desaliento—, lo que me proponéis es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque ese caballero es amigo querido, o por mejor decir, yo lo soy suyo. ¿Olvidáis que él fue quien respondió de mí a Su Majestad?

—¿Y a esto llamáis estar dispuesto a servirme? No os comprometeréis mucho con vuestra adhesión.

—Comprender, señor, que salir de la Bastilla para entrar en Vincennes, no es más que cambiar de prisión —repuso Rochefort.

—Decid mejor que pertenecéis al partido de Beaufort, tendréis al menos el mérito de la franqueza.

—Señor, he estado tanto tiempo encerrado, que no pertenezco a otro partido que al del aire libre. Empleadme en cualquier otra cosa. Dadme comisiones activas, que precisen energía, audacia, y si es posible que sean en campo raso.

—La voluntad os engaña, amigo Rochefort —dijo MazarinoSentís latir en vuestro pecho el mismo corazón que cuando teníais veinte años, y os parece que no habéis pasado de aquella edad. Pero si os hallarais en el caso que deseáis os faltarían las fuerzas. Ahora necesitáis tranquilidad, reposo...

Y dijo cambiando de tono:

—¡Hola!

—¿No determináis nada acerca de mí, señor?

—Al contrario, ya he determinado.

En aquel momento entró Bernouin.

—Llamad a un portero —le dijo Mazarino.

Y añadió en voz baja:

—No te vayas muy lejos.

Entró el portero, y Mazarino le entregó un papel donde había escrito rápidamente algunos renglones. Luego saludó a Rochefort, diciéndole:

—Adiós, caballero.

Veo, señor, que me volvéis a la Bastilla —dijo Rochefort.

—Tenéis mucha penetración.

—¡Cómo ha de ser! Pero os aseguro que no andáis acertado en no serviros de mí.

—¿De vos? ¿Del amigo de mis enemigos?

—Debisteis hacerme antes enemigo suyo.

—¿Creéis que no hay en el mundo más hombres que vos? Estáis engañado. Yo encontraré otros que valgan tanto.

—Me alegraré mucho.

—Gracias. Podéis marcharos... ¡Ah!... y no os canséis en escribirme más, porque todo será en vano.

—Pues señor —pensaba Rochefort retirándose—, sólo para Artagnan ha sido provechosa esta conferencia... Pero ¿a dónde diantre me llevan?

Esta pregunta la motivó el ver que le guiaban por la escalera pequeña, en lugar de llevarle por la antecámara, donde esperaba Artagnan. Al llegar al patio encontró el carruaje y los cuatro hombres de escolta, pero inútilmente buscó a su amigo.

—¡Hola! —pensó para sí—. Esto varía de especie, y si ahora encontramos grupos de paisanos, yo haré conocer a Mazarino que gracias a Dios, sirvo para más que para espiar a un prisionero.

Y saltó al carruaje con tanta agilidad como si tuviera veinticinco años.

IV.— ANA DE AUSTRIA A LA EDAD DE CUARENTA Y SEIS AÑOS

Una vez solo con Bernouin, Mazarino estuvo pensativo algunos momentos. Sabía ya mucho de lo que deseaba, pero aún no sabía lo bastante. Mazarino, según ha referido Brienne a las generaciones futuras, era tramposo en el juego, y a esto llamaba tomar ventajas. Aplicando esta cualidad a la política, no deseaba entablar su partida con Artagnan, hasta no conocer bien todas las cartas del gascón.

—¿Se ofrece algo, señor? —preguntó Bernouin.

—Sí, alumbra que voy al cuarto de la reina.

Bernouin cogió una bujía y salió adelante.

Había un corredor secreto que conducía desde las habitaciones de Mazarino hasta las de la reina, por el cual pasaba el cardenal a cualquier hora que deseaba ver a Ana de Austria.[1]

1. Este corredor existe todavía en el Palacio Real. *(Memorias de la Princesa Palatina).*

Al llegar al dormitorio en que terminaba aquel pasadizo, halló Bemouin a madame Beauvais. Esta y Bernouin eran los confidentes íntimos de aquellos

antiguos amores legitimados por la Iglesia y la señora se encargó de anunciar a Ana de Austria, que estaba en su oratorio con el niño Luis XIV, la visita de Mazarino.

La reina, sentada en un sillón, teniendo el codo apoyado sobre una mesa y la cabeza recostada, estaba mirando a su augusto hijo, que echado sobre la alfombra hojeaba un hermoso libro de estampas. Ana de Austria era la reina que con más majestad sabía aburrirse, y pasaba horas enteras en su cuarto o en su oratorio sin rezar ni leer.

El libro con el cual jugaba el rey era un Quinto Curcio, ilustrado eón grabados que representaban las hazañas de Alejandro.

Madame Beauvais presentóse en la puerta y anunció a Mazarino.

El niño se incorporó sobre una rodilla, frunció las cejas y dijo mirando a su madre:

—¿Por qué pasa de ese modo, sin pedir antes audiencia? —Ana de Austria se ruborizó ligeramente.

—Es de gran importancia —dijo— en estos días que un primer ministro pueda venir a todas horas a darme cuenta de lo que ocurre, sin excitar la curiosidad o los comentarios de la corte.

—Creo que el cardenal Richelieu no entraba de ese modo —respondió el niño con esa insistencia propia de su edad.

—¿Cómo podéis tener presente lo que hacía el cardenal Richelieu, cuando entonces erais tan pequeño?

—No es que me acuerde, pero lo he preguntado y me lo han manifestado.

—¿Quién os lo ha dicho? —preguntó Ana de Austria sin poder contener su mal humor, ni siquiera disfrazarlo, dado que lo intentase.

—Sé que nunca he de nombrar a los que me dicen lo que les pregunto, porque entonces no sabría nada.

En aquel momento entró Mazarino. El rey se levantó inmediatamente, tomó el libro, lo cerró y lo dejó sobre la mesa, quedándose en pie junto a ella para obligar a Mazarino a permanecer del mismo modo.

El ministro examinaba con su mirada investigadora toda aquella escena, procurando explicarse por ella lo que había sucedido anteriormente.

Se inclinó respetuosamente ante la reina e hizo al rey una gran reverencia, a la que él contestó con una desdeñosa inclinación de cabeza: una mirada de su madre reprochó al joven rey aquellos sentimientos de odio que desde la niñez sintió contra Mazarino, y concedió al ministro una sonrisa.

Ana de Austria procuraba conocer en el semblante del recién llegado la causa de aquella inesperada visita, pues el cardenal no solía ir a las habitaciones de la reina hasta que todos habíanse retirado.

Mazarino hizo una señal imperceptible de cabeza, y ésta dijo entonces a madame Beauvais:

—Ya es hora de que el rey se acueste; llamad a Laporte.

Era ya la tercera vez que Ana de Austria había dicho a su hijo que se retirase, pero éste había insistido cariñosamente en quedarse; en presencia del cardenal no dijo una palabra, pero cambió de color y se mordió los labios.

Un momento después entró Laporte. Luis XIV se fue derecho a él sin abrazar antes a su madre.

—¿Qué es eso, Luis? —dijo ésta—. ¿No me abrazáis?

—Me parecía que estabais disgustada conmigo, señora: como me echáis...

—No os echo; pero acabáis de pasar el sarampión, y temo que el acostaros tarde os haga daño estando todavía convaleciente.

—No temíais eso esta mañana, cuando me habéis hecho ir al Parlamento a dar esos fatales decretos que tanto han disgustado al pueblo.

—Señor —dijo Laporte para cambiar de conversación—; ¿a quién quiere Vuestra Majestad que entregue la bujía?

—A quien gustéis, en no siendo a Mancini.

Este era un sobrino del cardenal, que Mazarino había colocado al lado del rey, y a quien Luis XIV hacía extensivo el aborrecimiento que profesaba al ministro.

Y el rey salió sin abrazar a su madre y sin saludar al cardenal.

—Mucho me alegro —dijo Mazarino—, de saber que se educa al rey imbuyéndole sentimientos de aversión al disimulo.

—¿Por qué decís eso? —preguntó la reina casi tímidamente.

—Creo que la despedida del rey no necesita comentarios. Por lo demás, aun cuando Su Majestad no se tome gran molestia en disimular el poco afecto que me profesa, eso no impide que me consagre enteramente a su servicio, lo mismo que al de Vuestra Majestad.

—Os ruego que lo perdonéis, cardenal —dijo la reina—; el rey es un niño que no está todavía en el estado de conocer las grandes obligaciones que os debe.

El cardenal se sonrió.

—Pero indudablemente os ha traído algún motivo importante —continuó la reina—. ¿Qué sucede?

Mazarino se sentó, o más bien se dejó caer en un sillón, y con aire triste dijo:

—Sucede que, según toda probabilidad, nos veremos precisados a separarnos muy pronto, a menos que no llevéis vuestro afecto hasta el punto de seguirme a Italia.

—¿Y por qué? —preguntó la reina.

—Porque como dicen en la ópera *Tisbe:*

El hado se conjura
En contra nuestra, y del amor la llama
El orbe entero dividir procura.

—Os estáis chanceando —dijo la reina procurando recobrar algo de su antigua dignidad.

—¡Ay! no, señora —dijo Mazarino—; no estoy de humor para chancearme, y más bien tengo motivo para afligirme. Advertid bien que he dicho:

El orbe entero dividir procura

—Y como vos formáis parte de ese mundo, quiero dar a entender que también vos me abandonáis.

—¡Cardenal!

—¿No os vi hace pocos días sonreír con el duque de Orleáns por las cosas que os decía?

—¿Y qué me decía?

—Os decía, señora: «Vuestro Mazarino es el principal y tal vez el único escollo; que se marche, y todo irá bien».

—¿Y qué queríais que hiciese?

—¡Me parece, señora, que aún sois reina!

—¡Buena majestad, ciertamente! ¡Expuesta a la merced del primer embadurnador de papel del Palacio Real o a la del primer hidalguillo de aldea!

—Sin embargo, tenéis el suficiente poder para separar de vuestro lado a las personas que os desagradan.

—Que os desagradan a vos, queréis decir —respondió la reina.

—¿A mí?

—Seguramente. ¿Quién ha desterrado a la señora de Chevreuse, que sufrió una persecución de doce años en el reinado anterior?

—¡Una intrigante que deseaba continuar en contra mía todos los enredos principiados contra Richelieu!

—¿Quién ha desterrado a la señora de Hautefort, a esa excelente amiga que supo rechazar la amistad y el favor del rey por conservar los míos?

—¡Una necia que os molía todas las noches al desnudaros con la cantinela de que era perder vuestra alma el querer a un sacerdote, como si por ser uno cardenal hubiese de ser a la fuerza sacerdote!

—¿Quién ha hecho arrestar a M. de Beaufort?

—¡Un chismoso que trataba nada menos que de asesinarme!

—Ya veis, cardenal dijo la reina—, que vuestros enemigos son los míos.'

—Pero no basta eso, señora; sería preciso, además, que vuestros amigos fuesen míos también.

—¡Mis amigos, señor! —dijo la reina moviendo la cabeza—. ¡Ay! Ya no los tengo.

—¿Cómo no habéis de tener amigos en la prosperidad cuando los teníais en la desgracia?

—Porque en la prosperidad me he olvidado de todos; porque hice como la reina María de Médicis, que de vuelta de su primer destierro, despreció a cuantos habían sufrido por su causa, y que proscrita por segunda vez, murió en Colonia abandonada del orbe entero y hasta de su propio hijo, porque todo el mundo la despreciaba a su vez.

—Pues bien —dijo Mazarino—, ¿no sería aún tiempo de reparar el mal? Buscad entre vuestros amigos más antiguos.

—¿Qué queréis decir?

—Nada más que lo que digo: que busquéis.

—Por más que busco no hallo a nadie. El duque se halla dominado, como siempre, por su favorito, que ayer fue Choisy, hoy es la Riviere, y mañana será cualquier otro. El príncipe está sojuzgado por la señora de Longueville, la cual se encuentra a su vez sojuzgada por su amante, el príncipe de Marsillac. El señor de Conti se halla dominado por el coadjutor, quien a su vez está dominado por la señora de Gumenée.

—Por esto, señora, no os aconsejo que escojáis entre vuestros amigos del día, sino entre los antiguos.

—¿Entre mis amigos antiguos? —dijo la reina.

—Sí; entre vuestros antiguos amigos, entre los que os ayudaron a luchar contra el duque de Richelieu, y aún a vencerle.

—¿Adónde deseará ir a parar? —murmuró la reina, mirando al cardenal con inquietud.

—Sí continuó éste—, yo sé que en cierta ocasión supisteis contrarrestar los ataques del cardenal, gracias al auxilio que os dieron vuestros amigos.

—Yo no he hecho más que sufrir toda mi vida.

—Habéis sufrido, vengándoos, que es como sufren las mujeres. Pero vamos al asunto. ¿Conocéis al conde de Rochefort?

—Rochefort no era amigo: todo lo contrario, yo creía que sabíais que era uno de los servidores más leales del cardenal, y, por lo tanto, mi enemigo más encarnizado.

—Tanto lo sabía que lo encerré en la Bastilla.

—¿Ha sido puesto en libertad? —preguntó la reina.

—No, calmaos; continúa preso, y si os he hablado de él ha sido Para llegar a otro, ¿conocéis a M. Artagnan?.—continuó el cardenal mirando fijamente a Ana de Austria.

La reina experimentó toda la fuerza de la estocada, y pensó: «¿Habrá cometido ese hombre alguna imprudencia?»

—¿Artagnan? —exclamó en voz alta—. Sí, lo tengo presente: es un mosquetero que amaba a una de mis doncellas, la cual murió envenenada por mi causa.

—¿Y nada más? —preguntó Mazarino.

—¿Me estáis haciendo sufrir un interrogatorio? —dijo la reina altivamente.

—En todo caso vos no contestáis sino a vuestro capricho —respondió Mazarino con su voz melosa y sin abandonar su eterna sonrisa.

—Explicad con claridad lo que queréis, y yo contestaré del mismo modo —respondió la reina con impaciencia.

—Pues bien, señora, deseo que me contéis en el número de vuestros amigos, así como yo estoy dispuesto a hacer en vuestro servicio todo lo que sea necesario. Las circunstancias son graves y será preciso proceder con energía.

—¿Más aún? Creía que bastaba con haber preso al caballero de Beaufort.

—Ese no era más que el torrente que amenazaba destruirlo todo, y a los torrentes se les vence con facilidad. Lo que hay que temer es el agua mansa.

—Terminad.

—Todos los días estoy sufriendo las impertinencias y los insultos de vuestros príncipes y vuestros lacayos titulados, imbéciles que ignoran que los tengo en mis manos y que bajo mi aparente tranquilidad y mi constante sonrisa, no han adivinado la resolución del hombre que se ha propuesto ser más fuerte que todos y lo será. Hemos hecho prender a Beaufort, es verdad; pero aún quedan otros; queda el príncipe...

—¡El vencedor de Rocroy! ¿Pensáis en eso?

—Sí, señora... y no es esto sólo, pienso además en el duque de Orleáns.

—¿El primer príncipe de la sangre? ¿El tío del rey?

—No veo en él más que el miserable conspirador que en el anterior reinado, movido de miserables rencores, devorado por una codicia innoble, envidioso de todo lo que valía más que él, irritado por su nulidad, se hizo eco de todos los rumores siniestros, alma de todas las intrigas y aparentó ponerse a la cabeza de todos los intrépidos que cometieron la necedad de fiar en su palabra, para que renegara de ellos cuando los vio subir al cadalso. No veo en él más que al asesino de Chalais, de Montmorency y de Cinq—Mars, que hoy trata de volver a las andadas, figurándose que ganará la partida, porque en lugar de un hombre que amenaza, tiene enfrente un hombre que sonríe. Pero se equivoca como un estúpido, y ha de sentir no tener que luchar con Richelieu. No pienso dejar a vuestro lado ese semillero de discordias con que el difunto cardenal hizo hervir muchísimas veces la sangre del rey.

La reina se ruborizó y ocultó la cabeza entre las manos.

—No quiero humillar a Vuestra Majestad —prosiguió Mazarino, ya más tranquilo pero con gran firmeza—: quiero que se respete a la reina y a su ministro, puesto que a los ojos de todos no soy más que eso. Vuestra Majestad sabe que no soy un juguete traído de Italia, como dicen esos imbéciles, y es preciso que todos lo sepan de una vez.

—¿Qué debo hacer? —dijo Ana de Austria dominada por aquella voluntad imperiosa.

—Buscar en vuestra memoria los nombres de aquellos hombres que, a pesar de los esfuerzos de Richelieu, hicieron un viaje, dejando en el camino el rastro

de su sangre, para traer a Vuestra Majestad el adorno que se dignó regalar al duque de Buckingham.

—¡Me estáis insultando! —exclamó Ana de Austria levantándose majestuosa e irritada, como movida por un resorte de acero.

—Quiero, en fin —prosiguió Mazarino completando el pensamiento que había cortado en su mitad la acción de la reina—, quiero que hagáis hoy por vuestro marido lo que hicisteis en otra época por vuestro amante.

—¡Aún esa calumnia! —exclamó la reina—. Ya la creía olvidada viendo que hasta ahora nada me habíais dicho; pero al fin ha llegado el instante en que me hablaseis... ¡y me alegro en el alma! Porque se pondrán en claro los hechos y concluiremos de una vez, ¿lo entendéis?

—Pero, señora —dijo Mazarino asombrado de la energía que manifestaba la reina—; yo no os pido que me digáis...

—Y yo quiero decíroslo todo —repuso Ana de Austria—. Oíd. Quiero deciros que había entonces efectivamente cuatro corazones leales, cuatro almas nobles, cuatro espadas fieles que me salvaron mas aún que la vida, pues me salvaron el honor.

—¡Ah, confesáis por fin!

—¡Pues qué! ¿Sólo los criminales pueden tener su honor en peligro? ¿No se puede deshonrar a nadie, y especialmente a una mujer, Con apariencias? Sí, las apariencias estaban en contra mía, e iba a quedar deshonrada, y no obstante, juro que no era culpable, lo juro...

Buscó la reina un objeto santo por el cual pudiese jurar, y tomando de un armario oculto bajo la tapicería un cofrecillo de palo de rosa incrustado de plata, lo puso sobre el altar.

—¡Lo juro —continuó— por estas sagradas reliquias! Cierto es que amaba al duque de Buckingham, pero no era mi amante.

—¿Y qué reliquias son esas por las cuales hacéis tal juramento, señora? —dijo Mazarino sonriéndose—. Porque os participo que en mi cualidad de romano soy bastante incrédulo; hay reliquias de reliquias.

La reina quitóse del cuello una llavecita de oro, y presentándola al cardenal:

—Abrid —le dijo—, y examinadlas vos mismo.

Mazarino tomó asombrado la llave y abrió el cofrecillo, en el cual no halló más que un cuchillo y dos cartas, una de ellas manchada de sangre.

—¿Y qué es esto? —preguntó Mazarino.

—¿Qué es eso, caballero? —repitió Ana de Austria con su dignidad de reina y extendiendo sobre el cofrecillo un brazo que había conservado toda su belleza a pesar de los años—. Voy a decíroslo. Estas dos cartas son las únicas que le he escrito, y este cuchillo es el mismo con que Felton le asesinó. Leed las cartas, caballero, y conoceréis si he faltado a la verdad.

A pesar del permiso que tenía Mazarino, por un sentimiento natural, en lugar de leer las cartas tomó el cuchillo que Buckingham se arrancara, al morir, de su herida, enviándolo por medio de Laporte a la reina. La hoja estaba completa-

mente tomada, pues la sangre se había convertido en moho. En seguida, y después de un momento de examen, durante el cual se puso la reina más blanca que la sabanilla del altar sobre el que estaba apoyada, volviólo a colocar en el cofrecillo con un estremecimiento involuntario.

—Bien, señora —dijo—; me es suficiente vuestro juramento.

—No; no, leed, leed; lo quiero y lo mando, a fin de que todo quede concluido de una vez y no se vuelva a hablar del asunto. ¿Os parece —añadió con una terrible sonrisa— que esté dispuesta a abrir ese cofrecillo a cada una de vuestras futuras acusaciones?

Dominado Mazarino por aquella energía, obedeció casi maquinalmente y leyó las dos cartas. Una era en la que pedía la reina sus herretes a Buckingham, carta de la que fue Artagnan portador y que llegó tan oportunamente; y la otra la que Laporte dio a Buckingham, en la cual le avisaba la reina que trataban de asesinarle y que llegó demasiado tarde.

—Perfectamente, señora —dijo Mazarino—; nada hay que replicar a eso.

—Sí, caballero —dijo la reina, cerrando el cofrecillo y poniendo encima la mano—; sí, algo hay que replicar, y es que he sido una ingrata con hombres que me salvaron a mí y que hicieron cuanto estuvo de su parte por salvarle a él, y que nada he hecho en favor de ese valiente Artagnan, de que me hablabais no hace mucho, sino darle a besar mi mano y regalarle este diamante.

La reina extendió su hermosa mano hacia el cardenal y le enseñó una piedra riquísima que brillaba en su dedo.

—Lo vendió, según tengo entendido. en un momento de apuro, y lo vendió por salvarme a mí por segunda vez, pues fue a fin de enviar un mensajero al duque y prevenirle que estaba resuelta su muerte.

—¿Conque, Artagnan lo sabía?

—Todo absolutamente. El cómo es lo que no conozco. Pero en fin, él lo vendió al señor Des-Essarts, en cuyo dedo lo vi y de quien lo he rescatado; mas este diamante es suyo, caballero; devolvédselo de mi parte, y puesto que la suerte ha colocado al lado vuestro a un hombre semejante procurad valeros de él.

—Gracias, señora —dijo Mazarino—; me serviré de vuestro consejo.

—Y ahora —dijo la reina, como aniquilada por la emoción que sentía—, ¿se os ofrece alguna otra cosa?

—Nada, señora —respondió el cardenal con voz afectuosa—, sino suplicaros que me perdonéis mis injustas sospechas; pero os amo tanto, que no debéis extrañar que tenga celos hasta de lo pasado.

Una sonrisa de inexplicable expresión entreabrió los labios de la reina.

—Bien está —dijo—; si no se os ofrece nada más, dejadme, pues debéis conocer que después de esta escena deseo estar sola.

Mazarino se inclinó.

—Me retiro, señora —repuso—; ¿cuándo me permitiréis volver?

—Mañana; para reponerme de mi emoción quizá no baste ese tiempo.

El cardenal besó galantemente la mano de la reina y se retiró.

Un momento después, pasó Ana de Austria a la habitación de su hijo y preguntó a Laporte si ya se había acostado el rey.

El fiel servidor le enseñó el niño profundamente dormido.

La reina acercóse al lecho, besó la frente ceñuda de Luix XIV y se retiró, diciendo a Laporte:

—Cuidad de que el rey ponga mejor cara al cardenal, a quién él y yo debemos buenos servicios.

V.— GASCÓN E ITALIANO

Entretanto, el cardenal volvía a su gabinete y preguntaba a Bernouin, que le aguardaba en la puerta, si había ocurrido alguna novedad durante su ausencia. El ayuda de cámara contestó negativamente, y entonces Mazarino indicóle con un gesto que se ausentara.

En cuanto quedó solo, se acercó a abrir la puerta de la galería y después la de la antecámara. Artagnan estaba durmiendo sobre una banqueta.

—¡M. Artagnan! —exclamó. Artagnan no se movió.

—¡M. Artagnan! —repitió más alto. Artagnan siguió durmiendo.

El cardenal se acercó y le tocó en el hombro con la extremidad de los dedos.

Artagnan entonces despertóse, se levantó y se cuadró militarmente.

—Presente —gritó—: ¿quién me llama?

—Yo —dijo Mazarino, con el semblante más risueño.

—Perdonad, señor —repuso Artagnan—; pero estaba tan cansado...

—No me pidáis perdón, caballero —dijo Mazarino—, porque os habéis fatigado en servicio mío.

Artagnan se sorprendió del tono afable del ministro.

—¡Calla! —se dijo para sí— . ¿Si será cierto el proverbio de que la fortuna viene en sueños?

—Seguidme, caballero —dijo Mazarino.

—Vamos, vamos —se dijo Artagnan—. Rochefort ha cumplido su palabra; pero, ¿por dónde diablos habrá pasado?

Y aun cuando miró a todos los rincones del gabinete, no vio a su amigo.

—Caballero Artagnan —dijo Mazarino, sentándose en su sillón—, os he tenido siempre por hombre valiente y honrado.

—Bien podrá ser —dijo Artagnan para sí—, pero no ha dejado de estar pensándolo bastante tiempo para decírmelo.

Esta idea, no obstante, no impidió que se inclinara profundamente.

—Ahora bien —continuó Mazarino—, ha llegado el momento de utilizar vuestro talento y valentía.

Los ojos del oficial se pusieron radiantes de alegría, la cual se extinguió al punto, pues ignoraba adónde quería Mazarino ir a parar.

—Mandad, señor —dijo—; estoy dispuesto a obedecer a vuestra eminencia.

—M. Artagnan —continuó Mazarino—, habéis hecho durante el último reinado algunas hazañas...

—Vuestra Eminencia es demasiado bondadoso al hacerme ese recuerdo... Cierto es; he hecho la guerra con bastante fortuna.

—No hablo de vuestros hechos de armas, pues aun cuando hayan hecho mucho ruido, han sido sobrepujados por los de otra clase. Artagnan aparentó sorpresa.

—¡Qué! —dijo Mazarino— ¿Nada contestáis?

—Espero —contestó Artagnan—, que monseñor me diga de qué hechos quiere hablar.

—Hablo de aquella aventura... Ya sabéis lo que quiero decir. —No por cierto, señor —respondió Artagnan.

—Sois prudente, ¡tanto mejor! Aludo a aquella aventura de la reina, a los herretes, al viaje que hicisteis con tres amigos vuestros.

—¡Hola!, ¡hola! dijo interiormente el gascón—. ¿Será esto un lazo? Estemos sobre aviso.

Y revistió su semblante de una expresión de asombro que le hubieran envidiado Mendori o Bellerose, los dos cómicos más notables de la época.

—¡Bien! —dijo Mazarino riéndose—. ¡Bravo! Veo que no me han engañado al hablarme de vos como del hombre a quien necesitaba. Sepamos: ¿qué haríais por mí?

—Todo cuanto Vuestra Eminencia tenga a bien mandarme —dijo Artagnan.

—¿Todo lo que hicisteis en otro tiempo por una reina?

«No hay duda —pensó Artagnan—, quiere hacerme hablar. Dejémosle venir, ¡qué diablos! No es éste más astuto que Richelieu.»

—¿Por una reina, señor?... No comprendo.

—¿No comprendéis que necesito de vos y de vuestros amigos?

—¿Qué amigos, señor?

—Vuestros tres amigos de antaño.

—¿De antaño, monseñor? —repuso Artagnan—. Antiguamente no tenía yo tres amigos, sino cincuenta. A los veinte años llama uno amigo a cualquiera.

—Bien, bien —dijo Mazarino—; la discreción es una cualidad muy recomendable, pero hoy podríais tal vez arrepentiros de haber sido demasiado discreto.

—Señor, Pitágoras hacía guardar silencio a sus discípulos por espacio de cinco años para enseñarles a callar.

—Y vos lo habéis guardado por veinte, que son quince más que los de un filósofo pitagórico, y esto no me parece razonable. Hablad hoy, pues, porque la reina misma os releva de vuestro juramento.

—¡La reina! —dijo Artagnan con una admiración que esta vez no era disimulada.

—Sí, la reina; y en prueba de que os hablo en nombre suyo, me ha encargado que os enseñe este diamante, el cual cree debéis reconocer, y ha rescatado del señor Des-Essarts.

Y Mazarino extendió su mano hacia el oficial, que lanzó un suspiro al reconocer el anillo que la reina le diera en la noche del baile de la casa de Ayuntamiento.

—Efectivamente —dijo Artagnan— reconozco ese diamante, que ha pertenecido a la reina.

—Ya veis que os hablo en nombre suyo. Contestadme, pues, sin rodeos. Os lo he dicho, y lo repito: va en ello vuestra fortuna.

—Y a fe mía, señor, que tengo mucha necesidad de hacerla. ¡Hace tanto tiempo que todos me tienen olvidado!

—Bastan ocho días para ganar el tiempo perdido. Vos ya veo que estáis aquí. ¿Dónde se hallan vuestros amigos?

—Señor, lo ignoro.

—¿Es posible?

—Hace mucho tiempo que nos separamos, porque los tres retiráronse del servicio.

—¿Y dónde podréis encontrarlos?

—En este momento lo ignoro; pero respondo de conseguirlo.

—¿Qué necesitáis para ello?

—En primer lugar dinero.

—¿Cuánto?

—Todo el que exijan las empresas que tengáis a bien confiarnos. Me acuerdo de los apuros en que nos puso muchas veces la falta de metálico, y a no ser por este diamante que me vi precisado a vender, no hubiera podido salir airoso de un lance bien comprometido.

—¡Mucho dinero! —exclamó Mazarino torciendo el gesto—. Eso se dice pronto. Ya conocéis que las arcas reales están exhaustas.

—En tal caso, señor, haced lo que yo: vended los diamantes de la corona. No os paréis en el dinero. Las cosas grandes no se hacen sino con medios proporcionados.

—Bien —contestó Mazarino—; ya veremos.

—Richelieu —pensaba para sí Artagnan—, ya me hubiera dado quinientos doblones.

—¿Con que estáis resuelto a ser de los míos?

—Sí, señor, con tal que mis amigos quieran.

—Pero aunque ellos se nieguen, ¿puedo contar con vos?

—Yo solo —dijo Artagnan sacudiendo la cabeza— no he hecho nunca cosa de provecho.

—Pues id a buscarlos.

—¿Y qué les he de decir para inclinarles a servir a Vuestra Eminencia?

—Vos, que los conocéis mejor que yo, podéis hacerles promesas según el carácter de cada uno de ellos.

—Pero ¿qué puedo prometerles?

—Que mi reconocimiento no tendrá límites si me sirven como han servido a la reina.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Todo, puesto que para todo sois aptos.

—Señor, cuando se tiene confianza y se quiere inspirarla, lo mejor es hablar francamente.

—En el momento oportuno ya os enteraré, no tengáis cuidado.

—¿Y entretanto?...

—Buscad a vuestros amigos.

—Para eso necesito viajar, y el bolsillo de un teniente de mosqueteros no está muy repleto.

—No quiero que os presentéis con gran lujo: por el contrario, mis proyectos necesitan misterio, oscuridad...

—Perfectamente; pero tened presente que no puedo viajar con mi paga, porque no me la dan hace tres meses, ni con mis ahorros, porque en los veintidós años que llevo de servicio no he reunido más que deudas.

El cardenal quedó algunos segundos pensativo, y como luchando consigo mismo. Por fin se dirigió a un armario de triple cerradura, y tomando de él un saco, entrególo a Artagnan lanzando un suspiro.

—Tomad —le dijo—, aquí tenéis para el viaje.

—Si son onzas españolas o por lo menos escudos de oro, del mal el menos —dijo para sí Artagnan.

Y se guardó el saco en su enorme bolsillo.

—Conque quedamos —dijo el cardenal— en que vais a poneros en camino.

—Sí, señor.

—Me escribiréis diariamente para darme cuenta de vuestros progresos.

—Está muy bien.

—¡Ah! ¿Y los nombres de vuestros camaradas?

—¿Los nombres?... —preguntó Artagnan con inquietud.

—Sí, mientras vos los buscáis por un lado, yo haré averiguaciones...

—El conde de la Fère, por otro nombre Athos; el señor de Vallon, llamado también Porthos; y el caballero de Herblay, conocido por Aramis.

El cardenal sonrió diciendo:

—Segundones que ingresarían en los mosqueteros con nombres supuestos por no comprometer los propios. Espada larga y bolsa corta, ya se sabe.

—Si esas espadas llegan a emplearse a vuestro servicio —dijo Artagnan—, concededme que os manifieste el deseo de que la bolsa de vuestra eminencia disminuya para que la de ellos aumente. Y no habrá nada perdido, porque con esos tres hombres y yo puede monseñor resolver la Francia y toda Europa si se le antoja.

—Estos gascones —dijo Mazarino riéndose— se parecen a los italianos en echar bravatas.

—Pero les aventajan en dar estocadas —respondió Artagnan imperturbable.

Y a una seña del cardenal, salió del gabinete, después de haber pedido una licencia, que le fue otorgada y firmada en el acto por el propio Mazarino.

Apenas se halló fuera del gabinete, se aproximó a un farol que había en el patio, y se apresuró a examinar lo que contenía el saco.

—¡Escudos de plata! —exclamó con desprecio—. ¡Ya me lo presumía yo! ¡Ah, Mazarino, Mazarino! ¿No pones confianza en mí? ¡Tanto peor! ¡Alguna vez te pesará!

Mientras que Artagnan hacía este monólogo, Mazarino restregábase las manos.

—¡Cien doblones! —murmuraba entre dientes—. ¡Cien doblones! Por cien doblones me he hecho poseedor de un secreto, por el cual el señor de Richelieu habría dado veinte mil escudos... Y eso sin contar este diamante —añadió echando una mirada cariñosa a la sortija, que guardaba. para sí en vez de dársela a Artagnan—, sin contar este diamante que vale muy bien sus diez mil libras.

Y el cardenal entró en su cuarto muy gozoso por el negocio que había hecho, colocó la sortija en una caja llena de brillantes de todas clases, pues Mazarino tenía mucha afición a las piedras preciosas, y llamó a Bernouin a fin de que le desnudase, sin inquietarse en lo más mínimo por los murmullos que de vez en cuando iban a estrellarse contra los vidrios, ni por los tiros que resonaban todavía en París, no obstante ser más de las once de la noche.

Entretanto se encaminaba Artagnan hacia la calle de Tiquetonne y la fonda de Chevrette en que vivía.

Sepamos por qué se determinó Artagnan a elegir aquella vivienda.

VI.— ARTAGNAN A LOS CUARENTA AÑOS

Desde el tiempo en que en nuestra historia de *Los Tres Mosquete*ros, dejamos a Artagnan en la calle de Fosseyeurs, número 12, habían pasado muchas cosas y sobre todo muchos años.

Artagnan no había faltado a las circunstancias, pero las circunstancias le habían faltado a él. Mientras estuvo rodeado de sus amigos, vivió en medio de los encantos de la juventud y de la poesía, pues tenía uno de esos caracteres des-

pejados e impresionables que se asimilaban fácilmente las cualidades de los demás. Athos le comunicaba su grandeza, Porthos su verbosidad, Aramis su elegancia. Si Artagnan hubiese seguido su trato con estos tres hombres, habría llegado a ser un hombre de provecho. Athos fue el primero que le dejó para irse a las tierras que heredara junto a Blois. En seguida le abandonó Porthos para casarse con su procuradora; y, por último, Aramis para recibir las órdenes y hacerse clérigo. Desde entonces Artagnan, que parecía haber confundido su porvenir con el de sus tres amigos, se encontró aislado y se sintió débil y sin valor para seguir una carrera en la que conocía que no podía llegar a ser gran cosa, sino a condición de que cada uno de sus amigos le cediese una parte del fluido eléctrico que del cielo hubiese recibido.

De modo que cuando Artagnan alcanzó el empleo de teniente de mosqueteros, su aislamiento no por eso fue menor. Ni era de tan elevado nacimiento como Athos para frecuentar las casas de los ilustres, ni tan vanidoso como Porthos para hacer creer que se rozaba con la alta sociedad, ni tan buen mozo como Aramis para conservar siempre una elegancia natural, propia de la persona. Por algún tiempo el dulce y tierno recuerdo de la señora Bonacieux revistió el ánimo del joven teniente de cierta poesía; pero este recuerdo caducó como el de todas las cosas del mundo; se había ido borrando poco a poco: la vida del soldado en guarnición es fatal aun para las organizaciones distinguidas. De las dos naturalezas opuestas que formaban la individualidad de Artagnan, la naturaleza material había ido adquiriendo insensiblemente su dominio sobre la espiritual; siempre de guarnición, siempre en el campamento y siempre a caballo, había llegado a ser lo que se llama un perdido.

No es esto decir que Artagnan hubiera perdido su delicadeza primitiva; al contrario, esa delicadeza se aumentó más y más, o al menos parecía doblemente realzada bajo una apariencia algo más tosca; más aplicada a las cosas pequeñas de la vida y no a las grandes, al bienestar material, al bienestar tal como los militares lo entienden, es decir, a tener buena cama, buena mesa, y excelente patrona.

Artagnan hacía seis años que encontraba todos esos requisitos en la calle de Tiquetonne, y en su fonda de la Chevrette.

En los primeros tiempos de su estancia en dicha casa, el ama, que era una hermosa y fresca flamenca de veinticinco a veintiséis años, se enamoró ciegamente de él. Después de algunos lances muy contrariados por un esposo incómodo, a quien Artagnan amenazó más de diez veces con pasar de parte a parte con su espada, desapareció una mañana el marido, desertando para no regresar, después de haber vendido— furtivamente algunos toneles de vino y llevándose el dinero y alhajas. En suma, se creyó que había muerto. Su mujer especialmente, lisonjeada con la grata idea de hallarse viuda, sostenía osadamente que estaba en el otro mundo. En fin, después de tres años de unas relaciones que Artagnan se había guardado muy bien de romper, porque a ellas debía el que fueran cada año mejores su cama y su patrona, cosa que se abonaban mutuamente, tuvo la última, la exorbitante pretensión de contraer segundas nupcias y aconsejó a Artagnan que se casara con ella.

—¡Qué disparate! —contestó Artagnan—. ¿Pretendéis acaso tener dos esposos?

—El otro ha muerto, estoy segura.

—No _lo creo. Era muy aficionado a estorbar y volvería, aunque fuese del otro mundo, por el placer de que nos ahorcaran.

—Vos que sois tan diestro y tan valiente, ¿no tenéis más que matarle si vuelve?

—¡Cáspita! También ese es buen medio de bailar en la cuerda. —¿Conque no deseáis casaros?

—No.

La hermosa fondista se quedó muy desconsolada, pues de buena gana hubiera tomado a Artagnan por esposo.

Cuatro años duraban estas relaciones, cuando se organizó la expedición al Franco-Condado. Artagnan formó parte de ella, y al tiempo de partir, la patrona se deshizo en lágrimas y juramentos de fidelidad. Artagnan no hizo más promesa que la de procurar a toda costa ganar honra y provecho.

Conociendo su valentía, fácil es comprender que se portó bizarramente, y al cargar al enemigo al frente de sus soldados, recibió un balazo en el pecho, quedando tendido en el campo de batalla. Vióse le caer del caballo y no levantarse, de suerte que se le creyó muerto, y todos los que tenían esperanza de ocupar su vacante, aseguraron por sí o por no, que era cadáver. Es muy fácil creer lo que se quiere, y en el ejército, desde el general de división que desea la muerte del general en jefe, hasta los soldados que desean la del cabo, todo el mundo desea la muerte de alguien.

Pero Artagnan no se dejaba matar ni por esas. Después de permanecer durante los calores del día, privado del sentido sobre el campo de batalla, el fresco de la noche le hizo volver en sí: dirigióse como pudo a una aldea y llamó a la puerta de la casa que le pareció de mejor aspecto, siendo perfectamente recibido. Allí se curó, cuidado con el mayor esmero, y una vez repuesto emprendió el camino de Francia; una vez en Francia, tomó el de París, y cuando llegó a París se dirigió a la calle de Triquetonne.

Al entrar en su cuarto encontróse desagradablemente sorprendido, viendo en ella un equipaje militar, al que sólo faltaba la espada para estar completo.

—Sin duda habrá regresado —dijo para sí—: tanto mejor y tanto peor.

Artagnan se refería al marido de la fondista.

Intentó informarse del estado de la casa: la criada y los mozos eran nuevos. El ama había salido a paseo.

—¿Sola? —preguntó Artagnan.

—Con el amo.

—¿Ha regresado el amo?

—Sí, señor —contestó sencillamente la criada.

—Si tuviera dinero —pensó el gascón—, me marcharía. Pero como no lo tengo, tendré que quedarme y seguir los consejos de mi patrona, propinando una estocada a su marido.

Apenas acababa este monólogo, que evidencia que todo el mundo habla solo en las grandes ocasiones, cuando la criada, que estaba en la puerta, exclamó de repente:

—Ahí viene la señora con el amo.

Artagnan miró a la calle y vio en la esquina de la de Montmartre a su buena patrona, que volvía colgada del brazo de un enorme suizo, que le recordó a Porthos por el aire hinchado y majestuoso con que se contoneaba.

—¿Ese es el dueño? —preguntó Artagnan—. Me parece que ha crecido mucho.

Y se sentó en la habitación en sitio en que pudiera ser visto.

La patrona le vio en seguida y lanzó un débil grito.

Artagnan, con la mayor naturalidad, se levantó y dirigiéndose a ella la abrazó tiernamente.

El suizo miraba asombrado a la fondista, que se quedó más blanca que la cera.

—¿Sois vos, caballero? —dijo por fin ella con una turbación que no podía disimular.

—¿El señor es acaso hermano o primo vuestro? —preguntó Artagnan sin desconcertarse.

Y antes de que la fondista pudiera contestar, abrazó al suizo, que permaneció inmóvil, preguntando:

—¿Quién es ese hombre? La patrona no respondió.

—¿Quién es ese suizo? —preguntó también Artagnan.

—El señor va a casarse conmigo.

—¿Ha muerto vuestro marido?

—¿Y qué os importa a vos? —dijo el suizo.

—Me importa mucho —lijo Ártagnan remedándole—, porque no podéis casaros con esta señora sin mi permiso, y que...

—¿Y qué? —preguntó el suizo.

—Y que... no quiero darlo —dijo el mosquetero.

El suizo púsose más encendido que una grana; llevaba su hermoso uniforme galoneado, y Artagnan estaba envuelto en una especie de capa gris. El suizo tenía seis pies de estatura, y Artagnan no tenía arriba de cinco. El suizo creía estar en su propia casa.

—¿Queréis salir de aquí? —preguntó dando en el suelo una patada como hombre que empieza a incomodarse seriamente.

—¿Yo? ¡No ciertamente! —dijo Artagnan.

—No hay más que llamar para que le echen —dijo un mozo que no acertaba a comprender cómo un hombre tan pequeño disputaba el puesto a aquel gigante.

—Tú —dijo Artagnan, que empezaba también a irritarse, agarrando al mozo de una oreja—, tú vas a principiar por quedarte aquí sin moverte siquiera, o de lo contrario te arranco esta oreja. Respecto a vos, ilustre descendiente de Guillermo Tell, haced un lío con las ropas que tenéis en mi cuarto, y salid inmediatamente a buscar casa.

El suizo se echó a reír a carcajadas.

—¿Yo salir?

—Vamos —dijo Artagnan—; veo que comprendéis el francés. Venid a dar un paseo conmigo, y os explicaré lo demás.

La patrona, que conocía a Artagnan por hombre perito con la espada, principió a llorar y a mesarse los cabellos.

Artagnan se acercó a la hermosa afligida, y le dijo:

—Entonces, despedidle vos misma, señora.

—¡Bah! —exclamó el suizo, que había necesitado algún tiempo para comprender la proposición de Artagnan—. ¡Bah! ¿Y quién sois vos para proponerme ese paseo?

—Soy teniente de los mosqueteros de Su Majestad, y por tanto vuestro superior en todo; pero como aquí no se trata de grados, sino de boletas de alojamiento, ya sabéis cuál es la costumbre. Venid a buscar la vuestra, y el primero que vuelva recobrará su cuarto.

Artagnan se llevó al suizo, a pesar de los lamentos de la patrona, la cual, aun cuando conocía en su interior que su corazón se inclinaba a su antiguo amante, no hubiera llevado a mal dar una lección a aquel soberbio mosquetero, que le había hecho la afrenta de rehusar su mano.

Los dos adversarios se fueron directamente a los fosos de Montmartre, y era ya de noche cuando llegaron. Artagnan pidió cortésmente al suizo que le cediese la habitación y no volviese más a ella; pero este se negó a ello con un movimiento de cabeza y tiró de la espada.

—Entonces dormiréis aquí dijo Artagnan—: la cama no es agradable; pero no será culpa mía, pues vos sois el que así lo ha querido. Y diciendo estas palabras, tiró a su vez de su tizona y la cruzó con la de su enemigo.

Tenía que habérselas con un puño de hierro, pero su destreza era superior a toda fuerza. La espada del alemán nunca encontraba la del mosquetero. El suizo recibió dos estocadas casi sin sentirlo, a causa del frío; sin embargo, la pérdida de sangre y la debilidad que le produjo, le obligaron a sentarse.

—Vamos —dijo Artagnan—, ¿qué os había yo vaticinado? ¡No habéis dejado de adelantar bastante, testarudo! ¡Y gracias que sólo tenéis para quince días! Permaneced ahí, que yo os enviaré vuestras ropas con el mozo. ¡Hasta la vista! A propósito, mudaos a la calle de Montorgueil, fonda del *Gato Blanco:* allí estaréis bien servido, pero no por la misma patrona. Adiós.

Y volviendo orgulloso a su habitación, envió, en efecto, las ropas al suizo, a quien encontró el mozo sentado en el mismo lugar en que le dejara Artagnan, admirado todavía de la serenidad de su adversario.

El mozo, la patrona, y todos los de la casa guardaron a Artagnan los miramientos y consideraciones que hubiesen podido tener por el mismo Hércules, si volviese a la tierra para emprender de nuevo sus doce trabajos.

Pero cuando estuvo a solas con la patrona, le dijo:

—Ahora, hermosa Magdalena, ya sabéis la distancia que va de un suizo a un caballero; respecto a vos, nada os digo sino que os habéis portado como la mujer más despreciable. El mal es para vos, que perdéis mi cariño y mi permanencia en esta casa. He arrojado de ella al suizo para humillaros, pero no quiero vivir más aquí; no acostumbro habitar entre personas a quienes desprecio... ¡Eh, mozo! Que lleven mi maleta a la *Manzana de Oro,* calle de Bourdonnais. Adiós, señora.

Artagnan hubo de estar, a lo que parece, cuando pronunció estas palabras, imponente y seductor a la par. La patrona se arrojó a sus pies, le pidió perdón y le retuvo con una suave violencia. ¿Qué más hemos de decir? El asador estaba dando vueltas, la sartén hacía rechinar agradablemente las viandas, la hermosa Magdalena lloraba, y Artagnan sintió que le acometían al mismo tiempo el hambre, el frío y el amor. No pudo, pues, resistirse a conceder el perdón que se le pedía, y se quedó.

Así es como Artagnan continuaba habitando en la calle de Tiquetónne y en su fonda de la Chevrette.

VII.— UN PERSONAJE MUY CONOCIDO NUESTRO SACA A ARTAGNAN DE UN APRIETO

Volvía Artagnan hacia su casa muy satisfecho con el dinero que le había dado el cardenal Mazarino, y acordándose de aquel hermoso diamante que fue suyo en otro tiempo y que vio brillar por un momento en el dedo del primer ministro, decía:

—Si otra vez llegara a pescar ese diamante, al momento lo convertiría en dinero, compraría algunas tierras en las inmediaciones del castillo de mi padre, que es una excelente morada, pero que no tiene otras dependencias que un jardín, tan grande apenas como el cementerio de los Inocentes, y allí esperaría tranquilamente a que alguna rica heredera, prendida de mi buena presencia, quisiese casarse conmigo. Después tendría tres guapos chicos, y haría del primero un gran señor como Athos; del segundo un buen soldado como Porthos, y del tercero un gallardo clérigo como Aramis. ¡A fe que esto sería mejor que llevar la vida que llevo! Pero, desgraciadamente ese señor Mazarino es un mostrenco que no se deshará de su diámante en mi favor.

¡Qué hubiera dicho Artagnan al conocer que aquel diamante se lo había confiado la reina a Mazarino para que se lo devolviese!

Al entrar en la calle de Tiquetonne, notó que había en ella mucha bulla y movimiento y que una multitud de gente se agolpaba en las inmediaciones de su casa.

—¡Oh! ¡oh! —exclamó—. ¿Se habrá prendido fuego en la fonda de la Chevrette? ¿O habrá vuelto por fin el esposo de la hermosa Magdalena?

No era ni una cosa ni la otra, y al acercarse Artagnan conoció que no era delante de su casa, sino de la próxima en donde se agolpaba la gente. Oíanse fuertes gritos, corrían de una parte a otra varias personas con hachones, y a la luz que éstos despedían, notó Artagnan que había uniformes.

Preguntó al fin lo que sucedía.

Dijéronle que un paisano, con veinte amigos suyos, habían arremetido a unos guardias del cardenal que iban escoltando un carruaje, pero que habiendo ido más fuerza armada, habían obligado a los paisanos a apelar a la fuga. El que hacía de jefe de los amotinados se había refugiado en la casa inmediata a la fonda, y con ese motivo se estaba haciendo en aquella un escrupuloso registro.

En su juventud habría Artagnan corrido al punto donde hubiese visto uniformes y prestado auxilio a los soldados contra los paisanos, pero ya se había apagado en él aquel fuego, y como por otra parte llevaba en el bolsillo los cien doblones del cardenal no quería aventurarlos en aquel tumulto.

De modo que entró en su casa sin hacer más preguntas.

En otro tiempo, Artagnan deseaba siempre saberlo todo; ahora siempre sabía lo bastante.

La linda Magdalena no lo esperaba, creyendo, como le había dicho Artagnan, que pasaría la noche en el Louvre. Alegróse, pues, infinito, de aquel regreso inesperado, y con tanto mayor motivo cuanto que precisamente estaba muy asustada con lo que pasaba en la calle y no tenía ningún suizo que la defendiera.

Quiso entablar conversación con él y contarle lo que había pasado; pero Artagnan estaba entregado a mil reflexiones y no estaba de humor para hablar. Mostróle la patrona la comida caliente, mas Artagnan hizo seña de que se la llevasen a su habitación, añadiendo que subiesen también una botella de rancio Borgoña.

La hermosa Magdalena estaba acostumbrada a obedecer militarmente, es decir, a una señal. Como Artagnan habíase dignado hablar aquella vez, fue servido con doble prontitud.

El mosquetero tomó su llave y su luz, y subió a su cuarto. Se había contentado con una habitación en un cuarto piso, y el respeto que profesamos a la verdad, nos obliga a decir que se hallaba aquélla situada debajo del tejado.

Allí tenía su tienda de Aquiles. Artagnan se encerraba en aquel aposento cuando quería castigar con su ausencia a la bella Magdalena. Su primer cuidado fue el de guardar en una vieja cómoda, cuya cerradura únicamente era nueva, su saco, sin cuidarse siquiera del dinero que contenía. Luego, como le trajeron la comida juntamente con la botella de vino, despidió al mozo, cerró la puerta y se sentó a la mesa.

No hizo esto seguramente, como es fácil de suponer, para ponerse a reflexionar, pues Artagnan pensaba que sólo salen bien las cosas cuando se hacen a tiempo. Tenía hambre y satisfizo su apetito, y así que acabó de comer, se acostó. Tampoco era Artagnan de aquellos que piensan que la noche da consejos; la noche sólo le servía para dormir; y por la mañana, al contrario, era cuando enteramente listo y despejado tenía las inspiraciones más felices. Mucho tiempo

hacía que no había tenido ocasión de pensar por las mañanas, pero siempre había dormido por las noches.

Al amanecer despertó, saltó de la cama con una resolución propiamente militar y comenzó a pasearse por su cuarto, reflexionando.

—El año 43 —dijo para sí—, a los seis meses poco más o menos de la muerte del otro cardenal, recibí una carta de Athos. ¿En dónde fue? Veamos... ¡Ah! en el sitio de Besanzon, ya me acuerdo; permanecía en la trinchera: ¿y qué me decía? Que vivía en una pequeña posesión; sí, eso es; en una pequeña posesión; pero, ¿dónde? Al llegar a este punto llevóse el viento la carta. En otro tiempo la habría ido a buscar, aun cuando el viento la hubiese llevado a un sitio enteramente descubierto. Pero la juventud es lo más malo del mundo... sobre todo cuando ya no es uno joven. Dejé que fuese mi carta a llevar las señas de Athos a los españoles, los cuales viendo que era un asunto que no les interesaba, podían haber tenido la atención de enviármela. No hay, pues, que pensar en Athos. Vamos por Porthos. En el mes de septiembre de 1646, recibí una carta suya invitándome a una cacería en sus posesiones. Como por desgracia me hallaba entonces en Bearn, a causa de la muerte de mi padre, la carta, que llegó después de mi salida, fue siguiéndome la pista, y no me alcanzó hasta abril de 1647. Buscaré la carta que debe estar entre mis títulos de propiedad.

Al decir esto abrió Artagnan una arquilla vieja, donde guardaba los pergaminos relativos a las tierras que conservaba su familia hacía más de doscientos años, y dio un grito de regocijo al reconocer en un papel que había entre aquellos legajos las letras gordas de Porthos, debajo de las cuales había unas cuantas líneas de garabatos, trazados por la mano de su buena esposa.

Artagnan buscó las señas, sin detenerse a leer la carta, cuyo contenido sabía.

Pero las señas decían solamente *en el Castillo del Vallon,* porque la vanidad sin límites de Porthos le había hecho creer que todo el mundo estaba obligado a saber dónde radicaba su castillo.

—¡Vaya al diantre este fatuo! —exclamó Artagnan—. Siempre ha de ser el mismo. Y el caso es que no me vendría mal empezar por él, porque debe tener dinero, pues heredó las ochocientas mil libras del señor Coquenard. Veamos si doy con Aramis, que se habrá entregado a sus prácticas religiosas, y me podrá ser más útil que los otros, porque a Athos creo que el vino lo habrá vuelto loco.

Artagnan fijó entonces los ojos en la cara de Porthos y vio la postdata que decía:

«Por este mismo correo escribo a nuestro amigo Aramis en su convento. »

—¿Cuál será su convento? —pensó Artagnan—. Sólo en París existen doscientos y en Francia pasan de tres mil. Además es posible que al tomar los hábitos cambiara por tercera vez de nombre. Si yo hubiera aprendido Teología o me acordara de los temas que discutía en Crevecoeur con el cura de Montdidier y el superior de los jesuitas, sabría las doctrinas a que más se inclinaba y éste sería un detalle... Si le pidiese al cardenal un salvoconducto para entrar en todos los conventos, incluso los de monjas... puede que lo encontrara en algunos de éstos. Sí, mas esto sería confesar desde luego mi impotencia y desacreditarme a los ojos del cardenal. Los grandes personajes no agradecen más que lo imposi-

ble. «Si eso fuera posible, acostumbran decir, yo lo hubiera hecho». Y tienen razón. Pero ahora que me acuerdo, también recibí una carta suya hace algún tiempo: por más señas que me pedía un favor que le hice al instante. ¿Dónde estará esa carta?

Nuestro héroe se quedó un momento pensativo, y luego tomando una resolución, dirigióse a las perchas en que tenía colgadas unas ropas viejas. Buscó la ropilla que usaba en 1648, y como era un mozo muy metódico, la halló en su correspondiente clavo. Registró los bolsillos, y encontró un papel que era precisamente lo que buscaba.

Decía así:

«Querido Artagnan: Ya sabéis que he tenido una disputa con cierto caballero que me ha dado una cita para esta noche en la Plaza Real; como soy hombre de iglesia y podría perjudicarme el asunto si me confiase a un amigo que no fuera tan íntimo como vos, os pido que me sirváis de padrino.

»Entraréis por la calle nueva de Santa Catalina, y bajo el segundo farol encontraréis a vuestro adversario. Yo estaré con el mío debajo del tercero.

»Vuestro invariable

»ARAMIS.»

A esto se reducía la carta, y por más que Artagnan trató de reunir sus recuerdos, sólo sacó en limpio que había ido en efecto al lugar de la cita, donde encontró al adversario que le esperaba; le dio una estocada en el brazo, y luego se acercó a Aramis, que ya había terminado por su parte.

—Me parece que he muerto a ese insolente —le dijo Aramis—. Por lo tanto hemos concluido. Adiós, querido, si alguna vez necesitáis de mí, contad conmigo.

Y al decir esto le dio un apretón de manos, y desapareció por entre los arcos.

En suma: Artagnan no sabía dónde encontrar a ninguno de sus tres amigos, y ya comenzaba a inquietarse por esta contrariedad, cuando le pareció oír el ruido de un cristal que rompían en su cuarto. Al momento se acordó del dinero que tenía en la cómoda, y salió corriendo del gabinete. No se había equivocado, pues al entrar, vio un hombre que se estaba descolgando por la ventana.

—¡Ah, canalla! —gritó Artagnan tomándole por un ladrón y levantando la espada.

—Por piedad, caballero —exclamó el desconocido—; no me mateís sin oírme. Yo no soy ladrón ni mucho menos; soy un ciudadano decente, establecido, con casa abierta, me llamo... Pero no me engaño. Vos sois M. Artagnan.

—¡Y tú, Planchet! dijo el gascón.

—El mismo, señor —respondió Planchet entusiasmado—. El mismo para serviros, si acaso necesitáis algo...

—Puede que sí —dijo Artagnan—. Pero, ¿a qué diantres andas corriendo por los tejados en el mes de enero a las siete de la mañana?

—Señor —respondió Planchet—, es menester que lo sepáis, aunque tal vez no debíais saberlo.

—¿Qué? Veamos... Pero ante todo tapa ese agujero con una servilleta y corre las cortinas.

Planchet hizolo así.

—Vamos, ¿qué hay? —preguntó Artagnan.

—Ante todo, decidme, señor, ¿cómo estáis con el conde de Rochefort?

—Muy bien. Ya sabéis que es uno de mis mejores amigos.

—Me alegro infinito.

—Pero, ¿qué tiene que ver Rochefort con que tú entres en mi habitación por la ventana?

—Ahora veréis, señor; habéis de saber que el señor de Rochefort está...

Planchet titubeaba.

—¡Pardiez! —dijo Artagnan—. Lo sé perfectamente, en la Bastilla.

—En efecto, allí estaba —repuso Planchet.

—¿Cómo es eso? —preguntó Artagnan—. ¿Habrá tenido la dicha de escaparse?

—¡Señor! —exclamó a su vez Planchet—. Si a eso llamáis fortuna, todo va perfectamente. Debo deciros, entonces, que según parece, enviaron ayer por el señor de Rochefort a la Bastilla.

—Tan verdad es eso, como que fui yo mismo a buscarle.

—Pero, afortunadamente para él, no fuisteis vos el encargado de llevarle otra vez a la prisión, porque si yo os hubiera reconocido en los de la escolta, podéis creer, señor, que mi respeto...

—¡Acaba pronto, torpe! Veamos, qué pasó.

—Sucedió que a la mitad de la calle de Feronnerie, como el carruaje en que iba el señor de Rochefort atravesara por entre un grupo de gente, y los de la escolta atropellasen a los paisanos, empezaron a levantarse murmullos de disgusto: el prisionero creyó la ocasión favorable, y dándose a conocer, empezó a pedir auxilio. Yo, que estaba allí y tuve presente que él era quien me había hecho sargento del regimiento del Piamonte, empecé a gritar que aquel era un prisionero amigo del duque de Beaufort. Amotinóse con esto la gente, contuvo los caballos del carruaje, y arremetió a la escolta. Entretanto abrí yo la portezuela, se echó fuera el señor de Rochefort, y desapareció entre la muchedumbre. Desgraciadamente pasaba a la sazón una patrulla, que reuniéndose a los guardias, nos dio una carga, por lo cual emprendí mi retirada hacia la calle de Tiquetonne. Viéndome seguido de cerca, refugiéme en la casa contigua a ésta, y aun cuando la han cercado y registrado, todo ha sido en vano, pues encontré en el quinto piso una persona compasiva que me ocultó entre dos colchones. He pasado toda la noche en mi escondite, y creyendo que hoy repetirían las pesquisas, me eché a andar por esos tejados en busca, primero de una entrada, y después de una salida en una casa cualquiera, pero que no estuviera vigilada. Esta es mi historia y sentiría haberos disgustado con ella.

—No, por cierto —dijo Artagnan—; antes por el contrario, me es muy grato que Rochefort se halle en libertad; ¿pero sabes una cosa?... Que si caes en poder de la justicia vas a ser ahorcado sin remedio.

—¡Y tanto como lo sé! —dijo Planchet—. Esto es lo que más me atormenta, y por lo mismo me alegro tanto de haberos encontrado, porque si queréis ocultarme, nadie puede hacerlo mejor que vos.

—Y lo haré —dijo Artagnan—, no obstante que arriesgo nada menos que mi grado, si se llega a saber que he dado asilo a un rebelde.

—¡Ah, señor! No ignoráis que yo arriesgaría mi vida por vos.

—Y podrías añadir que la has arriesgado, Planchet. Nunca olvido sino las cosas que debo olvidar, y en cuanto a ésa, deseo acordarme de ella. Siéntate, pues, ahí, y come con tranquilidad: he notado que estás dirigiendo miradas muy expresivas a los restos de mi comida.

—Sí, señor, porque la despensa de la vecina estaba muy mal provista de manjeres suculentos, y desde ayer a las doce no he comido más que un pedazo de pan y algunas golosinas. Aun cuando no desprecio el dulce si lo encuentro en su tiempo y lugar, me ha parecido la comida en esta ocasión demasiado ligera para mi estómago.

—¡Pobre mozo! —exclamó Artagnan—. Vamos, siéntate.

—¡Ah, señor! —exclamó Planchet—. ¡Me salváis por dos veces la vida!

Y diciendo esto se sentó a la mesa, en donde empezó a engullir como en los felices tiempos de la calle de Fosseyeurs. Artagnan continuaba paseando de un extremo a otro de la habitación, buscando, allá en su mente, todo el partido que podía sacar de Planchet en las circunstancias en que se encontraba, mientras que Planchet hacía todo lo posible para reparar el tiempo perdido.

Arrojó por último el suspiro de satisfacción que da el hambriento cuando después de haber satisfecho su estómago con sólido reparo, quiere hacer un pequeño descanso.

—Vamos a ver —dijo Artagnan, que creyó llegado el momento de empezar su interrogatorio—, procedamos ordenadamente: ¿sabes dónde se halla Athos?

—No, señor —contestó Planchet.

—¡Diantre! ¿Y Porthos?

—Lo ignoro.

—¡Diantre!, ¡diantre!... ¿Y Aramis?

—Menos.

—¡Diantre!, ¡diantre!, ¡diantre!

—Pero —dijo Planchet con tono socarrón—, sé donde está Bazin.

—¡Cómo! ¿Sabes dónde está Bazin?

—Lo sé.

—¿Y dónde está? —En Nuestra Señora.

—¿Y qué hace en Nuestra Señora?

—Está de bedel.

—¿Bazin bedel de Nuestra Señora? ¿Estás seguro?

—Sin que me quepa la menor duda: como que le he visto y hablado.

—Y deberá saber en dónde está su amo.

—Seguramente.

Artagnan reflexionó por un momento, y tomando su capa y espada se dispuso a salir.

—Señor —dijo Planchet con aire lastimero—, ¿así me dejáis abandonado? Sabed que sois mi única esperanza.

—Aquí no vendrán a buscarte.

—¿Y si vienen? Me tomarán por un ladrón.

—Es cierto. ¿Sabéis algún dialecto?

—Más que eso; sé el flamenco.

—¿Dónde lo has aprendido?

—En Artois, donde hice la guerra durante dos años.

Artagnan se acercó a la puerta y mandó a un mozo que llamase a la linda Magdalena.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Planchet—. ¿A confiar nuestro secreto a una mujer?

—No tengas cuidado: no dirá nada.

En aquel momento entró la patrona, cuyo risueño semblante dejó ver algún disgusto, al encontrar a Artagnan acompañado, cuando sin duda esperaba hallarle solo.

—Amiga mía —dijo Artagnan—, aquí os presento a vuestro querido hermano, que acaba de llegar de Flandes, y a quien tomo a mi servicio por unos días.

—¡Mi hermano! —exclamó la patrona. —Saludad a vuestra hermana, míster Peter.

—*Wilkon zuster* —dijo Planchet.

—*Goeden day broer* —contestó la patrona.

—Ya está arreglado el asunto: este es vuestro hermano, que acaba de llegar de Amsterdam. Durante mi ausencia le vestiréis, y cuando regrese, que será dentro de una hora, me lo presentaréis; aun cuando no habla una palabra de francés, me lo recomendaréis al punto, y como no puedo negaros cosa alguna, lo tomaré a mi servicio; ¿entendéis?

—Perfectamente.

—Sois una mujer inapreciable, hermosa patrona; fío en vuestra prudencia.

Y haciendo a Planchet un ademán de inteligencia, salió Artagnan con dirección a Nuestra Señora.

VIII.— EN QUE SE VE CUÁNTO PUEDE INFLUIR MEDIO DOBLÓN EN UN BEDEL Y EN UN NIÑO DE CORO

Artagnan empezó a andar hacia el Puente Nuevo, muy contento por haber encontrado a Planchet, pues aunque aparentemente prestaba un servicio amparando a su antiguo criado, en realidad lo recibía de él. En efecto, nada podía serle más útil en aquellos momentos que un criado listo y valiente. Verdad era, que según todas las probabilidades, Planchet no había de estar mucho tiempo a su lado, pero aunque recobrase su posición social de confitero, siempre quedaría reconocido a Artagnan por haberle salvado la vida o poco menos; y nuestro gascón creía conveniente tener amigos en las filas del pueblo, cuando éste se preparaba a hacer la guerra a la corte.

Siempre era contar con un punto de apoyo en el campo enemigo, y para un hombre astuto como Artagnan no había detalle que fuese insignificante.

Encontrábase, pues, nuestro hombre en buena disposición de ánimo cuando llegó a Nuestra Señora. Subió las gradas, entró en la iglesia, y dirigiéndose a un sacristán que barría una capilla, le preguntó si conocía a Bazin.

—¿El señor Bazin el bedel?

—El mismo.

—Está ayudando a misa en la capilla de la Virgen.

—Artagnan sintió gran alegría, pues a pesar de las seguridades de Planchet dudaba mucho de encontrar a Bazin, pero teniendo ya un hilo en la mano confiaba en desenredar toda la madeja.

Para no perder de vista a Bazin, fue a arrodillarse delante de la capilla. La misa era rezada y debía concluir pronto, Artagnan, que no era muy devoto, empleó el tiempo en examinar a Bazin.

Llevaba su traje con tal majestad y prosopopeya, que fácilmente se advertía que si no había llegado al colmo de su ambición le faltaba poco, y que la varita de ballena que tenía en la mano le parecía tan honrosa como el bastón de mariscal que Condé arrojó en las filas enemigas en la batalla de Friburgo. Su físico había experimentado un cambio casi tan radical como su traje. Todo su cuerpo se había redondeado, y de su rostro habían desaparecido todas las partes salientes. Es cierto que conservaba la misma nariz, pero sus mejillas se habían abultado tan considerablemente que casi desaparecía entre ellas, la barba se escapaba bajo su garganta, y una carnosidad, que no era gordura, sino cierta hinchazón, tenía sus *ojos* como en prensa; en cuanto a su frente, los cabellos cortados igual y santamente la cubrían hasta unas tres líneas más allá de las cejas. Apresurémonos a manifestar que la frente de Bazin, aun en los tiempos en que más descubierta se hallaba, no había presentado nunca arriba de pulgada y media de superficie.

El sacerdote terminaba la misa, al mismo tiempo que Artagnan su examen: pronunció aquellas palabras sacramentales, y se retiró dando su bendición, con gran asombro de Artagnan, individualmente a cada circunstante, que la recibía de rodillas. Pero la admiración de Artagnan cesó al punto que reconoció en el celebrante al mismo coadjutor, esto es, el famoso Juan Francisco Gondi, que presintiendo en aquella época el papel que iba a hacer, principiaba a ganarse

popularidad, celebraba de vez en cuando una de esas misas matutinas, a las que sólo el pueblo tiene costumbre de asistir.

Artagnan prosternóse de rodillas como los demás, recibió también su bendición e hizo la señal de la cruz; pero en el momento en que Bazin pasaba por delante de él con los ojos levantados al cielo y yendo humildemente el último, le tiró de la extremidad del hábito.

Bazin bajó los *ojos* y dio un salto hacia atrás como si hubiera visto una serpiente.

—¡El señor de Artagnan! —exclamó—. *¡Vade retro, Satanás!*

—Está bien, amigo Bazin —dijo el oficial riéndose—; ¿de ese modo recibís a un antiguo amigo?

—Señor mío —contestó Bazin—, los verdaderos amigos de un cristiano son los que le ayudan a salvarse, y no los que se lo estorban.

—No os entiendo, Bazin —dijo Artagnan—, y no veo en qué puedo haber suscitado obstáculos a vuestra salvación.

—Olvidáis —dijo Bazin—, que estuvisteis a punto de imposibilitar Para siempre la de mi pobre amo, y que no ha consistido en vos el que no se condenase prosiguiendo la vida de mosquetero, cuando su vocación le inclinaba tan fervorosamente a la iglesia.

—Querido Bazin —contestó Artagnan—, por el sitio en que me ha' liáis Podéis conocer que he variado mucho. Con la edad se adquiere juicio, y persuadido de que vuestro amo está en camino de salvación, vengo a que me digáis dónde se encuentra, para que con sus consejos me ayude a salvarme también.

—Decid mejor que venís a llevárosle otra vez al mundo. Afortunadamente —añadió Bazin—, no sé dónde está: no me atrevería a mentir en este sagrado recinto.

—¡Cómo! —exclamó Artagnan, a quien se le cayó el alma a los pies con esta respuesta—. ¿No sabéis dónde está Aramis?

—¡Aramis! —dijo Bazin—. Aramis era su nombre de perdición: Aramis es anagrama de Simara, que es como se llama un demonio, y mi señor ha abandonado para siempre ese nombre.

—Por lo tanto —dijo Artagnan resuelto a llevar a término su paciencia—, no pregunto por Aramis, sino por el señor Herblay. Ea, pues, amigo Bazin, decidme dónde está.

—¿No habéis oído, caballero, que no lo sé? —Cierto; pero a eso contesto yo que es imposible.

—Pues es cierto, caballero, la verdad pura, una verdad evangélica.

Artagnan vio claramente que no sacaría partido de Bazin; conocía que mentía, pero mentía con tanto empeño, con tanta firmeza, que era fácil conocer que no se retractaría.

—Está bien, Bazin —dijo Artagnan—; ya que no sabéis dónde vive vuestro amo, no se hable más palabra; separémonos como amigos y tomad este medio doblón para echar un trago a mi salud.

—No lo gasto, señor —dijo Bazin apartando majestuosamente la mano del oficial—; eso es bueno para los seglares.

—¡Incorruptible! —murmuró Artagnan—. ¡Cuidado que soy desgraciado!

Y distraído en sus reflexiones soltó el ropaje de Bazin; éste se aprovechó de la libertad que se le daba para tocar retirada y no paró hasta la sacristía, cuya puerta creyó preciso cerrar para ponerse enteramente a cubierto.

Artagnan se había quedado inmóvil, pensativo, y contemplaba con fijeza la puerta, tras la cual se había parapetado Bazin, cuando sintió que le tocaban ligeramente.

Volvió la cabeza, e iba a prorrumpir en una exclamación de admiración, cuando la persona que le había tocado con la extremidad del dedo, llevó el mismo dedo a los labios, imponiéndole silencio.

—¡Vos aquí, amigo Rochefort! —elijo Artagnan a media voz.

—¡Silencio! —respondió Rochefort—. ¿Sabíais que estuviese en libertad?

—Por buen conducto.

—¿Por cuál?

—Por Planchet.

—¡Cómo! ¿Por Planchet?

—Justamente; él fue quien os libertó.

—¿Planchet? En efecto, creí reconocerle. Eso prueba, amigo mío, que siempre es útil hacer un favor.

—¿Y qué deseáis hacer aquí? —preguntó Artagnan.

—Vengo a dar gracias a Dios por mi feliz excarcelación —dijo Rochefort.

—¿Y a qué más? Porque presumo que no traeréis ese solo objeto.

—A tomar órdenes del coadjutor, para ver si damos un disgusto a Mazarino.

—¡Cuidado no volváis otra vez a la Bastilla!

—Haré todo lo posible por evitarlo. ¡Sabe tan bien el aire libre, que ahora mismo voy a dar un paseo por el campo, a hacer un viaje a las provincias!

Y al decir esto, Rochefort respiraba con toda la potencia de sus pulmones.

—Yo también pienso hacer lo mismo —dijo Artagnan.

—¿Es imprudencia preguntaros adónde vais?

—A buscar a mis amigos.

—¿Qué amigos?

—Los mismos por quienes me preguntabais ayer.

—¿Athos, Porthos y Aramis? ¿De modo que los buscáis?

—Sí.

—¿De veras?

—¿Qué tiene de singular?

—Nada. Es chistoso. ¿Y de parte de quién los buscáis?

—¿No lo sospecháis?

—Sí, ciertamente.

—Desgraciadamente, no sé dónde se encuentran.

—Si esperáis ocho días os daré noticias suyas.

—Es mucho tiempo. Los necesito antes de tres días.

—El plazo es breve y Francia es muy grande —dijo Rochefort.

—No importa. La voluntad puede mucho.

—¿Cuándo vais a comenzar vuestras pesquisas?

—Ya he principiado.

—Pues, buena suerte.

—Y a vos, feliz viaje.

—Quizá nos encontraremos por esos caminos.

—No es fácil.

—¿Quién sabe? ¡La casualidad es tan caprichosa!

—Adiós.

—Hasta la vista... ¡Ah! Si Mazarino os habla de mí, decidle de mi parte que pronto le haré saber que no soy tan viejo, ni estoy tan inútil como él piensa.

Rochefort se alejó con una de aquellas sonrisas diabólicas que muchas veces habían estremecido a Artagnan en otro tiempo; pero entonces la miró sin zozobra y sonrió a su vez melancólicamente, pensando en los años que habían pasado.

—Anda, diablo —dijo—, haz lo que quieras. Ya nada me importa. No hay otra Constanza en el mundo.

Al volver la cabeza, vio Artagnan a Bazin, que habíase despojado de su traje eclesiástico y hablaba con el sacristán, a quien el gascón se había dirigido al entrar en la iglesia. Bazin parecía muy agitado, porque gesticulaba extremadamente, y de sus ademanes dedujo Artagnan que encargaba al otro la mayor discreción. El gascón aprovechó aquellos segundos para salir de la catedral, y fue a apostarse en una esquina de la calle de Canettes, de modo que pudiera ver a Bazin sin que él le viese.

Cinco minutos tardó el bedel en presentarse mirando a todos lados para observar si le espiaban, y como Artagnan estaba escondido detrás de la esquina no pudo verle. Entonces tomó Bazin la calle de Nuestra Señora, y Artagnan siguiole a alguna distancia, viéndole pasar por la calle de la Judería y entrar en una casa de buen aspecto de la plaza de Calandre. Aquella supuso el gascón que era la vivienda de Bazin.

Renunció a pedir informes, pensando que si la casa tenía portero ya estaría prevenido, y si no lo tenía no sabría a quién preguntar. Prefirió entrar en una pobre taberna que había en la misma plaza, esquina a la calle de San Eloy, y pidió

un vaso de hipocrás. Para preparar esta bebida se necesitaba por lo menos media hora, y en este tiempo podía, sin provocar sospechas, espiar al bedel.

Había en la taberna un muchacho de doce a quince años, que parecía listo, y a quien Artagnan recordaba haber visto antes en la iglesia en traje de niño de coro. Le interrogó, y como el chico no tenía interés en mentir, le dijo que desde las seis hasta las nueve de la mañana ejercía aquellas funciones, y desde las nueve hasta las doce, las de mozo de taberna.

Durante este diálogo llevaron un caballo ensillado a la puerta de casa de Bazin, el cual bajó en seguida.

—¡Hola! —dijo el muchacho—. Ya está de viaje nuestro bedel. —¿Adónde va? —preguntó Artagnan.

—No lo sé.

—Te doy medio doblón si lo averiguas.

—¿Para mí? —dijo el muchacho con alegría—. ¿Por averiguar dónde va el señor Bazin? ¿No me engañáis?

—Palabra de honor. Mira, aquí está el medio doblón.

Y le enseñó, sin dársela, la moneda tentadora.

—Voy a preguntárselo.

—De este modo no lo sabrás —dijo Artagnan—; espera a que se marche y luego averigua: ingéniate como puedas, el dinero aquí está.

Y se lo volvió a meter en el bolsillo.

—Ya entiendo —dijo el muchacho con una sonrisa propia de los pillos de París—; está bien, esperaré.

No hubo que aguardar mucho. Cinco minutos después echó a andar Bazin a trote corto, acelerando el paso de su cabalgadura a fuerza de paraguazos.

Era costumbre antigua de Bazin llevar un paraguas en lugar del látigo cuando montaba a caballo.

Cuando dobló la esquina de la calle de la Judería echó a correr el chico tras él como un perro perdiguero.

Artagnan volvió a ocupar su asiento en la mesa, plenamente convencido de que antes de diez minutos sabría lo que quería.

En efecto, antes de que transcurrieran, volvió el muchacho.

—¿Qué hay? —dijo Artagnan.

—Que ya está averiguado.

—¿Y adónde va?

—¿Por supuesto que el medio doblón es para mí?

—Por supuesto; contesta.

—A ver, prestádmele, no sea falso.

—Ahí está.

—Patrón —dijo el muchacho—, el señor quiere cambio.

El dueño de la taberna, que permanecía en el mostrador, tomó la moneda y dio su equivalencia en piezas de menos valor.

El chico se metió el dinero en el bolsillo.

—Ahora me dirás adónde ha ido —dijo Artagnan, que había presenciado toda esta operación con una sonrisa.

—Ha ido a Noisy.

—¿Cómo lo has sabido?

—Con poco trabajo. Conocí el caballo por ser de un carnicero que ló alquila algunas veces al señor Bazin. Me figuré que el carnicero no lo habría prestado sin saber para dónde, a pesar de que el señor Uazin no sea capaz de dar muchos trotes a un caballo.

—Y te ha contestado que el señor Bazin...

—Iba a Noisy. Parece que acostumbraba hacer ese viaje dos o tres veces a la semana.

—¿Sabes tú que pueblo es ése?

—Ya lo creo, como que allí vive mi nodriza.

—¿Hay algún convento?

—¡Y magnífico! Un convento de jesuitas.

—¡Bravo! —exclamó Artagnan—. No cabe duda.

—¿Conque estáis satisfecho?

—Sí; ¿cómo te llamas?

—Friquet.

Artagnan apuntó en su cartera el nombre del muchacho y las señas de la taberna.

—Decid, caballero —preguntó el chico—, ¿habrá que ganar algún otro doblecejo?

—Puede ser —contestó Artagnan.

Y enterado ya de lo que deseaba averiguar, volvió a la calle de Tiquetonne.

IX.— DE CÓMO YENDO ARTAGNÀN A BUSCAR A ARAMIS MUY LEJOS, VIO QUE PLANCHET LO CONDUCÍA A LA GRUPA

Cuando volvió a su casa Artagnan encontró a un hombre sentado junto al hogar: era Planchet; pero Planchet tan bien metamorfoseado, gracias a los harapos que había dejado el esposo de la patrona en su fuga, que le costó trabajo reconocerle. Magdalena se lo presentó delante de todos los mozos; Planchet dirigió al oficial una escogida frase de flamenco; el oficial le respondió con algunas palabras que no pertenecían a ningún idioma, y con esto quedó cerrado el trato. El hermano de Magdalena entraba al servicio de Artagnan.

Este tenía, por fin, formado su plan; no quería ir de día a Noisy para no ser reconocido, y por lo tanto tenía tiempo a su disposición, pues Noisy dista sólo de París unas tres o cuatro leguas por el camino de Meaux.

Lo primero que hizo fue almorzar suculentamente, lo cual puede ser un mal principio cuando se trata de trabajar de cabeza, pero es una buena precaución para todo trabajo corporal; en seguida se mudó de traje, temiendo que inspirase desconfianza su casaca de teniente de mosqueteros; luego escogió la espada más sólida entre las que tenía; espada que sólo sacaba en las grandes ocasiones; y luego, a eso de las dos, mandó ensillar los caballos, y salió por la barrera de la Villete, seguido de Planchet. En la casa próxima a la fonda de la Chevrette se continuaba haciendo las más activas diligencias para encontrar a éste.

Viendo Artagnan que llevado de su intranquilidad había emprendido muy temprano su marcha, se detuvo a legua y media de París Para dejar respirar a los caballos; la posada estaba llena de personas de catadura bastante sospechosa, que tenían trazas como de estar fraguando alguna expedición nocturna. Un hombre envuelto en su capa presentó en la puerta, pero viendo a un desconocido entre los concurrentes, hizo un ademán, a cuya señal salieron dos y pusiéronse a conversar con él.

Artagnan se acercó con indiferencia al ama de la casa, alabó la calidad de su vino, que era del peor de Montreuil, hizo algunas preguntas respecto a Noisy, y averiguó que no había en el pueblo más que dos casas de buena apariencia; una de ellas era del arzobispo de París, y estaba ocupada a la sazón por su sobrina la duquesa de Longueville; la otra era un convento de jesuitas, y según costumbre, era propiedad de los ilustres padres. No había lugar a equivocarse.

A las cuatro prosiguió Artagnan su viaje, caminando al paso, porque no quería llegar hasta que no hubiera cerrado la noche; pero cuando se camina al paso, a caballo, en un día de invierno, con tiempo nublado y por un país nada notable, lo mejor que se puede hacer es entregarse a la meditación. Artagnan, por consiguiente, meditaba, y Planchet también, sólo que sus reflexiones eran de especie diferente, como va a ver muy pronto el lector.

Una palabra de la huéspeda dio una dirección particular a los pensamientos de Artagnan; esta palabra era el nombre de la señora de Longueville. '

En efecto, la señora de Longueville reunía cuanto es menester para hacer meditar a un hombre; era una de las más encopetadas señoras del reino, y una de las más hermosas mujeres de la corte. Casada con el anciano duque de Longueville, a quien no quería, había pasado primeramente por querida de Coligny, quien murió batiéndose por ella con el duque de Guisa, en la Plaza Real. Después díjose que tenía una amistad sobrado estrecha con el príncipe de Condé, su hermano, de lo cual no dejaron de escandalizarse las almas timoratas de la corte, mas se añadía que luego sucedió a esta amistad un rencor de los más profundos, y en aquel momento se atribuían a la duquesa de Longueville relaciones políticas con el príncipe de Marsillac, primogénito del duque de Rochefoucault, al cual deseaba convertir en enemigo del príncipe de Condé, su hermano.

Artagnan pensaba en todos estos hechos. Recordaba que cuando permanecía en el Louvre había visto varias veces a la bella duquesa de Longueville pasar radiante y deslumbradora por delante de él; pensaba en Aramis, que sin ser más

que'él, fue antiguamente amante de la señora de Chevreuse, la cual era en la otra corte, lo que la señora de Longueville en la actual. Y preguntábäse por qué causa hay en el mundo personas que logran cuanto desean, unos como ambiciosos, otros como amantes, al paso que hay otros que ven burladas todas sus esperanzas, sea por casualidad, sea por desgracia, o ya por incapacidad natural.

Reconocía Artagnan que, a pesar de todo su talento y toda su habilidad, pertenecía entonces, y probablemente pertenecería siempre, a esta última clase, cuando se le aproximó Planchet, y le dijo:

—Señor, apuesto a que estáis pensando en lo mismo que yo.

—Difícil es, Planchet —contestó Artagnan sonriéndose—; pero separcos, ¿en qué piensas?

—Pienso en la mala catadura de los individuos que estaban bebiendo en la posada en que nos hemos apeado.

—Siempre tan discreto, Planchet.

—Señor, es instinto mío.

—¿Y qué te ha dicho tu instinto en esta ocasión?

—Que aquella gente habíase reunido en la posada con mal fin, y estaba yo en un oscuro rincón de la cuadra reflexionando en lo que mi instinto me decía cuando vi entrar en ella un embozado seguido de dos personas.

—¡Hola! —dijo Artagnan al ver que esto coincidía con sus anteriores observaciones.

—¿Y qué más?

—Uno de ellos decía:

—»No cabe duda en que, o está en Noisy, o va allá esta noche, porque he reconocido a su criado.

—»¿Estás seguro? —dijo el de la capa.

—»Sí, excelso príncipe...»

—¡Príncipe! —exclamó Artagnan.

—Ni más ni menos. Pero escuchad. «¿Y qué haremos si está en Noisy?» —dijo el otro.

—»¡Cómo qué haremos! —dijo el príncipe.

—»Cabal. Él no es hombre que se deje coger tan fácilmente; apelará a la espada.

—»Habrá que imitarle; pero haz lo posible por cogerle vivo. ¿Lleváis la mordaza y los cordeles para sujetarle?

—Sí, señor.

—»Tened presente que probablemente irá disfrazado de paisano.

—»Ya estamos, señor; no hay cuidado.

—De todos modos, yo estaré allí y os guiaré.

—»Nos prometéis que la justicia...

—»Respondo de todo —dijo el príncipe.

—»Perfectamente; haremos cuanto podamos.»

—Con esto se marcharon de la cuadra —acabó Planchet.

¯¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso? —preguntó Artagnan—. Será una empresa cualquiera de las muchas que cada día se llevan a término.

—¿Y estáis seguro de que no se dirige contra nosotros?

—¿Contra nosotros? ¿En qué te fundas?

—¡Diablo! En sus propias palabras. «He reconocido a su criado», dijo uno de ellos, y esto bien pudiera ser por mí.

—¿Y qué más?

—«Debe estar en Noisy o ir allá esta noche», dijo otro, y esto bien pudiera ser por vos.,

—¿Hay más?

—Luego dijo el príncipe: «Tened presente que probablemente irá disfrazado de paisano». Me parece que en esto no cabe duda, puesto que vais de paisano y no de oficial de mosqueteros. Conque ¿qué decís?

—¡Ah, amigo Planchet! —exclamó Artagnan exhalando un suspiro—. Digo que desgraciadamente ya han pasado los tiempos en que los príncipes me querían asesinar. ¡Aquellos sí que eran buenos tiempos! Cálmate, pues esa gente no atenta contra nosotros.

—¿Estáis cierto, señor?

—Te lo aseguro.

Y Planchet volvió a ocupar su sitio a algunos pasos en pos de Artagnan, con la sublime confianza que siempre había tenido en su amo, sin que hubieran logrado disminuirla los quince años que había estado separado de él.

Así anduvieron como una legua, al cabo de la cual Planchet se acercó a Artagnan diciéndole:

—Señor.

—¿Qué pasa?

—Mirad hacia aquel lado. ¿No veis pasar por entre la oscuridad una especie de sombras? Escuchad, parece que se oyen pisadas de caballos.

—No puede distinguirse el ruido —respondió Artagnan—, hay mucho barro. Sin embargo, yo también creo ver bultos.

Y detúvose para observar con más cuidado.

—No se oyen pasos, pero sí relinchos: ¿oís?

En efecto, en aquel instante se oyó el sonoro relincho de un caballo.

—Ya se han puesto en campaña —dijo Artagnan—, pero no importa. Adelante.

Y prosiguieron su interrumpida marcha.

Media hora después llegaron a Noisy: serían las ocho y media o las nueve de la noche.

Según la costumbre de los campos, los habitantes estaban ya acostados, y en todo el pueblo no se veía ni una sola luz.

Artagnan y Planchet continuaron su camino: a derecha e izquierda destacábanse sobre el oscuro fondo del cielo las formas aún más sombrías de los techos de las casas; de vez en cuando ladraba un perro detrás de una puerta o saltaba asustado un gato de en medio del arroyo, para ir a esconderse en un haz de leña, desde donde se veían brillar como carbunclos sus ojos espantados.

Casi en el centro de la población y dominando la plaza Mayor, alzábase una masa sombría, aislada entre dos callejuelas, y delante de cuya fachada extendían sus descarnados brazos varios tilos corpulentos. Artagnan examinó la casa con atención, y dijo a Planchet:

—Esta debe ser la casa del arzobispo, donde vive la bella señora de Longueville. Pero ¿dónde estará el convento?

—Al otro lado del pueblo; yo sé ir.

—Pues da un galope hasta allí, mientras yo aprieto la cincha a mi caballo, y 'vuelve a decirme si hay luz en alguna ventana —dijo Artagnan.

Planchet obedeció, perdiéndose en las sombras, mientras el teniente de mosqueteros se apeaba y afirmaba su montura como había dicho.

A los cinco minutos volvió Planchet.

—Señor, sólo hay luz en una ventana que da al campo.

—¡Hum! —dijo Artagnan—. Si yo fuera frondista aquí me recibirían con los brazos abiertos; si fuera fraile, los jesuitas me darían una buena cena; pero no siendo lo uno ni lo otro, lo más probable es que me acueste sin cenar y al raso.

—¿Deseáis que llame? —preguntó Planchet.

—Calla. Han apagado la única luz que había encendida.

—¿No oís? —preguntó Planchet.

—¿Qué ruido es ése?

Era como el rumor de un huracán que se acercase, en el mismo instante desembocó por cada una de las dos calles que rodeaban la casa una partida de diez jinetes, que cortaron a Artagnan y Planchet la retirada.

—¡Diablo! —dijo Artagnan sacando la espada y parapetándose detrás de su caballo, mientras Planchet hacía lo mismo—. Puede suceder que hayas acertado antes, y vengan contra nosotros.

—¡Aquí está! ¡Es nuestro! —gritaron los recién llegados arrojándose espada en mano sobre Artagnan.

—Cuidado con errar el golpe —gritó uno.

—No temáis, monseñor.

Artagnan creyó llegado el momento de tomar parte en la conversación.

—Alto señores —gritó con su acento gascón—. ¿A quién buscáis? ¿Qué queréis?

—Ahora lo veréis —respondieron a coro los jinetes.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —gritó el que antes había recibido el tratamiento de monseñor—. ¡Deteneos! No es su voz.

—¿Qué significa esto, caballeros? —preguntó Artagnan—. ¿Hay en Noisy epidemia de rabia? Pues andad con tiento, porque el primero que se acerque al alcance de mi espada, que es bien larga, va al otro mundo.

El jefe acercóse, y dijo con el tono imperioso de los que están acostumbrados a ser obedecidos:

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Y qué hacéis vos?

—Sed más comedido si deseáis escapar con vida; no quiero dar mi nombre, pero sí que se me trate conforme a mi rango.

—No queréis dar vuestro nombre porque estáis armando un lazo alevoso no sé a quién —contestó Artagnan—; pero yo, que viajo pacíficamente, con mi lacayo, no tengo inconveniente en decir el mío.

—¿Cómo os llamáis?

—Os lo voy a decir para que podáis buscarme, señor mío, príncipe mío o como os dé la gana de que os llamen, ¿conocéis a M. Artagnan?

—¿El teniente de mosqueteros del rey? —contestó la voz.

—El mismo.

—Le conozco.

—Pues ya sabéis que tiene buenos puños y maneja con destreza la espada.

—¿Sois vos?

—Sí tal.

—¿De modo que venís a defenderle?

—¿A quién?

—Al que buscamos.

—¿Habláis en griego?

—Ea, responded —dijo la voz con la misma altanería—, ¿le estabais aguardando al pie de estas ventanas? ¿Venís a defenderle?

—Ni espero a nadie —dijo Artagnan, que empezaba a perder la paciencia—, ni intento defender a nadie más que a mí; pero a mí me defenderé de veras, os lo aviso.

—Bien está: marchaos y dejadnos libre el campo.

—¡Marcharme! —exclamó Artagnan, cuyos proyectos se frustraban con esta orden—. No es fácil; mi caballo está muy cansado y yo no poco; y a no ser que me proporcionéis por aquí cerca cama y cena...

—¡Bergante!

—Cuidado con lo que se dice —exclamó Artagnan—; si volvéis a decir una palabra por el estilo, aunque seáis marqués, duque, príncipe o rey, os la vuelvo al cuerpo.

—Indudablemente hablamos con un gascón —dijo el jefe—. Pero entretanto no podemos dar con el que buscamos. Por esta vez hemos errado el golpe.

Y añadió en voz alta:

—Ya nos veremos, M. Artagnan.

—Sí, pero no con la misma ventaja para vos —contestó el gascón—, porque puede ser que cuando nos veamos estéis solo y sea de día.

—Caballeros, en marcha —exclamó la misma voz.

Y la cabalgata emprendió al trote el camino de París.

Artagnan y Planchet prosiguieron por algunos momentos en su actitud defensiva, pero viendo que el ruido se alejaba, envainaron las espadas.

—Ya ves, necio —dijo Artagnan—, que no venían contra nosotros.

—Pero ¿contra quién venían?

—¿Qué nos importa? Lo que yo deseo es entrar en el convento. A caballo y vamos a llamar a la puerta de los jesuitas. ¡Qué diablo! No nos comerán.

Montó Artagnan, y cuando Planchet acababa de hacer lo propio, sintió que caía un peso inesperado sobre el cuarto trasero de su caballo.

—Señor, señor —gritó Planchet—, tengo un hombre a la grupa. Artagnan volvió la cabeza y divisó dos cuerpos sobre el caballo de su lacayo.

—¡Parece que el diablo se ha empeñado en perseguirnos! —exclamó sacando la espada.

—No, amigo Artagnan —dijo el aparecido—, no es el diablo; soy yo, Aramis. A galope, Planchet, y tuerce a la izquierda, a la salida del pueblo.

Planchet obedeció la orden y Artagnan siguióle al galope sin poder explicarse lo que sucedía.

X.— EL PADRE HERBLAY

A la salida del pueblo torció Planchet a la izquierda, como Aramis habíale dicho, y se detuvo al pie de la ventana iluminada. Aramis se apeó y dio tres palmadas. En el mismo momento se abrió la ventana y cayó una escala de cuerda.

—Amigo —dijo Aramis—, si queréis subir tendré el mayor gusto en recibiros.

—¿Así entráis en vuestra casa? —preguntó Artagnan.

—Después de las nueve de la noche no hay otro remedio ¡vive Dios! La consigna del convento es muy severa.

—Dispensad, creo que habéis dicho: ¡vive Dios!

—¿Sí? —contestó Aramis, riéndose—. Puede ser. No podéis suponeros las malas costumbres que se adquieren en estos malditos conventos y lo mal cria-

dos que son los clerizontes, entre los que me veo precisado a vivir. Pero ¿no subís?

—Id delante.

—«Para enseñaros el camino», como decía el difunto cardenal al rey difunto.

Aramis puso aceleradamente el pie en la escala y subió.

Artagnan subió detrás de él, pero más despacio, porque el camino no le era tan familiar como a su amigo.

—Os pido me perdonéis —dijo Aramis, observando su torpeza—; si hubiese tenido noticia de vuestra visita, hubiese mandado traer la escalera del jardinero. Yo me arreglo con ésta.

—Señor —dijo Planchet cuando vio a Artagnan a punto de acabar su ascensión—; así sale del apuro M. Aramis, salís vos y en rigor podría salir yo, pero los caballos no pueden trepar por la escala.

—Conducirlos al cobertizo —dijo Aramis, señalando a Planchet uno que había a poca distancia—. Allí tenéis paja y avena que les podéis dar.

—¿Y para mí? —dijo Planchet.

—Volved a este sitio, dad tres palmadas y os surtiremos de víveres, perded cuidado. ¡Qué diablo! Nadie se muere aquí de hambre.

Y Aramis cerró la ventana, retirando la escala.

Artagnan examinaba mientras tanto el cuarto.

Nunca había visto un aposento más guerrero ni más elegante. En los ángulos había trofeos de armas que ofrecían a la vista espadas de distintas clases y cuatro cuadros grandes que representaban al cardenal de Lorena, al cardenal de Richelieu, al cardenal de la Velette y al arzobispo de Burdeos, todos en traje de guerra. Nada demostraba que aquella fuese la habitación de un eclesiástico; las colgaduras eran de damasco, los tapices de las fábricas de Alenzon, y la cama particularmente, con sus guarniciones de encaje y su almohadón bordado, parecía pertenecer más bien a una coqueta que a un hombre que había hecho voto de abstinencia y de mortificación.

—¿Estáis mirando mi tugurio? —preguntó Aramis—. ¿Qué queréis? Estoy alojado como un ermitaño. Pero... ¿qué es lo que andáis buscando?

—Busco á la persona que os ha echado la escala. A nadie veo, y, no obstante, ella no se ha puesto sola.

—Bazin la ha puesto.

—¡Hola!, ¡hola! —dijo Artagnan.

—¡Oh! —prosiguió Aramis—. Mi Bazin está muy bien enseñado, y al verme venir con compañía se habrá retirado por discreción. Sentaos y conversemos.

Aramis presentó a Artagnan un gran sillón, en el cual se arrellanó éste.

—Por descontado cenaréis conmigo, ¿no es verdad? —preguntó Aramis.

—Como deseéis —dijo Artagnan—; y me viene perfectamente, porque la caminata me ha abierto las ganas de comer.

—¡Pobre amigo mío! La cena no será buena, porque no os esperaba.

—¿Tendremos aquí la tortilla de Crevecoeur y los tetrágonos de antaño? ¿No llamabais de este modo en otro tiempo a las espinacas?

—Espero —dijo Aramis— que con la ayuda de Dios y de Bazin encontraremos alguna cosa mejor en la despensa de los dignos padres jesuitas. ¡Bazin! ¡Amigo Bazin! ¡Venid aquí!

Abrióse la puerta, y apareció Bazin; pero al ver a Artagnan, soltó una exclamación, parecida a la de un desesperado.

—Amiguito —dijo Artagnan—, me admira el aplomo con que mentís, aun dentro de la iglesia.

—Señor —dijo Bazin—, yo he aprendido de los dignos padres jesuitas que es lícito el mentir cuando se hace con buena voluntad.

—Bien, bien, Bazin; Artagnan está muerto de hambre y yo también. Dadnos de cenar de lo mejor que haya, y, sobre todo, traed unas cuantas botellas de lo caro.

Bazin inclinóse respetuosamente, y se marchó exhalando un suspiro.

—Ahora que estamos solos, mi querido Aramis —dijo Artagnan, apartando los ojos del cuarto y volviéndolos al propietario para acabar por el traje el examen empezado por los muebles—, decidme de dónde diablos veníais cuando caisteis en la grupa del caballo de Planchet.

—¡Diantre! —dijo Aramis—. Claro está; del cielo.

—¡Del cielo! —repuso Artagnan, meneando la cabeza—. Tantas trazas tenéis de venir del cielo como de ir a él.

—Amigo —dijo Aramis con un aire de fatuidad que Artagnan no había notado en él en todo el tiempo que fue mosquetero—, si no venía del cielo, al menos salía del paraíso, cosas que se parecen mucho.

—He aquí resuelto un arduo problema —repuso Artagnan—. Hasta ahora no se ha podido determinar la posición positiva del paraíso: unos colócanle sobre el monte Ararat, otros entre el Tigris y el Éufrates; lo buscaban muy lejos, y según parece le tenemos en casa. El paraíso está en Noisy—le—Sec, en las tierras del palacio del arzobispo de París. Se sale de él, no por la puerta, sino por la ventana, y se baja, no por las escaleras de mármol, sino por las ramas de un tilo. El ángel que le custodia con una espada de fuego parece que ha cambiado su nombre de Gabriel por otro más mundanal de príncipe de Marsillac.

Aramis soltó una carcajada.

—¡Siempre tan jovial! —dijo—. Veo que no habéis perdido vuestro buen humor gascón. Efectivamente, hay algo de lo que decís; pero no vayáis a creer que la señora de Longueville sea objeto de mi amor.

—¡Pardiez! Ya me guardaré yo bien —dijo Artagnan—. Después de haber sido tanto tiempo amante de la señora de Chevreuse no faltaba más sino que os fueseis a enamorar de su más acérrima enemiga.

—Es verdad —repuso Aramis con bastante indiferencia—, estuve muy enamorado de la pobre duquesa, y debemos confesar que nos fue sumamente útil;

pero ¡qué queréis!, le fue preciso salir de Francia, porque ese condenado cardenal —prosiguió echando una mirada al retrato del antiguo ministro— era mal enemigo; había dado orden de que la prendiesen y la llevasen al castillo de Loches, y era capaz de mandarla degollar como a Chalais, a Montmorency y a Cinq-Mars. Huyó disfrazada de hombre con su doncella, la pobre Ketty, y aún he oído decir que en no sé qué pueblo le sucedió una rara aventura con un cura a quien pidió hospitalidad, y que le ofreció durmiese en su misma habitación, la única que tenía: la tomó por un hombre, porque mi amada María sabía llevar los calzones con increíble soltura. No conozco más que a otra mujer que la iguale en esto. Por eso le compusieron aquellas coplas tan populares.

Y Aramis entonó una canción galante.

—¡Bravo! —dijo Artagnan—. Cantáis tan bien como antes, querido Aramis, y ahora veo que las misas no os han echado a perder la voz.

—Amigo —respondió Aramis—, yo siempre soy el mismo. Cuando era mosquetero, montaba las menos guardias que podía; ahora que soy clérigo, celebro las menos misas que puedo. Pero volvamos a la duquesa.

—¿A cuál? ¿A la de Chevreuse o a la de Longueville?

—Ya os he manifestado que no tengo relaciones con la de Longueville; alguna que otra coquetería cuando más. No, hablaba de la duquesa de Chevreuse. ¿La vistéis cuando volvió de Bruselas, después de la muerte del rey?

—Sí, y por cierto que aún estaba linda.

—Así es: por aquella época la fui a ver algunas veces y le di buenos consejos, que no ha sabido aprovechar. Me maté en persuadirla de que Mazarino era amante de la reina; pero no me hizo caso, diciendo que conocía a Ana de Austria, y que era demasiado vanidosa para amar a semejante ente. Poco después se metió en la cábala del duque de Beaufort, y el hecho es que el *ente* envió a una cárcel al duque de Beaufort, y desterró a la señora de Chevreuse.

—No ignoraréis —dijo Artagnan— que ha conseguido licencia para volver.

—Y que ha vuelto. No tardará en cometer alguna otra torpeza. —¡Oh! Ahora es posible que siga vuestros consejos.

—Es que ahora no he ido a verla; ha perdido mucho.

—No ha hecho lo que vos, amigo Aramis, que estáis lo mismo que antes. Siempre con ese hermoso cabello negro, con ese elegante talle y con esas manos de mujer, que son ahora manos de prelado.

—Cierto es dijo Aramis—: me cuido mucho. Me voy haciendo viejo, pronto cumpliré treinta y siete años.

—A propósito —repuso Artagnan, sonriéndose—, ya que nos hemos vuelto a ver, convengamos en la edad que hemos de tener en adelante.

—¡Cómo! —dijo Aramis.

—Sí —dijo Artagnan—; antes tenía yo dos o tres años menos que vos, y si no me equivoco paso ya de los cuarenta.

—¿De veras? —dijo Aramis—. Entonces me equivocaré yo, porque vos siempre habéis sido un matemático excelente. ¿Con que por vuestra cuenta tengo

cuarenta y tres años? ¡Cáscaras! Amigo, no vayáis a decirlo en el palacio de Ramboúillet, me haríais muy mala obra.

—Perded cuidado —respondió Artagnan—, no lo frecuento. —Pero hablando de otra cosa —interrumpió Aramis—, ¿qué estará haciendo ese bruto de Bazin? Bazin, despachadnos, buena pieza. Estamos rabiando de apetito y de sed.

Bazin, que entraba en aquel instante, levantó al cielo sus manos cargadas cada una con una botella.

—Vamos a ver —dijo Aramis—, ¿está todo dispuesto?

—Sí, señor, ahora mismo —dijo Bazin—; he tardado porque como tenía que subir todas las...

—Porque siempre os parece tener puesta la sotana —interrumpió Aramis—, y perdéis el tiempo leyendo el breviario. Pues os prevengo que si a fuerza de cuidar de la capilla se os olvida el bruñir mi espada, hago una hoguera con vuestras imágenes y os tuesto en ella.

Escandalizado Bazin; hizo la señal de la cruz con la botella que tenía en la mano, y Artagnan, asombrado como nunca del proceder del padre Herblay, que tanto contrastaba con el del mosquetero Aramis, le contempló con ojos asombrados.

El bedel cubrió rápidamente la mesa con un mantel adamascado, y sobre él puso una vajilla tan elegante, unos manjares tan apetitosos, que Artagnan se quedó deslumbrado con tanta opulencia. —¿Aguardabais a algún convidado? –—le preguntó.

—No; siempre estoy prevenido para un evento; además que ya sabía que me buscabais.

—¿Por quién?

—Por el buen Bazin, a quien le pareció que erais el diablo y vino inmediatamente a avisarme del peligro que me amenazaba si volvía a juntarme con tan mala compañía como un oficial de mosqueteros.

—¡Por Dios, señor! —dijo Bazin juntando las manos en actitud suplicante.

—No soy amigo de hipocresías, Bazin. Mejor haríais en abrir esa ventana y enviar un pan, un pollo y una botella de vino a vuestro amigo Planchet, que se está cansando hace una hora en dar palmadas.

En efecto, Planchet había vuelto al pie de la ventana después de dar pienso a los caballos y había hecho la señal algunas veces.

Bazin obedeció: ató al extremo de una cuerda los tres objetos indicados y se los descolgó a Planchet, el cual, satisfecho con la ración, retiróse al cobertizo.

—Vamos a cenar —dijo Aramis.

Los dos amigos se sentaron a la mesa, y Aramis empezó a trinchar con destreza las aves que su criado había servido.

—No os tratáis mal —dijo Artagnan.

—Así, así; el coadjutor me ha conseguido una dispensa para los días de vigilia, a causa del estado de mi salud: tengo por cocinero al que lo fue de Lafollone,

ya os acordaréis, aquel antiguo amigo del cardenal que era un famoso gastrónomo, el cual concluía siempre sus comidas con esta oración: «Dios mío haced que digiera bien lo que tan bien he comido».

—Y sin embargo, murió de una indigestión —repuso Artagnan. —¡Qué queréis! Nadie puede sustraerse a su destino —contestó Aramis.

—Voy a haceros una pregunta, y perdonad si soy imprudente. —Entre nosotros no hay indiscreción posible.

—¿Os habéis hecho rico?

—No, ciertamente. Reúno unas doce mil libras al año, amén de mil escudos de un pequeño beneficio que me dio el príncipe de Condé.

—¿Y de qué ganáis las doce mil libras? ¿De vuestros versos? —preguntó Artagnan.

—No; he renunciado a la poesía: compongo alguna canción báquica, algún madrigal, algún epigrama, pero nada más. Me he dedicado a componer sermones.

—¡Sermones!

—De primer orden, según dicen.

—¿Y los predicáis?

—Los vendo.

—¿A quién?

—A mis colegas que aspiran a pasar por grandes oradores.

—¿Y no os ha tentado jamás el amor a la gloria?

—Sí, pero siempre me ha vencido la naturaleza: cuando me hallo en el púlpito y me mira una muchacha de ojos negros, no puedo menos que mirarla también: se sonríe y me sonrío. Entonces se me va el santo al cielo, y en vez de hablar de los tormentos del infierno, hablo de las delicias del paraíso. Un día recuerdo que me sucedió esto en la iglesia de San Luis, en el Marais. Un quidam se echó a reír, y yo interrumpí mi sermón para llamarle irreverente. La gente salió a la calle Para coger piedras, y yo aproveché aquel tiempo para dar tal giro a mi discurso, que en vez de apedrearme a mí, le apedrearon a él. Debo agregar que al día siguiente fue a verme, creyendo que trataba con un cura cualquiera...

—¿Y qué resultó de su visita?

—Que nos citamos para la Plaza Real... Pero vos debéis tenerlo presente...

—¿Fue tal vez del lance en que os serví de padrino? —Sí. ¡Ya visteis cómo le traté!

—¿Y murió?

—Lo ignoro: por si acaso le di la absolución in articulo inortis. Pase que perdiese la vida, ¡pero el alma!...

Bazin hizo un gesto de desesperación como demostrando que aprobaba aquella doctrina, pero no el tono en que la decía su amo.

—Amigo Bazin —le dijo éste—. ¿No habéis observado que os estoy viendo en este espejo, y que os he prohibido de una vez para.siempre hacer la menor señal de aprobación o desaprobación? Dadnos vino de España, y retiraos. M. Artagnan tiene que hablarme en secreto, ¿no es así?

Artagnan movió la cabeza afirmativamente, y Bazin retiróse después de poner sobre la mesa el vino.

Una vez solos los dos amigos guardaron silencio por algunos momentos durante los cuales, Aramis digería la cena y Artagnan preparaba su exordio. Uno y otro se miraban de reojo, cuando creían no ser observados.

Finalmente Aramis rompió el silencio.

XI.— LOS DOS GASPARES

¿En qué estáis pensado, Artagnan, que os sonreís de ese modo? —En que cuando erais mosquetero teníais costumbres de fraile, y ahora que sois clérigo mostráis inclinaciones militares.

—Es cierto —contestó Aramis—. El hombre es un animal muy raro, amigo Artagnan, que siempre tiende a lo que no tiene. Desde que recibí las órdenes no pienso más que en luchas.

—Desde luego se conoce al entrar en vuestra habitación. Tenéis aquí armas de todas clases, capaces de satisfacer el gusto más delicado. Supongo que tiraréis tan diestramente como antes.

—Tanto como vos antiguamente, o tal vez más. No hago otra cosa en todo el día.

—¿Y con quién?

—Con un buen tirador que tenemos de maestro.

—¿Aquí?

—En un convento de jesuitas hay de todo.

—Esto es, que hubierais muerto al señor de Marsillac si en lugar ele atacaros a la cabeza de veinte hombres hubiese ido a atacaros solo.

—Y también a la cabeza de sus veinte hombres, si hubiera tenido por donde escapar después.

¯¡Canario! —pensó Artagnan—. Este se ha vuelto más gascón que yo.

— Y añadió gritando:

—¿Conque decís que deseáis saber para qué os he buscado?

—No he dicho eso —respondió Aramis con aire solapado—, pero esperaba que me lo dijerais.

—Pues os he buscado para datos medios de acabar con el señor de Mársillac, a pesar de su título de príncipe, cuando os dé la gana.

—¡Pardiez! —dijo Aramis—. No es mala idea.

—No la echéis en saco roto. Vamos a ver, decid francamente, ¿habéis hecho algún caudal con las doce mil libras que lucráis con los sermones y los mil escudos de vuestro beneficio?

—No tal: soy más pobre que Job. Apuesto a que registrando todo mi equipaje no se hallan cien doblones.

—¡Cáspita! —pensó Artagnan—. Cien doblones, y dice que es más pobre que Job. Si yo tuviera siempre cien doblones, me creería millonario.

Y añadió en alta voz:

—¿Sois ambicioso?

—Sí.

—Pues, querido, os puedo proporcionar riquezas, poder y libertad para hacer cuanto se os antoje.

Una sombra tan rápida como la que ondula en el mes de agosto sobre los sembrados, anubló la frente de Aramis; pero Artagnan no dejó de observarla, a pesar de la prontitud con que se disipó.

—Hablad —dijo Aramis.

—Voy a dirigiros otra pregunta: ¿estáis metido en política?

Un resplandor repentino avivó los ojos de Aramis, tan rápido como la sombra que había pasado por su frente; pero no tanto que no le viese Artagnan.

—No —contestó Aramis.

—Entonces os convendrán todas mis proposiciones, puesto que por la presente no obedecéis más que a Dios —dijo el gascón riéndose.

—Puede ser.

—¿Habéis recordado algunas veces, querido Aramis, aquellos felices días de nuestra juventud que pasábamos riendo, bebiendo y batiéndonos?

—Sí, ciertamente, y más de una vez lo he echado de menos. ¡Qué tiempo aquel! *¡Dilectabile tempus!*

—Pues, amigo, aquellos tiempos pueden renacer para nosotros. Tengo encargo de buscar a mis compañeros, y me ha parecido oportuno empezar por vos, que erais el alma de nuestra asociación.

Aramis inclinóse con más etiqueta que verdadero afecto.

—¡Volver yo a la política! —dijo con voz apagada y arrellanándose en su poltrona—. ¡Ah, querido Artagnan! ¡Si vierais con qué orden y con qué comodidad vivo! Ya sabéis cuán ingratos han sido los grandes con nosotros.

—Es verdad —dijo Artagnan—; pero puede que los grandes se hayan arrepentido de su ingratitud.

—Eso sería otra cosa —repuso Aramis—. Todo pecado merece perdón. Además de que en cierto modo tenéis razón, porque creo también que si alguna vez nos diese ganas de tomar cartas en los negocios de Estado, el mejor momento sería el actual.

—¿Y cómo sabéis esto, vos que no os ocupáis en política? —Porque sin ocuparme personalmente, vivo en una región en que se atiende mucho a ella. Cultivando la poesía y haciendo el amor, me he relacionado con el señor Serrasin, adicto al señor de Conti; con el señor Voiture, partidario del coadjutor y con el señor de Bois Robert, que desde que murió Richelieu no es partidario de nadie, y lo es de todos, como mejor os parezca; de modo que no he podido menos de enterarme algún tanto de la marcha de las cosas.

—Ya lo suponía yo —dijo Artagnan.

—Por descontado, debéis tomar cuanto yo diga por palabras de cenobita, de persona que repite un eco, sencillamente, lo que oye —repuso Aramis—. He oído que el cardenal Mazarino está en este momento muy apurado con el giro que han tomado las cosas. Parece que no se profesa a sus órdenes todo el respeto que en otro tiempo se profesaba a las de nuestro antiguo adversario el difunto cardenal, cuyo retrato tengo ahí, porque, digan lo que quieran, hay que confesar que fue un grande hombre.

—No diré yo lo contrario, amigo Aramis; él me nombró teniente.

—Mi opinión, al principio, era favorable al cardenal, porque yo me hacía la reflexión de que un ministro jamás es amado, y de que Mazarino, con el genio que se le atribuye, debía acabar triunfando de sus enemigos y haciéndose temer, lo cual, a mi entender, vale quizá más que hacerse amar.

Artagnan movió la cabeza, como aprobando esta máxima incontrovertible.

—He aquí, pues —prosiguió Aramis—, mi primera opinión; mas como soy tan ignorante en estas materias, y como la humildad de que hago profesión me impone la ley de no atenerme a mi propio juicio, tomé informes. Pues bien, amigo Artagnan...

Aramis hizo una pausa.

—¿Qué? —preguntó Artagnan.

—Tengo que mortificar mi orgullo —repuso Aramis—, tengo que confesar que me había equivocado.

—¿Es cierto?

—Sí; tomé informes, como os he dicho, y varias personas diferentes entre sí en inclinación y en ambición, me contestaron a una: Mazarino no es un talento.

—¡Bah! —exclamó Artagnan.

—No. Es un hombre insignificante, que sirvió de criado al cardenal de Bentivoglio, y que subió por intrigas; un personaje improvisado, sin nombre, que si hace carrera, será como hombre de partido. Amontonará escudos, malversará las rentas del rey, cobrará para sí todas las pensiones que Richelieu distribuía con mano pródiga; pero nunca gobernará por el derecho del más fuerte, del más grande o del más honrado. Parece, por otra parte, que el tal ministro no es lo que se llama un caballero, ni en su porte, ni en sus sentimientos, sino una especie de bufón, un polichinela, un gracioso de sainete. ¿Le conocéis, acaso?

—¡Pché! —dijo Artagnan—. No carece de verdad vuestro retrato.

—Me llena de orgullo, amigo querido, el haber coincidido, merced a mi vulgar penetración, con los pensamientos de una persona que, como vos, vive en la corte.

—Mas hasta ahora habéis hablado de él y no de su partido y de sus recursos.

—Es verdad. La reina le protege.

—Eso es algo.

—Pero no el rey.

—Es niño.

—Transcurridos cuatro años será mayor de edad.

—Tiene elementos para sostenerse por ahora.

—Todavía eso es dudoso, porque tiene en contra, de un lado el Parlamento y el pueblo, es decir, el dinero; y de otro la nobleza y los príncipes, es decir, las armas.

Artagnan rascóse una oreja conociendo la exactitud de esta profunda reflexión.

—Ya veis, amigo Artagnan, que aún conservo algo de mi antigua perspicacia. Quizás haya hecho mal en hablaros con tanta franqueza, porque me parece que os inclináis un poco a Mazarino.

—¡Yo! —exclamó Artagnan—. No lo creáis.

—Como habéis dicho que traíais un encargo.

—Es que he equivocado la palabra. No era eso, sino que viendo que las cosas se han embrollado cada vez más, dije: bueno será ver de qué lado sopla el viento, y emprender de nuevo la vida aventurera de otros tiempos. Entonces éramos cuatro hombres valientes, cuatro corazones estrechamente unidos; reunamos, no los corazones, que jamás se han separado, sino los esfuerzos. Ahora se puede ganar algo más que un diamante.

—Y pensasteis muy bien, Artagnan —contestó Aramis—. Yo he pensado en lo mismo; aunque debo confesar que como mi imaginación es menos fecunda que la vuestra, fue preciso que me sugiriesen la idea. En el día, todo el mundo necesita auxiliares: como parece que no se han olvidado aún nuestras antiguas hazañas, me han hecho proposiciones, pero os declaro que han sido de parte del coadjutor.

—¿Del señor de Conti? —exclamó Artagnan—. ¡Del enemigo del cardenal!

—Decid más bien del amigo del rey —protestó Aramis.

Y cuando se trata de servir al rey, no puede vacilar un caballero.

—El rey está con Mazarino.

—De hecho sí, pero no voluntariamente; en apariencia, pero no de corazón, y éste es el lazo que tienden al rey sus enemigos.

—¿Sabéis, amigo Aramis, que me estáis proponiendo nada menos que la guerra civil?

—Una guerra en favor del rey.

—El rey se pondrá a la cabeza del ejército en que se encuentre Mazarino.

—Pero su corazón está con el que mande el señor de Beaufort.

—El señor de Beaufort se halla en Vincennes.

—Si no es él será otro; el príncipe, por ejemplo...

—El príncipe va a marchar al ejército: es muy íntimo del cardenal...

—Sin embargo, ahora ha habido entre ellos algunas desavenencias. Además, ahí está el señor de Conti.

—Le van a dar el capelo.

—¿Y no ha habido cardenales guerreros? Yo sé de algunos que harían mejor papel a la cabeza de un ejército, que el señor de Guebriant o el señor de Gassion.

—Pero un general contrahecho...

—Eso lo tapa la coraza. Alejandro era cojo, y Aníbal tuerto.

—¿Qué ventajas encontráis en ese partido? —dijo Artagnan.

—Tiene la protección de príncipes poderosos.

—Proscritos por la decisión del gobierno.

—Que ha sido anulada por los parlamentos y los motines.

—Con todo, mientras no consiga separar al rey de su madre...

—Puede que lo consiga.

—Nunca —exclamó Artagnan con tono de convicción—. Vos conocéis a Ana de Austria tan bien como yo. ¿Creéis que olvide, ni siquiera Por un instante, que de su hijo depende su propia seguridad, que es su escudo, la garantía de su honor, de su fortuna y de su vida? Sería necesario que se pasase con él al partido de los príncipes abandonando el de Mazarino, y vos no ignoráis que hay razones poderosas para que esto sea imposible.

—Tal vez tengáis razón —respondió Aramis pensativo—, por si acaso no me comprometeré...

—¿Con ellos? —preguntó Artagnan.

—Ni con los otros. Soy cura, nada tengo que ver con la política. Nunca abro el Breviario, tengo una clientela de clérigos de buen humor y muchachas preciosas; cuanto más se enreden las cosas menos ruido harán mis aventuras; todo va bien sin que yo intervenga en el asunto, y lo mejor de los dados es no jugarlos.

—Decís bien —contestó Artagnan—, me ha convencido vuestra filosofía. No sé cómo me he dejado tentar por la ambición. Yo tengo un empleo que me da para vivir. M. de Tréville se va haciendo viejo a toda prisa; cuando muera puedo ascender a capitán, que no es poco para un segundón de Gascuña. Veo que me estoy aficionando a la tranquilidad de mi existencia, y en lugar de irme a caza de aventuras, aceptaré la invitación de Porthos y me iré a cazar a sus posesiones. Ya sabéis que es todo un propietario.

—¡Ya lo creo! Diez leguas de bosques, valles y pantanos; es señor de montes y llanuras, y sigue un pleito contra el obispo de Noyon sobre derechos feudales.

—¡Bien! —dijo Artagnan para sí—. Esto es lo que quería saber; Porthos está en Picardía.

Y luego añadió:

—¿Y ha vuelto a usar su antiguo nombre de Du-Vallon?

—Al cual añadió el de Bracieux, que es el título de unas tierras erigidas en baronía.

—De suerte que tendremos a Porthos hecho un barón.

—Sí por cierto; la baronesa de Porthos, especialmente, será admirable.

Los dos amigos soltaron una estrepitosa carcajada.

—¿Con que habéis decidido —dijo Artagnan— no pasaros a Mazarino?

—¿Ni vos a los príncipes?

—No, mejor es no pasarnos a nadie, y continuar siendo amigos. No seamos cardenalistas ni frondistas.

—Seamos mosqueteros —dijo Aramis.

—¿Hasta con el alzacuello?

—Con él sobre todo —dijo Aramis—: esa es la mejor prenda del vestuario.

—Adiós, pues —dijo Artagnan.

—No quiero deteneros, porque no tengo proporción para que durmáis aquí, y no puedo ofreceros la mitad del cobertizo de Planchet.

—Estoy a tres leguas cortas de París, y como los caballos han descansado, en una hora me traslado allá.

Y Artagnan bebió el último vaso de vino diciendo:

—¡A nuestros antiguos tiempos!

—Sí —repuso Aramis—, por desgracia pasaron ya: *fugit irreparabile tempus.*

—¡Bah! —dijo Artagnan—. Puede que vuelvan. En todo caso, si me necesitáis, me hallaréis en la fonda de la Chevrette, calle de Tiquetonne.

—Y a mí en el convento de los jesuitas: desde las seis de la mañana a las ocho de la noche por la puerta, desde las ocho de la noche hasta las seis de la mañana por la ventana.

—Adiós, amigo.

—¡Oh! No me separo así de vos. Dejad que os acompañe. Y Aramis cogió la espada y la capa.

—Quiere ver si me marcho o no —dijo para sí Artagnan.

Aramis dio un silbido para llamar a Bazin; pero éste estaba durmiendo en la antesala sobre los restos de su cena, y su amo hubo de ir a tirarle de las orejas para que despertase.

Bazin se desperezó, se restregó los ojos y volvió a tenderse.

—Vamos, perezoso, trae pronto la escala.

—¡La escala! —dijo Bazin bostezando de un modo a propósito para desconcertarse las quijadas—, se quedó en la ventana.

—La otra, la del jardinero: ¿no viste que Artagnan apenas podía subir por la de cuerda?

Artagnan iba a asegurar a Aramis que podía bajar con facilidad, cuando le ocurrió una idea: esta idea le movió a callarse.

Bazin exhaló un profundo suspiro, y se marchó. Un momento después había en la ventana una buena y sólida escalera de madera. —Este sí que es un buen medio de comunicación —dijo Artagnan—: una mujer podría subir por esa escalera.

Aramis dirigió una mirada penetrante a su amigo, como para buscar su pensamiento hasta el fondo de su alma, pero Artagnan la sostuvo con admirable indiferencia. Puso el pie en el primer escalón, y empezó a bajar.

Un momento después llegó abajo. Bazin estaba en la ventana.

—Quédate ahí —dijo Aramis—, pronto vuelvo.

Los dos encamináronse al cobertizo; al oírlos llegar, salió Planchet llevando del diestro los caballos.

—Tenéis un criado activo y vigilante, y no como el dormilón de Bazin, que desde que entró en la iglesia para nada sirve. Seguidnos, Planchet, vamos a ir hablando hasta la salida del pueblo.

En efecto, los dos amigos atravesaron la población, tratando de cosas indiferentes.

—Id con Dios, querido amigo —dijo Aramis cuando llegaron a las últimas casas—; la suerte se os presenta propicia, no desperdiciéis la ocasión: acordaos de que a ésta la pintan calva, y proceded en consecuencia. Yo me atengo a mi humildad y a mi pereza; adiós.

—¿Esto es, que estáis enteramente resuelto —preguntó Artagnan—, y que no aceptáis mis proposiciones?

—Las aceptaría con mil amores —dijo Aramis— si no fuera yo un hombre tan excepcional; pero ya os lo he dicho: soy un compuesto de contrastes; lo que hoy aborrezco lo adoraré mañana y viceversa. Ya veis que no puedo comprometerme como vos, que tenéis ideas fijas.

—Mientes, truhán —dijo Artagnan para sí—; al contrario: tú eres el único que sabe proponerse un objeto y dirigirse a él por entre la oscuridad.

—Conque adiós, amigo —continuó Aramis—, y gracias por vuestras excelentes intenciones, y sobre todo, por los gratos recuerdos que vuestra presencia ha excitado en mí.

Los dos amigos abrazáronse. Planchet estaba ya a caballo, Artagnan montó y apretó otra vez la mano a Aramis. En seguida espolearon a sus cabalgaduras y se alejaron por el camino de París.

Aramis permaneció inmóvil en medio de la calle hasta que los perdió de vista.

Pero después de andar doscientos pasos, Artagnan detúvose, echó pie a tierra, puso en la mano de Planchet las riendas de su caballo, y sacando las pistolas del arzón se las colgó a la cintura.

—¿Qué os ha dado, señor? —dijo Planchet.

—Por muy listo que sea, no se ha de decir que me ha engañado. No te muevas de aquí, o por mejor decir, ponte a un lado del camino y espérame.

A estas palabras, saltó Artagnan el foso que bordeaba el camino, y empezó a correr atravesando el campo para dar la vuelta al lugar. Entre la casa que habitaba la señora de Longueville y el convento de los jesuitas, había notado que quedaba un espacio vacío, cerrado solamente por una cerca.

Una hora antes acaso no hubiera podido dar con ella; pero acababa de salir la luna, y aunque la cubrían algunas nubes de vez en cuando, quedaba siempre suficiente luz para poder encontrar la senda que buscaba.

Llegó, pues, Artagnan a la cerca, y se ocultó tras ella. Al pasar por delante de la casa en que había sucedido la escena que queda referida, observó que la misma ventana tenía luz otra vez. Nuestro mosquetero estaba convencido de que Aramis no se había recogido aún, y de que cuando se recogiese no iría solo.

En efecto, un momento después oyó pasos; y un confuso ruido como de personas que hablasen a media voz.

Cuando llegó al sitio en que empezaba la cerca cesaron los pasos.

Artagnan puso una rodilla en tierra buscando el sitio más espeso para ocultarse mejor.

En aquel instante aparecieron dos hombres con grande asombro de Artagnan, pero pronto cesó la admiración al oír una voz dulce y armoniosa: uno de ellos era una mujer disfrazada.

—Tranquilizaos amigo Renato —decía la voz dulce—, no volverá a suceder lo que esta noche; he descubierto una especie de subterráneo que pasa por la calle, y no tendremos que hacer más que levantar una de las losas que se hallan delante de la puerta para que podáis entrar y salir.

—¡Oh! —dijo otra voz que Artagnan reconoció ser la de Aramis—, os prometo, princesa, que si no dependiese vuestra reputación de todas estas precauciones, y si sólo mi vida corriese peligro...

—Sí, sí, no ignoro que sois valiente y arrojado como ninguno; pero no sólo debéis conservaros para mí, sino para todo vuestro partido. ¡Sed, pues, muy discreto!

—Obedezco, señora —dijo Aramis—, porque no puedo hacer otra cosa al recibir órdenes dictadas por una voz tan dulce.

Y le besó afectuosamente la mano.

—¡Ah! —exclamó el caballero de la dulce voz.

—¿Qué? —preguntó Aramis.

—¿No lo veis? El aire se ha llevado mi sombrero.

Aramis echó a correr en pos del objeto fugitivo. Artagnan se aprovechó de aquella oportunidad y buscó un sitio en que estuviese menos espesa la enramada para dirigir libremente una mirada al enigmático caballero. Casualmente en aquel momento salía la luna de detrás de una nube, movida acaso de curiosidad como el oficial, y a su indiscreta claridad, reconoció Artagnan los rasgados ojos azules, los cabellos de oro y la franca fisonomía de la duquesa de Longueville.

Aramis volvió riéndose con un sombrero en la cabeza y otro en la mano, y la pareja prosiguió su camino hacia el convento.

¯¡Magnífico! —dijo Artagnan levantándose y limpiándose el polvo de la rodilla—. Te cogí; eres frondista y amante de la señora de Longueville.

XII.— EL CABALLERO PORTHOS DU-VALLON DE BRACIEUX DE PIERREFONDS

Por los datos que Aramis proporcionó a Artagnan, éste, que ya sabía que Porthos tenía por su familia el apellido Du-Vallon, averiguó también que por sus posesiones se llamaba Bracieux, y que sobre esta propiedad, seguía en pleito con el obispo de Noyon.

Debía, por tanto, buscarle en las cercanías de Noyon, es decir, en la frontera de la isla de Francia y de la Picardía.

No tardó mucho en hacer su itinerario, resolviendo ir a Dammartin, de donde parten dos caminos, uno a Soissons y otro a Compiegne, pedir allí noticias de la hacienda de Bracieux, y según la contestación que le diesen, tomar el camino recto o el de la izquierda.

Planchet, que aún no estaba del todo tranquilo en cuanto a su aventura política de París, declaró que seguiría a su amo hasta el fin del mundo, cualquiera que fuese el camino que tomara, limitándose a rogarle que viajara de noche, porque la oscuridad ofrecía más garantías. Artagnan le propuso que avisara a su mujer de su paradero, para sacarla de cuidados; pero él contestó con su acostumbrada sagacidad, que su mujer no se moriría de inquietud por no saber su paradero, y en cambio él, que conocía la incontinencia de lengua de su costilla, no volvería a estar tranquilo si lo supiera.

Tan excelentes parecieron a Artagnan estas razones, que no insistió más y a eso de las ocho de la noche, cuando las sombras empezaban a condensarse montó a caballo y seguido de Planchet partió de la capital por la puerta de San Dionisio.

A las doce de la noche estaban los dos viajeros en Dammartin. Como la hora era poco propicia para tomar informes, y el posadero en cuya casa pararon estaba ya acostado, Artagnan aplazó sus investigaciones para el día siguiente.

Por la mañana mandó llamar al posadero, que era uno de esos normandos solapados que nunca responden categóricamente a las preguntas que se les hacen, temiendo comprometerse. De sus ambiguas respuestas dedujo Artagnan que debía seguir el camino derecho, e hízolo así, llegando a las nueve de la mañana a Nanteuil, donde se detuvo para almorzar.

El posadero de Nanteuil era un hombre noble y bonachón, que reconoció a Planchet por compatriota, y no tuvo inconveniente en dar todas las noticias que

le pidieron. La hacienda de Bracieux estaba a algunas leguas de Villers-Cotterets.

Artagnan había estado algunas veces con la corte en Villers-Cotterets, porque aquella ciudad era entonces sitio real. Se dirigió a ella, y apéose como acostumbraba en la posada del *Delfín de Oro.*

Allí adquirió noticias más positivas, puesto que averiguó que la hacienda de Bracieux distaba cuatro leguas; pero que no encontraría en ella a Porthos, porque éste, que había tenido efectivamente ciertas cuestiones con el obispo de Noyon, acerca de límites entre su hacienda y la de Pierrefonds, que era contigua, decidióse por fin a comprar a Pierrefonds, añadiendo este nombre a los que ya tenía, por lo cual habitaba su nueva propiedad, y se llamaba Du-Vallon de Bracieux de Pierrefonds.

Como los caballos habían caminado diez leguas, y estaban cansados, fue preciso esperar al otro día. Además, era preciso atravesar una gran selva, y el lector recordará que Planchet no era aficionado a pasar selvas de noche.

Había otra cosa a la que Planchet tampoco era aficionado, y era a ponerse en camino en ayunas; así es que cuando Artagnan despertó halló preparado el almuerzo. Esta atención merecía el mayor agradecimiento. Artagnan se sentó a la mesa, y Planchet, que al volver a su condición de lacayo aceptó todas las consecuencias de tal, comió lo que sobró a su amo.

A las ocho de la mañana, emprendieron la marcha. Era imposible equivocarse: bastaba tomar el camino de Villers-Cotterets a Compiegne y volver a la derecha al salir del bosque.

Era una placentera mañana de primavera: las aves cantaban en los árboles; algunos anchos rayos de sol llegaban hasta el suelo, logrando unas cortinas de gasa dorada. En otros lugares apenas atravesaban el espeso follaje; los troncos de las encinas en que se refugiaban las ágiles ardillas al sentir a los viajeros, permanecían envueltos en sombras; de toda aquella selva inculta, brotaba un perfume de hierbas, de flores y de hojas que alegraba el corazón. Artagnan recordando la fetidez de París, iba pensando en que un hombre que pudiese poner por apéndice a su nombre los títulos de tres propiedades, debía ser muy feliz en aquel paraíso y movía la cabeza diciendo: «Si yo fuera Porthos, y Artagnan viniese a hacerme la proposición que yo voy a hacerle, lo mandaría enhoramala».

Planchet no pensaba, digería el almuerzo.

En los límites del bosque, vio Artagnan el camino designado, y al término de éste las torres de un gran castillo feudal.

—¡Cáspita! —murmuró—. Yo creía que este castillo era propiedad de la familia de Orleáns: ¿si habrá entrado Porthos en relaciones con el duque de Longueville?

—Vaya unas tierras bien cultivadas, señor —dijo Planchet—. Si pertenecen al señor Porthos se le puede felicitar.

—Oye, no vayas a llamarle Porthos, ni siquiera Du-Vallon —dijo Artagnan—; llámale Bracieux o Pierrefonds, para que mi misión tenga buen éxito.

A medida que se iban aproximando al castillo que había llamado su atención, conoció Artagnan que su amigo no debía vivir en él; las torres, aunque parecían

fuertes y recientemente edificadas, estaban rajadas y fuera de nivel. Parecía que habían sido partidas a hachazos por un gigante.

A la proximidad del camino encontróse Artagnan a la entrada de un hermoso valle, en cuyo fondo y al pie de un lago bellísimo, aunque no extenso, había diseminadas algunas casas, parte de ellas cubiertas de tejas y las demás de bálago. Todas parecían reconocer humildemente la soberanía de un lindo castillo edificado a principios del reinado de Enrique IV Al verle no dudó Artagnan que aquella fuera la morada de Porthos.

El camino conducía directamente a aquel castillo que, comparado con el que nuestro amigo acababa de divisar en la montaña, era lo que un petimetre de la comitiva del duque de Enghien, comparado con un caballero de tiempo de Carlos VII armado de punta en blanco. Artagnan continuó su camino al trote; Planchet arregló el paso de su cabalgadura al que tomó la de su amo.

A los diez minutos llegó Artagnan a la entrada de una encantadora alameda que conducía a una verja de hierro, con las puntas superiores y las franjas transversales doradas. En medio de esta alameda estaba a caballo sobre un soberbio jaco, un figurón vestido de verde y dorado como la verja; acompañábanle dos lacayos cubiertos de galones en todas las costuras de la librea, y gran número de gentes en pobre apariencia le rendían respetuosos homenajes.

—¡Hola! —pensó Artagnan—. ¿Será ése el señor Du-Vallon de Bracieux de Pierrefonds? ¡Pues no ha encogido poco desde que no se llarima Porthos!

—No puede ser él —dijo Planchet, contestando a la reflexión de Artagnan—. El señor Porthos tenía cerca de seis pies, y éste no llega a los cinco.

—No obstante —repuso Artagnan—, mucho saludan a ese señor. A estas palabras, picó espuelas Artagnan hacia el jaco, el respetable jinete y los lacayos. Conforme se aproximaba le parecía reconocer las facciones del personaje a quien se dirigía.

—¡Jesús, señor! —dijo Planchet, que también creía reconocerle ¿Es posible que sea él?

A esta exclamación se volvió el de lo verde lentamente, y con la mayor prosopopeya, y los dos viajeros pudieron ver brillar en todo su esplendor los ojos vivos, los encendidos mofletes y la elocuentísima sonrisa de Mosquetón.

En efecto, era Mosquetón; Mosquetón redondo como una bola y risueño como unas Pascuas, que lejos de hacer lo que el hipócrita de Bazin, tiróse del jaco y se acercó al oficial con sombrero en mano, con lo cual los homenajes de la asamblea hicieron un cuarto de conversación hacia aquel nuevo sol que eclipsaba al antiguo.

—¡Señor d'Artagnan!, ¡caballero d'Artagnan! —repetía sudando de gozo—. ¡Señor d'Artagnan! ¡Oh!, ¡qué alegre se va a poner mi señor y amo!, ¡señor Du-Vallon de Bracieux de Pierrefonds!

—¡Bueno Mosquetón! ¿Conque se halla aquí tu amo?

—Os halláis en sus dominios.

—¡Pero, qué guapetón estás!, ¡qué gordo!, ¡qué rozanante! —prosiguió Artagnan, sin cansarse de detallar las variaciones que había sufrido el hambriento escudero de Porthos.

—Sí, gracias a Dios —dijo Mosquetón—, tengo bastante salud.

—¿Y nada dices a tu amigo Planchet? —dijo Artagnan.

—¡Mi amigo Planchet! Planchet, eres tú amigo mío —dijo Mosquetón con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas.

—Yo mismo —dijo Planchet con su prudencia acostumbrada—; pero antes de nada quería ver si te habías vuelto también un orgulloso.

—¿Orgulloso con un amigo antiguo? Jamás, Planchet. No puedes haber pensado eso, o no conoces a Mosquetón.

—¡Corriente! —dijo Planchet, apeándose y tendiendo también los brazos a Mosquetón—; no eres como ese miserable de Bazin, que me dejó dos horas bajo un cobertizo sin manifestar siquiera que me conocía.

Y Planchet y Mosquetón abrazáronse con tal efusión, que los circunstantes, sumamente conmovidos, creyeron que el primero era algún gran señor disfrazado. Tan alto valor daban a la posición de Mosquetón.

—Ahora M. Artagnan —dijo Mosquetón luego que pudo desembarazarse de Planchet, que hacía en vano esfuerzos para juntar sus dos manos por detrás de la espalda de su amigo—; ahora permitidme que os deje solos, porque no quiero que otro se anticipe a dar a mi amo la feliz nueva de vuestra llegada. Nunca me perdonaría esa falta.

—Conque en ese caso, amigo —preguntó Artagnan eludiendo el designar a Porthos por ninguno de sus nombres—, ¿no me ha olvidado?

—Olvidaros él —exclamó Mosquetón—, cuando diariamente estamos esperando que os nombren mariscal en reemplazo del señor de Gassion o del señor de Bassompierre.

Por los labios de Artagnan vagó una de esas sonrisas melancólicas que habían sobrevivido en lo más profundo de su corazón a la pérdida de sus ilusiones juveniles.

—Y vosotros, miserables —continuó Mosquetón—, quedaos con el señor conde de Artagnan, y hacedle los honores y lo mejor que podáis, mientras voy a avisar al señor.

Y encaramándose con la ayuda de dos almas caricativas sobre su robusto caballo, al mismo tiempo que Planchet, más ágil de piernas que él, subía sin ayuda de nadie al suyo, emprendió Mosquetón un corto galope sobre el césped de la alameda, galope que más deponía en favor de los lomos que de las piernas del cuadrúpedo.

—Esto preséntase bien —dijo Artagnan—; aquí no hay misterios, ni embozados, ni ceremonias; la gente ríe a carcajadas o llora de alegría; todas las caras rebosan salud; parece que la misma naturaleza está regocijada, y que en vez de llevar los árboles hojas y flores, se han cubierto de lazos verdes y de color de rosa.

—Y a mí me parece —dijo Planchet—, estar oliendo los más exquisitos perfumes que expidió nunca un asado, y ver a los pinches de cocina formarse en dos filas para dejarnos pasar. ¡Ah, señor! Qué excelente cocinero debe tener el

señor de Pierrefonds, que tan aficionado era a comer bien y mucho cuando se llamaba señor Porthos.

—¡Qué reflexión! —dijo Artagnan—. Tus palabras me asustan. Si la realidad corresponde a las apariencias soy hombre al agua. Un ser tan dichoso no consentirá en dejar su actual método de vida, y temo que no voy a ser con Porthos más afortunado que con Aramis.

XIII.— EN QUE ARTAGNÁN, HABLANDO CON PORTHOS, COMPRENDE QUE LA FELICIDAD NO CONSISTE PRECISAMENTE EN SER RICO

Artagnan pasó la verja y se encontró delante del castillo: estaba echando pie a tierra cuando de pronto apareció en la puerta una especie de gigante. Justo es decir que prescindiendo de todo impulso de egoísmo, el mosquetero sintió latir su corazón de gozo al ver aquella elevada estatura y aquel rostro marcial, que le recordaban un hombre valiente y honrado.

Corrió hacia Porthos y arrójose en sus brazos: toda la servidumbre, formada en círculo a una distancia respetuosa, contemplaba aquel cuadro con humilde curiosidad. Mosquetón, que estaba en primera fila, se enjugó los ojos. El buen hombre no había dejado de llorar de alegría desde que reconoció a Artagnan y a Planchet.

Porthos se cogió al brazo de su amigo.

—¡Cuánto me alegro de volveros a ver, amigo Artagnan! —exclamó con voz que desde la cuerda de barítono había pasado a la de bajo profundo—. ¿Con que no me habéis olvidado?

—¡Olvidaros! ¡Ah amigo Du-Vallon! ¿Cómo es posible olvidar los días más hermosos de la juventud, los amigos más fieles y los peligros que con ellos se han corrido? Sólo al veros preséntanse a mi memoria aquellos tiempos de alegría y de felicidad.

—Sí, sí —dijo Porthos procurando atusar su bigote como en los días que Artagnan recordaba—, sí, algunas diabluras hemos hecho juntos y bastante rabió por nuestra culpa el pobre cardenal.

Y exhaló un suspiro. Artagnan le miró.

—En todo caso —prosiguió Porthos con languidez—, sed bien venido amigo mío me ayudaréis a distraerme: mañana correremos una liebre en mis praderas, que son magníficas, o un corzo en mis bosques que también son admirables: tengo cuatro lebreles que son de los mejores de la provincia y una jauría, que no conoce rival en estos contornos.

Y Porthos exhaló otro suspiro.

—¡Diantre! —dijo Artagnan para sí—. ¿Será mi amigo menos feliz de lo que parece?

Y prosiguió en voz alta:

—Ante todo me presentaréis a vuestra mujer, porque recuerdo que en la carta que me escribisteis tuvo la bondad de poner algunas líneas de su mano.

Tercer suspiro de Porthos.

—Hace dos años que la perdí y todavía me dura la pena. Por eso dejé mi castillo de Vallon, inmediato a Corbeil, y pasé a mi hacienda de Bracieux, lo cual fue causa de que comprara esta posesión. ¡Pobre señora Du-Vallon! —continuó Porthos haciendo un gesto de aflicción—. No tenía el genio muy igual, pero al fin se había acostumbrado a mis costumbres y obedecía todos mis caprichos.

—¿De modo que sois rico y libre? —dijo Artagnan.

—¡Ay! —dijo Porthos—. Soy viudo y dispongo de cuarenta mil libras de renta. ¿Queréis que vayamos a almorzar?

—Con mucho gusto; el aire de la mañana me ha abierto el apetito —contestó Artagnan.

—Sí —dijo Porthos—, los aires de mis posesiones son excelentes. Y entraron en el castillo, que estaba lleno de dorados; las cornisas eran doradas, las molduras doradas, los sillones dorados.

Una mesa cubierta de manjares, esperaba a los dos amigos. —Este es mi almuerzo cotidiano —dijo Porthos.

—¡Diantre! —exclamó Artagnan—. Podéis asegurar que el rey no tiene otro tanto.

—Sí —repuso Porthos—, he oído decir que el señor Mazarino le da muy mal trato. Probad estas chuletas, querido Artagnan, son mis carneros.

—Pues tenéis unos carneros delicadísimos —dijo Artagnan.

—Pastan en mis prados, que son muy buenos.

—Ponedme otro poco.

—No: vale más que probéis esta liebre que maté ayer en uno de mis sotos.

—¡Diantre!, ¡qué buena está! Parece que vuestras liebres no comen más que hierbas aromáticas —respondió Artagnan.

—¿Y qué decís de mi vino? —preguntó Porthos.

—Es riquísimo.

—Pues es del país.

—¿De veras?

—Sí, tengo una viña en mi montaña; cojo una buena cosecha.

Porthos suspiró por quinta vez. Artagnan había contado sus suspiros.

—Entre paréntesis —dijo ansioso de resolver aquel problema—, cualquiera afirmaría que tenéis alguna pena, amigo mío... ¿Estáis enfermo?

—No, estoy mejor que nunca: puedo matar un buey de un puñetazo.

—Entonces son contrariedades de familia.

—No tengo ningún pariente.

—¿Pues, por qué suspiráis?

—Amigo mío —dijo Porthos—, voy a franquearme con vos, no soy dichoso.

—¡No sois feliz, Porthos! ¡Con un castillo, con prados, con montañas, con bosques, con cuarenta mil libras de renta! ¿No sois feliz?

—Dispongo de cuanto acabáis de decir, pero me encuentro solo en medio de todo.

—Comprendo: os veis rodeados de parásitos con quienes no podéis tratar sin rebajaros.

Porthos púsose ligeramente pálido, y vació un enorme vaso de su vino de la montaña.

—No tal —respondió—, al contrario: figuraos que todos son unos hidalgüelos orgullosos que suponen descender de rey Faramundo, de Carlo-Magno, o cuando menos de Hugo Capeto. Al principio yo fui el que los busqué, porque a ello me obligaba mi condición de recién llegado: así lo hice; pero ya sabréis que la señora Du-Vallon...

Al decir esto, veíase que Porthos tragaba su saliva con mucho trabajo.

—La señora Du-Vallon —continuó— era de nobleza bastante dudosa; en primeras nupcias (creo, Artagnan, que nada nuevo os digo con esto) había estado casada con un procurador. Esto les pareció nauseabundo. Así lo llamaron, nauseabundo. Bien conoceréis que el asunto no era cosa de acabar con treinta mil hombres. Maté a dos; los demás se callaron, pero no fueron amigos míos. De manera que no me asocio con nadie, vivo solo y me aburro y me consumo.

Artagnan sonrióse: conoció el flanco de su amigo y preparó el golpe.

—Como quiera que sea —le dijo— sois noble, y vuestra esposa no puede haberos quitado esa cualidad.

—Sí, mas ya conoceréis que no siendo de nobleza histórica como los Coucy, que se contentaban con su apellido o los Rohan, que no querían ser duques, toda esa gente titulada tiene derecho a ir delante de mí en la iglesia y en las ceremonias, sin que yo pueda oponerme. ¡Ah! Si fuera tan sólo...

—¿Barón? dijo Artagnan, completando la frase de su amigo.

—¡Ah! —exclamó Porthos, cuyas facciones se dilataron—. ¡Ah! ¡Si yo fuera barón!

—¡Bueno! —pensó Artagnan—. Aquí tendré buen éxito.

Y añadió en voz alta:

—Pues, amigo, vengo a traeros ese título que deseáis.

Porthos dio un salto que conmovió todo el aposento: dos o tres botellas perdieron el equilibrio y rodaron al suelo, rompiéndose en su caída. Mosquetón acudió al ruido, y en lontananza se dejó ver Planchet con la boca llena y una servilleta en la mano.

—¿Llamáis, monseñor? —preguntó Mosquetón.

Porthos indicó a Mosquetón con un ademán que recogiese los pedazos de las botellas.

—Veo con agrado —dijo Artagnan—, que habéis conservado en vuestra servidumbre a este excelente muchacho.

—Es mi mayordomo —dijo Porthos; y en voz más alta añadió—: el tunante ha hecho su negocio; pero —continuó más bajo—, me tiene cariño y no me abandonaría por nada en el mundo.

—Y te llama *monseñor* —dijo entre dientes Artagnan.

—Marchaos, Mostón —dijo Porthos.

—¿Mostón le llamáis? ¡Ah!, Sí, por abreviatura. Es tan largo el nombre de Mosquetón...

—Sí, y por otra parte tiene un olor soldadesco que trasciende. Pero estábamos hablando de negocios cuando nos interrumpió esta buena pieza.

—No importa —respondió Artagnan—, bueno será aplazar la conversación para más tarde; vuestros criados pueden sospechar algo... acaso haya espías en el país... Ya conoceréis, Porhos, que se trata de un asunto serio.

—¡Diablo! —dijo Porthos—. Pues vamos a mi parque a dar una vuelta para hacer la digestión.

—Con mucho gusto.

Y dando fin a su almuerzo, bajaron a pasear por un encantador jardín que constaba lo menos de quince fanegas de tierra, rodeadas de alamedas de castaños y tilos; en los límites de cada cuadro de árboles, cuyos intermedios estaban llenos de tallares y arbustos, veíanse correr mil conejos, que desaparecían entre la espesura o retozaban sobre la hierba.

—A fe mía —dijo Artagnan— que el parque corresponde a todo lo demás, y como tengáis tantos peces en vuestro estanque como conejos en vuestros viveros, sois hombre feliz, querido Porthos, si habéis conservado alguna afición a cazar y a pescar.

—Dejo el ramo de pesca a Mosquetón —respondió Porthos—, como diversión de gente baja, pero cazo algunas veces; es decir, cuando estoy aburrido, siéntome en uno de esos bancos de mármol, mando que me traigan mi escopeta y mi perro favorito *Gredinet,* y tiro a los conejos.

—¡Debe ser cosa muy divertida! —dijo Artagnan.

—Sí —contestó Porthos con un suspiro—: ¡muy divertida!

Artagnan había perdido ya la cuenta.

—Después —añadió Porthos—, va *Gredinet* a buscarlos, y los entrega él mismo al cocinero; está acostumbrado a eso.

—¡Ah! ¡Qué animal de tanto mérito! —dijo Artagnan.

—Pero —repuso Porthos—, dejemos a *Gredinet,* que os lo regalaré si deseáis, porque ya empieza a cansarme, y volvamos a nuestro asunto.

—Con mucho gusto —dijo Artagnan—: os prevengo de antemano, amigo mío, para que no digáis que os cojo a traición, que necesitáis mudar de vida.

—¿Pues cómo?

—Vestir la armadura, ceñir la espada, tener aventuras, dejar un poco de carne por esos caminos; en una palabra, volver a las andadas.

—¡Pardiez! —dijo Porthos.

—Comprendo; con tanto engordar os habéis apoltronado, y vuestros puños ya no tienen aquella ligereza tan conocida de los guardias del cardenal.

—Los puños os juro que todavía son buenos —dijo Porthos presentando una mano ancha y musculosa.

—Tanto mejor.

—¿Conque deseáis llevarme a la guerra?

—Sí.

—¿Contra quién?

—¿Estáis enterado de las cosas políticas?

—No.

—Pero ¿sois partidario de Mazarino o de los príncipes?

—De ninguno.

—Lo celebro infinito, Porthos: os halláis en buena posición para hacer carrera. Habéis de saber que vengo de parte del cardenal.

Esta palabra sonó en los oídos de Porthos como si viviera en 1640 y se tratase del verdadero cardenal.

—¡Hola! —dijo—. ¿Qué me quiere su eminencia?

—Que os alistéis a su servicio.

—¿Y quién le ha hablado de mí?

—Rochefort, ¿le tenéis presente?

—¡Mucho! Aquel que nos dio tan malos tratos y nos hizo correr tanto: el mismo a quien disteis tres estocadas, bien merecidas por cierto.

—¿Ignoráis que se ha hecho amigo nuestro?

—¿Es decir, que no os guarda rencor?

—Yo soy el que no se lo guardo.

Porthos no comprendió del todo; el lector recordará que jamás había sido muy lince.

—¿Y decís que el conde de Rochefort ha hablado de mí al cardenal?

—Primero él, y después la reina.

—¿La reina decís?

—Para inspiraros confianza, le ha entregado el famoso diamante que vendí a M. Des—Essarts, y que no sé cómo volvió a sus manos.

—Creo —dijo Porthos haciendo una reflexión muy natural— que mejor hubiera sido dároslo a vos.

—Lo mismo he pensado yo —respondió Artagnan—; pero ¿qué queréis?, los reyes tienen a veces caprichos muy extraños. Pero en fin, como disponen de honores y riquezas, como dan títulos y dinero, hay que mostrarles adhesión.

—Sí, sí —dijo Porthos—. ¿De modo que en este momento os proponéis ser adicto?...

—Al rey, a la reina, y al cardenal; y he prometido que vos también lo seréis.

—¿Y habéis aceptado ciertas condiciones para mí?

—Magníficas, amigo, magníficas. Parto del principio de que tenéis dinero: cuarenta mil libras de renta.

Porthos empezó a desconfiar.

—Nunca tiene uno dinero sobrante. La herencia de la señora DuVallon ha quedado muy embrollada, y yo que no tengo bastante talento, no hago más que ir pasando.

—Teme que venga a pedirle dinero —dijo para sí Artagnan—. Pues si estáis apurado, amigo mío —dijo el gascón en alta voz—, tanto mejor.

—¿Cómo?

—Sí, porque el cardenal te dará todo lo que se quiera, bienes, dinero, títulos.

—¡Ah!, ¡ah! —exclamó Porthos abriendo desmesuradamente los ojos al oír esta última palabra.

—En tiempo del otro cardenal, no supimos aprovechar la ocasión —prosiguió Artagnan—, y desperdiciamos la fortuna: no lo digo por vos, que tenéis cuarenta mil libras de renta, y parecéis el hombre más feliz del mundo.

Porthos suspiró.

—No obstante —añadió Artagnan—, pienso que a pesar de vuestras cuarenta mil libras, o mejor dicho a causa de ellas, no sentaría mal una corona en vuestro carruaje.

—Ciertamente —dijo Porthos.

—Pues ganadla, la tenéis en la punta de la espada. Cada cual a su negocio. Vuestro objeto es ganar un título; el mío, ganar dinero. Me basta con poder reedificar el castillo de Artagnan, arruinado porque mis abuelos, empobrecidos por las cruzadas, no pudieron atender a conservarle, y comprar alrededor algunas tierras, que me permitan retirarme y morir tranquilamente.

—Yo —dijo Porthos—, quiero ser barón.

—Lo seréis.

—¿No habéis pensado también en nuestros amigos —preguntó Porthos.

—Sí, he visto a Aramis.

—Ese deseará ser obispo.

—Aramis —dijo Artagnan por no quitar a Porthos sus ilusionesestá hecho un fraile, un jesuita y vive como un salvaje; ha renunciado al mundo, y tan sólo piensa en su salvación eterna. Todas mis ofertas para decidirle han sido inútiles.

—Es lástima, porque tenía talento. ¿Y Athos?

—Todavía no he podido verle, pero iré desde aquí: ¿sabéis dónde vive?

—Cerca de Blois, en una pequeña hacienda que heredó de no sé qué pariente.

—¿Cómo se llama?

—Bragelonne. Ese Athos, que ya era ilustre como un emperador, hereda ahora una tierra erigida en condado. ¿Qué va a hacer de tanto título? Condado de la Fère... condado de Bragelonne...

—Y no tiene hijos —observó Artagnan.

—Ya —repuso Porthos—, pero he oído decir que ha adoptado a un joven que se le parece mucho.

—¡Athos, nuestro Athos, tan virtuoso como Escipión! ¿Le habéis visto de nuevo?

—No.

—Yo iré mañana a darle noticias vuestras. Y aquí para entre nosotros, temo que su inclinación al vino le haya avejentado y degradado mucho.

—Sí —dijo Porthos—; es cierto que bebía ion exceso.

—Y luego era mayor que todos nosotros —dijo Artagnan.

—No llevaba pocos años —repuso Porthos—; pero su seriedad le hacía parecer más viejo.

—Así es. ¡Si podemos contar con Athos, tanto mejor, y si no, ¡qué diantre!; nos pasaremos sin él. Nosotros solos valemos por doce.

—Sí —dijo Porhtos sonriéndose con el recuerdo de sus antiguas proezas—; pero los cuatro hubiésemos valido por treinta y seis. Tanto más, cuanto que por lo que decís, será penoso el trabajo.

—Para reclutas, no para nosotros.

—¿Durará mucho?

—Puede durar unos cuatro años.

—Y hará muchos encuentros, riñas... y...

—Es de esperar que las haya.

—¡Me alegro! —exclamó Porthos—. No podéis figuraros, querido, lo que me desespero desde que estoy aquí. Algunos domingos, al salir de misa, corro a caballo por los campos de mis vecinos, con objeto de armar disputa, porque comprendo que lo necesito; pero nada, sea por respeto o por temor, y esto es lo más probable, consienten que mis perros estropeen sus pastos, que mi caballo les atropelle, y no logro otra cosa que volverme a casa más aburrido. Decidme si a lo menos es más fácil reñir en París.

—¡Oh! Facilísimo; ya no tenemos edictos, ni guardias del cardenal, ni Jussac, ni la menor gente de presa. En cualquier parte se riñe, debajo de un árbol, en una posada; encuéntrase un cardenalista con un frondista, se hacen una seña y no hay más que hablar. El señor de Guise ha matado al señor de Coligny en medio de la Plaza Real, y nada ha resultado.

—Muy bien —dijo Porthos.

—Y dentro de poco —continuó Artagnan—, tendremos batallas en regla, cañones, incendios, cosas variadas.

—¡Ea, pues! Decídome a complaceros.

—¿Puedo contar con vuestra palabra?

—Sí, está dicho. Daré mandobles a favor de Mazarino: pero...

—¿Pero qué?

—¡Me hará barón!

—Por supuesto —dijo Artagnan—, quedamos en eso: os he dicho y repito que respondo de vuestra baronía.

Después de hecha esta promesa, Porthos, que jamás había dudado de la palabra de su amigo, tomó con él la vuelta del castillo.

XIV.— DONDE PUEDE VERSE QUE SI PORTHOS NO ESTABA SATISFECHO CON SU POSICIÓN, MOSQUETÓN LO ESTABA CON LA SUYA

Al regresar al castillo, y mientras que Porthos se recreaba pensando en su baronía, Artagnan iba reflexionando en la miseria de la pobre naturaleza del hombre, siempre descontenta de lo que posee, siempre deseosa de lo que no tiene. Si Artagnan hubiera estado en lugar de Porthos, habría sido el hombre más feliz de la tierra; y para que Porthos lo fuera ¿qué le faltaba? Cinco letras que poner delante de sus apellidos, una pequeña corona que pintar en la portezuela de su coche.

—¿He de pasar toda mi vida —preguntábase Artagnan mirando a derecha e izquierda— sin ver jamás el rostro de un hombre completamente feliz?

Haciendo esta filosófica reflexión, la Providencia parece que quiso desmentirle, puesto que un momento después de marcharse Porthos para dar algunas órdenes a su cocinero, vio que se le acercaba Mosquetón con todas las trazas de persona enteramente feliz, salvo una ligera turbación, que, semejante a una nube de estío, se extendía por su fisonomía sin oscurecerla.

—Aquí está lo que buscaba —dijo para sí Artagnan—; pero ¡ah! el pobre no sabe a lo que vengo.

Mosquetón habíase parado a alguna distancia; Artagnan se sentó en un banco, y le hizo seña de que se acercase.

—M. Artagnan —dijo Mosquetón aprovechándose del permiso—, he de pediros un favor.

—Habla, amigo —dijo Artagnan.

—Es que no me atrevo, porque no digáis que la prosperidad me ha hecho orgulloso.

—¿Conque eres feliz? —dijo Artagnan.

—Cuanto es posible; y sin embargo, vos podéis hacerme aún más dichoso.

—Explícate, y si es cosa que depende de mí, cuenta con ella. —Sí, señor, de vos solo depende.

—Ya escucho.

—Señor, la gracia que tengo que pediros es que no me llaméis Mosquetón, sino Mostón. Desde que tengo el honor de ser mayordomo de monseñor, uso este último nombre, que es más digno y hace que me respeten mis inferiores. No ignoráis cuán necesaria es la subordinación en los criados.

Artagnan se sonrió: Porthos había alargado su nombre y Mosquetón acortaba el suyo.

—¿Qué me contestáis? —preguntó temblando Mosquetón.

—Que no hay dificultad, amigo Mostón: pierde cuidado, no olvidaré tu petición, y si te sirve de satisfacción tampoco te tutearé.

—¡Oh! —exclamó Mosquetón poniéndose colorado de alegría—. Si me hicierais ese favor, os lo agradecería toda mi vida; pero quizá sea pedir demasiado...

—Bien poco es —pensó Artagnan—, comparado con las tribulaciones que te voy a ocasionar en pago del buen recibimiento que me has dispensado.

—¿Y vais a estar mucho tiempo aquí? —preguntó Mosquetón, cuyo rostro había recobrado su ordinaria placidez.

—Me marcho mañana dijo Artagnan.

—¡Entonces sólo habéis venido para darnos un disgusto! —exclamó Mosquetón.

—Mucho lo temo —dijo Artagnan en voz tan baja que Mosquetón, que se retiraba saludándole, no pudo oírlo.

Aunque el corazón de nuestro hombre se había endurecido mucho, en aquel instante le acosaba un remordimiento: no sentía arrastrar a Porthos a una empresa en que podía hacer hacienda y vida, porque al fin él iba voluntariamente por lograr el título de barón que ambicionaba hacía quince años; pero le parecía una crueldad sacar de su agradable existencia a Mosquetón, que sólo aspiraba a que le llamasen Mostón. Esta idea preocupábale, cuando volvió Porthos diciendo:

—¡A la mesa!

—¿A la mesa ya? ¿Qué hora es? —preguntó Artagnan.

—La una tocada.

—Vuestra casa, amigo mío, es un paraíso, donde se pasa el tiempo insensiblemente. Vamos allá, pero aún no tengo apetito.

—Venid, no siempre se puede comer, pero sí beber. Es refrán del pobre Athos, y desde que empecé a aburrirme he conocido su exactitud.

Artagnan, que como buen gascón era sobrio por naturaleza, no aparentaba estar tan persuadido como su amigo de la verdad del axioma de Athos; sin embargo, hizo lo que pudo para no desairar a su huésped.

Pero mientras bebía a más y mejor, mirando comer a Porthos, no le era posible apartar de la memoria a Mosquetón, tanto más, cuanto que éste, aunque no servía a la mesa, porque semejante ejercicio era inferior a las funciones que a la

sazón desempeñaba, se asomaba de vez en cuando a la puerta y patentizaba su agradecimiento mandando servir los vinos más puros y añejos.

A los postres, Artagnan hizo una seña a Porthos, y éste mandó retirar los lacayos, permaneciendo solo con su amigo.

—Porthos —dijo Artagnan—, ¿quién os va a acompañar en vuestras correrías?

—¿Quién ha de ser sino Mostón? —contestó Porthos con naturalidad.

Este golpe dejó helado a Artagnan, porque veía ya cambiarse en gestos de dolor la afectuosa sonrisa del mayordomo.

—Pero Mostón no es ya joven; ha engordado y no estará apto para el servicio activo —replicó Artagnan.

—Ya lo sé —dijo Porthos—; pero estoy acostumbrado a él, y él además, me tiene tanto cariño que no querrá separarse de mí.

—¡Oh, ceguedad del amor propio! —pensó Artagnan.

—Y vos —preguntó Porthos—, ¿no conserváis de lacayo al excelente...?, ¿cómo se llamaba?

—Planchet... sí, nos hemos vuelto a reunir, pero no sirve de lacayo.

—¿Pues qué es?

—Con las mil seiscientas libras que ganó en el sitio de la Rochela, cuando llevó la carta a lord Winter, puso una tiendecilla de confitero en la calle de Lombardos.

—¡Diantre, confitero! ¿Y por qué os acompaña?

—Ciertas diabluras le han obligado a esconder el bulto. Y refirió a Porthos lo que nosotros sabemos.

—¿Quién hubiera dicho algún día —exclamó Porthos— que Planchet había de salvar a Rochefort, y que vos habíais de esconderle por sejemante causa?

—¿Qué queréis? Nadie sabe adónde le conducirán las circunstancias. Todo cambia en el mundo.

—Sí, lo único que no cambia, sino para mejorar, es el vino: probad éste, es un Jerez seco que le gustaba mucho a Athos.

En aquel instante entró el mayordomo para tomar órdenes de su amo, respecto a la comida del día siguiente y de la partida de caza que se proyectaba.

—Dime, Mostón —dijo Porthos—, ¿están mis armas en buen estado?

Artagnan empezó a teclear sobre la mesa para ocultar su turbación.

—¿Vuestras armas, señor? —preguntó Mostón—. ¿Qué armas?

—Hombre, mi armadura.

—¿Cuál?

—Mi armadura de guerra.

—Creo que sí, señor, a lo menos debe estarlo...

—Entérate de ello mañana y que la limpien si es preciso. ¿Cuál es mi caballo más vivo?

—*Vulcano.*

—¿*Y* el de más resistencia?

—*Bayardo.*

—¿Qué caballo te gusta a ti?

—Me gusta *Rustando,* señor, porque es muy buen animal, y me entiende a las mil maravillas.

—Tiene fuerzas, ¿eh?

—Es normando cruzado con raza mecklemburguesa; le es fácil andar sin cansarse un día y una noche.

—Perfectamente. Que estén dispuestos los tres, que limpien las armas, y ten preparadas unas pistolas para ti, y un cuchillo de monte.

—¿Vamos a viajar, señor? dijo Mosquetón bastante azorado.

Artagnan, que hasta entonces no había hecho más que escalas vagas, empezó a tocar una marcha.

—Algo más que eso, Mostón —contestó Porthos.

—¿Alguna expedición, señor? —respondió el mayordomo, cuyas rosas iban trocándose en lirios.

—Volvemos al servicio, Mostón —repuso Porthos, esforzándose de nuevo en dar a su bigote el aire marcial que había perdido.

Decir estas palabras y sentirse Mosquetón agitado de un temblor que conmovió sus carnosas mejillas, pálidas como la cera, fue todo uno. Miró a Artagnan con una indecible expresión de queja y de afecto, que el oficial no pudo ver sin conmoción, vaciló y dijo con voz ahogada:

—¡Al servicio! ¿Al servicio en el ejército del rey?

—Sí y no. Vamos a entrar en campaña, a buscar todo género de aventuras, en fin, a volver a nuestra añtigua vida.

Esta última frase hirió a Mosquetón como un rayo. Esa *vida antigua* tan terrible le recordaba la *vida actual* tan dulce.

—¡Dios mío! ¿Qué oigo? —dijo Mosquetón con una mirada más suplicante que la dirigida a Artagnan.

—¿Qué queréis, pobre Mostón? —dijo Artagnan—. ¡La fatalidad!...

A pesar de la digna precaución que tomó el mosquetero de no tutearle y de ajustar su nombre a la medida que ambicionaba Mosquetón, no dejó éste de sentir el golpe, y fue tan terrible que marchóse enteramente trastornado, olvidándose de cerrar la puerta.

—¡El buen Mostón no sabe lo que se hace de alegría! —dijo Porthos con el tono que hubiese empleado don Quijote en animar a Sancho a ensillar su rucio para una nueva campaña.

Viéndose solos los dos amigos, empezaron a hablar del porvenir, y a formar castillos en el aire. El excelente vino de Mosquetón hacía columbrar a Artagnan una perspectiva atestada de monedas de oro, y a Porthos el cordón azul y el manto ducal. El caso es que estaban durmiendo recostados en la mesa, cuando fueron a buscarles para que pasasen a la cama.

A la mañana siguiente tranquilizóse algo Mosquetón, oyendo decir a Artagnan que probablemente la guerra tendría por centro de operaciones a París, con ramificaciones al castillo Du-Vallon, que estaba cerca de Corbeil; al de Bracieux, que lo estaba de Melun, y al de Pierredefonds, sito entre Compiegne y Villers-Cotterets.

—Pero paréceme que antiguamente... —dijo con timidez Mosquetón.

—¡Oh! —contestó Artagnan—. Ya no se hace la guerra como antiguamente. Ahora es un asunto diplomático; preguntádselo a Planchet. Mosquetón acercóse a pedir datos a su antiguo amigo, el cual confirmó en todas sus partes lo que había dicho Artagnan; pero añadiendo que en esta guerra los prisioneros corrían peligro de morir en la horca.

—¡Pardiez! —dijo Mosquetón—. Casi prefiero el sitio de la Rochela.

Porthos, después de proporcionar a su huésped la diversión de matar un corzo; después de conducirle de sus bosques a su montaña, y de su montaña a sus estanques; después de enseñarle sus lebreles, su jauría, su perro favorito y todo lo que poseía; y después, en fin, de ofrecerle otras tres comidas, a cual más opípara pidió instrucciones definitivas a Artagnan, precisado a separarse de él para continuar su camino.

—Helas aquí, amigo —le dijo el mensajero—: necesito cuatro días para llegar a Blois, uno para estar allí, y otros tres o cuatro para volver a París. Salid, pues, de aquí dentro de una semana con vuestro equipaje, y hospedaros en la fonda de la Chevrette, calle de Tiquetonne, donde me esperaréis.

—Convenido —dijo Porthos.

—Ninguna esperanza llevo en este viaje, porque Athos debe estar enteramente incapaz; pero es necesario tener consideraciones con los amigos.

—Si yo pudiera acompañaros —dijo Porthos—, acaso me serviría de distracción.

—Puede ser, y a mí también —respondió Artagnan—; pero no hay tiempo para hacer los preparativos.

—Es verdad —dijo Porthos—: ¡Marchad, y buen ánimo! Yo me siento lleno de ardor.

—¡Perfectamente! —contestó Artagnan.

Y se separaron en los límites de Pierrefonds, hasta cuyo lugar había querido Porthos acompañar a su amigo.

—A lo menos —decía Artagnan, tomando el camino de Villers—Cotterets—, a lo menos no iré solo. Ese diablo de Porthos se conserva con unas fuerzas admirables. Si ahora viene Athos, seremos tres para burlarnos de Aramis, que, a pesar de sus hábitos, anda requebrando mujeres.

En Villers-Cotterets escribió al cardenal lo que sigue:

«Señor: ya puedo ofrecer a Vuestra Eminencia un hombre que vale por veinte. Parto para Blois, pues el conde de la Fère vive en las inmediaciones de esta ciudad, en el castillo de Bragelonne. »

Con esto se encaminó hacia Blois, hablando con Planchet, que le servía de gran distracción en aquel viaje.

XV.—DOS ÁNGELES

A pesar de que el viaje era largo, Artagnan lo emprendió sin cuidado, porque no ignoraba que los caballos habían tomado fuerzas en los bien provistos pesebres de las caballerizas del señor de Bracieux.

Ya hemos dicho que para aminorar el fastidio del camino, el amo y el criado marchaban juntos amistosamente. Artagnan se había despojado poco a poco de su carácter, y Planchet había perdido completamente sus hábitos de lacayo. El camastrón que Planchet había echado muchas veces de menos, desde que era paisano, las abundantes comidas que solía disfrutar gratis, cuando permanecía en el servicio, así como el roce con los caballeros, y persuadido de que tenía algún mérito personal, se sentía en cierto modo humillado, desde que no alternaba sino con gente de modesta condición.

Con estas disposiciones no tardó en ascender a la categoría de confidente de aquel a quien todavía daba el nombre de amo. Hacía muchos años que Artagnan no se expansionaba con nadie, y tenía necesidad de alguna expansión.

Además, Planchet no era un compañero de aventuras enteramente vulgar: sabía dar buenos consejos; sin buscar el peligro lo arrostraba valerosamente en caso de necesidad, como había demostrado al mismo Artagnan en varias ocasiones; había sido soldado, y las armas ennoblecen, y aunque por de pronto no fuera del todo necesario al mosquetero, tampoco le era inútil. Estas razones hicieron que, al entrar en la provincia de Blois, fuesen como dos íntimos amigos.

Durante la marcha solía repetir Artagnan sacudiendo la cabeza:

—Ya sé que ir a hablar a Athos es absurdo e inútil, pero debo hacerlo con un antiguo amigo, que tenía elementos para ser el más digno y el más generoso de los hombres.

—¡Oh! —decía Planchet—. El señor Athos era todo un caballero.

—Es verdad —repetía Artagnan.

—Derramaba el dinero como las nubes el granizo, y desenvainaba la espada con un aire lleno de majestad. ¿Os acordáis, señor, del duelo con los ingleses en el cercado de los Carmelitas? ¡Ah!, qué admirable y que magnífico estaba el señor Athos aquel día, cuando dijo a su contrario: «Habéis exigido que os declare mi nombre, caballero; tanto peor para vos, porque voy a tener que mataros.» Yo estaba próximo a él y pude oírle. Esas fueron sus palabras. ¿Y aquella mirada, señor, cuando atravesó a su contrario como se lo había prometido, y cuando el adversario cayó sin decir Jesús? ¡Ah! Lo repito: el señor Athos era todo un caballero.

—Sí —respondió Artagnan—, pero tenía un solo defecto que debe haberle hecho perder todas sus cualidades.

—Ya tengo presente —dijo Planchet— su afición a la bebida. Pero no era un bebedor cualquiera. ¡Qué expresión la de sus ojos cuando llevaba el vaso a la boca! Nunca he visto silencio más elocuente; a mí me parecía oírle murmurar: «Entra, licor, y destierra mis pesares.» ¡Y cómo apuraba los vasos y rompía las botellas! En eso no tenía rival.

—Triste es el espectáculo que hoy nos espera —observó Artagnan—. Aquel noble caballero de arrogante mirada, aquel gallardo guerrero tan airoso con las armas, que causaba extrañeza verle empuñar la espada en vez del bastón de mando, estará convertido en un viejo caduco; tendrá la nariz encarnada y le llorarán los ojos. Le encontraremos tendido en alguna pradera, desde donde nos mirará lánguidamente, tal vez sin conocernos. Bien sabe Dios, Planchet, que huiría de tan triste espectáculo, si no fuera por demostrar mi respeto a la ilustre sombra del conde de la Fère, a quien tanto hemos querido.

Planchet movió la cabeza sin articular una palabra. Era fácil ver que participaba de los temores de su amo.

—Y luego —añadió Artagnan—, esa decrepitud, porque Athos es ya viejo; tal vez la miseria, porque no habrá cuidado de los pocos bienes que tenía, y el repugnante Grimaud, más mudo que nunca y más borracho que su amo... son cosas que me parten el alma.

—Me parece que le veo balbucear tambaleándose —dijo Planchet.

—Declaro que lo único que temo es que acepte mi proposición en un momento de entusiasmo belicoso —añadió Artagnan—. Sería una desgracia para Porthos y para mí, pero en todo caso, si viéramos que nos estorbaba, le dejaríamos en su primera borrachera y él comprendería por qué.

—En fin, no tardaremos en salir de dudas, porque esas murallas que ilumina el sol poniente deben ser las de Blois —dijo Planchet.

—Es probable, y esas torrecillas agudas y llenas de esculturas que distínguese a la izquierda en el bosque, se parecen a lo que he oído decir de Chambord.

—¿Vamos a entrar en la población? —preguntó Planchet.

—Es preciso para tomar informes —contestó Artagnan.

—Señor, si entramos, os aconsejo que probéis ciertos tarrillos de crema de que he oído hablar mucho, pero que por desgracia no se pueden llevar a París, porque hay que comerlos recién hechos.

—Los probaremos, no tengas cuidado —dijo Artagnan.

Una de las pesadas carretas tiradas por bueyes, que lleva la leña cortada de las fecundas selvas del país hasta las márgenes del Loira, desembocó en aquel momento en el camino que llevaban los dos jinetes, por otra senda transversal llena de baches. Iba con ella un hombre aguijoneando a su lento ganado con una fuerte vara que terminaba en un clavo.

—¡Eh! ¡Amigo! —gritó Planchet al boyero.

—¿Qué se ofrece, señores? —preguntó el aldeano con la pureza del lenguaje propia de la gente del país y, que avergonzaría a los puristas de la plaza de la Sorbona, y de la calle de la Universidad.

—Quisiéramos averiguar dónde vive el conde de la Fère —dijo Artagnan—. ¿Le habéis oído nombrar?

El aldeano se quitó el sombrero y contestó:

—Caballeros, la leña que acarreo es suya, la he cortado en sus bosques, y la llevo al castillo.

Artagnan no quiso interrogar a aquel hombre, temiendo le dijese lo que él había manifestado a Planchet.

—¡El *castillo!* dijo entre sí—. ¡El *castillo!* Ya entiendo, Athos habrá obligado a sus dependientes a llamar castillo a su pobre casa, como Porthos obliga a los suyos a darle tratamiento de monseñor; el buen Athos tenía bromas pesadas, principalmente si estaba algo bebido.

Los bueyes caminaban lentamente; Artagnan y Planchet iban en pos de la carreta, bastante impacientes con aquel paso.

—¿Conque este es el camino? —preguntó Artagnan al boyero—. ¿Podremos tomarle sin temor de perdernos?

—Sí, señor —dijo el hombre—, y mejor sería que os adelantaseis en vez de ir escoltando estas bestias. No tenéis que andar más que media legua: a la derecha encontraréis un castillo que desde aquí no se ve porque le encubren aquellos árboles. No es el de Bragelonne, sino el de la Vallière; seguid adelante, y a tres tiros de mosquete encontraréis una casa blanca, con tejado de pizarra, y edificada en una elevación poblada de enormes sicomoros. Aquel es el castillo del señor conde de la Fère.

—¿Y es larga esa media legua? —preguntó Artagnan—. Porque en nuestra encantadora Francia las hay de varias clases.

—Con un caballo como ése es cosa de diez minutos de camino.

Artagnan dio las gracias al boyero y picó espuelas; pero emocionado a su pesar con la idea de volver a ver a aquel hombre que tanto le había querido, que tanto había contribuido a formarle con sus consejos y con su ejemplo, acortó poco a poco el paso de su cabalgadura, y prosiguió marchando con la cabeza baja.

También Planchet había sacado del encuentro y la actitud de aquel aldeano asunto de grandes reflexiones. Ni en Normandía, ni en el Franco-Condado, ni en Artois, ni en Picardía, países que más conocidos le eran, había visto nunca que la gente del campo tuviera aquella elegancia en el andar, gastara aquella política y empleara aquel lenguaje tan puro. Inclinábase a creer que había dado con algún caballero, frondista como él, y precisado como él a disfrazarse.

No tardó en presentarse a la vista de los dos caminantes en una revuelta del camino, como había dicho el boyero, el castillo de la Vallière; y un cuarto de legua más allá, se destacó del fondo de una enramada, matizada de innumerables flores primaverales, la casita blanca rodeada de sicomoros.

Aunque Artagnan no era muy sensible, no dejó de penetrar en su corazón una emoción extraña al ver aquella casita; tan poderosos son durante toda la vida los recuerdos de la juventud. Planchet, que no tenía los mismos motivos para conmoverse se asombró de ver a su amo tan agitado, y miró alternativamente a Artagnan y al edificio.

El mosquetero dio algunos pasos más, y llegó al frente de una verja hecha con el gusto que distingue a las obras de su especie de aquella época.

Por dicha verja veíanse cuadros de hortaliza muy bien cuidados, un patio bastante espacioso en el que piafaban varios caballos tenidos del diestro por lacayos, de diferentes libreas; y un carruaje con otros dos caballos del país.

—O nos hemos equivocado o este hombre nos engaña —dijo Artagnan—; esta no puede ser la morada de Athos. ¡Dios mío!, ¿habrá muerto y pertenecerá su posesión a alguno que lleve su nombre? Apéate, Planchet, y ve a informarte; declaro que no tengo valor para hacerlo en persona.

Planchet echó pie a tierra.

—Dirás —añadió Artagnan— que un caballero transeúnte pide la gracia de saludar al señor conde de la Fère, y si te satisfacen los informes, puedes dar mi nombre.

Planchet acercóse a la puerta, llevando su caballo de las riendas, y tocó la campana de la verja; inmediatamente se presentó un criado de cabellos canos, pero muy derecho a pesar de sus años, y recibió a Planchet.

—¿Reside aquí el señor conde de la Fère? —preguntó éste.

—Sí, señor —respondió el criado, que no tenía librea.

—¿Un caballero retirado del servicio, no es así?

—Así es.

—¿Y que tenía un lacayo llamado Grimaud? —repuso Planchet, que con su habitual prudencia no creía sobrado ningún dato.

—El señor Grimaud está ausente del castillo —dijo el criado mirando a Planchet de pies a cabeza, poco acostumbrado a semejantes interrogatorios.

—Entonces —dijo Planchet radiante de júbilo—, veo que es el mismo conde de la Fère que buscamos. Tened la bondad de abrirme para decir al señor conde que mi amo, que es un caballero amigo suyo, desea darle un abrazo.

—Hablaréis para mañana —repuso el criado—. Pero, ¿dónde está vuestro amo?

—Detrás viene.

El criado abrió y precedió a Planchet, y éste hizo una seña a Artagnan, que con el corazón más conmovido que nunca, entró a caballo en el patio.

Cuando Planchet llegó al umbral de la casa, oyó una voz que salía de una sala baja diciendo:

—¿Dónde está ese caballero, y por qué causa no le habéis hecho entrar?

Esta voz, que llegó hasta Artagnan, despertó en su corazón distintos sentimientos, mil recuerdos que había olvidado. Arrójose precipitadamente del caba-

llo mientras que Planchet acercábase al dueño de la casa con la sonrisa en los labios.

—Yo conozco esa cara —dijo Athos, presentándose en la puerta.

—Ya se ve que me conocéis, caballero, y yo también os conozco. Soy Planchet, señor conde, Planchet, ya sabéis...

Pero el buen criado no pudo decir más, tanto le asombró el inesperado aspecto del caballero.

—¡Planchet! ¿Y está aquí el señor d'Artagnan?

—¡Heme aquí, amigo mío! ¡Heme aquí, querido Athos! —exclamó Artagnan casi sin poder hablar ni sostenerse.

A estas palabras se pintó una emoción visible en el hermoso rostro de Athos. Dio dos acelerados pasos hacia Artagnan sin apartar de él la vista, y le estrechó tiernamente en sus brazos. Artagnan, algo repuesto de su emoción, le abrazó igualmente con una cordialidad que brillaba en las lágrimas de sus ojos.

Athos tomóle entonces una mano, apretándola entre las suyas, y le condujo a la sala donde había reunidas varias personas. Todos se levantaron.

—Os presento —dijo Athos— al señor Artagnan, teniente de mosqueteros de Su Majestad, amigo mío a toda prueba y uno de los hombres más valientes y amables que he conocido.

Artagnan recibió, según acostumbraba, las felicitaciones de los circunstantes, contestó a ellas lo que supo, tomó asiento en el corro y se puso a examinar a Athos, aprovechando el momento en que se generalizaba la conversación interrumpida.

¡Cosa rara! Athos casi no había envejecido: sus hermosos *ojos, li*bres del cerco azul que producen los insomnios y las orgías parecían más rasgados y de un fluido más puro que nunca; su semblante, algo alargado, había ganado en majestad cuanto le faltaba de agitación febril; su mano, siempre tan admirablemente bella y nervuda, a pesar de la elasticidad de sus carnes, resplandecía bajo sus vuelos de encaje como ciertas manos del Ticiano y de Van Dick. Era más esbelto que antes; sus anchos y bien contorneados hombros revelaban un vigor poco común; sus hermosos cabellos negros entremezclados con algunas canas caían elegantemente sobre sus espaldas formando rizos; su voz era tan fresca como si no tuviese más que veinticinco años; y sus lindos dientes, que había conservado blancos e intactos, prestaban a su sonrisa un inexplicable encanto.

Los huéspedes del conde, que por la imperceptible frialdad de la conversación, comprendieron que los dos amigos deseaban con impaciencia estar solos, empezaron con todo el arte y la política de aque llos tiempos a hacer preparativos para marcharse, acto serio para la gente del gran mundo, cuando la había; pero a lo mejor sonaron en el patio grandes ladridos y algunos de los presentes dijeron a la par:

—¡Ah! Ahí viene Raúl.

Al nombre de Raúl miró Athos a Artagnan como para observar en su rostro el grado de curiosidad que le inspiraba; pero Artagnan a nada atendía ni se había recobrado completamente de su asombro. Por un movimiento casi maquinal volvió la cabeza, cuando entró en la sala un gallardo joven de quince años, vestido

con sencillez pero con exquisito gusto, el cual se quitó con gracia su sombrero de fieltro adornado de plumas encarnadas.

Sin embargo, este nuevo personaje, enteramente inesperado, llamó mucho la atención de Artagnan. Presentóse a su alma un mundo de ideas nuevas que le explicaban la mudanza de Athos, inexplicable para él hasta entonces. Una singular semejanza entre el caballero y el niño poníale de manifiesto la causa de aquella regeneración. No dijo palabra, pero se puso en observación.

—¿Ya estáis de vuelta, Raúl? —dijo el conde.

—Sí, señor —contestó el joven con respeto—; he desempeñado vuestro encargo.

—¿Pero qué tenéis? —dijo Athos con inquietud—. Estáis pálido y como azorado.

—Es que acaba de pasar una desgracia a nuestra vecinita.

—¿A la señorita de la Valliére? —dijo con viveza Athos.

—¿Qué ha sucedido? —dijeron algunos.

—Estaba paseándose con su aya Marcelina en el cercado donde trabajan los leñadores, cuando yo pasaba a caballo. La vi y me detuve, ella me vio también y por saltar desde una pila de leña, donde habíase subido, puso el pie en falso y cayó sin movimiento. Creo que se haya dislocado un tobillo.

—¡Dios mío! —exclamó Athos—, ¿lo sabe su madre?

—No, señor. La señora de Saint—Remy está en Blois con la señora duquesa de Orleáns. Temiendo que no la suministrasen bien los primeros auxilios, he venido a daros parte.

Enviad al momento un recado a Blois, Raúl, o mejor será que montéis a caballo y vayáis en persona.

Raúl se inclinó.

—¿Pero dónde está Luisa? —prosiguió el conde.

—La he traído aquí y la he dejado en casa de la mujer de Charlot, la cual le ha hecho meter el pie en agua de nieve.

Dada esta explicación, que ofrecía un pretexto para marcharse, los amigos de Athos se despidieron de él. Sólo el anciano duque de Barbé, que tenía más familiaridad por ser amigo de la casa de la Valliére hacía veinte años, fue a visitar a Luisa, la cual estaba llorando, pero al divisar a Raúl, enjugó sus hermosos *ojos,* y empezó a sonreírse.

El duque propuso llevar a Luisa a Blois en su carruaje.

—Tenéis razón —dijo Athos—, de este modo se reunirá más pronto con su madre. Por lo que a vos toca, estoy seguro, Raúl, de que habréis cometido alguna imprudencia y contribuido a esta desgracia.

—¡Oh! ¡No, señor, os lo aseguro! —exclamó la niña mientras el joven se ponía pálido pensando que podía haber sido causa de aquel accidente.

—Os aseguro, señor... —murmuró Raúl tímidamente.

—No por eso dejaréis de ir a Blois —continuó con bondad el conde—, y pediréis perdón a la señora de Saint—Remy en vuestro nombre y en el mío.

Las mejillas del joven volvieron a avivarse con sus colores naturales; después de consultar con la vista al conde, cogió en sus brazos ya vigorosos a la niña, cuya linda cabeza, a la vez triste y risueña, descansaba sobre su hombro, y la instaló en el carruaje. Montando en seguida con la elegancia y agilidad de un jinete consumado, saludó a Athos y Artagnan, y alejóse rápidamente al lado del coche, de cuyo interior no apartaba los ojos.

XVI.— EL CASTILLO DE BRAGELONNE

Artagnan había contemplado con asombro toda aquella escena, y cada cosa que iba viendo aumentaba su admiración.

Athos cogióle del brazo y le llevó al jardín.

—Creo —dijo sonriéndose—, que mientras nos preparan la cena, os gustará poner en claro este misterio que os tiene tan pensativo. —Es verdad, señor conde —dijo Artagnan, dejándose dominar un poco por la inmensa y aristocrática superioridad de Athos.

Este le miró con dulce sonrisa, y dijo:

—Ante todo os prevengo, amigo Artagnan, que aquí no hay ningún señor conde. Si antes os llamé caballero, fue para presentaros a mis amigos, y que supiesen quién erais; mas para vos espero ser siempre vuestro compañero Athos. ¿Acaso preferís las ceremonias porque no me tenéis tanto cariño?

—¡Dios me libre de tal cosa! —exclamó el gascón con el generoso ímpetu juvenil, tan difícil de encontrar en la edad madura. —Entonces volvamos a nuestras antiguas costumbres y empecemos siendo sinceros. Lo primero que veis os admira.

—Mucho.

—Y sobre todo mi persona —prosiguió Athos—; confesadlo.

—Lo confieso.

—Todavía soy joven a pesar de mis cuarenta y nueve años, ¿es cierto? Aún soy el mismo.

—Al contrario dijo Artagnan sin temor de llevar la franqueza hasta un grado exagerado—, estáis desconocido.

—¡Ah! Ya entiendo —respondió Athos sonriendo—, todo concluye en el mundo, Artagnan: lo mismo la locura que cualquier otra cosa.

—Además, me parece que habéis variado de posición; tenéis una habitación admirable, supongo que la casa será vuestra.

—Sí, es la posesión que heredé cuando dejé el servicio.

—Tenéis parque, caballos, perros...

—El parque consta de fiez fanegas de tierra —dijo Athos—, de las cuales hay que restar la parte destinada a la hortaliza y los criados. Mis caballos llegan al número de dos, sin contar el rocín de mi lacayo. Mi jauría redúcese a cuatro pe-

rros de caza, uno de muestra y dos lebreles, y aun todo este lujo —añadió sonriéndose— no es por mí.

—Comprendo —repuso Artagnan—; será para ese joven, para Raúl.

Y Artagnan miró a Athos con una sonrisa involuntaria.

—Lo habéis acertado, amigo —dijo el conde.

—¿Y ese joven es vuestro comensal, vuestro ahijado, o acaso vuestro pariente? ¡Ah! ¡Cuánto habéis variado, amigo Athos!

—Ese joven —respondió Athos pausadamente—, ese joven, Artagnan, es un huérfano abandonado por su madre en casa de un pobre cura de aldea; yo lo he criado y educado.

—Mucho cariño os debe tener.

—Me quiere como a su mismo padre.

—Sobre todo os estará muy reconocido.

—¡Oh! En cuanto al agradecimiento es reciproco; le debo tanto como él a mí; y aunque a él no, a vos os lo puedo decir; aún resulto alcanzado en el balance.

—¿Cómo así? —preguntó el mosquetero admirado.

—Es muy claro; él ha causado el cambio verificado en mí; yo me iba secando como un árbol sin raíces; sólo un afecto profundo podía ligarme a la vida. Era muy anciano para pensar en queridas; vuestra ausencia me privaba de los goces de la amistad... Pues bien; en ese niño he hallado lo que había perdido; sin valor para vivir por mí, he vivido por él. Mucho aprovechan las lecciones a un niño, pero mejor es el ejemplo. Yo se lo he dado, Artagnan. Tenía vicios, me he corregido de ellos; carecía de virtudes, he simulado tenerlas. De manera que no creo engañarme diciendo que Raúl está destinado a ser un caballero tan completo como es posible en nuestro siglo miserable.

Artagnan miraba a Athos con una admiración que cada momento iba en aumento; paseábanse a la sazón por una fresca y sombría alameda, al través de la cual se filtraban oblicuamente algunos rayos del sol en su ocaso. Uno de estos dorados rayos iluminaba el semblante de Athos, y sus ojos parecían reflejar la luz tibia y serena de la tarde. La idea de Milady se presentó a la mente de Artagnan.

—¿Y sois dichoso? —dijo a su amigo.

La vigilante vista de Athos penetró hasta el fondo del corazón de Artagnan, y leyó en él toda su idea.

—Tan dichoso como puede serlo una criatura de Dios sobre la tierra. Pero completad vuestro pensamiento, Artagnan, porque no lo habéis dicho por entero.

—Sois hombre terrible, Athos; nada se os escapa —dijo Artagnan—. En efecto, deseaba preguntaros si no tenéis algunas veces impulsos involuntarios de terror semejantes a...

—A remordimientos —prosiguió Athos—. He acabado vuestra frase. Sí y no. No tengo remordimientos, porque creo que aquella mujer merecía el castigo que sufrió. No tengo remordimientos, porque si la hubiese dejado vivir hubiera continuado indudablemente su obra de destrucción; pero eso no quiere decir, amigo

mío, que esté convencido de que tuviésemos derecho para hacer lo que hicimos. Puede suceder que toda sangre que se vierte exija una expiación. Ella la ha sufrido ya, quizás nosotros la suframos también.

—Algunas veces he pensado lo propio, Athos —dijo Artagnan.

—Aquella mujer tenía un hijo.

—Sí.

—¿Habéis oído hablar de él?

—Jamás.

—Ahora debe contar veintitrés años —murmuró Athos—. Muy a menudo pienso en él, Artagnan.

—Es raro. Yo le había olvidado. Athos se sonrió melancólicamente.

—¿Y de lord Winter, no sabéis nada?

—No ignoro que estaba en gran predicamento con Carlos I.

—Habrá corrido su suerte, que es mala en este momento. Ved aquí otro ejemplo de lo que acabo de decir: vertió la sangre de Strafford, y su sangre reclama sangre. ¿Y la reina?

—¿Qué reina?

—Enriqueta de Inglaterra, la hija de Enrique IV

—Está en el Louvre, como sabéis.

—Sí, privada de todo, ¿no es cierto? Durante los grandes fríos de invierno, me han dicho que su hija tenía que guardar cama por carecer de leña para calentarse. ¿Qué tal? —dijo Athos encogiéndose de hombros—. ¡La hija de Enrique IV tiritando por falta de un haz de leña! ¿Por qué no pidió hospitalidad a cualquiera de nosotros en lugar de dirigirse a Mazarino? Nada le hubiera faltado.

—¿La conocéis, Athos?

—No, pero mi madre la vio siendo niña. ¿No os he manifestado que mi madre fue dama de honor de María de Médicis?

—Nunca. Vos no decís estas cosas, Athos.

—¡Oh! Ya estáis viendo que sí —repuso Athos—, pero es necesario que se presente ocasión.

—Porthos no la esperaría con tanta paciencia —dijo Artagnan sonriéndose.

—Cada uno tiene su genio, amigo Artagnan. Porthos posee excelentes cualidades, a pesar de que es algo vanidoso. ¿Le habéis vuelto a ver?

—Hace cinco días que me separé de él —respondió Artagnan. Entonces contó con la gracia de su carácter gascón todas las magnificencias de Porthos en su castillo de Pierrefonds, asestando de paso dos o tres saetazos al excelente señor Mostón.

—Es admirable —replicó Athos sonriéndose de aquella jovialidad que le traía a la memoria sus buenos tiempos—; es asombroso que una sociedad formada al azar como la nuestra haya conservado tan estrecha unión, a pesar de veinte años de ausencia. La amistad echa raíces muy profundas en los corazones hon-

rados; creedme, Artagnan, sólo los perversos la niegan, porque no la comprenden. ¿Y Aramis?

—También le he visto —dijo Artagnan——; pero he observado en él cierta tristeza.

—¿De modo que también habéis visto a Aramis? —preguntó Athos mirando a Artagnan con ojo investigador—. ¿Luego estáis haciendo una verdadera peregrinación al templo de la amistad, como dirían los poetas?

—Sí tal —contestó Artagnan turbado.

—¿Y qué dice nuestro amigo?

—Ya sabéis que Aramis es circunspecto por naturaleza; además, siempre anda metido en asuntos femeniles. Y en estos momentos creo que ha de tener uno muy complicado.

Athos no contestó nada.

—No es curioso —pensó Artagnan.

No sólo no contestó Athos, sino que mudó de conversación.

—Ya lo veis —dijo haciendo notar a Artagnan que habían vuelto al frente del castillo—; en una hora de paseo hemos recorrido todos mis dominios.

—Todo es encantador, y todo revela que pertenece a un cumplido caballero —respondió Artagnan.

En aquel momento se oyeron las pisadas de un caballo.

—Ya está de regreso Raúl dijo Athos—; sabremos cómo sigue la pobre niña.

En efecto, el joven Raúl se presentó en la verja y entró en el patio cubierto de polvo; echó pie a tierra, entregando el caballo a una especie de palafrenero, y acercóse a saludar al conde y a Artagnan con respetuosa cortesía.

—Aquí tenéis —dijo Athos poniendo la mano sobre el hombro del mosquetero— al señor Artagnan, de quien me habéis oído hablar con frecuencia, Raúl.

—Caballero —dijo el joven saludando de nuevo y más profundamente—, el señor conde ha pronunciado vuestro nombre en mi presencia, siempre que ha querido presentarme el ejemplo de un hombre extraordinariamente intrépido y generoso.

Este cumplido no dejó de conmover a Artagnan. Presentó la mano a Raúl y le dijo:

—Amiguito, todos los elogios que de mí se hayan dicho, corresponden al señor conde, que me ha educado y que no tiene la culpa de que su discípulo saliera tan poco aprovechado. Pero estoy seguro de que vos sabréis indemnizarme. El veros sólo habla en vuestro favor, Raúl: las palabras que habéis dicho me han enternecido.

No es fácil manifestar cuánto embelesó a Athos esta frase; miró a Artagnan con gratitud, y después dirigió a Raúl una de esas indescriptibles sonrisas, que tanto orgullo inspiran a los niños.

—Ya no tengo duda —pensó Artagnan notando aquella mirada y aquella sonrisa.

—¿Qué hay? —preguntó Athos—. Espero que la desgracia de antes no haya tenido consecuencias.

—Todavía no se sabe; el médico no ha podido decir nada a causa de la hinchazón, pero teme que haya padecido algún nervio.

—¿Y no os habéis quedado acompañando a la señora de Saint-Remy?

—No lo hice por estar de regreso a la hora de cenar, y no haceros esperar más tiempo —dijo Raúl.

En aquel instante se presentó un muchacho vestido entre aldeano y lacayo, y anunció que la cena estaba dispuesta.

Athos condujo a su huésped a un comedor muy humilde, pero cuyos balcones daban por una parte a un jardín y por otra a una estufa en que crecían flores delicadas.

Artagnan echó una ojeada a la vajilla, que era de gran valor, y por su antigüedad parecía pertenecer a la familia hacía siglos. Encima de un aparador había un soberbio jarrón de plata, Artagnan se detuvo a mirarlo.

—¡Qué admirablemente trabajado está! —exclamó.

—Sí —respondió Athos—, es una obra maestra de un gran artífice florentino, llamado Benvenuto Cellini.

—Representa una batalla.

—La de Marignan. Representa el momento en que uno de mis antepasados da su espada a Francisco I, que acaba de hacer pedazos la suya. Enguerrando de la Fère fue nombrado con este motivo caballero de San Miguel. No satisfecho con esto el rey, que combatió tres horas con la espada de su amigo Enguerrando, sin que se rompiera, le regaló quince años después este jarrón y una espada, que tal vez habréis visto en mi casa y que también es hermosa pieza. Aquel era el tiempo de los gigantes; al lado de semejantes hombres debemos tenernos por enanos. Sentémonos, Artagnan, y cenemos. A propósito —dijo Athos al lacayuelo que les servía—, llama a Charlot.

El muchacho ausentóse, y un instante después se presentó el criado, a quien se habían dirigido los dos viajeros al llegar al castillo. —Amigo Charlot —le dijo Athos—, os recomiendo muy particularmente a Planchet, el lacayo de M. Artagnan, por todo el tiempo que resida aquí. Tenéis la llave de la bodega, dadle buen vino, que le gusta; ha dormido mucho tiempo al raso y tampoco le desagradará una buena cama; haced la gracia de ponérsela.

Charlot saludó y se fue.

—Este Charlot —dijo el conde— es un buen hombre; hace dieciocho años que me sirve.

—En todo pensáis —contestó Artagnan—; os doy las gracias en nombre de Planchet, querido Athos.

El joven Raúl abrió los ojos al oír este nombre, dudando si Artagnan hablaba con el conde.

—¿Os parece extraño ese nombre, Raúl? dijo Athos sonriendoEs el que usaba en la guerra, cuando M. Artagnan, otros dos amigos y yo, hicimos proezas en la

Rochela, a las órdenes del difunto cardenal, y del señor de Bassompierre, que también ha fallecido. Este caballero tiene a bien darme ese nombre amistoso, causándome un placer cada vez que lo pronuncia.

—Supisteis hacerlo célebre —dijo Artagnan—. Un día mereció los laureles del triunfo.

—¿Cómo, caballero? —preguntó Raúl con su curiosidad juvenil.

—A fe que lo ignoro —dijo Athos.

—¿Habéis olvidado el baluarte de San Gervasio y la servilleta convertida en bandera por tres balazos? Yo tengo mejor memoria y voy a contar aquel lance.

Y contó a Raúl toda la historia del baluarte, como Athos le había referido la de su abuelo.

Al oír aquella narración, creyó el joven estar oyendo uno de los hechos de armas que refieren el Tasso y Ariosto, y que pertenecen a los tiempos heroicos de la caballería.

—Pero lo que no os dice Artagnan, Raúl —observó Athos—, es que él era uno de los que mejor manejaban la espada en su tiempo; piernas de hierro, puños de acero, golpe de vista segura, mirada fulminante, nada le faltaba para oponer a sus enemigos. Dieciocho años tenía, tres más que vos, cuando le vi pelear por primera vez y contra hombres diestros y avezados a la guerra.

—¿Y venció Artagnan? —dijo el joven, cuyos ojos brillaban durante esta conversación, y parecían implorar no se omitiese ningún detalle.

—Me parece que maté a uno —dijo Artagnan interrogando a Athos con la mirada—. Al otro le desarmé o le herí, de esto no estoy seguro.

—Sí, le heristeis. ¡Oh! Erais un atleta terrible.

—Yo no he perdido mucho —repuso Artagnan con una risita gascona llena de satisfacción—, todavía hace poco... Una mirada de Athos cerróle la boca.

—Es menester que sepáis, Raúl —repuso Athos—, vos que tan preciado estáis de buen tirador, y cuya vanidad puede sufrir el mejor día una cruel decepción; es necesario que sepáis cuán peligroso es el hombre que une la sangre fría a la agilidad; ésta es la mejor ocasión: rogad mañana al señor d'Artagnan, si no está cansado, que os dé una lección.

—¡Diablos! Pues vos, querido Athos, no sois mal maestro, sobre todo de las dos cualidades que acabáis de elogiar. Hoy mismo me venía hablando Planchet de aquel famoso duelo del cercado de los Carmelitas con lord Winter y sus camaradas. ¡Ah, Raúl! —continuó Artagnan—. Por aquí debe andar una espada que yo he llamado mil veces la primera del reino.

—¡Oh! Mi mano se habrá echado a perder con este niño —dijo Athos.

—Hay manos que jamás se echan a perder, querido Athos, pero que echan a perder otras.

Raúl hubiera deseado que se prolongase la conversación toda la noche, pero el conde le hizo observar que su huésped debía estar fatigado y necesitaba descansar. Artagnan lo negó con política, pero Athos insistió en que pasase a tomar posesión de su alcoba. Raúl acompañóle a ella, y Athos, conociendo que el jo-

ven estaría todo el tiempo que pudiese con Artagnan para oírle contar las hazañas de su juventud, pasó a buscarle un momento después y puso fin a aquel hermoso día dando al mosquetero las buenas noches y un apretón de manos muy estrecho.

XVII.— LA DIPLOMACIA DE ATHOS

Artagnán se había acostado, menos para dormir que para estar solo y pensar en cuanto había visto y oído aquella tarde.

Como tenía buen carácter y siempre había sentido una inclinación instintiva hacia Athos, la cual acabó convirtiéndose en amistad sincera, causóle una satisfacción inexplicable el encontrar un hombre lleno de inteligencia y fuerza donde esperaba ver un bebedor embrutecido y sumido en la mayor abyección; no tuvo tampoco dificultad en confesar la constante superioridad de Athos, y en vez de entregarse a la envidia o al desaliento que hubiera afligido a una alma menos generosa, no sintió en último resultado más que una satisfacción sincera y leal, concibiendo las mayores esperanzas en favor de su negocio.

Parecíale, sin embargo, que Athos no era sincero y claro en todo. ¿Quién era aquel joven que decía haber adoptado y que tanto se le parecía? ¿Qué significaban las muchas visitas que recibía y qué la extremada sobriedad que se advertía en su mesa? Otra circunstancia, insignificante en apariencia, la ausencia de Grimaud, de quien antiguamente no podía Athos alejarse, y el no haber pronunciado siquiera su nombre, a pesar de ofrecerse ocasión para ello, tenía inquieto a Artagnan. O Artagnan no tenía la confianza de su amigo, o Athos estaba sujeto por lazos invisibles, o bien le habían prevenido de antemano contra aquella visita.

Hubo de pensar en Rochefort y en lo que le había dicho en la iglesia de Nuestra Señora. ¿Habría precedido Rochefort a Artagnan en su viaje a casa de Athos?

El mosquetero no podía emplear el tiempo en cavilaciones, y resolvió promover una explicación al siguiente día. La cortedad del caudal de Athos, tan diestramente disimulada, anunciaba deseos de aparentar y revelaba un resto de ambición fácil de despertar. El vigor de su espíritu y la claridad de sus ideas hacíanle más impresionable que la generalidad de los hombres, cuanto que su actividad instintiva se redoblaría con una dosis de necesidad.

Tales pensamientos tenían desvelado a Artagnan, a pesar de su cansancio; meditó sus planes de ataque, y aunque no ignoraba que Athos era un temible adversario, determinó dar la batalla al día siguiente después del almuerzo.

Esto no obstaba para que, por otra parte, creyese que era necesario caminar con mucha prudencia por un terreno tan desconocido, estudiar por espacio de muchos días a las personas con quienes trataba Athos, observar y analizar sus nuevas costumbres y procurar obtener del sencillo joven, ya manejando la espada con él, ya persiguiendo alguna pieza de caza, las noticias intermedias que necesitaba para enlazar al Athos antiguo con el actual, lo cual no presentaba gran dificultad, pues el preceptor debía haberse reflejado en el corazón y en el alma de su alumno. Pero al mismo tiempo Artagnan, que estaba dotado de gran penetración, conocía la situación crítica en que había de encontrarse si por una

imprudencia o una torpeza dejaba en descubierto sus maniobras a la experimentada vista de Athos.

Preciso es decir también que Artagnan, dispuesto siempre a servirse de la astucia contra la malicia de Aramis o la vanidad de Porthos, se avergonzara de hacer lo mismo con el franco y generoso Athos. Creía que Porthos y Aramis le apreciarían más si les vencía en diplomacia, mientras que Athos, por el contrario, le apreciaría menos.

—¡Ah! ¿Por qué no está aquí Grimaud, el taciturno Grimaud? —decía Artagnan—. ¡Cuántas cosas hubiera yo comprendido en su silencio! ¡Tenía un silencio tan elocuente!

Poco a poco fue cesando todo el rumor en el edificio; Artagnan oyó cerrar las puertas y ventanas; los perros callaron también, después de contestarse unos a otros en el campo; en fin, un ruiseñor perdido en la espesura dejó de entonar sus armónicos plañidos y se durmió; no sonaba en el castillo otro ruido que el monótono de unos pasos dados encima de la alcoba de Artagnan, que éste creyó serían de Athos.

—Está paseándose y meditando —pensó Artagnan—. ¿En qué? He aquí la dificultad. Lo demás podía saberse; pero esto no.

Al cabo de algún tiempo Athos debió acostarse, porque también cesó este ruido.

El silencio y la fatiga se unieron para vencer a Artagnan, el cual cerró por fin los ojos, quedándose dormido a los pocos momentos. No acostumbraba Artagnan dormir mucho; apenas entraron en su cuarto los primeros rayos del alba, echóse fuera de la cama y abrió las ventanas.

Miró por una celosía y le pareció ver un bulto que rondaba por el patio haciendo el menor ruido posible. Fiel a su sistema de no dejar pasar la menor circunstancia sin cerciorarse de lo que era, Artagnan observó con atención y 'reconoció la casaca color de granate y los cabellos castaños de Raúl.

El joven (pues era él) abrió la puerta de la caballeriza, sacó el caballo bayo en que había montado el día anterior; lo ensilló con la destreza de un picador consumado. Después condujo al animal por el lado derecho de la huerta, abrió una portezuela lateral que daba a un estrecho sendero, hizo salir al caballo, cerró la puerta, y entonces Artagnan viole, más allá de la pared, pasar como una flecha, encorvándose bajo las pendientes ramas de los sauces y de las acacias.

El mosquetero había observado el día anterior que aquel sendero debía conducir a Blois.

—¡Pardiez! —dijo el gascón—. ¡Pronto empieza a hacer de las suyas! ¡Apuesto a que no tiene la aversión que Athos al bello sexo! De seguro no va a cazar, puesto que no lleva ni armas ni perros; tampoco irá a cumplir ningún encargo cuando se oculta. ¿De quién? ¿De mí o de su padre?... Porque está claro que Athos es su padre... ¡Pardiez! Esto lo sabré hoy mismo; hablaré a Athos del asunto sin morderme la lengua.

Iba amaneciendo el día; todos los ruidos que por la noche oyó Artagnan se renovaban uno tras otro; el pájaro en las ramas; el perro en el establo; los carneros en la pradera, hasta las barcas del Loira parecían animarse alejándose de la

orilla y abandonándose a la corriente. Artagnan estuvo algún tiempo en la ventana por no despertar a nadie; mas cuando oyó abrir las puertas y las maderas de los balcones, se hizo por última vez el rizo de sus cabellos, dio la última mano a su bigote, limpió maquinalmente las alas de su sombrero con la manga del jubón y bajó. Al pisar el último escalón, vio a Athos encorvado y en la actitud de quien busca una moneda entre la arena.

—Buenos días, querido patrón —dijo Artagnan. —Felices, amigo. ¿Qué tal ha sido la noche?

—Excelente, Athos; como la cama, como la cena, que debía naturalmente infundirme sueño; como la acogida que me hicisteis ayer. Mas, ¿qué estabais mirando con tanta atención? ¿Habéis cobrado afición a las flores?

—Aunque así fuera, nada tendría de extraño. En el campo cambia uno mucho y llega a amar, sin echarlo de ver siquiera, todas estas bellas producciones que Dios hace brotar del seno de la tierra y que tan despreciadas son en las ciudades. Estaba viendo unos lirios que había puesto junto a esta arca de agua, los cuales hallo marchitos esta mañana. Esos jardineros son la gente más torpe del mundo. Al traer el caballo de la noria le habrán dejado que los pise.

Artagnan se sonrió.

—¿Ese es vuestro parecer? —preguntóle.

Y condujo a su amigo por el paseo, en el cual había otras muchas huellas.

—Aquí hay otras, mirad, Athos.

—Sí y huellas recientes.

—Muy recientes —replicó Artagnan.

—¿Quién habrá salido por aquí esta mañana? —dijo Athos inquietamente—. ¿Se habrá escapado algún caballo de la cuadra?

—No es probable —repuso Artagnan—, porque los pasos son muy iguales y pausados.

—¿Dónde está Raúl? —preguntó Athos—. Todavía no le he visto.

—¡Chist! —dijo Artagnan sonriendo y llevándose un dedo a la boca.

—¿Pues qué pasa? —preguntó Athos.

Entonces refirió Artagnan lo que había visto, procurando observar la fisonomía de su amigo.

—¡Ah! Ahora lo comprendo todo —exclamó Athos, encogiéndose ligeramente de hombros—; el pobre muchacho habrá ido a Blois.

—¿A qué?

—Está claro; a saber de Luisita la Vallière, de esa niña que se torció ayer un pie.

—¿Eso pensáis? —dijo Artagnan con aire de incredulidad.

—Estoy seguro de ello. ¿Qué? ¿No habéis observado que Raúl está enamorado?

—¿De quién? ¿De esa niña de siete años?

—A la edad de Raúl está el corazón tan ávido de sensaciones, que necesita desahogarse con algo, sea ficticio o realidad. Su amor participa de ambas cosas.

—¿Os chanceáis? ¿Pues qué esa niña?...

—¿No la habéis reparado? Es la criatura más bella del mundo: cabellos de un hermoso color de oro, ojos azules que ya saben expresar la malicia y la languidez...

—¿Y qué decís vos de ese amor?

—Nada, me río de él y me burlo de Raúl; mas esas primeras necesidades del corazón son tan imperiosas, esas expansiones de melancolía amorosa en los jóvenes son al mismo tiempo tan gratas y tan amargas, que presentan a veces todos los caracteres de una pasión. Yo me acuerdo de que a la edad de Raúl me había enamorado de una estatua griega que el buen rey Enrique IV regaló a mi padre, y creí morir de pesar, cuando me dijeron que la historia de Pigmalión era una fábula.

—Eso proviene de la ociosidad. No tenéis bastante ocupado a Raúl, y él por su parte busca ocupaciones.

—Tan convencido estoy de eso, que pienso sacarle de aquí.

—Haréis bien.

—Sin duda, pero le destrozaré el corazón y sufrirá tanto como por un verdadero amor. Tres o cuatro años hace, y entonces era todavía un niño, que empezó a acostumbrarse a admirar ese pequeño ídolo, y si continúa aquí concluirá por adorarle. Esos muchachos pasan todo el día haciendo proyectos, y hablan de mil cosas serias como dos amantes de veinte años. Los padres de Luisa se rieron mucho al principio de esta intimidad, pero ya me parece que empiezan a fruncir el ceño.

—¡Niñerías! Pero Raúl necesita distracciones: alejadle de aquí u os exponéis a que nunca sea un hombre.

—Me decido a enviarle a París —dijo Athos.

—¡Ah! —exclamó Artagnan.

Y creyendo que aquel era el momento oportuno para romper las hostilidades, agregó:

—Si queréis, podemos hacer la suerte de ese joven.

—¡Ah! —exclamó Athos a su vez.

—Quiero consultaros respecto a una idea que se me ha ocurrido.

—Veamos.

—¿No os parece que ha llegado el tiempo de volver al servicio?

—¿Pero no permanecéis en él, Artagnan? —dijo Athos.

—Yo me entiendo. Hablo del servicio activo. ¿Ha perdido para vos todo su encanto nuestra vida pasada? Si os ofrecieran ventajas reales, tendríais inconveniente en renovar las hazañas de nuestra juventud con Porthos y conmigo.

—¿Es una proposición la que hacéis? —preguntó Athos.

—Sincera y explícita.

—¿Para volver a campaña?

—Sí.

—¿De parte de quién, y contra quién? —preguntó vivamente Athos, clavando en el gascón una mirada benévola y serena.

—¡Diantre! ¡Mucha prisa tenéis!

—Hablemos claro y oídme bien, Artagnan. Un hombre como yo no puede servir más que a una persona, o mejor dicho, a una causa: a la del rey.

—De él hablo —dijo el mosquetero.

—Sí, pero entendámonos —repuso con seriedad Athos—, si por causa del rey entendéis la del cardenal Mazarino, hemos dejado de estar de acuerdo.

—No digo eso precisamente —contestó el gascón turbado. —Vamos, Artagnan —dijo Athos—, no nos chanceemos. Vuestra indecisión, vuestros rodeos me descubren de parte de quién venís. Efectivamente, no se atreven a proclamar abiertamente esa causa y los que reclutan gente para ella, lo hacen con timidez y a medias palabras.

—¡Amigo Athos!... —interrumpió Artagnan.

—Ya sabéis que no hablo por vos, que sois la flor de los valientes; hablo de ese mezquino e intrigante italiano; de ese bribón que intenta ceñirse una corona que ha robado debajo de una almohada; de ese tunante que llama partido del rey a su partido, y que se atreve a encarcelar a los príncipes de la sangre, sin osar matarlos, como hacía nuestro cardenal, ¡el excelente cardenal!; de ese usurero que pesa los escudos de oro y se guarda lo que cercena, temiendo perderlos al día siguiente por muchas trampas que haga en el juego; de ese pícaro, en fin, que según cuentan maltrata a la reina ¡tanto peor para ella! y que dentro de tres meses nos va a armar una guerra civil para conservar sus pensiones. ¿Ese es el amo que me propònéis, Artagnan? ¡Muchas gracias!

—¡Por Dios que sois más impetuoso que antes! —dijo Artagnan—. Los años os han acalorado la sangre en vez de entibiarla. ¿Quién os dice que Mazarino sea mi amo y que yo quiera que lo sea vuestro?

—¡Diablo! —había dicho entre sí el gascón—, no confesemos nuestros secretos a un hombre tal mal dispuesto.

—Pero, entonces —repuso Athos—, ¿qué significan esas proposiciones, Artagnan?

—Es muy sencillo. Vos vivís en vuestras tierras, y parece que sois feliz con vuestra dorada medianía. Porthos tiene acaso cincuenta o sesenta mil libras de renta, y Aramis quince duquesas que se disputan entre sí al prelado como antes disputábanse al mosquetero; todavía es el hijo mimado de la suerte, ¿pero yo qué hago en el mundo? Veinte años hace que ando cargado con la coraza, con mi insignificante grado, sin ascender, sin bajar, sin vivir. En fin, estoy muerto. Y cuando tengo ocasión de resucitar un poco, todos me decís: ¡es un tunante, un pícaro, un bribón, un mal amo! ¡Pardiez! Lo mismo creo yo; pero buscadme otro mejor o dadme rentas para vivir.

Athos reflexionó algunos segundos, y comprendió el artificio de Artagnan, que habiéndose adelantado mucho al principio, retrocedía entonces para ocultar mejor su juego. Comprendió claramente que las proposiciones que acababa de hacerle eran positivas, y que las hubiera expuesto en toda su extensión a poco que él hubiese prestado oídos.

—¡Está bien! —dijo Athos entre sí—. Artagnan es partidario de Mazarino.

Desde aquel momento procedió con suma prudencia. Artagnan, por su parte, disimuló más.

—Pero, finalmente, ¿algún proyecto tendríais? —continuó Athos.

—Es claro. Quería aconsejarme con todos mis amigos y acordar el modo de hacerlo, porque los unos sin los otros siempre estaremos incompletos.

—Es cierto. Antes nombrasteis a Porthos. ¿Le habéis decidido a probar fortuna? Ya la tiene.

—Cierto, pero el hombre siempre desea algo.

—¿Y qué quiere Porthos?

—Ser barón.

—¡Ah, es verdad! Ya lo había olvidado —dijo Athos riéndose.

—¿Es cierto? —dijo entre sí Artagnan—, ¿y de dónde lo sabe? ¿Tendrá correspondencia con Aramis? Con averiguar esto me basta para saberlo todo.

Aquí concluyó la conversación, porque Raúl entró justamente en aquel momento. Athos quería reprenderle con blandura, pero le vio tan afligido, que no tuvo valor para ello.

—¿Está peor nuestra vecinita? —preguntó Artagnan.

—¡Ah, señor! —repuso Raúl, casi sofocado por el dolor—. Su caída es muy grave, y aunque no aparece deformidad, el médico teme que cojee siempre.

—¡Qué dolor! —exclamó Athos.

Artagnan tenía una chanzoneta en la punta de la lengua, pero al ver la parte que tomaba Athos en aquella desgracia, se contuvo. —Lo que más me entristece —continuó Raúl— es que yo he tenido la culpa de esa desgracia.

—¿Cómo así, Raúl? —preguntó Athos.

—Indudablemente. ¿No saltó de la pila de leña por salir a mi encuentro?

—No os queda más recurso, querido Raúl, que casaros con ella en expiación ––dijo Artagnan.

—¡Ah! —respondió Raúl—. Os burláis de un dolor verdadero: no está bien eso.

Y el joven, que necesitaba quedarse solo para llorar a sus anchas, se encerró en su cuarto, del que no salió hasta la hora de almorzar.

En nada habíase alterado la buena armonía que reinaba entre los dos amigos con la escaramuza de aquella mañana; así que almorzaron con el mejor apetito, mirando de vez en cuando al infeliz Raúl, que con los ojos bañados en lágrimas y el corazón oprimido, apenas probaba bocado.

Al fin del almuerzo entró un criado con dos cartas que Athos leyó con gran atención y dando muestras de sobresalto. Artagnan, que estaba al otro lado de la mesa y tenía muy buena vista, hubiera jurado que la menuda letra de una de las cartas era de Aramis. La otra, por lo ancha y desigual, parecía de mujer.

—Vamos —dijo Artagnan a Raúl, conociendo que Athos deseaba quedarse solo, tal vez para contestar aquellas cartas, o para meditar—; vamos a dar una vuelta por la sala de armas. De este modo os distraeréis.

El joven miró a Athos, quien contestó con un ademán de asentimiento.

Ambos pasaron a una sala baja, en cuyas paredes veíanse colgados varios floretes, caretas, guantes, petos y todos los accesorios de la esgrima.

—¿Qué tal? —dijo Athos entrando en la pieza un cuarto de hora después.

—Ya tiene vuestra mano, querido Athos, y si posee también vuestra sangre fría, merece los mayores elogios.

Raúl estaba algo avergonzado. Por una vez o dos que había tocado a Artagnan en el brazo o en el muslo, éste le había dado veinte botonazos en mitad del cuerpo.

En aquel instante entró Charlot con una carta muy urgente que acababa de llevar un mensajero para Artagnan. Entonces tocó su vez a Athos de observarle a hurtadillas.

Artagnan leyó la carta sin ninguna emoción externa; cuando concluyó movió ligeramente la cabeza, y dijo:

—Aquí tenéis lo que es el servicio. Hacéis bien en no querer volver a él. El señor de Tréville está enfermo y tengo que incorporarme a la compañía; de modo que mi licencia no me sirve de nada.

—¿Regresáis a París? —preguntó con viveza Athos.

—Sí —contestó Artagnan— ¿vos no pensáis ir también? Athos se sonrojó un poco y contestó:

—Si llegara el caso, me alegraría mucho de hallaros por allí.

—Hola, Planchet —gritó Artagnan desde la puerta—: dentro de diez minutos nos marchamos: echad un pienso a los caballos.

Y volviéndose a Athos prosiguió:

—Parece que me falta algo aquí... Mucho siento marcharme sin ver al buen Grimaud.

—¿Grimaud? —dijo Athos—. ¡Ah! Es verdad. También me extrañaba que no me preguntaseis por él. Se lo he prestado a un amigo querido.

—¿Y sabrá servirse de él? —preguntó Artagnan.

—Creo que sí.

Ambos amigos se abrazaron estrechamente. Artagnan apretó la mano de Raúl, arrancó a Athos la promesa de que le visitaría si iba a París, y le escribiría si no iba, y montó a caballo. Planchet, siempre exacto, había montado ya.

—¿Deseáis venir conmigo? dijo riendo Artagnan a Raúl—. Tengo que pasar por Blois.

Raúl miró a Athos, quien hízole una seña negativa casi imperceptible.

—No, señor —respondió—, me quedo con el señor conde.

—En este caso, adiós, amigos míos —dijo el mosquetero, dándole el último apretón de manos— y ¡Dios os guarde! como decíamos cuando nos separábamos en tiempos del difunto cardenal.

Athos saludóle, Raúl hizo una cortesía, y Artagnan y Planchet echaron a andar.

El conde los siguió con la vista, apoyado en el hombro del joven, que ya le igualaba casi en estatura, y luego que traspusieron la tapia, dijo:

—Raúl, esta tarde partimos para París.

—¡Cómo! —exclamó el joven palideciendo.

—Podéis ir a despediros de la señora de Saint-Remy en mi nombre y en el vuestro. A las siete os espero.

El joven inclinóse con expresión de dolor y a la vez de agradecimiento, y se retiró para ensillar su caballo.

En cuanto a Artagnan, tomó la carta apenas se perdió de vista y volvió a leerla.

«Regresad inmediatamente a París.

J.M.»

—Muy seca es la carta —murmuró Artagnan—; y si no tuviera postdata acaso no lo hubiera comprendido, pero afortunadamente la tiene.

Y leyó esta excelente postdata que hacíale tolerar la sequedad de la carta.

«P. D. Pasad por casa del tesorero real de Blois: decidle vuestro nombre, y enseñadle este papel: cobraréis doscientos doblones.»

—Mucho me place el estilo dijo Artagnan—; el cardenal escribe mejor de lo que yo pensaba. Vamos, Planchet, vamos a visitar al señor tesorero real, y al momento picaremos espuelas.

—¿Hacia París, señor? —Hacia París.

Y amo y criado tomaron el trote largo.

XVIII.— EL SEÑOR DE BEAUFORT

Vamos a decir lo que había ocurrido, y cuál era la causa que exigía la vuelta de Artagnan a París.

Una noche en que Mazarino iba, según acostumbraba, al cuarto de la reina, después de recogerse todos, pasó por delante de la sala de guardias, la cual tenía una puerta que daba a sus antecámaras: oyó voces en ella, y deseando

saber de qué hablaban los soldados, se acercó a paso de lobo; empujó la puerta, y asomó la cabeza.

Los guardias tenían una discusión grave.

—Yo aseguro —decía uno— que, si Coysel lo ha profetizado, es tan verdad como si ya hubiese sucedido. No le conozco; pero he oído decir que no sólo es astrólogo, sino mágico.

—Pues mira —dijo otro— si es amigo tuyo, cuidado con lo que dices, porque le estás haciendo un flaco servicio.

—¿Por qué?

—Porque sería muy fácil que le procesaran.

—¡Bah! Ya no queman a los hechiceros.

—¿Que no? Pues no hace tanto tiempo que el difunto cardenal mandó quemar a Urbano Grandier. Como que yo permanecí de piquete junto a la hoguera y le vi asarse.

—Urbano Grandier no era hechicero, sino sabio, lo cual es muy diferente. No profetizaba el provenir, pero recordaba lo pasado, lo cual es mucho peor a veces.

Mazarino movió la cabeza en señal de aprobación; pero deseando saber de qué predicción se trataba, prosiguió escuchando.

—Yo no digo —respondió el guardia— que Coysel no sea hechicero; pero si publica de antemano sus predicciones, de seguro no se realizan.

—¿Por qué?

—Claro está: si tú y yo nos estamos batiendo, y yo te digo: voy a darte una estocada en tal o cual parte, naturalmente la pararás. Pues bien, si Coysel habla de modo que el cardenal le oiga: antes de tal día se escapará tal preso, es evidente que el cardenal tomará sus precauciones, y el preso no se escapará.

—Pero, caballeros —dijo otro que estaba tendido sobre un banco, y que a pesar de que aparentaba dormir, no perdía una palabra de la conversación—, ¿os parece que el hombre puede librarse de su destino? Si está escrito que el duque de Beaufort se ha de escapar, lo conseguirá, haga lo que quiera el cardenal.

Mazarino palideció: era italiano o lo que es lo mismo supersticioso; presentóse de repente en medio de los guardias, los cuales al verle interrumpieron el diálogo.

—¿Qué decíais, señores? —preguntó con su acento meloso—. ¿No hablabais de que se había escapado el duque de Beaufort?

—¡Oh! No, señor —dijo el soldado incrédulo—; por ahora no hay cuidado. Lo que se decía es que ha de escaparse.

—¿Y quién decía eso?

—Vamos, repetid vuestra relación, Saint-Laurent —dijo el guardia dirigiéndose a su compañero.

—Señor —respondió éste—, estaba contando a estos señores lo que he oído acerca de la predicción de un tal Coysel, el cual supone que por mucho que cus-

todien al señor de Beaufort, se ha de escapar antes de la pascua de Pentecostés.

—¿Y ese Coysel es algún loco? —preguntó el cardenal sonriéndose.

—No, señor —respondió el guardia insistiendo en su credulidad—: ha profetizado muchas cosas que luego se han verificado, como por ejemplo, que la reina daría a luz un hijo; que el señor de Coligny moriría en duelo sostenido con el duque de Guisa, y que el coadjutor sería cardenal. La reina ha dado a luz no sólo un hijo, sino otro más dos años después, y el señor de Coligny murió como había predicho.

—Sí —dijo Mazarino—; pero el coadjutor no es cardenal.

—No, señor —contestó el guardia—; pero lo será.

Mazarino hizo un mohín que significaba: «aún no lo hemos visto». Luego añadió:

—De suerte que, según vuestro parecer, el señor de Beaufort ha de escaparse.

—Y tanto —dijo el soldado—, que si Vuestra Eminencia me ofreciese en este instante el empleo del señor de Chavigny, es decir, ser gobernador del castillo de Vincennes, no lo aceptaría. ¡Oh! Pasada la pascua, otra cosa sería.

Nada es tan claro como una íntima convicción; influye hasta sobre los mismos incrédulos, y ya hemos dicho que Mazarino, lejos de ser incrédulo, era supersticioso. Se retiró muy preocupado.

—¡Avaro! —dijo el guardia que estaba recostado en la paredFinge que no cree en vuestro mágico, Saint—Laurent, para no tener que daros un cuarto; pero, apenas vuelva a su cuarto, se utilizará de vuestro aviso.

En efecto, en vez de continuar su camino hacia el aposento de la reina, Mazarino volvió a su despacho, y llamando a Bernouin, prevínole que al amanecer del día siguiente enviase a buscar al oficial encargado de vigilar al señor de Beaufort, y que le despertase apenas llegara.

El guardia había puesto inadvertidamente el dedo en la llama más viva del cardenal. Cinco años hacía que el señor de Beaufort estaba preso, y no pasaba día sin que Mazarino pensase que habría de salir en libertad de un instante a otro. Un nieto de Enrique IV no podía estar preso toda su vida, sobre todo cuando el tal nieto apenas tenía treinta años... Y si salía de su prisión, de cualquiera manera que fuera, ¡cuán terrible no sería el odio que debía haber concebido durante su cautividad contra la persona que, cogiéndole rico, valiente, glorioso, amado de las mujeres y temido de los hombres, había cercenado la mayor parte de su vida, porque vivir encarcelado es morir! Entretanto, Mazarino redoblaba su vigilancia con el señor de Beaufort, aunque, como el avaro de la fábula, no podía dormir junto a su tesoro. Algunas veces despertaba sobresaltado, soñando que le habían robado al señor de Beaufort. Entonces pedía noticias de él, y cada vez que lo hacía, tenía el dolor de oír que el prisionero jugaba, bebía, cantaba, admirablemente; pero que jugando, y bebiendo, y cantando, se interrumpía a menudo para jurar que Mazarino le pagaría caros todos aquellos placeres que le obligaba a disfrutar en Vincennes.

Estos pensamientos habían inquietado al ministro durante su sueño; así que cuando entró Bernouin en su cuarto a las siete de la mañana para llamarle, sus primeras palabras fueron:

—¡Eh! ¿Qué sucede? ¿Se ha escapado el señor de Beaufort?

—Creo que no, monseñor —contestó Bernouin, cuya impasibilidad oficial jamás se desmentía—; pero en todo caso podéis salir de dudas, porque el oficial La-Ramée, a quien fueron a buscar esta mañana a Vincennes, está afuera aguardando órdenes de Vuestra Eminencia.

—Abrid aquí y hacedle entrar —dijo Mazarino, arreglando sus almohadas para recibirle sentado en la cama.

El oficial entró. Era alto y grueso, de abultados carrillos y de buena presencia. Tenía un aire de tranquilidad que no dejó de inquietar a Mazarino.

—Vaya una traza de tonto —murmuró.

El oficial habíase quedado en pie a la puerta sin hablar palabra.

—Acercaos, caballero —dijo Mazarino.

El oficial obedeció.

—¿Sabéis lo que por aquí se cuenta? —continuó el cardenal.

—No, eminentísimo señor.

—Pues cuentan que el señor de Beaufort va a fugarse de Vincennes, si ya no lo ha hecho.

El rostro del oficial expresó el más profundo asombro. Abrió a un tiempo sus pequeños ojos y su desmesurada boca, para saborear mejor la broma que Su Eminencia le hacía el honor de dirigir; pero no pudiendo pensar mucho tiempo con seriedad en semejante suposición, soltó la carcajada con tanta fuerza, que sus rollizos miembros estremeciéronse con aquel arranque de jovialidad, como si padecieran una fiebre violenta.

Mucho agradó a Mazarino este desahogo tan poco reverente; pero, sin embargo, no perdió su gravedad.

Luego que rió La-Ramée a sus anchas y que se limpió los ojos, creyó que era tiempo de hablar y decir la causa de su intempestiva alegría.

—¡Fugarse, monseñor, fugarse! Pero, ¿no sabe Vuestra Eminencia dónde está el señor de Beaufort?

—Sí, señor: no ignoro que está en la torre de Vincennes.

—Sí, monseñor, en un cuarto cuyas paredes tienen siete pies de espesor y cuyas ventanas están guarnecidas con barras cruzadas, cada una del grueso de un brazo.

—Caballero —dijo Mazarino—, con paciencia taládranse todas las paredes, y con el resorte de un reloj se puede limar un barrote.

—Pero monseñor ignora, sin duda, que hay ocho guardias destinados a vigilarle, cuatro en su antesala y cuatro en su cuarto, y que estos guardias no le abandonan jamás.

—Pero sale de su cuarto: juega al mallo y a la pelota.

—Señor, son diversiones que se permiten a los presos. Sin embargo, se suprimirán si Vuestra Eminencia lo dispone así.

—No, no —repuso Mazarino, temiendo que si quitaba, esta distracción a su prisionero y si éste llegaba a salir de Vincennes, le profesaría todavía más odio–—. Pero desearía saber con qué personas juega.

—Con el oficial de guardia, conmigo o con los demás presos.

—¿Y no se aproxima a las murallas?

—Señor, ¿no sabe Vuestra Eminencia cómo son las murallas? Tienen sesenta pies de elevación, y dudo que el señor de Beaufort esté tan cansado de vivir que se arriesgue a estrellarse, arrojándose por ellas.

—¡Hum! —exclamó el cardenal empezando a tranquilizarse¿Con que decís, querido de La-Ramée...?

—Que como el señor de Beaufort no se convierta en pájaro, respondo de él.

—Mirad que es mucho afirmar —respondió Mazarino— El señor de Beaufort dijo a los guardias que le llevaron a Vincennes, que había pensado muchas veces en que podía ser preso, y que para este caso tenía cuarenta medios de huir.

—Señor, si entre esos cuarenta medios hubiera uno bueno, ya hace tiempo que el duque de Beaufort lo hubiera utilizado —respondió La-Ramée.

—No es tan tonto como yo pensaba —dijo Mazarino.

—Además, monseñor tendrá presente que el señor de Chavigny es gobernador de Vincennes —continuó La-Ramée— y el señor de Chavigny no es amigo del duque de Beaufort.

—Sí, mas el señor de Chavigny va a ausentarse.

—Quedo yo.

—Sí, pero ¿y cuando os ausentéis vos? —dijo Mazarino.

—Entonces permanecerá en mi lugar otro que aspira a ser oficial de guardias de su majestad, y que le vigila en toda regla. Tres semanas hace que le he tomado a mi servicio, y no le encuentro más falta que tratar al prisionero con extremada dureza.

—¿Quién es ese cancerbero? —preguntó el cardenal.

—Un tal Grimaud.

—¿Qué hacía antes de colocarse en Vincennes?

—Residía en una provincia, según me dijo el que me lo ha recomendado: tuvo no sé qué lío a causa de su mala cabeza, y creo que no sentiría lograr la impunidad bajo el uniforme del rey.

—¿Y quién os lo ha recomendado?

—El administrador del duque de Grammont.

—¿De modo que es hombre de fiar?

—Como yo mismo, señor.

—¿Es hablador?

—¡Jesús! Señor, al principio le creí mudo; no habla ni responde más que por señas; parece que el amo que tuvo anteriormente le enseñó a eso.

—Pues bien, manifestarle, amigo La-Ramée, que si desempeña bien su destino, se le perdonarán su pecadillos pasados, se le dará un uniforme que le haga respetar, y en los bolsillos de ese uniforme se pondrán algunos doblones para que beba a la salud del rey.

Mazarino era muy pródigo de promesas, al contrario del buen Grimaud, de quien tan buen concepto tenía La-Ramée, el cual hablaba poco y hacía mucho.

El cardenal hizo a La-Ramée otras varias preguntas acerca de los alimentos, la habitación y la cama del preso, respondiendo el oficial de un modo tan satisfactorio, que el cardenal le despidió casi del todo tranquilo.

Eran las nueve de la mañana. Mazarino se levantó, se perfumó, se vistió y pasó al cuarto de la reina, para participarle los motivos que le habían detenido en el suyo. La reina, que no temía menos que el cardenal a Beaufort, y que era casi tan supersticiosa como aquél, le hizo repetir literalmente todas las promesas de La-Ramée y todos los elogios que a su subalterno tributaba, y cuando acabó el cardenal, le dijo a media voz:

—¡Ay! ¡Ojalá tuviéramos un Grimaud al lado de cada príncipe!

—¡Paciencia! —dijo Mazarino con su sonrisa italiana—. Quizás un día lo consigamos; pero entretanto...

—¿Qué?

—Voy a tomar medidas de precaución.

Inmediatamente escribió a Artagnan que acelerase su vuelta.

XIX.— EN QUE SE TRATA DE LOS ENTRETENIMIENTOS DEL DUQUE DE BEAUFORT EN LA TORRE DE VINCENNES

El preso que tanto temor causaba al cardenal, y cuyos cuarenta medios de evasión turbaban el sueño de toda la corte, no sospechaba siquiera el terror que inspiraba a sus adversarios.

Veíase tan admirablemente guardado, que reconociendo la inutilidad de cualquier tentativa, reducía toda su venganza a lanzar imprecaciones y ofensas contra Mazarino. También había tratado de hacer versos contra él, pero tuvo que renunciar a esta idea. Efectivamente, Beaufort no sólo no había recibido del cielo el don de hablar en verso, sino que aun en prosa le costaba mucho trabajo expresarse, y acostumbraba decir unas palabras por otras.

El duque de Beaufort era nieto de Enrique IV y de Gabriela d'Estrées, y tan bueno, tan valiente, tan altanero, y sobre todo, tan gascón como su abuelo, pero mucho menos ilustrado. Cuando murió Luis XIII fue por algún tiempo el favorito, el primer personaje de la corte; pero un día se vio obligado a ceder su puesto a Mazarino, y no ocupó más que el segundo lugar; otro día acometió la torpeza de incomodarse por esta transposición y la indiscreción de decirlo, y de resultas la reina le mandó detener y conducir al castillo de Vincennes por el mismo Guitaud que vimos aparecer al principio de esta historia, y a quien tendremos ocasión de encontrar de nuevo. Entiéndase bien, que decir la reina, es decir Mazarino. No

sólo se habían descargado así de su persona y de sus pretensiones, sino que ya no se contaba con él, no obstante su carácter de príncipe y de su popularidad. Cinco años hacía que habitaba un aposento muy poco regio en la torre de Vincennes.

Este espacio de tiempo, durante el cual hubiesen madurado las ideas de cualquier otro que no hubiera sido Beaufort, pasó sobre su cabeza sin mudarle en nada. En efecto, otro hubiera reflexionado que a no haber simulado desafiar al cardenal, despreciar a los príncipes y marchar solo, sin más acólitos, como dice el cardenal de Retz, que algunos melancólicos que siempre tenían facha de estar formando castillos en el aire, hubiera alcanzado en aquellos cinco años, o la libertad, o defensores. Probablemente no se presentaron siquiera tales consideraciones a la imaginación del duque, quien no hacía más que afirmarse en su rebeldía con tan larga reclusión, causando sumo desagrado al cardenal con las noticias diarias que de él recibía Su Eminencia.

Perdidos sus esfuerzos poéticos, el señor de Beaufort se había dedicado a la pintura. Dibujaba con carbón las facciones del cardenal, y como su mediano talento no le permitía conseguir una gran semejanza, escribía para que no quedase la menor duda: *Ritratto dell Illustrisimo Facchino Mazarini.* Noticioso de esto Chavigny, hizo una visita al duque y rogóle que escogiese otra clase de pasatiempos, o cuando menos hiciese retratos sin letreros. Beaufort, semejante en esto a los encarcelados, se parecía a los niños, que sólo se obstinan en hacer lo que se les prohíbe.

M. de Chavigny tuvo noticia de ese aumento de garabatos. Poco seguro el duque de Beaufort de poder pintar una cara de frente, había convertido su cuarto en una verdadera sala de exposición. El gobernador se calló entonces, pero cierto día que estaba Beaufort jugando a la pelota, mandó pasar una esponja por todos los dibujos y pintar el cuarto al temple.

Beaufort dio muchas gracias a Chavigny por haberle preparado nuevamente los lienzos, y dividiendo su habitación en compartimientos, consagró cada uno de ellos a un paso de la vida de Mazarino.

El primero había de representar al ilustrísimo pillo Mazarini recibiendo una gran paliza del cardenal Bentivoglio, del cual había sido criado.

El segundo, al ilustrísimo pillo Mazarini desempeñando el papel de Ignacio de Loyola en la tragedia del mismo nombre.

El tercero, al ilustrísimo pillo Mazarini robando la cartera del primer ministro al señor de Chavigny, que contaba con ella.

El cuarto, al ilustrísimo pillo Mazarini negándose a dar unas sábanas al ayuda de cámara de Luix XIV, y diciendo que a un rey de Francia le basta cambiarse de sábanas de tres en tres meses.

Grandes composiciones eran éstas y excedían sin duda a las fuerzas del prisionero; contentóse, pues, con trazar los marcos y poner las inscripciones.

Pero los marcos y las inscripciones bastaron para despertar la suspicacia de Chavigny, quien envió un recado al señor de Beaufort, diciéndole que si no renunciaba a sus proyectados cuadros, le quitaría todos los medios de ejecución. Beaufort contestó que ya que le habían puesto en el caso de no poder hacerse famoso en la carrera de las armas, deseaba ver si lo conseguía en la de artista,

y que no pudiendo ser un Bayardo o un Tribulcio, se proponía ser un Miguel Ángel o un Rafael.

Cierto día que Beaufort fue a pasear al patio, le quitaron su lumbre y con ella los carbones, y con los carbones la ceniza, de modo que cuando volvió no encontró el más pequeño objeto que pudiera convertirse en lápiz.

El señor de Beaufort se desesperó, echó pestes, aturdió el edificio y dijo que le querían matar de frío y humedad, como habían muerto Puy Laurens, el mariscal Ornano y el gran prior de Vend6me. A esto respondió Chavigny que no tenía más que dar su palabra de renunciar al dibujo, o de no hacer cuadros históricos, y que se le proporcionaría leña y todo lo preciso para encenderla. Beaufort no quiso dar palabra, y se pasó sin lumbre el resto del invierno.

A más de esto, durante una ausencia del prisionero, fueron borradas todas las inscripciones y el cuarto quedó blanco y desnudo, sin la menor señal de sus frescos.

El señor de Beaufort compró entonces a uno de sus celadores un perro llamado Alfónsigo, por no existir ley que prohibiese a los presos tener perros. Chavigny dio su autorización para que el cuadrúpedo cambiase de amo, y Beaufort pasaba horas enteras encerrado con su perro. Fácil era conocer que el preso las dedicaba a la educación de Alfónsigo, pero no se sabía cuál fuese ésta. Luego que quedó satisfecho de sus esfuerzos, convidó a Chavigny y a los oficiales de Vincennes a una gran representación en su cuarto. Los convidados se presentaron unos tras otros; la habitación estaba iluminada con todas las luces que había podido proporcionarse Beaufort.

Empezaron los ejercicios.

El preso había trazado en medio del cuarto, con un pedazo de yeso de la pared, una raya blanca que representaba una cuerda. Alfónsigo púsose sobre esta raya a la primera orden de su amo, se empinó sobre sus patas traseras, y con una vara de sacudir ropa entre las delanteras empezó a andar por la raya con todas las contorsiones de un volatinero. Luego que recorrió la línea algunas veces hacia adelante y hacia atrás, volvió la vara a Beaufort, y empezó a hacer los mismos ejercicios sin balancín.

La función estaba dividida en tres partes: terminada la primera, se pasó a la segunda.

Tratábase de saber qué hora era.

El señor de Chavigny enseñó su reloj a Alfónsigo. Eran las seis y media.

Alfónsigo levantó y bajó seis veces la pata, y a la séptima la dejó en el aire. Era imposible ser más claro: un reloj de sol no hubiese contestado mejor, porque sabido es que los relojes de sol no marcan la hora más que cuando es de día y no está nublado.

Después se pasó a saber cuál era entre los presentes el mejor carcelero de Francia.

El perro dio tres vueltas al círculo y fue a tenderse del modo más reverente a los pies de Chavigny.

Este celebró al pronto mucho la ocurrencia y se rió de ella. Luego se mordió los labios y frunció el ceño.

Finalmente, Beaufort propuso a Alfónsigo la difícil cuestión de cuál era el mayor ladrón del mundo conocido.

Entonces Alfónsigo dio una vuelta entera alrededor del aposento, y dirigiéndose a la puerta, se puso a aullar y a escarbar.

—Ya veis, caballeros —dijo el príncipe— que este interesante animal no encuentra aquí lo que le pido y va a buscarlo fuera. pero tranquilizaos, no nos dejará sin respuesta. Alfónsigo, chiquito —prosiguió el duque—, ven acá.

El perro obedeció.

—¿Quién es el mayor ladrón del mundo conocido? ¿Es el secretario del rey, Le-Camus, que llegó a París con veinte mil libras, y ahora posee seis millones?

El perro movió negativamente la cabeza.

—¿Es —prosiguió el príncipe— el señor superintendente Emery, que ha dado a su hijo Thoré, cuando su matrimonio, trescientas mil libras de renta, y un palacio en cuya comparación las Tullerías es una choza y el Louvre un caserón destartalado?

El perro volvió a sacudir la cabeza negativamente.

—¿Tampoco? —dijo el príncipe—. Vamos a ver, ¿será por ventura el ilustrísimo Facchino Mazarini di Piscina?

El perro hizo desesperadamente señal de que sí, levantando y bajando ocho o diez veces la cabeza.

—Caballeros, ya lo estáis viendo —dijo Beaufort a los presentes, que entonces no se atrevieron a reírse—. El ilustrísimo Facchino Mazarini di Piscina es el mayor ladrón del mundo conocido: al menos así lo dice Alfónsigo.

Luego pasóse al tercer ejercicio, y el duque, aprovechando el profundo silencio que reinaba en la estancia, dijo para exponer el programa de esta última parte de la función.

—Caballeros, os acordaréis de que el señor duque de Guisa enseñó una vez a todos los perros de París a saltar por la señorita de Pons, a la cual había proclamado reina de las hermosas. Pues bien, señores, aquello no valía nada, porque los animales obedecían instintivamente, sin hacer diferencia entre las personas por quienes debían saltar, y las que no tenían derecho a ello. Alfónsigo os va a probar que es muy superior a sus compañeros. Señor de Chavigny, tened la amabilidad de prestarme vuestro bastón.

Chavigny dio su bastón de caña a Beaufort, el cual lo colocó horizontalmente a la altura de un pie.

—Amigo Alfónsigo —continuó el duque—, hazme el favor de saltar por madame de Montbazon.

Todos riéronse, porque era cosa pública que cuando prendieron al duque de Beaufort era amante declarado de aquella dama. Alfónsigo no tuvo la menor dificultad, y saltó alegremente por encima del bastón.

—Eso es —dijo Chavigny—, justamente lo mismo que hacían los demás perros cuando saltaban por la señorita Pons.

—Esperad un poco —dijo el príncipe.

—Amigo Alfónsigo —prosiguió—, salta por la reina. Y levantó el bastón unas seis pulgadas.

El perro saltó respetuosamente.

—Amigo Alfónsigo —continuó el duque levantando el bastón otras seis pulgadas más—, salta por el rey.

El perro tomó carrera, y a pesar de la elevación saltó con limpieza.

—Atención ahora —repuso el duque bajando el bastón casi hasta el suelo—, salta por el ilustrísimo Facchino Mazarini di Piscina.

El perro volvió el cuarto trasero al bastón.

—¡Cómo! ¿Qué es eso? —exclamó Beaufort describiendo un semicírculo de la cola a la cabeza del animal y presentándole de nuevo el bastón—: salta, Alfónsigo.

Pero Alfónsigo giró como antes sobre sí mismo.

El señor de Beaufort repitió la evolución y la orden; mas entonces se apuró la paciencia de Alfónsigo, y arrojándose con furor sobre el bastón, lo arrancó de manos del príncipe y lo rompió con los dientes.

El duque quitóle los dos pedazos de la boca, y con la mayor gravedad los devolvió a Chavigny, pidiéndole mil perdones y diciendo que se había concluido la función; pero que si dentro de tres meses deseaba asistir a otra, Alfónsigo tendría aprendidas más habilidades. Alfónsigo murió envenenado tres días después.

En vano fueron, como era de suponer, todas las diligencias para descubrir al culpable. Beaufort enterró a su perro, poniéndole este epitafio:

«Aquí yace Alfónsigo, uno de los perros más diestros que han existido».

Nada podía objetarse contra este elogio, y el señor de Chavigny hubo de admitirle.

Pero al duque se le ocurrió decir entonces que habían ensayado en su perro la droga que proponíanse usar contra él, y un día se metió en la cama después de comer, gritando que tenía cólico y que Mazarino le había envenenado.

Esta novedad llegó a conocimiento del cardenal y le asustó mucho. La torre de Vincennes pasaba por muy malsana. La señora de Rambouillet había dicho que el aposento en que murieron Puy Laurens, el mariscal Ornano y el ilustre prior de Vend6me, valía lo que pesaba de arsénico, y este dicho pasó con gran aceptación de boca en boca. Mazarino dispuso que el prisionero no comiese de ningún plato sin que otra persona lo probase antes. El oficial La-Ramée fue nombrado entonces catador del vino y los manjares del duque.

El señor de Chavigny no perdonó al duque los insultos que ya expiara el inocente Alfónsigo. Chavigny era hechura del difunto cardenal, y aun algunos le hacían pasar por hijo; de un modo u otro debía entender de tiranía. Para vengarse de Beaufort, quitóle los cuchillos de hierro y los tenedores de plata que hasta entonces había usado, enviándole cuchillos de plata y tenedores de madera. Beaufort se quejó; pero Chavigny le dio por contestación que el cardenal había dicho a la señora de Vendóme, que su hijo estaba en Vincennes por toda su vida, y que temía que el prisionero intentara suicidarse al saber esta desastrosa

noticia. Quince días más tarde vio Beaufort en el camino del juego de pelota, dos filas de arbolitos del grueso del dedo meñique; preguntó que significaba aquello, y le contestaron que era para que algún día pudiese pasear a su sombra. Otra mañana fue el jardinero a visitarle, y so pretexto de consolarle, le dijo que iban a plantar en la huerta tablares de espárragos para él. Sabido es que los espárragos, que ahora tardan cuatro años en nacer, tardaban cinco en aquel tiempo en que el cultivo de la jardinería estaba menos adelantado. Esta atención enfureció a Beaufort.

En tan críticas circunstancias creyó el duque que era llegada la hora de recurrir muno de sus cuarenta medios, y comenzó por el más sencillo, que era el de seducir a La-Ramée; pero La-Ramée, que había dado 1.500 escudos por su empleo de oficial, le tenía mucho cariño. De suerte qué en lugar de entrar en los planes del preso, corrió a avisar al señor de Chavigny, el cual puso inmediatamente ocho hombres en el mismo cuarto del príncipe, dobló los centinelas, y triplicó los retenes. Desde aquel instante el príncipe no pudo dar un paso sin llevar cuatro hombres delante y cuatro detrás, amén de los que iban a sus costados.

Al principio rióse mucho Beaufort de esta severidad, que le servía de distracción. A todas horas repetía: «Esto me distrae, esto me diversica mucho». Beaufort quería decir: esto me divierte, pero ya sabemos que no siempre decía lo que deseaba decir. Después añadía: «Por lo demás, cuando se 'me antoje sustraerme a los honores que me hacéis, aún me quedan treinta y nueve medios».

Pero por fin esta distracción se convirtió en fastidio. Beaufort se mantuvo firme seis meses por baladronada; mas al terminar el medio año, empezó a fruncir el ceño y a contar los días, viendo siempre a aquellos hombres sentarse cuando se sentaba, levantarse cuando se levantaba, y pararse cuando se paraba.

Esta nueva persecución recrudeció el odio del duque hacia Mazarino. Votaba y juraba sin cesar, y aseguraba que había de hacer un picadillo con orejas mazarinas. ¡Horrible proyecto! El cardenal, al oírlo, se encasquetó involuntariamente el capelo hasta el pescuezo.

Cierto día reunió Beaufort a sus celadores, y a pesar de su probervial dificultad de elocución, pronunció este discurso, que es preciso confesar tenía preparado de antemano.

—Señores —díjoles—: ¿permitiréis que un nieto del buen rey Enrique N esté sufriendo tanta ignominia y tantos insultos? ¡Yo he reinado casi en París, sabedlo! ¡He guardado un día entero al rey y a su hermano! La reina me amaba entonces y me llamaba el hombre más de bien del reino. Señores, sacadme de aquí: iré al Louvre, torceré el pescuezo a Mazarino, seréis mis guardias de corps, y os haré oficiales con crecidos sueldos. ¡Voto a tal! ¡De frente, marchen!

Pero la elocuencia del nieto de Enrique N, aunque tan patética, no conmovió a aquellos corazones de piedra. Viendo que ni uno solo se movía, Beaufort llamólos tunantes a todos, y desde entonces los tuvo por acérrimos enemigos.

Cuando Chavigny pasaba a visitarle, lo cual sucedía dos o tres veces a la semana, el duque aprovechaba la ocasión para amenazarle. —¿Qué haríais —le decía— si el mejor día vieseis asomar un ejército de parisienses armados de

punta en blanco y erizados de mosquetes, que viniese a sacarme de este cautiverio?

—Señor —respondía Chavigny saludando profundamente al príncipe—: tengo veinte piezas de artillería, y pólvora y balas para treinta mil disparos. Los recibiría a cañonazos.

—Sí, mas luego que disparaseis los treinta mil tiros, tomarían el castillo, y una vez tomado, me vería obligado a dejarles que os ahorcasen, lo cual me disgustaría mucho.

Y devolvió su saludo a Chavigny con la mayor política.

—Pero yo, señor —respondía Chavigny—, antes que el primero pasase por las poternas o pusiese el pie en la muralla, tendría muy a mi pesar que mataros por mi propia mano, en razón a que me estáis confiado muy especialmente, y tengo que entregaros muerto o vivo.

Y saludaba nuevamente a su alteza.

—Ya —continuaba el duque—; pero como es probable que esa buena gente no viniese aquí sin haber apretado antes el pescuezo al señor Julio Mazarini, iríais con tiento en esto de ponerme la mano encima, y me dejaríais vivir por no morir descuartizado entre cuatro caballos, lo cual es siempre más duro que morir ahorcado.

Tales tiroteos agridulces duraban diez, quince, veinte minutos, y siempre acababan de este modo:

El señor de Chavigny dirigíase a la puerta, y gritaba: —¡Hola! ¡La-Ramée!

El oficial entraba.

—La-Ramée —decía Chavigny—, os recomiendo muy especialmente al señor de Beaufort: tratadle con todas las consideraciones debidas a su clase y su nombre, a cuyo fin no le perderéis de vista ni un instante.

En seguida retirábase saludando a Beaufort con una ironía que ponía el colmo a su cólera.

Era, pues, La-Ramée comensal obligado, centinela perpetuo y sombra de los pasos del príncipe; pero debemos manifestar que la compañía de aquel oficial, hombre de buen humor, franco, gran bebedor y no menos consumado jugador de pelota, servía más bien de distracción que de fatiga a Beaufort, el cual no le hallaba otro defecto que el de ser incorruptible.

Por desgracia no sucedía lo mismo a maese La-Ramée, y aunque tuviese en algo el honor de permanecer encerrado con un preso de tanta importancia, el placer de vivir familiarmente con un nieto de Enrique N no compensaba el de visitar de vez en cuando a su familia. Bien se puede ser oficial del rey al mismo tiempo que buen padre y buen esposo. Maese La-Ramée adoraba a su mujer y a sus hijos, que sólo érale lícito ver desde lo alto de la muralla, cuando iban a pasearse al otro lado del foso, para proporcionarle aquel consuelo paternal y conyugal: y esta era tan poca cosa, que el oficial comprendía que su buen humor (al cual atribuía su excelente salud, sin calcular que probablemente sería, por el contrario, resultado de ella) no resistiría mucho a tal método de vida. Esta convicción subió de punto cuando cesaron las vistas de Chavigny a Beaufort, por haberse exacerbado de día en día sus mutuas relaciones. Entonces conoció

La-Ramée que la responsabilidad pesaba más que nunca sobre su cabeza, y como justamente deseaba todo lo contrario, por las razones que hemos dicho, aceptó de buen grado la proposición que le hizo su amigo el administrador del mariscal de Grammont de admitir a Grimaud a sus órdenes, habló de ella inmediatamente a Chavigny, y éste no manifestó oposición, siempre que el sujeto le conviniese.

Consideramos completamente inútil describir física o moralmente a Grimaud; pues si nuestros lectores no han olvidado la primera parte de esta obra, deben conservar una idea bastante clara de este aprecia ble personaje, quien no había sufrido otra variación que la de tener veinte años más; adquisición que le había hecho todavía más taciturno y silencioso a pesar de que Athos le levantara la prohibición de hablar, observando el cambio que en él se había verificado.

Mas ya en aquella época, hacía doce o quince años que Grimaud callaba, y una costumbre de doce o quince años es una segunda naturaleza.

X.— GRIMAUD ENTRA EN EL EJERCICIO DE SUS FUNCIONES

Grimaud presentóse en el castillo de Vincennes bajo buenos auspicios. El señor de Chavigny se apreciaba de fisonomista, y esto corrobora la idea de que descendía de Richelieu, que tenía la misma pretensión. Examinó cuidadosamente al demandante, y su entrecejo, lo delgado de sus labios, lo puntiagudo de su nariz y lo saliente de sus pómulos le parecieron buenos auspicios. No le dijo más que doce palabras: Grimaud respondió cuatro.

—Buena cara tiene este hombre —dijo el señor de Chavigny—. Presentaos al señor de La-Ramée y manifestarle que me convenís por todos conceptos.

Grimaud dio media vuelta y fue a sufrir la inspección mucho más rigurosa de La-Ramée; decimos mucho más rigurosa, por cuanto así como el señor de Chavigny podía descansar en él, a él le importaba poder, a su vez, descansar en Grimaud.

Grimaud tenía todas las circunstancias apetecibles en un oficial subalterno; después de mil preguntas, que sólo obtuvieron la cuarta parte de las respuestas, La-Ramée, fascinado por aquella sobriedad de palabras, restregóse las manos y cerró el trato con Grimaud.

—La consigna —dijo éste.

—No dejar jamás solo al preso; quitarle todo instrumento punzante y cortante; no permitidle que haga señas a personas de fuera, ni que hable mucho tiempo con sus celadores.

—¿Nada más? —dijo Grimaud.

—Nada más por ahora —respondió La-Ramée—. Si variasen las circunstancias, se harían las adiciones oportunas.

—Bueno —respondió Grimaud.

Y entró en el cuarto del duque de Beaufort.

Hallábase éste a la sazón peinándose la barba, que dejábase crecer, así como los cabellos, para dar en cara a Mazarino con su miseria.

Pero pocos días antes había visto desde la torre en un carruaje a la bella señora de Montbazon, que todavía le inspiraba dulces recuerdos; no quiso ser para ella lo que para Mazarino, y por si la volvía a ver, pidió un peine de plomo, que le fue concedido.

Beaufort pidió el peine de plomo, porque tenía, como todos los rubios, la barba roja, y se la teñía al peinarse.

Grimaud vio al entrar el peine que acababa el príncipe de dejar sobre la mesa, y lo cogió haciendo una cortesía.

El duque miró con asombro aquella rara catadura.

El hombre de extraña catadura se metió el peine en el bolsillo.

—¡Hola! ¿Qué es eso? —exclamó el duque—. ¿Quién es ese bribón? Grimaud no respondió, pero hizo otra cortesía.

—¿Eres mudo? —gritó el duque. Grimaud hizo seña de que no.

—¿Pues quién eres? Contesta; te lo mando.

—Celador —dijo Grimaud.

—¡Celador! —exclamó el duque—. No me faltaba más que esa patibularia para completar mi colección. ¡Hola! ¡La-Ramée! ¿No está nadie ahí?

La-Ramée se presentó; desgraciadamente para el príncipe, se estaba disponiendo a marchar a París, confiando en Grimaud; había bajado al patio, y volvió a subir de mal humor.

—¿Qué se ofrece, señor? —preguntó.

—¿Quién es ese tuno que se atreve a quitarme el peine y a metérselo en sus inmundos bolsillos?

—Señor, es un celador encargado de vigilaros; muchacho de mérito que no dejará de obtener vuestro aprecio, como ha obtenido el del señor de Chavigny y el mío.

—¿Y por qué ha cogido mi peine?

—Efectivamente —dijo La-Ramée—; ¿por qué habéis cogido el peine de monseñor?

Grimaud se sacó el peine, pasó el dedo por el canto, y apuntando las púas más gruesas, se contentó con decir:

—Punzante.

—Cierto es —observó La-Ramée.

—¿Qué dice ese bruto? —preguntó el príncipe.

—Que el rey ha prohibido que monseñor tenga ningún instrumento punzante.

—¿Estáis loco, La-Ramée? —preguntó el duque—. Pero, si vos mismo me habéis dado ese peine.

—Hice muy mal; falté a mi consigna.

El duque miró iracundo a Grimaud, el cual había devuelto el peine a La-Ramée.

—Me parece que ese tuno y yo hemos de hacer malas migas —murmuró el príncipe.

En efecto, en la cárcel no hay sentimientos intermedios; profésase amistad o enemistad a los hombres y a las cosas; se ama o se aborrece, algunas veces con razón, pero las más por instinto. Por el motivo sencillo de que Grimaud había caído en gracia a Chevigny y a La-Ramée, debía desagradar al señor de Beaufort, convirtiéndose las buenas cualidades que en él habían observado el gobernador y el oficial, en defectos para el prisionero.

Grimaud no deseaba romper directamente desde el primer día con el príncipe; le hacía falta no una repugnancia improvisada, sino un odio tenaz, profundo, legítimo. Retiróse, por tanto, cediendo su lugar a cuatro guardias que volvieron de almorzar y entraban de servicio.

El príncipe por su parte tenía que disponer otra nueva burla sobre la cual fundaba muchas esperanzas; había pedido cangrejos para el otro día, y proponíase entretenerse en preparar una pequeña horca para ajusticiar al más hermoso de ellos en medio de su cuarto. El color rojo que debía tomar el paciente cociéndose pondría en claro la alusión; y así tendría el gusto de ahorcar al cardenal en estatua mientras llegaba la hora en que le hiciesen realmente la misma operación, sin que en todo caso se le pudiera acusar de otra cosa que de haber ejecutado un cangrejo.

Los preparativos de la ejecución le ocuparon todo aquel día. En la cárcel es lo más fácil descender a la condición de niño; y el carácter de Beaufort predisponíale muy especialmente a ello. Salió a paseo como de costumbre; rompió dos o tres ramas delgadas, destinadas a hacer papel en su función, y a fuerza de pesquisas consiguió encontrar un pedazo de vidrio roto, cuyo hallazgo le causó el mayor placer. Vuelto a su cuarto, deshilachó un pañuelo.

Ninguno de estos detalles pasaron desapercibidos a los observadores ojos de Grimaud.

Al otro día estaba lista la horca, para colocarla de pie en medio del aposento. Beaufort se puso a raspar una punta con su pedazo de vidrio.

La-Ramée mirábale con la curiosidad de un padre que piensa que va a encontrar un nuevo juguete para sus hijos, y los cuatro guardias con ese aire de indolencia que, en aquella época como en la actual, formaba el carácter propio de la fisonomía del soldado.

Había dejado a su lado el príncipe el vidrio, aunque sin acabar de raspar las patas de la horca, para atar el hilo que hacía de cordel al extremo opuesto, cuando entró Grimaud.

El duque miróle con un resto del mal humor de la víspera, mas como ya se estaba gozando anticipadamente con el resultado de su nueva invención, no le hizo gran caso.

Después que ató una extremidad del hilo al travesaño e hizo un nudo corredizo en la otra, echó una mirada al plato de cangrejos, escogió el más majestuoso, y se volvió para coger el pedazo de vidrio, este había desaparecido.

—¿Quién ha cógido el vidrio que estaba aquí? —preguntó el duque frunciendo el entrecejo.

Grimaud indicó que había sido él.

—¿Tú? ¿Y por qué causa?

—Sí —preguntó La-Ramée—, ¿por qué habéis quitado ese vidrio a Su Alteza?

Grimaud pasó el dedo por el filo del vidrio que tenía en la mano, y dijo:

—Cortante.

—Justamente, señor —dijo La-Ramée—. ¡Voto a ... !, hemos hecho una gran adquisición.

—Señor Grimaud dijo el príncipe—, por vuestro propio interés aconsejo que jamás os pongáis al alcance de mi mano.

Grimaud hizo una cortesía y se retiró al fondo de la estancia.

—Chist... chist..., señor —dijo La-Ramée—, dadme ese juguete yo lo afilaré con mi navaja.

—¿Vos? —dijo el duque riéndose.

—Sí, yo. ¿No era eso lo que deseabais?

—Cierto y bien pensado, de este modo será más chistoso; tomad, querido La-Ramée.

Este, que no había entendido la exclamación del duque, afiló los palos de la horca con la mayor destreza.

—Está bien —dijo el duque—; ahora hacedme el favor de abrir unos agujeros en el suelo, mientras voy a buscar al paciente. La-Ramée dobló una rodilla, y comenzó a perforar la tierra. Entretanto, el príncipe colgó al cangrejo del hilo.

Después clavó la horca en el suelo, soltando la carcajada. La-Ramée rióse también con la mejor voluntad del mundo, aunque sin saber a punto fijo de qué, y los guardias hicieron otro tanto. Sólo Grimaud no se reía. Se aproximó a La-Ramée y dijo señalando al cangrejo que daba vueltas en la punta del hilo:

—Cardenal.

—Ahorcado por su alteza el duque de Beaufort —dijo el príncipe, riéndose más que nunca—, y por maese Santiago Crisóstomo La-Ramée, oficial del rey.

La-Ramée lanzó un grito de terror, se precipitó a la horca, arrancándola del suelo y haciéndola pedazos, los tiró por la ventana. Tan perdida tenía la cabeza que iba a ejecutar lo mismo con el cangrejo, cuando Grimaud se lo quitó de entre las manos.

—¡Se come! —dijo.

Y se lo puso en el bolsillo.

Tanto se había divertido el duque con esta escena, que aquella vez perdonó casi a Grimaud el papel que en ella representara. Pero reflexionando después en las malas intenciones de que por segunda vez había dado muestra, la aversión que le tenía se aumentó de un modo totalmente sensible.

La historia del cangrejo cundió por el castillo y también fuera de él, con gran desesperación de La-Ramée. M. de Chavigny, que en secreto detestaba al car-

denal, cuidó de referir la anécdota a dos o tres amigos bien intencionados, que al momento le dieron publicidad.

M. de Beaufort pasó algunos días buenos. El duque había reparado entre sus guardias a un hombre de muy regular presencia, a quien iba cobrando afecto, al paso que crecía su aborrecimiento a Grimaud. Encontrábase una mañana hablando a solas con su predilecto, cuando acertó a entrar Grimaud, y observando aquel diálogo se acercó respetuosamente al guardia y al príncipe, y cogió el brazo del primero.

—¿Qué deseáis? —preguntó con aspereza el duque.

Grimaud condujo al guardia a cuatro pasos de distancia, y le enseñó la puerta diciendo:

—Idos.

El guardia obedeció.

—¡Oh! —dijo el príncipe—. ¡Esto ya es insoportable; yo os daré vuestro merecido!

Grimaud saludó respetuosamente.

—¡Os he de romper las costillas! —gritó el príncipe encolerizado. Grimaud saludó y retrocedió.

—¡Señor espía —continuó el duque—, os he de ahogar con mis propias manos!

Grimaud saludó por tercera vez y retrocedió más.

—Y ahora mismo —añadió el príncipe, decidido a echar el resto. Y levantó sus crispadas manos contra Grimaud, el cual contentóse con dar un empujón al guardia y cerrar la puerta.

Al mismo tiempo cayeron sobre sus hombros las manos del príncipe como dos tenazas de hierro; mas en lugar de pedir auxilio o defenderse, levantó Grimaud pausadamente el dedo índice a la altura de sus labios, y pronunció a media voz, sonriéndose del modo más amable que pudo, esta palabra:

—Silencio.

Eran cosas tan extrañas un gesto, una sonrisa y una palabra en Grimaud, que su alteza se quedó parado en el colmo del estupor. Grimaud aprovechó aquel momento para sacar del forro de su chaqueta un billetito aristocráticamente sellado, que no obstante su larga morada en los vestidos del fámulo, no había perdido totalmente su primer perfume, y lo presentó al duque sin decir palabra.

Cada vez más asombrado éste, soltó a Grimaud, cogió el billete y mirando atentamente la letra, exclamó:

—¡De madame de Montbazon!

Grimaud sacudió la cabeza afirmativamente.

Rompió el duque el sobre rápidamente, pasándose la mano por los ojos para serenarse un poco, y leyó lo siguiente:

«Mi apreciable duque:

»Podéis confiar enteramente en el excelente hombre que os ha de entregar la presente, pues es criado de un caballero de nuestro partido que responde de su lealtad, acreditada en el largo transcurso de veinte años. Ha consentido en entrar a servir al oficial que os guarda, y encerrarse con vos en Vincennes para preparar vuestra fuga, que traemos entre manos.

»Va acercándose el momento de vuestra libertad; armaos de paciencia y valor, teniendo presente que a pesar del tiempo y la ausencia, en nada ha disminuido el cariño que os profesan vuestros amigos.

»Disponed de vuestra afectísima.

»MARÍA DE MONTBAZON.»

«P. D. Firmo con todas mis letras, pues sería sobrada vanidad presumir que reconocierais mis iniciales después de cinco años de ausencia.»

El duque quedóse extático. Cinco años hacía que buscaba un servidor, auxiliar, un amigo, sin poder encontrarle, y he aquí que el cielo se lo deparaba cuando menos lo esperaba. Miró a Grimaud con asombro, miró después la carta, y volvió a leer.

—¡Oh, amada María! —murmuró al acabar—. ¡Conque era ella la que pasó en aquel carruaje! ¡Conque todavía se acuerda de mí después de cinco años de separación! ¡Pardiez! ¡Sólo en la novela Astrea se ve una constancia por este estilo!

Volviéndose luego a Grimaud, repuso:

—¿Es decir, que consientes en auxiliarme, amiguito? Grimaud indicó que sí.

—¿Y has venido exprofeso con ese objeto? Grimaud repitió la misma seña.

—¡Y yo que quería matarte! —exclamó el duque.

Y metió la mano en el bolsillo.

—Espera —prosiguió repitiendo sus pesquisas, que la primera vez habían sido infructuosas—, no se diga que ha quedado sin recompensa semejante prueba de adhesión a un nieto de Enrique IV

Los ademanes del duque manifestaban la mejor intención del mundo. Pero una de las precauciones que se tomaban con los presos era no dejarles dinero.

Observando Grimaud la confusión_ del príncipe, sacó un bolsillo repleto de oro y se lo presentó.

—Aquí está lo que buscáis —dijo.

El duque abrió el bolsillo y fue a vaciarle en la mano de Grimaud, pero éste movió la cabeza.

—Gracias, señor —dijo retrocediendo—; ya estoy pagado.

El duque iba de sorpresa en sorpresa; le presentó la mano, y Grimaud se acercó a besársela con respeto. Athos había comunicado a su criado algo de sus modales cortesanos.

—Y ahora —preguntó el duque— ¿qué vamos a hacer?

—Son las once de la mañana; a las dos será bueno que el señor proponga a La-Ramée jugar un partido de pelota y que tire dos o tres pelotas a la otra parte de las murallas.

—¿Y luego?

—Luego... el señor se acercará a la muralla y dirá a un trabajador que estará en los fosos que haga el favor de devolvérselas.

—Entiendo —dijo el duque.

El rostro de Grimaud expresó una viva satisfacción; como hablaba tan poco, le era difícil sostener una conversación.

Hizo ademán de retirarse.

—Conque decididamente —dijo el duque—, ¿nada queréis aceptar?

—Quisiera que monseñor me prometiera una cosa.

—¿Cuál?

—Permitidme ir delante cuando nos escapemos porque si cogen a monseñor, el único peligró que corre es que le vuelvan a encerrar en la torre, al paso que si me cogen a mí por lo menos me ahorcan.

—Es una observación muy exacta —dijo el duque—; te doy mi palabra que será como deseas.

—Ahora —prosiguió Grimaud—, sólo me falta pedir a monseñor que siga haciéndome el honor de odiarme como antes.

—Descuida; serás complacido.

En aquel momento llamaron a la puerta.

El duque guardó la carta en el bolsillo y tendióse en la cama, que era lo que hacía en sus ratos de gran aburrimiento. Grimaud fue a abrir. Era La-Ramée, que volvía de ver al cardenal, con quien había tenido la conferencia que hemos relatado.

La-Ramée echó una mirada investigadora al interior de la estancia, y observando los acostumbrados síntomas de antipatía entre el guardia y el prisionero, sonrió con satisfacción.

—Bien, amigo mío dijo a Grimaud—, acabo de hablar de vos en buena parte, y espero que tengáis dentro de poco noticias que nó os desagraden.

Grimaud saludó del modo más amable que pudo, y retiróse como hacía siempre que entraba su superior.

—¿Qué tal, señor? —dijo La-Ramée riéndose—. Parece que estáis reñido con ese pobre muchacho.

—¡Ah! ¿Estáis ahí,, La-Ramée? Ya era tiempo de que vinieseis. Habíame tendido de cara a la pared por no ceder a la tentación de ahogar a ese perro de Grimaud.

—Pues yo dudo —respondió La-Ramée, echándoselas de gracioso— que os haya dicho malas palabras.

—Ya lo creo; ¡si es un mudo! Os digo y repito que ya era tiempo de que vinieseis porque estaba deseando veros.

—Mil gracias, señor.

—Estoy hoy tan torpe que os vais a divertir viéndome.

—¿Jugaremos a la pelota? —dijo maquinalmente La-Ramée.

—¿Si no tenéis inconveniente?...

—No lo tengo.

—Sois apreciabilísimo, mi querido La-Ramée; quisiera estar eternamente en Vincennes para tener el gusto de pasar la vida a vuestro lado.

—Señor —dijo La-Ramée—, no creo que el cardenal se opusiese a ello.

—¿Le habéis visto últimamente?

—Esta mañana me hizo llamar.

—¿Para hablaros de mí?

—¿De quién queréis que hable, señor, si sois su pesadilla? El duque sonrió amargamente y dijo:

—¡Ah, La-Ramée, si aceptaseis mis proposiciones!

—Vamos, señor, ya volvemos a las andadas; luego diréis que sois juicioso.

—La-Ramée, he dicho y repito que os haría hombre.

—¿Con qué? Apenas salieseis de aquí os confiscarían vuestros bienes.

—Apenas saliese de aquí sería dueño absoluto de París.

—¡Vaya, vaya, silencio! ¿Os parece regular que oiga yo semejantes cosas? ¡Excelente conversación para un oficial del rey! Estoy viendo que voy a tener que buscar otro Grimaud.

—¡Ea, pues! No se hable más del asunto. ¿De modo dices que el cardenal te ha hablado de mí? Mira, La-Ramée, un día que te llame déjame ponerme tu uniforme. No quiero más que ir allá y ahogarle; te doy palabra de volver.

—Señor, me parece que voy a llamar a Grimaud.

—Ya callo. ¿Y qué te ha dicho aquel animal?

—Tolero esa expresión, monseñor—dijo La-Ramée con malicia—, porque rima con cardenal. Me ha ordenado que os vigilase.

—¿Y por qué? —preguntó el duque bastante inquieto.

—Porque un astrólogo ha profetizado que os habéis de escapar.

—¿Un astrólogo? —exclamó el duque estremeciéndose involuntariamente.

—Ni más ni menos. No saben qué inventar esos imbéciles de mágicos para atormentar a la gente honrada.

—¿Y qué has contestado a la ilustrísima eminencia?

—Que si el tal astrólogo hace almanaques no le aconsejo que se los compre.

—¿Por qué?

—Porque para fugaros teníais que convertiros en verderón o en jilguero.

—Desgraciadamente tienes mucha razón. Vamos a jugar a la pelota, La-Ramée.

—Señor, perdóneme Vuestra Alteza, pero necesito media hora...

—¿Para qué?

—Monseñor Mazarino es más orgulloso que vos, aunque a decir verdad no desciende de tan buena familia, y se le ha olvidado convidarme a almorzar.

¿Quieres que mande traerte algo?

—No, señor. Habéis de saber que el pastelero que vivía en frente del castillo, y que se llamaba el tío Marteau...

—¿Qué?

—Ha vendido la tienda hace ocho días a otro de París, que viene a tomar los aires del campo por orden de su médico.

—¿Y qué tengo yo que ver con esto?

—Esperad un poco, señor; sucede que ese maldito pastelero tiene en su aparador una infinidad de golosinas que no puede uno ver sin hacérsele la boca agua.

—¡Goloso!

—Vaya, señor —repuso La-Ramée—, que no es uno goloso porque le guste comer bien. Propio es de la naturaleza humana buscar la perfección en los pasteles como en todo. Pues, señor, ese diantre de pastelero, así que me vio parado delante de su tienda, se vino a mí con la cara llena de harina, y me dijo:

«—Señor La-Ramée, es preciso que hagáis por proporcionarme la parroquia de los presos de la torre. He tomado el establecimiento de mi predecesor porque me aseguró que era proveedor del castillo, y maldito si en los ochos días que estoy aquí me ha comprado el señor de Chavigny por valor de un ochavo.

»—Será —le contesté yo entonces—, porque indudablemente creerá el señor de Chavigny que son malos vuestros pasteles.

»—¡Malos mis pasteles! Vais a juzgarlo, señor La-Ramée, y ahora mismo.

»—Ahora no puedo —le contesté—, porque tengo que volver al castillo.

»—Pues bien —me dijo—, id a vuestros asuntos, ya que lleváis tanta prisa, y volved dentro de media hora.

»—¿Dentro de media hora?

»—Sí. ¿Habéis almorzado? »—Todavía no.

»—Pues venid, y aquí os aguardará un pastel en compañía de una rancia botella de Borgoña.»

—Y ya veis, señor, como estoy en ayunas, quisiera, con permiso de Vuestra Alteza...

La-Ramée se inclinó.

—Anda —dijo el duque—; pero ten presente que no te concedo más que media hora.

—¿Podré prometer al sucesor del tío Marteau que seréis su parroquiano?

—Sí, con tal que no eche setas en sus pasteles; ya sabes —repuso el príncipe— que las setas del bosque de Vicennes son mortales para mi familia.[1]

1. Gabriela d'Estrées, abuela del duque de Beaufort, falleció envenenada con ellas.

La-Ramée marchóse, sin cuidarse de descifrar la alusión, y cinco minutos después entró el oficial de guardia, so pretexto de hacer los honores al príncipe acompañándole; mas en realidad para cumplir las órdenes del cardenal, que como hemos dicho tenía mandado no se perdiese un momento de vista al prisionero.

Pero en aquellos cinco minutos tuvo tiempo el duque de leer otra vez la carta de la señora de Montbazon, en la cual veía una prueba de que sus amigos no le habían olvidado, y de que llevaba adelante el proyecto de su fuga; aún ignoraba cómo podría evadirse, pero formó firme propósito de hacer hablar a Grimaud, por mudo que fuese. Su confianza en éste era tanto mayor, cuando que ya estaba persuadido de que las ofensas que le había inferido tenían el solo objeto de destruir la idea que pudieran concebir los guardias de que se encontraba de acuerdo con él.

Tal estratagema inspiró al duque una idea muy aventajada de la inteligencia de Grimaud, en el cual resolvió confiar con toda seguridad.

XXI.— LO QUE CONTENÍAN LOS PASTELES DEL SUCESOR DEL TÍO MARTEAU

Media hora después volvió La-Ramée, con el buen humor natural del que acaba de comer bien y de beber mejor. Los pasteles habíanle parecido excelentes y el vino delicioso.

El día estaba espléndido y se presentaba muy favorable para el proyectado partido; el juego de pelota de Vicennes estaba al aire libre, y era, por lo tanto, muy fácil hacer lo que Grimaud había encargado al duque.

Sin embargo, hasta que tocaron las dos no se mostró demasiado torpe, porque aquella era la hora convenida. No dejó por eso de perder todos los juegos, tomando de aquí pie para encolerizarse y para ir de mal en peor, según siempre sucede.

A las dos empezaron las pelotas a encaminarse hacia el foso, con no poca satisfacción de La-Ramée, que se apuntaba quince tantos por cada una que *encolaba* el duque. Mas tantas pelotas se encolaron, que a lo mejor se quedaron los jugadores sin poder proseguir su diversión. La—Ramée propuso entonces enviar a buscarlas al foso, pero el duque hizo la juiciosa observación de que se perdería mucho tiempo, y acercándose a la muralla, que por aquel paraje tenía por lo menos, como dijo el oficial, cincuenta pies de altura, divisó a un hombre trabajando en uno de los muchos jardinillos que cultivaban los aldeanos en las inmediaciones del foso.

—¡Hola, amigo! —dijo el duque.

El hombre alzó la cabeza, y el duque estuvo a punto de lanzar una exclamación de sorpresa al reconocer en aquel aldeano, en aquel jardinero, al conde de Rochefort, a quien suponía preso en la Bastilla.

—¿Qué pasa por ahí arriba? —preguntó el hombre.

—Haced el favor de echarme esas pelotas —contestó el duque.

El jardinero movió la cabeza y púsose a arrojar pelotas, que iban recogiendo La-Ramée y los guardias.

Una de ellas cayó tan cerca del duque, que conociendo éste que iba expresamente dirigida a él, la recogió y guardóla en el bolsillo. Haciendo en seguida al jardinero un ademán de gracias, volvió a su juego.

Mas el duque estaba en mal día; las pelotas continuaban desfilando por derecha e izquierda, en vez de conservarse en los límites del juego: dos o tres de ellas volvieron a caer en el foso, y como no se hallaba allí el jardinero para arrojarlas otra vez, hubo de considerarlas como perdidas. Últimamente el duque dijo que le daba vergüenza de lo mal que lo hacía, y que no quería seguir.

La-Ramée no cabía en sí de orgullo por haber vencido tan completamente nada menos que a un príncipe de la sangre.

El príncipe volvió a su habitación y se acostó. Casi todo el día lo pasaba echado desde que carecía de libros.

La-Ramée cogió los vestidos del príncipe so pretexto de que se hallaban llenos de polvo, y que iba a mandar que los limpiasen; pero en realidad era para que el príncipe no pudiera moverse de la cama. El buen La-Ramée era hombre prevenido.

Afortunadamente, el príncipe tuvo tiempo para esconder la pelota debajo de la almohada.

Así que se marchó La-Ramée, cerrando de paso la puerta, rompió el duque el forro de la pelota con los dientes, porque no le habían dejado ningún instrumento cortante; las hojas de los cuchillos que empleaba para comer eran de plata, muy delgadas, y no tenían filo.

Debajo del forro había un papel que contenía las siguientes líneas:

«Señor: Vuestros amigos están alerta; se acerca la hora de vuestra libertad. Pedid pasado mañana para comer un pastel de la tienda inmediata, que hace pocos días ha mudado de dueño; su actual poseedor no es otro que Noirmond, vuestro mayordomo; no habráis el pastel hasta que os encontréis solo; espero que quedéis satisfecho de su contenido.

»El más apasionado servidor de vuestra alteza, en la Bastilla como en todas partes.

»CONDE DE ROCHEFORT.»

«P. D. Vuestra alteza puede confiar enteramente en Grimaud, muchacho de suma penetración y no menor adhesión a nuestro partido.»

El duque de Beaufort, a quien habían puesto de nuevo lumbre para calentarse, luego de renunciar a la pintura, quemó la carta, como había quemado, aunque con más sentimiento, la de madame de Montbazon e iba a hacer lo mismo con la pelota, cuando ocurriósele que podía serle útil para contestar a Rochefort.

Al ruido de sus pasos entró La-Ramée, cuya vigilancia no disminuía un momento, y preguntó:

—¿Necesita el señor algo?

—Tenía frío —contestó el duque—, y estaba atizando la lumbre; no ignoras que los aposentos de la torre de Vincennes tienen fama de frescos. Se puede guardar hielo en ellos, y en algunos se coge salitre. Las habitaciones en que murieron Puy-Laurens, el mariscal Ornano, y mi tío el gran prior, valían por este concepto lo que pesan en arsénico, según dijo madame de Rambouillet.

Y el duque volvió a acostarse, metiendo la pelota debajo de la almohada. La-Ramée se sonrió; el oficial tenía un fondo excelente; había tomado cariño a su ilustre prisionero, y habría sentido mucho cualquier desgracia que le hubiera sucedido. Y como no se podían negar las desgracias acaecidas a los tres personajes que había nombrado el duque, le dijo:

—Señor, no tengáis semejantes ideas. Esos pensamientos son los que matan, y no el salitre.

—Bueno es eso —contestó el duque—; si yo pudiera ir como vos a comer pasteles y beber vino de Borgoña a casa del sucesor del tío Marteau, estaría más distraído.

—En verdad, señor —contestó La-Ramée—, que los pasteles son superiores y el vino soberbio.

—Por poco que valgan su bodega y su cocina —repuso el duqueserán preferibles a las de M. de Chavigny.

—¿Y por qué no los probáis? —dijo La-Ramée, cayendo incautamente en el lazo—. Esta mañana le he prometido que seríais su parroquiano.

—Hombre, dices bien —respondió el duque—; si he de estar aquí toda mi vida, como ha tenido la amabilidad de insinuar monseñor Mazarino, necesito buscar alguna distracción para cuando sea viejo, y no me parece mal hacerme gastrónomo.

—Tomad mi consejo, señor —dijo La-Ramée—; no esperéis a ser viejo.

—Bueno dijo para sí Beaufort—; todo hombre tiene uno o dos pecados capitales para perder su cuerpo y su alma; parece que el amigo La-Ramée inclínase a la gula: no lo echaré en saco roto.

Y repuso en voz alta:

—Querido La-Ramée, creo que pasado mañana es fiesta.

—Sí, señor, Pascua de Pentecostés.

—¿Queréis darme una lección?

—¿De qué?

—De gastronomía.

—Con mucho gusto, señor.

—Pero una lección en regla y a solas. Enviaremos a los guardias a comer a la cantina de Chavigny, y tendremos aquí un banquete, cuya dirección os encargo.

—¡Hum! —murmuró La-Ramée.

La oferta era tentadora, pero La-Ramée, a pesar de la idea desventajosa que su presencia había inspirado al cardenal, tenía experiencia y veía todos los lazos que puede armar un prisionero. El príncipe había dicho que tenía a su disposición cuarenta medios para escaparse. ¿Habría engaño en aquella proposición?

Después de reflexionar un instante, resolvió encargar en persona los manjares y el vino, para que no pudiesen contener los primeros ninguna clase de polvos, ni el segundo ningún licor exótico. Respecto a embriagarle, no podía el duque tener tal pretensión: sólo el pensarlo hizo asomar una sonrisa a los labios de La-Ramée; luego ocurriósele un recurso que lo conciliaba todo.

El duque observaba con bastante inquietud el monólogo íntimo de La-Ramée, que se iba traduciendo en su semblante; al fin se despejó el rostro del oficial.

—¿En qué quedamos? —preguntó el duque.

—Acepto con una condición.

—¿Qué condición?

—Que Grimaud nos sirva a la mesa.

No podía La-Ramée proponer al duque cosa que más le conviniera. Este, sin embargo, tuvo bastante fuerza de voluntad para dar a su cara una expresión de disgusto.

—¡Vaya al diablo Grimaud! —dijo—. Nos va a aguar la fiesta.

—Le mandaré que se ponga detrás de vuestra alteza, y como no despega los labios, vuestra alteza no lo verá ni lo oirá, pudiendo figurarse, con algo de buena voluntad, que está a cien leguas de distancia.

—Amigo mío —dijo el duque—, ¿sabéis lo que saco en limpio de todo esto? Que desconfiáis de mí.

—Señor, pasado mañana es Pascua.

—¿Y qué? ¿Teméis que baje el Espíritu Santo, en forma de lengua de fuego, para abrirme las puertas de mi encierro?

—No, señor; pero ya os he dicho lo que ha profetizado ese maldito mágico.

—¿Y qué ha profetizado?

—Que no pasará el primer día de la Pascua sin que Vuestra Alteza esté fuera de Vincennes.

—¿Crees tú en los mágicos, necio?

—No me importan un comino, pero monseñor Giulio tiene la debilidad de ser supersticioso como buen italiano.

El duque encogióse de hombros.

—Enhorabuena —dijo con una indiferencia perfectamente fingida—; acepto a Grimaud, porque comprendo que no hay otro remedio; pero que no venga nadie más que él. A vuestro cargo queda todo: encargad el banquete como gustéis; el solo plato que yo designo es uno de esos pasteles de que me habéis hablado. Encargadlo expresamente para mí, a fin de que el sucesor de tío Marteau eche el resto, y manifestarle que seré su parroquiano, no sólo mientras esté aquí, sino cuando salga.

—¿Luego aún tenéis esperanza de salir? —preguntó La—Renée.

—Es claro —replicó el príncipe—; aunque no sea más que cuando muera Mazarino: tengo quince años menos que él. Es cierto —añadió sonriéndose—, que en Vincennes se vive más de prisa.

—¡Señor! —dijo La-Ramée.

—O se muere más pronto, es igual —añadió el duque.

—Señor —dijo La-Ramée—, voy a encargar la comida.

—¿Creéis sacar algún partido de vuestro discípulo de gastronomía?

—Así lo espero, señor.

—Si te da tiempo para ello —murmuró el duque.

—¿Qué dice, señor?

—Digo que no reparéis en gastos, ya que el señor cardenal tiene a bien pagar nuestra pensión.

La-Ramée se detuvo a la puerta.

—¿A quién quiere moñseñor que envíe aquí?

—A cualquiera, excepto a Grimaud.

—Entonces le diré al oficial de guardias que venga.

—Y que traiga el juego de ajedrez.

—Está bien.

Y La-Ramée se marchó.

Cinco minutos después entró el oficial de guardias, y el duque de Beaufort se entregó profundamente a las complicadas combinaciones del jaque-mate.

Cosa particular es el pensamiento, y las revoluciones que obran en él un signo, una palabra, una esperanza. Cinco años hacía que permanecía el duque encarcelado, y al volver la vista atrás le parecían, a pesar de lo lentamente que habían transcurrido, menos largos que los días, que las cuarenta y ocho horas que le separaban del momento señalado para su fuga.

Otra cosa le tenía también con gran inquietud; el modo como debía verificarse dicha evasión. Habíanle hecho esperar un buen resultado; pero ocultándole los detalles. ¿Qué contendría el misterioso pastel? ¿Tenía amigos después de cinco años de prisión? En este caso era un príncipe harto privilegiado.

Olvidaba el duque que también una mujer se había acordado de él, cosa aún más extraordinaria, aun cuando aquella mujer no le hubiera sido escrupulosamente fiel.

Eran estas razones más que suficientes para tener pensativo al duque de Beaufort; sucedió con el ajedrez lo que con el juego de pelota; el duque cometió torpeza tras torpeza, y el oficial le derrotó por la tarde como La-Ramée por la mañana.

Mas sus derrotas le ofrecieron la ventaja de entretenerle hasta las ocho de la noche, o lo que es lo mismo, hacerle ganar tres horas; estaba próxima la de acostarse, y el sueño debía ir en su auxilio.

Así lo pensaba el duque a lo menos, pero el sueño es una divinidad sumamente caprichosa, y justamente se hace de rogar más cuando más se la invoca. El duque le esperó hasta medianoche, dando tantas vueltas sobre los colchones, como San Lorenzo sobre sus parrillas. Al fin consiguió dormirse.

Pero antes de amanecer estaba despierto. Había tenido ciertos sueños fantásticos: soñó que naturalmente le brotaban alas; quiso volar y al principio sostúvose perfectamente en el aire; pero al llegar a cierta altura, faltóle de repente su extraordinario apoyo, rompiéronse sus alas, le pareció rodar por abismos sin fondo, despertando bañado en sudor, como si en efecto hubiese dado una caída aérea.

Durmióse nuevamente para perderse en un dédalo de sueños a cual más disparatados; apenas cerró los ojos, su espíritu absorto enteramente en la idea de su fuga, volvió a pensar en ella, aunque por diferente estilo. Figuróse que había encontrado un conducto subterráneo para salir de Vincennes, y que entraba en él; Grimaud iba delante con una linterna; pero poco a poco se estrechaba la galería, y sin embargo, el duque continuaba adelante, tanto se iba estrechando el subterráneo, que al fin el fugitivo no podía seguir su camino. Las paredes se contraían y apretábanle el cuerpo; hacía esfuerzos inauditos para avanzar; pero todos eran inútiles; veía a Grimaud que seguía andando delante de él con su linterna, y quería llamarle para que le ayudase a librarse de aquel desfiladero que le oprimía la respiración, pero tampoco podía pronunciar palabra. Después oía en la extremidad por donde había entrado, los pasos de la gente que le perseguía. Estos pasos iban aproximándose cada vez más; estaba descubierto. Las paredes, como si estuvieran de acuerdo con sus enemigos, le apretaban más cuanto más necesario era huir; oíase por fin la voz de La-Ramée y aparecía éste. El oficial tendía la mano y se la ponía sobre el hombro soltando una carcajada; después le cogían y le llevaban al aposento bajo y abovedado en que fallecieron el mariscal Omano, Puy—Lauarens y su tío; veíanse sus tres tumbas algo más altas que el pavimento, y al lado había otra fosa abierta esperando un solo cadáver.

Cuando despertó el duque hizo tantos esfuerzos para estar desvelado, como hiciera antes para dormirse, y al entrar La-Ramée, le encontró tan pálido y fatigado, que le preguntó si estaba enfermo.

—En efecto —dijo uno de los guardias que habíase acostado en su mismo aposento, no pudiendo dormir por un dolor de muelas que le había causado la humedad—, monseñor ha tenido una noche sumamente agitada, y algunas veces ha pedido socorro en sueños.

—¿Qué tiene, monseñor? —preguntó La-Ramée.

—¿Qué he de tener, necio? Que me rompiste ayer los cascos con tus habladurías sobre mi evasión, y que me has hecho soñar que me escapaba, pero estrellándome en el camino.

La-Ramée soltó la carcajada, y dijo:

—Ved aquí, señor, un aviso del cielo; espero que no cometáis semejantes imprudencias más que en sueños.

—Y tenéis razón, apreciable La-Ramée —dijo el duque limpiándose el sudor que corría por su frente, aunque ya estaba enteramente despejado—; no quiero pensar en otra cosa más que en comer y beber.

—¡Silencio! —dijo La-Ramée.

Y fue alejando a los guardias unos después de otros con diferentes pretextos.

—¿Qué hay? —preguntó el duque luego que estuvieron solos.

—Ya está encargada la comida —dijo La-Ramée.

—¡Bien! —exclamó el príncipe—. ¿Y de qué se compone? Vamos a ver, señor mayordomo.

—Monseñor me dio facultades omnímodas.

—¿Tendremos pastel?

—Desde luego, tan grande como un castillo.

—¿Hecho por el sucesor de Marteau?

—Así lo he encargado.

—¿Dijiste que era para mí? —Sí.

—¿Qué respondió?

—Que haría todo lo posible por complacer a Vuestra Alteza.

—Está bien —exclamó el duque restregándose las manos.

—Diantre, señor —dijo La-Ramée—, pronto os habéis hecho gastrónomo; nunca os he visto tan contento.

El duque comprendió que no había sabido dominarse; pero en aquel momento entró Grimaud; como si hubiera estado en acecho y comprendido lo urgente que era cambiar el curso .de las ideas de LaRamée. Le hizo seña de que tenía que hablarle. La-Ramée se acercó a él y Grimaud dijole algunas palabras en voz baja.

El duque entretanto recobró la serenidad.

—Tengo mandado a ese hombre —dijo—, que no se presente aquí sin mi venia.

—Señor —contestó La-Ramée— él no tiene la culpa, yo le he llamado.

—¿Para qué? Bien sabéis que no le puedo ver.

—Pero también sabe monseñor lo que hemos convenido: Grimaud ha de servirnos la famosa comida. ¿Ya ha olvidado el señor la comida?

—No, pero había olvidado a Grimaud.

—Sin él no hay nada de lo dicho.

—Vaya, pues haced lo que gustéis; a nada me opongo.

—Acercaos, amigo —dijo La-Ramée—, y escuchadme con atención. Grimaud acercóse con cara de mal humor. La-Ramée continuó:

—Monseñor me ha hecho la honra de convidarme a comer mañana en su compañía.

Grimaud hizo un ademán dando a entender que no le importaba. —Sí tal; os interesa —dijo La-Ramée—. Vais a tener el honor de servirnos a la mesa: por buen apetito y mucha sed que tengamos, siempre quedarán algunos restos en los platos y en las botellas y estos restos serán para vos.

Grimaud se inclinó dando las gracias.

—Y ahora, señor —continuó La-Ramée—, permítame Vuestra Alteza que me retire: parece que el señor de Chavigny va a ausentarse por algunos días, y antes de marcharse quiere darme órdenes.

El duque miró a Grimaud, mas éste permaneció impasible.

—Id con Dios —dijo el duque a La-Ramée—, y volved cuanto antes.

—¡Qué! ¿Quiere monseñor tomar la revancha de los juegos que perdió ayer?

Grimaud volvió imperceptiblemente la cabeza de arriba abajo.

—Sí dijo el duque—, y tened presente, querido La-Ramée, que tras un día viene otro: es decir, que hoy me propongo venceros completamente.

La-Ramée se marchó; Grimaud siguióle con la vista sin variar de postura ni una línea, pero cuando vio cerrada la puerta sacó rápidamente del tobillo un lápiz y un pedazo de papel y dijo:

—Escribid, señor.

—¿Qué?

Grimaud señaló el papel y dictó:

«Todo está corriente para mañana a la noche; estad en observación de siete a nueve; tened preparados dos caballos; bajaremos por la primera ventana de la galería.»

—¿Nada más?

—Nada más. Firmad. El duque firmó.

—¿Ha perdido el señor la pelota?

—¿Cuál?

—La que contenía la carta.

—No, la guardé por si nos era útil. Aquí está.

El duque sacó la pelota de debajo de la almohada y presentósela a Grimaud.

Este se sonrió con todo el agrado que pudo.

—¿Qué hacemos con ella? —dijo el duque.

—Meter el papel, coser el forro y enviarla al foso cuando estéis jugando.

—¿Y si se pierde?

—No se perderá; alguien la recogerá.

—¿Un jardinero?

Grimaud hizo una seña afirmativa.

—¿El mismo de ayer?

Grimaud repitió su seña.

—Entonces es el conde de Rochefort. Grimaud repitió de nuevo su seña.

—Pero veamos —dijo el duque—; dame algunos detalles de mi evasión.

—Me lo han prohibido hasta el mismo instante de la ejecución.

—¿Quiénes me han de esperar al otro lado del foso?

—Lo ignoro, señor.

—Pero dime siquiera el contenido de este famoso pastel, si no quieres que me vuelva loco.

—Señor —dijo Grimaud—, contendrá dos puñales, una cuerda y una mordaza.

—Comprendo.

—Ya ve el señor que habrá para todos.

—Sí, nos quedaremos con los puñales y cuerda —dijo el duque.

—Y La-Ramée se comerá la pera —respondió Grimaud.

—Amigo Grimaud —añadió el duque—, pocas veces hablas, pero cuando lo haces preciso es confesar que eres oportuno.

XXII.— UNA AVENTURA DE MARÍA MICHON

En tanto que fraguaban sus proyectos de evasión el duque de Beaufort y Grimaud, entraban en Paris por la calle del Faubourg SaintMarcel dos hombres a caballo, a quienes seguía un lacayo. Estos eran el conde de la Fére y el vizconde de Bragelonne.

Era aquella la primera vez que iba'el joven Raúl a París, y Athos no reveló mucho tacto en favor de la capital, su antigua amiga, mostrándosela por aquel lado, pues preciso es declarar que la última aldea de Turena tiene mejor aspecto que París por la parte que mira a Blois. En mengua de la, célebre ciudad, debemos decir, por tanto, que causó muy poco efecto en el joven.

Athos conservaba su porte de indolencia y serenidad.

Llegados a Saint—Medard, Athos, que servía de guía a su compañero de viaje en aquel inmenso laberinto, condújole por varias calles hasta la de Férou, en cuyo promedio se levantaba una casa de mediana apariencia que el conde enseñó sonriéndose a su ahijado.

—Mirad, Raúl —le dijo—, en esta casa he pasado siete años de los más dulces y crueles de mi vida.

El joven se sonrió también, y saludó a la casa. La veneración de Raúl a su protector se manifestaba en todos los actos de su vida.

Por lo que toca a Athos, ya hemos dicho que no era sólo Raúl el centro, sino el único objeto de sus afectos, aparte de sus antiguos recuerdos del ejército; fácil es ver cuán tierna y profundamente le amaría.

Detuviéronse los dos viajeros en la calle du Vieux-Colombier en la posada del *Zorro verde,* conocida antigua de Athos, quien solía frecuentarla en otro tiempo con sus amigos; pero en el transcurso de veinte años había sufrido la posada muchas variaciones, empezando por sus amos.

Entregaron los viajeros a un mozo sus caballos, encargándole que los cuidara en un todo como a animales de distinguida raza, que no les diese más que paja y avena, y que les lavase el pecho y las piernas con vino caliente. Aquel día habían caminado veinte leguas.

Después de cuidar de sus cabalgaduras, según debe hacer todo buen caballero, pidieron para sí dos aposentos.

—Tenéis que vestiros, Raúl —dijo Athos—; voy a presentaros a una persona.

—¿Hoy? —dijo el joven.

—Dentro de media hora. El joven hizo un saludo.

Menos infatigable que Athos, el cual parecía de hierro, quizá hubiera preferido Raúl meterse en la cama después de darse un baño en el Sena, del que tanto había oído hablar, estando, sin embargo, persuadido de que sería inferior al Loira; pero ya hecha la insinuación del conde de la Fère, tocábale sólo obedecerla.

—Poneos lo mejor vestido que podáis —dijo Athos—; deseo que parezcáis bien.

—Por supuesto —repuso el joven sonriéndose—, que no se tratará de casarme. No ignoráis mis compromisos con Luisa.

Athos volvió a sonreírse.

—Calmaos —dijo—; no hay nada de eso, aunque es cierto que os voy a presentar a una mujer.

—¿A una mujer? —preguntó Raúl.

—Sí, y quiero que la améis por añadidura.

Miró Raúl al conde con cierta inquietud, pero su sonrisa le tranquilizó.

—¿Y qué edad tiene? —preguntó el vizconde de Bragelonne.

—Querido Raúl, sabed para de hoy en adelante que esa pregunta nunca se hace. Cuando en el rostro de una mujer podéis leer su edad, es inútil preguntársela, y cuando no, es indiscreto.

—¿Y es bella?

—Dieciséis años hace que pasaba, no sólo por la más linda, sino también por la más graciosa de Francia.

Esta contestación devolvió al vizconde toda su serenidad, porque Athos no podía pensar en casarle con una mujer que pasaba por la más linda y graciosa de Francia un año antes de que él naciese.

Retiróse, por tanto, a su aposento, y con el coquetismo que tan bien sienta a la juventud, trató de seguir los consejos de Athos, vistiéndose con el mayor esmero posible, con el fin de parecer bien, lo cual era fácil, según lo que le había favorecido la naturaleza.

Cuando volvió a presentarse a Athos, le recibió éste con la cariñosa sonrisa que empleaba antiguamente con Artagnan, aunque revestida de una ternura aún más profunda para con Raúl.

Athos examinó sucesivamente sus pies, sus manos y sus cabellos, señales características en cada familia. Caían en rizos sus negros cabellos, elegantemente partidos al uso de aquel tiempo; sus guantes de gamuza gris, en armonía con su gorra de fieltro, dibujaban una mano fina y elegante, mientras que sus botas, del mismo color que los guantes, ceñían un pie parecido al de un niño de diez años.

—Vaya —murmuró—; si no queda contenta de él, será de un gusto muy delicado.

Eran las tres de la tarde, la mejor hora para hacer visitas. Salieron ambos viajeros de su posada, y encaminándose por la calle de Santo Domingo, llegaron a un magnífico edificio situado enfrente de los Jacobinos con el escudo de armas de los Luynes sobre la puerta.

—Aquí es —dijo Athos.

Entró en el palacio con paso firme y seguro, como hombre que tiene derecho a hacerlo así, y después de subir por la escalera principal, preguntó a un lacayo vestido de librea de gala si se hallaba visible la señora duquesa de Chevreuse y si podía recibir al señor conde de la Fère.

Momentos después, volvió el lacayo, diciendo que aunque la señora duquesa no tenía el honor de conocer al señor conde de la Fère, estaba dispuesta a recibirle.

Siguió Athos al lacayo y atravesó tras él una larga serie de habitaciones, deteniéndose por fin delante de una puerta cerrada. Hallábanse en una sala. Athos hizo una seña al vizconde de Bragelonne para que no pasase de allí.

El lacayo abrió la puerta y anunció al señor conde de la Fère.

Madame de Chevreuse, nombrada por nosotros frecuentemente en *Los Tres Mosqueteros,* sin que hayamos tenido ocasión todavía de ponerla en escena, pasaba todavía por una mujer hermosa; y en efecto, aunque en aquel tiempo podía contar de cuarenta y cuatro a cuarenta y cinco años, apenas representaba treinta y ocho o treinta y nueve. Sus hermosos cabellos se conservaban rubios; todavía tenía sus vivos y penetrantes ojos, tantas veces abiertos para las intrigas, como cerrados por el amor, y su talle de ninfa la hacían parecer aún, vista por detrás, la joven que saltaba con Ana de Austria el foso de las Tullerías, que privó a la corona de Francia de un heredero en 1623.

Por lo demás, era siempre la joven aturdida y extraña, cuyos amores han dado una cierta celebridad a su familia.

Hallábase en un gabinetito cuya ventana caía al jardín y que estaba adornado con colgaduras de damasco azul con flores de color rosa y follaje de oro, según la moda introducida por la señora de Rambouillet. Gran coquetismo revelaba en una mujer de la edad de la señora de Chevreuse el ocupar semejante gabinete, sobre todo en la actitud que en aquel momento tenía, recostada en un sillón y apoyada la cabeza en la colgadura.

En la mano tenía un libro entreabierto, y un almohadón sostenía su brazo.

Al oír el anuncio del lacayo se incorporó y levantó la cabeza con curiosidad.

Athos se presentó.

Iba vestido de terciopelo color de violeta con alamares análogos; los herretes eran de plata y la capa no tenía ningún bordado de oro; sobre su negra gorra campaba solitariamente una pluma de igual color del vestido. Calzaba botas de cuero negro, y de su cinturón pendía la magnífica espada que tantas veces había admirado Porthos en la calle de Ferou, sin que consintiera nunca Athos en prestársela. El cuello de su camisa era de encaje, y sobre la campana de sus botas llevaba una especie de vueltas de igual tejido.

La persona anunciada a la señora de Chevreuse, con un nombre que le era completamente desconocido, respiraba tal aire de nobleza, que aquélla levantóse a medias y le hizo un gracioso ademán para que se sentara a su lado.

Athos obedeció haciendo una cortesía. El lacayo iba a retirarse, mas una seña de Athos le obligó a detenerse.

—Señora —dijo a la duquesa—, he tenido la audacia de presentarme en vuestra casa sin que me conozcáis; audacia coronada con el mejor éxito, pues que os habéis dignado recibirme. Ahora tengo la de suplicaros media hora de conversación.

—Está concedida, caballero —respondió la señora de Chevreuse, con sonrisa en extremo agradable.

—Pero no está dicho todo, señora. ¡Oh! Yo soy muy ambicioso. La conversación que solicito ha de ser a solas; muchísimo desearía que no nos interrumpieran.

—No estoy en casa para nadie —dijo la duquesa de Chevreuse al lacayo—. Despejad.

El lacayo obedeció.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se examinaron sin ninguna turbación aquellos dos seres que con tanta perspicacia se habían reconocido desde luego como personas de elevada cuna.

La primera que rompió el silencio fue la duquesa, que dijo afablemente:

—Vamos, caballero, ¿no veis que estoy aguardando con impaciencia?

—Y yo, señora —contestó Athos—, estoy contemplando con admiración.

—Necesito que me perdonéis, porque deseo saber cuanto antes quién sois. Es indudable que pertenecéis a la corte, y sin embargo, nunca os he visto en ella. Acaso acabáis de salir de la Bastilla.

—No, señora —respondió Athos, sonriendo—; pero quizá estoy en camino para entrar en ella.

—¡Ah! En ese caso decid pronto quién sois y marchaos —exclamó la duquesa con su gracia peculiar—, porque ya estoy demasiado comprometida y no quiero comprometerme más.

—¿Quién soy, señora? Ya os han dicho mi nombre: soy el conde de la Fére, pero nunca me habéis oído nombrar. Antes me llamaba de otro modo, que tal vez habréis sabido, pero que, naturalmente, tendréis olvidado.

—¿Cómo os llamabais?

—Athos.

La duquesa quedó sorprendida; se conocía que aquel nombre no se había borrado enteramente de su memoria, aunque se hallase confundido con otros recuerdos.

—¿Athos? —dijo—. Aguardad...

Y apoyó la frente sobre las dos manos, como para obligar a sus fugitivas ideas a detenerse un momento para fijar de una vez el recuerdo que buscaba.

—¿Deseáis que os ayude? —preguntó Athos.

—Sí tal —dijo la duquesa, cansada de esperar—; me haréis un favor.

—Ese Athos estaba relacionado con tres jóvenes mosqueteros llamados Artagnan, Porthos y..

Athos se detuvo.

—¿Y Aramis? —dijo rápidamente la duquesa.

—Justamente —respondió Athos—; veo que no habéis olvidado del todo ese nombre.

—No —respondió la duquesa—, no ¡pobre Aramis! Bellísimo sujeto, elegante, discreto y poeta; creo que ha acabado muy mal.

—Sí; se ha hecho clérigo.

—¡Qué desgracia! —dijo con negligencia la duquesa, jugando con su abanico—. Gracias, caballero.

—¿Por qué?

—Por haber evocado este recuerdo, que es uno de los más agradables de mi juventud.

—Entonces, me permitiréis que evoque otro.

—¿Se relaciona con ése?

—Sí y no.

—No tengo inconveniente —dijo madame de Chevreuse—. Con un hombre como vos puede arriesgarse todo.

Athos hizo un saludo.

—Aramis —prosiguió— era amigo de una costurera de Tours.

—¿De Tours? —preguntó la señora de Chevreuse.

—Sí, una prima suya llamada María Michon.

—¡Ah! La conozco —dijo la señora de Chevreuse—; es aquella a quien solía escribir desde el sitio de la Rochela sobre un complot contra el duque de Buckingham.

—La misma —contestó Athos—. ¿Me permitís que os hable de ella?

—Sí, como no la tratéis muy mal.

—Sería muy ingrato —dijo Athos—, y considero la ingratitud, no como un defecto ni como un crimen, sino como un vicio que aun es peor.

—¿Ingrato vos con María Michon? —dijo la duquesa de Chevreuse mirando detenidamente a Athos—. ¿Cómo así? No la conocéis personalmente.

—¿Quién sabe, señora? —respondió Athos—. Suele decirse que sólo las montañas no se encuentran unas con otras.

—¡Oh! Continuad, caballero, continuad —dijo vivamente la duquesa—, porque no podéis figuraros cuánto me entretiene vuestra conversación.

—Con tal permiso voy a proseguir. Esa prima de Aramis, esa María Michon, esa joven costurera, en fin, tenía, a pesar de su humilde condición, las mejores relaciones: llamaba amigas a las damas de la primera nobleza, y la reina dábale el nombre de hermana, a pesar de la altivez que debía inspirarle su doble cualidad de austríaca y española.

—¡Ah! —exclamó madame de Chevreuse, exhalando un ligero suspiro y frunciendo levemente las cejas por un movimiento que le era peculiar—. Mucho han variado las cosas desde entonces.

—Y tenía razón la reina —prosiguió Athos— porque ella le profesaba gran adhesión, tanto que le servía de intermediaria con su hermano el rey de España.

—De lo cual —contestó la duquesa— se la acusa hoy como de un grave crimen.

—Así, pues —prosiguió Athos—, el cardenal, el verdadero cardenal, el otro, resolvió un día mandar prender a la pobre María Michon y llevarla al castillo de Loches. Afortunadamente no se hizo con tanto secreto que no se vislúmbrase algo; se había previsto el caso, disponiendo que si amenazaba algún riesgo a María Michon, la reina haría llegar a sus manos un devocionario encuadernado en terciopelo negro.

—Así es; estáis bien enterado —dijo la duquesa.

—El príncipe de Marsillac llevó cierta mañana el libro a su destino; no había que perder tiempo. Afortunadamente, María Michon y una criada que tenía, llamada Ketty, sabían llevar muy bien el traje de hombre. El príncipe facilitó al ama un traje de caballero y a la criada otro de lacayo, junto con dos excelentes caballos, y entrambas fugitivas salieron rápidamente de Tours con dirección a España, estremeciéndose al menor ruido, caminando siempre por sendas extraviadas y pidiendo hospitalidad cuando no encontraban posada.

—Exactamente así pasó —exclamó madame de Chevreuse—. Sería muy curioso...

Aquí se detuvo la duquesa.

—¿Que siguiese a las fugitivas hasta el fin de su viaje? —dijo Athos—. No, señora, no abusaré de vuestra bondad, y sólo las acompañaremos hasta un villorrio del Limousin, entre Tulle y Angulema, que se llama Roche l'Abeille.

La señora de Chevreuse exhaló un grito de sorpresa, y miró al ex mosquetero con una expresión de asombro que hizo sonreír a Athos.

—Pues lo que falta —prosiguió éste—, es todavía más extraño.

—Debéis de ser mágico, caballero —dijo la señora de Chevreuse—: todo lo espero de vos, pero, al fin y al cabo... no importa, proseguid.

—La jornada había sido penosa, hacía frío, era el 11 de octubre. Aquel villorrio no tenía castillos ni posadas, y las casas de los aldeanos eran humildes y nada limpias. María Michon, persona aristocrática como la reina, su hermana, estaba acostumbrada a perfumes y a sábanas finas. Resolvió, pues, pedir hospitalidad al párroco del pueblo.

Athos hizo una pausa.

—Llamaron los dos viajeros a la puerta, era tarde, y el sacerdote, que estaba acostado, les gritó que entraran. Haciéndolo así, pues la puerta no estaba cerrada con llave: en los pueblos reina la mayor confianza. Una lámpara iluminaba el aposento que ocupaba el cura. María Michon, que parecía el caballero más gallardo del mundo, empujó la puerta, y pidió hospitalidad.

»—Con mucho gusto —respondió el cura—, si os contentáis con los restos de mi cena y la mitad de mi alcoba.

»—Consultaron entre sí las viajeras un momento; el párroco las oyó reírse; después contestó el amo, mejor dicho, el ama:

»—Gracias, señor cura; acepto.

»—Cenad, pues, y haced el menor ruido que podáis —respondió el sacerdote—, porque yo también he andado mucho hoy y tengo ganas de dormir. »

La señora de Chevreuse pasaba evidentemente de la sorpresa al asombro y del asombro al estupor; su cara adquirió una expresión difícil de describir mirando a Athos, conocíase que quería hablar, y que sin embargo callaba por no perder una sola palabra de su interlocutor.

—¿Y después? —dijo.

—¿Después? —respondió Athos—. Aquí entra lo difícil...

—Hablad, hablad, hablad. A, mí todo me lo podéis decir. Además, eso no me interesa directamente; son negocios de la señora María Michon.

—¡Ah! Es cierto —dijo Athos—: prosigo. Cenó María con su criada, y después de cenar, aprovechándose del permiso de su huésped, entró en el cuarto en que éste descansaba, mientras se acomodaba Ketty en una poltrona del primer cuarto, que fue precisamente en el mismo que cenaron.

—Como no seáis el demonio en persona dijo la señora de Chevreuse—, no sé de qué modo podéis estar al corriente de tales pormenores.

—La tal María Michon era una de esas criaturas encantadoras y a la par locas que conciben a cada instante ideas a cual más extravagantes, y que parecen nacidas para nuestra condenación. Y pensando en que su huésped era sacerdote, se le ocurrió a la coqueta que podía añadir uno más a los mil alegres recuerdos que guardaba para su ancianidad condenando a un clérigo.

—Conde —dijo la duquesa—, os aseguro bajo mi palabra que me estáis causando miedo.

—¡Ah! —añadió Athos—. El pobre cura no era ningún San Antonio, y ya he dicho que María Michon era una criatura adorable.

—Caballero —dijo la duquesa, asiendo las manos de Athos—, decidme ahora mismo cómo habéis sabido todos esos pormenores, o mando llamar a un fraile para que os exorcice.

Athos echóse a reír.

—Nada más fácil, señora. Un caballero encargado de una comisión importante había ido una hora antes que vos a pedir hospitalidad al sacerdote a tiempo que éste salía, no sólo de su casa, sino del pueblo, para pasar la noche junto a un moribundo. El bendito sacerdote, lleno de confianza en su huésped, que era además todo un caballero, cedióle su casa, su cena y su cama. Él fue el que realmente recibió a María Michon.

—Y ese caballero, ¿quién era?

—Era yo, el conde de la Fère —dijo Athos, levantándose y saludando respetuosamente a la duquesa de Chevreuse.

Esta se quedó un momento parada; pero luego se echó a reír, diciendo:

—¡Ja, ja! ¡Es gracioso el lance! Vamos, que la loca de María ganó en el cambio. Sentaos, apreciable conde, y proseguid vuestra relación.

—Ahora tengo que acusarme, señora. Ya os he dicho que mi viaje tenía un objeto importante: al amanecer me levanté y salí del cuarto sin despertar a mi encantadora compañera. En el primer cuarto dormía en un sillón la criada, digna en todo de semejante ama. Sorprendido por la gracia de su rostro, me acerqué y reconocí a aquella Ketty que debía su colocación a nuestro amigo Aramis. Así descubrí que la seductora viajera era...

—María Michon —dijo con viveza la señora de Chevreuse.

—Pues... María Michon —contestó Athos—. Salí de la casa, fui a la caballeriza, encontré ensillado mi caballo y listo a mi lacayo y echamos a andar.

—¿Y no habéis vuelto a pasar por aquel pueblo? —preguntó la duquesa.

—Un año después, señora.

—¿Y qué?

—Fui a ver al buen párroco, y lo encontré muy apurado con un suceso cuya significación no comprendía. Ocho días antes le habían enviado un hermoso niño de tres meses con un bolsillo lleno de oro y un papel que sólo contenía estas palabras: «11 de octubre de 1633.»

—Era la fecha de aquella extraña aventura.

—Sí, pero nada sacaba en claro el pobre cura, sino que había pasado la noche con un moribundo, porque María Michon se marchó también antes de que él regresara.

—Ya sabréis que cuando María volvió a Francia en 1643 tomó todos los informes que pudo acerca de aquel niño que no había podido conservar a su lado estando fugitiva. Como ya estaba en París, deseaba darle educación a su lado.

—¿Y qué le dijo el cura? —preguntó Athos.

—Que un caballero a quien no conocía tuvo a bien encargarse del niño, respondiendo de su suerte futura y llevándoselo consigo.

—Dijo la verdad.

—Ya lo comprendo. Ese caballero erais vos, era su padre.

—Silencio, señora. No habléis tan alto; está ahí.

—¿Está ahí? —preguntó la duquesa levantándose rápidamente¡Está ahí mi hijo!... ¡El hijo de María Michon!... ¡Ah! Quiero verle al instante.

—Tened presente, señora, que no conoce a su padre ni a su madre —dijo Athos.

—Habéis guardado el secreto y me lo traéis así, persuadido de que me causaréis una inmensa satisfacción. ¡Oh! Gracias, gracias, caballero —exclamó la señora de Chevreuse asiendo su mano y pugnando por llevarla a los labios—. Tenéis un excelente corazón.

—Os le traigo —dijo Athos apartando su mano—, porque ya es tiempo de que hagáis algo por él, señora. Hasta ahora he dirigido solo su educación, y creo que he hecho de él un caballero acabado; pero en estos momentos me veo obligado a volver a la vida aventurera y peligrosa del hombre de partido. Mañana mismo voy a acometer una empresa arriesgada en que puedo ser muerto, en cuyo caso nadie sino vos podrá ampararle en el mundo, donde está llamado a ocupar un lugar distinguido.

—¡Oh! Perded cuidado —exclamó la duquesa—. Desgraciadamente por ahora tengo poco favor, pero el que me queda es para él. Respecto a sus bienes, a su título...

—No os apuréis por eso, señora. He cedido a su favor las tierras de Bragelonne, que me pertenecen por herencia, las cuales danle el título de vizconde y diez mil libras de renta.

—Por vida mía —respondió la duquesa—, que sois un cumplido caballero. Pero estoy intranquila por ver a nuestro joven vizconde. ¿Dónde está?

—En la sala. Le llamaré si lo permitís.

Athos dio un paso hacia la puerta. La señora de Chevreuse detúvole y le preguntó:

—¿Es guapo?

Athos respondió sonriendo:

—Se parece a su madre.

Y al mismo tiempo abrió la puerta e hizo una señal al joven, que se presentó al momento.

La duquesa no pudo contener un grito de alegría al ver su buena presencia, que excedía a todas las esperanzas que la había hecho concebir su orgullo.

—Aproximaos, vizconde —dijo Athos—, la señora duquesa de Chevreuse permite que le beséis la mano.

Acercóse el joven con su admirable sonrisa y con la cabeza descubierta, hincó una rodilla y besó la mano de la duquesa.

—Señor conde —dijo volviéndose a Athos—; ¿me habéis manifestado que esta señora es la duquesa de Chevreuse para alentar mi timidez? ¿No es la reina?

—No, vizconde —dijo la duquesa cogiéndole la mano, haciéndole sentarse a su lado y mirándole con ojos llenos de alegría—. No, desgraciadamente no soy la reina, porque si lo fuera haría al instante por vos todo lo que merecéis; pero vamos a ver —repuso conteniendo con trabajo su deseo de posar los labios sobre aquella purísima frente—; ¿qué carrera queréis abrazar?

Athos estaba en pie y miraba aquel grupo con expresión de inexplicable felicidad.

—Señora —dijo el joven con su dulce a la par que sonora voz—, me parece que para un caballero no hay más carrera que la de las armas. Creo que el señor conde me ha educado con el deseo de que sea soldado, haciéndome concebir la esperanza de que me presentaría en París a una persona que acaso me recomendara al señor príncipe de Condé.

—Sí, —sí, entiendo: a un soldado tan joven como vos le sienta bien vestir a las órdenes de un general tan joven como él: personalmente estoy bastante mal con el príncipe, a consecuencia de las desavenencias de mi suegra la señora de Montbazon con la señora de Longueville; pero por medio del príncipe de Marsillac... Eso es, conde, eso es. El príncipe de Marsillac es íntimo amigo mío: puede recomendar a nuestro joven vizconde a la señora de Longueville, y ésta le dará una carta para su hermano el príncipe, que la quiere bastante para negarle algo que le pida.

—Perfectamente —dijo el conde—. Lo único que me atrevo a pediros es que lo hagáis con la mayor agilidad. Tengo motivos para desear que el vizconde no esté mañana por la noche en París.

—¿Queréis que sepan que os interesáis por él, señor conde?

—Quizá convenga más a su porvenir que ignoren hasta que me conoce.

—¡Oh, señor conde! —exclamó el joven.

—Ya sabéis que para todo lo que hago tengo mis razones.

—Sí, señor —contestó el joven—; sé que sois la misma prudencia, y os obedeceré como acostumbro.

—Ahora dejadle conmigo, conde —dijo la duquesa—, voy a enviar a buscar al princípé de Marsillac, que por fortuna se halla actualmente' en París, y no me separaré de él hasta que quede terminado el asunto.

—Está bien, señora duquesa; mil gracias. Yo tengo que andar mucho hoy, y cuando concluya, que será a eso de las seis, aguardaré al vizconde en la posada.

—¿En dónde vais a pasar la noche?

—Iremos a casa del abate Scarron, a quien tengo que presentar una carta. Allí debo ver también a un amigo.

—Está bien —dijo la duquesa—; iré un instante, no os marchéis antes de verme.

Athos hizo una cortesía y dispúsose a salir.

—Y qué, señor conde —dijo la duquesa riendo—; ¿con tanta ceremonia os separáis de vuestros antiguos amigos?

—¡Ah! —exclamó Athos besándole la mano—. ¡Si hubiese sabido antes que María Michon era una criatura tan encantadora!...

Y se retiró dando un suspiro.

XXIII.— EL ABATE SCARRON

En la calle de Tournelles, había una casa conocida de todos los porta-literas y lacayos de París, a pesar de que no pertenecía a ningún grande ni a ningún capitalista. En ella no se comía, ni se jugaba, ni se bailaba.

Y sin embargo, en ella se citaba la alta sociedad; a ella concurría todo lo más selecto de París.

Era la casa de Scarron.

Tanto se reía en casa de este agudo abate, adquiríanse tantas noticias, y estas noticias eran comentadas, analizadas y transformadas tan pronto unas veces en cuentos y otras en epigramas, que no había quien no fuera a pasar una hora con Scarron, para oír sus dichos y referirlos en otras partes. Muchos había que no paraban hasta soltar también algún chiste, y si tenía oportunidad, era bien recibido.

El abate Scarron, que nada tenía de místico, y que debía su título a un beneficio que poseía, fue en otro tiempo uno de los prebendados más presumidos de la ciudad de Mans, en que residía. Un día de Car naval ocurriósele la idea de dar un rato de diversión a la buena ciudad cuya alma era, a cuyo fin mandó a su criado que le untase el cuerpo de miel, restregándose inmediatamente en un colchón de plumas que mandó descoser, y quedando convertido con esta operación en el más grotesco volátil que imaginarse puede. En tal desusado traje salió a la calle a visitar a sus íntimos. Los transeúntes le siguieron al principio con estupor y después con silbidos, los pillos le insultaron, los chicos tiráronle piedras, y tuvo por fin que apelar a la fuga para verse libre de los proyectiles. Al verle huir corrieron tras él todos los espectadores, persiguiéndole, azuzándole y cortándole toda retirada: Scarron no tuvo otro remedio que tirarse al río. Nadaba admirablemente, pero el agua estaba helada y el abate sudando: cuando llegó a la otra orilla estaba tullido.

Apelóse a todos los medios conocidos para devolverle el uso de sus miembros, y tanto le hicieron padecer los médicos, que los echó a todos horamala, decla-

rando que más quería la enfermedad que el remedio. En seguida volvió a París, donde ya tenía fama de hombre de talento, y dispuso que le hiciesen una silla que él mismo inventó. Yendo cierto día en ella a visitar a la reina Ana de Austria, quedó ésta tan prendada de sus chistes, que le preguntó si deseaba algún título.

—Sí, señora, hay un título que deseo en extremo —respondió Scarron.

—¿Cuál? —preguntó Ana de Austria.

—El de enfermo vuestro —respondió el abate.

Y Scarron fue nombrado *enfermo de la reina* con una pensión de mil quinientas libras.

No teniendo que pensar en su porvenir, vivió espléndidamente desde entonces, gastando con profusión.

Un día le dio a entender un emisario del cardenal que hacía mal recibiendo en su casa al coadjutor.

—¿Por qué? —preguntó Scarron—. ¿No es persona bien nacida?

—Ya se ve que sí.

—¿No es afable?

—Sin duda.

—¿No tiene talento?

—Demasiado, por desgracia.

—Pues entonces —contestó Scarron—, ¿por qué queréis que deje de tratarme con él?

—Porque piensa mal.

—¿Es cierto? ¿Y de quién?

—Del cardenal.

—¡Cómo! —dijo Scarron—. ¡Conque me trato con Guilles Despreaux, que piensa mal de mí, y deseáis que no lo haga con el coadjutor, porque piensa mal de otro! ¡Imposible!

No pasó adelante la conversación, y el abate prosiguió tratándose con más intimidad que nunca con Gondi, por espíritu de contradicción.

Mas en la mañana del día a que hemos llegado en nuestra historia, cumplía el trimestre de la pensión de Scarron. Este envió un lacayo con el recibo competente para cobrarle, según costumbre, y recibió la respuesta siguiente:

«Que el Estado no tenía dinero para Scarron.»

Cuando regresó el lacayo con el recado estaba con el abate el duque de Longueville, el cual le ofreció una pensión doble de la que Mazarino le suprimía; pero el astuto gotoso guardóse muy bien de aceptarla. De tal modo se manejó, que a las cuatro ya sabía toda la población la negativa del cardenal. Era jueves, día en que recibía el abate; hubo una inmensa concurrencia y se habló con estrépito del asunto en todas las calles.

En la San Honorato halló Athos a dos caballeros desconocidos, que como él iban a caballo, seguidos como él por un lacayo, y llevando su misma dirección. Uno de ellos quitóse el sombrero y dijo:

—¿Creeréis que el bribón de Mazarino ha suspendido su pensión al pobre Scarron?

—¡Vaya una extravagancia! —dijo Athos respondiendo al saludo de los dos caballeros.

—Se conoce que sois de los buenos —respondió el mismo que antes dirigiera la palabra a Athos—; ese Mazarino es un verdadero azote de Francia.

—¡Ah! ¿A quién se lo decís? —preguntó Athos. Y se separaron con muchas cortesías.

—Bien nos viene esto —dijo Athos al vizconde—, esta noche tenemos que ir y felicitaremos al buen hombre.

—¿Pero quién es ese señor que así pone en conmoción a todo París? ¿Es algún ministro caído?

—Nada de eso, vizconde; es un señor de mucho talento que habrá caído en desgracia del cardenal por haber compuesto alguna copla contra él.

—Pues qué, ¿hacen versos los caballeros? —preguntó inocentemente Raúl—. Yo creía que eso era rebajarse.

—Sí tal, querido vizconde —contestó Athos riéndose—, cuando los versos son malos; pero cuando son buenos, les hace todavía más nobles. Ahí tenéis a Rotron. Sin embargo —continuó Athos con tono de hombre que da un consejo provechoso—, creo que es mejor no componerlos.

—Es decir —prosiguió Raúl—, que ese tal Scarron es poeta.

—Sí, ya estáis prevenido, vizconde; proceded con sumo tiento en esta casa; hablad sólo por ademanes, o mejor es que no hagáis más que oír.

—Bien, señor —contestó Raúl.

—Me veréis hablar mucho con un amigo mío, con el padre Herblay, a quien me habéis oído nombrar frecuentemente.

—Sí, señor.

—Acercaos de vez en cuando a nosotros como para hablarnos,

pero no despeguéis los labios ni nos escuchéis. Esto tiene por objeto que no nos estorben los curiosos.

—Muy bien: os obedeceré punto por punto.

Athos hizo dos visitas, y a las siete de la noche se dirigió con Raúl a la calle de Tournelles, que se hallaba obstruida por los caballos y los criados. Abrióse paso entre ellos y penetró en la casa seguido por el joven. La primera persona que vio fue a Aramis, instalado junto a un sillón de ruedas, cubierto con una especie de dosel, bajo el cual se agitaba envuelto en una manta de brocado un hombre pequeño, bastante joven, muy risueño, de rostro pálido a veces, pero cuyos ojos nunca cesaban de expresar pensamientos vivos, agudos o graciosos. Era el

abate Scarron, que siempre estaba riéndose, chanceándose, diciendo cumplimientos, quejándose y rascándose con una varita.

Agrupábase en derredor de esta especie de tienda ambulante una turba de caballeros y señoras. La sala era preciosa y estaba bien amueblada. Pendían de los balcones grandes colgaduras de seda floreada, cuyos colores vivos en otro tiempo, estaban ya algo ajados. Los tapices eran sencillos pero de buen gusto; dos lacayos, muy corteses, hacían con finura el servicio.

Aramis acercóse a Athos al verle, le cogió la mano y le presentó a Scarron, quien manifestó tanto placer como respeto al recién llegado, y dijo algunas palabras muy agudas al vizconde. Raúl se quedó algún tanto confuso, porque no se había preparado contra la majestad del talento cortesano, pero sin embargo, saludó con mucha gracia. Cumplimentaron inmediatamente a Athos dos o tres caballeros a quienes le presentó Aramis, después de lo cual se fue disipando poco a poco el tumulto producido por su entrada y se generalizó la conversación.

Transcurridos cuatro o cinco minutos, que invirtió Raúl en reponerse y en adquirir un conocimiento topográfico de la asamblea, se abrió la puerta y un lacayo anunció a la señorita Paulet.

Athos dio una palma en el hombro del vizconde, y le dijo:

—Mirad a esa mujer, Raúl; es un personaje histórico; a su casa iba Enrique IV cuando le asesinaron.

Raúl estremecióse: a cada instante de aquellos últimos días se descorría para él un velo que le dejaba ver alguna cosa heroica: aquella mujer, que aún era joven y bella, había conocido a Enrique IV y le había hablado.

Muchos circunstantes dirigiéronse a la recién llegada, que se conservaba a la moda. Era de elevada estatura, de elegante y flexible talle, y tenía una selva de hermosos cabellos como los que prefería Rafael, y como los que ha puesto Ticiano a todas sus Magdalenas. Aquel color, y quizá la superioridad que consiguió sobre las demás mujeres, le granjearon el nombre de la *Leona.*

Sepan, pues, nuestras bellas contemporáneas que aspiran a semejante título, que no procede de Inglaterra, sino de la bella y aguda señorita Paulet.

Esta marchó directamente hacia Scarron en medio del murmullo causado por su llegada.

—¿De modo que ya sois pobre, querido abate? —le dijo con su tranquila voz–—. Esta tarde lo he sabido en casa de la señora de Rambouillet. Grasse nos lo ha dicho.

—Sí, pero el Estado es rico —contestó Scarron—: es necesario saber sacrificarse para el país.

—Su Eminencia tiene mil quinientas libras para pomadas y perfumes —dijo uno, en quien reconoció Athos al caballero de la calle de San Honorato.

—Pero ¿y la musa, qué dirá? —preguntó Aramis—. ¿Qué dirá esa musa que necesita de la dorada medianía?, porque

Si Virgilio puer aut tolerabile decit

Hospitium caderens omne a crinibus hidry.

—Está bien —dijo Scarron presentando la mano a la señorita Paulet—, ya que no tengo mi hidra me queda mi leona.

Todo cuanto habló el abate aquella noche pareció sobresaliente: éste es el privilegio de la persecución. Menage saltaba de entusiasmo.

La señorita Paulet marchó a ocupar su sitio acostumbrado, pero antes de sentarse paseó una mirada de reina por toda la concurrencia y sus ojos se detuvieron en Raúl.

Athos se sonrió.

—Se ha fijado en vos, vizconde —le dijo—; id a saludarla; daos por lo que sois, por forastero, y sobre todo no le habléis de Enrique IV Acercóse el vizconde a la Leona poniéndose encendido, y confundióse entre los muchos caballeros que rodeaban su silla.

Con esto se formaron dos grupos, el de Menage y el de la señorita Paulet. Scarron iba de uno a otro maniobrando con su poltrona en medio de aquella turba, con tanta habilidad como pudiera hacerlo un experto piloto con su buque en un piélago sembrado de escollos.

—¿Cuándo hablaremos? —dijo Athos a Aramis.

—Más tarde —respondió éste—; aún no hay bastante gente y pudieran observarnos.

En aquel momento abrióse la puerta y fue anunciado el señor coadjutor.

Todos volvieron la cabeza al escuchar aquel nombre, que ya empezaba a hacerse célebre.

Athos hizo lo que todos. No conocía más que de nombre al abate Gondi.

Vio entrar un hombre de pequeña estatura, moreno, no bien formado, miope y torpe para todo, excepto para manejar la espada y la pistola. A los pocos pasos tropezó con una mesa, faltándole poco para derribarla. Su rostro tenía cierta expresión de altanería.

Scarron dio media vuelta y salió a su encuentro sentado en su sillón. La señorita Paulet le saludó con la mano desde el suyo.

—¿De modo que estáis en desgracia? dijo el coadjutor al ver a Scarron, que fue cuando estuvo encima.

Cien veces había oído el paralítico la frase sacramental y estaba en su centésimo chiste sobre el mismo asunto. Se quedó algo parado, pero un esfuerzo de desesperación le salvó.

—El señor cardenal Mazarino ha tenido a bien pensar en mí —dijo.

—¡Sublime! —dijo Menage.

—¿Y qué vais a hacer para continuar recibiéndome? —preguntó el coadjutor—. Si bajan vuestros fondos voy a tener que nombraros canónigo de Nuestra Señora.

—¡Oh! No lo hagáis; no quiero comprometeros.

—Entonces tendréis recursos que no sabemos.

—Pediré prestado a la reina.

—Pero Su Majestad no tiene nada suyo —observó Aramis—. ¿No vive bajo un régimen conventual?

El coadjutor se volvió hacia Aramis, le miró sonriéndose e hizole un saludo amistoso.

—A propósito, querido abate —le dijo—; no estáis de moda; voy a regalaros un cordón para el sombrero.

Los circunstantes miraron al coadjutor, que sacó del bolsillo un cordón de una forma particular.

—Eso es una honda —dijo Scarron.

—Justamente —respondió el coadjutor—. Ahora todo se hace a la *Fronda.* Señorita Paulet, os guardo un abanico a la *Fronda.* Herblay, os daré las señas de mi guantero, que hace guantes a la *Fronda;* y a vos, Scarron, las de mi panadero: sus panes a la *Fronda* son sabrosos. Aramis tomó el cordón y lo ató alrededor de su sombrero.

Abrióse otra vez la puerta y el lacayo anunció:

—La señora duquesa de Chevreuse.

Se levantaron todos al oír este nombre. Scarron dirigió rápidamente su sillón hacia la puerta. Raúl se sonrojó. Athos hizo una seña a Aramis, el cual colocóse en el alféizar de una ventana.

En medio de los respetuosos saludos con que fue recibida, era fácil observar que la duquesa buscaba alguna cosa o alguna persona. Logró, por fin, descubrir a Raúl, y sus ojos se animaron; vio a Athos, y se puso pensativa; divisó a Aramis, y disimuló con el abanico un movimiento de sorpresa.

—A propósito —dijo, como para desechar las ideas que a pesar suyo la acometían—; ¿cómo sigue el infeliz Voiture? ¿Lo sabéis, Scarron?

—¡Cómo! ¿Está enfermo M. de Voiture? —preguntó el caballero que había hablado con Athos en la calle de San Honorato—. ¿Qué le ha pasado?

—Ha jugado sin prevenir antes a su lacayo que le llevase camisa para mudarse. La que tenía puesta se le enfrió encima, y de resultas está falleciendo.

—¿Dónde fue eso?

—En mi casa —respondió el coadjutor—. El pobre Voiture tenía hecho voto de no volver a jugar. Transcurrieron tres días y ya no podía aguantar más, de manera que vino el arzobispo a que yo le dispensase el voto. Hallábame, por desgracia, en aquel momento en mi cuarto tratando de asuntos muy importantes con el buen consejero Broussel, y Voiture vio en otra pieza al marqués de Luynes, sentado delante de una mesa y esperando quien le acompañase a jugar. Llámale el marqués, contesta Voiture que no puede hasta recibir mi dispensa: oblígase Luynes en mi nombre, toma a su cargo el pecado, se sienta Voiture, pierde cuatrocientos escudos, coge un frío al salir y se mete en cama para no volver a levantarse.

—Qué, ¿tan malo está? —preguntó Aramis, casi ocultó tras la colgadura del balcón.

—¡Ah! —respondió el señor Menage—. Está muy malo, y quizá nos abandone el grande hombre: *deseret orbem.*

—¡Morir él! —dijo con acritud la señorita Paulet—. No hay cuidado: está rodeado de tantas sultanas como un sultán. La señora de Saintot corrió a su casa y le da los caldos; la de Renaudot le calienta las sábanas, y hasta nuestra amiga la marquesa de Rambouillet le envía tisanas.

—Poco cariño le profesáis, querida Parthenia —dijo Scarron riéndose.

—¡Qué injusticia, querido enfermo mío! Tanto le quiero que con mucho gusto mandaría celebrar misas por su alma.

—Por algo os llaman Leona, querida —dijo la señora de Chevreuse—. ¡Vaya si mordéis!

—Entiendo que tratáis bastante mal a un gran poeta —se aventuró a decir Raúl.

—¡Gran poeta él! Vamos, ya se conoce que habéis llegado de una provincia, como ya me estabais diciendo, y que nunca le habíais visto. ¡Grande él! ¡Pues si apenas tiene cinco pies!

—¡Bravo, muy bien! —dijo un hombe alto, seco y moreno, con poblado bigote y una enorme tizona ceñida al costado—. ¡Bravo, bella Paulet! Tiempo es ya de poner a ese Voiture en el lugar que debe ocupar. Declaro que creo entender algo de poesía, y que las suyas siempre me han parecido detestables.

—¿Quién es ese capitán señor conde? —preguntó Raúl a Athos.

—El señor de Scudery.

—¿El que compuso la *Clelia y el Gran Ciro?*

—Sí; la compuso a medias con su hermana. Allí la tenéis: es la que está hablando con aquella linda joven, junto al caballero Scarron. Volvió Raúl la cabeza y vio en efecto a dos personas que acababan de entrar; una de ellas era una joven encantadora, delicada y triste, de lindos cabellos negros y párpados aterciopelados, como las bellas flores del pensamiento, entre cuyas hojas brilla un cáliz de oro; la otra parecía ser tutora de ésta, y era alta, seca y amarilla, real imagen de una dueña o una devota.

Hizo Raúl propósito de no salir del salón, sin hablar a la bella joven, la cual acababa de recordarle por un extraño giro del pensamiento, aunque ninguna similitud tenía con ella, a su pobre Luisita, a quien había dejado entregada a su dolor en el castillo de La Vallière, olvidándola por un instante en medio de aquel tumulto.

En ese intermedio acercóse Aramis al coadjutor el cual le dijo algunas palabras, al oído con cara risueña. A pesar de lo bien que sabía dominarse, no pudo Aramis contener un pequeño movimiento.

—Haced que os reís —le dijo el señor de Retz— nos están mirando.

Y se separó de él para ir a hablar a la señora de Chevreuse, que permanecía en medio de un gran corro.

Hizo Aramis que se reía para frustrar la atención de algunos oyentes curiosos, y observando que Athos habíase colocado a su vez en el hueco de un balcón, se dirigió a él sin afectación, diciendo algunas palabras a derecha e izquierda.

Luego que se reunieron, entablaron una conversación acompasada de muchos ademanes.

Raúl se acercó a ellos, conforme le tenía encargado Athos.

—El señor de Herblay —dijo el conde de la Fère en alta voz—, me está recitando una redondilla del señor Voiture, que me parece incomparable.

Pasó Raúl a su lado algunos segundos y después marchó a confundirse en el grupo de la señora de Chevreuse, a la cual se habían acercado la señorita Paulet por una parte y la de Scudery por la otra.

—Pues yo —dijo el coadjutor—, me permito no ser enteramente del parecer del señor de Scudery; creo, por el contrario, que el señor de Voiture es un poeta; pero un verdadero poeta. Carece, enteramente, de ideas políticas...

—¿Conque sí? —dijo Athos.

—Mañana —dijo precipitadamente Aramis.

—¿A qué hora?

—A las seis en punto.

—¿Dónde?

—En Saint-Mandé.

—¿Y quién os lo ha dicho?

—El conde de Rochefort. Aproximóse un curioso.

—¿Y las ideas filosóficas? De eso sé que carece el pobre Voiture. Yo soy del parecer del señor coadjutor: es puramente poeta.

—Ciertamente que en poesía era prodigio —dijo Menage—; y no obstante, la posterioridad, al paso que le admirará, le acusará de una cosa; de haber introducido una excesiva licencia en la forma de los versos; ha destrozado la poesía sin saberlo.

—Justamente —repitió Scudery—, la ha destrozado.

—Yo por mí —dijo Aramis acercándose al corro y saludando respetuosamente a la señora de Chevreuse, la cual le contestó con un gracioso saludo—, le acusaría también de haberse tomado extremada libertad con los grandes. Se ha propasado a menudo con la princesa, con el mariscal Albret, con el señor de Schomberg y con la misma reina.

—¿Con la reina? —preguntó Scarron poniendo adelante la pierna derecha como para ponerse en guardia—. ¡Diantre! No sabía yo eso. ¿Y cómo se propasó con Su Majestad?

—¿Conocéis su poesía «En qué pienso»?

—No —dijo la señora de Chevreuse.

—Yo tampoco —dijo la señorita de Scudery.

—No —dijo la señorita de Paulet.

—En efecto, creo que la reina la ha enseñado a muy pocas personas.

—¿Os acordáis de ella?

—Me parece que sí.

—Decidla, decidla.

Aramis recitó una poesía en que se censuraba con alguna acritud a, la reina, aludiendo a sus amores con Buckingham.

Todos los circunstantes indignáronse contra la insolencia del poeta, y criticaron su poesía, encontrándola llena de defectos bajo el punto de vista literario.

—Pues yo —dijo la joven de los hermosos ojos—; tengo la desgracia de que me gustan mucho esos versos.

Así pensaba también Raúl, el cual se acercó a Scarron, y dijole sonrojándose.

—Señor Scarron, ¿queréis hacerme el favor de decirme quién es esa señorita que manifiesta una opinión contraria a la de toda esta ilustre asamblea?

—¡Hola, joven vizconde! —dijo Scarron—. ¿Parece que tratáis de hacer con ella una alianza ofensiva y defensiva?

Raúl volvió a sonrojarse, y contestó:

—Confieso que esos versos me parecen excelentes.

—Y lo son, en efecto —dijo Scarron—; pero entre poetas no se dicen esas cosas.

—Pero yo —continuó Raúl—, no tengo el honor de ser poeta, y os preguntaba...

—Sí, quién es esa joven. La linda India.

—Perdonadme, caballero —persistió Raúl— pero no me habéis sacado de dudas. Soy forastero...

—Lo cual quiere significar que no entendéis mucho del galimatías cortesano. Tanto mejor, joven, tanto mejor. No le estudiéis: perderéis el tiempo y cuando lleguéis a entenderlo es probable que ya nadie lo hable.

—Eso quiere decir, que me disimuléis y que tengáis a bien manifestarme cuál es la persona a quien llamáis la bella India.

—Sí tal, es una de las criaturas más encantadoras que existen, y se llama la señorita Francisca d'Auvigné.

—¿Pertenece a la familia del célebre Agripa, el amigo de Enrique IV?

—Es nieta suya: vino de la Martinica y a esa circunstancia debe su sobrenombre.

Abrió Raúl los ojos extraordinariamente, y encontróse con los ojos de la joven, la cual se sonrió:

Continuábase hablando de Voiture.

—Caballero —dijo la señorita d'Auvigné, dirigiéndose a Scarron, como para tomar parte en la conversación de éste con el vizconde—, ¿no os causan admiración los amigos del pobre Voiture? Oíd cómo le destrozan fingiendo alabarle.

Uno le niega el buen sentido, otro el numen, otro la originalidad, otro la gracia, otro la independencia, otro... ¡Dios santo! ¿Qué van a dejar a ese ilustre completo, como le llamó la señorita de Scudery?

Echóse a reír Scarron, y Raúl le imitó. La linda India, admirada del efecto que produjera, bajó los ojos y volvió a revestirse con su aire de candidez.

—Mucho talento demuestra esa señorita —dijo Raúl.

Athos continuaba en el hueco de la ventana, dominando toda aquella escena con una sonrisa de desdén.

—Llamad al conde de la Fère, —dijo la señora de Chevreuse al coadjutor—; tengo necesidad de hablar con él.

—Y yo —dijo el coadjutor—, necesito que crean que le hablo. Le quiero y le admiro, porque conozco sus antiguas aventuras, o al menos algunas de ellas, mas no me propongo saludarle hasta pasado mañana.

—Por qué —preguntó la señora de Chevreuse.

—Mañana lo sabréis —dijo el coadjutor.

—Amigo Gondi —repuso la duquesa—, eso y el Apocalipsis son para mí la misma cosa. Señor de Herblay —añadió dirigiéndose a Aramis—, ¿queréis tener la amabilidad de servirme esta noche?

—¡Qué decís, duquesa! —respondió Aramis—. Esta noche, mañana, siempre, podéis disponer de mí.

—Pues bien, idme a buscar al conde de la Fère; he de hablarle. Acercóse Aramis a Athos y volvió con él.

—Señor conde —dijo la duquesa, entregando una carta a Athos—, aquí está lo que os prometí. Nuestro protegido será recibido como se merece.

—Señora —dijo Athos—, gran fortuna es para él deberos algo. —Nada tenéis que envidiarle por ese concepto, porque yo os debo el conocerle —replicó con malicia la duquesa, con una sonrisa que hizo que Athos y Aramis recordasen a María Michon.

Diciendo esto se levantó y pidió el coche. La señorita Paulet hablase ya marchado, y la señorita Scudery se estaba despidiendo en aquel momento.

—Vizconde —dijo Athos a Raúl—, acompañad a la señora duquesa, ofrecedla la mano para bajar y dadle las gracias.

La hermosa India se acercó a Scarron para despedirse.

—¿Ya os marcháis? —preguntó éste.

—Y soy una de las últimas. Si sabéis algo bueno del señor de Voiture, hacedme la gracia de enviármelo a decir mañana.

—¡Oh! ¡Ahora ya puede morirse! —contestó Scarron.

—¿Por qué? —preguntó la joven.

—Ya tiene hecho el panegírico.

Con esto separáronse riéndose; la joven volvió la cabeza con interés para mirar al pobre paralítico, y éste la siguió amorosamente con la vista.

Poco a poco se aclararon los grupos. Scarron disimuló haber visto que algunos de sus tertulianos se habían hablado misteriosamente, que muchos de ellos habían recibido cartas y que su reunión parecía tener un objeto especial muy ajeno a la literatura, con la cual, sin embargo, hablase hecho tanto ruido. Pero, ¿qué le importaba a Scarron? Ya se podía hacer libremente la guerra a Mazarino en su casa, él mismo había dicho que desde aquella mañana no era enfermo de la reina.

Raúl acompañó efectivamente a la duquesa hasta su carruaje, donde se colocó ella dándole a besar la mano: movida luego por uno de sus alocados caprichos que la hacían tan adorable y a la vez tan peligrosa, cogió repentinamente su cabeza y besóle en la frente, diciéndole:

—Ojalá, vizconde, que mis votos y este beso os hagan feliz. Apartóle al momento y dio orden al cochero de que parase en casa del duque de Luynes. Echó a andar el carruaje: la duquesa saludó nuevamente al vizconde por la portezuela, y Raúl volvió a subir la escalera lleno de confusión.

Athos adivinó lo sucedido y se sonrió.

—Venid, vizconde —le dijo—, ya es hora de retiraros: mañana salís para el ejército y es preciso que durmáis bien la última noche.

—¿Conque seré soldado? —preguntó el joven—. ¡Oh, señor conde, gracias!

—Adiós, conde —dijo Herblay—, vuelvo a mi convento.

—Adiós, Herblay —dijo el coadjutor—; mañana predico y he de consultar veinte textos.

—Adiós, señores —dijo el conde—: yo voy a dormir veinticuatro horas seguidas: me estoy cayendo de cansancio.

Saludáronse y se marcharon después de mirarse intencionadamente.

Siguióles Scarron con la vista y murmuró sonriendo:

—Ninguno hará lo que dice, pero vayan con Dios. ¿Quién sabe si trabajan para que me vuelvan mi pensión? Ellos tienen la ventaja de poder mover los brazos: a mí no me queda más que la lengua: intentaré probar que vale algo. ¡Hola! Champenois, ya son las once; venid a llevarme a la cama... Por cierto que es encantadora esa Francisca d'Auvigné.

Con esto entró el infeliz paralítico en su alcoba, cuya puerta se cerró tras él, y las luces fueron apagándose una tras otra en el salón de la calle de Tournelles.

XXIV.— SAN DIONISIO

Apenas era de día cuando Athos se levantó y llamó para que le vistieran. Fácil era comprender por su extraordinaria palidez y por las huellas que deja el insomnio en todo semblante, que había pasado en vela la mayor parte de la noche. Aquel hombre tan firme y decidido, tenía contra su costumbre un aire de lentitud e indecisión en toda su persona.

La razón era que estaba disponiendo lo necesario para el viaje de Raúl, y que deseaba ganar tiempo. Limpió con sus propias manos una espada que sacó de

un estuche de cuero perfumado, examinó su guarnición y cercioróse de que estaba bien montada.

Hecho esto, metió en el fondo de la maleta destinada al joven un saquito lleno de luises, llamó al lacayo que había traído de Blois, cuyo nombre era Olivain, y le ordenó que arreglase el porta-capas en su presencia, cuidando de que no se olvidase ninguno de los objetos necesarios a un joven que va a entrar en campaña.

Hechos todos estos preparativos en que invirtió una hora, abrió la puerta de la alcoba del vizconde, y entró sin hacer ruido.

Penetraron los rayos del sol por el balcón, cuyas cortinas había dejado Raúl descorridas el día anterior. Aún estaba durmiendo el joven con la cabeza graciosamente apoyada sobre un brazo. Sus largos y negros cabellos cubrían en parte su bellísima frente, humedecida con ese vapor que rocía las mejillas del niño fatigado.

Acercóse Athos, e inclinándose con una actitud llena de melancolía, contempló al joven cuya risueña boca y cuyos entrecerrados párpados revelaban que sus sueños debían ser placenteros y ligeros, y que el ángel de su guarda velaba por él con atención y cariño. Poco a poco fuese abandonando Athos a los encantos de su meditación, en presencia de aquella pura y rica juventud. Representósele suya con todos sus gratos recuerdos, que, como generalmente sucede, más eran perfumes que pensamientos. Entre aquel pasado y lo presente había un abismo. Mas la imaginación tiene las alas del'ángel y del relámpago: atraviesa los mares en que hemos tenido riesgo de naufragar, las tinieblas en que se han perdido nuestras ilusiones, los precipicios en que se ha despeñado nuestra dicha. Pensó Athos en que una mujer había sido el torcedor de la primera parte de su vida, y reflexionó con terror sobre la influencia que podía tener el amor en una organización tan delicada al par que tan potente.

Recordando cuanto había él sufrido, preveía cuánto podría sufrir Raúl: y la profunda y tierna compasión que animaba su corazón, se pintó en la húmeda mirada que tenía puesta sobre el joven.

En aquel momento despertó Raúl con la facilidad, el despejo y el reposo que caracterizan a ciertas organizaciones delicadas, como la de las aves. Fijáronse sus ojos en Athos, y vio sin duda lo que pasaba en el corazón de aquel hombre que aguardaba a que él despertase, como aguarda un amante a que se despierte su querida, porque sus miradas adquirieron también la expresión de un amor inmenso.

—¡Cómo! ¿Estáis aquí, señor conde? —le dijo con respeto.

—Sí, Raúl, aquí estaba —respondió el conde.

—¿Y no me habéis despertado?

—He querido que gocéis algunos momentos más de ese excelente sueño, amigo mío; debéis estar fatigados por la jornada de ayer y por haberos acostado tan tarde.

—¡Cuán bueno sois! —exclamó Raúl. Sonrióse Athos y le preguntó:

—¿Cómo estáis?

—Perfectamente, señor conde; estoy enteramente dispuesto a ponerme en marcha.

—Es que todavía estáis creciendo —continuó Athos con paternal interés—, y a vuestra edad es mayor cualquier fatiga.

—¡Oh! No importa —dijo Raúl, avergonzado con tantos cuidados—. Voy a vestirme en un momento.

Llamó Athos a Olivain, y no pasaron ocho minutos sin que estuviese enteramente preparado el joven, gracias a la presteza que le comunicara su protector, avezado a los usos militares.

—Ahora —ordenó Raúl al lacayo—, disponed mi equipaje.

—Ya lo está —contestó Athos—. La maleta contiene cuanto necesitáis; yo mismo lo he visto. Ya debe estar colocada con el porta-capas sobre los caballos, si es que se han cumplido mis órdenes.

—Todo se ha hecho como me mandó el señor conde —dijo Olivain—; los caballos están aguardando.

—Y yo dormía —exclamó Raúl— entre tanto que vos teníais la suma bondad de atender a esos pormenores. ¡Oh! no sé cómo pagaros.

—Con un poco de afecto, que espero me profesaréis —replicó Athos casi con enternecimiento.

—¡Si os lo tengo! —exclamó Raúl conteniéndose con dificultad por no revelar su emoción con un arranque de ternura—. ¡Oh! Pongo a Dios por testigo de que os amo y os venero.

—Ved si se os olvida algo —dijo Athos, volviendo la cabeza a uno y otro lado para disimular su emoción.

—No señor —contestó Raúl.

En aquel momento se acercó el lacayo a Athos con cierta timidez y díjole en voz baja:

—El señor vizconde no tiene espada; por orden vuestra recogí anoche la que se quitó.

—Bien está —dijo Athos—; eso es cuestión mía.

No dio muestras Raúl de advertir aquel coloquio, y bajó mirando al conde incesantemente para espiar el momento de la despedida, pero Athos no pestañeaba.

En la puerta vio Raúl tres caballos.

—¡Ah, señor conde! —exclamó con el mayor júbilo—. ¿Vas a acompañarme?

—Sí, iré con vos un rato —contestó Athos.

Los ojos de Raúl brillaron de alegría al montar rápidamente a caballo.

Athos montó con lentitud en el suyo después de decir al lacayo ciertas palabras en voz baja. Ufano Raúl al verse al lado del conde, no reparó en esta circunstancia o al menos fingió no reparar en ella.

Pasaron los dos caballeros el Puente Nuevo y continuando por los muelles entraron en la calle de San Dionisio, en la cual se incorporó a ellos el lacayo.

Marchaban con el mayor silencio. Raúl conocía que íbase acercando el momento de la separación, porque el conde había dado el día anterior varias órdenes acerca de asuntos que tenía que despachar aquella misma mañana. Por otra parte, las miradas de Athos iban adquiriendo cada vez mayor ternura, así como sus palabras, siempre concisas. De vez en cuando hacía alguna reflexión o le daba un consejo, siempre del modo más afectuoso.

Al llegar a la altura de los Recoletos, pasada ya la puerta de San Dionisio, echó Athos una ojeada al caballo del vizconde.

—Con cuidado, Raúl —le dijo—, tenéis la mano muy pesada: ya os lo he dicho muchas veces, no lo olvidéis, porque es una gran falta. Mirad, vuestro caballo ya está cansado y echa espuma por la boca, mientras el mío parece que acaba de salir de la cuadra. Le endurecéis la boca tirándole tanto de la rienda, y notad bien que no podéis hacerle obedecer con la prontitud necesaria. ¡Cuántas veces la salvación de un jinete depende de la rápida obediencia de su caballo! Acordaos que dentro de ocho días no maniobraréis en un picadero, sino en un campo de batalla.

Aquí se detuvo y dijo variando de acento como para no dar importancia a esta observación.

—Mirad, qué hermosa campiña para volar perdices.

El joven aprovechó la lección, admirando más que todo la tierna delicadeza con que se la había dado su protector.

—También observé el otro día que en el tiro de pistola ponéis muy tendido el brazo. Esta tensión perjudica a la puntería. Por esto errasteis tres tiros de doce.

—Y vos disteis los doce en el blanco.

Porque doblaba la sangría y mi mano descansaba sobre la muñeca. ¿Entendéis lo que os quiero decir?

—Sí, señor. Después he tirado solo, siguiendo ese consejo y lo he hecho mejor.

—Lo mismo os sucede —prosiguió Athos— cuando tiráis al arma blanca: cargáis mucho a vuestro adversario: ya sé que ese defecto depende de la edad; pero el movimiento del cuerpo al mudar de posición aparta siempre la espada de su línea y si llegaseis a encontraron con un hombre de sangre fría, os detendría al primer paso con un simple quite o quizá sin más que poner su espada en línea recta.

—Sí, señor, como habéis hecho vos más de una vez; pero no todos tienen vuestro valor y vuestra destreza.

—¡Qué viento tan fresco hace! —repuso Athos—. Son restos del invierno. A propósito, si entráis en acción, que sí entraréis, porque vais recomendado a un general joven y muy aficionado al olor de la pólvora, tener presente en los combates parciales que suelen ocurrir entre caballeros, que nunca debéis ser el primero que tire: rara vez acierta el que así lo hace, porque tira con temor de quedarse desarmado a merced de su enemigo: además, cuando haga fuego el contrario, encabritad vuestro caballo. Este recurso me ha salvado la vida algunas veces.

—Lo pondré en práctica, aunque no sea más que por agradecímiento.

—¡Calla! —dijo Athos—. ¿Son ladrones de leña los que están prendiendo en aquel monte? Sí, no cabe duda. Otra cosa importante Raúl: si llegasen a heriros dando una carga y cayeseis del caballo, procurad apartaros del camino que siga vuestro escuadrón, porque no es difícil que tenga que retroceder y entonces os atropellaría en la retirada. En todo caso, si os hieren, escribídmelo al momento, o haced que me lo escriban; soy muy práctico en materia de heridas —añadió Athos suspirando.

—Mil gracias, señor conde —respondió el joven muy conmovido.

—¡Ah! Ya estamos en San Dionisio —dijo Athos.

Efectivamente, en aquel momento llegaban a la puerta de la ciudad, guardada por dos centinelas. Uno de ellos dijo a su compañero:

—Aquí viene otro joven que también tiene porte de dirigirse al ejército.

Athos volvió la cabeza, porque todo lo que tenía relación, aunque fuese indirecta, con Raúl, excitaba su interés.

—¿En qué lo habéis conocido? —preguntó.

—En su edad y en sus maneras, caballero —respondió el centinela—. Es el segundo que pasa hoy.

—¿Ha pasado ya otro esta mañana? —preguntó Raúl.

—Sí, señor, de arrogante presencia y con mucho tren; debe ser de buena familia.

—Así tendré un compañero de viaje —dijo Raúl continuando su camino—; pero ¡ah! no conseguirá hacerme olvidar al que voy a perder.

—Dudo que le alcancéis, Raúl, porque tengo que hablaros aquí y acaso nos entretengamos lo bastante para que ese joven os tome la delantera.

—Como queráis, señor conde.

Hablando así atravesaron algunas calles que estaban llenas de gente a causa de la solemnidad del día, y llegaron al frente de la antigua basílica, en la cual estaban ya celebrando misa.

—Apeémonos, Raúl —dijo Athos—. Vos, Olivain, cuidad de los caballos y dadme la espada.

Tomó el conde la espada que le presentó el lacayo, y entró con su ahijado en la iglesia.

Athos presentó agua bendita a Raúl. En ciertos corazones paternales hay un algo de ese amor preventivo que tiene un amante al objeto de su pasión.

Tocó el joven la mano de Athos, saludó y persignóse.

El conde dijo una palabra en voz baja a uno de los celadores, el cual se inclinó y marchó en dirección a las bóvedas.

—Venid, Raúl —dijo Athos—, y sigamos a este hombre.

Abrió el celador la verja del panteón real y quedóse en la parte de arriba. Athos y Raúl bajaron: iluminaba las profundidades de la sepulcral escalera una lámpara de plata, y justamente debajo de ella veíase un catafalco sostenido por caba-

lletes de encina, y cubierto con un manto de terciopelo violeta flordelisado de oro.

Preparado el joven a esta situación por el estado de su propio corazón, lleno de tristeza, y por la majestad de la iglesia, bajó a pasos lentos, y se quedó parado con la cabeza descubierta delante de los restos mortales del último rey, el cual no debía reunirse con sus abuelos hasta que su sucesor fuera a reunirse con él, quedándose allí hasta entonces como para decir al orgullo humano, tan fácil de exaltarse sobre un trono: «Aquí te aguardo, polvo de la tierra.»

Hubo un momento de silencio.

Athos alzó en seguida la mano y dijo señalando el ataúd.

—Esta frágil sepultura fue la de un hombre débil y sin grandeza, cuyo reinado fue abundante, sin embargo, en acontecimientos de inmensa trascendencia, porque sobre ese rey velaba el espíritu de otro hombre, así como esa lámpara vela sobre el féretro y lo ilumina. Este hombre era el verdadero rey, Raúl; el otro era sólo un fantasma a quien prestaba su alma. Y tanto poder tiene la majestad monárquica entre nosotros, que ni siquiera se ha concedido al que gobernó realmente, una tumba a los pies de aquél por cuya gloria sacrificó su vida; porque ese hombre, Raúl, tenedlo presente, hizo pequeño al rey, engrandeció la soberanía, y en el palacio del Louvre hay dos cosas distintas: el rey, que es mortal, y la soberanía, que es inmortal. Ya pasó aquel reinado, Raúl; ya bajó al sepulcro ese ministro tan temido, tan obedecido de su amo, al cual arrastró en pos de sí, sin dejarle vivir solo, temiendo, seguramente, que destruyese su obra, porque un rey no edifica más que cuando le anima Dios o el espíritu de Dios. Entonces, no obstante, consideraron todos la hora de la muerte del cardenal como la de la libertad, y yo mismo (tan errados son los juicios de los contemporáneos) he desaprobado a veces los actos de ese gran hombre que tenía en sus manos el destino de Francia, y que abriéndolas o cerrándolas podía ahogarla o dejarla respirar a su albedrío. Si su terrible cólera no me anonadó a mí ni a mis amigos, fue sin duda para que hoy pudiese deciros: Raúl, distinguid siempre al soberano de la soberanía; el primero es un hombre, la segunda es el espíritu de Dios. Cuando dudéis a cuál de los dos hayáis de servir, dejad la apariencia material por el principio invisible, porque éste lo es todo, y Dios ha querido sólo hacerle palpable, dándole la forma de un hombre. Supóngome, Raúl, que penetro en vuestro porvenir como al través de una nube y que se presenta mejor que el nuestro. Por el contrario de nosotros, que tuvimos un ministro sin rey, tendréis vos un rey sin ministro, rey a quien podréis servir, amar y reverenciar. Si fuera tirano ese rey, porque el poder absoluto tiene un vértigo que le inclina a la tiranía, servid, amad y respetad a la monarquía, a la cosa infalible, al espíritu de Dios sobre la tierra, a ese destello celeste que tanto dignifica y santifica el polvo humano, que nosotros los nobles somos tan poca cosa ante este cadáver tendido en el último peldaño de esta escalera, como él lo es ante el trono del Señor.

—Amaré a Dios, señor conde —dijo Raúl—, respetaré la monarquía; serviré al rey y moriré por el rey, por la monarquía o por Dios; ¿os he comprendido bien?

Athos sonrióse y dijo:

—Sois noble por naturaleza, Raúl; tomad vuestra espada. Raúl hincó una rodilla.

—Esta espada perteneció a mi buen padre. Yo también la he usado haciendo porque no desmereciera en mi mano. Si aún es débil la vuestra para manejarla, Raúl, tanto mejor; de este modo tendréis más tiempo para aprender a no desenvainarla sino cuando sea razón.

—Señor conde —exclamó Raúl, tomando la espada—, todo os lo debo, pero este presente es para mí el más precioso de cuantos me habéis hecho.

Y acercó a sus labios la empuñadura, besándola reverentemente.

—Bien está —dijo Athos—. Levantaos, vizconde, y dadme un abrazo.

Levantóse Raúl y se arrojó con efusión en brazos de Athos.

—Adiós —exclamó el conde con la mayor emoción—, adiós y pensad en mí.

—¡Oh! ¡Eternamente, eternamente! —exclamó el joven—. Os lo prometo. Si alguna desgracia me sucede, vuestro nombre será el último que pronuncie, vuestro recuerdo será mi postrer pensamiento.

Athos subió la escalera precipitadamente para disimular su emoción, dio una moneda de oro al celador del panteón, dobló la rodilla al pasar por delante del altar, y salió con rapidez de la iglesia, a cuya puerta permanecía Olivain con los caballos.

—Olivain dijo—, tomad un punto más a los tirantes de la espada del señor vizconde, que está algo larga. Bien. Le acompañaréis hasta que se os reúna Grimaud, y después volveréis. Ya lo oís, querido Raúl, Grimaud es un criado leal, valeroso y prudente; irá con vos.

—Bien, señor.

—¡Vamos, a cabillo! Deseo veros marchar. Raúl obedeció.

—Adiós, Raúl dijo el conde—. Adiós, hijo mío.

—Adiós —dijo Raúl—. Adiós, amado protector.

Athos hizo un ademán, porque no podía hablar, y Raúl alejóse con la gorra en la mano.

El conde permaneció inmóvil, siguiéndole con la vista, hasta que le vio desparecer a la vuelta de una esquina.

Entonces entregó su caballo a un mozo, subió lentamente las gradas del atrio, entró en la iglesia, arrodillóse en el rincón más oscuro y rezó.

XXV. —UNO DE LOS CUARENTA MEDIOS DE FUGA DEL SEÑOR DE BEAUFORT

Entretanto, transcurría el tiempo lo mismo para el prisionero que para los que preparaban su fuga. Al contrario de los demás hombres, que adoptan con ardor una resolución arriesgada y enfríanse conforme se va acercando el momento de la ejecución, el duque de Beaufort, cuyo impetuoso valor era proverbial, y que le había visto encadenado por una inacción de cinco años, quería acelerar la marcha del tiempo e invocaba con el mayor anhelo la hora crítica de consumar su proyecto. Aparte de los planes que formaba para el futuro, planes muy vagos e inciertos todavía, había en el mero hecho de su fuga un principio de venganza

que dilataba su corazón. Era, en primer lugar, su fuga un suceso adverso para el señor de Chavigñy, a quien odiaba por las pequeñas persecuciones que de él recibiera: y era más adverso aún para Mazarino, a quien aborrecía por los grandes motivos de queja que contra él tenía. El señor de Beaufort observaba la debida proporción entre el gobernador y el ministro, el superior y el inferior.

Además, el duque, que tan bien conocía el interior de palacio, y no ignoraba las relaciones de la reina con el cardenal, se imaginaba todo el movimiento trágico que debía causar la noticia de su fuga al pasar desde el despacho del ministro a la habitación de Ana de Austria. Estas ideas hacían sonreír dulcemente al señor de Beaufort, el cual se creía ya respirar el aire de las llanuras y de las selvas, oprimiendo los lomos de un vigoroso caballo, y gritando: «Estoy libre».

Verdad es que al volver en sí se hallaba entre sus cuatro paredes, veía a diez pasos de distancia a La-Ramée y oía en la antesala las risotadas de sus ocho guardias.

Lo único que le consolaba en medio de aquel odioso cuadro, tan grande es la inestabilidad del hombre, era el avinagrado gesto de Grimaud, a quien aborreciera al principio, y que era entonces objeto de todas sus esperanzas. Grimaud parecíale ya un Antinóo.

Inútil es añadir que esto no era más que un juego de la febril imaginación del prisionero. Grimaud siempre era el mismo, y continuaba mereciendo la más plena confianza de su superior La-Ramée, el cual fiaba en él mejor que en sí propio, pues ya hemos dicho que La-Ramée tenía cierta predisposición en favor del señor de Beaufort.

De esta circunstancia provenía la complacencia con que admiraba el banquete que debía celebrar con su prisionero, La-Ramée no tenía más defecto que la gastronomía: gustábanle el vino y los pasteles, y el sucesor del tío Marteau habíale prometido un pastel de faisán en vez de los de aves ordinarias, y vino de Cambertin en lugar del vino de Macon. Esto, unido a la presencia del excelente príncipe, que tan bondadoso era en el fondo, que inventaba tan chistosas jugarretas contra el señor de Chavigny, y decía tan graciosos epigramas contra Mazarino, hacía que el carcelero del señor de Beaufort tuviera aquella Pascua de Pentecostés por una de las cuatro grandes fiestas del año.

Esperaba, pues, La-Ramée con tanta impaciencia como el duque a que dieran las seis de la tarde.

Desde por la mañana se consagró en persona a todos los pormenores, e hizo una visita al sucesor del tío Marteau. Este se había excedido a sí mismo: tenía preparado un gran pastelón adornado con las armas del duque de Beaufort, y aunque todavía estaba vacío, veíanse a su lado un faisán y dos perdices menudamente picadas. Sumamente deleitado con aquel espectáculo, volvió La-Ramée a la habitación del duque.

Para colmo de fortuna, el señor de Chavigny salió aquella misma mañana a un corto viaje, dejando sus poderes a La-Ramée, el cual quedó constituido así en gobernador del castillo.

Grimaud tenía el gesto más atravesado que nunca.

Por la mañana jugó el señor de Beaufort con La-Ramée a la pelota; Grimaud le indicó por señas que prestase atención a todo.

Iba Grimaud delante enseñando el camino que por la noche debían tomar los fugitivos. El juego de pelota estaba en un recinto tan aislado, que sólo cuando jugaba el señor de Beaufort se ponían en él centinelas, y todavía esta precaución parecía superflua a causa de la elevación de la muralla.

Era necesario abrir tres puertas para llegar a él. Cada una de ellas tenía llave diferente. La-Ramée era portador de las tres llaves.

En el juego de pelota sentóse Grimaud maquinalmente junto a una tronera, con las piernas pendientes a la otra parte de la muralla. Era evidente que allí se debía atar la escala.

Necesario es confesar que toda esta maniobra, comprensible para el duque de Beaufort, debía ser ininteligible para La-Ramée. Empezóse el partido. Aquella vez estuvo tan afortunado el señor de Beaufort que parecía que enviaba la pelota adonde ponía el ojo. La-Ramée sufrió una derrota completa.

Habían seguido al señor de Beaufort cuatro guardias para recoger las pelotas; acabado el juego, el duque les ofreció dos luises para que fuesen a beber a su salud, junto con sus otros cuatro compañeros, burlándose al mismo tiempo de la torpeza de La-Ramée.

Los guardias pidieron la venia a su jefe, el cual se la concedió a condición de que fuese por la noche. Tenía que salir La-Ramée durante el día para atender a que nada faltase en el banquete, y no quería que se perdiese de vista a su prisionero.

Es probable que si el señor de Beaufort hubiese arreglado las cosas en persona no lo hubiera hecho tan bien como su celador.

Dieron por fin las seis, y aunque la comida no debía empezar hasta las siete, ya estaba puesta la mesa y dispuesto todo. Ostentábase sobre el aparador un colosal pastel con las armas del duque, y que a juzgar por su fragancia y por el color dorado de su corteza, debía estar muy bien cocido.

El resto de la comida estaba en relación con tan excelente pieza. Todos se hallaban impacientes. Los guardias por irse a beber, La-Ramée por sentarse a la mesa, y el duque de Beaufort por fugarse.

Sólo Grimaud permanecía impasible. Hubiérase dicho que Athos le había educado en la previsión de aquella gran empresa.

A veces el duque, mirándole, dudaba si soñaba, o si aquella estatua de mármol debía favorecer sus planes y animarse en el momento oportuno.

La-Ramée despidió a los guardias encargándoles que bebieran a la salud del príncipe, y luego que se marcharon cerró las puertas, se metió las llaves en el bolsillo, y señaló la mesa como diciendo:

—Cuando monseñor quiera.

El príncipe miró a Grimaud, y Grimaud al reloj. Eran las seis y cuarto; la evasión estaba señalada para las siete: había, pues, que esperar tres cuartos de hora.

Con objeto de ganar tiempo pretextó el príncipe una lectura interesante, y dijo que deseaba acabar el capítulo que tenía empezado. Acercóse La-Ramée, y

miró por detrás cuál era aquel libro que así detenía al príncipe en el momento de sentarse a la mesa, estando ya servida la comida.

Eran los *Comentarios de César,* que él mismo le había prestado algunos días antes, contraviniendo las órdenes del señor de Chavigny. La-Ramée hizo propósito firme de no faltar en adelante al reglamento de la torre.

Para entretenerse destapó las botellas, y se puso a olfatear el pastel. A las seis y media levantóse el duque, y dijo con gravedad:

—Es indudable que César fue el hombre más grande de la antigüedad.

—¿Eso creéis, señor?

—Sí.

—Pues a mí —respondió La-Ramée— me gusta más Aníbal.

—¿Por qué?

—Porque no compuso *Comentarios.*

Entendió el duque la alusión y se sentó a la mesa, indicando a LaRamée el asiento de enfrente.

El oficial no esperó a que le repitiera la invitación.

No hay rostro más expresivo que el de un verdadero gastrónomo delante de una abundante mesa. El de La-Ramée presentaba, al recibir de manos de Grimaud su plato de sopa, la más completa satisfacción.

Miróle el duque sonriendo, y dijo:

—¿Sabéis, La-Ramée, que si en este momento me aseguraran que hay en Francia un hombre más feliz que vos no lo creería?

—Y haríais muy bien, monseñor —contestó el oficial—. Confieso que no hay espectáculo más grato para mí, cuando tengo apetito, que el de una mesa cubierta de buenos manjares. Y si a esto se agrega la dicha de comer con un nieto de Enrique el Grande, el honor que de esto resulta centuplica el placer que aquélla causa.

El duque se inclinó, y a los labios de Grimaud, que estaba detrás de La-Ramée, asomó una imperceptible sonrisa.

—Amigo La-Ramée —dijo el duque—, sois el único para decir una galantería.

—No, señor —contestó La-Ramée con efusión—, digo lo que pienso y nada más.

—¿Tanto amor me tenéis? —preguntó el duque.

—Sí, señor —contestó La-Ramée—; nunca me consolaría si vuestra alteza saliese de Vincennes.

—¡Vaya un *efecto!* (El príncipe quería decir: ¡vaya un afecto!).

—Pero vamos a ver, señor —dijo La-Ramée—, ¿qué haríais fuera de aquí? Algún disparate que os malquistase con la corte y de cuyas resultas tuvieseis que ir a la Bastilla en lugar de estar en Vincennes.

Y aunque convengo en que el señor de Chavigny no es muy amable —prosiguió La-Ramée saboreando un trago de Madera—, digo también que el señor de Tremblay es mucho peor.

—¿Es cierto? —preguntó el duque, a quien divertía el giro que iba tomando la conversación, aunque no dejaba por eso de mirar el reloj, cuya aguja se movía con demasiada lentitud.

—¿Qué se puede esperar del hermano de un capuchino enseñado en la escuela del cardenal Richelieu? Creedme, monseñor, habéis tenido gran fortuna en que la reina, que, según dicen, siempre os ha querido bien, haya preferido enviaros aquí, donde hay paseo, juego de pelota, excelente mesa y buenos aires.

—Cualquiera que os oyese diría que he sido un ingrato por haber pensado en salir.

—¡Oh! Es el colmo de la ingratitud —contestó La-Ramée—, pero Vuestra Alteza no habrá pensado formalmente en ello.

—Sí tal —dijo el duque— y os confieso, aunque parezca una locura, que aún se me ocurre esa idea de vez en cuando.

—Siempre será por uno de vuestros cuarenta medios.

—Sí, ciertamente.

—Ya que estamos hablando en confianza, decidme, monseñor, en qué consiste alguno de ellos.

—Con mucho gusto —respondió el duque—. Grimaud, dadme ese pastel.

—Ya os escucho —dijo La-Ramée, arrellenándose en su poltrona, levantando el vaso y guiñando el ojo para mirar a través de su dorado licor el sol que se ponía.

El duque echó una ojeada al reloj; faltaban diez minutos para las siete.

Entretanto había puesto Grimaud el pastel delante del príncipe, quien tomó su cuchillo de plata para levantar la tapa, visto lo cual por La-Ramée, le alargó el suyo de acero, temiendo que se estropease aquella buena pieza.

—Gracias, La-Ramée —dijo el duque tomando el cuchillo. —Conque vamos a ver ese famoso medio, señor —dijo el oficial. —¿Ha de ser el que más confianza me inspiraba, el primero que me había propuesto emplear?

—Sí, ese —dijo La-Ramée.

—Pues bien —dijo el duque, aproximando el pastel y describiendo un círculo con el cuchillo—. Esperaba ante todo que estuviese encargado de guardarme un buen muchacho como vos, señor LaRamée.

—Bueno, señor, con eso ya contáis.

—Y me congratulo por ello. La-Ramée hizo un saludo.

—Yo decía para mí —continuó el duque— lo siguiente: si llego a tener por celador a un hombre como La-Ramée, procuraré que algún amigo, el cual ignore mis relaciones, le recomiende otra persona fiel a toda prueba, que me ayude a hacer los preparativos de mi fuga.

—Vamos, no está mal pensado —dijo La-Ramée.

—¿Verdad que sí? —repuso el príncipe—. Por ejemplo, que fuese criado de algún noble enemigo de Mazarino, como debe serlo todo buen caballero.

—¡Silencio, señor! —dijo La-Ramée—. No hablemos de política.

—Luego que esté a mi lado este hombre, pensaba yo, si es diestro y sabe inspirar confianza a su jefe, éste descansará en él, y yo podré adquirir noticias de afuera.

—Ya, noticias de afuera, pero ¿y cómo?

—Muy fácilmente —dijo el duque de Beaufort—; jugando a la pelota, pongo por caso.

—¿Jugando a la pelota? —preguntó La-Ramée, prestando mayor atención a las palabras del duque.

—Sí, mirad: yo tiro una pelota al foso; allí habrá un hombre y la recoge. La pelota contiene una carta; en lugar de devolvérmela me tira otra. Esta otra contiene una carta también. Así se entabla una correspondencia sin verlo nadie.

—¡Diablo! —dijo La-Ramée, rascándose una oreja—. Hacéis bien en decírmelo, monseñor; vigilaré a los que recogen pelotas.

El duque sonrióse.

—Pero —continuó La-Ramée—, en resumidas cuentas, eso no sirve más que para cartearse.

—Me parece que ya es algo.

—Sí, mas no es bastante.

—¿Quién sabe? Por ejemplo, yo escribo a mis amigos; tal día, a tal hora, estad con dos caballos a la otra parte del foso.

—Bien —contestó La-Ramée con cierta inquietud—; pero como estos caballos no tengan alas y suban a la muralla a buscaros...

—¡Pscht! —dijo con negligencia el príncipe— no se trata precisamente de que ellos suban, sino de que yo descienda.

—¿Cómo?

—Con una escala.

—Ya —dijo La-Ramée con risa forzada—, pero una escala no se puede meter en una pelota como si fuese una carta.

—No, pero siendo de cuerda puede meterse en otra cosa.

—¡En otra cosa!, ¡en otra cosa!, ¿en cuál?

—En un pastel, por ejemplo.

—¿En un pastel? —dijo La-Ramée.

—Sí tal. Vamos a hacer suposiciones. Supongamos, por ejemplo, que mi mayordomo Noirmont hubiera tomado la tienda del tío Marteau...

—¿Qué conseguiría con eso? —preguntó La-Ramée estremeciéndose.

—¿Qué? La-Ramée, que es todo un gastrónomo, ve sus pasteles, conoce que son mejores que los de su predecesor y me propone que los pruebe. Yo acepto, a condición de que La-Ramée los pruebe conmigo. A fin de que nadie lo estorbe, envía éste fuera a todos los guardias y se queda solo con Grimaud; supongamos que Grimaud es el auxiliar que me ha enviado mi amigo, que estoy de acuerdo con él y que se encuentra dispuesto a secundarme en todo. Mi fuga está señalada para las siete. Pues bien; a las siete menos minutos...

—¿A las siete menos minutos? —preguntó La-Ramée con la frente llena de sudor.

—A las siete menos minutos —repuso el duque, acompañando sus palabras con la acción— levanto la tapa del pastel, saco dos puñales, una escala y una mordaza. Pongo la punta de un puñal sobre el pecho de La-Ramée, y digo: amigo, lo siento mucho, pero si te mueves o das un grito eres muerto.

Hemos dicho que al pronunciar estas últimas palabras, habíalas acompañado el duque con ademanes. Púsose en pie y apoyó un puñal en el pecho del pobre La-Ramée, de un modo que no permitía a éste abrigar la menor duda acerca de su decisión.

Al mismo tiempo, sacaba Grimaud del pastel, sin decir palabra, el otro puñal, la escala y la mordaza.

La-Ramée le observaba con terror.

—¡Oh, señor! —exclamó mirando al duque con una expresión de estupor que en otra ocasión le hubiera hecho a éste soltar la carcajada—. ¿Tendréis valor para matarme?

—No, si no te opones a mi fuga.

—Pero, señor, si os dejo huir me arruino.

—Yo te daré lo que te costó tu empleo.

—¿Estáis muy decidido a salir del castillo?

—¡¡¡Cáscaras!!!

—¿No os hará variar de resolución nada de cuanto os pueda yo decir?

—Esta noche quiero estar en libertad.

—¿Y si me defiendo o grito?

—Te mato, por mi honor.

En aquel momento sonó el reloj.

—Las siete —dijo Grimaud, rompiendo su silencio.

La-Ramée hizo un movimiento como para calmar su conciencia. El duque frunció el ceño, y el oficial sintió la punta del puñal que atravesó su ropa y llegó a la carne.

—Bien, señor —le dijo—; ¡basta, no me moveré!

—Vamos, aprisa —dijo el duque.

—Señor, una cosa os voy a pedir.

—¿Cuál? Habla, despacha.

—Atadme bien, monseñor.

—¿Para qué?

—Para que no supongan que he sido cómplice vuestro.

—Vengan las manos —dijo Grimaud.

—Por delante no; ¡por detrás! ¡por detrás!

—Pero, ¿con qué? —dijo el duque.

—Con vuestro cinturón, monseñor —repuso La-Ramée.

Quitóse el duque el cinturón y se lo dio a Grimaud, el cual sujetó las manos a La-Ramée de un modo que debió dejarlo satisfecho.

—Ahora los pies —dijo Grimaud.

La-Ramée presentó las piernas; Grimaud cogió una servilleta, rasgóla en tiras, y ató con ella los pies del que dejaba de ser su jefe.

—La espada —dijo La-Ramée—, atadme también la guarnición. El duque arrancóse una cinta del vestido y satisfizo el deseo del oficial.

—Ahora —dijo el pobre La-Ramée—, ponedme la mordaza, hacedme esa gracia, si no me formarán causa por no haber gritado. Preparábase Grimaud a complacer al oficial; pero éste indicó con un ademán que todavía le quedaba algo que decir:

—Hablad —dijo el duque.

—No olvidéis, señor —murmuró La-Ramée—, si acaso me sucede alguna desgracia por vuestra causa, que estoy casado y tengo cuatro hijos.

—Pierde cuidado. Terminemos, Grimaud.

En un segundo quedó La-Ramée con su mordaza puesta y tendido en tierra; Grimaud derribó algunas sillas para que pareciera que el oficial había hecho resistencia, sacó del bolsillo de éste todas las lla ves, abrió la puerta del aposento en que se hallaban, la volvió a cerrar después de salir con el duque, y encaminóse rápidamente con éste por la galería qué conducía al juego de pelota, el cual estaba enteramente desierto, sin centinelas y sin nadie a las ventanas.

Corrió el duque hacia la muralla y vio al otro lado del foso a tres personas que sujetaban cinco caballos con la mano derecha. La contestación que dieron a una seña que hizo, le convenció de que eran los que aguardaba.

Entretanto ató Grimaud a la muralla la escala, que consistía en un cordón de seda arrollado a un palo. El peso de la persona que bajase sobre éste, debía hacer que se fuera desarrollando el cordón poco a poco, hasta llegar abajo.

—Baja —dijo el duque.

—¿Primero que vuestra alteza, señor?

—Sí, porque si me cogen, me arriesgo sólo a que me vuelvan a encarcelar, y si te cogen a ti, te ahorcan.

—Es gran verdad —dijo Grimaud.

Y poniéndose inmediatamente a caballo sobre el palo, dio principio a su más que peligroso descenso. El duque le miraba con involuntario horror; ya había

llegado a las tres cuartas partes de la muralla, cuando de repente se rompió la cuerda: Grimaud cayó precipitado hacia el foso.

El señor de Beaufort dio un grito; Grimaud no exhaló una queja, y, no obstante, debía estar gravemente herido, porque se quedó inmóvil en el sitio en que cayó.

Sin perder momento, se deslizó al foso uno de los que estaban esperando y sujetó a Grimaud con una cuerda por debajo de los brazos. Los dos tiraron de la punta opuesta y le sacaron arriba.

—Bajad, monseñor —dijo el del foso—; no hay más que unos quince pies de distancia, y el suelo está cubierto de hierba.

Ya había comenzado el duque a hacerlo, pero su operación era más difícil, porque no tenía en qué apoyarse, y sólo la fuerza de sus puños podía valerle en aquel descenso de cerca de cincuenta pies. Pero ya hemos dicho que el duque era ágil, vigoroso y sereno; en menos de cinco minutos llegó a la extremidad de la cuerda, hallándose sólo a quince pies del suelo, como había dicho el caballero que le habló desde abajo. Soltó el cordón y cayó de pie, sin hacerse el menor daño.

Inmediatamente trepó por la escarpa del foso, y reunióse con Rochefort y sus dos compañeros, que le eran conocidos. Grimaud estaba desmayado y atado sobre un caballo.

—Caballeros —dijo el príncipe—, más tarde os daré las gracias; no tenemos tiempo que perder. A caballo, a caballo; seguidme todos.

Montó luego el duque de Beaufort, y partió al galope, respirando con toda la fuerza de sus pulmones y gritando con una expresión de alegría imposible de describir:

—¡Libre!... ¡Libre!... ¡Libre!...

XXVI.— ARTAGNAN LLEGA A TIEMPO

Artagnan cobró en Blois la cantidad que había enviado Mazarino a cuenta de sus servicios futuros, deseando verle en París lo antes posible.

Desde Blois a París hay cuatro jornadas regulares. Artagnan llegó a la barrera de San Dionisio a las cuatro de la tarde del tercer día. En otro tiempo no hubiese empleado más que dos. Ya hemos visto que Athos salió tres horas más tarde que él y llegó un día antes.

Planchet había perdido la costumbre de aquellas marchas forzadas, y Artagnan le acusaba de flojedad, a lo que él contestaba: —Vamos, señor, que cuarenta leguas en tres días son una cosa más que regular para un vendedor de almendras garrapiñadas.

—Pero, ¿seriamente te has hecho confitero, Planchet, y piensas seguir vegetando en tu tienda después de haberte reunido conmigo?

—¡Ya lo creo! —respondió Planchet—. No todos podemos hacer como vos esa vida activa. Ahí está el señor Athos; ¿quién diría que es el arrojado aventurero a quien conocimos en otro tiempo? Está hecho un verdadero labrador, y hace bien, pues tengo para mí que, nada es tan envidiable como una existencia tranquila.

—¡Hipócrita! —dijo Artagnan—. Bien se conoce que nos vamos aproximando a París, y que allí te esperan una cuerda y una picota. En efecto, al llegar a este punto de su conversación, pasaban los dos viajeros por la puerta. Planchet calóse la gorra temiendo ser reconocido, y Artagnan se atusó los bigotes, acordándose de que Porthos le esperaba en la calle de Tiquetonne. Iba pensando cómo le haría olvidar su posesión de Bracieux y sus cocinas de Pierrefonds.

Al doblar la esquina de la calle Montmartre, divisó en una de las ventanas de la fonda de Chevrette a Porthos, vestido con una espléndida ropilla azul celeste, bordada de plata, y bostezando de tal modo, que los transeúntes miraban con cierta admiración respetuosa a aquel caballero tan gallardo, tan rico, y que mostrábase tan aburrido de su riqueza y gallardía.

Porthos, por su parte, reconoció a Artagnan y Planchet en cuanto asomaron por la calle.

—¡Gracias a Dios! —gritó—. ¿Sois vos, Artagnan?

—El mismo, amigo mío —respondió el mosquetero.

No tardó en formarse un corro de curiosos alrededor de los caballos, a los cuales se habían acercado los criados de la fonda, y de los jinetes que hablaban con Porthos desde la calle; pero el entrecejo de Artagnan y algunos ademanes significativos de Planchet, comprendidos al punto por los circunstantes, disiparon el grupo, que se hacía tanto más compacto, cuanto que nadie sabía de qué se trataba.

Porthos bajó a la puerta de la fonda.

—¡Ay, amigo! —exclamó—. ¡Qué mal están aquí mis caballos!

—¿De veras? —preguntó Artagnan—. Lo siento mucho.

—Y yo también estoy bastante incómodo. Ya me hubiera mudado —prosiguió Porthos, contoneándose y riendo con satisfacción—, a no ser por la patrona, que es bastante amable y sabe seguir una broma.

Durante este diálogo habíase acercado la bella Magdalena, y al oír las palabras de Porthos dio un paso atrás y se puso pálida como la cera, temiendo que se renovase la escena del suizo; pero, con gran admiración suya, Artagnan no se dio por entendido, y, en vez de enfadarse, contestó riéndose:

—Comprendo, amigo mío; los aires de la calle de Tiquetonne no son tan buenos como los de Pierrefonds; mas perded cuidado, no tardaré en haceros tomar otros mejores.

—¿Cuándo?

—Creo que muy pronto.

—Tanto mejor.

A esta exclamación de Porthos sucedió un gemido prolongado, que resonó detrás de la puerta. Artagnan acababa de apearse y vio destacarse sobre la pared la enorme panza de Mosquetón, cuya afligida boca exhalaba sordos quejidos.

—¿Y vos también, pobre señor Mostón, os encontráis mal en esta posada? —preguntó Artagnan, en un tono mitad zumbón y mitad compasivo.

—Dice que la cocina es detestable —contestó Porthos.

—Buen remedio —contestó Artagnan—, ¿por qué no dirige vuestra comida como en Chantilly?

—¡Ah, señor conde! Aquí no tenemos los estanques del señor príncipe, en que pescar carpas, ni los bosques de su alteza, donde cazar perdices. En cuanto a la bodega, la he visitado detenidamente y no vale nada.

—Gran lástima me daríais, Mostón —dijo Artagnan—, si estuviera más desocupado.

Y llevándose aparte a Porthos, prosiguió:

—Querido Du-Vallon, os hallo completamente vestido y me alegro, porque ahora vamos a ver al cardenal.

—¿Es cierto? —dijo Porthos abriendo los ojos con sorpresa.

—Sí.

—¿Me vais a presentar?

—¿Tenéis miedo?

—No; pero siempre produce alguna emoción.

—Tranquilizaos; ya murió el antiguo cardenal; éste no es para asustar a nadie.

—No importa: la corte...

—Ya no hay corte.

—La reina...

—Estaba por decir que tampoco la hay... En fin, no la veremos.

—¿Y vamos a palacio?

—Sí. Tomaré uno de vuestros caballos para que no nos retrasemos.

—Los cuatro están a vuestra disposición.

—No necesito más que uno.

—¿Llevamos lacayo?

—Que vaya Mosquetón; nunca estará de más. Planchet tiene sus razones para no ir.

—¿Por qué?

—Está a mal con el cardenal.

—Mostón —dijo Porthos—, ensillad a *Vulcano y* a *Payardo.*

—¿Y yo montaré en *Rustando?*

—No, tomad un caballo de lujo, *Febo o* el *Soberbio;* vamos de ceremonia.

—¡Ah! —exclamó Mosquetón respirando—; ¿conque sólo se trata de hacer una visita?

—De eso sólo, Mostón. Pero no será malo que pongáis las pistolas en las pistoleras; en mi cuarto están las mías cargadas.

Mostón exhaló un gemido, porque no comprendía las visitas a mano armada.

—Tenéis razón, Artagnan —dijo Porthos mirando con complacencia a su lacayo que se alejaba—. Con Mostón basta: tiene muy buen porte.

Artagnan sonrió.

—¿Y vos no os vestís? —dijo Porthos.

—Yo voy así.

—Estáis bañado en sudor y cubierto de polvo; tenéis las botas llenas de barro.

—De este modo probaré mi celo por obedecer al cardenal.

En aquel momento volvió Mosquetón con los tres caballeros. Artagnan montó con la misma soltura que si hubiera estado descansando ocho días.

—¡Hola —dijo a Planchet—. Dadme ese estoque largo.

—Yo —dijo Porthos enseñando una espada pequeña de guarnición dorada—, llevo mi espada de corte.

—Llevad la de combate.

—¿Por qué motivo?

—Por nada, pero ponéosla.

—Traedla, Mostón —dijo Porthos.

—Pero, señor, esto es todo un aparato de guerra; ¿vamos a entrar en campaña? Si es así, decidlo y tomaré mis precauciones en consecuencia.

—Ya sabéis, Mostón —repuso Artagnan—, que para nosotros nunca están de sobra las precauciones, y que no acostumbramos pasar las noches en bailes ni serenatas.

—¡Ah! Es cierto —dijo Mostón armándose de pies a cabeza—; lo había olvidado.

Partieron con bastante rapidez y llegaron al palacio del cardenal a eso de las siete y cuarto. Las calles estaban llenas de gente por ser día de Pascua, y los transeúntes miraban asombrados aquellos dos caballeros, tan acicalado el uno, que parecía recién sacado de un estuche, y tan lleno de polvo el otro, que se hubiera dicho que acababa de salir de un campo de batalla.

También Mosquetón llamaba la atención de los curiosos, y como entonces estaba en su mayor boga la novela de Cervantes, algunos le comparaban a Sancho Panza, con dos amos en lugar de uno.

La antesala era país conocido de Artagnan. Precisamente estaba de guardia su compañía. El mosquetero mandó llamar al ujier y enseñó la carta del cardenal en que éste le prescribía que regresase cuanto antes.

El ujier inclinóse y entró en el gabinete de Su Eminencia. Artagnan miró a Porthos y creyó observar en él un ligero temblor. Se sonrió y le dijo al oído:

—¡Valor, valiente amigo! No estéis intimidado; creedme, ya ha cerrado los ojos el águila, y sólo tratamos con el buitre. Teneos tan derecho como el día del baluarte de San Gervasio, y no saludéis con extremada humildad a ese italiano, no sea que conciba una idea baja de vos.

—Bien, bien —respondió Porthos.

El ujier volvió a presentarse y dijo:

—Entrad, caballero. Su Eminencia os espera.

En efecto, Mazarino estaba en su gabinete trabajando en raspar todos los nombres que podía de una lista de pensiones y beneficios. Miró de reojo a Artagnan y a Porthos, y aunque el anuncio del ujier habíale llenado de alegría, no demostró la menor alteración.

—Hola, señor teniente —le dijo—. Muy de prisa habéis caminado; sed bien venido.

—Gracias, monseñor; heme aquí a las órdenes de Vuestra Eminencia con mi antiguo amigo el señor de Du-Vallon, que antes ocultaba su nobleza bajo el nombre de Porthos.

Este saludó al cardenal.

—Buena presencia —dijo Mazarino.

Porthos volvió la cabeza a derecha e izquierda y movió los hombros con la mayor dignidad.

—La mejor espada del reino, monseñor —dijo Artagnan—; y muchos lo saben, aunque no lo dicen ni pueden decirlo.

Porthos saludó a Artagnan.

Casi tanto gustaban a Mazarino los soldados de arrogante presencia como gustaron después a Federico de Prusia. Contempló y admiró las nervudas manos, los anchos hombros y los ojos serenos de Porthos, y le pareció estar viendo ante sí al que había de salvar su ministerio y el reino. Esto recordóle que la antigua asociación de los mosqueteros se componía de cuatro personas.

—¿Y vuestros otros amigos? —preguntó Mazarino.

Creyó Porthos que era tiempo ya de que él dijera algo, e iba a hablar, cuando Artagnan le detuvo guiñándole el ojo.

—No pueden venir en este momento; pero más adelante se reunirán a nosotros.

Mazarino tosió y prosiguió.

—¿Y este caballero, más libre que ellos, volverá con gusto al servicio?

—Sí, monseñor, aunque sólo por adhesión a la legítima causa, porque el señor de Bracieux es rico.

—¿Rico? —preguntó Mazarino, en quien causaba una gran sensación esta sola palabra.

—Cincuenta mil libras de renta —dijo Porthos. Eran las primeras palabras que decía.

—¡Por pura adhesión! —repuso entonces Mazarino con su insinuante sonrisa––. ¡Por pura adhesión!

—Acaso no tenga, monseñor, mucha fe en esa palabra —dijo Artagnan.

—¿Y vos la tenéis, señor gascón? —preguntó Mazarino poniendo los codos sobre la mesa y la barba sobre los puños.

—Yo —dijo Artagnan— creo en la adhesión como en un nombre de bautismo, al cual necesariamente debe acompañar un apellido. Cada uno tiene más o menos adhesión según su naturaleza, pero siempre debe haber alguna otra cosa que la sirva de estímulo.

—¿Y qué es lo que puede estimular a vuestro querido amigo?

—Francamente, señor, mi amigo tiene tres posesiones magníficas: la de Vallon, en Corbeil; la de Bracieux, en el Soissonnais; y la de Pierrefonds, en el Valois. Quisiera que una de ellas fuese erigida en baronia.

—¿Nada más que eso? —preguntó Mazarino, cuyos ojos brillaban de júbilo al ver que podía recompensar la adhesión de Porthos sin dar dinero—. ¿Nada más? Acaso podrá arreglarse el asunto.

—¡Seré barón! —dijo Porthos avanzando un paso.

—Ya os lo tenía yo dicho —repuso Artagnan deteniéndole—, y monseñor os lo repite.

—¿Y vos, que deseáis, caballero Artagnan?

—Monseñor, hará veinte años por septiembre que el señor cardenal de Richelieu me nombró teniente.

—¿Y quisiérais que el cardenal Mazarino os hiciese capitán? Artagnan hizo una reverencia.

—Vaya, no pedís un imposible. Ya veremos, señores ya veremos. Señor Du-Vallon —prosiguió Mazarino—, ¿queréis servir en la corte o en el campo?

Porthos abrió la boca para responder.

—Señor —dijo Artagnan—, el señor Du-Vallon es como yo; le gustan los servicios extraordinarios; esas empresas que la generalidad considera como temerarias o imposibles.

No desagradó esta fanfarronada a Mazarino, el cual quedóse pensativo.

—Confieso que os había mandado llamar para daros un destino sedentario. Tengo ciertos motivos de temor... Pero, ¿qué es eso?

So oyó un gran ruido en la antecámara, y casi al mismo tiempo se abrió la puerte del gabinete y se precipitó en él un hombre cubierto de polvo, gritando:

—¡El señor cardenal! ¿Dónde está el señor cardenal?

Parecióle a Mazarino que se trataba de asesinarle y retrocedió derribando su sillón. Artagnan y Porthos se interpusieron entre él y el recién llegado.

—¿Qué sucede, señor mío? —dijo Mazarino— ¿Qué modo de entrar es ése?

—Señor —dijo el oficial a quien se dirigía esta reconvención—, quisiera deciros dos palabras en secreto. Soy el señor de Ponis, oficial de guardias destacado en Vincennes.

Tanta era la palidez del oficial, que Mazarino se convenció de que le llegaba alguna noticia importante, e hizo una señal a Artagnan y Porthos para que cediesen su lugar al mensajero.

Los dos amigos retiráronse a un rincón del gabinete.

—Hablad pronto —dijo Mazarino—, ¿qué ocurre?

—Señor —contestó el mensajero—, el duque de Beaufort se acaba de fugar del castillo.

Lanzó Mazarino un grito, y poniéndose aún más pálido que el que le daba esta nueva, cayó sin fuerzas sobre su sillón.

—¡Se ha fugado! dijo—. ¡Se ha fugado el duque de Beaufort!

—Yo le he visto huir desde la plataforma.

—¿Y no ordenasteis tirar sobre él?

—No estaba a tiro.

—¿Pero qué hacía el señor de Chavigny?

—Se hallaba ausente.

—¿Y La-Ramée?

—Le han hallado atado en el cuarto del prisionero con una mordaza en la boca y un puñal a su lado.

—¿Y su subalterno?

—Era cómplice del duque: se ha fugado con él. Mazarino lanzó un gemido.

—Señor —dijo Artagnan, dando un paso hacia el cardenal.

—¿Qué hay? —preguntó el cardenal Mazarino.

—Creo que Vuestra Eminencia está perdiendo un tiempo precioso.

—¿Cómo?

—Si mandara Vuestra Eminencia que se persiguiera al fugitivo, quizá se le alcanzaría. Francia es grande. La frontera más cercana está a sesenta leguas, y, por consiguiente...

—¿Y quién iría tras él? —preguntó Mazarino.

—Yo.

—Sí.

—¿Prenderíais al duque de Beaufort, estando armado?

—Si monseñor me mandara prender al diablo, le cogería por los cuernos y le traería aquí.

—Yo también.

—¿También vos? —preguntó Mazarino, mirando asombrado a aquellos dos hombres—. Pero el duque no se rendirá, estoy seguro, sino después de un encarnizado combate.

—¡Mejor! dijo Artagnan, con los ojos chispeantes—. ¡Un combate! Hace tiempo no nos hemos batido, ¿no es cierto Porthos?

—¡Un combate! —respondió Porthos.

—¿Y creéis alcanzarlo?

—Sí tal, como tengamos mejores caballos que él.

—Pues reunid todos los guardias que están ahí fuera y echad a correr —exclamó el cardenal.

—¿No lo ordena, monseñor?

—Y lo firmo —dijo Mazarino, tomando un papel y escribiendo rápidamente algunos renglones.

—Añadid, monseñor, que podemos apoderarnos de cuantos caballos encontremos en el camino.

—Sí, sí —dijo Mazarino— ¡Real servicio! Tomad y corred.

—Bien está, señor.

—Señor Du-Vallon —dijo Mazarino—, vuestra baronía está a la grupa del duque de Beaufort: cogedla si podéis. A vos, querido Artagnan, ninguna promesa os hago; pero, si me lo traéis muerto o vivo, podéis pedir cuanto gustéis.

—A caballo, Porthos —dijo Artagnan, cogiendo de la mano a su amigo.

—Vuestro soy en cuerpo y alma, querido —respondió Porthos, con sublime sangre fría.

Bajaron la escalera principal, llevando tras sí a los guardias que encontraban en el camino y gritando:

—¡A caballo! ¡A caballo!

Reuniéronse unos ocho o diez guardias; Artagnan y Porthos montaron en Vulcano y Bayardo, Mosquetón encaramóse sobre *Febo.*

—¡Seguidme! —gritó Artagnan.

—¡En marcha! —dijo Porthos.

Y dando espuelas a sus nobles corceles, partieron como una exhalación por la calle de San Honorato.

—Os prometí que haríais ejercicio, señor barón, y ya veis que cumplo mi palabra —dijo el gascón.

—Sí, mi capitán —contestó Porthos.

Volvieron la cabeza, y vieron a Mosquetón que galopaba a alguna distancia, más bañado en sudor que su caballo. Detrás de Mosquetón iban los diez guardias.

Los habitantes de la ciudad asomáronse asombrados a sus puertas, y una turba de perros seguía ladrando a los jinetes.

En la esquina del cementerio de San Juan atropelló Artagnan a un hombre; mas este suceso no merecía detener a gente que llevaba tanta prisa. Los jinetes siguieron galopando como si sus caballos tuvieran alas.

Pero no hay acontecimiento en el mundo que no tenga su importancia. Más adelante veremos que faltó poco para que éste hiciera caer la monarquía.

XXVII.— EL CAMINO REAL

De este modo atravesaron todo el arrabal de San Antonio y el camino de Vincennes; poco después salieron de la ciudad, más tarde llegaron al bosque y últimamente divisaron el pueblo.

Los caballos se animaban a medida que entraban en calor; sus narices respiraban fuego. Artagnan iba media vara delante de Porthos, clavando con desesperación las espuelas en los hijares de su corcel. Mosquetón les seguía a poca distancia; los guardias seguían diseminados, según la resistencia de sus cabalgaduras.

Desde una eminencia divisó Artagnan un grupo de personas paradas a la otra parte del foso, enfrente de la parte de torre que mira a San Mauro. Conoció que por allí debía haberse escapado el prisionero, y que allí debía dirigirse para tomar informes. Cinco minutos después llegó a aquel sitio, reuniéndoseles los guardias sucesivamente.

Gran número de ociosos estaban mirando la cuerda, pendiente todavía de la tronera y rota a veinte pies del suelo. Medían con la vista aquella elevación, y se perdían en conjeturas. Por la muralla iban y venían algunos centinelas.

Una guardia mandada por un sargento, alejaba a los curiosos del sitio en que había montado el duque.

Artagnan encaminóse hacia el sargento.

—Mi teniente —le dijo éste—, no se puede hacer alto aquí.

—Eso no reza conmigo —dijo Artagnan—. ¿Se ha perseguido a los fugitivos?

—Sí, señor; pero por desgracia llevan buenos caballos.

—¿Cuántos son?

—Cuatro hombres útiles y uno herido.

—¡Cuatro! —dijo Artagnan mirando a Porthos—. Ya lo sabes, barón, no son más que cuatro.

El rostro de Porthos animóse con una alegre sonrisa.

—¿Qué delantera llevan?

—Dos horas y cuarto, mi teniente.

—¿Dos horas y cuarto? Eso no es mucho; estamos bien montados, ¿no es verdad, Porthos?

Este lanzó un suspiro, pensando en la carrera que esperaba a sus pobres caballos.

—Está bien —dijo Artagnan—, ¿por dónde han tomado?

—Está prohibido decirlo, mi teniente.

Artagnan sacó un papel del bolsillo y dijo:

—Ahí tienes una orden de Su Majestad.

—Hablad al gobernador.

—¿Dónde está?

—En el campo.

Asomó la ira al rostro de Artagnan; arrugó su frente y se agolpó la sangre a su cabeza.

—¡Miserable! —dijo el sargento—. ¿Te estás burlando de mí? Espera.

Desdobló el papel, presentólo al sargento y con la otra mano sacó y montó una pistola.

—Te digo que es una orden del rey. Lee y contesta, o te salto la tapa de los sesos.

El sargento, conociendo que Artagnan hablaba de veras, dijo:

—Por el camino de Vendomois.

—¿Y por qué puerta han salido?

—Por la de San Mauro.

—Si me engañas, miserable, te ejecutan mañana.

—Y si vos los alcanzáis no volveréis para hacerme ahorcar —murmuró el sargento.

Artagnan se encogió de hombros, hizo un ademán a su gente, y se puso en marcha.

—Por aquí, señores, por aquí —gritó dirigiéndose a la puerta del parque que había designado el sargento.

Precisamente entonces que ya el duque se había escapado, el conserje había tenido la oportunidad de cerrar la puerta con llaves y candados. Hubo también que obligarle a abrir, y en esta operación se perdieron diez minutos.

Vencido el último obstáculo, prosiguió la tropa su marcha a escape.

Pero no todos los caballos corrían los mismo... Algunos no pudieron sufrir mucho tiempo aquella carrera desenfrenada: tres se pararon después de una hora; otro cayó al suelo.

Artagnan no volvía la cabeza y no lo advirtió. Porthos se lo hizo observar con su tranquilidad acostumbrada.

—Con que lleguemos los dos basta —dijo Artagnan—, puesto que ellos no son más que cuatro.

—Es cierto —dijo Porthos.

Y hundió las espuelas en el vientre de su cabalgadura.

En dos horas anduvieron doce leguas: los caballos empezaron a fatigarse, y sus espumarajos rociaban las rodillas de los jinetes, mientras que el sudor humedecía sus muslos.

—Descansemos un momento para que respiren estos infelices animales —dijo Porthos.

—Al contrario —contestó Artagnan—, que revienten con tal que lleguemos. Aquí hay huellas frescas; hace un cuarto de hora que han pasado por este sitio.

En efecto, a los últimos rayos del sol, se distinguían en el camino las huellas de las herraduras de algunos caballos.

Siguieron adelante, pero dos leguas más allá cayó el caballo de Mosquetón.

—¡Muy bien! —dijo Porthos—. Ya tronó *Febo.*

—El cardenal os pagará mil doblones por él.

—¡Oh! —dijo Porthos—. Soy muy superior a esa pérdida.

—Pues entonces, ¡adelante!

—Si podemos.

Efectivamente, el caballo de Artagnan se resistía a ir más lejos; ya no respiraba; un espolazo de su jinete hízole caerse en vez de avanzar. —¡Diantre! —exclamó Porthos—. ¡También tronó *Vulcano!*

—¡Voto a bríos! —gritó Artagnan tirándose de los cabellos—. ¿Y hemos de pararnos aquí? Dadme vuestro caballo, Porthos. Pero, ¿qué demonios estáis haciendo?

—Nada, que me caigo —respondió Porthos—, o, por mejor decir, que se cae Bayardo.

Iba Artagnan a levantar el caballo, mientras que Porthos desenredábase como podía de los estribos, pero advirtió que estaba echando sangre por las narices.

—¡Y van tres! —dijo—. ¡Todo se acabó! En aquel instante se oyó un relincho.

—¡Silencio! —dijo Artagnan.

—¿Qué pasa?

—Oigo un caballo.

—Será alguno de los nuestros que venga cerca.

—No —repuso Artagnan—, óyese por delante.

—Eso es otra cosa —dijo Porthos.

Y aplicó el oído a la parte que señalaba.

—Señor —gritó Mosquetón, reuniéndose con su amo—, Febo no ha podido resistir, y...

—¡Silencio! —ordenó Porthos.

La brisa de la noche llevó hasta los viajeros el eco de otro relincho.

—Es a quinientos pasos de aquí —dijo Artagnan.

—Efectivamente, señor —repuso Mosquetón—, y a quinientos pa sos de aquí hay una casita de campo.

—Mosquetón, tus pistolas —dijo Artagnan.

—En las manos las tengo.

—Porthos, tomad las vuestras.

—Aquí están.

—Bueno —dijo Artagnan, sacando de las pistoleras las suyas—,ahora ya me comprendéis, Porthos.

—No mucho.

—¿No vamos a asuntos de real servicio?

—Sí.

—Pues embargamos esos caballos en nombre de Su Majestad.

—Está bien —dijo Porthos.

—No se hable más: a ello.

Avanzaron los tres por la oscuridad, silenciosos como fantasmas. Al pasar un recodo del camino vieron brillar una luz en medio de los árboles.

—Allí está la casa —dijo Artagnan en voz baja—. Dejadme a mí, Porthos, y haced lo que yo haga.

Se deslizaron por entre los árboles, y llegaron a veinte pasos de distancia sin ser vistos. Desde allí divisaron, a favor de un gran farol colgado en un cobertizo, cuatro caballos de gran apariencia, con sus sillas y bridas al lado.

Artagnan se acercó rápidamente, haciendo ademán a sus dos compañeros de que se quedasen detrás.

—Te compro esos caballos —dijo al criado que los cuidaba. Este miróle sorprendido, pero no contestó.

—¿No has oído, tunante? —preguntó Artagnan.

—Sí.

—¿Y por qué no contestas?

—Porque estos caballos no están en venta.

—Entonces me los llevo —dijo Artagnan.

Y puso la mano sobre el que tenía más cerca.

Presentáronse en aquel instante sus dos compañeros y le imitaron.

—Pero, señores —exclamó el lacayo—, acaban de andar cien lueguas y no hace media hora que se les ha quitado la silla.

—Media hora es suficiente para descansar —dijo Artagnan—; así entrarán en calor más pronto.

El palafrenero gritó pidiendo auxilio, y a sus voces salió una especie de mayordomo, que quiso gritar.

—Amigo —dijo Artagnan—, si habláis una palabra...

Y le enseñó el cañón de una pistola, volviéndosela a guardar inmediamente para proseguir su trabajo.

—Pero, señores —dijo el mayordomo—, ¿sabéis que esos caballos pertenecen al señor de Mombazon?

—Lo celebro, deben de ser buenos —dijo Artagnan.

—Caballero —repuso el mayordomo retrocediendo paso a paso para ganar disimuladamente la puerta—, os participo que voy a llamar a mi gente.

—Y yo a la mía —dijo Artagnan—. Soy teniente de mosqueteros, y traigo diez guardias. ¿Los oís galopar? Ahora veremos.

No se oía nada; pero el mayordomo sentía miedo y creyó a Artagnan.

—¿Estáis ya, Porthos? —dijo éste.

—Sí.

—¿Y vos, Mostón?

—También.

—Pues a caballo y adelante.

—¡A mí! —gritó el mayordomo—. ¡A mí, lacayos! Traed las carabinas.

—En marcha —dijo Artagnan—; va a haber tiroteo.

Y partieron al galope.

—¡A mí! —rugió el mayordomo, mientras el palafrenero corría a la casa inmediata.

—Cuidado con herir los caballos —dijo Artagnan soltando una carcajada.

—¡Fuego! —respondió el mayordomo.

Un resplandor igual al de un relámpago iluminó el camino; y los caballeros oyeron la detonación al mismo tiempo que el silbido de las balas que se perdieron en el aire.

—¡Tiran como aprendices! —dijo Porthos—. Mejor lo hacían en tiempos de Richelieu. ¿Os acordáis del camino de Crevecoeur, Mosquetón?

—¡Ay, señor! Aún me duele la cadera derecha.

—¿Estáis cierto de que los fugitivos van por aquí, Artagnan? —preguntó Porthos.

—¿Pues no habéis oído?

—¿Qué?

—Que estos caballos pertenecen al señor de Montbazon.

—¿Y eso qué?

—El señor de Montbazon es esposo de la señora de Montbazon.

—Pero...

—Y la señora de Montbazon es querida del duque de Beaufort.

—¡Oh! Ya comprendo: le tenía preparados caballos de refresco.

—Justamente.

—Y perseguimos al duque con los mismos caballos que acaba de dejar.

—Amigo Porthos, tenéis una penetración admirable —dijo Artagnan en tono entre zumbón y amistoso.

—Así me ha hecho Dios —dijo Porthos.

De este modo corrieron una hora; los caballos se hallaban cubiertos de espuma, y de sus hijares goteaba sangre.

—¿Qué veo? —dijo Artagnan.

—Feliz os podéis llamar si veis algo en semejante noche —dijo Porthos.

—Distingo chispas como de herraduras.

—¿Si los habremos alcanzado?

—¡Bueno! ¡Un caballo muerto! —dijo Artagnan, conteniendo el suyo en un salto que acababa de dar—. Parece que ellos también estarán dando las boqueadas.

—Se oye ruido de jinetes —dijo Porthos.

—Es imposible.

—¿Serán muchos?

—Ya veremos.

—¿Otro caballo? —gritó Porthos.

—Muerto.

—¿Con silla o sin ella?

—Con silla.

—Entonces son ellos.

—¡Valor! Ya son nuestros.

—Pero si van muchos —dijo Mostón—, no son nuestros, nosotros somos suyos.

—¡Bah! —dijo Artagnan—. Nos creerán más poderosos, puesto que vamos persiguiéndoles, huirán y se dispersarán.

—Seguro —dijo Porthos.

—¡Ah! ¿Lo veis? —exclamó Artagnan.

—Sí, las chispas; ahora las he visto.

—¡Adelante, sin miedo! —dijo Artagnan con voz sonora—. Dentro de cinco minutos tendremos función.

Y tomaron otra vez el galope; los caballos, furiosos de dolor y de emulación, volaban por el oscuro camino, en medio del cual empezábase a distinguir una masa compacta.

XXVIII.— EL ENCUENTRO

Así corrieron otros diez minutos.

De pronto destacáronse del grupo de los fugitivos dos bultos negros, que se acercaron dejando ver la forma de dos caballeros.

—¡Bravo! —dijo Artagnan—. Vienen hacia nosotros.

—Peor para ellos —respondió Porthos.

—¿Quién va? —gritó una voz ronca.

Los tres jinetes no se detuvieron ni respondieron; oyóse sólo el ruido de las espadas al desenvainarlas y el de los gatillos de las pistolas que montaban los dos fantasmas negros.

—La rienda a la boca dijo Artagnan.

Comprendiólo Porthos, y sacó lo mismo que su compañero una pistola, montándola con la mano izquierda.

—¿Quién va? —gritaron otra vez.—. Si dais un paso más sois muertos.

—¡Bah! —respondió Porthos, casi ahogado por el polvo y mascando la brida como su caballo mascaba el freno—. En otras nos hemos encontrado.

A estas palabras interpusiéronse las dos sombras en el camino, y a la claridad de las estrellas viéronse relucir los cañones de sus pistolas. —¡Atrás! —gritó Artagnan—, o los muertos sois vosotros.

A esta amenaza contestaron dos pistoletazos; pero iban con tal rapidez los dos amigos, que en el mismo momento cayeron sobre sus, contrarios. Resonó otro pistoletazo, tirado a boca de jarro por Artagnan, y su adversario cayó al suelo. Porthos atropelló al suyo con tanta violencia, que aunque no le tocó con la espada, le envió rodando a diez pasos de su caballo.

—Remátale, Mosquetón, remátale —gritó Porthos.

Y prosiguió galopando para alcanzar a su amigo, el cual continuaba su carrera.

—¿Qué tal? —preguntó Porthos.

—Le he roto la cabeza —dijo Artagnan—, ¿y vos?

—No tanto, pero escuchad.

Oyóse un tiro. Mosquetón había descargado su carabina, cumpliendo la orden de su amo.

—¡Bravo! —dijo Artagnan—. Esto marcha bien: vencimos en el primer encuentro.

—¡Hola! —exclamó Porthos—. Allí vienen más contendientes.

En efecto aparecieron otros dos jinetes destacados del grupo principal y avanzando rápidamente.

Aquella vez no aguardó Artagnan a que le hablasen.

—¡Paso! —gritó anticipándose—. ¡Paso!

—¿A quién buscáis? —dijo una voz.

—Al duque —contestaron a un tiempo Artagnan y Porthos. Resonó una carcajada que concluyó en un gemido: Artagnan había atravesado de una estocada al que se reía.

Al mismo tiempo se oyeron dos detonaciones: Porthos y su enemigo habían disparado casi a un tiempo.

Artagnan volvió la cabeza y vio a su lado a Porthos.

—Bien —le dijo—, ¿le habéis muerto?

—Me parece que nada más que al caballo —respondió Porthos.

—¡Cómo ha de ser! No todos son días de fiesta. ¿Pero qué tiene mi caballo?

—Que se está cayendo —dijo Porthos conteniendo el suyo. Efectivamente, el caballo de Artagnan tropezó y dobló las rodillas; después dio un resoplido y cayó al suelo.

Había recibido en el pecho la bala del primer enemigo del mosquetero.

Artagnan soltó un terrible juramento.

—¿Queréis un caballo? —dijo Mosquetón.

—Sí —gritó Artagnan.

—Tomadlo.

—¿Cómo te has hecho con estos dos caballos? —preguntó Artagnan.

—Han muerto sus amos, y he calculado que nos podrían servir. Entretanto Porthos había vuelto a cargar su pistola.

—¡Atención! —dijo Artagnan—. Aquí vienen otros dos.

—Esto es una procesión —respondió Porthos.

Dos jinetes acercábanse rápidamente.

—Señor, señor —dijo Mosquetón—, el que habéis tirado al suelo se ha incorporado.

—¿Por qué no hiciste con él lo que con el primero?

—Porque me estorbaban los caballos.

Sonó un tiro: Mosquetón dio un grito de dolor.

—¡Ay, señor! —exclamó—. ¡En la otra! ¡Justamente en la otra! Como en el camino de Amiens.

Volvió grupas Porthos con la furia de un tigre, se lanzó sobre el caballero'desmontado, el cual trató de sacar la espada; pero antes de que lo hiciera le dio tan terrible golpe en la cabeza con el puño de la suya, que le derribó como un carnicero derriba un buey de un hachazo.

Mosquetón se apeó gimoteando, porque su herida no le permitía continuar a caballo.

Al ver a sus adversarios se detuvo Artagnan, y cargó la pistola; su nuevo caballo tenía además una carabina colgada del arzón de la silla.

Aquí estoy—dijo Porthos—; ¿qué hacemos? ¿Esperar o cargarles?

—¡Carguémoles! —gritó Artagnan.

—¡A ellos! —respondió Porthos.

Partieron a escape. Los adversarios estaban a veinte pasos de distancia.

—En nombre del rey —gritó Artagnan—. ¡Paso!

—El rey, no tiene que ver con esto —respondió una voz sombría y vibrante saliendo de entre una nube de polvo.

—¡Corriente! Veremos si el rey pasa o no por todas partes.

—Vedlo —replicó la misma voz.

Casi al mismo tiempo resonaron dos pistoletazos, disparado el uno por Artagnan y el otro por el adversario de Porthos. Artagnan atravesó el sombrero de su adversario y el de Porthos dio al caballo de éste en el pescuezo, dejándole muerto.

—¡Por última vez! —dijo la misma voz—. ¿Adónde vais?

—¡Al infierno! —gritó Artagnan.

—Pronto llegaréis.

Vio Artagnan dirigido contra su pecho el cañón de un mosquete; no tenía tiempo para sacar sus pistolas de las pistoleras y teniendo presente un consejo de Athos, encabritó su caballo.

La bala hirió al animal en el vientre.

Sintióle Artagnan vacilar, y tiróse al suelo con gran agilidad.

—Poco a poco —dijo la misma voz irónica y vibrante—. ¿Estamos aquí para matar caballos o para batirnos como hombres? Empuñad la espada, señor mío.

Y el desconocido se apeó de su caballo.

—¿La espada? —dijo Artagnan—. Al momento; es mi arma favorita.

En dos saltos púsose Artagnan al frente de su adversario; tropezáronse sus espadas y con su ordinaria destreza presentó el mosquetero su arma en tercera. Esta postura era la que prefería para ponerse en guardia. .

Porthos permanecía arrodillado, con una pistola en cada mano, detrás de su caballo entregado a las convulsiones de la agonía. Empezó el combate entre Artagnan y su adversario. Artagnan atacó con ímpetu, según acostumbraba; mas se las había con un hombre cuya habilidad y cuyos puños le dieron en qué pensar. Obligado dos veces consecutivas a ponerse en cuarta, el mosquetero retrocedió un paso: su adversario no se movía; Artagnan volvió a la carga y se presentó otra vez en tercera.

Por una y otra parte se tiraron algunos golpes sin resultado. Las espadas centelleaban en medio de la oscuridad.

Creyó finalmente Artagnan que era llegado el momento de apelar a su golpe favorito: le preparó muy diestramente y le ejecutó con la rapidez del rayo, descargándole con un vigor que él creyó irresistible. Su enemigo paró el golpe.

—¡Voto a tal! —exclamó Artagnan con su acento gascón.

A esta exclamación dio el desconocido un salto hacia atrás, y estirando la cabeza, trató de divisar por entre la oscuridad las facciones de Artagnan.

Este mantúvole en defensa, temiendo algún ataque falso.

—Id con cuidado dijo Porthos a su adversario—. Aún tengo dos pistolas cargadas.

—Mayor motivo para que tiréis primero —respondió éste.

Porthos tiró: el resplandor del fogonazo iluminó el campó de batalla.

Los otros dos combatientes exhalaron un grito.

—¡Athos! —dijo Artagnan.

—¡Artagnan! dijo Athos.

Athos levantó su espada y Artagnan la suya.

—¡No tiréis, Aramis! —gritó Porthos.

—¡Ah! ¿Sois vos, Aramis? dijo Porthos.

Y echó su pistola al suelo.

Aramis guardó la suya y envainó su espada.

—¡Hijo mío! dijo Athos presentando la mano a Artagnan.

Así acostumbraba llamarle otras veces en sus momentos de ternura.

—¡Athos! dijo Artagnan retorciéndose las manos—. ¿Conque le defendéis? ¡Y yo que había prometido cogerle muerto o vivo! ¡Ah! Estoy deshonrado.

—Matadme —dijo Athos descubriendo su pecho— si vuestro honor exige que muera.

—¡Oh! ¡Desventurado de mí! ¡Desgraciado de mí! —exclamaba Artagnan—. Sólo un hombre había en el mundo que pudiese detenerme, y la fatalidad hace que ese hombre se interponga en mi camino. ¡Ah! ¿Qué le diré al cardenal?

—Decidle, caballero —contestó una voz que dominaba el campo de batalla—, que ha enviado contra mí a los únicos hombres capaces de poner fuera de combate a cuatro de mis defensores, de luchar cuerpo a cuerpo y sin desventaja contra el conde de la Fère y el señor de Herblay, y de no rendirse a menos que a cincuenta hombres.

—¡El príncipe! dijeron al mismo tiempo Athos y Aramis haciendo un movimiento para descubrir al duque de Beaufort mientras que Artagnan y Porthos retrocedían un paso.

—¡Cincuenta! dijeron Artagnan y Porthos.

—Mirad a vuestro alrededor si lo dudáis, señores dijo el duque. Hiciéronlo así los dos cardenalistas, y se vieron en efecto rodeados de una tropa de caballería.

El duque prosiguió diciendo:

—Caballeros, el ruido del combate me hizo creer que venían veinte hombres contra mí; he regresado con todos los míos, cansado de huir siempre, y deseando sacar también la espada, y he visto que erais dos solos.

—Sí, señor —contestó Athos—; pero, como decís, son dos que valen por veinte.

—Vamos, señores, entregad las espadas dijo el duque.

—¡Las espadas! —contestó Artagnan alzando la cabeza y volviendo en sí—. ¡Nunca!

—¡Jamás! —repitió Porthos. Moviéronse algunos soldados.

—Un instante, señor —dijo Athos.

Y acercándose al príncipe murmuró algunas palabras a su oído.

—Como queráis, conde —contestó el príncipe—. Os debo mucho para negaros lo primero que me pedís. Apartaos, señores —dijo a los de su escolta—. Señores Artagnan y Du-Vallon, estáis en libertad.

Inmediatamente diose cumplimiento a esta orden, y Artagnan y Porthos formaron el centro de un vasto círculo.

—Ahora, Herblay —dijo Athos—, apeaos y venid.

Aramis echó pie a tierra, y se aproximó a Porthos, mientras que Athos se acercaba a Artagnan.

Reunidos los cuatro, dijo Athos:

—¿Sentís aún no haber vertido nuestra sangre?

—No —dijo Artagnan—; lo que siento es que seamos enemigos, nosotros que tan unidos hemos estado siempre: lo que siento es que militamos bajo diferentes banderas. ¡Ah! Nada nos saldrá bien en adelante.

—Cierto que no —dijo Porthos.

—Pues sed de los nuestros —repuso Aramis.

—Silencio, Herblay —gritó Athos—; a hombres como éstos no se hacen esas proposiciones. Si han entrado en el partido de Mazarino será porque su conciencia se lo haya dictado, como la nuestra nos ha movido a entrar en el de los príncipes.

—De todos modos somos adversarios —dijo Porthos—. ¿Quién lo hubiera creído?

Artagnan dejó escapar un suspiro. Athos le miró y le cogió las manos.

—Caballeros —dijo—, la situación es grave: yo por mí padezco como si me hubieran atravesado el corazón de parte a parte. Sí, estamos separados, esta es la verdad, la triste verdad. Pero aún no nos hemos declarado la guerra; aún podremos quizás arreglarnos con ciertas condiciones: es necesario que tengamos una conferencia.

—Yo la reclamo.

—Yo la acepto —dijo Artagnan con altivez.

Porthos inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Designemos, pues, un sitio —prosiguió Athos— al cual podamos concurrir todos. Así fijaremos definitivamente nuestra situación y la conducta que debemos seguir unos con otros.

—Bien —dijeron todos.

—¿Estáis conformes? —preguntó Athos.

—Estamos.

—Pues bien, ¿dónde nos veremos?

—¿Os parece bien la Plaza Real? —preguntó Artagnan.

—¿En París?

—Sí.

Miráronle Aramis y Athos. El primero hizo una señal afirmativa.

—Convenido dijo Athos.

—¿Cuándo?

—Mañana por la noche si queréis.

—¿Podréis estar de vuelta?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—Conformes.

—De allí —dijo Athos— saldrá la paz o la guerra; pero al menos quedará a salvo el honor.

—¡Ah! —exclamó Artagnan—. Nosotros ya hemos perdido el nuestro.

—Artagnan —dijo gravemente Athos—, os aseguro que me lastimáis recordándome eso, cuando yo no pienso más que en una sola cosa, en que hemos cruzado nuestras espadas.

—Sí —continuó moviendo dolorosamente la cabeza—; vos lo habéis dicho, la fatalidad nos persigue. Venid, Aramis.

—Y nosotros, Porthos dijo Artagnan—, vamos a dar cuenta a Su Eminencia de nuestra derrota.

—Y decidle —gritó uno— que no soy tan viejo que no pueda moverme.

Artagnan conoció la voz de Rochefort.

—¿Puedo hacer algo en vuestro obsequio, señores? —preguntó el príncipe.

—Dar testimonio de que hemos hecho todo lo posible, monseñor.

—Así lo haré. Adiós, caballeros. Ya nos veremos, tal vez a las puertas de París o dentro de la misma ciudad: allí tendréis ocasión de tomar la revancha.

Diciendo esto, saludó el duque con la mano, y partió al galope acompañado de su escolta, que no tardó en perderse en la oscuridad.

Artagnan y Porthos quedaron solos en medio del camino con un hombre que tenía dos caballos del diestro.

Se acercaron creyendo sería Mosquetón.

—¿Qué veo? —exclamó Artagnan—. ¡Grimaud! —¡Grimaud! —repitió Porthos.

Grimaud indicó con un gesto que no se engañaban los dos amigos.

—¿Y de quién son los caballos? —preguntó Artagnan.

—¿Quién nos los presta? —dijo Porthos.

—El señor conde de la Fère.

—Athos —dijo Artagnan—: nada se le olvida; es todo un caballero. —Sean bien venidos —dijo Porthos—; temí que tuviésemos que viajar a pie.

Y montó a caballo. Artagnan ya lo había hecho.

—¿Pero tú, Grimaud, adónde vas? —preguntó Artagnan—, ¿Te alejas de tu amo?

—Voy a buscar al señor vizconde de Bragelonne al ejército de Flandes —dijo Grimaud.

Dieron silenciosamente algunos pasos en dirección a París; mas de repente oyeron unos gemidos que parecían salir de lo profundo de un foso.

—¿Qué pasa? —preguntó Artagnan.

—Es Mosquetón.

—Sí, señor, soy yo —dijo una voz dolorida, al mismo tiempo que alzábase una especie de sombra en la cuneta del camino.

Porthos corrió hacia su mayordomo, a quien tenía verdadero afecto.

—¿Estáis herido de peligro, Mostón?

—¡Mostón! —exclamó Grimaud con asombro.

—No, señor, me parece que no; pero estoy herido en parte muy incómoda.

—¿Así no podréis montar a caballo?

—Imposible.

—¿Y andar?

—Haré un esfuerzo para llegar a la primera casa.

—¿Y nosotros, qué hacemos? —preguntó Artagnan—. Es preciso que lleguemos a París.

—Yo me encargo de Mosquetón —dijo Grimaud.

—¡Gracias, buen Grimaud! —contestó Porthos.

Grimaud apeóse y fue a dar el brazo a su antiguo amigo, el cual le recibió llorando, si bien no averiguó Grimaud a punto fijo de qué procedían aquellas lágrimas, si del placer de verle o del dolor de su herida.

Artagnan y Porthos continuaron su camino silenciosos.

Tres horas después pasó junto a ellos una especie de correo cubierto de polvo; era un mensajero del duque que llevaba al cardenal una epístola dándole cuenta de los esfuerzos hechos por Artagnan y Porthos para prenderle.

Mazarino había pasado mala noche cuando recibió la epístola en que el príncipe le participaba que estaba en libertad y que se proponía hacerle una guerra mortal.

El cardenal la leyó dos o tres veces, y dijo metiéndosela en los bolsillos.

—Aunque Artagnan ha equivocado el golpe, tengo el consuelo de que ha atropellado a Broussel corriendo tras el duque. Decididamente el gascón es un hombre de precio y me sirve hasta con sus torpezas.

Aludía el cardenal al hombre que derribó Artagnan en la esquina del cementerio de San Juan, el cual era el consejero Broussel.

XXIX.— EL BUEN CONSEJERO BROUSSEL

Pero desgraciadamente para el cardenal Mazarino, que a la sazón estaba de mal estrella, no había fallecido el consejero Broussel.

Atravesaba, en efecto, tranquilamente por la calle de San Honorato, cuando el veloz caballo de Artagnan le tropezó en un hombro y le derribó sobre el lodo. Ya dijimos que el mosquetero no puso la atención en cosa de tan poca importancia. Artagnan sentía, además, la profunda y desdeñosa indiferencia que la nobleza militar sentía en aquella época hacia los paisanos. Fue, pues, insensible a la desgracia acaecida a aquel hombre, y antes de que el pobre Broussel tuviera tiempo de dar un grito, se había alejado con toda su tropa. Sólo entonces pudo hacerse oír el herido y ser socorrido.

La gente que acudió y le encontró quejándose, le preguntó su nombre, las señas de su casa y su empleo, y así que supo que se llamaba Broussel, que era consejero del Parlamento y que residía en la calle de Saint—Landry, alzó toda la turba un grito unánime terrible y amenazador, que produjo tanto miedo al herido como el huracán que acababa de pasar sobre su cuerpo.

—¡Broussel! —prorrumpieron—. ¡Broussel! ¡Nuestro padre; el que defiende nuestros derechos contra Mazarino! ¡Broussel, el amigo del pueblo, asesinado, atropellado por esos miserables cardenalistas! ¡Socorro, a las armas, a ellos!

Aumentóse extraordinariamente la turba; varios paisanos detuvieron un carruaje para meter en él al consejero, pero habiendo hecho observar un hombre del pueblo que el movimiento de las ruedas podía empeorar al herido, algunos fanáticos propusieron conducirle en brazos: proposición que fue acogida con entusiasmo y aceptada por unanimidad. En el momento le levantó del suelo el pueblo, amenazador y afectuoso a la vez, y le llevó, semejante a aquel gigante de los cuentos fantásticos, que gruñe acariciando y meciendo a un enano entre sus brazos.

Contaba Broussel con el cariño que le demostraban los parisienses, pues no había sembrado la oposición por espacio de tres años sin una oculta esperanza de recoger por cosecha la popularidad. Aquella demostración tan a tiempo le complacía y le infundía orgullo, porque le daba a conocer su poder; mas no estaba su triunfo exento de toda zozobra. Además de sus contusiones, que le hacían sufrir mucho, temía ver desembocar por cada esquina algún escuadrón de guardias y de mosqueteros que dispersara a la multitud: ¿y qué sería entonces del triunfador?

No se apartaba de su vista aquel torbellino, aquel aluvión de acerados cascos que le arrojó por tierra con el aire de su carrera.

Así es, que de vez en cuando repetía con voz apagada:

—De prisa, hijos míos, sufro mucho.

Y a cada una de estas quejas redoblaban en su derredor los gemidos y se recrudecían las maldiciones.

No sin trabajo llegóse por fin a casa de Broussel. Al ruido de la turba, que con bastante delantera le precedía, se habían asomado todos los vecinos a las ventanas y a las puertas de sus habitaciones. En el balcón de cierta casa a que da-

ba entrada una puerta muy estrecha, veíase una criada anciana que gritaba con todas sus fuerzas, y una señora también de edad avanzada, llorando. Con inquietud visible, aunque manifestada de diferente modo, interrogaban aquellas dos personas al pueblo, el cual por toda respuesta les enviaba gritos confusos e ininteligibles.

Pero cuando apareció el pálido consejero conducido por ocho hombres y miró con moribundos ojos a su casa, a su mujer y a su criada, se desmayó la buena señora Broussel y la criada precipitóse a la escalera, con los brazos alzados al cielo para salir al encuentro de su amo, al tiempo que gritaba:

—¡Ay Dios mío! ¡Ay Dios mío! ¡Si a lo menos estuviera ahí Friquet para ir a buscar a un cirujano!

Friquet estaba allí. ¿Dónde no se encuentra el pilluelo de París? Friquet había aprovechado naturalmente la ocasión de ser día de Pascua para solicitar permiso de salir al amo de la taberna, permiso que éste no podía negarle, puesto que había estipulado que le dejaría libre las cuatro grandes fiestas del año.

Marchaba Friquet a la cabeza de la comitiva, pues aunque habíasele ocurrido la idea de ir a buscar un cirujano, le pareció más divertido gritar:

—¡Han asesinado al señor de Broussel, al padre del pueblo! ¡Viva el señor de Broussel! —que irse solo por las calles extraviadas a decir a un hombre vestido de negro—: Venid, señor cirujano; el consejero Broussel os necesita.

Por desgracia para Friquet, que desempeñaba en el acompañamiento un papel importante, cometió la imprudencia de subirse a una reja del piso bajo para dominar desde allí a la multitud. Esta ambición le perdió: su madre le vio y envióle a buscar al médico.

Cogió después la buena mujer al consejero en sus brazos, y quiso llevarlo así hasta el piso principal; mas al pie de la escalera Broussel se puso en pie y declaró que se sentía con fuerzas para subir solo, rogando a Gervasia, que así se llamaba la criada, que hiciese lo posible porque el pueblo se retirase; pero Gervasia no lo atendía.

—¡Ay pobre amo mío! —decía—. ¡Pobre amo mío!

—Bien, querida Gervasia, bien —decía Broussel para calmarla—; pierde cuidado, no será nada.

—¡Si estáis molido, derrengado, deshecho!

—No tal; es muy poca cosa.

—¿Poca cosa y estáis lleno de lodo? ¿Y tenéis sangre en los cabellos? ¡Ay Dios mío, desdichado amo!

—¡Calla —decía Broussel—, calla!

—¡Sangre, Dios mío, sangre! —gritaba Gervasia.

—¡Un médico, un cirujano! —aullaba la multitud—. ¡El consejero Broussel se está muriendo! ¡Los mazarinos lo han muerto!

—¡Santo Dios! —exclamaba Broussel desesperado—. ¡Esos infelices van a hacer arder la casa!

—Asomaos a la ventana, nuestro amo.

—¡Me guardaré muy bien, cáscaras! Quédese eso para el rey. Diles que estoy mejor, Gervasia; diles que voy, no al balcón, sino a la cama, y que se retiren.

—¿Pero por qué se han de ausentar cuando es una honra para vos que estén ahí?

—¿No conoces —continuaba Broussel con desesperación— que van a hacer que me prendan, que me ejecuten? ¡Otra que tal: mi mujer se pone mala!

—¡Broussel, Broussel! —gritaba la turba.

—¡Viva Broussel! ¡Un cirujano para Broussel!

Tanto ruido metieron, que aconteció lo que había previsto el consejero: un destacamento de guardias dispersó a culatazos toda aquella multitud que en su naturaleza era bastante inofensiva; a los primeros gritos de: «¡la guardia, soldados!». Broussel se metió vestido y calzado en la cama, temiendo que le creyesen autor del desorden. Gracias a aquella evolución militar, pudo la vieja Gervasia cerrar la puerta de la calle, con arreglo a la orden tres veces reiterada de su amo. Mas apenas subió la escalera Gervasia, de vuelta de esta operación, llamaron con fuerza desde la calle.

Ya repuesta de su desmayo, estaba la señora de Broussel descalzando a su esposo a los pies de la cama, y temblando como la hoja en el árbol.

—Mirad quién llama —dijo Broussel—, y no abráis sin saber antes a quién, Gervasia.

Gervasia se asomó y dijo:

—Es el señor presidente Blancmesnil.

—Entonces dijo Broussel—, no hay inconveniente; abrid.

—¿Cómo va amigo mío? —dijo el presidente entrando—. ¿Qué os han hecho? He oído que os han querido asesinar.

—Todas las probabilidades inclinan a creer que se había tramado algo contra mi vida —respondió Broussel con una firmeza que pareció estoica a su colega.

—¡Pobre amigo mío! Sí, quisieron empezar por vos, pero a cada uno nos llegará nuestra vez; y como no pueden vencernos en masa, procurarán destruirnos unos tras otros.

—Si me libro de ésta —dijo Broussel—, les prometo confundirles bajo el peso de mis palabras.

—Escaparéis —dijo Blancmesnil—, a fin de hacerles pagar cara su agresión.

La señora Broussel lloraba cada vez más y Gervasia se desesperaba.

—¿Qué pasa? —exclamó un joven de robustas formas precipitándose en la habitación.

—¡Mi padre herido!

—Aquí tenéis una víctima de la tiranía, joven —dijo Blancmesnil con espanto.

—¡Oh! dijo el joven volviéndose hacia la puerta—. ¡Desgraciados de los que os han tocado, padre mío!

—Santiago —dijo el consejero deteniéndole—, vale más que vayáis a buscar a un médico.

—Se oyen gritos —dijo la vieja—; será Friquet que traerá uno; pero no, es un coche.

Blancmesnil se asomó a la ventana y dijo:

—¡El coadjutor!

—¡El señor coadjutor! —repitió Broussel—. ¡Dios mío! Esperad que salga a recibirle.

Y olvidándose el consejero de su herida, se hubiera lanzado al encuentro del señor Retz a no detenerle Blancmesnil.

—¿Qué pasa, querido Broussel? —dijo el coadjutor entrando—. Dicen que os han querido asesinar, que os han armado un lazo. Buenos días, señor Blancmesnil. He llamado a mi médico, y aquí os lo traigo.

—¡Ah, señor! —exclamó Broussel—. ¡Cuánto os debo! Es muy cierto que los mosqueteros del rey me han atropellado y pisoteado con crueldad.

—Decid los mosqueteros del cardenal Mazarino —repuso el coadjutor—. Pero no hay cuidado; ya nos lo pagará. ¿No es verdad, señor de Blancmesnil?

Hizo un saludo Blancmesnil, a tiempo que se abrió la puerta, empujada por un criado. Seguíale un lacayo de lujosa librea, el cual dijo en alta voz.

—El señor duque de Longueville.

—¡Qué oigo! —exclamó Broussel—. ¿El señor duque aquí? ¡Tanto honor! ¡Ah, señor!

—Vengo a deplorar, caballero —dijo el duque— la suerte de nuestro valiente defensor. ¿Conque estáis herido, amado consejero?

—Aunque lo estuviera me curaría vuestra visita, monseñor.

—Pero con todo sentís dolores.

—Muchos —dijo Broussel.

—He traído a mi médico —dijo el duque—. ¿Permitís que entre?

—¡Señor!... —exclamó Broussel.

El duque hizo un ademán a su lacayo, y éste introdujo a un hombre vestido de negro.

—También yo he traído un médico —dijo el coadjutor al duque.

Los dos médicos miráronse.

—¿Aquí estáis, señor coadjutor? —dijo el duque—. Los amigos del pueblo se reúnen en su propio terreno.

—Me estremeció ese ruido, y acudí al momento; pero me parece que lo más urgente es que reconozcan los médicos a nuestro buen consejero.

—¡En vuestra presencia, caballero! —exclamó Broussel intimidado.

—¿Por qué no, amigo mío? Deseamos salir de cuidados y saber cómo estáis.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Broussel—. ¿Qué nuevo tumulto es ese?

—Parece que suenan vivas —dijo Blancmesnil asomándose.

—¿Qué? —preguntó Broussel poniéndose pálido—. ¿Qué ocurre?

—¡La librea del príncipe de Conti! —dijo Blancmesnil—. El príncipe en persona.

El coadjutor y el señor de Longueville tuvieron que violentarse para no reír.

Acercáronse los médicos para destapar a Broussel, pero éste les contuvo.

—En aquel momento entró el príncipe de Conti.

—Caballeros —dijo—, os habéis anticipado a mí: pero no hay que tomarlo a mal, mi querido señor Broussel. Supe vuestra desgracia, y figurándome que tal vez os haría falta un doctor, he dado un rodeo para traeros el mío. ¿Cómo va? ¿Dicen que os han querido asesinar?

Broussel hubiera dado cualquier cosa por poder contestar: pero estaba tan aturdido con las distinciones que iban lloviendo sobre él, que le fue imposible decir una palabra.

—Vamos, doctor, ved qué es eso —dijo el príncipe de Conti a un hombre que le acompañaba.

—Nos reuniremos en consulta, caballeros —dijo uno de los galenos.

—Como queráis —respondió el príncipe—: pero sacadme pronto de dudas.

Acercáronse los tres médicos a la cama; Broussel sujetaba las sábanas con toda su fuerza, pero, a pesar de su resistencia, fue destapado y reconocido.

No tenía más que una contusión en el brazo y otra en el muslo. Los médicos miráronse con asombro, no comprendiendo que se hubiese reunido a tres eminencias de la facultad para semejante hagatela.

—¿Qué pasa? —dijo el coadjutor.

—¿Qué hay? —dijo el duque.

—Es de esperar que el accidente no tenga consecuencias —respondió uno de los médicos—. Pasaremos a la habitación inmediata para recetar.

—¡Broussel! ¡Noticias de Broussel! —gritaba el pueblo—. ¿Cómo está Broussel?

El coadjutor asomóse al balcón. Al verle calló el pueblo.

—Amigos —gritó—, tranquilizaos. El señor Broussel está fuera de peligro. Sin embargo, su herida es de gravedad y necesita el mayor reposo.

Los gritos de «¡Viva Broussel! ¡Viva el coadjutor!» atronaron la calle.

El duque de Longueville sintió envidia y salió también al balcón.

—¡Viva el duque de Longueville!

—Amigos —dijo el duque, saludando con la mano—, retiraos en paz y no deis a nuestros enemigos la satisfacción de llamaros trastornadores.

—¡Bien, señor duque! —dijo Broussel desde la cama—. Eso se llama hablar como un buen francés.

—Sí, caballeros parisienses —dijo el príncipe de Conti, presentándose también en el balcón para recoger su parte de ovación—; sí, el señor Broussel os lo suplica. Además, necesita reposo, y el ruido puede perjudicarle.

—¡Viva el príncipe de Conti! —gritó la multitud.

Despidiéronse los tres del consejo, y se retiraron acompañados por la multitud. Ya estaban en los muelles, y aún les saludaba Broussel desde la cama.

La vieja miraba a su amo con asombro. El consejero había crecido a sus ojos más de una vara.

—Eso es lo que tiene servir a la patria como dicta la conciencia —dijo Broussel con satisfacción.

Después de una hora de consulta, salieron los médicos y ordenaron que se lavasen las contusiones con agua y sal.

El resto del día no cesaron de parar carruajes a la puerta del consejero. Todos los frondistas dejaron su nombre en casa de Broussel.

—¡Qué gran triunfo, padre! —dijo el joven, que no comprendiendo el verdadero móvil que llevaba a su casa todos aquellos personajes, creía sinceras sus manifestaciones de cariño.

—¡Ah, amigo Santiago! —dijo Broussel—, mucho me temo pagarlo caro. Harto será que Mazarino no me tome en cuenta el mal rato que hoy le he dado.

Friquet volvió a medianoche sin haber podido hallar un médico.

XXX.— PREPARATIVOS PARA LA ENTREVISTA DE CUATRO AMIGOS

—¿Qué tal? —dijo Porthos, sentado en el patio de la fonda de la Chevrette, a Artagnan, que regresaba del palacio del cardenal con rostro serio y meditabundo—. ¿Qué tal os ha recibido, amigo Artagnan?

—Mal. Está visto que ese hombre es un necio. ¿Qué coméis, Porthos?

—Un bizcocho mojado en vino de España. Acompañadme.

—Con mucho gusto. Gimblou, trae un vaso.

El criado designado por tan armonioso nombre llevó el vaso, y Artagnan se sentó junto a su amigo.

—¿Qué ha pasado?

—¡Cáscaras! No había más que un modo de decirlo; entré, me miró de reojo, me encogí de hombros, y le dije:

«—Monseñor, hemos perdido el pleito.

»—Sí, sí, ya lo sé; contadme los detalles. »

—Ya comprendéis Porthos, que no podía referir los detalles sin nombrar a nuestros amigos, y nombrándolos los habría perdido.

—¡Diablo!

«—Monseñor —le dije—, eran cincuenta, y nosotros éramos dos.

»—Sí, pero con todo —respondió— se han disparado algunos pistoletazos, según me han asegurado.

»—Es cierto que por ambas partes se ha quemado un poco de pólvora.

»—¿Y las espadas salieron a la luz? —añadió.

»—Salieron a tinieblas, señor —le contesté.

»—¡Oiga! —continuó el cardenal—. Yo creía que erais gascón, querido.

»—No soy gascón más que cuando me salen bien las cosas, señor.»

—Esta respuesta le agradó, porque se echó a reír.

«—Eso me enseñará —dijo— a dar mejores caballos a mis guardias, pues si os hubieran podido seguir, y cada uno hubiera hecho lo que vos y vuestro amigo, hubierais cumplido vuestra palabra de traerle muerto o vivo. »

—Pues a mí no me parece tan mal eso —repuso Porthos.

—No consiste en las palabras, amigo, sino en el modo. ¡Válgate Dios, y como se empapan en vino estos bizcochos! Parecen esponjas, Gimblou, otra botella.

Cumplióse esta orden con una presteza que demostraba el alto grado de consideración de que gozaba Artagnan en el establecimiento. Continuó diciendo:

—Ya me retiraba, cuando me llamó y me preguntó: «—Parece que habéis perdido tres caballos.

»—Sí, señor.

»—¿Cuánto valían?»

—Vamos —interrumpió Porthos—, que ese es un buen rasgo.

—Mil doblones —le respondí.

—¡Mil doblones! —dijo Porthos—. ¡Oh!, ¡oh! Es mucho: si entiende de caballos habrá regateado.

—Buenas ganas se le pasaron de hacerlo, pues dio un brinco en su silla y me miró. Yo también le miré; entonces me entendió y abriendo un armario, sacó algunos billetes del Banco de Lyon.

—¿Por valor de mil doblones?

—¡Cabales! Ni uno más me dio el gran tacaño.

—¿Y los traéis?

—Aquí están.

—Pues señor, me parece que no se ha portado tan mal —dijo Porthos.

—¿Qué no? ¡Cuando no sólo hemos arriesgado nuestra vida, sino que le hemos hecho un gran servicio!

—¡Un gran servicio! ¿Cuál? —preguntó Porthos.

—¡Toma! Parece que casi le he aplastado a un consejero del Parlamento.

—¡Cómo! ¿Aquel hombrecillo vestido de negro que derribasteis en la esquina del cementerio de San Juan?

—Justamente, amigo: era enemigo suyo. Desgraciadamente no le aplasté del todo. Parece que se curará y que seguirá haciéndole la guerra.

—¡Y yo que aparté mi caballo que iba derecho a él! —exclamó Porthos—. Otra vez será.

—Debía haberme pagado al consejero ese pícaro.

—Pero si no le aplastasteis del todo...

—No importa; Richelieu hubiese dicho: ¡quinientos escudos por el consejero! En fin, no se hable más del asunto. ¿Cuánto os costaron vuestros caballos, Porthos?

—¡Ay, querido! Si estuviese aquí el pobre Mosquetón, os lo diría sin equivocarme en una blanca.

—Pero aproximadamente...

—*Vulcano y Bayardo* me costarían unos doscientos doblones cada uno; poniendo otros ciento cincuenta por *Febo,* está ajustada la cuenta.

—De suerte que sobran cuatrocientos cincuenta doblones —dijo Artagnan bastante satisfecho.

—Sí —dijo Porthos—; pero faltan los arneses.

—¡Es verdad! ¿Cuánto valían los arneses?

—Pondremos cien doblones por los tres.

—Vayan los cien doblones —dijo Artagnan—. Quedan ahora trescientos cincuenta.

Porthos sacudió la cabeza en señal de asentimiento.

—Daremos cincuenta a la patrona por todos nuestros gastos —dijo Artagnan—, y nos repartiremos los demás.

—Corriente —respondió Porthos.

—¡Vaya un negocio! —murmuró Artagnan con sus billetes en la mano.

—Algo es algo —repuso Porthos—. Pero decidme...

—¿Qué?

—¿Nada os ha dicho de mí?

—¡Ah! Sí —dijo Artagnan, que temía desanimar a su amigo si le confesaba que el cardenal ni siquiera se había acordado de él—, sí, ha dicho...

—¿Qué? —repuso Porthos.

—Aguardad: quisiera repetir sus propias palabras; ha dicho: «Avisad a vuestro amigo que puede dormir descansado».

—Bueno —dijo Porthos—; eso significa patentemente que sigue con propósito de hacerme barón.

En aquel momento dieron las nueve en la iglesia inmediata y Artagnan hizo un movimiento.

—¡Ah! Es cierto —dijo Porthos—, son las nueve y a las diez estamos citados en la Plaza Real.

—Callad, Porthos, no me lo recordéis —dijo Artagnan de mal humor—; esto es lo que me preocupa desde ayer. No iré.

—¿Por qué?

—Porque no quiero ver a esos dos hombres que malograron nuestra empresa.

—Mas no pueden decir que nos vencieron. Yo tenía aún una pistola cargada, y vos estabais espada en mano frente a Athos.

—Pero si en esa cita se encerrara algún designio...

—¡Oh! —dijo Porthos—. No lo creáis.

Artagnan no creía a Athos capaz de una traición, pero deseaba encontrar un pretexto para no tener que asistir a la cita.

—Es necesario ir —dijo el arrogante Porthos—: si no fuéramos creerían que teníamos miedo. ¡Qué diablo! Nos hemos atrevido con cincuenta hombres en un camino; ¿por qué hemos de temer a dos amigos en una plaza?

—Sí —dijo Artagnan—, es cierto; pero se han decidido por los príncipes sin decírnoslo. Athos y Aramis se han portado conmigo de un modo que me pone en cuidado. Ayer descubrimos la verdad. ¿De qué nos puede aprovechar lo que vamos a saber hoy?

—¿Pero tenéis alguna desconfianza?

—Desconfío de Aramis desde que se ha hecho cura. No podéis suponeros lo que ha variado. Nos halla en el camino donde piensa encontrar la mitra, y es capaz de deshacerse de nosotros si le estorbamos.

—Convengo en que Aramis es hombre temible.

—También el duque de Beaufort puede que quiera vengar el mal rato que le dimos.

—¿No nos tuvo en su poder y nos dejó libres? Además, iremos prevenidos, llevaremos nuestras armas, y Planchet puede traerse su carabina.

—Planchet es frondista —dijo Artagnan.

—¡Reniego de las guerras civiles! —exclamó Porthos—. No puede uno contar ni con amigos ni con lacayos. ¡Ah! ¡Si estuviese aquí el pobre Mosquetón! ¡Ese si que no me abandonaría nunca!

—Mientras seas rico. Creedme, amigo mío, no es la guerra civil lo que nos desune: es que ya no tenemos veinte años, que ya pasaron los nobles impulsos de la juventud y ahora sólo hablan en nosotros el interés, la ambición, el egoísmo. Sí, tenéis razón, Porthos, iremos a la cita, pero bien armados. Si no fuéramos, dirían que teníamos miedo. ¡Hola, Planchet!

Este se presentó.

—Que ensillen los caballos y tomad vuestra carabina.

—¿Contra quién nos dirigimos, señor?

—Contra nadie: es sólo una medida de precaución.

—¿Sabéis, señor, que han querido matar al buen consejero Broussel, al padre del pueblo?

—¿Es verdad?

—Sí, pero no les ha salido la cuenta, porque el pueblo le ha llevado en triunfo a su casa y desde entonces no se ve libre de visitas. Han ido a verle el coadjutor, el duque de Longueville y el príncipe de Conti. La señora de Chevreuse y la de Vendóme han enviado a preguntar por él: en fin, ahora cuando quiera...

—¿Qué pasará?

Planchet se puso a canturrear:

Un viento se levanta,

viento de Fronda, etc.

—Ya no me extraña dijo Artagnan a Porthos— que Mazarino prefiriera que yo hubiese acabado de aplastar al consejero.

—Bien podéis conocer, señor —repuso Planchet—, que si el mandarme que lleve la carabina tiene por objeto alguna empresa por el estilo de la que se había tramado contra Broussel...

—No tengas cuidado: pero ¿quién te ha dado todos esos antecedentes?

—Friquet.

—¡Friquet! —dijo Artagnan—. Yo conozco ese nombre.

—Es el hijo de la sirvienta del señor de Broussel. ¡Y vaya si tiene disposición el muchacho para danzar en un motín!

—¿Es monaguillo de Nuestra Señora? —dijo Artagnan.

—Sí, señor, Bazin le protege.

—Ya caigo —dijo Artagnan—. También es criado de la taberna de la Calandria.

—Justo.

—¿Qué tenéis vos que ver con ese galopín? —preguntó Porthos.

—Me dio en una ocasión ciertas noticias que necesitaba —dijo Artagnan—, y todavía podrá darme otras si se me ofrece.

—¿A vos, que por poco matáis a su amo?

—¿Cómo lo ha de saber?

—Es verdad.

Mientras tenía lugar semejante diálogo, Athos y Aramis entraban en París por el arrabal de San Antonio. Habían cenado en el camino y marchaban de prisa por no faltar a la cita. Sólo Bazin les seguía, porque Grimaud, como recordarán nuestros lectores, se había quedado a cuidar de Mosquetón, y tenía que reunirse con el vizconde de Bragelonne, el cual dirigíase al ejército de Flandes.

—Ahora —dijo Athos—, entraremos en alguna posada para quitarnos el traje de camino, dejar las pistolas y espadas y hacer que se desarme Bazin.

—¡Oh! Nada de eso, apreciable conde. Permitidme, no sólo que no sea de vuestra opinión, sino que trate de persuadiros con mis razones.

—¿Por qué?

—Porque vamos a una cita de guerra.

—¿Qué decís, Aramis?

—Que la Plaza Real es sólo una continuación del camino de Vendomois.

—¡Cómo! Nuestros amigos...

—Se han convertido en nuestros más temibles enemigos. Creedme, Athos; desconfiemos, y sobre todo desconfiad.

—¡Ah, querido Herblay!

—¿Quién responde de que Artagnan no nos haya achacado su derrota y prevenido al cardenal de esta cita para que el cardenal no se aprovechara de esta cita para prendernos?

—¿Y pensáis, Aramis, que Artagnan y Porthos se prestarían a tal infamia?

—Entre amigos, querido Athos, decís bien que sería una infamia; pero entre enemigos es una estratagema.

Cruzó Athos los brazos, y dejó caer su bella cabeza sobre el pecho.

—Qué queréis, Athos —dijo Aramis—, los hombres son así, y no siempre tienen veinte años. Ya sabéis que hemos ofendido cruelmente ese amor propio, que dirige ciegamente las acciones de Artagnan. Ha sido derrotado. ¿No le oísteis cuán desesperado estaba? En cuanto a Porthos, quizá dependiese su baronía del éxito de este negocio. Por nosotros no es barón ya. ¿Y quién sabe si esa célebre baronía estriba en la entrevista de esa noche? Bueno es tomar precauciones, Athos.

—Pero ¿y si ellos viniesen sin armas? ¡Qué vergüenza amigo!

—¡Oh! No hay cuidado, no vendrán desprevenidos. En todo caso tenemos una excusa; estamos de viaje y somos rebeldes.

—¡Una excusa! ¡Tenemos que preparar excusas para Artagnan y para Porthos! ¡Oh Aramis, Aramis! —prosiguió Athos moviendo tristemente la cabeza—. ¡Os juro que me hacéis muy desgraciado! ¡Quitáis sus ilusiones a un corazón que no había muerto enteramente para la amistad! Mirad, Aramis, casi valiera tanto que me lo arrancaran del pecho. Id como queráis, Aramis. Yo iré desarmado.

—No lo consentiré. Esa debilidad no es sólo perjudicial a un hombre, a Athos, ni aun al conde de la Fère, sino a todo un partido a que pertenecéis y que cuenta con vos.

—Hágase como decís —contestó tristemente Athos.

Y continuaron en silencio su camino.

Apenas llegaron por la calle du-Pas-de-la-Mule a las verjas de la desierta plaza, vieron a tres caballeros desembocar por el arco de la calle de Santa Catalina.

Eran Artagnan y Porthos, que iban embozados en sus capas, por debajo de las cuales asomaba la punta de sus espadas. Planchet iba detrás con un mosquete.

Apeáronse Athos y Aramis al divisar a Artagnan y Porthos, y éstos les imitaron. Artagnan observó que Bazin ataba los caballos a las argollas de los arcos en vez de tenerlos del diestro, y mandó a Planchet que hiciera lo mismo.

Acercáronse entonces unos a otros, seguidos de sus criados, y se saludaron cortésmente.

—¿Dónde os parece que hablemos, señores? —dijo Athos, observando que muchas personas parábanse y los miraban como si fuese a verificarse alguno de aquellos famosos duelos que duraban todavía en la memoria de los parisienses, y sobre todo en las de los habitantes de la Plaza Real.

—La verja está cerrada —dijo Aramis—; mas si estos señores gustan de la frescura de los árboles y de una inviolable soledad, pediré la llave en el palacio de Rohan y estaremos perfectamente.

Dirigió Artagnan una mirada a la oscuridad de la plaza, y Porthos asomó la cabeza entre dos barrotes para sondear las tinieblas.

—Si preferís otro sitio, señores —dijo Athos con su noble y persuasiva voz—, escogedle.

—Me parece que el que propone el señor de Herblay será el mejor, si se puede conseguir la llave.

Alejóse Aramis, previniendo a Athos que no se quedase solo al alcance de Artagnan y Porthos, pero él sonrióse desdeñosamente y dio un paso hacia sus antiguos amigos, que permanecían en el mismo sitio.

Había Aramis entrado efectivamente en el palacio de Rohan, y momentos después volvió a salir con un hombre que le decía:

—¿Me lo juráis, caballero?

—Tomad —dijo Aramis, dándole un luis.

—¡Hola! ¿De modo que no lo queréis jurar? —repuso el portero moviendo la cabeza.

—No acostumbro a hacer juramentos. Lo que puedo afirmaros es que esos señores son por el presente amigos nuestros.

—Cierto que sí —dijeron fríamente Athos, Artagnan y Porthos.

Artagnan escuchó el coloquio y comprendió su sentido.

—Ya lo veis —dijo a Porthos.

—¿Qué he de ver?

—Que no ha querido jurar.

—¡Jurar! ¿qué?

—Ese hombre deseaba que Aramis jurase que no íbamos a la Plaza Real a batirnos.

—¿Y no lo ha hecho?

—No.

—Entonces atención.

No perdió Athos de vista a los dos que así hablaban: Aramis abrió la puerta y se apartó para que pasasen Artagnan y Porthos. El puño de la espada del mosquetero se enganchó al entrar éste en la verja, y Artagnan tuvo que desembozarse. Un rayo de luna reflejóse en la brillante culata de sus pistolas.

—¿Lo veis? —dijo Aramis dando un golpecito en el hombro de Athos y enseñándole con la otra mano el arsenal que llevaba Artagnan pendiente del cinto.

—¡Ah! Sí —contestó Athos con un profundo suspiro.

Y entró tras ellos. Aramis entró el último y cerró la verja. Ambos lacayos se quedaron fuera, pero a cierta distancia, como si también desconfiasen uno de otro.

XXXI.— LA PLAZA REAL

Se dirigieron en silencio los cuatro amigos al centro de la plaza, pero justamente en aquel momento acababa de salir la luna de entre unas nubes, y siendo fácil que los vieran a su claridad en aquel descubierto paraje, acogiéronse a la sombra más densa de unos tilos.

Detuviéronse ante un banco de los que había esparcidos de trecho en trecho, y a una indicación de Athos se sentaron Artagnan y Porthos, estando de pie los otros dos.

Pasado un momento de silencio, mientras vacilaban los circunstantes en promover aquella difícil explicación, dijo Athos:

—Caballeros, nuestra presencia en este sitio es una prueba del poder de nuestra antigua amistad: no ha faltado uno siquiera; ninguno, por consiguiente, nadie tiene nada que echarse en cara.

—Creo, señor conde —dijo Artagnan—, que en lugar de andar con cumplimientos que quizá no merecemos ninguno, debemos explicarnos como hombres de valor.

—No deseo otra cosa —contestó Athos—. Sé que sois franco, hablad con toda franqueza; ¿tenéis algo de qué acusarme a mí o al señor de Herblay?

—Sí —dijo Artagnan—: cuando tuve el honor de veros en el castillo de Bragelonne, era portador de ciertas proposiciones que comprendisteis, y en vez de contestarme como a un amigo, os burlasteis de mí como si fuese un niño. La amistad de que hacéis alarde no la rompió ayer el choque de nuestras espadas, sino vuestro disimulo en vuestra casa.

—¡Artagnan! —dijo Athos con acento de dulce reconvención. —Me habéis pedido que hable con franqueza —dijo Artagnan—; así lo hago: me preguntáis lo que pienso, ya os lo he manifestado; y ahora repito lo propio con respecto a vos,

señor de Herblay. Lo mismo me he portado con vos y lo mismo me habéis engañado.

—Cierto que sois muy singular—dijo Aramis—; fuisteis a hacerme proposiciones, pero ¿me las hicisteis? No: me sondeasteis, esa es la verdad. Y yo, ¿qué os respondí? Que Mazarino era un bribón y que jamás entraría a servirle: esto es lo que pasó. ¿Os dije, por ventura, que no serviría a otro? Tan al contrario fue, que os di a entender que era partidario de los príncipes. Y aun, si no me equivoco, hablamos chaceándonos del caso probable en que recibieseis orden del cardenal para prenderme. ¿Erais o no hombre de partido? Sí. ¿Por qué, pues, no lo habíamos de ser también nosotros? Guardabais vuestro secreto, también nosotros; no nos lo confiasteis, nosotros hicimos lo mismo; tanto mejor, eso prueba que unos y otros sabemos guardar un secreto.

—De nada os acuso, caballero —replicó Artagnan—; he examinado vuestra conducta porque el señor conde de la Fère ha recordado nuestra amistad.

—¿Y qué halláis de particular en mi conducta? —preguntó Aramis con altivez.

—Agolpóse la sangre al rostro de Artagnan, el cual se levantó y respondió:

—Nada; que es muy propia de un alumno de los jesuitas.

Porthos levantóse también al ver la actitud de Artagnan, de suerte que todos cuatro se hallaron otra vez frente a frente con amenazadora actitud.

Al oír la respuesta de Artagnan, hizo Aramis un movimiento como para sacar la espada.

Athos le detuvo, y dijo:

—Conozco, Artagnan, que todavía os tiene furioso nuestra aventura de ayer. Yo os creía dotado de bastante grandeza de ánimo para que una amistad de veinte años resistiese a un ultraje, al amor propio de un cuarto de hora. Vamos, dirigíos a mí. ¿Tenéis algo de qué acusarme? Si he cometido alguna falta, Artagnan, la confesaré.

La grave y armoniosa voz de Athos conservaba su antigua influencia sobre Artagnan, en tanto que la de Aramis, áspera y chillona en sus momentos de mal humor, le irritaba. Así es que respondió a Athos:

—Creo, señor conde, que yo debí merecer vuestra confianza en el castillo de Bragelonne; así como la del señor —continuó designando a Aramis— en su convento. Si así hubiera sido, no hubiese tomado yo parte en una aventura a que debéis oponeros. Sin embargo, no porque haya sido discreto se me debe tomar enteramente por un necio. Si hubiera querido profundizar la diferencia que hay entre las personas que recibe el señor de Herblay por una escalera de cuerda y las que recibe por otra de madera, le hubiera obligado a hablar.

—¿Y qué os importa? —dijo Aramis, pálido de cólera a la simple sospecha de que Artagnan le hubiese espiado y visto con la señora de Longueville.

—Jamás me entrometo sino en lo que me atañe, y sé aparentar que no veo lo que no me importa; pero aborrezco a los hipócritas, y en esta categoría cuento a los mosqueteros que la echan de clérigos y a los clérigos que la echan de mosqueteros. El señor —prosiguió, volviéndose hacia Porthos— es de mi parecer.

Porthos, que aún no había hablado, contestó sólo con una palabra y un ademán.

Dijo sí y hechó mano a la espada.

Aramis dio un salto hacia atrás y sacó la suya. Artagnan encorvóse, preparado a atacar o defenderse.

Tendió entonces Athos una mano con la actitud de mando supremo que le era propia, sacó lentamente su espada del tahalí, rompió el acero sobre su rodilla y tiró los dos pedazos a su derecha.

Volvióse después hacia Aramis y le dijo:

—Aramis, romped esa espada.

Aramis vaciló.

—Es menester —dijo Athos.

Y en voz más alta y dulce añadió:

—Lo mando.

Más pálido que nunca, pero subyugado por aquel ademán, vencido por aquella voz, partió Aramis con sus manos la flexible hoja, cruzóse de brazos y quedó en espectativa, temblando de rabia.

Este movimiento hizo retroceder a Artagnan y Porthos; el primero no sacó la espada y el segundo envainó la suya.

—Prometo ante Dios que nos ve y nos oye en medio de la solemnidad de esta noche —dijo Athos alzando lentamente su mano derecha—, que jamás, jamás se cruzará mi espada con las vuestras, ni tendrán mis ojos una mirada de ira, ni abrigará mi corazón el menor sentimiento de odio para vosotros. Hemos vivido juntos; juntos hemos amado y aborrecido; hemos vertido y mezclado nuestra sangre, y tal vez podría añadir que existe entre nosotros un lazo más poderoso que el de la amistad, que existe el pacto del crimen, porque entre los cuatro hemos condenado, juzgado y dado muerte a un ser a quien quizá no tuvimos derecho para sacar del mundo, aunque más que del mundo parecía morador del infierno. Siempre os he amado como a un hijo, Artagnan; diez años hemos dormido hombro con hombro, Porthos; Aramis es vuestro hermano como es mío, porque os ha querido como yo os amo todavía, como os amaré toda mi vida. ¿Qué vale para nosotros el cardenal Mazarino, cuando hemos domeñado la mano y el corazón de un hombre como Richelieu? ¿Qué vale éste o aquel príncipe para nosotros, que hemos consolidado la corona en la cabeza de una reina? Os pido perdón, Artagnan, por haber cruzado ayer mi acero con el vuestro, y Aramis se lo pide a Porthos. Odiadme si podéis; yo os juro que a pesar de vuestro aborrecimiento os profesaré siempre la misma estimación, la misma amistad. Ahora, Aramis, repetid mis palabras, y después, si quieren y si queréis, alejémonos para siempre de los que fueron nuestros amigos.

Reinó un instante de solemne silencio, que fue interrumpido por Aramis.

—Juro —dijo con franca mirada, pero con voz algo agitada todavía—, que no tengo resentimiento contra los que fueron nuestros amigos; juro que siento haberme batido con vos, Porthos; juro, finalmente, que no sólo no se volverá a

dirigir mi espada contra vuestro pecho, sino que nunca abrigaré en lo más hondo de mi pensamiento la menor intención hostil contra vos. Venid, Athos.

Este dio un paso para ausentarse.

—¡Oh!, no, no. No os vayáis —exclamó Artagnan, arrastrado por uno de esos irresistibles impulsos que revelaban el calor de su sangre y la natural rectitud de su corazón—; no os vayáis, porque yo también tengo que hacer un juramento. Juro que daría hasta la última gota de mi sangre por conservar el aprecio de un hombre como vos, Athos, y la amistad de un hombre como vos, Aramis.

Y se precipitó en brazos de Athos.

—¡Hijo mío! —exclamó Athos estrechándole contra su corazón. —Y yo dijo Porthos— nada juro, porque me estoy ahogando, ¡voto a tal! Si tuviera que batirme contra ellos, creo que me dejaría atravesar de parte a parte, porque no he tenido otros amigos en el mundo.

Y el buen Porthos rompió a llorar, arrojándose en brazos de Aramis.

—Eso es lo que yo esperaba —dijo Athos— de dos corazones como los vuestros; sí, lo he dicho y lo repito; nuestro destino está irrevocablemente enlazado, aunque marchemos por distintas sendas. Respeto vuestra opinión, Artagnan; respeto vuestra convicción, Porthos; mas continuaremos siendo amigos, aunque peleemos por causas opuestas; los ministros, los grandes y los reyes pasarán como un torrente; la guerra civil como un incendio; pero nosotros seremos siempre los mismos.

—Sí —dijo Artagnan—, seamos siempre mosqueteros y guardemos por única bandera la famosa servilleta del baluarte de San Gervasio, en que el gran cardenal mandó bordar las tres flores de lis.

—Cierto dijo Aramis—; ¿qué importa que seamos cardenalistas o frondistas? Lo que interesa es tener buenos padrinos para un duelo, amigos a toda prueba para un asunto grave y compañeros alegres para una broma.

—Y cuando nos encontremos en la pelea —repuso Athos—, a la voz de Plaza Real pasemos la espada a la mano izquierda y tendámonos la derecha, aunque lluevan cuchilladas.

—Habláis admirablemente —dijo Porthos.

—¡Sois el más grande de los hombres! —exclamó Artagnan—. Vuestra superioridad sobre nosotros es inmensa.

Athos sonrió y dijo:

—¿Está convenido? Vamos, la mano. ¿Sois algo cristianos?

—¡Pardiez! —exclamó Artagnan.

—En esta ocasión lo seremos para permanecer fieles a nuestro juramento —contestó Aramis.

—Yo estoy pronto a jurar por cualquiera, aunque sea por Mahoma —dijo Porthos—. Lléveme el diablo si he sido alguna vez más dichoso que en este momento.

Y el buen Porthos enjugábase los ojos, humedecidos por las lágrimas.

—¿Hay alguno que traiga una cruz? —dijo Athos.

Artagnan y Porthos se miraron como hombres a quienes se coge desprevenidos.

Sonrióse Aramis y sacó del pecho una cruz de diamantes colgada de un collar de perlas.

—Aquí hay una contestó—. Juremos por esta cruz (que no deja de serlo a pesar de la materia de que está formada) permanecer siempre unidos, sean los que quieran los sucesos; y ojalá que este juramento no sólo nos enlace a nosotros, sino también a nuestros descendientes. ¿Aceptáis?

—Sí —exclamaron todos a una voz.

—¡Ah, traidor! —prorrumpió Artagnan al oído de Aramis—. Nos habéis hecho jurar sobre el crucifijo de una frondista.

XXXII.— LA BARCA DEL OISE

Nuestros lectores tendrán presentes al joven viajero a quien dejamos en el camino de Flandes.

Al perder de vista a su protector, de quien se separó con los ojos clavados en el pórtico de la iglesia, Raúl dio espuelas a su caballo, tanto para desterrar sus dolorosos pensamientos como para ocultar a Olivain la emoción que alteraba su cara.

Una hora de rápida marcha disipó los sombríos vapores que entristecían la rica imaginación del joven. El placer de estar libre, que tiene su dulzura, aun para los que han vivido en una dependencia agradable, doró a los ojos de Raúl la tierra y el cielo, y principalmente el lejano azulado horizonte de la vida, que se llama porvenir.

Conoció, sin embargo, después de algunos esfuerzos que hizo para entablar conversación con Olivain, que los días pasados en la soledad debían ser muy melancólicos, y se reprodujeron en su memoria las palabras de Athos, tan dulces, tan persuasivas, tan interesantes, según iba atravesando poblaciones sobre las cuales nadie podía darle las noticias que le daba Athos, guía como ninguno, entretenido e inteligente.

Otro recuerdo entristecía también a Raúl: cerca de Louvres divisó detrás de un bosque de álamos un castillo tan parecido al de la Vallière, que se detuvo a contemplarle más de diez minutos, y prosiguió su camino suspirando, sin contestar siquiera a Olivain, el cual le interrogaba con respeto sobre la causa de su distracción. Es el aspecto de los objetos exteriores un misterioso conductor que corresponde con las fibras de la memoria y las excita a veces contra nuestra voluntad; y una vez excitado un hilo, lleva como el de Aminda a un laberinto de pensamientos en que se pierde el hombre, caminando entre esa sombra de lo pasado que se llama *recuerdo.* La presencia de aquel castillo había trasladado a Raúl a cincuenta leguas al Occidente, haciéndole recordar desde el instante en que se despidió de Luisa hasta el que la vio por primera vez; y cada rama de encina, cada veleta que se distinguía sobre un tejado de pizarra, —le recordaba que en vez de volver a los brazos de sus amigos de la infancia, se alejaba de ellos quizá para siempre.

Angustiado y cabizbajo mandó a Olivain que llevara los caballos a una pequeña posada que se divisaba en el camino a medio tiro de mosquete del sitio en que se hallaban. Raúl echó pie a tierra, detúvose junto a un hermoso grupo de castaños en flor, en torno de los cuales zumbaban multitud de abejas, y encargó a Olivain que le enviase con el posadero un pliego de papel y un tintero, para escribir sobre una mesa que se veía allí y parecía destinada especialmente para eso.

Obedeció Olivain, y prosiguió su camino en tanto que Raúl se sentaba y apoyaba el codo sobre la mesa, perdiendo vagamente sus miradas en aquel hermoso paisaje, compuesto de verdes praderas y de es pesas arboledas y sacudiendo de vez en cuando las flores que caían sobre sus cabellos.

Haría unos diez minutos que se encontraba en aquel lugar y llevaba la mitad de este tiempo perdido en sus meditaciones, cuando en el círculo que abrazaban sus distraídas miradas, vio moverse una rubicunda figura que con una servilleta ceñida al cuerpo, otra en el brazo y un gorro en la cabeza, acercábase llevando en la mano papel, pluma y tintero.

—Vaya —dijo el recién llegado—; está visto que todos los caballeros tienen las mismas ideas, porque no hace un cuarto de hora que se ha detenido en estos árboles otro, tan bien montado como vos, de tan buena presencia como vos y de vuestra edad poco más o menos. Pidió esa mesa y esa silla y comió con un señor viejo, que parecía su ayo, un pastel del que no dejó ni migas, acompañado de una botella de vino rancio de Macon, del cual no quedó ni una gota, pero por fortuna aún tenemos vino igual, y pasteles de la misma clase, y si gustáis...

—Gracias, amigo —interrumpió Raúl, sonriéndose—, gracias: por ahora no necesito más que lo que os he pedido, y sólo desearía que la tinta fuera negra y la pluma¯buena; con estas condiciones os daría por la pluma el precio de la botella, y por la tinta el del pastel.

—Pues bien, señor, daré el pastel y la botella a vuestro criado, y la pluma y la tinta la tendréis por añadidura.

—Como queráis —dijo Raúl, empezando a hacer su aprendizaje en el trato con esa clase de gente, que se asociaba a los ladrones, cuando los había en los caminos, y que, desde que no los hay, los sustituye con ventaja.

Tranquilizado el patrón respecto del gasto que iban a hacer los viajeros, puso el papel, el tintero y la pluma sobre la mesa; Raúl empezó a escribir.

El posadero quedóse delante de él, contemplando con una especie de admiración involuntaria aquel rostro encantador, grave y dulce a la vez. La belleza ha ejercido y ejercerá siempre cierta soberanía.

—No es este caballero como el otro dijo el posadero a Olivain, que había ido a reunirse con Raúl por si deseaba algo—: se conoce que vuestro amo tiene poco apetito.

Y Olivain y el patrón se dirigieron a la posada, refiriendo el primero al segundo, conforme suelen hacerlo todos los lacayos que se hallan bien con su empleo, las menudencias que creyó lícito decir relativas al joven caballero.

Entretanto, Raúl escribía lo siguiente:

«Señor conde:

»Me detengo a escribiros después de cuatro horas de marcha, porque a cada instante os echo de menos y siempre estoy volviendo la cabeza como para contestar a lo que me decís. Estaba tan aturdido y apesadumbrado con nuestra separación, que os expresé muy débilmente todo el cariño y agradecimiento que os profeso. Espero que me perdonaréis, porque es tan generoso vuestro corazón, que habrá comprendido lo que en el mío pasa. Os ruego que me escribáis, porque vuestros consejos forman parte de mi existencia; y, además, me atreveré a deciros que estoy algo inquieto: me pareció que os preparabais para alguna peligrosa expedición, sobre la cual no os pregunté, porque nada me dijisteis. Ya veis, pues, que tengo gran necesidad de saber de vos. Desde que no estáis a mi lado, temo carecer de todo a cada instante. Vos me sosteníais poderosamente, señor conde, y ahora os juro que me hallo en una soledad absoluta.

»¿Tendríais la bondad, señor conde, si recibieseis noticias de Blois, de indicarme algo acerca de mi amiguita la señorita de La Vallière, cuya salud podía inspirar alguna zozobra, como sabéis, cuando salimos de allí? No ignoráis, mi querido señor y protector, cuán preciosas son para mí las memorias del tiempo que he pasado junto a vos. Espero que algunas veces pensaréis también en mí, y si os hago falta a ciertas horas, si sentís algún pequeño pesar por mi ausencia, tendré un júbilo inmenso conociendo que estáis persuadido del afecto y la adhesión que os tengo, y que supe hacéros,lo comprender mientras tuve la dicha de vivir a vuestro lado. »

Terminada esta carta, se sintió Raúl más tranquilo, observó si le espiaban Olivain y el posadero, estampó un beso en aquel papel, muda y afectuosa caricia que el corazón de Athos era capaz de adivinar al abrir la carta.

En aquel intermedio se había bebido Olivain su botella y despachado su pastel. También los caballos estaban descansados: Raúl llamó al posadero, echó un escudo sobre la mesa, montó, y en Senlis echó la carta al correo.

Aquella breve detención permitió a los viajeros proseguir su camino sin pararse. En Verberie ordenó a Olivain que tomara noticias del joven caballero que les precedía: tres cuartos de hora hacía que le habían visto pasar, pero iba con buena montura, como ya dijera el posadero, y caminaba a buen paso.

—Veamos si logramos alcanzarle —dijo Raúl a Olivain—; va también al ejército y su compañía nos servirá de distracción.

Eran las cuatro de la tarde cuando llegó Raúl a Compiegne; comió con buen apetito y tomó nuevos informes respecto al desconocido caballero, averiguando que también se había apeado en la posada de *La Campana y la bellota,* que era la mejor de Compiegne, y que había continuado su camino manifestando que se proponía dormir en Nyon.

—Vamos a dormir a Nyon —dijo Raúl.

—Señor —respondió respetuosamente Olivain—, concededme que os haga notar que esta mañana se fatigaron muchos los caballos. Bueno sería hacer noche aquí y salir mañana temprano. Para la primera jornada bastan dieciocho leguas.

—El señor conde de la Fère quiere que me dé prisa —contestó Raúl—, y que en la mañana del cuarto día esté reunido con el príncipe. Caminemos hasta

Nyon; será igual la jornada a las que hemos hecho al venir de Blois. A las ocho en punto llegaremos: los caballos podrán descansar toda la noche, y a las cinco de la madrugada nos volveremos a poner en camino.

Olivain no se atrevió a oponerse a esta determinación, mas siguió a su amo murmurando entre dientes.

—Adelante, adelante —decía—, gasta todo tu ímpetu el primer día; mañana andará diez leguas en vez de veinte, pasado mañana cinco, y al tercer día estarás en cama. Entonces habrás de descansar a la fuerza. Todos estos muchachos no son más que unos fanfarrones.

Fácil es ver que Olivain no se había educado en la escuela de Planchet ni de Grimaud.

Raúl estaba efectivamente cansado; pero quería probar sus fuerzas; imbuido en los principios de Athos, no quería ser inferior a su modelo, a quien había oído hablar mil veces de jornadas de veinticinco leguas. Recordaba también a Artagnan, a aquel hombre que parecía formado solamente de nervios y músculos.

Marchaba, pues, acelerando cada vez más el paso de su cabalgadura, no obstante las observaciones de Olivain, por una hermosa vereda que conducía a un embarcadero y que le hacía atajar una legua, según le habían informado. Llegó a la cumbre de una colina y apareció a su vista el río, en cuya orilla permanecía un pequeño grupo de gente a caballo disponiéndose a embarcarse. Persuadido Raúl de que eran los desconocidos el caballero que buscaba y su escolta, dio una voz llamándolos, pero todavía se hallaba a mucha distancia para que lo oyeran, visto lo cual y a pesar de lo fatigado que estaba su caballo, lo puso al galope. Una desigualdad del terreno le ocultó a los viajeros, y cuando llegó a otra elevación, habíase apartado la barca de la orilla y bogaba hacia la opuesta.

Viendo Raúl que ya no podía llegar a tiempo para pasar el río con los viajeros, se detuvo para aguardar a Olivain.

Oyóse en aquel momento un grito hacia el centro del río; volvió Raúl la cabeza y llevando una mano a,sus ojos, deslumbrados por el sol que se ponía, exclamó:

—Olivain, ¿qué es eso?

Resonó otro grito más penetrante que el primero.

—¡Qué ha se der! —contestó Ol vvain—. Que la corriente se lleva la barca. Pero allí se ve algo que se mueve en el agua.

—Ciertamente —exclamó Raúl fijando sus miradas en un punto del río iluminado por los rayos del sol—. ¡Un caballo! ¡Un hombre!

—¡Se van a fondo! —gritó a su vez Olivain.

Así era la verdad; Raúl acababa de persuadirse de que había sucedido una desgracia y se estaba ahogando una persona. Recogió las riendas del caballo, le clavó las espuelas, y el animal, estimulado por el dolor, lanzóse a escape, saltó por encima de una especie de pretil que rodeaba el embarcadero y cayó en el río, levantando una cascada de espuma.

—¡Ay, señor! ¿Qué hacéis? —exclamó Olivain.

Raúl dirigía su caballo hacia el infeliz que se hallaba en tan grave peligro. Por lo demás, estaba muy acostumbrado a semejante ejercicio. Criado a orillas del

Loire, se había mecido cien veces en sus aguas, atravesándolas unas veces a caballo y otras a nado. Athos había cuidado de hacerle práctico en todas estas cosas para cuando fuese soldado.

—¡Ah, Dios mío! —continuaba el desesperado Olivain—. ¿Qué diría el señor conde si os viese?

—El señor conde hubiese hecho lo que yo —respondió Raúl excitando vigorosamente a su caballo.

—Pero y yo —gritaba Olivain—, ¿cómo paso?.

—¡Salta, miserable! —gritaba Raúl sin dejar de nadar.

Y dirigiéndose al viajero, que luchaba con las olas a veinte pasos de distancia, añadió:

—Valor, caballero, ya voy a socorreros.

Olivain avanzó, retrocedió, encabritó su caballo, dio media vuelta, y aguijoneado al fin por la vergüenza, se lanzó imitando a Raúl.

La barca, entretanto, bajaba rápidamente en medio de los gritos de los que la ocupaban.

Un hombre de cabellos entrecanos se había arrojado de la barca al río, y nadaba admirablemente hacia la persona que se ahogaba; pero tenía que luchar contra la corriente y avanzaba con lentitud.

Raúl continuaba avanzando visiblemente; pero el caballo y el jinete, a los que no perdía de vista, sumergíanse cada vez más: el primero no tenía más que las narices fuera del agua, y el segundo, que había soltado las riendas, tendía los brazos y dejaba caer la cabeza hacia atrás. Un minuto más y todo desaparecería.

—Valor —gritó Raúl.

—Es tarde —murmuró el joven—, es tarde.

Arrojóse Raúl de su caballo, al cual dejó confiada su propia salvación, y de tres o cuatro empujes llegó junto al caballero. Inmediatamente cogió al caballo por la brida, y sacó su cabeza fuera del agua: entonces respiró el animal más libremente, y como si hubiera conocido que iban a socorrerle, aumentó sus esfuerzos: al mismo tiempo cogió Raúl una mano del joven y la puso en la crin del caballo, a la cual se aferró aquél con la fuerza desesperada de todo el que se ahoga. Seguro de que el caballero no abandonaría su presa, no pensó el vizconde más que en el caballo, al cual dirigió hacia la orilla opuesta, ayudándole a cortar el agua y animándole con la voz.

De pronto tocó el animal en un bajo y puso los cascos en la arena. —¡Salvo! ––exclamó el hombre de los cabellos entrecanos haciendo también pie.

—¡Salvo! —exclamó maquinalmente el caballero soltando las crines y dejándose caer desde la silla en los brazos de Raúl.

Sólo distaba éste diez pasos de la playa: llevó a ella al desmayado caballero, lo tendió en la hierba, aflojó los cordones de su cuello y le desabrochó.

Un minuto después hallábase a su lado el hombre del cabello cano.

También Olivain había logrado llegar a la orilla después de persignarse muchas veces, y la gente de la barca se dirigía trabajosamente al mismo sitio con auxilio de un largo palo que casualmente habían encontrado.

Gracias a los cuidados de Raúl y del hombre que acompañaba al caballero, fuéronse animando paulatinamente las mejillas del desmayado, el cual abrió los ojos con espanto y miró a todas partes hasta fijarlos en su salvador.

—¡Ah, caballero! —exclamó—. Vos erais a quien buscaba: sin vuestro auxilio hubiera fallecido mil veces.

—Gracias a Dios —dijo Raúl—, todo se ha reducido a tomar un baño.

—¡Cuánto agradecimiento os debemos, caballero! —exclamó el hombre de los cabellos grises

—¡Ah! ¿Estáis ahí, mi buen Armenges? Os he dado un gran susto, ¿no es verdad? Mas vos tenéis la culpa; siendo vos mi preceptor, debisteis enseñarme a nadar mejor.

—¡Ah, señor conde! —dijo el anciano—. Si os hubiese acontecido alguna desgracia, nunca habría yo tenido atrevimiento para presentarme al señor mariscal.

—Pero, ¿cómo ha pasado este accidente? —preguntó Raúl.

—Del modo más sencillo, caballero —dijo la persona a quien su compañero diera el título de conde—. Nos encontrábamos a un tercio de río, cuando se rompió la cuerda que dirigía la barca. A los gritos y movimientos de los barqueros, se asustó mi caballo y se tiró al agua. Yo nado mal, y no me atreví a apearme; en vez de ayudar al animal, paralizaba sus movimientos, y estaba a punto de ahogarme cuando llegasteis vos en el momento crítico de sacarme a tierra. Desde este momento, caballero, soy vuestro a muerte y vida.

—Señor —dijo Raúl inclinándose—, disponed de mí en cuanto os parezca.

—Me llamo el conde de Guiche —continuó el caballero—, y soy hijo del mariscal de Grammont. Ahora que no ignoráis quién soy, espero que digáis vuestro nombre.

—Soy el vizconde de Bragelonne —dijo Raúl, avergonzado de no poder nombrar a su padre como su nuevo compañero.

—Vizconde, vuestro aspecto, vuestra amabilidad, vuestro valor, me inclinan a vos. Sois acreedor a todo mi agradecimiento. Dadme un abrazo, y concededme vuestra amistad.

—Caballero —dijo Raúl abrazándose con el conde—, también yo os aprecio ya con todo mi corazón; disponed, pues, de mí.

—¿Adónde os encamináis, vizconde? —preguntó el de Guiche.

—Al ejército del príncipe, conde.

—¡Y yo también! —exclamó el joven arrebatado de alegría—. ¡Ah! Tanto mejor; dispararemos juntos el primer pistoletazo.

—Bien está; profesaos un mutuo cariño —dijo el ayo—; ambos sois jóvenes, tenéis sin duda la misma estrella, y debíais encontraros en el mundo.

Sonriéronse ambos mancebos con la confianza de la juventud.

—Y ahora —añadió el ayo—, urge que os mudéis. Ya deben haber llegado a la posada los lacayos a quienes ordené marchar apenas salieron del río. Ya se estará calentando la ropa blanca y el vino, venid. Ninguna réplica tenían que hacer los jóvenes a semejante propuesta, y pareciéndoles, por el contrario, excelente, montaron a caballo mirándose y admirándose uno a otro, porque eran, en efecto, dos distinguidos caballeros de esbelta y gallarda presencia, de rostro noble y sereno, de dulces y altivas miradas, y de franca sonrisa. El de Guiche podría tener dieciocho años, pero no estaba más desarrollado que Raúl, que sólo tenía quince.

Presentáronse la mano por un espontáneo movimiento, y dando espuelas a sus cabalgaduras anduvieron juntos el camino del río a la posada, gozándose el uno con la buena y agradable que era la vida que estuvo a punto de perder, y dando el otro gracias a Dios por haberle consentido vivir lo suficiente para hacer algo que pudiera complacer a su protector.

Olivain era el único a quien no había satisfecho completamente la bella acción de su amo, y caminaba retorciéndose las mangas y los faldones de su justillo, pensando en que una parada en Compiegne le hubiera librado, no sólo del peligro que acababa de escapar, sino también de las fluxiones de pecho y de los reumatismos que naturalmente debían ser su resultado.

XXXIII.— LA ESCARAMUZA

Aunque no fue larga la detención en Nyon, bastó, sin embargo, para que cada viajero echase un largo sueño. Raúl encargó que le despertaran si llegaba Grimaud, pero Grimaud no apareció.

Los caballos debieron agradecer también las ocho horas de descanso que se les concedieron. A las cinco de la mañana despertó Raúl al conde de Guiche, dándole los buenos días. Almorzaron a toda prisa, y a las seis habían ya andado dos leguas.

La conversación del joven conde era de las más interesantes para Raúl; de modo que éste escuchaba y el otro no dejaba la palabra. Educado en París, que Raúl no había visto más que una vez, en la corte adonde nunca había ido el vizconde, era objeto de la más profunda curiosidad de éste, sus locuras de paje, y los dos duelos en que, a pesar de los edictos, y de su ayo sobre todo, se habían encontrado. Raúl sólo había ido a casa del señor Scarron, y nombró a Guiche las personas que allí había visto. A todas las conocía el conde; a la señora de Nevillan, a la señorita de Auvigny, a la de Scudery, a la Paulet, y a la señora de Chevreuse. Burlábase de todas con exquisita gracia, y Raúl estaba temiendo que llegase el momento en que hablara de la duquesa de Chevreuse, con la cual le unía una simpatía verdadera: pero fuera por instinto o por un afecto a la duquesa, el conde se expresó en los mejores términos acerca de ella. Con estos elogios creció el doble la amistad que profesaba Raúl a su joven compañero.

Tratóse después de amores, y como también en este punto tenía Raúl poco que decir y mucho que escuchar, redújose al papel de oyente, creyendo advertir al través de tres o cuatro aventuras muy diáfanas, que el conde ocultaba, como él, un secreto en lo más profundo de su corazón.

Ya hemos dicho que Guiche habíase criado en la corte, y estaba al corriente de todas sus intrigas. Aquella corte, de que tanto había oído hablar Raúl al conde de la Fère, varió mucho de aspecto desde la época en que la viera Athos. Fue, pues, toda la relación del conde de Guiche enteramente nueva para su compañero de viaje. Con malicias y talento pasó revista a todo el joven conde; contó los antiguos amores de la señora de Longueville con Coligny, y el duelo de éste en la Plaza Real, duelo que tan fatal le fue, y que vio la señora de Longueville a través de una celosía. Sus nuevos amores con el príncipe de Marsillac, cuyos celos, según se decía, le movían a desear dar muerte al mundo entero, y al mismo padre Herblay, su director espiritual; y los amores del príncipe de Gales con la hija de Gastón de Orleáns, tan famoso después por su matrimonio secreto con Lauzun. La misma reina fue objeto de las chanzas del conde, y al cardenal Mazarino le tocó no pequeña parte de ellas.

El día transcurrió con la mayor rapidez. El ayo del de Guiche, persona franca, de mundo, y sabia de pies a cabeza, como decía su alumno, recordó varias veces a Raúl la profunda erudición y las palabras agudas y mordaces de Athos; mas nadie podía ser comparado con el conde de la Fère en cuanto a la gracia, la finura y la nobleza del aspecto.

A las cuatro de la tarde detuviéronse en Arras los caballos, tratados con alguna más consideración que el día anterior. Íbanse acercando los viajeros al teatro de la guerra, y resolvieron hacer alto en aquella ciudad hasta el siguiente día, porque algunas partidas de españoles se servían de la oscuridad de la noche para hacer incursiones de vez en cuando hasta las cercanías de Arras.

El ejército francés ocupaba el territorio comprendido entre Pontà—Mare y Valenciennes, a la parte de Douai. Susurrábase que el príncipe se hallaba en Béthune.

Extendíase el ejército enemigo desde Cassel a Courtray, y como cometía mil violencias y atropellos, casi todos los habitantes fronterizos abandonaban sus indefensas casas, e iban a refugiarse en las poblaciones que les prometían algún abrigo. Arras estaba lleno de fugitivos.

Hablábase de la proximidad de una batalla que debía ser decisiva, pues hasta entonces el príncipe había pasado el tiempo con maniobras de poca importancia, esperando refuerzos, que acababa de recibir. Entrambos jóvenes se alegraron de llegar en tan buena ocasión; cenaron juntos y se acostaron en el mismo cuarto, pues gracias a las dulces inclinaciones de su edad, tratábanse ya como si se hubieran conocido desde la cuna, y como si nunca debieran de separarse.

Después de la cena hablóse de la guerra; los lacayos limpiaron las armas, los jóvenes cargaron las pistolas para cualquier evento, y a la mañana despertaron desesperados, habiendo soñado los dos que llegaban tarde a la batalla.

Corrían aquel día voces de que el príncipe de Condé había evacuado a Béthune y replegado sobre Carvin, aunque dejando guarnecida la primera ciudad; mas como nada presentaba de positivo esta noticia, resolvieron los jóvenes continuar su camino a Béthune, pudiendo en todo caso torcer a la derecha y marchar a Carvin.

Era el ayo del conde de Guiche muy práctico en el país, y propuso en consecuencia echar por un atajo situado entre los dos caminos de Lens y Béthune. En Ablain podían tomar informes.

Dejando un itinerario para Grimaud, pusiéronse en marcha los viajeros a las siete de la mañana.

El joven e impetuoso conde de Guiche decía a Raúl:

—Somos tres amos y tres criados; éstos llevan excelentes armas, y el vuestro me parece de bastantes puños.

—Aún no le he visto en un caso apurado —contestó Raúl—, pero es bretón y promete.

—Sí, sí —repuso el de Guiche—, estoy seguro de que sabrá disparar un mosquete cuando sea tiempo. Yo traigo dos hombres de confianza que han hecho la guerra con mi padre, de manera que formamos un total de seis combatientes.. Si encontramos alguna partida igual en número a la nuestra, y aunque fuese superior, ¿verdad que deberíamos atacarla, Raúl?

—Sí tal —contestó el vizconde.

—¡Hola, jóvenes, hola! —dijo el ayo tomando parte en la conversación—; a ese paso, ¡voto a tantos! ¿dónde van a parar mis instrucciones? ¿Olvidáis, señor conde, que tengo orden de entregaros sano y salvo al señor príncipe de Condé? Después que estéis incorporado al ejército, haced que os maten si os place, pero hasta entonces os prevengo, que en mi clase de general, doy la voz de retirada y vuelvo las espaldas al primer penacho que divise.

Guiche y Raúl miráronse de reojo, sonriéndose; el terreno iba presentándose bastante poblado, y de vez en cuando hallaban los viajeros a algunos aldeanos que se retiraban llevando por delante sus ganados, y porteando en carretas o al hombro sus más valiosos objetos.

Ningún suceso notable acaeció a los viajeros hasta Ablain; allí tomaron informes y supieron que, efectivamente, había el príncipe salido de Béthune, y que estaba entre Cambrai y la Venthie. Entraron entonces, dejando siempre los precisos datos a Grimaud, en otro atajo que en media hora les condujo a orillas de un arroyuelo que va a perderse en el Lys.

Aquel delicioso paisaje estaba cortado por distintas calles, tan verdes como la esmeralda. A trechos encontraban los viajeros bosquecitos que atravesaban la vereda por donde iban, y al llegar a ellos mandaba el ayo, temiendo alguna emboscada, que tomasen la delantera los dos lacayos del conde. Ambos jóvenes y el ayo formaban el grueso del ejército, y Olivairì cubría la retaguardia, con el ojo alerta y la carabina en la mano.

Hacía tiempo que se divisaba en el horizonte un bosque más espeso y, a cien pasos de él, tomó el señor de Armenges sus acostumbradas precauciones, enviando los lacayos de vanguardia.

Acababan éstos de desaparecer entre los árboles: los jóvenes y el ayo seguíanles a cien pasos hablando y riendo, y Olivain iba detrás a igual distancia, cuando de repente sonaron cinco o seis tiros. El ayo dio la voz de alto y los jóvenes obedecieron conteniendo sus caballos. En el mismo momento volvieron al galope los dos lacayos.

Raúl y el conde, impacientes por saber lo que ocurría, se adelantaron a su encuentro.

—¿Os han cortado el paso? —preguntaron vivamente los dos jóvenes.

—No, señores —respondieron los lacayos— y es muy probable que ni siquiera nos hayan visto; los tiros han sonado a unos cien pasos de nosotros, en lo más espeso del bosque, y hemos dado la vuelta para pedir órdenes.

—Mi opinión, y en caso necesario mi voluntad —dijo el ayo—, es que nos retiremos; ese bosque puede ocultar alguna asechanza.

—¿Nada habéis visto? —preguntó el conde a uno de los lacayos.

—He visto confusamente algunos caballeros con traje amarillo metiéndose en el río.

—¡Precisamente! —dijo el ayo—. Hemos dado con una partida de españoles. ¡Atrás, caballeros, atrás!

Consultáronse los jóvenes con la vista, a tiempo que se oyó un pistoletazo, seguido de dos o tres gritos pidiendo socorro.

Habiéndose cerciorado por otra mirada de que ninguno de los dos hallábase dispuesto a retroceder, dejaron los jóvenes al ayo dar media vuelta con su caballo, espolearon los suyos hacia adelante, y gritó Raúl:

—¡A mí, Olivain!

El conde de Guiche decía:

—¡A mí, Urbano y Blanchet!

Y antes de que el ayo volviera de su sorpresa, ambos jóvenes desaparecieron en el bosque.

Al tiempo de emprender la carrera cada uno de ellos había disparado una pistola.

Cinco minutos después llegaron al sitio de donde parecía salir el ruido. Entonces contuvieron sus caballos y acercáronse con precaución.

—Silencio —dijo Guiche—; gente a caballo.

—Sí, tres montados y otros tres que han echado pie a tierra.

—¿Qué hacen? ¿Los veis?

—Parece que están registrando un cadáver, o un hombre herido.

—Son soldados —respondió Raúl.

—Sí, pero andan en partidas como los salteadores.

—¡A ellos! —contestó Raúl.

—¡A ellos! —repitió Guiche.

—¡En nombre de Dios, señores! —exclamó el pobre ayo. Ya no le escuchaban los jóvenes. Se habían lanzado a escape, y el grito del ayo sólo sirvió para dar la alarma a los españoles.

Los tres que permanecían a caballo salieron inmediatamente al encuentro de Raúl y del conde, mientras sus camaradas acababan de desvalijar a los viajeros, pues dos y no uno eran los que estaban tendidos en el suelo.

Guiche fue el primero que disparó, mas lo hizo a diez pasos de distancia y erró el tiro; en seguida tiró un español y Raúl sintió en el brazo izquierdo un dolor semejante al que causa un latigazo.

Disparó entonces a cuatro pasos de distancia y el español, herido en el pecho, abrió los brazos y cayó de espaldas sobre la grupa de su caballo, el cual dio media vuelta y echó a correr con él encima.

En aquel momento divisó Raúl, como a través de una nube, el cañón de un mosquete dirigido contra él. Acordóse del consejo de Athos, y encabritó rápidamente su caballo a tiempo que salía el tiro.

El caballo dio un salto de lado, flaquearon sus piernas, y cayó cogiendo debajo a Raúl.

Arrojóse el español sobre el vizconde empuñando el mosquete por el cañón para romperle la cabeza con la culata.

Desgraciadamente hallábase Raúl en tal posición que ni podía desenvainar la espada ni sacar una pistola; veía al español agitar la culata sobre su cabeza, y ya iba a cerrar involuntariamente los ojos, cuando Guiche se lanzó de un salto sobre su adversario y le puso la pistola en la garganta.

—Ríndete —le dijo—, o eres muerto.

Cayó el mosquete de manos del soldado y éste se rindió a discreción.

Guiche llamó a un lacayo, le entregó el prisionero, con orden de hacerle fuego si trataba de escaparse, y apeándose del caballo, se acercó a Raúl.

—Por mi honor que pagáis pronto vuestras deudas —dijo Raúl riéndose, aunque su palidez revelaba la inevitable emoción del primer combate—. No habéis querido estarme mucho tiempo agradecido. A no. ser por vos —repuso repitiendo las palabras del conde—, hubiera muerto mil veces.

—Mi enemigo huyó —dijo el de Guiche—, y me dejó en plena libertad de socorreros; pero ¿os han herido gravemente? Estáis lleno de sangre.

—Creo —dijo Raúl—, que he de tener un rasguño en este brazo. Ayudadme a salir de esta postura y continuaremos nuestro camino, pues creo que nada se opondrá a ello.

Ya se habían apeado el señor de Armenges y Olivain, y levantaron el caballo, que luchaba con las convulsiones de la agonía. Raúl logró desenredarse del estribo y sacar la pierna de debajo del animal, y en un instante se puso en pie.

—¿No hay fractura? dijo el Guiche.

—No, gracias a Dios.

—Pero ¿qué ha sido de los infelices a quienes estaban asesinando esos criminales?

—Hemos llegado muy tarde, creo que los han muerto y han huido con el botín, pero mis lacayos están reconociendo los cadáveres.

—Vamos a ver si se hallan o no muertos, y si se les puede prestar algún auxilio dijo Raúl—. Olivain, hemos heredado dos caballos, pero yo he perdido el mío; escoged el mejor para vos y dadme el vuestro.

Y se dirigieron al lugar en que yacían las víctimas.

XXXIV.— EL FRAILE

Había dos hombres tendidos en el suelo; el uno inmóvil, vuelto de espaldas, atravesado por tres balazos y nadando en sangre. Estaba muerto.

El otro, recostado en un árbol, sostenido por dos lacayos, con los ojos clavados en el cielo, y las manos unidas orando fervorosamente. Un balazo le había roto la parte superior del muslo.

Los jóvenes dirigiéronse primero al muerto y se miraron con asombro.

—Es un cura —dijo Bragelonne—, está tonsurado. ¡Ah, malditos! Ponen las manos en los ministros del Señor.

—Venid aquí, caballeros —dijo Urbano, soldado veterano que había hecho todas las campañas del cardenal—duque— Venid aquí. De ése nada se puede esperar, mientras que a éste tal vez aún podamos salvarle.

Sonrió melancólicamente el herido, y dijo:

—Salvarme no, pero sí ayudarme a morir.

—¿Sois sacerdote? —preguntó Raúl.

—No, señor.

—Pero vuestro desgraciado compañero parece que lo era.

—Era el cura de Béthune y llevaba a esconder los vasos sagrados de su iglesia y el tesoro del cabildo, porque el señor príncipe abandonó ayer nuestra ciudad, y quizá mañana entren en ella los españoles. Como andaban algunas partidas enemigas por el campo y era peligroso, nadie se atrevió a acompañarle, hasta que yo me ofrecí a hacerlo.

—¡Y esos criminales no han respetado a un sacerdote!

—Señores —dijo el herido, mirando en su derredor—, sufro mucho y quisiera ser trasladado a alguna casa.

—¿Dónde pudierais ser socorrido? —dijo Guiche.

—No, donde pudiese confesarme.

—Pero ¿creéis estar tan grave?

—Creedme, caballero, no hay tiempo que perder. La bala ha roto el cuello del fémur y ha penetrado hasta los intestinos.

—¿Sois doctor?

—No —dijo el moribundo—, pero entiendo algo de heridas, y la mía es mortal. Tratad, pues, de trasladarme a alguna parte donde pueda hallar un cura o tomaos la molestia de traerme uno aquí y Dios os lo pagará. Mi alma es lo que necesito salvar, porque mi cuerpo está perdido.

—Es imposible morir haciendo una buena obra. Dios os salvará.

—Caballeros —dijo el herido reuniendo todas sus fuerzas como para levantarse—, en nombre del Cielo no perdamos el tiempo en palabras inútiles; o ayu-

dadme a llegar a la población más próxima, o juradme por vuestro honor que me enviaréis al primer religioso que halléis. Pero —añadió con acento de desesperación—, tal vez no se atreva ninguno a venir temiendo a los españoles, y tendré que morir sin absolución. ¡Dios mío! ¡Dios mío! —continuó el herido con tal expresión de terror, que los jóvenes no pudieron menos de estremecerse—; no lo permitiréis, ¿no es verdad? Sería demasiado terrible.

—Calmaos —dijo el de Guiche—, os juro que tendréis el consuelo que deseáis. Pero decidnos en qué casa podremos pedir socorros, y en qué población buscar un sacerdote.

—Gracias, Dios os premiará. A media legua de aquí, siguiendo por este camino, hay una posada, y a cosa de una legua más allá está el pueblo de Greney. Id a buscar al cura; si no se halla en su casa, entrad en el convento de Agustinos, que es la última casa de la derecha, y traedme un religioso. Lo mismo da un fraile que un cura, como haya recibido de nuestra santa madre Iglesia la facultad de absolver *in articulo mortis.*

—Señor de Armenges —dijo el de Guiche—, quedaos con este desgraciado, y cuidad de que lo transporten con la mayor comodidad posible. Que hagan una camilla con ramas de árboles cubiertas con nuestras capas y que lo lleven dos lacayos, relevándose con el tercero cuando se cansen. El vizconde y yo vamos a buscar un cura.

—Id, señor conde —dijo el ayo—; pero no os expongáis, en nombre del Cielo.

—Calmaos. Además, que por hoy estamos a cubierto; ya sabéis el axioma: *nom bis in idem.*

—Buen ánimo —dijo Raúl al herido.

—Dios os bendiga, señores —contestó el moribundo, con una expresión de reconocimiento imposible de describir.

Y los dos jóvenes echaron a galope en la dirección indicada, mientras que el ayo del duque de Guiche presidía la confección de las parihuelas.

Después de diez minutos de marcha avistaron la posada.

Raúl llamó al posadero sin apearse del caballo, le avisó de que iban a llevarle un herido, y le encargó que preparase mientras tanto todo lo que pudiera ser necesario para la cura, como: cama, vendaje e hilas; rogándole además, que si conocía algún médico o cirujano de las cercanías, le enviase a buscar, tomando él a su cargo el recompensar al emisario.

El posadero, que los vio ricamente vestidos, prometió cuanto le pidieron, y nuestros jóvenes prosiguieron rápidamente su camino a Greney, después de presenciar los primeros preparativos.

Ya habían andado algo más de una legua, y empezaban a divisar las primeras casas del pueblo, cuyos rojos tejados se destacaban vigorosamente sobre los verdes árboles que los rodeaban, cuando vieron venir en dirección a ellos a un humilde fraile montado en una mula, a quien por su ancho sombrero y hábito gris tomaron por un agustino. La casualidad les enviaba lo que necesitaban.

Acercáronse al monje, que debería tener de veintidós a veintitrés años, aunque los ejercicios ascéticos habíanle envejecido en la apariencia. Era pálido, pero no tenía esa palidez mate que es una belleza; su color era amarillo bilioso. Sus cor-

tos cabellos, que apenas salían del círculo trazado por su sombrero en derredor de su frente, eran rubios cenicientos, y sus ojos parecían estar desprovistos de mirada.

—Caballero —dijo Raúl con su ordinaria cortesía—, ¿sois eclesiástico?

—¿Por qué me lo preguntáis? —contestó el deconocido, con una impasibilidad que rayaba en incivil.

—Para saberlo —dijo el conde de Guiche con altivez.

El desconocido espoleó a su mula y prosiguió su camino.

Guiche se puso de una carrera delante de él y le interceptó el paso.

—Responded, señor mío —le dijo—; os han preguntado con política, y toda pregunta merece respuesta.

—Creo ser libre para decir o callar quién soy a dos advenedizos que tengan la humorada de preguntármelo.

Guiche esforzóse en contener los impulsos que le estaban dando de romper la cabeza al fraile.

—Sabed —dijo dominando su irritación— que no son dos advenedizos los que os hablan: mi amigo es el vizconde de Bragelonne, y yo el conde de Guiche. Además, no es ninguna humorada el preguntaros si sois eclesiástico; hay un hombre moribundo que reclama los socorros de la Iglesia. Si sois sacerdote, os intimo, en nombre de la humanidad, que me sigáis a socorrer a ese hombre; si no lo sois, es distinto; entonces os prevengo, en nombre de la cortesanía, que tan completamente desconocéis, que voy a castigaros por vuestra insolencia.

El monje volvióse de pálido en lívido, y se sonrió de un modo tan particular, que Raúl, que no apartaba de él la vista, sintió que aquella sonrisa hacía en su corazón el efecto de un insulto.

—Será tal vez algún espía español o flamenco —exclamó, echando mano a una pistola.

Respondió a estas palabras una mirada amenazadora y parecida a un relámpago.

—¿Respondéis o no? —preguntó el de Guiche.

—Soy sacerdote, señores —dijo el fraile.

Y su semblante recobró su ordinaria impasibilidad.

—Entonces, padre —dijo Raúl, volviendo a guardar las pistolas y dando a sus palabras un respetuoso tono que no le salía del corazón—, si sois sacerdote, tenéis, como os decía mi amigo, una ocasión de ejercer vuestro ministerio; un infeliz herido que debe llegar de un momento a otro a la posada próxima, desea la asistencia de un ministro de Dios; nuestros lacayos le acompañan.

—Allá voy —dijo el fraile. Y espoleó a la mula.

—Es que si no vais —dijo el de Guiche—, nosotros tenemos caballos capaces de alcanzar a vuestra mula, y crédito bastante para que os prendan dondequiera que estéis, en cuyo caso os aseguro que muy pronto seréis sentenciado: en todas partes hay árboles y cordeles.

Centellearon de nuevo los ojos del fraile; mas no se dio por entendido de otro modo; repitió su frase: «Allá voy», y echó a anchar.

—Sigámosle —dijo Guiche—, es lo más seguro.

—A proponéroslo iba —contestó Bragelonne.

Y entrambos jóvenes emprendieron otra vez su camino, arreglando sus pasos a los del fraile, y siguiéndole a un tiro de pistola.

A los cinco minutos volvió la cabeza el fraile, para observar si iban tras él.

—Ya veis que hemos hecho bien —dijo Raúl.

—¡Qué horrible cara tiene el tal fraile! —observó el conde de Guiche. —Horrible —contestó Raúl—, y, sobre todo, su expresión; esos amarillentos cabellos, esos ojos apagados, esos labios que desaparecen a la menor palabra que pronuncia...

—Es verdad —dijo Guiche, que no había reparado tanto como Raúl en todos estos detalles, porque mientras que el uno hablaba, examinaba el otro—; cierto que es una cara particular; pero esos religiosos están sujetos a ejercicios de mortificación; los ayunos les ponen pálidos, la disciplina los hace hipócritas, y a fuerza de llorar los bienes de la vida que han perdido y que nosotros disfrutamos, pierden toda expresión sus ojos.

—Al fin y al cabo —repuso Raúl—, nuestro pobre hombre consigue su deseo; por Dios que el penitente tiene aspecto de poseer una conciencia mejor que el confesor. Yo estoy acostumbrado a ver sacerdotes de aspecto muy diferente.

—Ese debe de ser uno de tantos religiosos errantes que andan mendigando por los caminos hasta que les llueve del cielo un beneficio; la mayoría son extranjeros, escoceses, irlandeses o daneses. Ya he visto algunos otros.

—¿Tan repugnantes?

—No tanto, pero bastante asquerosos, sin embargo.

—¡Qué desgracia para ese desdichado herido el morir en manos de semejante sayón!

—¡Bah! —dijo Guiche—. La absolución no procede del que la da, sino de Dios. Y, sin embargo, os confieso con franqueza que prefiero morir impenitente a entenderme con un confesor por ese estilo. Vos debéis ser de mi opinión, vizconde, porque acariciabais antes el pomo de la pistola como si os dieran tentaciones de dispararla sobre él.

—Sí, conde, es cosa muy extraña, y os sorprenderá, pero el aspecto de ese hombre me ha causado un terror indefinible. ¿Nunca habéis tropezado con una serpiente?

—Jamás —dijo Guiche.

—Pues a mí me ha sucedido algunas veces en nuestras selvas de Blois, y me acuerdo que a la primera que me miró con sus vidriosos ojos, enroscada, moviendo la cabeza y agitando la lengua, quedéme inmóvil, pálido y como fascinado, hasta el momento en que el conde de la Fère...

—¿Vuestro padre? —preguntó Guiche.

—No, mi tutor —repuso Raúl ruborizándose.

—Adelante.

—Hasta el momento —continuó Raúl— en que me dijo el conde de la Fère: «Vamos Bragelonne, dadle firme». Corrí entonces a ella y la dividí en dos partes en el momento en que se enderezaba sobre la cola y daba silbidos para arrojarse sobre mí. Pues bien, os juro que me ha causado exactamente la misma sensación ese hombre, cuando me dijo: «¿Por qué me lo preguntáis?» y me miró.

—Y ahora sentís no haberle partido en dos como a la serpiente.

—Casi, casi decís bien —contestó Raúl.

Llegaron en aquel momento a la vista de la posada y divisaron en la otra parte a los que llevaban al herido, guiados por el señor de Armenges.

Iba el moribundo sostenido entre dos hombres, y el tercero llevaba del diestro los caballos.

Los jóvenes aceleraron el paso.

—Ahí está el herido —dijo Guiche al pasar junto al padre agustino—; tened la bondad de andar algo más de prisa.

Raúl apartóse al otro lado del camino, y al pasar frente al fraile volvió la cabeza con disgusto.

En lugar de seguir al confesor, le precedían entonces nuestros jóvenes, los cuales marcharon en dirección al herido y le comunicaron tan fausta noticia. Este se incorporó para mirar en la dirección indicada, vio al fraile que se aproximaba acelerando el paso de su mula, y se dejó caer sobre las parihuelas con el semblante iluminado por un rayo de alegría.

—Hemos hecho por vos cuanto podíamos —dijeron los caballeros—, y como nos urge unirnos al ejército, vamos a continuar nuestro camino contando con vuestro permiso. Se susurra que va haber una batalla y no quisiéramos llegar tarde.

—Id con Dios, señores —dijo el herido—, y él os bendiga por tanta piedad; habéis hecho por mí cuanto podíais, y yo no puedo hacer otra cosa que repetir que Dios os guarde a vos y a las personas que sean objeto de vuestro afecto.

—Señor de Armenges —dijo Guiche a su ayo—, vamos a adelantarnos; en el camino de Cambrin nos reuniremos.

El posadero permanecía en la puerta, después de haber preparado la cama, las hilas y las vendas, y enviado un palafrenero a Lens, que era la ciudad más próxima, en busca de un médico.

—Está bien—dijo el posadero—, se hará.como deseáis; pero, ¿no os detenéis a curaros esa herida? —prosiguió dirigiéndose a Bragelonne.

—No vale nada —dijo el vizconde—; la reconoceré en otra parada que hagamos; lo que os pido es que si pasa un hombre a caballo y os pregunta por un joven montado en un alazán y seguido de un lacayo, le digáis que efectivamente me habéis visto, pero que he continuado mi camino y que pienso comer en Mazingarde y dormir en Cambrin. Es un criado mío.

—¿No sería mejor que, para más seguridad, le preguntase su nombre y le dijese el vuestro? —preguntó el patrón.

—Jamás será malo ese exceso de precaución; me llamo el vizconde de Bragelonne y él se llama Grimaud.

En aquel momento llegaron, el herido por un lado y el fraile por otro; nuestros jóvenes apartáronse para que pasase la camilla, mientras el fraile se apeaba de su mula y mandaba que la llevasen a la cuadra sin quitarle la silla.

—Padre —dijo Guiche—, confesad bien a ese infeliz y, no os cuidéis de vuestros gastos ni de los de la mula; todo está pagado.

—Gracias, señor —dijo el fraile con una de aquellas sonrisas que hacían estremecer a Bragelonne.

—Venid, conde —dijo Raúl, para quien era insoportable, como por instinto, la presencia del religioso—; venid, no me siento bien aquí.

—Gracias otra vez, caballero —dijo el herido—; no me olvidéis en vuestras oraciones.

—Nos acordaremos —dijo Guiche, espoleando a su caballo, para unirse con Raúl, que se había adelantado veinte pasos.

Entraba a la sazón en la casa la camilla llevada por dos lacayos. El posadero estaba con su esposa en la escalera. El infeliz herido daba muestras de sufrir horribles dolores, y sin embargo, sólo se preocupaba de saber si le seguía el religioso.

Al ver aquel hombre pálido y ensangrentado, la posadera asió con fuerza el brazo de su marido.

—¿Qué te pasa? —preguntó éste—. ¿Te pones mala?

—No, pero mira —dijo ella señalando al herido.

—¡Cáscaras! —respondió el posadero—. Poca vida le queda.

—¿Pero no le conoces?

—¡Conocerle!... Aguarda.

—¡Ah! Veo que sí —dijo la mujer—, porque también te pones pálido.

—Cierto —exclamó el posadero—. ¡Pobres de nosotros! Es el antiguo verdugo de Béthune.

—¡El verdugo de Béthune! —murmuró el fraile, parándose y dando a conocer en su rostro la repugnancia que le inspiraba su penitente.

El señor de Armenges observó desde la puerta su indecisión.

—Padre —le dijo—, ese desgraciado, por haber sido verdugo, no deja de ser hombre. Prestadle el último servicio que reclama de vos, y tendrá más mérito vuestra acción.

El fraile no respondió, y entró silenciosamente en la alcoba baja, donde ya habían puesto los criados al moribundo, dejándole solo en cuanto el ministro de Dios se acercó a la cabecera.

Montaron a caballo, y emprendieron al galope el camino con Armenges y Olivain.

A poco de haber desaparecido en el camino la cabalgata, un nuevo viajero se detuvo a la puerta de la posada.

—¿Qué se ofrece, señor? —dijo el patrón, pálido y todavía tembloroso por el descubrimiento que acababa de hacer.

El viajero indicó con un ademán que deseaba beber, y apeándose señaló a su caballo e hizo otro ademán como de restregar.

—¡Diantre! —pensó el posadero—. Parece que es mudo. ¿Y dónde deseáis beber? —preguntó.

—Aquí —dijo el viajero, señalando una mesa.

—Me equivocaba —dijo el posadero—. No es mudo del todo.

Y haciendo una cortesía marchó a buscar una botella de vino y unos bizcochos, que puso delante del viajero.

—¿Se ofrece algo más? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué?

—¿Sabes si ha pasado por aquí un joven de unos quince años en un caballo alazán y seguido de un lacayo?

—¿El vizconde de Bragelonne?

—El mismo.

—En ese caso vos seréis el señor Grimaud.

—Sí.

—Pues bien, aún no hace un cuarto de hora que estaba aquí vuestro amo; piensa comer en Mazingarde y dormir en Cambrin.

—¿Dista mucho de aquí, Mazingarde?

—Dos leguas y media.

—Gracias.

Seguro Grimaud de alcanzar a su amo antes de que acabara el día, tranquilizóse algo, se enjugó la frente y se bebió en silencio un vaso de vino.

Acababa de dejar el vaso sobre la mesa y se disponía a llenarle de nuevo, cuando resonó un grito en la alcoba del moribundo.

Grimaud se incorporó y dijo:

—¿Qué es esto? ¿De dónde ha salido ese grito?

—Del cuarto del herido —contestó el posadero.

—¿Qué herido?

—El antiguo verdugo de Béthune que hoy ha sido atacado por unos españoles; le han conducido aquí y se está confesando con un fraile agustino; parece que sufre grandes dolores.

—¡El verdugo de Béthune! —murmuró Grimaud reuniendo sus recuerdos—. ¿Es un hombre de cincuenta y cinco a sesenta años, alto, vigoroso, moreno, con barba negra?

—El mismo, sólo que ahora tiene la barba gris y el pelo blanco; ¿le conocéis? —preguntó el posadero.

—Le he visto sólo una vez —dijo Grimaud, cuya frente se nubló con aquel recuerdo.

—¿Has oído? —dijo la posadera acercándose a su marido llena de miedo.

—Sí —contestó éste mirando con zozobra hacia la puerta.

Oyóse otro grito menos fuerte que el primero, pero seguido de un gemido largo y profundo.

Todos miráronse aterrados.

—Es necesario averiguar qué es eso —dijo Grimaud.

—Parece el grito de un hombre a quien asesinan —murmuró el posadero.

—¡Jesús! —exclamó su mujer.

Como saben nuestros lectores. Grimaud hablaba poco, pero hacía mucho. Lanzóse a la puerta y la empujó fuertemente, pero estaba cerrada por dentro con un cerrojo.

—Abrid —gritó el posadero—; abrid, padre; abrid al instante. Nadie contestó.

—Abrid o echo la puerta abajo —gritó Grimaud. El mismo silencio.

Dirigió Grimaud una mirada a su alrededor y vio una palanca que permanecía en un rincón: corrió a ella y en un momento forzó la puerta. La habitación estaba inundada de sangre que se filtraba a través del colchón. El herido no hablaba ya; estaba en el estertor de la agonía; el fraile había desaparecido.

—¡El fraile! —exclamó el posadero—. ¿Dónde está? Grimaud corrió a una ventana que daba a un patio y dijo:

—Habrá huido por aquí.

—¡Cómo! —exclamó aterrorizado el posadero—. Muchacho, mira si está la mula en la cuadra.

—No, señor —gritó desde abajo el mozo a quien se dirigía la pregunta.

Grimaud frunció el ceño; el posadero unió las manos y miró en torno suyo con desconfianza. En cuanto a su mujer, no se había atrevido a entrar en el dormitorio y permanecía en pie y aterrada, en el quicio de la puerta.

Grimaud acercóse al herido y examinó aquellas ásperas y marcadas facciones que tan terrible recuerdo despertaban en su memoria.

—No hay duda, él es —dijo después de un momento de observación.

—¿Vive? —preguntó el posadero.

Grimaud sin responderle desabrochó el jugón del moribundo, para observar los latidos de su corazón, en tanto que el posadero se acercaba a la cama; pero de repente los dos retrocedieron dando éste un grito de terror, y poniéndose extremadamente pálido el primero.

El desgraciado verdugo tenía clavado un puñal hasta el pomo en el lado izquierdo del pecho.

—Corred a buscar socorro —dijo Grimaud—, yo me quedaré con él. El posadero salió precipitadamente del aposento.

Su mujer, al oír su grito, se había marchado corriendo.

XXXV.— LA ABSOLUCIÓN

Diremos lo que había sucedido.

Hemos visto que el fraile se prestó casi a la fuerza a desempeñar su ministerio cerca del herido; si hubiera visto probabilidad de huir, quizá lo hubiese hecho; pero las amenazas del conde y de su amigo y el haber creído que los criados se quedaban en la posada, obligarónle a desempeñar impávido su papel de confesor, y entrando en el dormitorio se acercó a la cabecera de la cama.

Examinó el verdugo el rostro del que debía de prestarle los últimos auxilios con esa mirada peculiar a los que están cercanos a la muerte y no tienen tiempo que perder; hizo un movimiento de sorpresa y dijo:

—Sois muy joven, padre mío.

—Los que visten mi traje no tienen edad —contestó secamente el fraile.

—Habladme con más dulzura, padre; necesito un amigo en mis postreros momentos.

—¿Padecéis mucho? —preguntó el fraile.

—Sí; pero más del alma que del cuerpo.

—Salvemos vuestra alma —dijo el joven fraile—. ¿Sois efectivamente el verdugo de Béthune?

—No y sí —respondió vivamente el herido, temiendo sin duda que el nombre de verdugo le privase de los consuelos que necesitaba—; lo fui, pero ya no lo soy; hace quince años cedí mi empleo. Todavía figuro en las ejecuciones; pero no doy el golpe por mi mano... ¡Oh, no!

—¿Conque os produce horror vuestro estado?

El verdugo exhaló un profundo suspiro y contestó:

—Mientras herí en nombre de la ley y de la justicia pude dormir tranquilo al amparo de la justicia y de la ley; mas desde la noche en que serví de instrumento a una venganza particular y en que levanté con encono la cuchilla sobre una criatura de Dios, desde entonces...

Detúvose el verdugo sacudiendo la cabeza con desesperación:

—Hablad —dijo el fraile, que se había sentado al pie de la cama del herido, y que empezaba a interesarse por aquella relación que comenzaba de un modo tan raro.

—¡Ah! —exclamó el moribundo con todo el ímpetu de un dolor largo tiempo comprimido—. He procurado vencer este remordimiento con veinte años de buenas acciones; me he despojado de la ferocidad natural a los que derraman sangre; he expuesto mi vida en todas ocasiones para salvar la de los que corrían

peligro, y he conservado a la tierra existencias humanas en pago de la que quité. No es esto todo, he repartido entre los pobres los bienes adquiridos en el ejercicio de mi profesión; he asistido a las iglesias; la gente que huía de mí se ha acostumbrado a verme; pero todos me han perdonado y aun algunos me han amado; pero creo que Dios no me ha concedido su perdón, porque incesantemente me persigue el recuerdo de aquella ejecución, y todas las noches me parece ver levantarse ante mí el espectro de aquella mujer.

—¡Una mujer! ¿De modo que habéis asesinado a una mujer? —exclamó el fraile.

—¡Vos también! —interrumpió el verdugo—. Vos también os servís de esa palabra que resuena en mis oídos: ¡asesinado! ¿De modo que no la he ejecutado, sino asesinado? ¿Conque soy un asesino y no un ejecutor de justicia?

Y cerró los dos ojos lanzando un gemido.

Temiendo sin duda el fraile que muriese sin decir más, repuso vivamente:

—Continuad, todo lo ignoro; cuando acabéis vuestra relación, Dios y yo juzgaremos.

—¡Ay, padre! —prosiguió el verdugo sin abrir los ojos, como temiendo que se le presentase alguna horrible aparición—. Sobre todo, cuando es de noche y atravieso algún río, siento que se aumenta ese terror que no puedo ahogar; me parece que mi mano está más pesada, como si aún tuviese en ella la cuchilla; que el agua se pone de color de sangre, y que todos los gritos de la naturaleza, el susurro de las hojas, el murmullo del viento y el chasquido de las olas se reúnen para formar una voz plañidera, desesperada, terrible, que me grita: « ¡Paso a la justicia divina! »

—Delira —murmuró el fraile.

El verdugo abrió los ojos, hizo un movimiento para volverse hacia el joven, y le cogió un brazo.

—¡Que deliro! —exclamó—. ¿Que deliro, afirmáis? ¡Oh, no! Porque era de noche; porque arrojé su cuerpo al río; porque las palabras que me repiten mis remordimientos son las mismas que yo pronuncié en mi orgullo, creyendo que después de ser instrumento de la justicia humana, había llegado a serlo de la justicia divina.

—Pero decid cómo ocurrió todo eso; hablad —dijo el fraile.

—Cierta noche fue a buscarme un hombre y me intimó una orden. Le seguí adonde me esperaban otros cuatro caballeros. Me dejé llevar enmascarado, reservándome el hacer resistencia si me parecía injusto lo que de mí reclamasen. Anduvimos cinco o seis leguas, sombríos y silenciosos, casi sin decir una palabra; y por fin, me enseñaron por la ventana de una cabaña a una mujer apoyada de codos sobre una mesa, y me dijeron: «Esta es la que tienes que ejecutar».

—¡Qué horror! —dijo el fraile—. ¿Y obedecisteis?

—Padre, aquella mujer era un monstruo; decíase que había envenenado a su segundo marido, y tratado de asesinar a su cuñado, que era uno de aquellos caballeros; acababa de envenenar a una rival suya, y había hecho dar de puñaladas, antes de salir de Inglaterra, al favorito del rey.

—¿Buckingham? —preguntó el fraile.

—Sí, a Buckingham, precisamente.

—¿Era inglesa?

—Francesa, pero se había casado en Inglaterra.

Estremecióse el fraile, se enjugó la frente y fue a correr el cerrojo de la puerta. Creyó el verdugo que le abandonaba, y se dejó caer gimiendo sobre la almohada.

—No, no, aquí estoy —dijo el fraile volando rápidamente a su lado—. Continuad: ¿quiénes eran esos hombres?

—Uno era extranjero, parecía inglés. Los otros cuatro eran franceses y vestían el uniforme de mosqueteros.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó el fraile.

—Lo ignoro. Recuerdo sólo que daban al inglés el título de milord.

—¿Y era hermosa aquella mujer?

—¡Joven y hermosa! ¡Oh sí! Muy hermosa. Aún la estoy viendo llorar de rodillas a mis pies y con la cabeza echada atrás. Nunca he podido comprender cómo tuve valor para descargar el golpe en aquella cabeza tan linda y tan pálida.

El fraile parecía estar agitado por una extraña emoción. Todos sus miembros temblaban; se conocía que quería hacer una pregunta y que no se atrevía.

Haciendo, por fin, un violento esfuerzo, dijo:

—¿Cuál era el nombre de esa mujer?

—No lo sé. Como os digo, parece que se había casado dos veces, una en Francia y otra en Inglaterra.

—¿Y decís que era joven?

—Veinticinco años.

—¿Bella?

—Encantadora.

—¿Rubia?

—Sí.

—¿Cabellos muy largos, no es verdad?... Que le caían por los hombros.

—Sí.

—¿Ojos de admirable expresión?

—Cuando quería. ¡Oh, sí! Es cierto.

—¿Voz de admirable dulzura?

—¿Cómo sabéis tanto?

El verdugo se recostó en la cama y fijó sus asustadas miradas en el fraile, el cual se puso lívido.

—¡Y la matasteis! —dijo éste—. ¡Servisteis de instrumento a esos cobardes que no se atrevían a asesinarla por su mano! ¡No tuvisteis compasión de su juventud, de su belleza, de su debilidad!

—¡Ah! —respondió el verdugo—. Ya os he dicho, padre, que aquella mujer ocultaba bajo su aspecto angelical un espíritu diabólico, y cuando la vi, cuando recordé todo el daño que me había hecho...

—¿A vos, qué daño?

—Sedujo y perdió a mi hermano, que era presbítero; se escapó con él de su convento.

—¡Con tu hermano!

—Sí. Fue su primer amante; ella fue causa de su muerte. ¡Oh, padre, padre! No me miréis de ese modo. ¿Conque soy tan culpable? ¿No me perdonaréis?

El fraile compuso la expresión de su rostro.

—Sí tal, sí tal —le dijo— os perdonaré si me lo decís todo.

—Sí —exclamó el verdugo—: ¡todo, todo!

—Entonces, responded. Si sedujo a vuestro hermano...

—Le sedujo.

—Si causó su muerte como dais a entender...

—Sin duda.

—Entonces debéis saber su nombre de soltera.

—¡Dios santo! —dijo el verdugo—. Me parece que voy a morir. ¡La absolución, padre, la absolución!

—¡Dime su nombre!

—Se llamaba... ¡Dios santo, tened piedad de mí! —murmuró el verdugo, dejándose caer sobre el lecho pálido y convulso.

—¡Su nombre! —repitió el religioso inclinándose sobre él como para arrancárselo si no se lo decía—. ¡Su nombre!... Habla... o no te doy la absolución.

El moribundo reunió todas sus fuerzas. Los ojos del fraile chispeaban.

—¡Ana de Breuil! —murmuró el herido.

—¡Ana de Breuil! —exclamó el fraile incorporándose y levantando las manos al cielo—. Ana de Breuil has dicho, ¿no es cierto?

—Sí, ese era su nombre. Absolvedme ahora, porque estoy expirando.

—¡Absolverte yo! —exclamó el joven con una sonrisa que hizo erizar los cabellos al moribundo—. ¿Yo absolverte? No soy sacerdote.

—¿Pues quién sois? —preguntó el verdugo.

—¡Voy a decírtelo, miserable!

—Santo Dios.

—Soy John Francis de Winter.

—No os conozco.

—Espera, espera, ya me conocerás. Soy John Francis de Winter, y esa mujer...

—Acabad.

—Era mi madre.

El verdugo exhaló el primer grito: aquel terrible grito que se oyó afuera.

—¡Oh! Perdonadme, perdonadme —exclamó—, si no en nombre de Dios, en el vuestro; si no como sacerdote, como hijo.

—¡Perdonarte! —exclamó el fingido religioso—, ¡perdonarte! Acaso Dios lo haga, pero yo jamás.

—Por piedad —dijo el verdugo tendiendo hacia él los brazos.

—No la hay para quien no la ha tenido; muere impenitente, muere desesperado, muere y condénate.

Y sacando un puñal y clavándoselo en el pecho, agregó:

—¡Tomad! Ahí está mi absolución.

Entonces se oyó el segundo grito, más débil que el primero y seguido de un prolongado gemido.

El verdugo, que se había incorporado un poco, cayó sin fuerzas sobre la almohada. En cuanto al fraile, se precipitó a la ventana sin sacar el puñal de la herida, la abrió, saltó al jardín, entró en la cuadra, cogió su mula, salió por una puerta trasera, corrió al bosque inmediato, tiró sus hábitos, sacó de su maleta un traje completo de caballero, vistióse, fue a pie hasta la primera casa de postas, tomó un caballo y partió a galope en dirección a París.

XXXVI.—— EN EL QUE POR FIN HABLA GRIMAUD

Quedóse Grimaud sólo con el verdugo mientras iba el posadero a buscar socorro: su mujer estaba rezando.

Al cabo de algunos segundos abrió el herido los ojos.

—¡Socorro! —murmuró—, ¡socorro! ¡Oh! ¡Dios santo! ¿No encontraré un amigo en el mundo que me ayude a vivir o a morir?

Y al llevar una mano al pecho tocó la empuñadura del puñal.

—¡Ah! —exclamó recobrando la memoria y dejando caer con inercia el brazo.

—Tened valor —dijo Grimaud—, han ido a buscar auxilio.

—¿Quién sois? —preguntó el herido fijando en Grimaud sus ojos, desmesuradamente abiertos.

—Un conocido antiguo —respondió Grimaud.

—¿Vos?

El herido examinó con atención las facciones del que así le hablaba.

—¿En qué ocasión nos conocimos? —preguntó.

—Hace veinte años. Era de noche. Mi amo os llevó de Béthune a Armentieres.

—Ahora os reconozco; erais uno de los cuatro lacayos.

—Sí.

—¿De dónde venís?

—Pasaba por el camino, me detuve en esta posada para dar un poco de descanso a mi caballo, y me estaban diciendo que se encontraba aquí herido el verdugo de Béthune cuando oímos vuestros dos gritos. Acudimos al primero y al segundo echamos la puerta abajo.

—¿Y el religioso? —dijo el verdugo—. ¿Habéis visto al fraile?

—¿A cuál?

—Al que estaba conmigo.

—No, ya no se hallaba aquí; debe de haber huido por esa ventana. ¿Conque él es quien os ha herido?

—Él —dijo el verdugo.

Grimaud hizo un movimiento para salir.

—¿Adónde vais? —preguntó el verdugo.

—Es menester perseguirle.

—Guardaos de hacer tal cosa.

—¿Por qué?

—Se ha vengado, ha hecho bien. Merced a esta expiación, confío que Dios me perdone.

—Explicaos —dijo Grimaud.

—Esa mujer que me mandaron ejecutar vuestros amos y vos mismo...

—¿Milady?

—Sí, Milady; es verdad que la llamabais así.

—¿Qué relación existe entre Milady y el fraile?

—Era su madre.

Grimaud le miró vacilando y con ojos asombrados.

—¡Su madre! —repitió.

—Sí, su madre.

—¿Luego sabe ese secreto?

—Le tomé por un religioso y se lo revelé en confesión.

—¡Desgraciado! —exclamó Grimaud, cuyos cabellos se bañaron en sudor al pensar en las consecuencias que tal revelación podía producir—. ¡Desgraciado! Pero a lo menos no habréis designado a nadie por su nombre.

—No, porque todos los ignoraba, excepto el de la madre del falso religioso; pero sabe que su tío se contaba en el número de los jueces.

El verdugo dejóse caer sin fuerzas sobre la cama. Grimaud se acercó a socorrerle y llevó la mano a la empuñadura del puñal.

—No me toquéis —dijo el herido—; en cuanto me saquen este puñal soy muerto.

Grimaud se quedó con la mano en el aire, y dándose de repente una palmada en la frente, exclamó:

—Pero si ese hombre llega a saber quiénes son los otros, ¡está perdido mi amo!

—Daos prisa —dijo el verdugo—, avisadle, si es que todavía vive, avisad a sus amigos; creedme. Mi muerte no será el único desenlace de esta horrible aventura.

—¿A dónde iba? —preguntó Grimaud.

—Hacia París.

—¿Quién le detuvo?

—Dos jóvenes que iban al ejército; uno de ellos se llamaba, según oí a su compañero, el vizconde de Bragelonne.

—¿Y ese joven fue quien trajo al religioso?

—Sí.

Grimaud levantó los ojos al cielo y dijo:

—¡Era voluntad de Dios!

—Sin duda —respondió el herido.

—¡Qué horror! —murmuró Grimaud—. Y sin embargo, aquella mujer merecía la muerte, ¿no os parece así?

—En el momento de morir, los crímenes ajenos parecen insignificantes en comparación de los propios.

Y dicho esto, el verdugo se volvió a dejar caer.

Vacilaba Grimaud entre la compasión, que le movía a no abandonar aquel hombre sin socorrerle, y el temor que le incitaba a ponerse al instante en marcha para llevar aquella noticia al conde de la Fère, cuando oyó ruido en el corredor y vio al posadero entrar en compañía de un cirujano, que había logrado encontrar.

Seguíanles varias personas atraídas por la curiosidad, pues ya empezaba a divulgarse aquel extraño suceso. Acercóse el médico al verdugo, que parecía estar desmayado.

—Es necesario ante todo sacar el puñal —dijo moviendo la cabeza de un modo muy expresivo.

Recordó Grimaud el presentimiento que poco antes había tenido el herido y apartó la vista.

El cirujano desabrochó el jubón, hizo pedazos la camisa y dejó descubierto el pecho.

El acero, como hemos dicho, estaba clavado hasta la empuñadura. Cogióle el cirujano por la extremidad, y mientras lo iba sacando, abría el herido los ojos con

horrible fijeza. Luego que salió enteramente el puñal, cubriéronse los labios del verdugo de una espuma rojiza, y al tiempo de respirar, arrojó un borbotón de sangre por la herida. El moribundo fijó los ojos en Grimaud con singular expresión, dio un gemido sordo y expiró.

Entonces Grimaud recogió el acero bañado en sangre que estaba en el suelo, horrorizando a los circunstantes, hizo seña al posadero de que le siguiese, pagó los gastos con una generosidad propia de su amo y montó a caballo.

La primera idea de Grimaud fue volver directamente a París, pero pensó en la inquietud que su tardanza produciría a Raúl, y recordando que éste no podía estar a más de dos leguas de distancia, y que en poco tiempo podía alcanzarle, marchó al galope y no tardó mucho en apearse en la posada del *Macho Colorado,* única que había en Mazingarde.

A las primeras palabras que le dijo el patrón, convencióse de que había dado con el que buscaba.

Hallábase Raúl a la mesa con el conde de Guiche y su ayo, pero la sombría aventura de aquella mañana, había infundido a los jóvenes una tristeza que en vano trataba de disipar el señor de Armenges, más filósofo que ellos, por la mayor costumbre que tenía de presenciar cosas tristes.

Abrióse de pronto la puerta y se presentó Grimaud, pálido, lleno de polvo, y manchado todavía con la sangre del infeliz herido.

—¡Grimaud!, ¡buen Grimaud! —exclamó Raúl—. Por fin llegaste. Perdonadme, señores, no es un criado, es más, un amigo.

Y levantándose y corriendo hacia él, continuó:

—¿Cómo continúa el señor conde? ¿Siente mi ausencia? ¿Le has visto desde que nos separamos? Responde; yo por mi parte tengo muchas cosas que decirte. En tres días nos han sucedido muchas aventuras. Pero ¿qué te pasa? ¡Qué pálido estás! ¡Sangre! ¿De qué es esa sangre?

—En efecto —dijo el conde levantándose—, ¿estás herido, amigo?

—No, señor —contestó Grimaud—; esta sangre no es mía.

—¿Pues de quién? —preguntó Raúl.

—Del infeliz que dejasteis en la posada y que ha muerto en mis brazos.

—¿En tus brazos? ¿Mas sabes quién era?

—Sí —dijo Grimaud.

—Era el verdugo de Béthune.

—Ya lo sé.

—¿Le conocías?

—Sí.

—¿Y ha muerto?

—Sí.

Los jóvenes se miraron.

—Qué queréis, caballeros —dijo Armenges—: el morir es una ley general de que no se libran ni los verdugos. Desde que vi su herida tuve pocas esperanzas, y ya sabéis que él mismo conocía su estado cuando pedía un sacerdote.

Grimaud púsose pálido al oír esta palabra.

—Vamos, señores, a la mesa —dijo Armenges.

—Bien, caballero —dijo Raúl—. Vamos, Grimaud, haz que te sirvan, pide, manda, y luego que descanses hablaremos.

—No, señor, no —dijo Grimaud—, no puedo detenerme ni un instante: me precisa volver a París.

—¡Volver a París! Estás equivocado. Olivain se va y tú te quedas.

—Al contrario, Olivain se queda y yo parto. He venido sólo a decíroslo.

—¿Pero qué causa hay para este cambio? —dijo Raúl.

—No puedo decirla.

—Explícate.

—No puedo.

—¿Te burlas?

—Bien sabe el señor vizconde que nunca hablo de burlas.

—Sí, pero también sé que el señor conde me ha dicho que te quedarías conmigo y que Olivain regresaría a París. Me atenderé a las órdenes del señor conde.

—No es esta ocasión.

—¿Serás capaz de desobedecerme?

—Sí, señor, es necesario.

—¿Conque insistes?

—Me marcho.

Grimaud saludó y se dirigió a la puerta. Raúl, enfurecido al par que inquieto, corrió tras él y le detuvo por un brazo, diciéndole:

—Grimaud, quédate; te lo mando.

—Es decir —respondió Grimaud—, que me mandáis que deje asesinar al señor conde...

Y haciendo otro saludo, se preparó a salir.

—Grimaud elijo el vizconde—, no te marches así, no me dejes en semejante inquietud. Habla, Grimaud, habla en nombre del cielo.

Y no pudiendo tenerse en pie, cayó en un sillón.

—Sólo una cosa puedo manifestaros, porque no es mío el secreto que deseáis saber. Habéis encontrado en el camino a un fraile, ¿no es verdad?

—Sí.

Nuestros jóvenes amigos miráronse uno al otro con terror.

—¿Y le habéis conducido al lado del herido?

—Sí.

—¿De modo que habréis tenido tiempo de examinarle?

—Sí.

—Y quizá le reconoceríais si le volvieseis a encontrar.

—¡ Oh, sí! ¡Lo juro! —exclamó Raúl.

—Y yo también —añadió el conde de Guiche.

—Pues bien, si le encontráis algún día, donde quiera que sea, en un camino, en la calle, en la iglesia, ponedle el pie encima y aplastadle sin compasión, sin misericordia, como haríais con una víbora, con una serpiente o con un áspid; aplastadle, y no os apartéis de él hasta que haya muerto; porque en tanto que él viva, estará en peligro la vida de cinco hombres.

Y sin decir una palabra más, se aprovechó Grimaud del asombro y del terror que dominaba en sus oyentes para lanzarse fuera del aposento.

—¿Qué tal, conde? —preguntó Raúl a su amigo—. ¿No os decía yo que ese hombre me causaba el efecto de un reptil?

Dos minutos después se oía en el camino el galope de un caballo; Raúl asomóse a la ventana.

Era Grimaud que regresaba a París. Saludó al vizconde agitando el sombrero, y pronto desapareció en un recodo del camino. Conforme iba andando, reflexionaba Grimaud en dos cosas. La primera, en que al paso que llevaba no resistiría su caballo diez leguas.

La segunda, que no disponía de dinero.

Pero la imaginación de Grimaud era tanto más fecunda, cuanto menos habladora era su boca.

En la primera parada vendió su caballo y con el dinero tomó la posta.

XXXVII.— LA VÍSPERA DE LA BATALLA

Distrajeron a Raúl en sus tristes reflexiones las voces del posadero que penetró precipitadamente en el aposento en que acababa de pisar la escena que dejamos referida, gritando:

—¡Los españoles, los españoles!

Era muy grave este grito para no desterrar todo pensamiento que no fuese el de defenderse. Tomaron los jóvenes algunos informes, y supieron que efectivamente el enemigo avanzaba por Houdain y Béthune.

En tanto que daba el señor de Armenges las necesarias órdenes para que se pusieran los caballos en disposición de partir, subieron los jóvenes a los balcones más altos de la casa que dominaba a las cercanías, y vieron efectivamente asomar por la parte de Mersin y de Lens un numeroso cuerpo de infantería y caballería, era todo un ejército.

No quedaba otro recurso que el de seguir las instrucciones del señor de Armenges y tocar retirada.

Nuestros jóvenes bajaron y hallaron a su mentor ya a caballo. Olivain tenía del diestro las cabalgaduras del conde y de Raúl, y los lacayos del primero vigilaban al prisionero español, montado en un jaco que para él se había comprado. Por no omitir ninguna precaución le habían atado las manos.

Salió al trote esta tropa por el camino de Cambrin, donde esperaban encontrar al príncipe, pero éste no se hallaba en aquel pueblo desde el día anterior y se había retirado a la Bassée, fiándose en la falsa noticia que recibiera de que el adversario se proponía pasar el Lys por Estaire.

Engañado en efecto por estos informes, había sacado el príncipe sus tropas de Béthune y concentrado todas sus fuerzas entre Vieille Chapele y la Venthie. Reconocida toda la línea con el mariscal de Grammont, acababa de ponerse a la mesa interrogando a los oficiales que a su lado estaban sentados, acerca de las noticias que les habían encargado adquirir, mas que ninguno sabía de positivo. Cuarenta y ocho horas hacía que había desaparecido el ejército enemigo como si se hubiera disipado en los aires.

Ahora bien, nunca está un ejército enemigo tan cerca, y por lo tanto nunca es tan amenazador, como cuando desaparece completamente. Hallábase, pues, el príncipe caviloso y mustio, contra su costumbre, cuando entró un oficial de ordenanza y dijo al mariscal Grammont que una persona deseaba hablarle.

Miró el duque de Grammont al príncipe, pidiéndole su venia, y salió del aposento.

Le siguió el príncipe con la vista y se quedó mirando fijamente a la puerta sin que se atreviese nadie a hablar por no interrumpirle. Resonó de pronto un ruido sordo, y el príncipe se levantó vivamente tendiendo la mano hacia la parte de donde salía. Aquel sonido le era muy familiar; era un cañonazo.

Todos levantáronse como él.

En aquel momento se abrió la puerta.

—Señor —dijo el mariscal de Grammont con rostro radiante—, ¿permite vuestra alteza que mi hijo el conde de Guiche y su companero de viaje el vizconde de Bragelonne, entren a daros noticias del enemigo que andamos buscando y que ellos han hallado?

—¡Cómo si lo permito! —dijo con viveza el príncipe—. No sólo lo permito sino que lo deseo. Que entren.

El mariscal introdujo a los dos jóvenes a presencia del príncipe.

—Hablad, señores —dijo éste saludándoles—, hablad primero, después nos diremos los cumplimientos de costumbre. Lo que más nos urge a todos es averiguar dónde está el enemigo y qué hace.

Correspondía naturalmente hablar al conde de Guiche, no sólo por ser el de más edad, sino también por presentarle su padre al príncipe. Era por otra parte conocido de Condé, a quien veía entonces Raúl por primera vez.

Refirió, pues, lo que había visto en la posada de Mazingarde.

Raúl miraba entretanto al joven general, tan célebre ya por las batallas de Rocroy, de Friburgo y de Northingen.

Luis de Borbón, príncipe de Condé, llamado por abreviatura, y conforme la costumbre de aquellos tiempos, el *señor príncipe,* desde la muerte de su padre Enrique de Borbón, era un joven de veintiséis a veintisiete años de edad, de mirada dé águila *agl occhi grifagny,* como dice el Dante, de nariz aguileña, de largos cabellos en rizos, de estatura mediana aunque bien conformado, y dotado de todas las cualidades de un gran guerrero, esto es, buen golpe de vista, resolución rápida y valor fabuloso. Esto no impedía, sin embargo, que fuera al mismo tiempo hombre elegante y de talento, tanto, que a más de la revolución que hizo en el arte de la guerra por sus observaciones, había promovido también otra revolución entre los jóvenes de la corte, cuyo jefe era, y que recibían el nombre de *petrimetres* en contraposición a los elegantes de la antigua corte, cuyos modelos fueron Bassompierre, Bellegarde y el duque de Angulema.

Todo lo vio el príncipe a las primeras palabras del conde de Guiche y reconoció la dirección en que se oían los cañonazos. El enemigo debía haber pasado el Lys en Sant Venant y marchar sobre Lens con intenciones de apoderarse de esta ciudad y de separar al ejército francés de Francia. Las detonaciones que de vez en cuando dominaban a las demás, provenían de las piezas de grueso calibre que respondían al cañón español y al lorenés.

¿Mas qué fuerza tenía aquella tropa? ¿Era un cuerpo destinado no más que a distraer la atención? ¿Era quizá todo el ejército?

A esta última pregunta no podía responder el conde de Guiche, y como era la más importante, era también la que el príncipe deseaba ver resuelta de un modo exacto, preciso y positivo.

Superando entonces Raúl la timidez harto natural que a su pesar habíase apoderado de su persona al verse en presencia del príncipe, y acercándose a éste, dijo:

—¿Me permite monseñor arriesgar sobre este asunto algunas palabras que tal vez den alguna luz?

Volvióse el príncipe y pasó una indagadora mirada. sobre el joven, sonriéndose al reconocer en él a un niño de quince años.

—Ciertamente que sí, caballero; podéis hablar —contestó endulzando su voz rápida y acentuada, cual si dirigiera la palabra a una mujer.

—Pudiera el señor interrogar al prisionero español —dijo Raúl ruborizándose.

—¿Habéis hecho algún prisionero? —exclamó el príncipe.

—Sí, señor.

—¡Oh! Es verdad —repuso Guiche—; lo había olvidado.

—Es muy natural, vos sois quien lo cogió, conde —dijo Raúl sonriéndose.

El mariscal miró al vizconde agradeciendo el elogio que de su hijo hacía; el príncipe dijo entretanto:

—Este joven tiene razón; que traigan al prisionero.

En aquel intermedio habló el señor de Condé aparte con Guiche interrogándole sobre el modo cómo habían hecho el prisionero, y preguntándole quién era su compañero de viaje.

—Caballero —dijo el príncipe volviéndose hacia Raúl—, no ignoro que traéis una carta de mi hermana, la señora de Longueville, pero veo que habéis preferido recomendaros vos mismo dándome un buen consejo.

—Señor —dijo Raúl sonrojándose—, no he querido interrumpir a V A. en una conversación tan importante. Pero aquí está la carta.

—Bien —respondió el príncipe—, mañana me la daréis. Aquí viene el prisionero, pensemos en lo más urgente.

El prisionero, que efectivamente llegó en aquel instante, era uno de esos condottieri que todavía en aquella época vendían su sangre al que quería comprarla, avezados desde su juventud al engaño y a la rapiña. No había pronunciado ni una sola palabra desde el momento de su captura, de suerte que todos ignoraban a qué nación pertenecía. El príncipe le miró con desconfianza.

—¿De qué nación eres? —le preguntó.

El prisionero contestó algunas palabras en idioma extranjero.

—¡Cáscaras! ¡Parece que es español! ¿Habláis español, Grammont?

—Casi nada, señor.

—Y yo nada, absolutamente —dijo el príncipe riendo—. Señores —añadió dirigiéndose a la comitiva—, ¿hay alguno que sepa español y quiera servirme de intérprete?

—Yo, señor —dijo Raúl.

—¡Ah! ¿Conque habláis español?

—Lo bastante, según creo, para servir a V A. en este momento.

Durante esta conversación el prisionero permanecía enteramente impasible, como si no comprendiera de qué se hablaba.

—Monseñor quiere saber de qué nación sois —dijo Raúl en correcto castellano.

—*Ich bincin Deutcher* —respondió el prisionero.

—¿Qué diantre dice? —preguntó el príncipe—. ¿Qué galimatías es ése?

—Dice que es alemán, señor —respondió Raúl—; pero lo dudo, porque tiene mal acento y pronunciación defectuosa.

—¿También habláis alemán? —preguntó el príncipe.

—Sí, señor.

—¿Lo bastante para interrogarle en ese idioma?

—Sí, señor.

—Pues hacedlo.

Comenzó Raúl su interrogatorio, pero los hechos confirmaron su parecer. El prisionero no entendía o aparentaba no entender lo que preguntaba el vizconde,

y Raúl, por su parte, comprendía mal sus respuestas, mezcladas de palabras flamencas y alsacianas.

Sin embargo, en medio de todos los esfuerzos del prisionero a fin de eludir un interrogatorio en regla, reconoció Raúl el acento natural de aquel hombre.

—*Non siete espagnuolo* —le dijo—; *non siete tedesco, siete italiano.* El prisionero hizo un movimiento involuntario y mordióse los labios.

—¡Ah! Eso lo entiendo perfectamente —dijo el príncipe—, y ya que es italiano voy a continuar el interrogatorio. Gracias, vizconde —prosiguió—, desde ahora sois mi intérprete particular.

Pero tan poco dispuesto estaba el prisionero a contestar en italiano como en los demás idiomas. Únicamente pretendía eludir las respuestas, y declaraba que no sabía ni el número de adversarios, ni los nombres de sus jefes, ni la causa de la marcha del ejército.

—Está bien —dijo el príncipe comprendiendo los motivos de aquella ignorancia—; ese hombre fue sorprendido robando y asesinando, con hablar hubiera podido salvar la vida, pero ya que no quiere, llevadlo y que lo pasen por las armas.

Se puso pálido el prisionero, y los soldados que le escoltaban le cogieron cada uno por un brazo y le condujeron hacia la puerta, mientras el príncipe se volvía hacia el mariscal de Grammont, como si ya hubiera olvidado su orden.

Al llegar al umbral de la puerta se detuvo el prisionero, pero los soldados, fieles a su consigna, quisieron obligarle a seguir adelante.

—Un momento —dijo el prisionero en francés—; estoy pronto a hablar.

—Hola —dijo el príncipe riéndose—, ya sabía yo que iríamos á parar a esto. Tengo un gran específico para devolver el habla a los mudos: no lo olvidéis, jóvenes, si alguna vez tenéis mando.

—Pero con condición —prosiguió el prisionero— de que me jure V A. perdonarme la vida.

—Por mi honor de caballero —dijo el príncipe.

—Interrogad, señor.

—¿Por dónde ha pasado el enemigo el Lys? Entre Saint-Venant y Aire.

—¿Quién lo dirige?

—El conde de Fuensaldaña, el general Beck y el archiduque en persona.

—¿Qué fuerza tiene?

—Dieciocho mil hombres y treinta y seis cañones.

—¿A dónde va?

—A Lens.

—¿Lo veis, señores? —dijo el príncipe mirando con aire de triunfo al mariscal de Grammont y a los demás oficiales.

—Sí, señor —dijo el mariscal—, habéis adivinado cuanto estaba al alcance de los hombres.

—Llamad a Le—Plesis, a Beliere, a Villequier, y a Erlac —dijo el príncipe—, llamad a todas las tropas de la parte de Lys y que estén prontas a marchar esta noche; mañana, según todas las probabilidades, atacaremos al enemigo.

—Pero, señor —dijo el mariscal de Grammont—, tened presente que aunque reunamos toda la gente disponible, apenas podremos juntar trece mil hombres.

—Señor mariscal —dijo el príncipe—; los pequeños ejércitos son los que ganan las grandes batallas.

Y volviéndose al prisionero, prosiguió:

—Que se lleven a este hombre y le pongan centinelas de vista: su vida está pendiente de las noticias que ha dado. Si son exactas quedará en libertad, y si son falsas será fusilado.

El prisionero fue conducido fuera de la habitación.

—Conde de Guiche —repuso el príncipe—, hace tiempo que no veíais a vuestro padre; quedaos con él. Vos —continuó dirigiéndose a Raúl—, seguidme si no estáis muy cansado.

—Hasta el fin del mundo, señor —exclamó Raúl animado de un singular entusiasmo por aquel joven general que le parecía tan digno de su fama.

Sonrióse el príncipe, pues si despreciaba a los aduladores, estimaba mucho a los entusiastas.

—Bien, caballero —le dijo—; acabamos de conocer que sois prudente en el consejo; mañana sabremos cómo os portáis en la batalla.

—¿Y yo qué debo hacer, señor? —dijo el mariscal.

—Quedaos para recibir las tropas; yo volveré a recogerlas y os enviaré un correo para que me las llevéis. Me bastan para escolta veinte guardias bien montados.

—Poco es —dijo el mariscal.

—Lo suficiente —respondió el príncipe—. ¿Es bueno vuestro caballo, Bragelonne?

—Me lo mataron esta mañana, monseñor, y monto provisionalmente el de mi lacayo.

—Elegid en mis caballerizas el que más os convenga. No tengáis escrúpulo. Tomad el que os parezca mejor. Tal vez lo necesitéis esta noche, y si no mañana, de seguro.

No esperó Raúl a que le repitiera la invitación, pues sabía que con los superiores y sobre todo con los príncipes, la cortesía por excelencia, consiste en obedecer sin tardanza y sin raciocinios. Bajó a la cuadra, eligió un caballo andaluz, lo ensilló y embridó él mismo, siguiendo el consejo de Athos de no confiar esta importante 'operación a manos ajenas en los momentos de peligro.

Luego marchó a reunirse con el príncipe, que estaba ya a caballo.

—Ahora —dijo a Raúl—, hacedme el favor de darme la carta que traéis.

Raúl entregósela. —Quedaos a mi lado.

El príncipe espoleó a su caballo, colgó las riendas del arzón de la silla, como solía hacerlo cuando quería tener las manos libres, abrió la carta de la señora de Longueville, y echó al trote por el camino de Lens, acompañado de Raúl y seguido de su pequeña escolta, mientras los correos que llevaban a las tropas la orden de volver, partían a escape en opuestas direcciones.

El príncipe leía y corría al mismo tiempo.

—Señor de Bragelonne —le dijo después de un momento—, aquí me hacen grandes elogios de vos; sólo tengo que deciros, que por lo poco que he visto y oído, sois superior a ellos.

Raúl saludó.

A cada paso que daba la comitiva con dirección a Lens se oía más cerca el estampido de los cañones. El príncipe miraba al sitio de donde venía el sonido con la fijeza de un ave de rapiña. Se hubiese dicho que tenía poder para salvar con la vista la muralla de árboles que se extendía ante él, limitando el horizonte.

De vez en cuando dilatábase la nariz del príncipe como si quisiera aspirar el olor de la pólvora, y su respiración era tan fuerte como la de su caballo.

Por fin oyeron tan cerca los cañonazos, que era evidente que el campo de batalla distaba todo lo más una legua. En efecto, desde una revuelta del camino divisó el príncipe la aldea de Aunay.

Gran confusión había entre los aldeanos; había corrido la voz de los atropellos que cometían los españoles, y era tal el terror que inspiraban éstos, que todas las mujeres habían huido, quedando sólo en el pueblo algunos hombres.

Todos acudieron a ver al príncipe, uno de ellos dijo reconocerle:

—¡Ah, señor! Al fin venís a librarnos de esos pícaros españoles y lorenenses.

—Sí —contestó el príncipe—, con tal que queráis servirme de guía.

—Con mil amores, señor: ¿adónde quiere V A. que le lleve?

—A algún sitio elevado, desde el cual se puedan dominar todos estos contornos.

—Conozco uno muy a propósito.

—¿Puedo fiar en ti? ¿Eres buen francés?

—Me he batido en Rocroy, señor.

—Toma por Rocroy —dijo el príncipe dándole una recompensa monetaria—. ¿Quieres caballo o prefieres ir a pie?

—A pie, señor, a pie. Siempre he servido en infantería; además que tengo que hacer pasar a V A. por caminos en que será preciso que V A. se apee también.

—Pues anda —contestó el príncipe—, y no perdamos el tiempo. Echó a andar el aldeano delante del príncipe, y a unos cien pasos del pueblo, entró en una vereda que se perdía en el fondo de un bonito valle. Caminaron media legua, cubiertos por los árboles y oyendo tan cerca los cañonazos, que a cada detonación esperaban los viajeros escuchar el silbido de las balas. Llegaron al fin a un estrecho sendero que se apartaba del que seguían, subiendo por la pendiente de la montaña. El aldeano entró en él, e invitó al príncipe a imitarle. Apeóse éste,

ordenó a su edecán y a Raúl que hiciesen lo propio, y a los demás que le esperasen allí dispuestos a todo evento, y empezó a subir penosamente por la montaña.

Diez minutos después llegaron a las ruinas de un castillo construido en la cima de una colina desde la cual se dominaban todas las cercanías. A un cuarto de legua corto se descubría la población de Lens, y al pie de ella todo el ejército enemigo.

De una sola mirada dominó el príncipe el territorio que se extendía a su vista desde Lens hasta Vismy, y en un momento formó en su cabeza el plan de la batalla que al siguiente día debía salvar de nuevo a Francia de una invasión. Sacó un lápiz, rasgó una hoja de su cartera, y escribió lo siguiente:

«Querido mariscal: Dentro de una hora habrá caído Lens en poder del adversario. Venid con todo el ejército; yo me hallaré en Vendín, para colocarle en las posiciones necesarias. Mañana tomaremos Lens y batiremos al enemigo.»

Y volviéndose a Raúl:

—Id —le dijo—, marchad a escape y entregad esta carta al mariscal de Grammont.

Inclinóse Raúl, tomó el papel, bajó rápidamente la montaña, se lanzó sobre su caballo y marchó al galope.

Un cuarto de hora después estaba con el mariscal.

Habían ya llegado parte de las tropas y se esperaba el resto de un instante a otro. Púsose el mariscal de Grammont a la cabeza de toda la caballería e infantería que había disponible, y tomó el camino de Vendín, dejando al duque de Chatillón encargado de recibir y conducir el resto a su destino.

Toda la artillería permanecía en disposición de partir en el instante, y se puso en marcha.

Eran las siete de la tarde cuando llegó el mariscal al punto de la cita, donde ya le esperaba el príncipe. Lens había caído, en efecto, en poder del enemigo poco después de salir Raúl a evacuar su comisión. El cese de los cañonazos anunció esta novedad a los franceses.

Aguardóse a la noche, y a medida que avanzaron las tinieblas, fueron llegando sucesivamente las tropas pedidas por el príncipe, el cual tenía dado orden de que en ningún cuerpo se tocasen tambores ni cornetas.

A las nueve era ya de noche, aunque aún lucía en la llanura la última luz del crepúsculo. Colocóse el príncipe a la cabeza de la columna y emprendió su marcha.

Desde Aunay vio el ejército a Lens; dos o tres casas eran presa de las llamas, los soldados oían el rumor de la agonía de una población tomada por asalto.

El príncipe señaló a cada uno su puesto respectivo; el mariscal de Grammont mandaba el ala izquierda y debía apoyarse en Mericourt; las tropas del duque de Chatillón formaban el centro, y el príncipe, a la cabeza del ala derecha, proponíase situarse delante de Aunay.

El orden de batalla del día siguiente debía ser el mismo de las posiciones tomadas aquella noche. El ejército al despertar hallaríase en el propio terreno en que había de ejecutar sus maniobras.

Este movimiento se ejecutó en medio del más profundo silencio y con la mayor precisión. A las diez todos ocupaban sus puestos. A las diez y media recorría el príncipe el campamento, y daba la orden del día próximo.

Tres cosas se encargaban, especialmente en ella a los jefes, los cuales debían hacer que los soldados las cumpliesen escrupulosamente. Primera: que se observasen los diferentes cuerpos con el mayor cuidado, para que la caballería e infantería estuviesen en la misma línea y se conservasen las distancias.

Segunda: que la carga se diera al paso.

Tercera: que se permitiera al enemigo tirar primero.

El príncipe entregó al conde de Guiche a su padre, y se quedó con Bragelonne; pero los jóvenes pidieron y lograron permiso para pasar juntos aquella noche.

Cerca de la tienda del mariscal se armó otra para ellos. Aunque después de día tan azaroso debían de estar fatigados, ni uno ni otro tenían deseos de dormir.

Es por otra parte la víspera de una batalla una cosa grave e imponente aún para los veteranos, y con mayor razón lo era para dos jóvenes que iban a ver por primera vez aquel terrible espectáculo.

El día que precede a una batalla piensa uno en mil cosas que tenía olvidadas y que entonces agolpábanse a la imaginación. El día que precede a una batalla se hacen amigos los indiferentes y los amigos hermanos.

No es menester decir que si existe en el fondo del corazón algún sentimiento más tierno, ese sentimiento llega naturalmente al último grado de exaltación de que es susceptible.

Forzoso es creer que los dos jóvenes abrigaban un sentimiento de esta especie, porque después de un instante se sentó cada cual a un lado de la tienda y se puso a escribir sobre las rodillas.

Largas fueron las cartas, y las cuatro caras se cubrieron sucesivamente de renglones estrechos y compactos. De vez en cuando mirábanse sonriéndose y se comprendían sin pronunciar una palabra, porque su organización era simpática y estaban formados para entenderse mutuamente a la primera mirada.

Concluidas las cartas, puso cada cual dos sobres a la suya, de modo que nadie pudiese leer el nombre de la persona a quien iba dirigida sin romper el primero, y en seguida se acercaron uno a otro enseñándose recíprocamente su carta y sonriéndose.

—Si me sucede alguna desgracia... —dijo Bragelonne.

—Si me matan... dijo Guiche.

—No tengáis cuidado —dijeron los dos a un tiempo.

Abrazáronse después como hermanos, se embozaron en sus capas, y se durmieron con el tranquilo sueño infantil de las aves, los niños y las flores.

XXXVIII.— UNA COMIDA DE ANTAÑO

No hubo en la segunda entrevista de los ex mosqueteros la solemnidad y zozobra de la primera. Con su constante superioridad de raciocinio había calculado Athos que una mesa debía ser el centro más pronto y completo de reunión, y en tanto que sus amigos, temiendo su sobriedad y respetando su posición, no se atrevían a hablarle de aquellas comilonas de antaño celebradas ya en la *Manzana del Pino,* ya en el Parpaillot, se anticipó él a proponerles una cita en derredor de una buena mesa, en la cual pudiese cada cual abandonarse sin restricción a su carácter y a sus hábitos, abandono que había conservado la gran armonía a que debieran en otro tiempo el nombre de inseparables.

La proposición agradó a todos, y especialmente a Artagnan, el cual deseaba ver reproducirse la alegría y el buen sabor de las conversaciones de su juventud, pues hacía mucho tiempo que su agudo y festivo ingenio no tenía terreno en que ejercitarse y sólo tenía un pasto vil, como él mismo decía. Porthos aceptaba con placer aquella ocasión de estudiar en Athos y Aramis el tono y los modales de la alta sociedad, para utilizarse de sus observaciones cuando fuese nombrado barón. Aramis deseaba adquirir noticias del Palacio Real por medio de Artagnan y Porthos, y conservar la amistad de personas que con tanto valor y prontitud desenvainaban antiguamente la espada para defenderle en sus luchas.

Athos era el único que nada esperaba recibir de los demás y que obedecía sólo a un impulso de sencilla grandeza y de pura amistad. Convinieron en darse las señas positivas del sitio en que pudieran ser hallados, y en que se celebrase la reunión, siempre que cualquier asociado lo necesitara, en casa de un célebre fondista de la calle de Monnaie, cuyo establecimiento era conocido con el nombre de la Er*mita.* Señalóse para la primera reunión el miércoles siguiente a las ocho de la noche.

A la hora convenida llegaron puntualmente los cuatro amigos al sitio de la cita, cada uno por su lado. Porthos habia ido a probar un caballo, Artagnan volvía del Louvre, Aramis había tenido que visitar a una de sus penitentes del barrio, y Athos, que tenía su domicilio en la calle de Guenegaud, estaba a dos pasos de la fonda. Quedáronse, pues, sorprendidos de hallarse a la puerta de la Ermita, desembocando Athos por el Puente Nuevo, Portos por la calle de Roule, Artagnan por la de Fossés-Saint-Germain-l'Auxerrois, y Aramis por la de Bethisy.

Las primeras palabras que se cruzaron los cuatro amigos fueron algo forzadas, justamente por la afectación que emplearon en sus demostraciones de amistad y la misma comida empezó con alguna etiqueta. Veíase que Artagnan hacía esfuerzos para reírse, Athos para beber, Aramis para contar y Porthos para callarse, hasta que observando el conde de la Fère la violencia que todos se hacían, dispuso para acabarla que trajesen los mozos cuatro botellas de vino de Champagne.

Al oír esta orden dada con la habitual calma de Athos, desarrugóse el semblante del gascón y se animó el de Porthos.

Aramis se admiró, porque sabía que no sólo no bebía Athos, sino que el vino le inspiraba cierta repugnancia.

Creció de punto su extrañeza cuando vio al conde llenar un vaso y bebérselo con su antiguo entusiasmo. Artagnan le imitó; Porthos y Aramis trincaron, y en

pocos instantes desaparecieron las cuatro botellas. Parecía que los comensales deseaban olvidar a toda costa sus dobles pensamientos.

Tan excelente específico disipó en un instante hasta la menor sombra que podía quedar en el fondo de sus almas. Los cuatro amigos se pusieron a hablar en voz alta sin esperar a que acabase uno para empezar otro y tomaron su postura favorita en la mesa. ¡Cosa rara! Aramis se desabrochó dos herretes de la ropilla. Al ver esto Porthos, desató todos los suyos.

Hicieron los primeros gastos de la conversación las batallas, las caminatas y los golpes dados y recibidos. Pasóse después a las sordas luchas sostenidas contra el que entonces merecía de su boca el nombre de gran cardenal.

—¡Diantre! —dijo Aramis riéndose—. Basta de elogios a los muertos, maldigamos un poco de los vivos. Quisiera murmurar algo de Mazarino. ¿Se me concede?

—¡Siempre! —dijo Artagnan soltando la carcajada—. ¡Siempre! ¡Decid lo que gustéis y contad con mis aplausos si es bueno!

—Un gran príncipe —dijo Aramis—, cuya alianza solicita Mazarino, fue invitado por éste a que le remitiese una lista de las condiciones mediante las cuales le haría el honor de transigir con él. El príncipe, que sentía cierta repugnancia en entrar en tratos con semejante bribón, hizo la lista y se la envió. En ella había tres condiciones que no gustaban mucho a Mazarino y éste propuso al príncipe que renunciase a ellas por diez mil escudos.

—¡Ja, ja, ja! —interrumpieron los tres amigos—. Barato era, no tendría miedo de que le cogiera la palabra. ¿Y qué hizo el príncipe?

—El príncipe envió inmediatamente cincuenta mil libras a Mazarino, suplicándole que no le volviese a escribir, y ofreciéndole veinte mil libras más si se obligaba a no dirigirle la palabra en su vida.

—¿Qué hizo Mazarino?

—¿Se incomodó? —preguntó Athos.

—¿Mandó apalear al mensajero? —preguntó Porthos.

—¿Aceptó la suma?

—Lo habéis acertado, Artagnan —dijo Aramis.

Todos rompieron a reír tan fuertemente, que el posadero subió a preguntar si necesitaban algo. Creyó que estaban batiéndose.

Al fin cesaron las carcajadas.

—¿Se puede dar una carga al señor de Beaufort? —preguntó Artagnan—. Lo haré con mucho gusto.

—Hablad —dijo Aramis que conocía a fondo al agudo gascón que no retrocedía ni un paso en ningún terreno.

—¿Y vos qué decís, Athos? —preguntó Artagnan.

—Que si el lance es gracioso nos reiremos —contestó Athos.

—Empiezo —dijo Artagnan—: hablando un día el señor de Beaufort con un amigo del príncipe de Cóndé, le dijo que cuando ocurrieron las primeras des-

avenencias entre Mazarino y el Parlamento, tuvo cierto día una cuestión con el señor de Chavigny y que viéndole al servicio del nuevo cardenal, cuando tan adicto había sido al antiguo, le zurró de lo lindo. Este amigo no ignoraba que el señor de Beaufort tenía las manos muy ligeras, y sin extrañar el lance, corrió a contárselo al príncipe. Divulgóse el asunto: Chavigny cayó en gran descrédito e intentó averiguar la causa. Muchos vacilaron en decírsela, pero al fin uno se atrevió a manifestarle que a todos había sorprendido el saber que se hubiese dejado zurrar por el señor de Beaufort, por más que fuera de sangre real.

«—¿Y quién ha dicho que el príncipe me ha puesto la mano? —preguntó Chavigny.

»—Él mismo —respondió su amigo.

»A fuerza de indagaciones diose con la persona que había divulgado la noticia, y aseguró por su honor que el príncipe se lo había dicho.

»Desesperado Chavigny con tal calumnia, que no comprendía, declaró a sus amigos que prefería morir a tolerar tal injuria. En consecuencia envió dos testigos al príncipe con encargo de preguntarle si era verdad que había dicho lo que se le atribuía.

»—Lo he dicho y lo repito —contestó el príncipe—, porque es la verdad.

»—Señor —dijo entonces uno de los padrinos de Chavigny—, permítame V A. que le diga que los golpes que se dan a un caballero degradan tanto al que los da como al que los recibe. El rey Luis XIII no quería ayudas de cámara ilustres, por tener el derecho de castigarles.

»—Poco a poco — dijo el señor de Beaufort con gran asombro—; ¿quién ha recibido golpes? ¿Quién habla de darlos?

»—Vos, señor, que suponéis haber pegado...

»—¿A quién?

»—Al señor de Chavigny.

»—¿Yo?

»—¿No habéis *zurrado* a Chavigny como decís?

»—Sí.

»—Pero él lo niega.

»—Buena es ésa; tan cierto es que le *zurré,* que voy a repetir mis propias palabras —dijo el duque de Beaufort con majestad—; "Apreciable Chavigny, sois digno de vituperio por auxiliar a un pícaro como Mazarino."

»—¡Ah, señor! —exclamó el segundo—. Ya entiendo, quisisteis decir *aburrir.*

»—¿Qué más da *zurrar* que *aburrir?* Todo es lo mismo. Vaya que nuestros gramáticos son pedantes como ellos solos.»

Gran risa produjo este error filológico del señor de Beaufort, cu*yos quid pro quos* iban haciéndose proverbiales; quedó decidido que estando desterrado para siempre el espíritu de partido de aquellas amistosas reuniones, Artagnan y Porthos podrían burlarse de los príncipes, y Athos y Aramis *zurrar* a Mazarino.

—Por mi honor que tenéis razón en quererle mal —dijo Artagnan a sus dos amigos—, porque él no os tiene tampoco gran cariño.

—¡Bah! ¿De veras? —dijo Athos—. Si supiese que ese bribón me conocía por mi nombre, sería capaz de *desbautizarme* para que no creyesen que le conocía yo.

—No os conoce por vuestro nombre; pero sí por vuestros hechos:

sabe que a la fuga del señor Beaufort contribuyeron muy eficazmente dos caballeros a quienes anda buscando con la mayor actividad.

—¿Y a quién ha dado la comisión?

—A mí.

—¿A vos?

—Sí, esta misma mañana me mandó llamar para conocer si había descubierto algo.

—¿Acerca de ellos?

—Sí.

—¿Y qué le contestasteis?

—Que aún no, pero que iba a comer con dos personas que acaso me darían informes.

—¿Eso dijisteis? —preguntó Porthos animando su ancho rostro con una risa franca y estrepitosa—. ¡Bravo! ¿No sentís miedo, Athos?

—No: no temo la persecución de Mazarino.

—¿Vos? —dijo Aramis—. Primero es saber si teméis algo.

—Cierto es que nada, al menos por la presente.

—¿Y por lo pasado? —dijo Porthos.

—Eso es otra cosa —dijo Athos con un suspiro—, por lo pasado y también por lo futuro.

—¿Teméis que le pase algo a Raúl? —preguntó Aramis.

—¡Bah! —dijo Artagnan—. Nadie muere en la primera acción.

—Ni en la segunda —agregó Aramis.

—Ni en la tercera —dijo Porthos—. Y cuando le matan a uno, resucita; aquí estamos nosotros para probarlo.

—No —dijo Athos—, tampoco es Raúl el que me produce inquietud, porque espero que se porte como un caballero, y si muere... morirá con valor. Pero si tal desgracia le sucediera...

Athos pasó la mano por su frente.

—¿Qué? —preguntó Aramis.

—La aceptaría como una expiación.

—Ya, ya —dijo Artagnan—, entiendo lo que queréis decir.

—Yo también —dijo Aramis—, pero no hay que pensar en eso, Athos; lo pasado, pasado.

—No entiendo —dijo Porthos.

—Lo de Armentieres —le dijo Artagnan.

—¿Lo de Armentieres?

—Milady...

—¡Ah! Sí —dijo Porthos—; verdad es, ya se me había olvidado. Athos dirigióle una penetrante mirada, y preguntó:

—¿Con que lo habéis olvidado, Porthos?

—¡Cuánto tiempo hace! —contestó éste.

—¿Y no pesa aquel acto sobre vuestra conciencia?

—No —dijo Porthos.

—¿Y vos, Aramis?

—Yo pienso en ello de vez en cuando, como en uno de los casos de conciencia que más se prestan a la discusión.

—¿Y vos, Artagnan?

—Yo conozco que cuando fijo mis pensamientos en aquella época, sólo me acuerdo del yerto cuerpo de la pobre señora Bonacieux. Sí, sí —murmuró—, muchas veces he llorado a la víctima, pero jamás me ha causado remordimientos la que la asesinó.

Athos movió la cabeza con aire de duda.

—Haceos cargo —le dijo Aramis—, de que si admitís la justicia divina y su participación en las cosas de este mundo, aquella mujer fue castigada por voluntad de Dios, y nosotros fuimos sólo sus instrumentos.

—Pero ¿y el libre albedrío, Aramis?

—¿Qué hace un juez? También tiene libre albedrío y condena sin compasión. ¿Qué hace un verdugo? Es dueño de su brazo y hiere sin remordimiento.

—¡Un verdugo!... —murmuró Athos.

—Sé que es cosa horrible —dijo Artagnan—, pero cuando pienso en que hemos matado a tantos ingleses, rocheleses, españoles, y hasta franceses, sin que nos hubieran hecho más daño que apuntarnos y no acertarnos; sin más culpa que cruzar su acero con el nuestro y no dar un quite a tiempo, me perdono por mi parte la muerte de aquella mujer.

—Ahora que me lo habéis recordado, Athos, estoy viendo la escena como si me hallara en ella; Milady estaba ahí, donde vos (Athos púsose pálido), y yo donde está Artagnan. Llevaba yo una espada que cortaba un pelo en el aire; ya os acordaréis, Aramis, porque siempre la llamabais Balizarda; pues, bien, a los tres os aseguro que si no hubiera estado allí el verdugo de Béthune... ¿de Béthune?... sí, de Béthune... hubiera yo mismo cortado la cabeza a aquella infame de un solo tajo, o de dos en caso necesario. Era una mujer excesivamente malvada.

—Además —dijo Aramis con el tono de indolente filosofía que adquiriera desde su entrada en la iglesia, y en el cual había más ateísmo que esperanza en Dios—, ¿de qué sirve pensar en eso? Lo que hicimos, hecho está. En la hora crítica nos confesaremos de esa acción y Dios sabrá mejor que nosotros si es un crimen, un error, o una acción laudable. Me diréis que si me arrepiento. ¡No a fe! Juro por mi honor y una cruz, que sólo me arrepiento porque era mujer.

—Lo bueno que hay dijo Artagnan—, es que de todo lo pasado no queda el menor vestigio.

—Tenía un hijo —contestó Athos.

—Es verdad —dijo Artagnan—, ya me habéis hablado de él. Pero ¿quién sabe adónde habrá ido a parar? Muerta la serpiente, muertos sus hijos. ¿Creéis que su tío Winter le haya criado? Habrá condenado al hijo como condenó a la madre.

—Entonces, desdichado de él, porque el niño nada había hecho.

—El chico se habrá muerto ¡voto al diablo! —dijo Porthos—. Hay tanta niebla en ese maldito país, como dice Artagnan...

Quizás iba esta conclusión de Porthos a hacer renacer la alegría en las fréntes más o menos sombrías de los comensales, cuando oyóse ruido de pasos en la escalera, y poco después un golpe en la puerta. —Adelante —dijo Athos.

—Caballeros —dijo el posadero—: ahí fuera está un nombre que pide con mucha urgencia hablar a uno de los presentes.

—¿A quién? —preguntaron los cuatro amigos al mismo tiempo.

—Al conde de la Fère.

—¡A mí! —exclamó Athos—. ¿Cómo se llama ese hombre?

—Grimaud.

—¡Ah! —exclamó Athos poniéndose pálido—. ¿Ya está de vuelta? ¿Qué habrá sucedido a Bragelonne?

—¡Que entre! —dijo Artagnan.

Ya Grimaud había subido la escalera y estaba aguardando en la puerta; lanzóse en el aposento y despidió al posadero con un ademán. Cerró la puerta y los cuatro amigos se quedaron en expectativa. La excitación de Grimaud, su palidez, el sudor que bañaba su rostro, el polvo de su vestido, todo anunciaba que era portador de alguna noticia importante y terrible.

—Caballeros —dijo Grimaud—, aquella mujer tenía un hijo y el hijo es hoy un hombre; la tigresa tenía un cachorro y el cachorro ha salido de su madriguera. Viene contra vosotros, estad alerta.

Athos miró a sus amigos con triste sonrisa; Porthos llevó la mano al costado para buscar su espada, que estaba colgada en la pared; Aramis cogió un cuchillo y Artagnan preguntó levantándose:

—¿Qué quieres decir, Grimaud?

—Que el hijo de Milady ha salido de Inglaterra: que está en Francia, que viene a París, si ya no ha llegado.

—¡Diablo! —exclamó Porthos—. ¿Estás seguro?

—Seguro —contestó Grimaud.

A esta declaración siguió un prolongado silencio. Grimaud se hallaba tan excitado, tan cansado, que se dejó caer sobre una silla. Athos llenó su copa de vino de Champagne y diósela.

—En resumidas cuentas —dijo Artagnan—, aunque viva y aunque llegue a París, en otras nos hemos visto. Que venga.

—Sí —dijo Porthos mirando cariñosamente a su espada—. Que venga. Aquí le aguardaremos.

—Además es un niño —dijo Aramis. Grimaud se levantó y dijo:

—¡Un niño! ¿Ignoráis lo que ha hecho ese niño? Ha descubierto toda la historia disfrazándose de fraile y confesando al verdugo de Béthune: después de confesarle, después de saberlo todo, en vez de la absolución le ha clavado en el pecho este puñal. Miradle, aún está rojo y húmedo, porque no hace más de treinta horas que salió de la herida.

Y Grimaud tiró sobre la mesa el puñal del fingido fraile. Artagnan, Porthos y Aramis se levantaron y corrieron a coger sus espadas por un movimiento espontáneo.

Athos permaneció en su silla tranquilo y meditabundo.

—¿Decís que va vestido de fraile, Grimaud?

—Sí, señor, de agustino.

—¿Qué señas tiene?

—Me ha manifestado el posadero que es de mi estatura, delgado, pálido, con ojos de color azul claro y cabellos rubios...

—¿Y.. no habrá visto a Raúl? —dijo Athos.

—Al contrario; encontráronse en el camino y el vizconde fue quien le condujo al lecho del moribundo.

Levantóse Athos sin pronunciar palabra y fue a coger su espada como sus compañeros.

—¿Sabéis, señores? —dijo Artagnan haciendo por reírse—, que parecemos mujeres? ¡Cómo! ¿Cuatro hombres que han hecho frente a ejércitos enteros han de temblar delante de un niño?

—Sí dijo Athos—, porque ese niño viene en nombre del Cielo.

Y salieron rápidamente de la hostería.

XXXIX.— LA CARTA DE CARLOS I

Ahora es menester que el lector atraviese con nosotros el Sena y nos acompañe hasta la puerta del convento de Carmelitas de la calle de Santiago.

Son las once de la mañana y las piadosas hermanas acaban de oír una misa por el triunfo de las armas del rey Carlos I... Una mujer y una niña vestidas de negro, la una como una viuda y la otra como una huérfana, salen de la capilla y se dirigen a su celda.

La mujer arrodíllase sobre su reclinatorio de madera pintada, y a distancia de algunos pasos la niña llora apoyada en una silla. Hermosa debe haber sido la mujer, pero se conoce claramente que las lágrimas la han avejentado. La niña es encantadora y su llanto la embellece más todavía. La mujer puede tener cuarenta años, la niña catorce.

—¡Dios santo! decía la primera arrodillada—. Conservad a mi esposo, conservad a mi hija, y tomad mi triste y miserable vida.

—¡Dios mío! —decía la joven—. Conservad a mi madre.

—Vuestra madre nada puede hacer por vos, Enriqueta —dijo la afligida señora, volviendo la cabeza—. Ya no tiene trono, ni marido, ni hijo, ni dinero, ni amigos; vuestra madre, pobre hija mía, está abandonada de todo el mundo.

Y echándose en los brazos de su hija, que se acercó para sostenerla, dio libre curso a su llanto.

—¡Valor, madre mía! —dijo la joven.

—¡Ah! Los reyes están en desgracia este año —dijo la madre reposando su cabeza sobre un hombro de la joven—; y en este país nadie piensa en nosotras, porque cada cual piensa en sus propios asuntos. Mientras permaneció vuestro hermano con nosotras, tuve algún ánimo; pero se marchó y ahora no puede comunicar noticias suyas, ni a mí ni a su padre. He empeñado mis últimas alhajas, he vendido mi ropa y la vuestra para pagar a sus criados, que se negaban a acompañarle si no hacía yo ese sacrificio. Ahora estamos reducidas a vivir a expensas de las hijas del Señor; somos pobres y sólo el Cielo nos ampara.

—Pero ¿por qué no os dirigís a vuestra hermana? —preguntó la joven.

—¡Ay! —exclamó la acongojada señora—. Mi hermana no es reina ya, hija mía. Otro es el que gobierna en su nombre. Algún día me comprenderéis.

—Pues hacedlo al rey vuestro sobrino. ¿Queréis que yo le hable? Ya sabéis el cariño que me procesa, madre mía.

—¡Ay! El rey mi sobrino tampoco es rey, y no ignoráis lo que Laporte nos ha dicho mil veces; él mismo carece de todo.

—Entonces acudamos sólo a Dios —dijo la joven. Y se puso de rodillas junto a su madre.

Las dos mujeres que rezaban así en el mismo reclinatorio, eran la hija y la nieta de Enrique IV, la mujer y la hija de Carlos I.

Acabaron su oración a tiempo que llamó una religiosa a la puerta de la celda.

—Entrad, hermana —dijo la de más edad enjugándose sus lágrimas y levantándose.

La religiosa entreabrió con respeto la puerta.

—Permítame Vuestra Majestad que interrumpa sus meditaciones. En el locutorio hay un caballero extranjero que acaba de llegar de Inglaterra y pide el honor de presentar una carta a Vuestra Majestad.

—¡Oh! ¡Una carta! ¡Acaso del rey! Noticias de vuestro padre, ¿oís, Enriqueta?

—Sí, señora, oigo y espero.

—Y decidme, ¿quién es ese caballero?

—Tendrá unos cincuenta años.

—¿Ha dicho su nombre?

—Milord de Winter.

—¡Milord de Winter! —exclamó la reina—. ¡El amigo de mi marido! ¡Oh! Que entre, que entre.

Y la reina se anticipó a recibir al mensajero, asiendo su mano con viveza.

Lord de Winter púsose de hinojos al entrar en la celda y presentó a la reina una carta arrollada dentro de un cartucho de oro.

—¡Ah, milord! —exclamó la reina—. Nos traéis tres cosas de las que carecíamos hace mucho tiempo: oro, un buen amigo y una carta de nuestro esposo y señor.

Winter saludó de nuevo, pero no pudo responder, tan profundamente afectado estaba.

—Milord —dijo la reina mirando la carta— fácilmente comprenderéis lo impaciente que estoy por saber lo que contiene ese papel.

—Retírome, señora —dijo Winter.

—No, quedaos —repuso la reina—; leeremos en vuestra presencia; ¿no veis que tengo que dirigiros una infinidad de preguntas?

Winter se apartó algunos pasos y se quedó de pie, sin desplegar los labios.

Habíanse retirado la madre y la hija al alféizar de un balcón, y apoyada aquella en el brazo de la hija, leían sucesivamente la siguiente carta:

«Mi amada esposa y señora:

»Henos aquí llegados al último extremo. En este campamento de Naseby, desde donde os escribo, tengo reconcentrados cuantos recursos ha dejado el Señor a mi disposición. Aguardo aquí al ejército de mis rebeldes vasallos y voy a luchar por última vez contra ellos. Si venzo, eternizo la lucha; si vencen, estoy perdido irremisiblemente. En este caso (¡ah! en mi situación debo preverlo todo) me propongo dirigirme a las costas de Francia. Pero ¿se podrá, se querrá recibir en ese país a un rey desgraciado, que tan fatal ejemplo llevará a un territorio agitado ya por las discordias civiles? Sírvanme de guía vuestra prudencia y vuestro afecto. El portador de esta cara os manifestará, señora, lo que no puedo confiar al papel, y os explicará lo que de vos espero. También le he encargado que lleve mi bendición a mis hijos y los dulces sentimientos de mi corazón a vos, señora y querida esposa.»

En vez de Carlos, rey, decía la firma: *Carlos, rey todavía.*

Esta triste lectura, cuyas impresiones iba observando Winter en el semblante de la reina, animó, sin embargo, sus ojos con un rayo de esperanza.

—¡Que no sea rey! —exclamó—. ¡Que le venzan, le destierren y le proscriban, mas que viva! ¡Ah! El trono es puesto demasiado peligroso hoy día para desear

yo que lo conserve. Pero, decidme milord —continuó la reina—; nada me ocultéis. ¿Dónde está el rey? ¿Es su posición tan desesperada como él supone?

—¡Ah! Más todavía, señora. S. M. tiene tan buen corazón que no comprende el odio, y sentimientos tan leales que no adivina la traición. Inglaterra está atacada de un vértigo que creo no se aplaque sino con sangre.

—Pero ¿y lord Montrose? —repuso la reina—. Yo había oído hablar de grandes y rápidos triunfos: de batallas ganadas en Inverlashy, en Alfort y Kilsyth. Había oído decir que iba a la frontera a reunirse al rey.

—Sí, señora, pero en la frontera tuvo un encuentro con Lesly. Cansada la victoria de sus empresas sobrehumanas le abandonó, y Montrose, derrotado en Philippaugh, tuvo que licenciar los restos de su ejército y huir disfrazado de lacayo. Ahora está en Bergen de Noruega.

—Dios le guarde dijo la reina—. Al menos es un lenitivo saber que están a salvo los que tantas veces arriesgan su vida por nosotros. Y ahora, milord, que me hallo enterada de la desesperada posición del rey, decidme lo que os haya encargado mi real esposo.

—S. M. quiere, señora —dijo Winter—, que tratéis de penetrar las intenciones del rey y de la reina con respecto a él.

—¡Ah! Ya sabéis —respondió la reina— que el rey es todavía un niño y que su madre es mujer... de muy poco valimiento. Mazarino lo es todo.

—¿Pretende acaso hacer en Francia el papel de Cromwell en Inglaterra?

—¡Oh! No; es un italiano hábil y astuto, que quizá sueña con el crimen, pero que nunca se atreverá a cometerlo, y al contrario de Cromwell, que dispone de las dos Cámaras, él no tiene más apoyo que la reina en su lucha con el Parlamento.

—Mayor motivo para que proteja a un rey perseguido por ellos. Movió la reina la cabeza con amargura y dijo:

—Si he de decir lo que pienso, milord, el cardenal no hará nada en nuestro obsequio, o acaso se declarará contra nosotros. Ya ahora le estorban mi presencia y la de mi hija en Francia; con más razón le estorbaría la del rey. Milord —añadió Enriqueta, sonriéndose tristemente—, triste y vergonzoso es decirlo; pero hemos pasado el invierno en el Louvre sin dinero, sin ropa, casi sin pan, y muchas veces sin levantarnos de la cama, por no tener lumbre.

—¡Qué horrible! —exclamó Winter—. ¡La hija de Enrique IV, la esposa del rey Carlos! ¿Por qué no os dirigisteis, señora, a cualquiera de nosotros?

—Esa es la hospitalidad que dispensa a una reina el ministro a quien quiere pedírsela un rey.

—Pues yo había oído hablar de un enlace entre monseñor el príncipe de Gales y la señorita de Orleáns —dijo Winter.

—Sí, abrigué esperanzas de que se celebrara; ellos se querían, pero la reina, que al principio aprobó este amor, mudó después de parecer, y el duque de Orleáns, que dio margen a que se trataran, prohibió a su hija que volviese a pensar en tal unión. ¡Ah! Milord —continuó la reina sin tratar siquiera de enjugar sus

lágrimas—, más vale combatir como el rey, y morir, como acaso morirá, que vivir mendigando como yo.

—Valor, señora —dijo Winter—; ánimo, no os desesperéis; la corona de Francia, tan amenazada en estos momentos, tiene interés en combatir la rebelión en un pueblo vecino. Mazarino es hombre de Estado, y verá esta necesidad.

—Pero ¿estáis seguro —preguntó la reina en tono de duda— de que no se nos hayan anticipado?

—¿Quién?

—Joye, Pridge, Cromwell.

—¡Un sastre! ¡Un carretero! ¡Un cervecero!... Es de creer, señora, que el cardenal no quiera tratos con semejantes hombres.

—¿Y quién es él? —preguntó la reina Enriqueta.

—Bien, mas por el honor del rey, por el de la reina.

—Vamos, esperemos que haga algo por ese honor —dijo la reina Enriqueta—. Tal es la elocuencia de la amistad, milord, que me habéis calmado. Dadme la mano y marchemos a ver al ministro.

—Señora —dijo Winter inclinándose—, tanto honor me confunde.

—Pero ¿y si nos desairase —dijo la reina deteniéndose de prontoy el rey perdiese la batalla?

—Entonces se refugiaría S. M. en Holanda, donde he oído decir que está el príncipe de Gales.

—¿Y podrá S. M. contar en su evasión con muchos leales como vos?

—¡Ah! No, señora —dijo Winter—; pero está previsto el caso y vengo a Francia a buscar aliados.

—¿Aliados? —preguntó la reina asombrada.

—Señora —respondió Winter—, con tal que encuentre a algunos, que en otro tiempo fueron mis amigos, respondo de todo.

—Vamos, pues, milord —dijo la reina con el tono desgarrador de duda a que se acostumbran las personas que han sufrido mucho—, vamos y Dios os proteja.

Subió la reina a su carruaje, y Winter la acompañó a caballo al lado de la portezuela, seguido de dos lacayos.

XL.— LA EPÍSTOLA DE CROMWELL

Al mismo tiempo que la reina Enriqueta salía de las Carmelitas, con dirección al Palacio Real, apeábase un caballero a la puerta de dicho palacio y manifestaba a los guardias que necesitaba ver al cardenal Mazarino para un negocio importante.

El cardenal era hombre muy medroso, pero como tenía gran necesidad de adquirir noticias, se llegaba hasta su persona sin gran dificultad. En la primera puerta no se encontraban obstáculos y todavía la segunda se pasaba fácilmente;

en la tercera velaba, además de la guardia y de los ujieres, el fiel Bernouin, cancerbero inflexible, y sordo a las súplicas y a las ofertas.

En esta puerta era, por lo tanto, donde tenía que sufrir formal interrogatorio todo el que solicitaba audiencia.

Dejando el desconocido atado su caballo a una reja, subió por la escalera principal y dijo a los guardias de la primera habitación:

—¿El señor cardenal Mazarino?

—Adelante —contestaron los guardias sin levantar la vista unos de encima de los naipes y otros de los dados, satisfechos con dar a entender que no les correspondía hacer el oficio de lacayos.

El desconocido entró en la segunda habitación, custodiada por mosqueteros y ujieres y repitió su pregunta.

—¿Tenéis esquela de audiencia? —preguntó un ujier acercándose al pretendiente.

—Traigo una; mas no del cardenal Mazarino.

—Entrad y preguntad por M. Bernouin —dijo el ujier.

Y abrió la puerta del tercer aposento.

Fuera por casualidad o porque se encontrase puntual en su puesto, Bernouin se hallaba detrás de la puerta y lo había oído todo.

—Yo soy el que buscáis —dijo al desconocido—; ¿de quién es la epístola que traéis para Su Eminencia?

—Del general Oliverio Cromwell —dijo el recién llegado—; tened la bondad de repetir este nombre a Su Eminencia y de manifestarme si me quiere recibir o no.

Dirigió Bernouin una mirada investigadora al joven que permanecía en pie, en la altanera y sombría actitud propia de los puritanos, y en seguida entró en el despacho del cardenal, a quien transmitió las palabras del mensajero.

—¿Un hombre que trae una epístola de Oliverio Cromwell? —preguntó Mazarino— ¿Y qué clase de hombre es?

—Un verdadero inglés, señor, con cabellos rubios o rojos, más rojos que rubios, y ojos azules o pardos, más pardos que azules; toda su persona respira orgullo y sequedad.

—Que os dé la espístola.

—Su Eminencia quiere ver la carta —dijo Bernouin volviendo del gabinete a la antecámara.

—Su Eminencia no verá la carta sin ver al portador —respondió el joven—, pero para convenceros de que realmente la traigo, miradla en mi mano.

Examinó Bernouin el sello, y cerciorado de que era en efecto del general Oliverio Cromwell, se dispuso a volver al despacho de Mazarino.

—Añadid —dijo el joven— que no soy tan sólo mensajero, sino un enviado extraordinario.

Bernouin entró en el gabinete, y saliendo poco después:

—Pasad, caballero —dijo al joven teniendo la puerta abierta.

De todas estas idas y venidas necesitó valerse Mazarino para serenarse de la emoción que le causara el anuncio de aquella epístola, pero por muy perspicaz que fuese su espíritu, en vano trató de averiguar la causa que había impulsado a Cromwell a ponerse en comunicación con él.

Presentóse el joven en el umbral del gabinete con el sombrero en una mano y la carta en la otra, y Mazarino se levantó.

—¿Traéis credenciales, caballero? —le preguntó.

—Aquí están, señor —contestó el joven.

Tomó Mazarino la carta, la abrió y leyó lo siguiente:

«Mi secretario, el señor Mordaunt, entregará esta epístola de introducción a su eminencia el cardenal Mazarino; es portador además de otra carta confidencial para su eminencia.

OLIVERIO CROMWELL.»

—Está bien, señor Mordaunt —dijo Mazarino—; dadme ese otro pliego y sentaos.

Hízolo así el joven, y el cardenal tomó la carta; pero entregado a sus reflexiones la guardó en sus manos sin abrirla, volviéndola a uno y otro lado e interrogando al mismo tiempo al mensajero, convencido como estaba por la experiencia de que pocas personas podían ocultarle nada cuando les interrogaba y les miraba a la vez.

—Muy joven sois, señor Mordaunt —le dijo—, para el penoso oficio de embajador, en que a veces se estrellan los más consumados diplomáticos.

—Tengo veintitrés años, señor; pero Vuestra Eminencia se equivoca al decir que soy joven. Tengo más edad que Vuestra Eminencia, si bien no poseo vuestra sabiduría.

—¿Cómo así? —dijo Mazarino—. No os comprendo.

—Quiero decir, señor, que cada año de desgracia vale por dos, y que hace veinte años que soy desgraciado.

—¡Ah! Sí, ya entiendo —dijo Mazarino—; no tendréis bienes de fortuna; ¿sois pobre?

Y añadió para sí:

—Todos estos revolucionarios ingleses son unos hambrones.

—Señor, algún día debí poseer un capital de seis millones, pero me lo han quitado.

—¿Conque no pertenecéis al pueblo? —dijo Mazarino asombrado.

—Si usase mi título sería lord; si dijise mi nombre oiríais uno de los más ilustres de Inglaterra.

—¿Pues cómo os llamáis? —preguntó Mazarino.

—Mordaunt —contestó el joven inclinándose.

Conociendo Mazarino que el enviado de Cromwell deseaba permanecer incógnito estuvo callado un instante, durante el cual le miró con más atención todavía que la primera vez.

El joven seguía impasible.

—¡Diablos de puritanos! —dijo para sí Mazarino—. Parecen tallados en mármol.

Y en voz alta añadió:

—¿Pero os quedan parientes?

—Uno me queda, señor.

—Os prestará auxilio.

—Tres veces me he presentado en su casa para solicitar su apoyo, y las tres ha mandado a los criados que me despidan de ella.

—¡Oh, Dios! Cuánto me interesa vuestra narración, querido señor Mordaunt —dijo Mazarino confiando hacer dar al joven en algún lazo por medio de su fingida compasión—. ¿Conque no tenéis noticias de vuestra familia?

—No hace mucho que las tuve.

—Y hasta ese momento...

—Me consideraba como un ser abandonado.

—¿De modo que jamás habréis visto a vuestra madre?

—Sí tal, señor, cuando yo era niño fue tres veces a verme a casa de mi nodriza; me acuerdo de la última como si fuera hoy.

—Gran memoria tenéis —dijo Mazarino.

—¡Oh! Mucha, señor —contestó el joven con tan singular acento, que el cardenal no pudo menos de estremecerse.

—¿Y quién os crió? —preguntó Mazarino.

—Una nodriza francesa que me despachó de su casa cuando tenía cinco años, porque ya nadie le pagaba mi manutención, y me dijo el nombre de ese pariente de quien había hablado varias veces mi madre.

—¿Y adónde fuisteis?

—Anduve llorando y mendigando por los caminos hasta que me recogió un sacerdote de Kinston, el cual me instruyó en la secta calvinista, me enseñó cuanto él sabía y me ayudó en las pesquisas que hice para averiguar lo que era de mi familia.

—¿Y esas pesquisas?

—Fueron inútiles; la casualidad lo hizo todo.

—¿Descubristeis el paradero de vuestra madre?

—Supe que la había matado ese pariente, acompañado de cuatro amigos; pero ya antes sabía que el rey Carlos I me había degradado de mi nobleza, y despojádome de todos mis bienes.

—¡Ah! Ahora conozco por qué servís a Cromwell; aborrecéis al rey.

—Sí, señor, le aborrezco —dijo el joven.

Causó asombro a Mazarino la diabólica expresión con que pronunció Mordaunt estas palabras, pues así como los semblantes ordinarios se colorean de sangre, el suyo se coloreó de bilis y se puso lívido.

—Terrible es vuestra historia, señor Mordaunt, y me conmueve profundamente; pero por fortuna servís a un hombre todopoderoso que podrá ayudaros en vuestras pesquisas.

—Señor, a un buen perro de caza basta dejarle olfatear la pieza para que la alcance.

—¿Deseáis que yo hable a ese pariente a que habéis aludido? —dijo Mazarino, que se hubiera alegrado de tener un amigo cerca de Cromwell.

—Mis gracias, señor; yo mismo hablaré.

—¿Pero no decís que os trata tan mal?

—Me tratará mejor la primera vez que me vea.

—¿Luego tenéis algún medio de ablandarle?

—Tengo un medio de hacerme temer.

Mazarino seguía mirando al joven, pero la extraordinaria brillantez que adquirieron los ojos de éste hizole bajar la cabeza. Y para poner fin a la conversación abrió la carta de Cromwell.

Poco a poco tornáronse los ojos del joven vidriosos y apagados como de costumbre, y quedó sumido en una profunda meditación. Después de leer algunas líneas se aventuró Mazarino a mirar de reojo si espiaba Mordaunt su fisonomía, observando su indiferencia:

—Haced vuestros negocios —dijo encogiéndose imperceptiblemente de hombros—, por medio de personas que hacen al mismo tiempo los suyos. Veamos qué me quiere esta epístola.

La reproducimos textualmente:

«A Su Eminencia monseñor el cardenal Mazarino.

»Deseo, señor, conocer vuestras intenciones respecto a los acontecimientos actuales de Inglaterra. Hállanse sobrado inmediatos entrambos reinos para que Francia no piense en nuestra situación, del mismo modo que nosotros pensamos en la de Francia.

»Casi todos los ingleses están de acuerdo en combatir la tiranía del rey Carlos y de sus partidarios. Colocado a la cabeza de este movimiento por la confianza pública, puedo conocer mejor que nadie su naturaleza y sus consecuencias. Dirijo actualmente la guerra, y voy a presentar una batalla decisiva al rey Carlos. La ganaré, porque las esperanzas de la nación y el espíritu del Señor están conmigo. Ganada esta batalla no tendrá el rey recurso alguno en Inglaterra ni en Escocia, y si no muere ni cae prisionero, procurará pasar a Francia para reclutar tropas y reunir armas y dinero. Ya ha recibido Francia a la reina Enriqueta, e in-

voluntariamente sin duda ha conservado un foco de guerra civil inextinguible en mi tierra; pero Enriqueta es hija de Francia, y esta nación debía darle hospitalidad. La cuestión cambia de aspecto en cuanto al rey Carlos; recibiéndole y auxiliándole reprobaría Francia los actos del pueblo inglés y perjudicaría tanto a Inglaterra, y sobre todo a la marcha de gobierno que se ha propuesto adoptar, que semejante estado equivaldría a una hospitalidad declarada».

En este momento cesó Mazarino, muy azorado con el giro que iba tomando la carta y miró nuevamente de reojo al joven, el cual continuaba pensativo.

Mazarino continuó:

«Es, pues, urgente, monseñor, que yo sepa a qué atenerme acerca de las miras de Francia; los intereses de este reino y los de Inglaterra, aunque dirigidos en sentido contrario, tienen más enlace, sin embargo, de lo que a primera vista puede parecer. Francia necesita mucha tranquilidad interior para consolidar el trono de su joven monarca; tanto como a nosotros nos hace falta esa paz interior a que los ingleses nos aproximamos, gracias a la energía de nuestro gobierno.

»Vuestras desavenencias con el Parlamento; vuestras ruidosas disensiones con los príncipes que combaten hoy a vuestro favor y mañana lo harán en contra vuestra; la agitación fomentada por el coadjutor, el presidente Blancmesnil y el consejero Broussel; todo ese desorden, en fin, que conmueve las distintas clases del Estado, debe haceros contemplar con alguna inquietud la eventualidad de una guerra extranjera, porque entonces Inglaterra, sobreexcitada por el entusiasmo de las nuevas ideas, se uniría a España, la cual entraría de buen grado en esta alianza. Conociendo, pues, señor, vuestra prudencia y la posición enteramente personal en que os han colocado los sucesos, he pensado que preferiríais concentrar vuestras fuerzas en el interior del reino de Francia y abandonar a las suyas al nuevo gobierno de Inglaterra. Esta neutralidad estriba sólo en alejar al rey Carlos del territorio de Francia y en no socorrer, ni con armas, ni con dinero, ni con tropas, a ese rey enteramente extraño a vuestro país.

»Esta carta es, por consiguiente, enteramente confidencial, por lo cual os la remito por medio de una persona de mi mayor confianza, y precederá a las medidas que no dejaré de tomar, según los sucesos. A proceder así muéveme un sentimiento que Vuestra Eminencia sabrá apreciar. Oliverio Cromwell cree más fácil hacer entender la razón a un espíritu inteligente como el de Mazarino, que a una reina, cuya energía es sin duda admirable, pero que está demasiado sujeta a las vanas preocupaciones del nacimiento y del derecho divino.

»Adiós, señor; si dentro de quince días no he recibido contestación, daré por perdida mi carta.

»OLIVERIO CROMWELL.»

—Señor Mordaunt —dijo el cardenal—, mi respuesta a esta carta será tanto más satisfactoria para el general Cromwell, cuanto que tengo por seguro que nadie sabrá que se la he dado. Id, pues, a esperarla a Boulogne-sur–-Mer, y prometedme marcharos mañana temprano.

—Os lo prometo, monseñor —contestó Mordaunt ; pero ¿cuántos días me hará Vuestra Eminencia esperar esa contestación?

—Si dentro de diez días no la recibís, podéis partir. Mordaunt se inclinó.

—No es esto todo —continuó Mazarino—, vuestras aventuras particulares me han conmovido profundamente, y además, la carta de Oliverio Cromwell os da importancia a mis ojos como embajador. Vamos a ver, decidme qué es lo que puedo hacer por vos.

Mordaunt reflexionó un momento, y después de una vacilación visible, iba a abrir la boca para hablar, cuando entró Bernouin precipitadamente, se inclinó al oído del cardenal y le dijo en voz baja:

—Señor, la reina Enriqueta, acompañada de un caballero inglés está entrando en palacio.

Mazarino dio un salto en su silla que no pasó desapercibido para el joven, y suprimió las palabras confidenciales que sin duda iba a dirigirle.

—Ya lo habéis oído —dijo el cardenal—. Os indico a Boulogne porque creo que todas las ciudades de Francia os serán indiferentes; si preferís otras, decidlo; pero ya conoceréis que estando yo rodeado de influencias de que sólo a fuerza de prudencia puedo librarme, es natural que desee se ignore vuestra estancia en París.

—Me marcharé, señor —dijo Mordaunt, dando algunos pasos hacia la puerta por donde había entrado.

—No, por ahí no, caballero —dijo vivamente el cardenal—; tened la bondad de pasar por esta galería que os conducirá al vestíbulo. Deseo que no os vean salir; nuestra confidencia debe ser secreta.

Siguió Mordaunt a Bernouin, el cual le hizo pasar a una habitación inmediata y le dejó encargado a un ujier, indicándole una puerta de salida.

Luego volvió apresuradamente al lado de su amo para introducir a la reina Enriqueta, que atravesaba a la sazón la galería de cristales.

XLI .— MAZARINO Y LA REINA ENRIQUETA

Levantóse Su Eminencia y salió a recibir a la reina de Inglaterra, a quien encontró en la mitad de la galería que precedía a su despacho.

El respeto que demostraba a aquella reina sin séquito y sin pompa era tanto mayor, cuanto que no dejaba de remorderle la conciencia por su avaricia y su deslealtad.

Los que necesitan solicitar saben revestir su semblante de toda clase de expresiones, y la hija de Enrique IV se sonreía al acercarse a aquel hombre que era objeto de su odio y su desprecio.

—¡Ah! —exclamó para sí Mazarino— ¡Qué cara tan amable! ¿Si vendrá a pedirme dinero?

Y dirigió con inquietud una mirada a su caja, volviendo al mismo tiempo hacia adentro el valioso diamante de su sortija, cuyo brillo atraía las miradas sobre su mano, que era blanca y bonita, como ya hemos dicho. Por desgracia, aquel ani-

llo no tenía, como el de Giges, la virtud de hacer invisible a su dueño cuando hacía lo que acababa de hacer Mazarino.

Y en verdad que el cardenal hubiese deseado ser invisible en aquel momento, porque conocía que la reina Enriqueta tenía que pedirle algo: cuando una mujer tan maltratada por él iba a visitarle con la sonrisa en los labios, era prueba de que le necesitaba.

—Señor cardenal dijo la augusta señora—, al principio ocurrióme la idea de hablar con la reina mi hermana del asunto que aquí me trae; pero he pensado que los negocios políticos corresponden a los hombres.

—Crea V M., señora —respondió Mazarino—, que estoy confuso con tanta honra.

—Muy agradable se presenta —pensó la reina—; ¿si habrá adivinado mi propósito?

Habían llegado al gabinete del cardenal, el cual ofreció un sillón a la reina, y cuando la vio sentada en él dijo:

—Mandad al más reverente de vuestros servidores.

—¡Ah, señor cardenal! —respondió la reina—, ya he perdido la costumbre de dar órdenes, y he adquirido la de rogar. Me consideraré muy feliz si me concedéis lo que vengo a pediros.

—Ya os escucho, señora —dijo Mazarino.

—Se trata, señor cardenal, de la guerra que sostiene el rey mi marido contra sus rebeldes súbditos. Tal vez ignoráis que en este momento se están batiendo en Inglaterra —prosiguió la reina con triste sonrisa—, y que en breve se batirán de un modo mucho más decisivo que hasta ahora.

—Lo ignoro completamente, señora —contestó el cardenal, acompañando estas palabras con un ligero movimiento de hombros—. ¡Ah! Nuestras propias guerras absorben el tiempo y el espíritu de un pobre ministro inepto y enfermo como yo.

—Pues bien —dijo la reina—, sabed que Carlos I, mi marido, está en vísperas de dar una batalla decisiva. Es necesario preverlo todo por si es vencido (Mazarino hizo un movimiento). Si fuese vencido —continuó la reina— desearía retirarse a Francia y vivir en ella como un ciudadano. ¿Qué decís de este proyecto?

Había escuchado el cardenal a la reina sin que ni un solo músculo de su semblante revelase sus impresiones y con su incesante sonrisa falsa y astuta. Luego que concluyó la reina, respondió con el acento más melifluo:

—¿Creéis, señora, que una nación tan agitada como ésta sea puerto muy seguro para un rey destronado? Bien sabéis que la corona se halla muy poco segura en las sienes de Luis XIV ¿cómo podría sufrir ese aumento de peso?

——Bastante llevadero ha sido este peso por lo que a mí toca —interrumpió la reina con dolorosa sonrisa—, y no pido que se haga por mi esposo más que lo que se ha hecho por mí. Ya veis que somos monarcas muy humildes, caballero.

—¡Oh! Vos, señora, vos —se apresuró a decir el cardenal para cortar las explicaciones que debían seguirse—, vos sois otra cosa; sois hija de Enrique IV, de ese rey grande e inmortal...

—Y, sin embargo, ¿negáis hospitalidad a su yerno? ¿No es así, señor cardenal? Debierais recordar que ese grande y sublime rey, proscrito una vez como va a serlo mi marido, fue a pedir amparo a Inglaterra y que Inglaterra se lo dio; verdad es que la reina Isabel no era su sobrina.

—*Peccato!* —dijo Mazarino, abrumado por aquella lógica tan sencilla—. Vuestra Majestad no me comprende y juzga mal mis intenciones, sin duda porque no sé hablar en francés.

—Hablad en italiano —dijo la reina Enriqueta—; nuestra madre la reina María de Médicis nos enseñó ese idioma antes de que el cardenal, vuestro antecesor, la enviase a morir a un destierro. Si aún queda algo de ese grande y sublime rey Enrique que mencionasteis hace poco, debe estar asombrado de tan grande admiración unida a tan poca consideración a su familia.

Por la frente de Mazarino corrían gruesas gotas de sudor.

—Por el contrario, señora —replicó el cardenal sin aceptar la proposición de la reina de variar de idioma—, esa admiración es tan grande y tan verdadera, que si el rey Carlos I, a quien Dios guarde de toda desgracia, viniese a Francia, le ofrecería mi casa, mi propia casa; pero, ¡ay! sería un asilo muy poco seguro para S. M. Algún día quemará el pueblo esta casa, como quemó la del mariscal de Ancre. ¡Pobre Concino Concini! ¡Sólo deseaba la dicha de Francia!

—Sí, señor, como vos —dijo irónicamente la reina.

Aparentó Mazarino no comprender el doble sentido de esta frase, y prosiguió lamentando la suerte de Concino Concini.

—Pero, en fin, señor cardenal —dijo la reina perdiendo la paciencia—, ¿qué me respondéis?

—Señora —dijo Mazarino cada vez más enternecido—, señora, ¿me permite V M. que le dé un consejo? Bien entendido que antes de propasarme a tanto empiezo postrándome a los pies de V M. para que me ordene lo que guste.

—Hablad —contestó la reina—; los consejos de un hombre tan prudente como vos, no pueden menos de ser buenos.

—Creedme, señora, el rey debe defenderse hasta el último momento.

—Ya lo ha hecho, y esa batalla que va a presentar con recursos muy inferiores a los de sus enemigos, prueba que no piensa ceder sin combatir. Pero ¿y si le vencen?

—Si le vencen, mi opinión (conozco que es mucho atrevimiento dar mi opinión a V M.); pero creo que el rey no debe abandonar su reino; pronto se olvida a los monarcas ausentes; si pasa a Francia su causa está perdida.

—Pues entonces —dijo la reina—, si ésta es vuestra opinión, y si os inspira el interés que decís, enviadle algunos auxilios de hombres y dinero, porque yo no puedo hacer nada por él; ya he vendido para ayudarle hasta mi último diamante. Nada me queda, caballero, vos lo sabéis mejor que nadie. Si hubiera conservado alguna joya, hubiese comprado leña para calentarme este invierno con mi hija.

—¡Ah, señora! —exclamó Mazarino—. No sabe V M. lo que me pide. Un rey que admite tropas extranjeras para reponerse en el trono prueba que no cuenta con el amor de sus vasallos.

—Al asunto, señor cardenal —dijo la reina cansada de seguir aquel espíritu sutil por el laberinto de palabras en que se perdía—, al asunto, y respondedme sí o no. ¿Si persiste el rey en quedarse en Inglaterra le enviaréis auxilios? ¿Si viene a Francia le daréis hospitalidad?

—Señora —dijo el cardenal simulando la mayor franqueza, voy a probar a V M. cuán dispuesto estoy a servirla y cuánto es mi deseo de terminar un asunto que tan a pecho ha tomado; con lo que voy a decir creo que V M. no dudará del celo que me anima.

Mordióse la reina los labios y se agitó con impaciencia en su sillón.

—Vamos a ver, decid, ¿qué pensáis hacer?

—Consultar ahora mismo a la reina sobre el asunto y someterle en seguida a la decisión del Parlamento.

—Con el cual estáis en guerra, ¿no es cierto? Encargaréis a Broussel que dé cuenta de mi solicitud. Basta, señor cardenal, basta. Os comprendo, o mejor dicho, me equivoco; acudid en efecto al Parlamento, porque ese Parlamento, enemigo de los reyes, es el que ha dado a la hija del grande y sublime Enrique IV, admirador de quien sois, los únicos socorros que le han impedido morirse de hambre y de frío este invierno.

Diciendo estas palabras se levantó la reina con majestuosa indignación.

El cardenal juntó las manos y las tendió hacia ella.

—¡Ah, señora, señora, qué mal me conocéis!

Pero la reina Enriqueta atravesó el gabinete sin mirar siquiera a la persona que vertía aquellas hipócritas lágrimas, abrió por su propia mano la puerta, y en medio de los muchos guardias de Su Eminencia, de los cortesanos solícitos por hacerle la corte y del lujo de una monarquía rival de la suya, tomó la mano de Winter, que estaba de pie y separado de los demás; pobre reina destronada, ante la cual todavía se inclinaban todos por etiqueta, pero que en realidad no podía disponer más que de un brazo para apoyarse.

—Sea como quiera —dijo Mazarino luego que se vio solo—, esta escena me ha afligido; trabajoso es el papel que desempeño. Pero ni a uno ni otro he dicho una palabra definitiva; ¡hum! El tal Cromwell es un cazador de reyes muy temible; lástima me dan sus ministros si alguna vez los tiene. ¡Bernouin!

Bernouin entró en el aposento.

—Que vean si está aún en palacio el joven de ropilla negra y cabellos cortos que introdujisteis antes a mi presencia.

Fuese Bernouin, y el cardenal le aguardó volviendo la sortija a su primera posición, restregando el diamante y admirando su limpieza. Aún se mecía una lágrima en sus ojos enturbiándole la vista; el cardenal movió la cabeza para hacerla caer.

Regresó Bernouin con Comminges, que era oficial de guardia.

—Monseñor —dijo Comminges—, yendo conmigo el joven por quien pregunta Vuestra Eminencia, acercóse a la puerta vidriera de la galería y se quedó parado contemplando una cosa que sin duda sería el hermoso cuadro de Rafael que hay enfrente: después de un momento de meditación bajó la escalera, y me parece haberle visto montar en un caballo tordo y salir del patio del palacio. Pero ¿no va monseñor a la habitación de la reina?

—¿Para qué?

—Mi tío, el señor de Guitaut, acaba de manifestar que S. M. ha recibido noticias del ejército.

—Bien está; voy corriendo.

En aquel momento entró el señor de Villequier, quien iba en efecto a buscar al cardenal de parte de la reina.

No se había equivocado Comminges, y Mordaunt había hecho efectivamente lo que él decía. Al pasar por la galería paralela a la gran galería de cristales, vio a Winter esperando el término de la negociación de la reina.

A semejante aspecto detúvose el joven, no para admirar el cuadro de Rafael, sino como fascinado por algún terrible objeto; sus ojos se dilataron; recorrió su cuerpo un estremecimiento nervioso; parecía que deseaba salvar la muralla de cristal que le separaba de su pariente, y si Comminges hubiera visto la expresión de rencor con que se fijaron en Winter las miradas del joven, no habría dudado de que aquel inglés era su enemigo mortal.

Pero Mordaunt se detuvo, sin duda para reflexionar, porque en vez de dejarse llevar de su primer movimiento, que era el de dirigirse directamente a lord de Winter, bajó pausadamente la escalera, salió del palacio con la cabeza baja, montó, se apostó a caballo en la esquina de la calle de Richelieu, y con los ojos clavados en la verja esperó a que saliese el carruaje de la reina.

No tuvo que esperar mucho tiempo, porque apenas estuvo la reina

un cuarto de hora con Mazarino; pero aquel cuarto de hora le pareció un año. Por fin salió con estrépito del enverjado la pesada máquina que entonces se llamaba un coche, y Winter se colocó a caballo al lado de la portezuela, inclinándose para hablar a S. M.

Partieron los caballos al galope, encaminándose al Louvre, y entraron en este palacio, pues antes de salir del convento había dicho la reina Enriqueta a su hija que fuese a espearla a aquel edificio en que había vivido mucho tiempo y del que sólo había salido porque su miseria le parecía mil veces más amarga en sus dorados salones.

Siguió Mordaunt al carruaje, y después que le vio atravesar los sombríos arcos del pórtico se colocó a la sombra, detrás de una pared y permaneció inmóvil en medio de las esculturas de Juan Goujon, cual un bajorrelieve que representase una estatua ecuestre.

Allí estuvo esperando como en el Palacio Real.

XLII.— DONDE SE VE QUE LOS DESDICHADOS CONFUNDEN A VECES LA CASUALIDAD CON LA PROVIDENCIA

—¿Qué resultado habéis obtenido, señora? —dijo Winter después de que la reina se quedó sola con él.

—El que había previsto, milord.

—¿Se ha negado Mazarino?

—¿No os lo manifesté de antemano?

—¡Se niega el cardenal a recibir al rey! ¡Niega Francia hospitalidad a un monarca desgraciado! Es la primera vez, señora.

—No he mencionado a Francia, milord, he nombrado al cardenal, y el cardenal ni siquiera es francés.

—Pero, ¿y la reina?, ¿la habéis visto?

—Sería inútil —respondió Enriqueta moviendo tristemente la cabeza—; no será la reina la que diga sí, cuando el cardenal ha dicho no. ¿Ignoráis que ese italiano lo dirige todo en el interior como en el exterior? Hay más: no me extrañaría que Cromwell se hubiese anticipado a nosotros, como antes os indiqué: estaba turbado al hablarme, y sin embargo, se manifestaba firme en su resolución de no acceder a mi demanda. Y por otra parte, ¿no reparasteis la agitación que reinaba en el Palacio Real? Tantas idas y venidas... ¿Habrán recibido acaso alguna noticia, milord?

—De Inglaterra por lo menos, no, señora: yo me he dado tanta prisa, que estoy seguro de que nadie me ha adelantado; me puse en camino hace tres días; atravesé como por milagro por medio del ejército puritano; tomé la posta con mi lacayo Tomy y en París sólo he comprado los caballos que ahora tenemos. Además estoy cierto de que el rey no se arriesgará a nada antes de recibir contestación de V M.

—Decidle, milord —dijo con desesperación la reina—, que nada puedo hacer, que he padecido tanto o más que él, precisada a comer el pan del destierro, a pedir hospitalidad a amigos infieles que se burlan de mis lágrimas, y en fin, que por lo que hace a su real persona, es necesario que se sacrifique noblemente, y sepa acabar como rey. Yo iré a morir a su lado.

—¡Señora! ¡Señora! —exclamó Winter—. V M. se deja llevar de su desaliento. Quizá nos quede aún alguna esperanza.

—¡No tenemos amigos, milord, no tenemos en todo el mundo otro amigo que vos! ¡Oh, Dios mío! —exclamó la reina Enriqueta alzando los brazos al cielo—. ¡Habéis llevado a vuestro seno a todos los corazones generosos que existían en la tierra!

—Espero que no sea así, señora —contestó Winter meditabundo—. Ya os he hablado de cuatro personas...

—¿Y qué queréis hacer con cuatro hombres?

—Cuatro hombres leales, cuatro hombres decididos a morir, hacen mucho: creedme, señora, las personas de que os hablo ejercieron gran poder algún tiempo.

—¿Y dónde están?

—Eso es lo que no sé. Cerca de veinte años ha que los perdí de vista, y sin embargo, siempre que el rey ha corrido peligro he pensado en ellos.

—¿Eran amigos vuestros?

—Uno de ellos tuvo mi vida entre sus manos, y me la perdonó; no sé si sigue siendo amigo mío, pero yo desde entonces lo soy suyo.

—¿Están en Francia esos hombres, milord?

—Me parece que sí.

—Decidme sus nombres; quizá los haya oído y pueda auxiliaros en vuestras pesquisas.

—Uno de ellos llamábase el caballero d'Artagnan.

—¡Oh, milord! Si no me engaño, ese caballero d'Artagnan es teniente de mosqueteros; he oído pronunciar su nombre; más id con tiento, porque tengo entendido que es acérrimo partidario del cardenal.

—Esta sería la última desgracia —repuso Winter—: si así fuese empezaría a creer que pesa una maldición sobre nosotros.

—Pero ¿y los otros? —dijo la reina, que se aferraba a aquella última esperanza como un náufrago a los restos de su buque—. ¿Y los otros, milord?

—El segundo, oí su nombre por casualidad, porque antes de batirse contra nosotros nos lo dijeron todos; el segundo llamábase el conde de la Fère. La costumbre que contraje de designar a los restantes con nombres fingidos, me ha hecho olvidar cuáles eran los verdaderos.

—¡Oh, Dios mío! Urge mucho encontrarlos —dijo la reina—, puesto que tan útiles juzgáis que podrían ser al rey esos dignos caballeros.

—Sí tal —dijo Winter—, porque son los mismos que... Oíd bien, señora, y reunid todos vuestros recuerdos. ¿no habéis oído referir que la reina Ana de Austria fue salvada en otro tiempo del mayor peligro que ha corrido jamás una princesa?

—Sí, cuando sus amores con el duque de Buckingham, y con motivo de no sé qué herretes de diamantes.

—Ciertamente, señora; pues esos hombres son los que la salvaron, y es cosa que hace sonreírse de compasión el pensar, que si no sabéis hoy sus nombres es porque la reina los ha olvidado, cuando debió haberlos hechos los primeros magnates de la nación.

—Pues bien, milord, es necesario buscarlos; ¿pero, qué podrán hacer cuatro hombres, o por mejor decir, tres? Porque repito que no debéis contar con el señor d'Artagnan.

—Será una excelente espada menos, señora; pero siempre quedarán tres, sin contar la mía, y cuatro hombres leales que guarden al rey de sus enemigos, que le rodeen en las batallas, le ayuden en el consejo y le escolten en su evasión, serán bastantes, si no para darle la victoria, para salvarle en caso de vencimiento y para ayudarle a atravesar el mar: y por mucho que diga Mazarino, luego que llegue vuestro real marido a las costas de Francia, encontrará en ellas tantos asilos como las aves marinas acosadas por la tempestad.

—Buscad, milord, buscad a esos caballeros, y si los halláis y consienten en pasar a Inglaterra con vos, les haré duques el día en que subamos al trono, dándoles tanto oro como se necesitaría para empedrar el palacio de Withall. Buscadlos, pues, milord, buscadlos, os lo ruego.

—Con mucho gusto lo haría —repuso lord Winter—, y los hallaría sin duda, si no me faltase tiempo. ¿Olvida, V M., que el rey espera la respuesta y que la espera con afán?

—Es decir, que estamos perdidos —exclamó la reina con la expresión de un corazón lleno de dolor.

Abrióse en aquel instante la puerta, presentóse la joven Enriqueta, y la reina contuvo sus lágrimas con la sublime fuerza que toma el heroísmo de las madres, haciendo una seña a Winter para que cambiase de conversación.

Pero aunque enérgica, aquella reacción no pasó desapercibida para la joven, la cual se detuvo en la puerta, dio un suspiro, y dirigiéndose a la reina:

—¿Por qué lloráis sin mí, madre querida?

Sonrióse la reina, y en lugar de contestarle, dijo a Winter:

—A lo menos, Winter, he ganado algo en no ser reina más que a medias; mis hijos me llaman madre en vez de señora.

Y volviéndose a su hija, añadió:

—¿Qué deseáis, Enriqueta?

—Madre —respondió la princesa—, acaba de entrar en el Louvre un caballero que desea presentar sus respetos a V M.: viene del ejército y dice que tiene que daros una carta de parte del mariscal de Grammont.

—¡Ah! —dijo la reina a Winter—. Es uno de mis fieles amigos: ¿pero no observáis, mi querido lord, cuán pobremente estamos servidas? Mi hija tiene que hacer de introductora.

—Tened piedad de mí, señora —exclamó Winter—, y no me aflijáis así.

—¿Y quién es ese caballero, Enriqueta? —preguntó la reina.

—Le he visto, señora, es un joven de unos dieciséis años, y se llama el vizconde Bragelonne.

Hizo la reina sonriéndose cierto movimiento de cabeza, la joven abrió la puerta y apareció Raúl en el dintel.

Después de dar algunos pasos hacia la reina, se arrodilló y dijo: —Soy portador, señora, de una carta de mi amigo el conde de Guiche, quien me ha dicho que tiene el honor de ser uno de vuestros servidores; esta carta contiene una noticia importante y la expresión de su profundo respeto.

Al oír el nombre del conde de Guiche sonrojáronse las mejillas de la joven princesa; la reina la miró con cierta severidad.

—¿No me dijisteis, Enriqueta, que esta carta era del mariscal de Grammont?

—Así lo creía —dijo la joven.

—Yo tengo la culpa, señora dijo Raúl—, porque me he anunciado, efectivamente, como mensajero del mariscal de Grammont; pero como éste no podía

escribir por estar herido en el brazo derecho, el conde de Guiche le sirvió de secretario.

—¿De modo que ha habido combate? —dijo la reina haciendo una seña a Raúl de que se levantara.

—Sí, señora —contestó el joven entregando la epístola a Winter, el cual se anticipó a recibirla y la pasó a las de la reina.

A la noticia de que habíase dado una batalla, entreabrió la joven los labios para hacer una pregunta que sin duda le interesaba; pero su boca se volvió a cerrar sin decir una palabra, y gradualmente fueron desapareciendo las rosas de sus mejillas.

Observó la reina todos estos movimientos, y probablemente los interpretó su corazón maternal, porque preguntó a Raúl:

—¿Y ha acontecido alguna desgracia al joven conde de Guiche?

Porque no es sólo nuestro servidor, como él os ha dicho, sino nuestro amigo.

—No, señora —contestó Raúl—; al contrario, ha adquirido gran gloria en la jornada, pues ha tenido el honor de que le abrace el señor príncipe en el campo de batalla.

Involuntariamente dio la joven princesa una palmada; mas corrida de haberse entregado a semejante demostración de alegría, volvió las espaldas y se acercó a un jarrón lleno de rosas, como para aspirar su aroma.

—Veamos lo que dice el conde —replicó la reina.

—Ya he tenido el honor de manifestar a V M. que escribía en nombre de su padre.

Abrió la reina la epístola y leyó lo siguiente:

«Señora:

»No pudiendo tener el honor de escribir personalmente a V M. a causa de una herida que he recibido en la mano derecha, me sirvo de mi hijo el conde de Guiche, cuya adhesión os consta, así como la de su padre, para deciros que acabamos de ganar la batalla de Lens, y que esta victoria dará sin duda al cardenal Mazarino y a la reina grande influencia en los negocios de Europa. Aproveche, pues, V M. este momento, si cree oportuno seguir mi consejo, para insistir en favor de su augusto marido cerca del Gobierno del rey. El vizconde de Bragelonne, que tendrá el honor de entregar a V M. esta carta, es amigo de mi hijo, a quien parece ha salvado la vida; puede V M. fiarse absolutamente de él en caso de que desee comunicarme alguna orden verbal o escrita:

»Tengo el honor de ser, etc.

»EL MARISCAL DE GRAMMONT.»

Al oír hablar del servicio que hiciera Raúl al conde, no pudo aquél menos de volver la cabeza hacia la joven princesa, y vio pasar por sus ojos una expresión

de agradecimiento extremo que le persuadió de que la hija de Carlos I amaba a su amigo.

—¡Se ha ganado la batalla de Lens! —dijo la reina—. ¡Qué felices son aquí! ¡Ganan batallas! Sí, el mariscal de Grammont tiene razón; con este triunfo van a cambiar de aspecto sus negocios, pero mucho me temo que no influya en los nuestros como no sea para mal. Reciente es esta noticia, caballero —prosiguió la reina—, os doy gracias por la rapidez con que la habéis traído; a no ser por esta carta, hubiera sido yo la última que la supiese en París, mañana o tal vez pasado mañana.

—Señora —dijo Raúl—, el Louvre es el segundo palacio a que he llegado. Nadie la sabe todavía; he jurado al conde de Guiche entregar esta epístola a V M. aún antes de abrazar a mi tutor.

—¿Se llama también Bragelonne vuestro tutor? Yo conocí hace tiempo a una persona de ese apellido. ¿Vive aún?

—No, señora, murió; y de él heredó mi tutor, que era su pariente cercano, según creo, las tierras que me dan nombre.

—¿Y cuál es el nombre de vuestro tutor, caballero? —preguntó la reina, que se interesaba involuntariamente en favor de aquel bello joven.

—Se llama el señor conde de la Fère, señora —contestó Raúl inclinándose.

Winter hizo un movimiento de sorpresa, y la reina le miró con expresión de alegría.

—¡El conde de la Fére! —exclamó—. ¿No es ése el nombre que me dijisteis?

Lord Winter no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¡El conde de la Fère! —repitió—. ¡Oh! Contestadme, os lo suplico: ¿es acaso un caballero tan valiente como gallardo, que fue mosquetero en tiempos de Luis XIII, y que podrá tener de cuarenta y siete a cuarenta y ocho años?

—Sí, señor.

—¿Qué servía con un nombre supuesto?

—Bajo el de Athos. No hace mucho tiempo que oí a su amigo el señor d'Artagnan llamarle así.

—¡Él es, señora, él es! ¡Gracias! ¿Y está en París? —continuó Winter dirigiéndose a Raúl—. ¡Ánimo, señora, ánimo! La Providencia se declara en nuestro favor permitiendo que encontremos a ese excelente caballero de una manera tan inesperada... ¿Podéis decirme dónde vive?

—Calle Guenegaud, fonda del Gran Rey Carlo-Magno.

—Gracias caballero. Decid a mi amigo que no salga, que dentro de pocos momentos tendré la satisfacción de darle un abrazo.

—Obedezco con el mayor placer si Su Majestad tiene a bien darme su permiso para marcharme.

—Id con Dios, señor vizconde de Bragelonne: id, y no dudéis del afecto que nos inspiráis.

Inclinóse Raúl con respeto ante las dos princesas, saludó a lord de Winter y salió.

El conde y la reina prosiguieron hablando en voz baja algún tiempo para que no les oyera la joven princesa; precaución inútil, porque ésta, por su parte, tenía muchas cosas en qué pensar. Al despedirse Winter, díjole a la reina:

—Escuchad, milord, he conservado hasta ahora esta cruz de diamantes que heredé de mi madre, y esta placa de San Miguel que es de mi esposo; valdrán entre las dos cerca de cincuenta mil libras. Había jurado morirme de hambre con estas preciosas prendas, antes que deshacerme de ellas; pero ahora que pueden ser útiles a mi esposo y a sus defensores, fuerza es sacrificarlo todo a esa esperanza. Tomadlas, y si necesitáis dinero para vuestra expedición, vendedlas sin temor. Mas si halláis un medio de conservarlas, tened presente, milord, que me prestaréis el mayor servicio que puede hacerse a una reina, y que en el día de la prosperidad mis hijos y yo bendeciríamos al que nos entregase esa cruz y esa placa.

—Señora —dijo Winter—, V M. será servida por un hombre absolutamente adicto a sus intereses; voy a depositar en lugar seguro estas prendas, que no aceptaría si aún tuviera los recursos de mi antigua fortuna; pero mis bienes están confiscados, gastado mi caudal, y he llegado también al extremo de convertir en dinero cuanto poseo. Dentro de una hora pasaré a casa del conde de la Fère y mañana tendrá V M. respuesta definitiva.

Presentó la reina su mano a lord Winter, el cual la besó respetuosamente, y mirando a su hija, le dijo:

—Milord, teníais que dar a esta niña una cosa de parte de su padre. Winter quedóse parado sin comprender a la reina.

Acercóse entonces la joven Enriqueta sonriéndose y ruborizándose y presentó la frente al caballero.

—Manifestad a mi padre —le dijo—, que rey o fugitivo, vencido o vencedor, poderoso o pobre, tiene en mí la hija más amante y más sumisa.

—No lo ignoro, señora —respondió Winter, tocando con sus labios la frente de la joven.

Hecho esto atravesó sin que nadie le mostrase el camino, aquellos vastos aposentos desiertos y oscuros, enjugándose las lágrimas que, no obstante lo mucho que habían secado su corazón cincuenta años de vida cortesana, le arrancaba el aspecto de aquel regio infortunio, con tanta dignidad soportado.

XLIII.— TÍO Y SOBRINO

Esperaba a lord Winter en la calle su lacayo con su caballo; montó rápidamente y se encaminó a su habitación, pensativo y mirando atrás de vez en cuando, para contemplar la negra fachada del Louvre. En uno de estos movimientos vio a un caballero destacarse, por decirlo así, de la pared, y seguirle a alguna distancia, y recordó haber visto una sombra igual al salir del Palacio Real.

El lacayo de lord Winter, que le seguía a pocos pasos, observaba también inquietante a aquel caballero.

—Tomy —dijo Winter, haciéndole una seña para que se acercara.

—Aquí estoy, milord.

Y el criado colocóse al lado de su amo.

—¿Habéis reparado en este hombre?

—Sí, milord.

—¿Quién es?

—No lo sé: viene detrás de vuestra gracia desde el Palacio Real, se paró en el Louvre esperándoos y desde allí nos ha seguido.

—Será algún espía del cardenal —pensó Winter—; simularé que no reparo en él.

Y picando espuelas, entró en el laberinto de calles que conducían a su casa, situada en el Marais; pues como lord Winter había vivido en la Plaza Real, al regresar a París quiso alojarse en aquel barrio, que le era más conocido.

El desconocido puso su caballo al galope.

Apeóse Winter al llegar a la fonda y subió a su habitación proponiéndose hacer que vigilasen al espía; pero al dejar los guantes y el sombrero sobre una mesa, vio retratada en el espejo.que tenía delante, una figura que se apareció en el umbral de la puerta.

Volvió la cabeza y divisó a Mordaunt.

Púsose pálido Winter, permaneciendo de pie e inmóvil; Mordaunt permaneció en la puerta, frío y terrible como la estatua del comendador.

Reinó un momento de silencio glacial entre aquellos dos hombres.

—Caballero —dijo Winter—, me parecía haberos dado ya a entender que me cansa vuestra persecución; idos, pues, o llamaré gente para que os eche como en Londres. No soy tío vuestro, no os conozco.

—Tío —replicó Mordaunt con voz ronca y burlona—, estáis equivocado; no me despediréis esta vez como en Londres, porque no os atreveréis a ello. Y en cuanto a negar que soy sobrino vuestro, lo miraréis mucho antes de hacerlo, porque ahora sé algunas cosas que ignoraba hace un año.

—¿Qué me importa lo que sepáis? —dijo Winter.

—¡Oh! Vaya si os interesa, tío; no diréis eso dentro de poco —añadió con una sonrisa que hizo estremecer a su interlocutor—. La primera vez que me presenté en vuestra casa de Londres fue para interrogares qué había sido de mis bienes; la segunda por saber por qué se había mancillado mi nombre. Ahora me presento a vos para haceros una pregunta mucho más terrible, para deciros, como Dios dijo al primer criminal: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?» Milord, ¿qué habéis hecho de vuestra hermana, de vuestra hermana que era mi madre?

Sus aterradoras miradas hicieron retroceder a Winter.

—¿De vuestra madre?

—Sí, de mi madre, milord —respondió el joven, moviendo la cabeza de arriba abajo.

Hizo Winter un esfuerzo violento, y desentrañando de sus antiguos recuerdos todo su odio, dijo:

—Averiguad lo que ha sido de ella, infeliz y preguntádselo al infierno, tal vez os conteste.

Penetró entonces el joven en el aposento hasta ponerse al frente de Winter.

—Se lo he preguntado al verdugo de Béthune —dijo con voz sorda y rostro lívido de pena y de cólera—, y el verdugo de Béthune me ha contestado.

Winter se dejó caer sobre una silla como herido de un rayo y procuró en vano responder.

—Sí, eso es —prosiguió Mordaunt—, con esa palabra se explica todo; con esa llave se abre el abismo. ¡Mi madre había heredado cuantiosos bienes de su marido, y habéis asesinado a mi madre! Mi nombre me hacía dueño de la sucesión páterna, y me habéis degradado de mi nombre, despojándome después de mi herencia. Ya no me causa extrañeza que no me reconozcáis, ya no me extraña que os neguéis a reconocerme. No está bien que el detentador llame sobrino a la persona empobrecida por él: que el criminal se lo llame al que por él es huérfano.

Estas palabras produjeron el efecto contrario al que esperaba Mordaunt; Winter recordó los monstruosos crímenes cometidos por Milady y levantóse tranquilo y grave, conteniendo con una severa mirada la exaltación de las del joven.

—¿Deseáis, pues, penetrar ese horrible secreto, caballero? Sea así. Sabréis quién era la mujer de quien me venís ahora a pedir cuenta: esa mujer, según todas las apariencias, envenenó a mi hermano, y para ser mi heredera intentó también asesinarme. Tengo pruebas. ¿Qué decís de esto?

—¡Que era mi madre!

—Hizo su instrumento a un hombre que hasta entonces había sido justo, bueno y puro, para dar de puñaladas al desgraciado duque de Buckingham. También tengo pruebas. ¿Qué decís a esto?

—¡Era mi madre!

—De vuelta a Francia envenenó en el convento de Agustinas de Béthune a una joven que amaba a uno de sus enemigos. ¿Os persuadirá este crimen de la justicia del castigo? Tengo pruebas de él.

—¡Era mi madre! —dijo otra vez el joven, que había dado a estas tres exclamaciones una entonación progresiva.

—Agobiada, en fin, de crímenes, viciosa, aborrecida de todos y amenazadora todavía como una pantera sedienta de sangre, sucumbió a manos de hombres, a quienes había colmado de desesperación, sin que ellos le hubiesen ocasionado el menor daño; encontró jueces evocados por sus repugnantes atentados, y ese verdugo que os ha visto y os lo ha referido todo, según decís, ese verdugo debe haberos dicho, si es así, que sintió un impulso de alegría al vengar en ella el baldón y el suicidio de su hermano. Hija perversa, esposa adúltera, hermana desnaturalizada, homicida, envenenadora, exacrable a cuantas personas la conocieron, a cuantas naciones la recibieron en su seno, acabó maldita del cielo y de la tierra; ahí tenéis lo que era esa mujer.

Desgarró la garganta de Mordaunt un sollozo más fuerte que su voluntad, agolpóse la sangre en su lívido semblante, crispáronse sus puños, y bañado en sudor, con los cabellos erizados como Hamlet, devorado por las furias, exclamó:

—¡Callad, caballero! ¡Era mi madre! No conozco sus desórdenes, ni sus vicios, ni sus crímenes. Pero lo que sé es que yo tenía una madre y que cinco hombres conjurados contra una mujer, la asesinaron en medio de la soledad de la noche como unos cobardes; lo que sé es que vos erais uno de ellos, vos, mi tío; y que dijisteis como los otros, y más alto que ellos: *es preciso que muera.* Ahora bien; os lo prevengo, y oíd con atención mis palabras, para que se graben bien en vuestra memoria y nunca las olvidéis. De aquel asesinato que me ha privado de todo; de aquel asesinato que me ha dejado sin nombre, que me ha empobrecido, que me ha hecho infame, perverso, implacable, os pediré cuenta a vos primero, luego, cuando los conozca, a vuestros cómplices.

Respirando ira sus ojos, con la boca espumante y los puños crispados, había dado Mordaunt un paso más, un paso terrible y amenazador hacia Winter.

Llevó éste la mano a su acero, y dijo con la sonrisa del hombre acostumbrado a jugar con la muerte por espacio de treinta años.

—¿Queréis asesinarme, caballero? Entonces os reconoceré por sobrino, por digno hijo de tal madre.

—No —repuso Mordaunt violentando todas las fibras de su rostro, todos los músculos de su cuerpo para que volviesen a su natural posición—: no, no os mataré, a lo menos en este instante, porque muerto vos, no podría descubrir a los demás. Pero temblad cuando llegue a conocerlos; he dado de puñaladas al verdugo de Béthune, le he dado de puñaladas sin compasión, y eso que era el menos culpable de todos.

Dichas estas palabras, desapareció el joven y bajó las gradas bastante despacio para no llamar la atención, pasando en el último tramo por delante de Tomy, el cual estaba recostado en la barandilla sin aguardar más que una voz de su amo para subir a su lado.

Pero Winter no llamó; anonado, desfallecido, permaneció de pie, escuchando atentamente, y sólo cuando oyó los pasos del caballo que se alejaba, dejóse caer sobre una silla, diciendo:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Permitid que no descubra a mis amigos!

XLIV.— PATERNIDAD

En tanto que pasaba en casa de lord de Winter la espantosa escena que dejamos referida, Athos, sentado junto al balcón de su cuarto, con el codo apoyado en una mesa y la cabeza en la palma de la mano, escuchaba y contemplaba a Raúl, que le refería las aventuras de su viaje y los detalles de la batalla.

El hermoso y noble semblante del caballero revelaba un indecible gozo al oír la narración de aquellas primeras emociones tan frescas y puras, y sus oídos aspiraban como una música armoniosa los sonidos de aquella voz juvenil que con tanta pasión expresaba tan bellos sentimientos.

Habían desaparecido de su mente todas las sombras de lo pasado, todas las nubes del porvenir. Parecía que con la llegada de su querido protegido sus mismos temores se habían convertido en esperanzas: Athos era feliz como nunca.

—¿Y habéis concurrido y tomado parte en esa gran batalla, Bragelonne? —decía el ex mosquetero.

—Sí, señor.

—¿Decís que ha sido empeñada la acción?

—El señor príncipe de Condé cargó once veces en persona.

—Es un buen guerrero, Bragelonne.

—Un héroe. Ni un solo instante le perdí de vista. ¡Oh! ¡Cuán hermoso es llamarse Condé y sostener así el lustre de su nombre!

—Tranquilo y brillante, ¿no es cierto?

—Tranquilo como una parada, brillante como en una fiesta; nos acercamos al enemigo a paso regular; teníamos orden de no tirar los primeros, y marchábamos hacia los españoles, que permanecían en una altura con los mosquetes preparados. A unos treinta pasos se volvió el príncipe a los soldados, y dijo: «Muchachos, vais a sufrir una descarga furiosa, conservaos serenos». Reinaba un silencio tan profundo, que amigos y enemigos, oyeron estas palabras. Después levantó la espada, y dijo: «Toquen las cornetas».

—¡Bien, bien! En semejante caso haríais lo mismo, ¿no es cierto, Raúl?

—Lo dudo, señor conde, porque aquello me pareció muy sublime. A los veinte pasos vimos bajarse todos los mosquetes como una línea brillante, porque el sol se reflejaba en los cañones. Adelante, muchachos, adelante, dijo el príncipe; éste es el momento.

—¿Tuvisteis miedo, Raúl? —preguntó el conde.

—Sí, señor —respondió ingenuamente el joven—, me dio como un gran frío en el corazón; y a la voz de fuego que sonó en español en las filas enemigas, cerré los ojos y pensé en vos.

—¿Es cierto, Raúl? —dijo Athos apretándole la mano.

—Sí, señor. En el mismo instante sonó una detonación tal, que parecía que reventaba el infierno; y los que no murieron sintieron el calor de las llamas. Abrí los ojos, admirado de que no me hubieran muerto o herido; la tercera parte del escuadrón estaba tendida en tierra, mutilada y bañada en sangre. En aquel momento encontráronse mis miradas con las del príncipe; no pensé en más que en que me veía, y arrimando las espuelas a mi caballo me metí por medio de las filas enemigas.

—¿Y quedó satisfecho el príncipe de vos?

—Así me lo dijo al menos al encargarme que acompañase a París al señor de Chatillon, que ha venido a traer la noticia a la reina y a conducir las banderas conquistadas. «Marchad, me dijo el príncipe; el enemigo tardará quince días en rehacerse. En ese intermedio no os necesito. Dad un abrazo a cuantas personas os quieren por allá, y decid a mi hermana de Longueville que le doy las gracias por el obsequio que en vos me ha hecho.» Y he venido, señor conde —añadió

Raúl mirándole con una sonrisa de profundo amor—, pareciéndome que tendríais gusto de verme.

Athos cogió de un brazo al joven y le besó en la frente.

—Ya estáis en camino, Raúl —le dijo—; sois amigo de duques, tenéis por padrino a un mariscal de Francia, a un príncipe por capitán, y en este mismo día os han recibido dos reinas: esto para un principiante es magnífico.

—¡Ah! —dijo Raúl interrumpiéndole—. Ahora me acuerdo de una cosa que se me había olvidado entretenido en referiros mis hechos de armas: en el cuarto de su majestad la reina de Inglaterra había un caballero que cuando me oyó pronunciar vuestro nombre dio un grito de sorpresa y alegría; dice que es amigo vuestro, pidióme las señas de esta casa, y va a venir a visitaros.

—¿Cómo se llama?

—No me he atrevido a interrogárselo: pero aunque habla bien el francés, por su acento parece inglés.

—¡Ah! —exclamó Athos.

Y bajó la cabeza como para reunir sus recuerdos. Al levantarla divisó en la puerta a un hombre que le miraba enternecido.

—¡Lord de Winter! —exclamó el conde.

—¡Athos!

Permanecieron abrazados un instante, al cabo del cual, Athos dijo al recién llegado mirándole y cogiéndole las manos:

—¿Qué tenéis, milord? Parece que estáis tan triste como yo alegre.

—Sí, amigo; y añadiré que el veros aumenta los motivos de mi tristeza.

Y Winter miró alrededor suyo, dando a entender que deseaba estar solo. Conoció Raúl que los dos amigos tenían que hablar, y se fue sin afectación.

—Ahora que estamos solos hablemos de vos —dijo Athos.

—Ahora que estamos solos hablemos de nosotros —respondió lord de Winter—. Está aquí...

—¿Quién?

—El hijo de Milady.

Al oír otra vez aquel nombre, que le perseguía como un eco falta, Athos vaciló un momento, frunció ligeramente las cejas y dijo por fin con tranquilidad:

—No lo ignoraba.

—¿Lo sabíais?

—Sí. Grimaud le encontró entre Béthune y Arras y volvió a escape para avisarme —dijo Athos.

—¿Le conocía Grimaud?

—No, pero asistió en su lecho de muerte a un hombre que le conocía.

—¡Al verdugo de Béthune! —exclamó Winter.

—¿Tenéis noticia de ello? —preguntó Athos con extrañeza.

—Acaba de separarse de mí —contestó Winter—, y me lo ha dicho todo. ¡Ay, amigo mío! ¡Qué escena tan horrible! ¿Por qué no ahogamos al hijo con la madre?

Athos, como todas las personas de natural noble, no comunicaba a los demás las impresiones penosas que recibía; antes al contrario, las absorbía en sí mismo y devolvía en cambio esperanzas y consuelos. Parecía que sus dolores personales salían de su corazón transformados para los demás en alegrías.

—¿Qué tenéis? —dijo recobrándose por medio del raciocinio, del terror que al principio había sentido—. ¿No estamos aquí para defendernos? ¿Se ha hecho quizás ese joven asesino de profesión y a sangre fría? Puede haber muerto al verdugo de Béthune en un momento de cólera, pero ya está saciado su furor.

Winter sonrió tristemente y movió la cabeza diciendo:

—¿Ya habéis olvidado lo que es esa sangre?

—¡Bah! —respondió Athos haciendo por sonreír a su vez—. Habrá perdido su ferocidad en la segunda generación. Por otra parte, amigo mío, ya ha dispuesto la Providencia que estemos avisados. No podemos hacer otra cosa que esperar. Esperemos. Entretanto, hablemos de vos como al principio os propuse. ¿A qué habéis venido a París?

—A despachar algunos asuntos importantes que os comunicaré más tarde. Pero ¿sabéis lo que me han dicho delante de S. M. la reina de Inglaterra? Que M. Artagnan es cardenalista. Perdonad mi franqueza, amigo mío; no odio al cardenal ni vitupero su conducta; vuestra opinión será siempre sagrada para mí: ¿sois partidario suyo?

—Artagnan pertenece al ejército —dijo Athos—; es soldado y está sumiso al poder constituido. Además no es rico, y necesita de su empleo para vivir. Los millonarios como vos, milord, son muy escasos en Francia.

—¡Ah! —interrumpió Winter—. Soy tan pobre como él o quizá más. Pero volvamos a vos.

—Pues bien, ¿queréis saber si soy cardenalista? No, y mil veces no. Perdonad también mi franqueza.

Winter levantóse y se arrojó en brazos de Athos.

—Gracias, conde, gracias por esa feliz noticia. Me rejuvenecéis, me llenáis de contento. ¿Conque no sois cardenalista? ¡No podía ser de otro modo! Permitidme otra pregunta: ¿sois libre?

—¿Qué entendéis por ser libre?

—Quiero decir si no estáis casado.

—¡Oh! ¡Lo que es eso, no! —dijo Athos sonriendo.

—Como he visto a ese joven tan apuesto.

—Cierto: le recogí y le he dado educación: no conoce a sus padres.

—Perfectamente: siempre sois el mismo, Athos; franco y generoso.

—Vamos a ver, milord, ¿qué tenéis que pedirme?

—¿Continuáis siendo amigo de Porthos y Aramis?

—Y también de Artagnan, milord. Siempre somos los cuatro inseparables de antaño, más en tratándose de servir al cardenal o luchar contra él, de ser mazarinos o frondistas, nos dividimos en dos partidos.

—¿Es el señor de Aramis del de Artagnan? —preguntó lord de Winter.

—No —dijo Athos—. El señor de Aramis me hace el honor de pensar como yo.

—Mucho celebraría que renovaseis mis relaciones con una persona tan amablé y de tanto talento.

—Cuando queráis.

—¿Ha variado algo?

—Nada, salvo el haberse hecho religioso.

—¡Qué decís! Habrá renunciado a las arrojadas empresas que solíais acometer.

—Nada de esto —dijo Athos sonriéndose—, nunca ha sido tan mosquetero como desde que pertenece a la Iglesia. Está hecho todo un Galàor. ¿Queréis que vaya Raúl a buscarle?

—Gracias, conde; puede que no se halle en casa. Pero supuesto que respondéis de él...

—Como de mí mismo.

—¿Podríais llevarle mañana a las diez al puente del Louvre?

—¡Cáscaras! —dijo Athos con una sonrisa—. ¿Tenéis algún desafío?

—Sí, conde, un desafío soberbio, al cual espero asistiréis.

—¿Adónde hemos de ir, milord?

—A la habitación de la reina de Inglaterra, la cual me han mandado que os presente a ella, conde.

—¿Luego me conoce S. M.?

—Os conozco yo.

—¡Enigmático estáis! —repuso Athos—. Pero es igual; me basta que vos sepáis de qué se trata. ¿Me haréis el honor de comer conmigo, milord?

—Gracias —contestó Winter—: os confieso que la vista de ese hombre me ha quitado el apetito y me quitará probablemente el sueño. ¿A qué habrá venido a París? Para buscarme, no; porque ignoraba mi viaje. Terror me produce pensar en él; tiene un porvenir de sangre.

—¿Qué es en Inglaterra?

—Uno de los más fanáticos secretarios de Oliverio Cromwell.

—¿Qué motivos habrá tenido para unirse a esa causa, siendo católicos sus padres?

—El odio que profesa al rey.

—¡Al rey!

—Sí, el rey le declaró bastardo, quitóle sus bienes y le prohibió usar el apellido Winter.

—¿Y cómo se llama ahora?

—Mordaunt.

—¡Puritano y disfrazarse de fraile, viajando solo por esos caminos!

—¿De fraile decís?

—Sí; ¿lo ignorabais?

—No sé más que lo que él me ha manifestado.

—Gracias a esa circunstancia (perdóneme Dios si blasfemo) consiguió por casualidad oír en confesión al verdugo de Béthune.

—Ahora lo comprendo todo; trae una misión de Cromwell.

—¿Para quién?

—Para Mazarino; decía muy bien la reina, se han adelantado a nosotros. Todo queda explicado para mí. Adiós, conde, hasta mañana.

—La noche está muy tenebrosa —dijo Athos conociendo que lord Winter sentía en sus adentros una inquietud mayor que la que manifestaba—, y acaso no habréis traído lacayos.

—Me acompaña Tomy, un excelente muchacho, pero algo simple.

—¡Hola! Olivain, Grimaud, Blasois, coged los mosquetes y llamad al señor vizconde.

Blasois era aquel muchacho medio lacayo medio labriego que vimos por primera vez en el castillo de Bragelonne, yendo a avisar a su amo que estaba la comida en la mesa. Athos habíale bautizado con el nombre de su provincia.

Cinco minutos después de darse esta orden entró Raúl. —Vizconde —le dijo Athos—, acompañad a milord hasta su posada, y no dejéis que se le acerque nadie.

—¡Ah, conde! —dijo Winter—. ¿Por quién me tomáis?

—Por un extranjero que desconoce París, y a quien enseñará el vizconde el camino.

Winter le dio un apretón de manos.

—Grimaud —repuso Athos—, ponte a la cabeza de la tropa y cuidado con el fraile.

Estremecióse Grimaud, movió la cabeza, y esperó el instante de echar a andar, acariciando con silenciosa elocuencia la culata de su mosquete.

—Hasta mañana, conde —dijo Winter.

—Sí, milord.

Con esto partió la pequeña tropa hacia la calle de San Luis. Olivain temblaba como Sosia a cada reflejo equívoco de luz. Blasois iba bastante sereno, porque

ignoraba que se corriese el menor peligro; Tomy miraba a derecha e izquierda, mas sin pronunciar una palabra, por la sencilla razón de que no sabía francés.

Winter y Raúl iban juntos conversando.

Grimaud, que iba delante según las órdenes de su amo, con un hachón en una mano, y el mosquete en la otra, llegó a la posada de Winter, llamó a la puerta, y cuando abrieron, saludó a milord sin despegar los labios.

Del mismo modo dieron la vuelta: los penetrantes ojos de Grimaud nada sospechoso vieron, excepto una especie de sombra emboscada en la esquina de la calle Guenegaud, y del muelle, que ya a la ida creyó haber observado. Dirigióse al fantasma, pero antes de poder alcanzarle, había desaparecido la sombra por un callejón en que Grimaud creyó prudente no internarse.

Después de dar cuenta a Athos del éxito de su expedición, como eran las diez de la noche, cada cual se retiró a su dormitorio.

A la mañana siguiente, al despertar, vio el conde a Raúl a su cabecera. Al joven vizconde estaba completamente vestido, leyendo un libro recientemente publicado por Chapelain.

—Pronto os habéis levantado, Raúl dijo el conde.

—Sí, señor —contestó el joven vacilando un instante—. He dormido mal.

—¡Vos, Raúl! ¿Habéis dormido mal? ¿Qué ideas os quitan el sueño?

—Vais a decir, señor conde, que me doy mucha prisa en alejarme de vos, cuando apenas acabo de llegar, pero...

—Pues qué, ¿no tenéis más que dos días de licencia?

—Tengo diez, y por lo tanto no es al campamento donde quiero ir. Athos sonrió.

—¿Y puede saberse adónde? Ya habéis entrado en acción, sois casi un hombre, y tenéis derecho de ir donde queráis sin necesidad de decírmelo.

—Jamás —dijo Raúl—; mientras tenga la fortuna de que seáis mi protector, jamás me creeré con derecho a emanciparme de una tutela que me es tan apreciable. Deseaba ir a pasar un día a Blois... Me estáis mirando y os vais a reír de mí.

—Al contrario —dijo Athos conteniendo un suspiro—; no me río, vizconde. Queréis volver a Blois, es cosa muy natural.

—¿Conque me dais licencia? —exclamó Raúl con alegría.

—Ciertamente.

—¿Y no estáis incomodado?

—No tal.

—¡Qué bueno sois! —exclamó el joven, que no se arrojó por respeto en brazos de su protector.

Athos se le aproximó con los brazos abiertos.

—¿Me podré marchar al momento?

—Cuando gustéis.

—Una cosa me ocurre. Siendo la señora duquesa de Chevreuse la que me buscó la recomendación para el príncipe de Condé...

—Debéis ir a darle las gracias, ¿no es verdad?

—Así me parece... No obstante, vos diréis...

—Pasad por el palacio de Luynes y preguntad si puede recibiros. Veo con agrado que no olvidáis los deberes de la cortesía; Grimaud y Olivain irán con vos.

—¿Los dos, señor conde?

—Sí.

Raúl hizo un saludo y salió.

Athos dio un suspiro, y al oírle llamar alegremente a los lacayos pensó:

—Pronto me abandona, pero obedece a la ley natural. Tal es nuestra naturaleza; siempre miramos adelante. No hay duda de que ama a esa niña. Pero ¿disminuirá por eso el amor que a mí me tiene?

Y Athos confesóse a sí mismo que no había contado con tan repentina ausencia.

A las diez estaban hechos todos los preparativos para la marcha. Estaba Athos mirando a Raúl montar a caballo, cuando se le acercó el lacayo a manifestarle de parte de la duquesa de Chevreuse, que, habiendo sabido esta señora el regreso de su joven protegido y su comportamiento en la batalla, deseaba felicitarle.

—Decid a la señora duquesa —contestó Athos—, que el señor vizconde estaba montando a caballo para ir al palacio de Luynes.

En seguida, y después de repetir sus encargos a Grimaud, Athos hizo un ademán a Raúl indicándole que podía marchar.

Pensándolo bien, no le pareció del todo desacertado que Raúl se alejase de París en aquellos momentos.

XLV.— OTRA REINA SOLICITANDO AUXILIO

Desde por la mañana había enviado Athos un recado a Aramis, enviándole una carta por medio de Blasois, que era el único sirviente que le quedaba. Blasois encontró a Bazin poniéndose el ropón de bedel, porque aquel día había función en Nuestra Señora. Llevaba Blasois la misión de hablar al mismo Aramis, y ateniéndose a su consigna, con su candidez característica, preguntó por el padre Herblay, y a pesar de que Bazin le dijo que no estaba en casa, insistió de tal modo que el bedel fue montado en cólera. Blasois, sin hacer caso de sus palabras, se empeñó en pasar adelante creyendo que el individuo con quien hablaba tendría todas las virtudes que exigía su traje, entre las que se cuentan la paciencia y la caridad cristiana.

Pero Bazin, que cuando se incomodaba volvía a sus antiguos usos de criado de mosquetero, tomó una escoba y emprendió a palos con Blasois, diciendo:

—Habéis insultado a la Iglesia, amiguito, habéis insultado a la Iglesia.

En aquel instante apareció Aramis entreabriendo con precaución la puerta de su alcoba, para averiguar la causa de tan extraordinario ruido.

Dejó Bazin respetuosamente su escoba, y Blasois sacó la carta del bolsillo, dirigiendo una mirada de reconvención al cancerbero, y se la entregó a Aramis.

—¡Del conde de la Fère! —exclamó éste—. Bien está.

Y volvió a su cuarto, sin preguntar siquiera la causa de la disputa.

Blasois se encaminó entristecido a la fonda del Gran rey Carlo-Magno. Athos le pidió cuenta de su comisión y el criado refirió su aventura.

—¡Cómo, necio! —dijo Athos riéndose—. ¿no manifestaste que ibas de parte mía?

—No, señor.

—¿Y qué dijo Bazin al saber que eras mi criado?

—¡Oh! Entonces me pidió mil perdones y me obligó a beber un par de vasos de excelente moscatel, acompañado de algunos bizcochos no menos exquisitos; pero lo mismo da; es un hombre atroz. Siendo... ¡qué vergüenza!

—Está bien —dijo Athos entre sí—; si ha recibido Aramis la epístola, es seguro que irá a la cita.

A las diez en punto se hallaba el conde en el puente de Louvre con su habitual exactitud. Lord de Winter llegó casi al mismo tiempo que él.

Pasaron diez minutos y el inglés empezó a manifestar temores de que no fuese Aramis.

—Paciencia —dijo Athos sin separar la vista de la calle de Bac—; paciencia, aquí viene un religioso... da un empujón a un hombre y saluda a una mujer; Aramis debe de ser.

Y era él efectivamente; un menestral que pasaba a un lado le había salpicado de barro, Aramis le envió de un puñetazo a diez pasos de distancia. Acertando a pasar al mismo tierno una penitente suya, joven y linda, el ex mosquetero la saludó con agradable sonrisa.

Un instante después se reunía a sus amigos.

Excusado es enumerar los apretados abrazos que recíprocamente se dieron él y Winter.

—¿Adónde vamos? —dijo Aramis—. ¿A algún desafío? ¡Voto a cribas! No traigo acero y tendré que volver por él a casa.

—No —dijo Winter—; vamos a visitar a S. M. la reina de Inglaterra.

—¡Hola! Perfectamente —repuso Aramis—; ¿y qué fin tiene esa visita? —continuó acercándose a Athos.

—Maldito si lo sé; quizá será para prestar alguna declaración.

—Como no sea referente a aquel endemoniado negocio... En tal caso, no iría de muy buena gana, porque siempre sería para oír algún sermón, y desde que se los echo a los demás, no me gusta que me los echen.

—Si fuese así —observó Athos—, no nos llevaría lord de Winter a presencia de S. M., puesto que a él también le tocaría su parte.

—¡Ah! Es cierto. Adelante, pues.

Lord de Winter fue el primero que entró cuando llegaron al Louvre; sólo un portero guardaba la puerta. Athos, Aramis y Winter pudieron notar a la luz que entraba por los balcones, la espantosa desnudez de la habitación concedida por una avara caridad a la infeliz soberana. Grandes habitaciones sin muebles; paredes estropeadas en que brillaban los pocos restos de las antiguas molduras de oro que habían resistido el abandono; balcones cuyas vidrieras no encajaban ni tenían cristales, una completa falta de alfombras, guardias y criados; he aquí el espectáculo que se presentó a Athos y que éste hizo notar silenciosamente a su compañero, dándole un codazo y echando una ojeada a aquella miseria.

—Mejor habitación tiene Mazarino —dijo Aramis.

—Mazarino casi es rey —respondió Athos— y Enriqueta de Francia casi no es reina.

—Si deseaseis lucir en las sociedades con esas agudezas de ingenio, Athos, algo más brillaríais que el pobre señor de Voiture.

Athos se sonrió.

Con mucha impaciencia debía aguardarles la reina, porque al primer ruido que oyó en la habitación que precedía a su aposento, salió a la puerta para recibir a los cortesanos de su infortunio.

—Entrad y sed bien venidos, caballeros —les dijo.

Hiciéronlo así los caballeros y se quedaron de pie; pero a un ademán de la reina para que se sentasen, Athos dio el ejemplo de la obediencia. Su seriedad y tranquilidad contrastaban con la irritación de Aramis, a quien enfurecía aquella miseria regia y cuyos ojos chispeaban a cada nueva muestra de ella que advertía.

—¿Estáis observando el lujo de mi habitación, caballero? —preguntó la reina echando una triste ojeada a su alrededor.

—Señora —dijo Aramis—, perdone Vuestra Majestad; pero no puedo disimular mi indignación al ver cómo se trata en la corte de Francia a la hija de Enrique IV

—¿Ejerce este caballero la profesión de las armas? —preguntó la reina a lord de Winter.

—Se llama el padre Herblay —respondió éste. Aramis se ruborizó y dijo:

—Verdad es que soy religioso, señora; pero lo soy contra mi voluntad; jamás he tenido vocación al alzacuello, ni la sotana se ciñe a mi cuerpo por más de un botón. Siempre estoy dispuesto a volver a mi antigua profesión de mosquetero. No sabiendo que tendría el honor de visitar a V M. me puse esta mañana los hábitos; pero no dejaré de ser por eso un hombre enteramente decidido a servir a V M., por difícil que sea lo que ordene.

—El caballero de Herblay —repuso Winter— es uno de los valientes mosqueteros de que he hablado a V M.

Y señalando a Athos, continuó:

—En cuanto al señor, es el noble conde de la Fère, de cuya alta reputación está V M. tan bien informada.

—Caballeros —dijo la reina—, hace algunos años veíame yo cercada de caballeros, tesoros y ejércitos; una señal mía lo ponía todo en movimiento para servirme. Miradme hoy, y sin duda os quedaréis asombrados, para llevar a término un plan que debe salvar mi vida, sólo puedo disponer de lord de Winter, persona que hace veinte años es mi amigo, y de vos, señores, a quienes veo hoy por vez primera, conociéndonos sólo como compatriotas.

—Quedaréis satisfecha, señora —dijo Athos haciendo una gran reverencia—, si la vida de tres hombres puede salvar la vuestra. —Gracias, señores. Pero escuchadme, no sólo soy la más miserable de las reinas, sino también la madre más desdichada, la esposa más desesperada, dos de mis hijos, el duque de York y la princesa Carlota, están lejos de mí, expuestos a las asechanzas de los ambiciosos y de sus adversarios; el rey mi marido arrastra en Inglaterra una existencia tan dolorosa, que aún me quedo corta afirmando que busca la muerte como un término a sus males. Aquí está, señores, la epístola que me ha remitido por conducto de lord de Winter. Leedla. Athos y Aramis trataron de excusarse.

—Leedla —repitió la reina.

Entonces leyó Athos en voz alta la carta en que preguntaba el rey Carlos, si Francia le concedería hospitalidad. Al acabar su lectura dijo:

—Y la contestación ha sido...

—Una negativa —dijo la reina. Los dos amigos se miraron con amarga sonrisa.

—¿Qué hemos de hacer ahora, señora? —dijo Athos.

—¿Os inspiran alguna piedad tantas desgracias? —preguntó la reina conmovida.

—He tenido el honor de preguntar a V M. qué es lo que quiere que hagamos el señor de Herblay y yo por servirla: estamos dispuestos.

—¡Ah! ¡Noble es efectivamente vuestro corazón! —exclamó la reina abandonándose a su gratitud, en tanto que Winter la miraba como diciéndole—: ¿no os había respondido yo de ellos?

—¿Y vos, caballero? —preguntó la reina a Aramis.

—Yo, señora —contestó éste—, sigo al señor conde, aunque sea a buscar la muerte, sin preguntarle la razón; pero tratándose de servir a V M. —añadió mirando a la reina con toda su gracia juvenil—, entonces le precedo.

—Pues bien, caballeros —dijo la reina—, siendo así, estando dispuestos a consagraros al servicio de una pobre princesa abandonada por todo el mundo, os diré lo que pretendo. El rey se halla solo con algunos caballeros, que a cada momento está temiendo perder, y en medio de escoceses que le inspiran desconfianza,—aunque él también sea escocés. No tengo un momento de reposo, señores, desde que lord de Winter se ha separado de él. Ahora bien: mucho os solicito, tal vez porque carezco de títulos para ello: pasad a Inglaterra, uníos al rey, sed amigos suyos, velad sobre él, marchad a su lado en los combates, ro-

deadle en el interior de su casa, donde amenázanle peligros, más terribles que los del campo de batalla; y a cambio de ese sacrificio, señores, os prometo... no recompensaros, pues me parece que esta palabra os ofendería, sino amaros como una hermana y preferiros a cuanto no sea mi marido y mis hijos; ¡lo juro en presencia de Dios!

Y la reina alzó lenta y solemnemente los ojos al cielo.

—Señora —dijo Athos—, ¿cuándo hemos de partir?

—¡Consentís! —exclamó con júbilo Enriqueta.

—Sí, señora. Pero me parece que V M. se excede ofreciéndonos una amistad tan superior a nuestros servicios. Servir a un príncipe tan desgraciado y a una reina tan virtuosa, es servir a Dios, señora. Vuestros somos en cuerpo y alma.

—¡Ah! —dijo la reina enternecida hasta el punto de llorar—. Este es el primer momento de júbilo y de esperanza que he disfrutado en el espacio de cinco años. Sí, a Dios servís, y como mi poder es sobrado mezquino para poder pagar tal favor, él es quien os recompensará; él, que lee en mi corazón todo el agradecimiento que le profeso, todo el que vos me inspiráis. Salvad a mi marido, salvad al rey, y aun cuando no os mueva el premio que en la tierra podáis recibir por tan bella acción, permitidme esperar que os volveré a ver para daros en persona las gracias. Aquí permaneceré aguardándoos. ¿Tenéis que hacerme algún encargo? Desde este momento somos amigos, y ya que trabajáis para mí, justo es que yo me encargue de vuestros negocios.

—Nada solicito a V M., señora —dijo Athos—, sino sus oraciones.

—Y yo —dijo Aramis—, soy solo en el mundo, y a nadie tengo que servir más que a V M.

Dioles la reina a besar la mano y dijo en voz baja a Winter:

—No vaciléis, milord; si os falta dinero, romped las alhajas que os he dado, sacad los diamantes y vendédselos a un judío, siempre os darán por ellos unas sesenta mil libras; gastadlas si es necesario, para que estos caballeros sean tratados como merecen, como reyes.

Tenía la reina preparadas dos epístolas, una de su mano y otra de su hija la princesa Enriqueta. Ambas iban dirigidas al rey Carlos. Dio una de ellas a Athos y otra a Aramis, a fin de que si les alejaba algún incidente casual, pudiera el rey conocerles: después de esto se retiraron los caballeros.

Al pie de la escalera se detuvo Winter y dijo:

—Marchad por un lado y yo iré por otro para no infundir sospechas, y esta noche nos reuniremos en la puerta de San Dionisio. Marcharemos con nuestros caballos hasta donde podamos y luego tomaremos la posta. Por última vez os doy las gracias, amigos míos, en mi nombre y en el de la reina.

Después de darse los tres caballeros un apretón de manos, Winter tomó por la calle de San Honorato y Athos quedóse solo con Aramis.

—¿Qué opináis de esto, querido conde? —preguntó Aramis.

—Mal.

—¿Pues no habéis acogido el proyecto con entusiasmo?

—Como acogeré siempre la defensa de un gran principio, querido Herblay. Los reyes sólo pueden ser poderosos por la nobleza, pero la nobleza sólo puede ser grande por los reyes. Sostener la monarquía es sostenernos a nosotros mismos.

—Vamos a que nos asesinen —respondió Aramis—. Odio a los ingleses; la cerveza les hace groseros.

—¿Y sería mejor quedarnos aquí y hacer una visita a la Bastilla o a la torre de Vincennes por haber favorecido la fuga del señor de Beaufort? Creedme, Aramis; no hay que apurarse. O vamos a la cárcel o nos portamos como héroes. La elección no es dudosa.

—Cierto, mas en toda clase de negocios hay que contar con una cosa muy despreciable, pero muy necesaria. ¿Tenéis dinero?

—Unos cien doblones que me envió un arrendatario la víspera de mi salida de Bragelonne. Pero tengo que dejar la mitad a Raúl; un joven debe vivir conforme a su clase. De modo que poseo cincuenta doblones poco más o menos. ¿Y vos?

—Yo estoy seguro de que aun cuando registre todos mis bolsillos y revuelva todos los cajones de mi casa, no hallaré diez luises. Afortunadamente lord de Winter es rico.

—Lord de Winter está arruinado, pues Cromwell es quien cobra sus rentas.

—Aquí sí que nos vendría bien el barón Porthos —dijo Aramis.

—Y Artagnan —agregó Athos.

—¡Vaya un bolsillo repleto!

—¡Vaya espada temible!

—¿Queréis que les hablemos?

—No podemos disponer el secreto, Aramis; creedme, no se lo digáis a nadie. Además que dando semejante paso parecería que no teníamos fe en nuestras propias fuerzas, y esto es bueno para que lo sintamos acá para *internos,* pero no para que lo manifestemos.

—Decís bien. ¿Qué pensáis hacer hasta la noche? Yo me veo obligado a aplazar dos asuntos.

—Si su naturaleza lo permite...

—No hay otro remedio.

—¿Y cuáles son?

—El primero dar una estocada al coadjutor, a quien hallé anoche en casa de la señora de Rambouillet y estuvo conmigo algo inconveniente.

—¡Hombre, un lance entre dos clérigos! ¡Un duelo entre colegas!

—¿Qué queréis, amigo? Él es espadachín, y yo también; los dos buscamos aventuras. Si a él le pesa la sotana, yo también estoy harto de ella, y en fin, a veces me figuro que el coadjutor es Aramis, y yo soy el coadjutor, tanto nos parecemos. Esta especie de Socia me fastidia tanto como me estorba; además es un alborotador que pérderá a nuestro partido. Estoy seguro de que si yo le diera un bofetón como el que le di esta mañana al hombre que me llenó de barro, variaría el aspecto de nuestros asuntos.

—Y yo creo, amigo Aramis —respondió tranquilamente Athos—, que lo único que variaría con ese bofetón sería el aspecto del señor de Retz. Dejemos las cosas como están: ni uno ni otro podéis disponer de vuestro brazo; vos sois de la reina de Inglaterra; él de la Fronda. Conque si el segundo negocio no tiene más importancia que el primero...

—¡Oh! El segundo es muy importante...

—Pues id a despacharlo.

—Desgraciadamente no puede ser ahora, sino de noche, enteramente de noche.

—Comprendo —dijo Athos sonriéndose—, a las doce poco más o menos.

—Pues...

—De modo que puede deferirse y vos lo diferiréis teniendo tan buena excusa para dar cuando volváis.

—Si vuelvo.

—Y si no volvéis, ¿qué os importa? Poneos en razón, Aramis; ya no sois un niño.

—¡Harto lo siento! ¡Ah! ¡Si lo fuera!

—No haríais pocas locuras —dijo Athos.

—Pero es preciso que nos separemos; tengo que hacer dos visitas y escribir una epístola; id a buscarme a las ocho, o si queréis os esperaré a comer a las siete.

—Muy bien; yo tengo que hacer veinte visitas y éscribir otras tantas cartas.

Con esto separáronse. Athos fue a casa de la señora de Vendóme, dejó su nombre en la de Chevreuse, y escribió a Artagnan lo siguiente:

«Apreciable amigo: Parto con Aramis para un negocio importante. Quisiera despedirme de vos, pero me falta tiempo. Os escribo para repetiros cuánto os aprecio.

»Raúl ha marchado a Blois e ignora mi viaje. Velad por él lo mejor que podáis durante mi ausencia, y si por casualidad no tuvieseis noticias mías de aquí a tres meses, manifestadle que abra un paquete sellado con sobre para él, que encontrará en Blois en la caja de Bronce, cuya llave os envío.

»Dad un abrazo a Porthos por mí y por Aramis. Hasta la vista, si lo permite el Cielo.»

Terminada esta carta la envió a su destino por medio de Blasois.

Aramis fue a la cita a la hora señalada; iba vestido de caballero, y llevaba ceñida la antigua espada que tantas veces había sacado y tan dispuesto estaba a sacar siempre.

—Me parece —dijo Aramis— que hacemos mal en marcharnos así, sin poner dos letras de despedida a Artagnan y Porthos.

—Ya lo he hecho, yo en vuestro nombre y en el mío.

—Sois admirable; nada se os oculta.

—¿Y estáis enteramente resuelto a hacer el viaje?

—Sí, lo he reflexionado bien y me gusta salir de París en estos momentos.

—A mí también —contestó Athos—; lo_ único que siento es no haber dado un abrazo a Artagnan; pero ese demonio es tan astuto que hubiera adivinado nuestros proyectos.

Blasois penetró en la habitación con la comida, y dijo:

—Señor, aquí está la respuesta del señor de Artagnan.

—Yo no te dije que tuviera contestación, necio.

—Es verdad, y me venía sin esperarla, pero el señor de Artagnan me mandó llamar y me entregó esto.

Blasois presentó a Athos un saquito de cuero bastante abultado. Abriólo el conde y sacó de él una carta que decía:

«Querido conde:

»Cuando se hace un viaje, sobre todo si ha de durar tres meses, nunca sobra el dinero; acordándome, pues, de nuestros apuros de otros tiempos, os remito en esa bolsa la mitad de mi caudal, que es lo que he podido arrancar a Mazarino. Os suplico que no hagáis mal uso de ese dinero.

»Dios permitirá que nos volvamos a ver; con vuestro corazón y vuestra espada se va seguro a todas partes.

»Hasta la vista, pues, redondamente.

»Creo inútil manifestaros que desde que vi a Raúl le amé como un hijo; sin embargo, pido sinceramente a Dios no tener que hacer con él las veces de padre, por mucho que este título me enorgulleciera.

»Vuestro amigo,

»ARTAGNAN. »

«P D. Van los cincuenta luises, en la inteligencia de que tanto son vuestros como de Aramis y de Aramis como vuestros.»

Sonrióse Athos, y sus ojos se empañaron con una lágrima.

Artagnan, a quien siempre había querido tiernamente, le pagaba su cariño, a pesar de la diferencia de pareceres.

—Cincuenta luises cabales —dijo Aramis vaciando el bolsillo sobre la mesa—, y todos del rey Luis XIII. ¿Qué pensáis hacer con este dinero, conde? ¿Os quedáis con él o lo devolvéis?

—Quédome con él, Aramis; y aunque no lo necesitase haría lo mismo. Lo que se ofrece de buena voluntad debe aceptarse sin escrúpulo. Tomad veinticinco luises y dadme el resto.

—Está bien: me alegro de que seáis de mi opinión.

Conque ¿nos marchamos?

—Cuando gustéis; ¿no tenéis lacayo?

—No: ese estúpido de Bazin cometió la necedad de entrar de bedel en Nuestra Señora, y no puede abandonar su puesto.

—Aceptad a Blasois, que de nada me aprovecha, puesto que Grimaud está de vuelta.

—Corriente —dijo Aramis.

En aquel momento se presentó Grimaud en la puerta.

—Listo —dijo con su acostumbrado laconismo.

—Vamos —respondió Athos.

Ya estaban, en efecto, ensillados los caballos. Montaron los dos amigos, y los _lacayos hicieron lo propio.

Al revolver una esquina encontraron a Bazin, que se les acercó echando los bofes.

—¡Gracias a Dios que llego a tiempo! —dijo acercándose a Aramis.

—¿Qué pasa?

—El señor Porthos sale en este momento de casa y ha dejado esto para vos, diciendo que es urgente y que debíais recibirlo antes de marchar.

—Perfectamente —dijo Aramis, tomando un bolsillo que le presentaba Bazin––, ¿qué es esto?

—Una carta, padre.

—Te he dicho que si me das otro dictado que el de caballero, te voy a triturar las costillas. A ver esa carta.

—¿Pretendéis leerla? —preguntó Athos—. La noche está oscura como boca de lobo.

—Esperad un instante —dijo Bazin.

Y echando yesca encendió una cerilla que le servía para prender los cirios de la iglesia.

Al resplandor de la cerilla, leyó Aramis lo que sigue:

«Querido Herblay:

»Me acaba de decir Artagnan, dándome un abrazo de parte vuestra y del conde de la Fère, que vais a poneros en camino para una expedición que tal vez durará dos o tres meses; como sé que no os gusta pedir dinero a vuestros amigos, yo os lo ofrezco; ahí van doscientos doblones de que podéis disponer y que me devolveréis cuando os sea posible. No creáis que esto sea una privación

para mí; si llego a necesitar dinero, lo mandaré traer de cualquiera de mis posesiones sólo en Bracieux tengo veinte mil libras en oro. Si no os remito más es por miedo de que no aceptéis una cantidad demasiado fuerte.

»Me dirijo a vos, porque ya sabéis que el conde de la Fère siempre me ha causado, sin querer, algún respeto, a pesar de lo mucho que le quiero; pero lo que os ofrezco a vos, se lo ofrezco a él al mismo tiempo.

»Soy, como creo que no dudaréis, vuestro afectísimo amigo,

»DU VALLON DE BRACIEUX DE PIERREFONDS.»

—¿Qué decís a esto? —preguntó Aramis.

—Que es casi un sacrilegio, amigo Herblay, dudar de la Providencia teniendo tales amigos. Repartámonos los doblones de Porthos como los luises de Artagnan.

Hecha la distribución a la luz de la cerilla de Bazin, emprendieron su marcha los dos amigos.

Un cuarto de hora después estaban en la puerta de San Dionisio, donde les aguardaba Winter.

XLVI.— LA PRIMERA IDEA ES SIEMPRE LA MÁS EXCELENTE

Emprendieron los tres caballeros el camino de Picardía, que tan familiar les era y que recordaba a Athos y Aramis algunas de las más agradables escenas de su juventud.

—Si viniese con nosotros Mosquetón —dijo Athos al llegar al lugar de su disputa con los trabajadores—, ¡cómo temblaría al pasar por aquí! ¿Os acordáis, Aramis? Aquí recibió aquel famoso balazo.

—No le reñiría por eso, porque a mí también me hace estremecer el recuerdo; justamente detrás de ese árbol fue donde caí, dándome casi por muerto.

Prosiguieron adelante, y a poco tiempo Grimaud fue quien evocó sus recuerdos al llegar al frente de la posada, y enseñándole el respiradero de la cueva, dijo secamente:

—Salchichones.

Rióse Athos, y aquella calaverada juvenil le pareció tan graciosa como si no fuera él su héroe y como si se la refiriera a otro.

Finalmente, después de dos días y una noche de marcha, llegaron a la mitad de una magnífica tarde a Boulogne, ciudad casi desierta entonces y construida enteramente en las alturas, pues no existía entonces lo que se llama *ciudad baja.* Boulogne era una posición temible.

Al llegar a las puertas, dijo Winter:

—Señores, hagamos aquí lo que en París; separémonos para evitar sospechas. Yo conozco una posada no muy concurrida, cuyo dueño es persona de toda mi confianza. Voy allá, porque tengo que recoger unas cartas que deben haber llegado para mí. Dirigíos a la primera fonda de la ciudad; a la *Espada del*

Gran Enrique, pongo por caso, descansad, y dentro de dos horas estad en el muelle, donde nos esperará una barca.

Convenidos en esto, lord de Winter prosiguió su camino dando vuelta a los baluartes exteriores para entrar por otra puerta, en tanto que los dos amigos lo hacían por la que tenían delante, encontrando la fonda designada a unos doscientos pasos.

Ordenaron dar un pienso a los caballos sin quitarles la silla: los lacayos comieron, porque ya empezaba a hacerse tarde, y los amos, llenos de impaciencia por embarcarse, les citaron en el muelle, con orden expresa de no conversar con nadie. Esta advertencia se dirigía únicamente a Blasois, porque para Grimaud era inútil hacía mucho tiempo. Athos y Aramis bajaron hacia el puerto.

Su empolvado traje y el desenfado natural a todo hombre acostumbrado a viajar, llamaron la atención de algunas personas que se estaban paseando.

En uno, especialmente, causó bastante impresión su llegada. Aquel desconocido, en quien repararon primero por la misma causa que atraía sobre sus personas las miradas de los demás, iba y venía entristecido por el muelle, y así que les vio, no apartó de ellos los ojos, manifestando grandes deseos de dirigirles la palabra.

Era bastante joven y pálido; el azul de sus ojos era tan vago que, como los del tigre, parecía que se matizaban según los colores que veían; a pesar de la lentitud e indecisión de su andar, iba muy derecho y con cierta altanería; iba vestido de negro y ceñía con bastante gracia un largo espadón.

Cuando llegaron al muelle detuviéronse Athos y Aramis a examinar una pequeña barca amarrada a una estaca y aviada para marchar. —Indudablemente es la nuestra —dijo Athos.

—Sí —respondió Aramis—, y la corbeta que está aparejando allá fuera, debe ser la que ha de conducirnos a nuestro destino. No falta más sino que nos haga esperar Winter. Es bastante pesado el esperar aquí.

—Silencio —dijo Athos—, nos estaban escuchando.

En efecto, el joven de quien hemos hablado, y que durante el diálogo de entrambos amigos había pasado varias veces por detrás de ellos, paróse al oír el nombre de Winter; pero como no manifestó la menor alteración en su rostro, podía creerse que sólo por casualidad se había detenido.

—Caballeros —les dijo saludándoles con soltura y cortesía—, perdonad mi curiosidad, pero veo que venís de París, por lo menos que sois forasteros.

—Sí, señor, de París venimos —contestó Athos con igual cortesanía—. ¿Tenéis algo que mandarnos?

—¿Tendréis la amabilidad de decirme si es cierto que el señor cardenal Mazarino ha dejado de ser ministro?

—Lo es y no lo es —respondió Athos—; es decir, que la mitad de los franceses le rechazan, y él, con intrigas y promesas, hace que le sostenga la otra mitad. Y veis que esto puede durar así mucho tiempo.

—Es decir, caballero —repuso el desconocido—, que no anda fugado ni está encerrado.

—No, señor.

—Mil gracias, señores —dijo el joven alejándose.

—¿Qué os parece de este amigo? —preguntó Aramis.

—Que debe ser algún señorito aburrido o quizás algún espía.

—¿Y le habéis respondido así?

—No podía hacerlo de distinto modo. Me ha hablado con cortesía y he respondido lo mismo.

—Sin embargo, si fuese un espía...

—¿Qué habíamos de hacer? Ya pasaron los tiempos de Richelieu, que por una simple sospecha mandaba cerrar los puertos.

—No importa, no habéis andado muy cuerdo en contestarle de ese modo —dijo Aramis, siguiendo con la vista al joven, que desaparecía entre los peñascos.

—Y vos —respondió Athos—, olvidáis que habéis cometido una indiscreción mayor pronunciando el nombre de lord de Winter. Al oírle fue cuando se paró.

—Razón de más para decirle que se fuera con mil demonios cuando os dirigió la palabra.

—¿Armar una riña?

—¿De cuándo acá os causa miedo?

—Siempre me lo ha causado cuando me aguardan en una parte y la riña puede impedirme acudir. Además, os confesaré que yo también quería ver de cerca a ese joven.

—¿Por qué?

—Aramis, os vais a burlar de mí; vais a decir que estoy siempre pensando en lo mismo, y me vais a llamar el visionario más cobarde...

—Adelante.

—¿A quién creéis que se parece este joven?

—¿En lo feo o en lo bonito? —preguntó Aramis riéndose.

—En lo feo y en cuanto puede parecerse un hombre a una mujer.

—¡Pardiez! Pues me hacéis pensar... ¡No! ¡Pardiez! No sois visionario, amigo mío, y ahora que lo reflexiono digo que tenéis razón. Esos labios delgados y fruncidos, esos ojos que parecen estar a las órdenes de la cabeza y nunca a las del corazón... Debe ser algún hijo de Milady.

—¿Os reís, Aramis?

—Por costumbre, pero declaro que me haría tan poca gracia como vos el encontrar esa serpiente en el camino.

—Ahí viene Winter.

—Sí, y sentiría que ahora tuviésemos que esperar a los lacayos.

—No —dijo Athos—, allí los veo a veinte pasos detrás de nuestro amigo. Reconozco a Grimaud por lo empinada que lleva la cabeza y por la longitud de sus piernas. Tomy trae las carabinas.

—Vamos a embarcarnos de noche —repuso Aramis dirigiendo una mirada al Occidente, donde ya no presentaba el sol más que una nube de oro que se iba apagando poco a poco, a medida que se sumergía en el mar.

—Es probable —dijo Athos.

—¡Diantre! —respondió Aramis—. Poco me gusta el mar de día, pero menos de noche; el ruido de las olas, el silbido del viento, el temible balanceo del buque... Prefiero el convento de Noisy.

Athos sonrió tristemente, pues escuchaba a su amigo pensando en otra cosa, y se dirigió hacia Winter. Aramis siguióle.

—¿Qué tendrá nuestro buen inglés? —preguntó el último—. Se parece a los condenados del Dante cuando les disloca Satanás el pescuezo y les obliga a mirarse los talones. ¿Por qué tendrá la cabeza hacia atrás?

Cuando lo vio Winter, apresuró el paso y se acercó a ellos con gran rapidez.

—¿Qué tenéis, milord? —preguntó Athos—. ¿Por qué venís tan sofocado?

—Por nada —respondió el inglés—, por nada. Al pasar junto a los peñascos me ha parecido...

Y volvió otra vez la cabeza.

Athos miró a Aramis.

—Pero vámonos —prosiguió Winter—, vámonos, ya debe estarnos esperando la barca y allí veo anclada la corbeta. ¿La distinguís? Ya quisiera estar a bordo.

Y volvió la cabeza otra vez.

—¿Qué es eso? —preguntó Aramis—. ¿Se os olvida algo?

—No, es que estoy distraído.

—Le ha visto —dijo Athos a Aramis.

Habían llegado a la escalera que conducía a la barca; Winter mandó a los lacayos que pasasen delante con las armas, hizo que les siguiesen los mozos con el equipaje y empezó a descender tras ellos.

En aquel momento vio Athos a un hombre que costeaba el mar paralelamente al muelle, acelerando el paso como para presenciar el embarque desde la otra parte del puerto, que apenas distaba veinte pasos.

En medio de las sombras que comenzaban a extenderse, creyó ver en él al joven que antes le había preguntado.

—¡Hola! —dijo entre sí—. ¿Será realmente espía? ¿Pretenderá estorbar nuestro embarque?

Pero como ya era algo tarde para que pudiese ejecutarse este proyecto, caso de que el desconocido lo intentara, bajó Athos también la escalera, aunque sin perderlo de vista.

El joven para acabar más pronto situóse sobre una esclusa.

—Algo piensa contra nosotros —repuso Athos—, pero en embarcándonos y estando en alta mar que venga.

Y saltó a la barca, la cual se apartó al momento de la orilla y comenzó a internarse obedeciendo a los esfuerzos de cuatro vigorosos remeros.

Entonces se puso el desconocido a seguir, esto es, a preceder la barca. Tenía ésta que pasar por entre la punta del muelle en que campeaba el fanal acabado de encender y un peñón muy inclinado sobre el mar. Viose al joven desde lejos subir por el peñasco situándose de modo que pudiera dominar a la embarcación cuando pasase.

—Pues, señor —dijo Aramis a Athos—, indudablemente es espía ese hombre.

—¿Qué hombre? —preguntó Winter volviéndose.

—Uno que nos ha seguido, que nos ha hablado y que nos ha aguardado allá abajo; miradle.

Winter siguió con la vista la dirección del dedo de Aramis. Inundaba el faro con su luz el estrecho que iban a pasar y el peñón en que se mostraba de piel el joven con la cabeza descubierta y los brazos cruzados.

—¡Él es! —dijo lord de Winter asiendo el brazo de Athos—. Él es, no me había equivocado cuando creí reconocerle.

—¿Y quién es él? —preguntó Aramis.

—El hijo de Milady —respondió Athos.

—¡El fraile! —exclamó Grimaud.

El joven oyó estas palabras; parecía que iba a precipitarse al agua; tan inclinado estaba en la extremidad del peñasco.

—Sí, yo soy, tío; el hijo de Milady; yo, el fraile; yo, el secretario y amigo de Cromwell, y os conozco a vos y a vuestros compañeros. Hallábanse en aquella barca tres hombres animosos, de cuyo valor nadie se hubiera atrevido a dudar seguramente; con todo, un escalofrío de terror circuló por sus venas, al ver aquel ademán, al oír aquella voz, aquel tono.

Grimaud tenía erizados los cabellos y la frente bañada en sudor.

—¡Hola! —dijo Aramis—. ¿Conque ese es el sobrino, el religioso, el hijo de Milady, como él mismo dice?

—Sí —murmuró Winter.

—Pues aguardad un momento.

Y con la sangre fría que le era propia en las ocasiones críticas, cogió Aramis uno de los mosquetes que llevaba Tora, le preparó y apuntó al joven que continuaba de pie sobre el peñón, amenazándole con su mano y sus miradas como el ángel exterminador.

—¡Fuego! —gritó Grimaud, fuera de sí.

Athos arrojóse sobre el cañón de la carabina y detuvo el tiro que ya iba a disparar Aramis.

—¡El diablo os lleve! —dijo éste—. Le tenía perfectamente apuntado: en medio del mismo pecho le hubiese dado el balazo.

—Basta con haber muerto a la madre —dijo sordamente Athos.

—La madre era un ser perverso que nos había agraviado a todos en nuestras propias personas, o en las que más queríamos.

—Sí, pero el hijo nada nos ha hecho.

Grimaud, que se había incorporado para observar el efecto del tiro, cayó otra vez sobre su asiento dando una palmada de ira.

El joven soltó la carcajada y dijo:

—¡Muy bien! Vosotros sois, ahora acabo de conoceros.

Su sonora risa y sus terribles palabras pasaron sobre la barca en alas de la brisa, y fueron a perderse en la inmensidad del horizonte. Aramis estremecióse.

—Serenidad —dijo Athos—. ¡Qué diablos! ¿No somos hombres?

—Sí —respondió Aramis—, pero él es un diablo. Preguntad al tío si hubiera hecho mal en librarle de su pariente.

Winter contestó con un suspiro.

—Todo se hubiera acabado —continuó Aramis—. Mucho me temo, Athos, que vuestra discreción me haya hecho cometer una locura.

Athos cogió una mano a Winter y, para mudar de conversación, le preguntó:

—¿Cuándo llegaremos a Inglaterra?

Mas el inglés no le oyó ni dio contestación a sus palabras.

—Mirad, Athos —dijo Aramis—, acaso sea tiempo todavía. Todavía permanece en el mismo sitio.

Athos hizo un esfuerzo para volverse, porque evidentemente le repugnaba la vista de aquel hombre.

Seguía efectivamente el joven de pie sobre el peñón, y el faro formaba en torno suyo una especie de aureola de luz.

—¿Pero qué hará en Boulogne? —preguntó Athos, que como hombre de corazón, indagaba el porqué de todo, cuidándose poco de los efectos.

—Me seguía, me seguía —dijo Winter oyendo entonces la voz del conde porque correspondía con sus pensamientos.

—Para seguiros, amigo, hubiera necesitado saber vuestro viaje, y es probable, por el contrario, que nos haya precedido.

—Entonces no lo entiendo —dijo el inglés, moviendo la cabeza como hombre convencido de que es inútil luchar contra una fuerza sobrenatural.

—Ahora creo, Aramis —dijo Athos—, que he hecho mal en no dejaros disparar.

—Callad —respondió Aramis—; sería cosa de hacerme llorar si yo pudiera verter lágrimas.

Grimaud exhaló un gruñido sordo, igual al ruido lejano de un león.

En aquel momento les hablaron desde la corbeta. Contestó el timonel, y la barca se acercó al buque.

En un momento se trasbordaron los equipajes, los viajeros y sus lacayos. El capitán, que sólo aguardaba a los pasajeros para levar anclas, dio orden de enderezar el rumbo hacia Hastings, punto del desembarque.

Los tres amigos dirigieron en aquel momento una mirada involuntaria al peñón en que todavía se destacaba visiblemente la amenazadora sombra que les perseguía.

Poco después llegaba a sus oídos una voz que les decía: —¡Hasta la vista, señores, en Inglaterra!...

XLVII.— EL «TE DEUM» DE LA ACCIÓN DE LENS

Todo el movimiento notado por la reina Enriqueta, y cuya causa en vano había procurado indagar, provenía de la noticia de la victoria de Lens, cuyo mensajero fue el duque de Chatillon, que había tenido gran parte en ella, y el cual llevaba además la misión de colocar en las bóvedas de Nuestra Señora veintidós banderas cogidas a los loreneses y españoles.

La noticia era decisiva y decidía el pleito entablado contra el Parlamento en favor de la corte. Todos los impuestos, a que se oponía el primero, estaban fundados en la necesidad de sostener la honra de Francia y en la azarosa esperanza de batir al enemigo. Y como desde la batalla de Nordlingen sólo se habían sufrido reveses, tenía el Parlamento ancho campo para interpelar a Mazarino sobre aquellas victorias siempre prometidas y siempre aplazadas; pero por fin se había llegado a las manos y lográndose un triunfo que debía llamarse completo. Así fue que nadie dejó de ver que la corte había conseguido dos victorias; una en el exterior y otra en el interior; y hasta el rey exclamó al saber la noticia:

—Ahora veremos lo que dicen a eso los señores del Parlamento. Oído lo cual, abrazó tiernamente la reina a su hijo, cuyos altivos e impetuosos sentimientos armonizaban tanto con los suyos propios. Aquella misma tarde se celebró un consejo, al cual asistieron el mariscal de la Meilleraie y el señor de Villeroy como mazarinos, Chavigny y Seguier como enemigos del Parlamento. Y Guitaut y Comminges como partidarios de la reina.

No supo nada el público de lo que en aquella junta se dispuso. Súpose únicamente que el domingo próximo debía cantarse un *Te Deum* en Nuestra Señora de París, en celebridad de la victoria de Lens.

Los parisienses despertaron el día señalado en medio de la mayor alegría; pues un *Te Deum* era en aquella época un negocio grave. Aún no se había abusado de esta ceremonia, y así es que producía efecto. El sol apareció radiante como si tomara parte en la festividad, y doraba las sombrías torres del templo metropolitano, lleno ya de un inmenso número de personas del pueblo, hasta las más solitarias calles de la Cité estaban engalanadas, y en toda la extensión de los muelles se veían largas filas de honrados artesanos, mujeres y niños, yendo hacia Nuestra Señora.

Todas las tiendas estaban desiertas y todas las casas cerradas, pues reinaba un deseo general de ver al rey con su madre y al famoso cardenal Mazarino, tan aborrecido que nadie quería privarse de su presencia.

Por lo demás, entre aquel crecido pueblo reinaba la mayor libertad; expresábanse abiertamente toda clase de opiniones, tocando a rebato, en tanto que las mil campanas de las iglesias de París tocaban a *Te Deum,* y como la policía estaba nombrada por la misma ciudad, ninguna demostración amenazadora turbaba la manifestación del odio general, ni contenía las palabras en aquellas maldicientes bocas.

A las ocho de la mañana fue el regimiento de guardias de la reina, al mando de Guitaut, cuyo segundo era Comminges, su sobrino, a escalonarse con sus tambores y cornetas a la cabeza, desde el Palacio Real hasta Nuestra Señora; maniobra que vieron tranquilamente los parisienses, siempre aficionados a oír música militar y a ver uniformes brillantes.

Friquet habíase puesto la ropa de los domingos, y a pretexto de una fluxión que fingió momentáneamente, introduciéndose en la boca gran número de huesos de cereza, consiguió de su superior Bazin venia para ir de paseo. El bedel se negó al principio a concedérsela, porque estaba de mal humor por dos motivos; primero, por el viaje de Aramis, el cual se había marchado sin decirle dónde iba, y segundo, por tener que ayudar una misa en celebridad de una victoria que no estaba en armonía con sus opiniones. Recordará el lector que Bazin era frondista, y si hubiese podido el bedel ausentarse en semejante solemnidad como un simple monaguillo, no hubiera dejado de hacer al arzobispo la misma petición que la que a él le hacían. Resistióse, por tanto, como hemos dicho a conceder toda licencia; pero tanto se desarrolló la fluxión de Friquet en presencia del mismo Bazin, que éste cedió por fin refunfuñando, por honor del cuerpo de escolanos, a quienes podía comprometer semejante deformidad. A la puerta escupió Friquet su fluxión, acompañando este acto con un gesto dirigido al bedel, de esos que eternizarán la superioridad del pilluelo de París sobre los demás del mundo; en cuanto a la taberna se excusó naturalmente, diciendo que ayudaba a misa en Nuestra Señora.

Gozaba, pues, Friquet de completa libertad, y como hemos dicho se había vestido su más escogido traje, llevando principalmente por notable adorno uno de esos indescriptibles gorros que forman el punto de transacción entre el birrete de la Edad Media y el sombrero de Luis XIII. Le había fabricado su madre aquel curioso gorro, y fuese por capricho o por falta de tela uniforme, no demostró el mayor esmero en combinar los colores; de suerte que la obra maestra del arte gorreril en el siglo xvii era amarilla y verde por un lado, y blanca y colorada por el otro. Pero Friquet, que siempre había sido aficionado a la diversidad de tonos, no se manifestaba por eso menos triunfante y orgulloso.

Cuando salió de casa de Bazin se dirigió el monaguillo a todo correr hacia el Palacio Real, al cual llegó precisamente en el instante en que salía el regimiento de guardias, y como no deseaba otra cosa que disfrutar de su vista y aprovecharse de su música, se colocó a la cabeza tocando el tambor con dos pizarras, y pasando de este ejercicio al de corneta, que remedaba con la boca con tal perfección, que mereció más de una vez los elogios de los amantes de la armonía imitativa.

Duró esta diversión desde la barrera de Sergents hasta la plaza de Nuestra Señora, produciendo no poca satisfacción a Friquet; pero cuando hizo alto el regimiento y penetraron las compañías hasta el centro de la Cité, situándose en la extremidad de la calle de San Cristóbal, cerca de la Casatrix, en que vivía

Broussel, recordó el escolano que no había almorzado, y calculando hacia qué parte podría dirigir sus pasos para realizar este importante acto, resolvió después de una madura deliberación, que el consejero Broussel hiciese el gasto.

En consecuencia, se plantó de una rápida carrera en casa del consejero, y llamó con fuerza a la puerta.

Salió a abrirle su madre, la vieja criada de Broussel.

—¿A qué vienes, tunante? —le dijo—. ¿Por qué no estás en la iglesia?

—Allí estaba madre —respondió Friquet ; pero he visto que pasan algunas cosas que debe saber el señor Broussel, y he venido a hablarle con el permiso del señor Bazin; ya sabéis quién es, madre, el señor Bazin, el bedel.

—Está bien, pero ¿qué tienes tú que decir al señor Broussel, buena pieza?

—Quiero hablarle en persona.

—No puede ser, está trabajando.

—Entonces, aguardaré —contestó Friquet, a quien convenía aquella espera, durante la cual se proponía no perder el tiempo.

Y subió rápidamente la escalera seguido con más lentitud por la buena Nanette.

—Pero por fin, ¿qué es lo que quieres del señor Broussel?

—Decirle —contestó Friquet gritando con todas sus fuerzas— que el regimiento de guardias viene hacia este lado, y como se suena que en la corte reinan prevenciones malignas contra el señor consejero, se lo aviso para que esté alerta.

Broussel escuchó las palabras del solapado muchacho, y agradeciendo su excesivo celo bajó al primer piso; porque en efecto, se hallaba trabajando en su gabinete; sito en el segundo.

—¡Eh, amigo! —le dijo—. ¿Qué nos importa el regimiento de guardias? ¿Estás loco para armar semejante estrépito? ¿No sabes que es costumbre de esos señores hacer lo que han hecho, y que este regimiento forma siempre en batalla por donde pasa el rey?

Fingió el escolano grande admiración, y dijo dando vueltas entre las manos a su gorro nuevo:

—No es extraño que vos sepáis eso, señor Broussel, porque vos lo sabéis todo; pero confieso francamente que lo ignoraba, y creía haceros un favor avisándoos. No os enfadéis, señor Broussel.

—Al contrario, hijo mío, al contrario; tu celo me es grato. Señora Nanette, a ver si andan por ahí esos albaricoques que ayer me envió de Noisy la señora de Longueville; dad media docena al muchacho con un pedazo de pan tierno.

—Gracias, señor Broussel, muchas gracias —contestó Friquet ; justamente me gustan en extremo los albaricoques.

Broussel marchó al cuarto de su mujer y pidió el almuerzo. Eran las nueve y media. El consejero asomóse al balcón. La calle estaba enteramente desierta;

pero a lo lejos se oía, como el ruido de la marea creciente, el inmenso mugido de las olas populares que se iban aglomerando en derredor de Nuestra Señora.

Este ruido se aumentó cuando Artagnan fue a situarse con una compañía de mosqueteros a las puertas del templo para que se llevase a término debidamente el servicio divino. Había aconsejado a Porthos que aprovechase la ocasión de ver la ceremonia, y éste iba montado en su mejor caballo y vestido de gala, haciendo de mosquetero honorario como tantas veces lo había hecho Artagnan en otro tiempo. El sargento de la compañía, veterano de las guerras de España, reconoció a Porthos por antiguo camarada y no tardó en poner al corriente a cuantos servían bajo sus órdenes de las hazañas de aquel gigante, honor de los antiguos mosqueteros de Tréville.

No sólo fue bien recibido Porthos en la compañía, sino que hasta produjo una especie de admiración.

A las diez anunciaron los cañones del Louvre la salida del rey. Un movimiento igual al de los árboles, cuyas copas encorva y sacude el viento de la tempestad, circuló por entre la multitud, la cual se agitó por detrás de los mosquetes de los guardias. Por fin apareció el rey con su madre en una carroza enteramente dorada. Seguíanle otros dos carruajes, en que iban las damas de honor, los dignatarios de la casa real y toda la corte.

—¡Viva el rey! —prorrumpió la multitud.

El joven monarca asomó gravemente la cabeza por la portezuela, hizo un gesto de agradecimiento, y aun saludó ligeramente, con lo cual redoblaron los vivan de los circunstantes.

Avanzó la comitiva lentamente, y empleó cerca de media hora en atravesar el espacio que separa al Louvre de la plaza de Nuestra Señora. Luego que llegó a ella, dirigióse poco a poco a la inmensa bóveda de la sombría metrópoli, y empezó el servicio divino.

Al tomar sitio la corte salió un carruaje con las armas de Comminges de la fila de coches, y se colocó lentamente en la extremidad de la calle de San Cristóbal, completamente desierta. Cuatro guardias y un oficial que le escoltaban subieron entonces a la pesada máquina, cerraron las portezuelas, y recatándose para no ser visto el oficial, se puso en acecho mirando hacia la calle Cocatrix como si aguardase a alguien.

Entretenida la gente con la ceremonia, no reparó en el carruaje ni en las precauciones de que se rodeaban los que le ocupaban. Friquet, cuya vigilante vista era la única que podía observarlos, habíase marchado a saborear sus albaricoques sobre la cornisa de una casa del atrio de Nuestra Señora, desde donde veía al rey, a la reina y a Mazarino, y oía misa como si la ayudara.

Al terminar el divino oficio, viendo la reina que Comminges esperaba en pie a su lado la confirmación de una orden que le había dado antes de salir del Louvre, le dijo a media voz:

—Id, Comminges, y el Cielo os dé su ayuda.

Comminges partió al instante, salió de la iglesia y entró en la calle de San Cristóbal.

Friquet, que vio a aquel apuesto jefe marchar seguido de dos guardias, se entretuvo en seguirle, con tanto más motivo, cuanto que había acabado la ceremonia y el rey estaba subiendo otra vez al coche. Apenas divisó el oficial a Comminges en la esquina de la calle de Cocatrix, dijo una palabra al cochero, el cual puso inmediatamente en movimiento su máquina y la condujo a la puerta de Broussel.

Comminges llamaba a esta puerta cuando llegó el carruaje.

Friquet esperaba a que abriesen detrás de Comminges.

—¿Qué haces ahí, pilluelo? —le preguntó éste.

—Estoy esperando para entrar en casa de maese Broussel, señor militar—dijo Friquet con el zalamero tono que tan bien sabe adoptar el pilluelo de París cuando le place.

—¿Conque ésta es efectivamente su casa?

—Sí, señor.

—¿En qué piso vive?

—La casa es suya y la ocupa toda.

—¿Pero dónde está generalmente?

—Para trabajar en el piso segundo, y para comer en el principal; como ahora son las doce, debe estar en éste.

—Bien —contestó Comminges.

En aquel momento se abrió la puerta. El oficial interrogó al lacayo y supo que Broussel estaba en casa, y se hallaba efectivamente comiendo. Comminges subió en pos del lacayo y Friquet le siguió.

Broussel se hallaba sentado a la mesa, con su mujer enfrente; sus dos hijas a los lados y más allá su hijo Louvieres, a quien ya vimos aparecer cuando el atropello que había dado al consejero tanta cele bridad. El buen hombre, que ya estaba completamente restablecido, saboreaba con placer la hermosa fi—uta que le había regalado la señora de Longueville.

Sujetando el brazo del lacayo que iba a abrir la puerta para anunciarle, Comminges la abrió en persona, y se encontró con este cuadro de familia.

La presencia del militar dejó algo perplejo a Broussel, mas viendo que le saludaba con política, se levantó y contestó a su saludo.

A pesar de esta recíproca cortesanía, las mujeres se inmutaron y Louvieres, poniéndose más pálido, aguardó con impaciencia a que el oficial se explicara.

—Caballero —dijo Comminges—, soy portador de una orden del rey.

—Está bien —respondió Broussel—. ¿Qué orden es ésa?

Y alargó la mano.

—Vengo comisionado para apoderarme de vuestra persona —contestó Comminges con el mismo tono de voz y la misma política—, y os aconsejaría que os ahorraseis la molestia de leer este prolijo documento y que me siguieseis.

Un rayo que hubiese caído en medio de aquella familia tan pacíficamente reunida, no hubiera producido en ella más efecto. Broussel retrocedió temblando. En aquella época era cosa espantosa ser encarcelado por enemistad del rey. Louvieres hizo un movimiento para arrojarse sobre su espada, que estaba en un rincón sobre una silla, pero una mirada de su padre, que conservaba alguna tranquilidad, evitó aquel acto de desesperación. La señora Broussel, separada de su marido por la mesa, se deshacía en lágrimas, y sus hijas tenían abrazado al consejero.

—Vamos, caballero —dijo Comminges—, es menester obedecer al rey.

—Señor mío —respondió Broussel—, mi estado de salud es malo y no puedo darme preso ahora; pido que se me conceda tiempo.

—No es posible —replicó Comminges—; la orden es terminante y deje ejecutarse sin dilación.

—¡Imposible! —exclamó Louvieres—. Id con cuidado, caballero, si no queréis exasperarme.

—¡Imposible! —repitió una voz chillona en el fondo de la habitación.

Comminges volvió la cabeza y vio a la señora Nanette con su escoba en la mano y los ojos animados por todo el fuego de la cólera.

—Buena Nanette —dijo Broussel—, estaos quieta, os lo ruego.

—¿Yo estarme quieta cuando prenden a mi amo, el apoyo, el libertador, el padre del pueblo? ¡Ya, ya! Poco me conocéis... ¿Queréis marcharos? —añadió dirigiéndose a Comminges.

Éste sonrióse y dijo a Broussel:

—Haced que calle esa mujer y seguidme.

—¡Yo callar! —exclamó Nanette—. ¡Por supuesto! No seréis vos quien lo logre, avechucho.

Y precipitándose al salón lo abrió y gritó con acento tan penetrante que pudo oírse hasta en el atrio de Nuestra Señora.

—¡Auxilio! ¡Que prenden a mi amo! ¡Que prenden al consejero Broussel! ¡Socorro!

—Caballero —dijo Comminges—, decidíos inmediatamente. ¿Obedecéis o pretendéis rebelaros contra el rey.

—¡Obedezco! —exclamó Broussel, procurando desembarazarse de sus hijas y contener con la mirada a su hijo, que se contenía a duras penas.

—En ese caso imponed silencio a esa vieja.

—¿Vieja, eh? —dijo Nanette.

Y empezó a gritar con más fuerza, agarrándose a los barrotes del balcón.

—¡Socorro a maese Broussel, que le vienen a prender porque ha defendido al pueblo! ¡Socorro!

Comminges sujetó a la criada por la cintura y trató de arrancarla del balcón, pero en el mismo instante, otra voz que salía del entresuelo aulló en falsete:

—¡Asesinos! ¡Fuego, asesinos! ¡Que asesinan al señor de Broussel, que degüellan al señor de Broussel!

Era la voz de Friquet. Viéndose reforzada la señora Nanette, continuó gritando con más fuerza que antes.

Ya se asomaban algunos curiosos a los balcones; el pueblo, reunido en el extremo de la calle, iba acudiendo primero poco a poco, luego en grupos, y por fin en tropel; oíanse gritos, veíase un coche, pero nada se comprendía. Friquet saltó desde la ventana del entresuelo a la cubierta del coche y gritó:

—¡Quieren prender al señor de Broussel! Dentro del coche hay dos guardias: el oficial se halla arriba.

Levantáronse algunos murmurllos entre la turba que se acercó a los caballos; los dos guardias que se habían quedado fuera, subieron a socorrer a Comminges, y los de dentro del carruaje abrieron las portezuelas y cruzaron las picas.

—¿Lo veis? —gritó Friquet—. ¿Lo veis? Ahí están.

El cochero volvióse y sacudió al monaguillo un latigazo que le hizo aullar de dolor.

—¡Hola, cochero del demonio! —exclamó Friquet—. ¿Te metes conmigo? Espera.

Y volviendo de un salto a su entresuelo empezó a tirarle todos los proyectiles que halló a su alcance.

No obstante la hostil demostración de los guardias y quizás a causa de esa misma demostración, el pueblo siguió murmurando y acercándose cada vez más a los caballos. Los guardias obligaron a retroceder a los más atrevidos a fuerza de golpes con sus picas.

Crecía, sin embargo, el tumulto; la calle no bastaba a contener ya los curiosos que de todas partes acudían; el gentío invadía el espacio que hasta entonces habían dejado libre entre ellos y el carruaje las formidables picas de los guardias. Rechazados los soldados por aquellas murallas animadas, corrían peligro de morir entre los cubos de las ruedas y los cristales de los coches.

Los gritos de *¡en nombre del rey!* veinte veces repetidos, no bastaban para contener aquella multitud, y la exasperaban por el contrario, cuando al oír aquellos gritos y al ver insultado el uniforme, apareció un caballero, el cual se lanzó a la pelea espada en mano y prestó un inesperado socorro a los guardias.

Era tal un joven que apenas tenía quince o dieciséis años. Pálido de cólera, echó pie a tierra como los demás guardias, púsose de espaldas a la lanza del coche, se parapetó con su caballo, cogió de la silla dos pistolas que colgó de su cintura y empezó a manejar la espada como hombre familiarizado con este ejercicio. Durante diez minutos contuvo él solo los esfuerzos de la multitud.

Entonces apareció Comminges llevando por delante a Broussel.

—¡Romper el coche! —gritó el pueblo.

—¡Auxilio! —clamó la vieja.

—¡Asesinos! —dijo Friquet, sin cesar de arrojar a los guardias cuanto había a las manos.

—¡En nombre del rey! —gritó Comminges.

—¡El primero que se acerque es muerto! —gritó Raúl, que al verse estrechado clavó la punta de su acero en una especie de gigante que iba a aplastarle y que al sentirse herido retrocedió chillando.

Era en efecto Raúl, que al regresar de Blois, según había prometido al conde, después de cinco días de ausencia, quiso echar un vistazo a la ceremonia, y se dirigió por las calles que más directamente de bían conducirle a Nuestra Señora. Al llegar a las inmediaciones de la calle Cocatrix, tuvo que ceder al empuje de la gente, y a las palabras de *¡en nombre del rey!* se acordó de la orden de Athos: «Servir al rey», y acudió a combatir por el rey, cuyos guardias eran insultados.

Comminges arrojó, por decirlo así, a Broussel en el carruaje y se lanzó en pos de él. En aquel momento resonó un arcabuzazo y una bala atravesó oblicuamente su sombrero y rompió un brazo a un guardia. Comminges alzó la cabeza y vio en medio de la humareda el semblante amenazador de Louvieres, asomado al balcón del segundo piso.

—Bien está, señor mío —le dijo—: oiréis hablar de mí.

—Y vos de mí —contestó Louvieres—; veremos quién habla más fuerte.

Friquet y Nanette seguían voceando; los gritos, el tiro, el olor de la pólvora que tanto electriza, iban causando su efecto.

—¡Muera el oficial, muera! —aulló la turba.

Y a estas palabras siguió un gran movimiento entre el pueblo.

—Si dais un paso más —gritó Comminges descorriendo las cortinas a fin de que quedase en descubierto el interior del coche y colocando su espada sobre el pecho de Broussel—, si dais un paso más, mato al preso. Tengo orden de conducirle vivo o muerto; le llevaré muerto.

Resonó un grito horrible. La esposa y las hijas de Broussel tendían hacia el exaltado pueblo las manos en actitud de súplica.

El pueblo vio que aquel oficial tan pálido, pero que tanta resolución demostraba cumpliría su palabra, y se apartó, aunque siempre amenazando.

Comminges hizo que subiera al carruaje el guardia herido, y mandó a los demás que cerrasen la portezuela.

—¡A palacio! —gritó el cochero más muerto que vivo.

Arreó éste a sus cuadrúpedos, quienes abrieron ancho camino entre la turba, pero al llegar al muelle, fue preciso detenerse; el carruaje había volcado y la multitud oprimía, ahogaba a los caballos. Raúl, que proseguía a pie porque no había tenido tiempo de volver a montar cansado como los guardias de distribuir golpes de plano, empezaba a recurrir a la punta de su espada. Este terrible y último recurso sólo sirvió para exasperar a la multitud. De vez en cuando se veía brillar aquí y allí entre la turba el cañón de un mosquete o la hoja de una tizona; sonaban algunos tiros disparados sin duda al aire, pero cuyo efecto no dejaba de vibrar en los corazones, y seguían lloviendo proyectiles de las ventanas. Oíanse voces de esas que sólo se oyen en los días de motín; veíanse rostros de esos que sólo se ven en los días de sangre. Los gritos de ¡abajo, mueran los guardias! ¡el oficial al Sena! dominaban todo aquel tumulto, a pesar de su inten-

sidad. Raúl, con el sombrero abollado, con el semblante amoratado, conocía que no sólo empezaban a abandonarle las fuerzas, sino también la razón; sus ojos estaban rodeados de una niebla rojiza, y a través de ella divisaba tenderse hacia él cien brazos amenazadores, prontos a herirle cuando cayese. Comminges se arrancaba los cabellos de desesperación dentro del carruaje volcado. Los guardias no podían auxiliar a nadie, ocupados como estaban en su defensa personal. Todo estaba perdido y quizá iban a ser hechos pedazos de un momento a otro el carruaje, los caballos, el oficial, los guardias, y el mismo prisionero, cuando de pronto resonó una voz muy conocida de Raúl, y brilló en el aire un largo espadón; en el mismo instante se entreabrió la multitud arrollada y apareció un oficial de mosqueteros repartiendo tajos a derecha e izquierda, el cual corrió a Raúl, y cogióle en brazos a tiempo que iban a dar con su cuerpo en el suelo.

—¡Justicia de Dios! —gritó. el oficial—. ¿Le habrán asesinado? En ese caso ¡pobres de ellos!

Y dio una media vuelta con tal horrible expresión de ira, de amenaza y de fuerza, que los más revoltosos se precipitaron unos sobre otros para huir, y algunos cayeron al Sena.

—Señor Artagnan —dijo Raúl.

—Sí, ¡voto al diablo! Yo mismo y afortunadamente para vos, según parece, amigo mío. ¡Vamos, aquí! —gritó enderezándose sobre los estribos y levantando el acero para llamar con la voz y con el ademán a los mosqueteros que había dejado atrás en la rapidez de la carrera¡A ver! ¡Barred todo eso! ¡Preparen! Apun...

Al oír esta voz deshiciéronse con tal rapidez los grupos del populacho, que Artagnan no pudo contener una ruidosa carcajada.

—Gracias, Artagnan —dijo Comminges asomando la mitad del cuerpo por la portezuela del coche—, gracias, señor. ¿Tenéis la bondad de decirme vuestro nombre para repetírselo a la reina?

Iba Raúl a contestar; mas Artagnan le atajó diciéndole al oído: —Callad, y dejadme responder:

Y volviéndose a Comminges añadió:

—No perdamos tiempo, salid del coche si podéis y subid a otro.

—¿A cuál?

—Al primero que pase por el Puente Nuevo: los que lo ocupen tendrán a honra prestarle para el servicio del rey.

—¿Quién sabe? —respondió Comminges.

—Vamos, pronto, dentro de cinco minutos tendréis aquí a toda esa canalla armada con mosquetes. Os matarán, y vuestro prisionero quedará en libertad. Salid. Precisamente ahí viene un carruaje.

Y acercándose al oído de Raúl añadió:

—Cuidado con decir vuestro nombre.

El joven le miró con extrañeza.

—Bien está, allá voy —dijo Comminges—, y si vuelven, despachad.

—Nada de eso —respondió Artagnan—, nada de eso, no hay que precipitarse, un tiro que se disparase hoy, costaría muy caro mañana.

Con los cuatro guardias y otros tantos mosqueteros dirigióse Comminges al coche que se acercaba, mandó apearse a los que iban dentro y les condujo hacia el carruaje volcado.

Pero al tratarse de trasladar a Broussel, el pueblo, al ver al que llamaba su libertador, rugió de una manera terrible y se precipitó nuevamente sobre la escolta.

—Idos —dijo Artagnan—, os acompañarán diez mosqueteros, y me quedaré con veinte para contener a la multitud: marchaos; no perdáis un minuto. Diez hombres para escoltar al señor de Comminges.

Separáronse diez hombres del piquete, rodearon al nuevo carruaje y partieron al galope.

Al romper la marcha crecieron los gritos: hallábanse entonces apiñados en el muelle y el Puente Nuevo más de diez mil hombres.

Sonaron algunos tiros y fue herido un mosquetero.

—¡A ellos! —gritó Artagnan encolerizado.

Y con sus veinte hombres cargó sobre la turba, que retrocedió espantada. Sólo un paisano se quedó quieto con su arcabuz en la mano.

—¡Diantre! —dijo el desconocido—. ¿Tú eres el que quiso asesinarle? Espera.

Y apuntó a Artagnan, que se precipitaba sobre él a escape.

Artagnan tendióse sobre las crines de su caballo. El hombre hizo fuego y partió de un balazo la pluma del sombrero del oficial.

Pero en el mismo momento, el impetuoso corcel atropelló al imprudente que pretendía detener por sí solo una tempestad, y le envió rodando hasta la pared.

Artagnan detuvo su caballo y en tanto que los mosqueteros proseguían la carga, volvió espada en mano sobre el caído.

—¡Deteneos! —gritó Raúl reconociendo al joven joven por haberle visto en la calle de Cocatrix—. No le maltratéis, es su hijo.

Artagnan detuvo el golpe que le iba a descargar.

—¡Hola! ¿Sois su hijo? Eso es otra cosa.

—Caballero, me entrego —dijo Louvieres presentando al oficial su arcabuz descargado.

—Nada de eso, no os rindáis ¡voto al diablo! escapad cuanto antes: ¡si os cojo os ahorcan!

No aguardó el joven a que le repitieran el consejo, y deslizándose por debajo del caballo, huyó por la esquina de la calle Guenegaud.

—A fe que ya era tiempo de que detuvierais mi brazo —dijo Artagnan a Raúl––; el hombre podía contarse por muerto, y si luego hubiese sabido yo quién era, lo habría sentido.

—Permitidme, señor Artagnan, que después de daros gracias en nombre de ese pobre joven, os las dé también en el mío, porque también yo iba a morir cuando llegasteis a salvarme.

—Esperad un momento —repuso Artagnan—, y no os molestéis en hablar.

Y sacando de una pistolera un frasco lleno de vino español, prosiguió:

—Beber un par de tragos.

Hízolo así Raúl y volvió a sus frases de gratitud.

—Querido —dijo Artagnan—, luego hablaremos de eso.

Y advirtiendo que los mosqueteros habían despejado el muelle desde San Miguel hasta el Puente Nuevo, y que daban la vuelta, levantó la espada para que acelerasen el paso.

Los mosqueteros se acercaron al trote a tiempo que por otra parte asomaban los diez hombres de escolta que dio Artagnan a Comminges.

—¡Hola! —dijo el oficial dirigiéndose a estos últimos—. ¿Ha sucedido algo de nuevo?

—Sí, señor —dijo el sargento—; otra vez se ha roto el carruaje; parece maldición.

Artagnan se encogió de hombros y dijo:

—Son unos necios, bien podían haber escogido un coche sólido; para llevar preso a un Broussel, era necesario que tuviera resistencia para diez mil hombres.

—¿Qué ordenáis, mi teniente?

—Coged el destacamento y conducidle al cuartel.

—¿Y vos os retiráis solo?

—Por supuesto. ¿Suponéis que necesito escolta?

—Sin embargo...

—Vamos, marchaos.

Fuéronse los mosqueteros, y Artagnan quedóse sólo con Raúl.

—Vamos a ver —dijo el oficial—, ¿os duele algo?

—Sí, estoy pesado; la cabeza me arde.

—¿Pues qué le pasa a esa cabeza? —dijo Artagnan quitándole el sombrero—. ¡Hola! Una contusión.

—Es verdad, creo que me tiraron un tiesto.

—¡Miserables! —dijo Artagnan—. Pero... traéis espuelas. ¿Veníais a caballo?

—Sí, me apeé para defender al señor de Comminges, y luego no lo volví a encontrar... Mirad, mirad, allí le conducen.

En efecto, en aquel momento pasaba por el muelle el caballo de Raúl montado por Friquet, el cual corría a galope agitando su gorro de cuatro colores y gritando:

—¡Broussel! ¡Broussel!

—¡Eh! tunante, alto ahí —gritó Artagnan—; trae acá ese caballo.

Estas voces llegaron hasta Friquet; pero aparentó no oírlas y siguió su camino.

Artagnan tuvo impulsos de echar a correr tras el monaguillo; pero no queriendo dejar solo a Raúl, se contentó con sacar una pistola y amartillarla.

Friquet tenía excelente vista y no menos delicado oído, así es que viendo el ademán de Artagnan y oyendo el ruido del gatillo, se quedó parado.

—¡Pardiez! Erais vos, señor oficial —dijo acercándose a Artagnan—; mucho celebro encontraros.

Miró Artagnan atentamente a Friquet y conoció en él al muchacho de la calle de la Calandre.

—¡Calla! ¿Eres tú, bribonzuelo? Ven acá.

—Sí, soy yo, señor oficial —dijo Friquet con zalamería.

—¿Conque has mudado de oficio? ¿Conque ya no eres monaguillo, ni mozo de taberna, y te has metido a ladrón de caballos?

—¡Cómo! Señor oficial, ¿es posible que creáis tal cosa? No, señor, voy buscando al caballero a quien pertenece ese animal, un caballero muy gallardo por cierto, y valiente como un César.

Simulando entonces que reparaba en Raúl por primera vez, continuó:

—Pero si no me equivoco, aquí le tenemos justamente. ¿No hay algo para el portador, señor caballero?

Raúl llevó la mano al bolsillo.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Artagnan.

—Dar diez libras a este muchacho —respondió Raúl sacando una moneda.

—¡Diez puntapiés en la barriga! —repuso Artagnan—. Echa a correr, pilluelo, y no olvides que sé tus señas.

Friquet, que no esperaba salir tan bien librado, se plantó de un salto en la calle Dauphine, por la que escapó.

Volvió Raúl a montar, y marchando al paso en unión de Artagnan, que velaba sobre él como si fuera su propio hijo, se encaminaron ambos a la calle de Tiquetonne.

Durante el camino percibieron algunos murmullos sordos, algunas amenazas lejanas; pero al ver a aquel militar de aspecto tan marcial, y aquella vencedora espada que de su muñeca pendía, todos se apartaron si hacer ninguna tentativa seria contra su persona.

Llegaron, por tanto, sin tropiezo, a la fonda de la Chevrette.

La bella Magdalena participó a Artagnan que Planchet estaba de vuelta acompañado de Mosquetón, el cual había sufrido valerosamente la extracción de la bala, y seguía bueno en cuanto lo permitía su estado.

Entonces mandó Artagnan que llamasen a Planchet; pero a pesar de las voces que le dieron, éste no respondió: había desaparecido.

—Traed vino —dijo el oficial.

Cumplida esta orden, se quedó solo Artagnan con Raúl.

—Estaréis muy contento de vos —le dijo observándole atentamente.

—Sí tal —contestó Raúl—, me parece que he cumplido con mi deber. ¿No he defendido al rey?

—¿Y quién os ha ordenado que defendierais al rey?

—El mismo conde de la Fère.

—Bien, pero hoy no habéis defendido al rey, sino a Mazarino y esto no es lo mismo.

—Pero...

—Habéis hecho un disparate, joven, tomando cartas en asuntos que no os interesan.

—Lo mismo...

—Es diferente: yo tengo que obedecer las órdenes de mi superior. El vuestro es el príncipe de Condé. Entendedlo bien, no tenéis otro. ¡Habráse visto el mala cabeza —continuó Artagnan—, que se hace cardenalista y ayuda a prender a Broussel! Cuidado con que digáis una palabra de esto si no queréis que el señor conde se ponga furioso.

—¿Os parece que se enfadaría?

—Estoy cierto de ello; si no fuera por eso yo os daría las gracias, porque al fin habéis trabajado por nosotros. Por eso os reprendo en estos términos, algo más suaves que los que emplearía el señor conde. Además, hijo mío —continuó Artagnan—, si procedo así, es usando el privilegio que vuestro tutor me ha concedido.

—No os comprendo —respondió Raúl.

Levantóse Artagnan, se dirigió a su mesa, tomó una carta y se la presentó al joven, cuya mirada se turbó apenas fijó los ojos en el papel.

—¡Dios mío! —exclamó levantando hacia Artagnan sus ojos preñados de lágrimas—. ¿Conque el señor conde se ha marchado de París sin verme?

—Hace cuatro días —contestó Artagnan.

—Pero en la carta da a entender que está expuesto a un peligro de muerte.

—¿De muerte? ¡Ya, ya! ¿Correr él peligro de muerte? Tranquilizaos: ha ido a despachar algunos negocios y volverá pronto; creo que no sentiréis repugnancia en aceptarme por tutor interino.

—¡Oh! No, señor—dijo Raúl—, ¡sois tan valiente y os quiere tanto el señor conde de la Fère!

—Pues queredme vos también: no os haré rabiar, a condición de que seáis frondista muy frondista.

—¿Y podré continuar visitando a la señora de Chevreuse?

—Vaya que sí ¡voto a ...! y también al señor coadjutor y a la señora de Longueville; y si estuviese aquí el buen maese Broussel, a cuya prisión habéis con-

tribuido con tanta indiscreción, os diría: pedid perdón inmediatamente al señor de Broussel y dadle un beso en ~cada mejilla.

—Y yo os obedecería, señor de Artagnan, aunque no os comprendo.

—Es inútil que comprendáis. ¡Cáscaras! —continuó Artagnan volviéndose hacia la puerta que acababa de abrirse—. Aquí viene el señor Du Vallon con toda la ropa rasgada.

—Sí, pero en cambio —repuso Porthos chorreando sudor y cubierto de polvo—, en cambio he rasgado más de un pellejo. ¡Pues no querían esos tunantes quitarme mi espada! ¡Vaya una conmoción popular! —continuó el gigante con su indiferencia acostumbrada—. ¡Lo menos veinte he echado por tierra con el pomo de Balizarda!... Un poco de vino, Artagnan.

—Tomad —dijo el gascón llenando el vaso de Porthos—, y después me diréis vuestra opinión.

Desocupó Porthos el vaso de un solo trago, lo dejó sobre la mesa, limpióse los bigotes y dijo:

—¿Respecto a qué?

—Sobre esto —respondió Artagnan—. Aquí tenéis al señor de Bragelonne, que estaba empeñado en ayudar al arresto del señor de Broussel y que me ha puesto en gran aprieto para impedir que defendiese al señor de Comminges.

—¡Diantre! —exclamó Porthos—. ¿Y qué hubiese dicho el tutor al saberlo?

—¿Lo veis? —dijo Artagnan—. Sed frondista, amiguito, y tened presente que yo reemplazo en todo al señor conde.

Y agitó un bolsillo lleno de dinero.

Volviéndose luego a su camarada, dijo.

—¿Venís, Porthos?

—¿Adónde? —preguntó éste, echándose otro vaso de vino.

—A poneros a las órdenes del cardenal.

Vació Porthos el otro vaso con la misma pausa que el primero, cogió su sombrero, que estaba sobre una silla, y siguió a Artagnan.

Raúl, extrañándose de lo que veía, se quedó en la habitación, de la cual le había Artagnan prohibido salir hasta que el orden se restableciera completamente en las calles.

XLVIII.— EL POBRE DE SAN EUSTAQUIO

Con intención había retrasado Artagnan su ida al Palacio Real; en aquel intermedio había tenido tiempo Comminges para anticiparse y contar al cardenal los eminentes servicios que él y su amigo habían prestado aquella mañana al partido de la reina.

Ambos fueron admirablemente recibidos por Mazarino, que los colmó de elogios y les participó que se hallaban a más de la mitad del camino para alcanzar cada cual lo que deseaba, Artagnan su empleo de capitán y Porthos su baronía.

Más hubiera querido el gascón algún dinero que aquellas palabras; porque no ignoraba cuán fácilmente prometía Mazarino y con cuánta dificultad cumplía; pero no manifestó su descontento a Porthos por no desanimarle.

Estando los dos amigos en el cuarto del cardenal, envió la reina a llamar a éste. Creyó Mazarino que el celo de sus defensores se aumentaría el doble si S. M. les daba las gracias en persona: les hizo, pues, una seña de que le siguiesen y al mostrarle Artagnan y Porthos sus vestidos llenos de polvo y girones, movió la cabeza y dijo:

—Este traje vale más que el de la mayor parte de los cortesanos que encontréis en el cuarto de S. M., porque es de campaña. Artagnan y Porthos obedecieron sin replicar.

La corte de Ana de Austria era numerosa y reinaba en ella una estrepitosa alegría, porque, al fin, después de haber vencido a los españoles se acababa de vencer al pueblo. Conducido Broussel fuera de París sin resistencia, debía hallarse a aquellas fechas en los calabozos de San Germán, en tanto que Blancmesnil, cuya prisión había tenido lugar al mismo tiempo, aunque sin ruido ni dificultades, estaba ya en el castillo de Vincennes.

Permanecía Comminges junto a la reina, la cual le interrogaba acerca de su expedición, y los demás cortesanos escuchaban su relato, cuando el narrador avistó en la puerta a Artagnan y a Porthos detrás del cardenal.

—Cabalmente, señora —dijo corriendo hacia Artagnan—, tiene aquí V M. a una persona que podrá referirlo todo mejor que yo, porque es quien me ha salvado. Sin su ayuda probablemente estaría a estas horas preso en las redes de Saint—Cloude, pues se trataba nada menos que de tirarme al Sena. Hablad, Artagnan, hablad.

Desde que era teniente de mosqueteros tal vez había estado cien veces Artagnan en la misma habitación que la reina; pero nunca le había hablado ésta.

—Después de haberme prestado semejante servicio, ¿permaneceréis callado, caballero? —Ana de Austria preguntó.

—Señora —respondió Artagnan—, nada tengo que decir sino que mi vida está a disposición de V M., y que seré feliz el día que la pierda por serviros.

—Ya lo sé, caballero —dijo la reina—, y hace mucho tiempo. Celebro, por tanto, poder daros esta pública muestra de estimación y agradecimiento.

—Permitidme, señora —repuso Artagnan—, que pase parte de ella a mi amigo, ex mosquetero de la compañía de Tréville, como yo —y recalcó sobre estas palabras—, el cual se ha portado hoy admirablemente.

—¿Cómo se llama este caballero? —preguntó la reina.

—En la compañía se llamaba Porthos —la reina estremecióse—, pero su verdadero nombre es Vallon.

—De Bracieux de Pierrefonds —dijo Porthos.

—Muy numerosos son esos apellidos para recordarlos todos, y prefiero atenerme al primero —repuso con agrado la reina.

Porthos hizo un saludo.

Artagnan dio dos pasos hacia atrás.

En aquel momento anunciaron al coadjutor.

La asamblea soltó una exclamación de sorpresa. Aunque el coadjutor había predicado aquella misma mañana, no se ignoraba que era partidario de la Fronda, y cuando Mazarino solicitó del arzobispo de París que ocupase su sobrino el púlpito, fue evidentemente con intención de dar al señor de Retz una de esas estocadas a la italiana de que tan amigo era.

Efectivamente, al salir de Nuestra Señora supo el coadjutor lo que ocurrió. Aunque debía considerarse comprometido con los principales frondistas, no lo estaba tanto que no pudiese retirarse si le presentaba la corte la ventajas que ambicionaba, no siendo la coadjutoría más que un medio de conseguirlas. El señor de Retz quería ser arzobispo en sustitución de su tío, y cardenal como Mazarino. Difícilmente podía concederle el partido popular estos favores enteramente regios. Pasaba, pues, a palacio para cumplimentar a la reina por la victoria de Lens, resuelto de antemano a obrar en pro o en contra de la corte, según fuese recibida su felicitación.

Anunciado el coadjutor, entró en la real cámara, y al verle creció la curiosidad de aquella corte triunfante.

El coadjutor tenía él solo tanto talento como todos los que allí se hallaban reunidos para burlarse de él. De modo que desplegó tanta habilidad en su discurso, que por muchos deseos que tuviesen los circunstantes de reírse, no hallaron en qué hincar el diente. Concluyó diciendo que ponía su corta influencia a disposición de S. M.

La reina aparentó escuchar con el mayor gusto la arenga de Gondi interín duró, pero al oír la última frase, la sola que daba ocasión a las burlas, Ana de Austria volvió la cabeza y con una ojeada dio a entender a sus favoritos que les abandonaba su presa. Los graciosos de la corte empezaron su tarea. Nogen—Beautin, bufón de la casa, dijo que era una fortuna para la reina al encontrar los auxilios de la religión en semejantes momentos.

Todos riéronse.

El duque de Villeroy dijo que no sabía cómo se había podido tener miedo, estando allí para defender a la corte contra el Parlamento y la villa de París el coadjutor, que con una seña podía poner en pie un ejército de curas, porteros y bedeles.

El mariscal de la Meilleraie añadió que en caso de que llegara a las manos y entrase en acción el señor coadjutor, era sensible que no se le pudiera reconocer en la pelea por un sombrero encarnado, como lo había sido Enrique IV por su pluma blanca en la acción de Ivry.

Gondi sufrió con calma y severo aspecto aquella tormenta, que podía ser mortal para sus autores. Entonces le preguntó la reina si tenía que añadir algo al elocuente discurso que acababa de pronunciar.

—Sí, señora —dijo el coadjutor—; tengo que rogaros que reflexionéis con mucha detención antes de encender una guerra civil en el reino.

Volvióle la reina la espalda y resonaron nuevas risas.

El coadjutor hizo un saludo y salió del palacio dirigiendo al cardenal, que lo contemplaba, una de esas miradas comprensibles sólo entre enemigos mortales. Tan acre fue, que llegó hasta lo más hondo del corazón de Mazarino, el cual, viendo que era una declaración de guerra, asió el brazo de M. Artagnan y le dijo en voz muy baja:

—¿Si fuera necesario podríais reconocer a ese hombre que acaba de salir?

—Sí, señor —contestó el gascón.

Y volviéndose a Porthos, añadió:

—¡Diantre! Esto se va echando a perder: no me gustan disputa con gente de iglesia.

Gondi retiróse repartiendo bendiciones a su paso, y dándose la maligna satisfacción de hacer que se le pusieran de rodillas hasta los criados de sus enemigos.

—¡Hola! —murmuraba al atravesar el umbral—. ¡Corte ingrata, corte miserable, corte cobarde! Mañana te enseñaré a reír; pero por otro estilo.

Mas en tanto que en el Palacio Real procuraban todos a fuerza de rarezas ponerse al nivel de la jovialidad de la reina, Mazarino, que era hombre sensato y que además tenía toda la previsión del miedo, no perdía el tiempo en peligrosas chanzonetas, sino que saliendo detrás del coadjutor, arreglaba sus cuentas, guardaba su oro y disponía que algunos operarios leales practicasen escondites en las paredes.

Vuelto a su casa, supo el coadjutor que durante su ausencia había ido a verle un joven y que le estaba esperando: preguntó su nombre y dio un salto de regocijo al saber que era Louvieres.

Dirigióse al momento a su gabinete y encontró, efectivamente, al hijo de Broussel enfurecido y manchado de sangre aún, de resultas de su lucha con los partidarios del rey.

La única precaución que tomó para ir al arzobispado, era la de dejar el arcabuz en casa de un amigo.

Marchó hacia él el coadjutor y le alargó la mano. El joven miróle como si tratase de escudriñar su corazón.

—Creed, querido Louvieres —dijo Gondi—, que me ha afectado en extremo vuestra desgracia.

—¿Es cierto? ¿Habláis seriamente? —preguntó Louvieres.

—De todo corazón.

—En ese caso, señor, ya ha pasado el tiempo de las palabras, y es llegada la hora de entrar en acción: si queréis, mi padre puede estar libre dentro de tres días, y vos ser cardenal de aquí a seis meses.

El coadjutor se estremeció.

—¡Oh! Procedamos francamente —dijo Louvieres—, y a cara descubierta. No se gastan en limosnas por pura caridad treinta mil escudos en medio año como vos lo habéis hecho; sois ambicioso, es muy natural, sois hombre de genio y conocéis vuestro valor. Yo odio a la corte y sólo tengo en este momento un de-

seo, la venganza. Dadnos el clero y el pueblo, de los cuales disponéis; yo os daré la clase media y el Parlamento; disponiendo de estos cuatro elementos, París es nuestro dentro de ocho días, y creedme, señor coadjutor, la corte dará por miedo lo que no por buena voluntad.

El coadjutor lanzó a Louvieres una penetrante mirada.

—Pero, señor de Louvieres, ¿sabéis que lo que me proponéis es la guerra civil?

—Mucho tiempo hace que la estáis preparando, señor, para que no la tengáis por bien venida.

—No importa —repuso Gondi—, ya conocéis que esas cosas necesitan reflexión.

—¿Y cuántas horas deseáis para reflexionar?

—Doce. No me parece que es mucho.

—Son las doce del día. A medianoche estaré aquí.

—Si no he vuelto, aguardadme.

—Muy bien. Hasta la noche, monseñor.

—Hasta la noche, querido señor de Louvieres.

Luego que se quedó solo, envió Gondi a llamar a todos los sacerdotes con quienes tenía relaciones. Dos horas después se hallaron reunidos en su casa treinta párrocos de los barrios más populosos, y por consiguiente, más bulliciosos de París.

Refirióles Gondi el agravio que acababan de hacerle en el Palacio Real, y repitió los dichos de Beautin, del duque de Villeroy y del mariscal de Meilleraie. Los curas le preguntarón qué debían hacer.

—Es muy sencillo —respondió el coadjutor—; puesto que dirigís las conciencias, destruid esa miserable preocupación del temor y el respeto a los reyes, decid a vuestros feligreses que la reina nos tiraniza, y repetid a todos que las desdichas de Francia provienen de Mazarino, su amante y corruptor. Empezad la obra hoy, ahora mismo, y dentro de tres días volved a darme cuenta del resultado. Si hay quien tenga algún buen consejo que darme, quédese y le escucharé con gusto.

Quedáronse tres curas: el de San Mery, el de San Sulpicio y el de San Eustaquio. Los demás retiráronse.

—¿Creéis poder ayudarme más eficazmente aún que vuestros compañeros? ––preguntó Gondi.

—Así lo esperamos —dijeron los sacerdotes.

—Vamos a ver; empezad, señor párroco de San Mery.

—Monseñor, en mi barrrio hay un hombre que pudiera seros muy útil.

—¿Quién es?

—Cierto tendero de la calle de Lombardos que tiene la mayor influencia sobre los demás mercaderes del distrito.

—¿Cómo se llama?

—Planchet; hará seis semanas que promovió él solo un motín; pero a consecuencia de él tuvo que huir para no ser ahorcado.

—¿Podréis hallarle?

—Me parece que sí; creo que no le han preso, y como soy confesor de su mujer sabré dónde está si ella lo sabe.

—Muy bien, señor cura, buscad a ese hombre, y si lo encontráis, conducídmelo.

—¿A qué hora, monseñor?

—A las seis, si os acomoda.

—A las seis estaremos aquí, monseñor.

—Id con Dios y Él os ayude en vuestros intentos.

El cura se marchó.

—¿Y vos? —dijo Gondi volviéndose al de San Sulpicio.

—Yo, señor —contestó éste—, conozco a un hombre que ha prestado grandes servicios a un príncipe popular, que sería un excelente jefe de asonadas, y que puedo poner a vuestras órdenes.

—¿Quién es ese hombre?

—El conde de Rochefort.

—Yo también le conozco; desgraciadamente no vive en París.

—Está en la calle Casette.

—¿Desde cuándo?

—Hace tres días.

—¿Y por qué no ha venido a visitarme?

—Porque le han dicho... señor, perdonará o...

—Adelante.

—Que monseñor estaba en vísperas de capitular con la corte. Gondi mordióse los labios y dijo:

—Se han engañado; traédmele a las ocho, señor cura, y Dios os dé su bendición como yo la mía.

El segundo sacerdote hizo una reverencia y se marchó.

—A vos os toca —dijo el coadjutor volviéndose al que quedaba—. ¿Tenéis que proponerme algo que iguale a lo que habéis oído?

—Y que lo supere, señor.

—¡Diantre! ¿Sabéis que os comprometéis a mucho? El uno me ofrece un mercader, el otro un conde; ¿vais a ofrecerme algún príncipe?

—Un pobre.

—Bien —dijo Gondi reflexionando—; tenéis razón, señor cura; un hombre que ponga en movimiento toda esa legión de pobres que llenan las calles de París, y que sepa hacerles gritar de suerte que toda Francia les oiga que Mazarino es quien les ha reducido a pedir limosna.

—Tengo lo que necesitáis.

—¡Muy bien! ¿Y quién es?

—Un mendigo, como ya os he dicho, monseñor, que reparte agua bendita en las gradas de la iglesia de San Eustaquio de unos seis años a esta parte.

—¿Afirmáis que tiene influencia sobre los demás compañeros?

—Ya sabrá, monseñor, que la mendicidad es un cuerpo organizado de los que no tienen contra los que tienen, asociación en que cada uno deposita su cuota y que depende de un jefe.

—Sí, lo he oído todo —dijo el coadjutor.

—Pues bien, el hombre de que os hablo es el síndico general.

—¿Y qué noticias tenéis de él?

—Ninguna; pero creo que debe ser víctima de algunos remordimientos —dijo el cura.

—¿Por qué?

—El día 28 de cada mes se manda celebrar una misa por el alma de una persona que murió de muerte violenta; ayer, sin ir más lejos, la dije.

—¿Y su nombre?

—Maillard; pero no creo que sea su verdadero nombre.

—¿Estará ahora en el atrio?

—Sí, señor.

—Pues vamos a verle, padre cura, y si es tal como lo pintáis, bien podéis decir que habéis encontrado un verdadero tesoro.

Vistióse Gondi de caballero: se puso un gran sombrero con plumas encarnadas, ciñóse una larga espada, calzó botas con espuelas, se envolvió en su ancha capa, y siguió al sacerdote.

Atravesaron el coadjutor y su compañero las calles que separan el arzobispado de la iglesia de San Eustaquio, observando con atención el estado de los ánimos. Estaba el pueblo agitado; pero semejante a un enjambre de abejas asustadas, parecía no saber en qué fijarse, y era indudable que si no encontraba quién le dirigiese, la cosa no pasaría adelante.

Al llegar a la calle de Prouvaires, señaló el cura al atrio de la iglesia y dijo:

—Allí le tenéis, siempre en su puesto.

Gondi miró hacia el lugar indicado por el cura y vio a un pobre sentado en una silla y recostado en una de las esculturas de la iglesia: tenía en la mano un hisopo y al lado un cubo pequeño.

—¿Tiene algún privilegio para ponerse ahí? —preguntó Gondi.

—No, señor —contestó el cura—; ha tomado a su predecesor la plaza de repartidor de agua bendita.

—¿Cómo tomado?

—Sí, estas plazas se compran; creo que a éste le ha costado la suya cien doblones.

—¿Conque es rico?

—Algunos de ellos mueren legando veinte, veinticinco o treinta mil libras de herencia.

—¡Hola! —dijo Gondi riéndose—. No sabía yo que colocaba tan bien mis limosnas.

Llegaron al atrio, y al pisar el cura y el coadjutor la primera grada de la iglesia, el mendigo levantóse y presentó su hisopo.

Era el tal personaje de sesenta y seis a sesenta y ocho años, bajo, bastante grueso, de cabellos canos y de mirar semi—salvaje. Advertíase en su semblante la lucha de dos principios opuestos; una naturaleza de malas inclinaciones vencida por la voluntad, o tal vez por el arrepentimiento.

Al ver al caballero que acompañaba al cura, inmutóse ligeramente y le miró con asombro.

El cura y el coadjutor tocaron el hisopo con la punta de los dedos, haciendo la señal de la cruz, y el segundo echó una moneda de plata en el sombrero que se hallaba en el suelo.

—Maillard —dijo el cura—, el señor y yo venimos a hablar con vos un instante.

—¡Conmigo! —exclamó el pobre—. Mucha honra es esa para un repartidor de agua bendita.

No pudo dominar enteramente Maillard, al decir esto, cierto tono de ironía que sorprendió al coadjutor.

—Sí —continuó el cura, el cual parecía estar acostumbrado a aquel acento—; sí, hemos deseado saber lo que pensáis de los acontecimientos actuales, y lo que habéis oído decir a las personas que entran y salen por esta puerta.

El pobre movió la cabeza.

—Muy tristes son los acontecimientos, señor cura, y van, como siempre, a estrellarse en el pobre pueblo. Todo el mundo está descontento, todo el mundo se queja; mas quien dice todo el mundo, dice nadie.

—Explicaos, amigo —dijo el coadjutor.

—Quiero dar a entencer que todos esos gritos y maldiciones no producirán más que una tempestad con relámpagos, pero sin rayos mientras no haya un jefe.

—Hábil parecéis, amigo —dijo Gondi ; ¿y estaríais dispuesto a tomar parte en una pequeña guerra civil, caso de que ocurriera y a poner a disposición de ese jefe, si le hubiera, vuestro poder personal y la influencia que sobre vuestros compañeros tenéis?

—Sí, señor, con tal de que esa guerra fuese aprobada por la Iglesia, y pudiese, por consiguiente, conducirme al fin que deseo, que es la remisión de mis pecados.

—La Iglesia no sólo la vería con gusto, sino que dirigiría esa guerra.

—Ved, Maillard —dijo el cura—, que yo os he recomendado a este caballero, que es un señor poderoso, y que en cierto modo he respondido de vos.

—Ya sé, señor sacerdote —contestó el mendigo—, que siempre habéis sido muy bueno para mí, y estoy dispuesto a serviros.

—Y el poder que sobre vuestros compañeros ejercéis, ¿es tan grande como me decía hace poco el señor cura?

—Creo que me profesan cierta estimación —respondió el pobre con orgullo—, y que no sólo harán cuanto les mande, sino que me seguirán adonde quiera que vaya.

—¿Y podéis responderme de quinientos hombres resueltos que sean capaces de echar abajo los muros del Palacio Real gritando ¡muera Mazarino! como murieron antiguamente los de Joicó?

—Creo —dijo el mendigo—, que puedo encargarme de cosas más arduas e importantes que esa.

—¿Sí? —dijo Gondi—. ¿Os encargaríais de construir una docena de barricadas en una noche?

—Me encargaría de armar cincuenta y defenderlas al otro día.

—¡Cáscaras! —exclamó Gondi—. Habláis con una seguridad que me agrada, y ya que el señor cura me responde de vos...

—Respondo de él —dijo el sacerdote.

—Aquí hay un saco con quinientos cincuenta doblones en oro; disponedlo todo y decidme dónde podré veros esta noche.

—Desearía fuera en un sitio elevado, para que cualquier seña que en él se hiciese pudiera divisarse desde todos los barrios de París.

—¿Deseáis que os dé una esquelita para el vicario de Saint-Jacques-la-Boucherie? El os introducirá en uno de los aposentos de la torre —dijo el cura.

—Está bien —contestó el mendigo.

—Pues entonces —añadió el coadjutor—, esta noche a las diez estará a vuestra disposición, si quedo contento de vos, otro saco con quinientos doblones.

Los ojos del mendigo resplandecieron con una expresión de avaricia que reprimió al instante.

—Hasta esta noche —respondió—, y para entonces todo lo tendré dispuesto.

Dicho esto llevó la silla a la iglesia, puso junto a ella el cubo y él hisopo, fue a tomar agua bendita a la pila, como si no tuviera confianza en la suya, y salió de la iglesia.

XLIX.— LA TORRE DE SAINT JACQUES-LA-BOUCHERIE

A las seis menos cuarto había acabado el señor de Gondi sus negocios y estaba de vuelta en el arzobispado.

A la seis anunciaron al sacerdote de San Mery.

El coadjutor miró rápidamente a la antesala, y viendo que el cura iba acompañado de otra persona, dijo:

—Adelante.

Entró el cura con Planchet.

—Señor —dijo el primero— aquí está el sujeto de quien tuve el honor de hablaros.

Planchet saludó como hombre acostumbrado al trato de personas nobles.

—¿Estáis dispuesto a servir la causa del pueblo? —preguntó Gondi.

—Ya lo creo —respondió Planchet—, soy frondista de alma y aquí donde me veis, monseñor, estoy condenado a la horca.

—¿Por qué motivo?

—Porque arranqué de manos de los guardias de Mazarino a un noble que conducían a la Bastilla, donde ya había estado cinco años.

—¿Quién era?

—¡Oh! El señor le conoce: el conde de Rochefort

—Es cierto —dijo el coadjutor—; he oído hablar de ese negocio; dicen que sublevasteis todo el barrio.

—Casi, casi —contestó Planchet con aire de satisfacción.

—¿Qué oficio tenéis?

—Confitero.

—¿Cómo tenéis instintos tan guerreros ejerciendo una profesión tan pacífica?

—¿Y cómo me recibe monseñor, siendo eclesiástico, en traje de caballero, con acero y espuelas?

—No está mal contestado —dijo Gondi riéndose—; pero ya sabéis que a pesar de mi carrera siempre he tenido aficiones belicosas.

—Pues bien, señor, antes de ser confitero, fui yo sargento tres años en el regimiento del Piamonte, y antes de ser sargento fui unos dieciocho meses lacayo del señor Artagnan.

—¿El teniente de mosqueteros?

—El mismo.

—Cuentan que es cardenalista furioso.

—¡Pche! —dijo Planchet.

—¿Qué?

—Nada, señor; el señor d'Artagnan pertenece al ejército y tiene por profesión defender a Mazarino que le paga, así como nosotros tenemos la de atajar a Mazarino, que nos roba.

—Sois hombre de talento, amigo; ¿se puede contar con vos?

—Creía que el señor cura os había respondido de mí.

—En efecto; pero quiero oírlo de vuestros labios.

—Podéis contar conmigo siempre que se trate de armar jarana.

—Pues de esto se trata. ¿Cuántos hombres creéis poder reunir esta noche?

—Doscientos mosquetes y quinientas alabardas.

—Como se halle en cada barrio uno que ofrezca otro tanto, tendremos mañana un ejército respetable.

—Sí, señor.

—¿Estáis, pues, decidido a obedecer al conde de Rochefort?

—Le seguiré hasta el mismo infierno, y no es poco decir, porque le considero capaz de bajar a él.

—¡Bravo!

—¿Por qué señal podrán distinguirse mañana los amigos de los contrarios?

—Todo frondista puede ponerse un lazo amarillo en el sombrero.

—Bien, decidme la consigna.

—¿Os precisa dinero?

—Nunca estorba, monseñor: si no le hay nos pasaremos sin él; si le hay marcharán las cosas mejor y más de prisa.

Gondi se acercó a un arca y tomó un saco.

—Aquí hay quinientos doblones, y si las cosas toman buen aspecto, contad para mañana con otra cantidad igual.

—Daré exacta cuenta de esta cantidad a monseñor —dijo Planchet poniéndose el saco debajo del brazo.

—Perfectamente; os recomiendo al cardenal.

—Perded cuidado.

Marchóse Planchet, y el cura preguntó quedándose algo atrás:

—¿Estáis contento, señor?

—Sí, parece hombre resuelto.

—Hará más de lo que promete.

—Entonces es una maravilla.

Con esto se reunió el sacerdote a Planchet, que le esperaba en la escalera.

Diez minutos después anunciaron al cura de San Sulpicio.

En cuanto se abrió la puerta del gabinete de Gondi, precipitóse en él un hombre, era el conde de Rochefort.

—Bien venido, querido conde —dijo Gondi dándole la mano.

—¿Conque por fin estáis decidido? —preguntó Rochefort.

—Siempre lo he estado.

—Os creo, puesto que lo decís, no se hable más de ello. Daremos una solemne fiesta a Mazarino.

—Creo que sí.

—¿Cuándo empezará el baile?

—Se ha convidado para esta noche —dijo el coadjutor—; mas los violines no tocarán hasta mañana.

—Podéis contar conmigo y con cincuenta soldados que me ha prometido el caballero de Humieres, por si hay necesidad.

—¿Cincuenta soldados?

—Sí, está reuniendo reclutas, y me los presta; si se descabalan se los completaré cuando concluya la función.

—Muy bien, amigo Rochefort; pero no es eso todo.

—¿Pues qué falta? —preguntó el conde sonriendo.

—¿Qué habéis hecho del señor de Beaufort?

—Se encuentra en Vendomois esperando que le escriba que vuelva a París.

—Escribidle.

—¿Conque estáis seguro del negocio?

—Sí, pero ha de darse prisa, porque apenas se levante el pueblo de París, se nos echarán encima diez príncipes, lo menos, para ponerse a la cabeza, y si tarda encontrará el puesto ocupado.

—¿Podré darle el aviso de vuestra parte?

—Cuando gustéis.

—¿Y decirle que cuente con vos?

—Sí tal.

—¿Le dejaréis disponer del poder?

—En los asuntos de guerra; respecto a la política...

—Ya sabéis que no es su fuerte.

—Quiero que me deje negociar el capelo a mi manera.

—¿Todavía persistís en eso?

—Ya que me obligan a llevar sombrero de una forma que no me gusta —dijo Gondi—, quiero al menos que sea encarnado.

—De gustos no hay nada escrito, y de colores tampoco —dijo Rochefort riéndose—; respondo de su consentimiento.

—¿Le escribiréis esta noche?

—Haré más: le enviaré un emisario.

—¿Cuántos días podrá tardar en regresar?

—Cinco.

—Que venga y encontrará las cosas muy cambiadas.

—Así lo deseo.

—Y yo lo aseguro.

—De modo que...

—Id a reunir esos doscientos hombres y estad listo.

—¿Para qué?

—Para todo.

—¿Hay alguna señal para conocerse?

—Un lazo amarillo puesto en el sombrero.

—Bien está; adiós, señor.

—Adiós, conde.

—Señor Mazarino, señor Mazarino —murmuró Rochefort llevándose al cura, que no había tenido ocasión de decir una sola palabra durante el diálogo—, veremos si soy anciano.

Eran las nueve y media y se necesitaba media hora para ir desde el arzobispado hasta la torre de Saint-Jacques-la-Boucherie.

El coadjutor notó que había luz en una de las ventanas.

—¡Bueno! —dijo para sí—. El síndico está en su puesto.

Llamó a la puerta, abrieron y el vicario, que le estaba aguardando, le condujo con una luz en la mano hasta la puerta superior de la torre, luego que llegaron arriba, enseñó el coadjutor una puerta pequeña, dejó la luz en un rincón de donde la pudiese tomar éste al salir y se marchó.

A pesar de que la puerta tenía puesta la llave, el coadjutor llamó.

—Adelante —dijo una voz que el señor de Gondi reconoció por la del mendigo.

Era en efecto el repartidor de agua bendita del atrio de San Eustaquio, el cual le estaba esperando en un jergón.

Al ver entrar al coadjutor se incorporó.

Dieron las diez.

—¿Qué tal? —preguntó Gondi—. ¿Has cumplido tu palabra?

—No exactamente —contestó el mendigo.

—¿Cómo?

—¿Me pedisteis quinientos hombres?

—Cierto.

—Pues os doy dos mil.

—¿Es fanfarronada?

—¿Deseáis una prueba?

—Sí.

Había encendidas tres velas en otras tantas ventanas que daban a la Cité, al Palacio Real, y a la calle de San Dionisio.

El pobre, sin hablar una palabra, las apagó sucesivamente.

Quedó el coadjutor en medio de una densa oscuridad, interrumpida sólo por los inciertos rayos de la luna, perdida entre negros nubarrones, cuyas extremidades matizaba de plata.

—¿Qué has hecho? —dijo el coadjutor.

—Dar la señal.

—¿De qué?

—De las barricadas.

—¡Qué dices!

—Cuando salgáis de aquí veréis a mi gente trabajando. Id con cuidado para no romperos una pierna tropezando en alguna cadena o cayéndoos en alguna excavación.

—Bien. Aquí tienes tu dinero en cantidad igual a la que ya has recibido. Y acuérdate de que eres jefe, y no vayas a beber.

—Hace veinte años que no bebo más que agua.

Diciendo esto tomó el saco de manos del coadjutor, el cual oyó el ruido que hacían sus manos reconociendo y tocando las monedas de oro.

—¡Cáscaras! dijo Gondi—. ¿Conque eres codicioso, buena pieza?

El mendigo dio un suspiro y apartó el saco, exclamando:

—¡Que no he de cambiar, que no he de perder mis antiguos instintos! ¡Oh miseria, oh vanidad!

—Por sí o por no, tomas el dinero.

—Sí, pero hago voto de gastar lo que me sobre en objetos religiosos.

Su rostro, al hablar así, estaba pálido y contraído como el de una persona que acababa de sufrir un combate ulterior.

—¡Qué hombre tan extraño! —murmuró Gondi. Y cogió su sombrero para marcharse, pero al volverse vio al mendigo colocado entre su persona y la puerta.

La primera idea de Gondi fue la de que aquel hombre quería causarle algún daño, pero, por el contrario, le vio juntar las manos y caer de rodillas diciendo:

—Señor, antes de separarnos os ruego me deis vuestra bendición.

—¡Señor! —respondió Gondi—. Sin duda me equivocas con otro, amigo.

—No, señor, no os equivoco con nadie, os tomo por quien sois, por el coadjutor; os reconocí a la primera ojeada.

Sonrióse Gondi y dijo:

—¿Y deseas mi bendición?

—Sí, la necesito.

Pronunció el mendigo estas palabras con un tono de humildad tan grande y de arrepentimiento tan profundo, que Gondi tendió las manos hacia él y le bendijo.

—Desde ahora —dijo el coadjutor—, debemos considerarnos unidos. Habiendo recibido mi bendición eres sagrado para mí, así como yo debo de serlo para ti. Vamos a ver, ¿has cometido algún crimen que merezca la persecución de la justicia humana y de que yo pueda excusarte?

El mendigo movió la cabeza.

—El crimen que he cometido, señor, no está en las atribuciones de la justicia humana, y no podéis excusarme de él sino bendiciéndome a menudo como lo acabáis de hacer.

—Vamos, sé sincero —repuso el coadjutor—; no siempre has ejercido el oficio que ahora.

—No hace má que seis años que lo ejerzo, señor.

—¿Y dónde estabas antes?

—En la Bastilla.

—¿Y antes de estar en la Bastilla?

—Os lo diré, señor, el día que tengáis a bien oírme en confesión.

—Bien está. A cualquier hora del día o de la noche que te presentes, acuérdate de que estoy dispuesto a darte la absolución.

—Gracias —dijo el mendigo con sordo acento—; pero todavía no estoy dispuesto a recibirla.

—Corriente. Adiós.

—Id con Dios, señor —dijo el mendigo abriendo la puerta e inclinándose ante el prelado.

El coadjutor tomó la luz, bajó y salió de la torre entregado a sus pensamientos.

L.— EL MOTÍN

Serían las once de la noche. Antes de dar Gondi cien pasos por las calle de París advirtió el raro cambio que en ellas se estaba verificando.

Parecía que toda la ciudad hallábase poblada de seres fantásticos; veíanse sombras silenciosas que desempedraban las calles, que arrastraban y volcaban carretas, y que abrían fosos capaces de tragarse escuadrones enteros de caballería. Todos aquellos activos personajes que iban, venían y corrían como demonios, consumando alguna misteriosa obra, eran los pobres de la *Corte de los milagros,* agentes del repartidor de agua bendita del atrio de San Eustaquio, que estaban preparando las barricadas para el siguiente día.

Miraba Gondi a aquellos hombres de la oscuridad, a aquellos nocturnos trabajadores con cierto temor, y se preguntaba a sí mismo si después de haber sacado de sus cavernas a tan sucias criaturas, podría volverlas a ellas. Siempre que se le acercaba alguno de aquellos seres le daban tentaciones de hacer la señal de la cruz.

Tomó la calle de San Honorato y siguió por ella hacia la de la Ferronerie. Allí cambió el aspecto de las cosas: los mercaderes corrían de tienda en tienda; las puertas parecían estar cerradas, lo mismo que las maderas de las ventanas; pero sólo estaban entornadas y de vez en cuando entreabríanse para dar paso a hombres que ocultaban con cuidado algunos objetos; aquellos hombres eran tenderos de la calle, que llevaban armas a los que no las tenían.

Un quidam iba de puerta en puerta cargado de espadas, arcabuces, mosquetes y armas de toda especie, que iba dejando en las diferentes casas. A la luz de una linterna el coadjutor reconoció a Planchet.

Gondi dirigióse al muelle por la calle de la Monnaie, y en él encontró parados diversos grupos de vecinos con capas negras o pardas, según su clase; de unos grupos a otros se veían pasar algunas personas. Todas las capas, dejaban asomar por detrás la punta de una espada y por delante el cañón de un arcabuz o de un mosquete.

Al llegar al Puente Nuevo, el coadjutor encontró custodiado el puesto. Acercóse un hombre y le dijo:

—¿Quién sois? No os conozco como de los nuestros.

—Es porque ya no conocéis a vuestros amigos, amigo señor Louvieres —dijo el coadjutor alzando algo su sombrero.

Reconocióle Louvieres, e hizo un saludo.

Gondi siguió la ronda y bajó hasta la torre de Nesle. Allí vio una larga fila de personas que se deslizaban silenciosamente arrimadas a la muralla. Iban todos embozados en capas blancas asemejándose a una procesión de fantasmas. Al llegar a cierto sitio iban desapareciendo sucesivamente como si les faltase tierra para pisar. Recostóse Gondi en una esquina y les vio ocultarse desde el primero hasta el penúltimo. El último abrió los ojos indudablemente para cerciorarse de que no eran espiados él ni sus compañeros; y a pesar de la oscuridad divisó a Gondi. Marchó rectamente a él y púsole una pistola en la garganta.

—Alto ahí, señor de Rochefort —dijo Gondi riéndose—, pocas chanzas con armas de fuego.

Rochefort reconoció la voz y dijo:

—¡Ah! ¿Sois vos, monseñor?

—El mismo. ¿Qué gente es ésta que vais metiendo en las entrañas de la tierra?

—Mis cincuenta reclutas del caballero de Humieres. Están destinados a la caballería ligera y hasta ahora no han recibido otra prenda de equipo que las capas blancas.

—¿Y adónde van?

—A casa de un escultor, amigo mío, sólo que bajamos a la cueva en que tiene el depósito de mármol.

—Muy bien —dijo Gondi.

Y apretó la mano de Rochefort, que desapareció por detrás de sus soldados y cerró la trampa por dentro.

El coadjutor volvió a su casa. Era la una de la mañana. Abrió el balcón y asomóse para observar.

Oíase en toda la ciudad un rumor extraño, singular, conocíase que en todas aquellas calles oscuras como abismos pasaba alguna cosa desusada y horrible. De vez en cuando resonaba un ruido semejante al de una tempestad naciente, o al de una oleada al hincharse; pero nada claro, distinto ni explicable se presentaba el espíritu; parecía el rumor subterráneo que precede a los temblores de tierra.

Toda la noche duraron los trabajos del motín. Al despertar París al siguiente día estremecióse a su propio aspecto.

Cualquiera hubiera creído hallarse en una ciudad sitiada. Sobre las barricadas estaban de pie hombres de amenazador aspecto, con el mosquete al hombro, el transeúnte tropezaba a cada paso con consignas, patrullas, arrestos, y hasta ejecuciones. Los que llevaban sombreros de plumas y espadas doradas eran detenidos para hacerles gritar *¡Viva Broussel! ¡Muera Mazarino! y* el que se negaba a esta invitación era perseguido por los aullidos del pueblo y golpeado. Aún no se mataba, pero se veía que no era por falta de voluntad.

Hasta cerca del Palacio Real llegaban las barricadas. Desde la casa de Bons Enfants hata la de la Ferronerie, desde la de Santo Tomás de Louvre hasta el Puente Nuevo, y desde la calle de Richelieu hasta la puerta de San Honorato, había más de diez mil hombres armados. Los más avanzados desafiaban a gritos a los inmóviles centinelas del regimiento de guardias colocados alrededor del Palacio Real, cuyas verjas estaban cerradas, precaución que hacía muy precaria su situación.

En medio de aquel motín circulaban bandadas de ciento, ciento cincuenta y doscientos hombres macilentos, lívidos, andrajosos, con una especie de estandartes, en que se leían estas palabras. *¡Ved la mi seria del pueblo!* Por do quiera que pasaban se oían gritos terribles, y como había muchos grupos, el estruendo era general.

Grande fue el asombro de Ana de Austria y Mazarino al saber por la mañana que la ciudad que la noche anterior había quedado tranquila, despertaba frenética y alborotada; ni una ni otro querían creer la noticia, diciendo que sólo darían asenso a sus ojos y sus oídos; pero abrieron un balcón, observaron, oyeron y quedaron convencidos.

Encogióse Mazarino de hombros y aparentó despreciar altamente a aquel populacho; tornóse empero muy pálido y corrió temblando a su gabinete, donde guardó su oro y sus alhajas, y púsose sus más ricas sortijas. La reina, enfurecida y abandonada a su sola voluntad, mandó llamar al mariscal de la Meilleraie, y le dijo que con toda la gente que quisiera fuera a ver qué significaba *aquella broma.*

Era el mariscal presuntuoso por naturaleza, y de nada dudaba animado de soberano desprecio al populacho que entonces le tenían los militares. Cogió, pues, ciento cincuenta hombres y fue a salir por el puente del Louvre, pero encontró allí a Rochefort con sus cincuenta ligeros, acompañados de más de mil quinientas personas. Era ñnposible forzar esta barrera. El mariscal no lo intentó siquiera, y siguió su camino por el muelle.

Pero en el Puente Nuevo halló a Louvieres con toda su gente. Aquella vez trató el mariscal de cargar, mas fue recibido a mosquetazos y acribillado a pedradas desde los balcones. Perdió en tal encuentro a tres hombres.

Tocando retirada hacia los mercados, topó en el camino con Planchet y sus alabarderos, quienes le presentaron sus armas con ademán amenazador. El mariscal quiso atropellar a todos aquellos capas-pardas; pero las capas—pardas se mantuvieron firmes y Meilleraie retrocedió hacia la calle de San Honorato, dejando en el campo otros cuatro guardias, muertos muy sencillamente al arma blanca.

Entró entonces en la calle de San Honorato$_t$ en la cual halló las barricadas del mendigo de San Eustaquio, custodiadas no sólo por hombres armados, sino también por mujeres y niños; maese Friquet, dueño de una pistola y una espada que le diera Louvieres, había organizado una partida de pilluelos y armaba un terrible estrépito.

No dudando el mariscal que aquel era el punto peor guardado, trató de forzarlo y mandó a veinte hombres que se apeasen para abrir la barricada, protegiendo él la operación con el resto de la fuerza. Partieron los soldados en dirección al obstáculo; pero de repente resonó una terrible descarga de fusilería por entre las vigas, la ruedas de los carros y las piedras, a cuyo estrépito asomaron los alabarderos de Planchet por la esquina del cementerio de los Inocentes, y la gente de Louvieres por la calle de la Monnaie.

El mariscal de Meilleraie estaba entre dos fuegos.

El mariscal era valiente y resolvió morir sin retroceder un paso. Comenzó a contestar al fuego y se oyeron en la turba algunos gemidos. Los guardias como más aguerridos tenían mejor puntería; pero el pueblo, como más numeroso, los acribillaba con un diluvio de balas. Caían los soldados en derredor de su jefe, como hubiesen podido caer en Rocroy o en Lérida. El edecán Frontailles tenía roto un brazo y hacía inauditos esfuerzos para contener su caballo, irritado por el dolor de un balazo que había recibido en el pescuezo. En fin, había llegado aquel momento supremo en que el más valiente siente correr por sus venas un escalofrío y por su frente un sudor helado, cuando la turba abrióse por la parte de la calle del Árbol Seco, gritando: *¡viva el coadjutor!* y apareció Gondi con su roquete y su muceta, pasando tranquilamente por entre la fusilería y dando bendiciones a derecha e izquierda con la misma calma que si hubiera ido presidiendo la procesión del Corpus.

Todos se arrodillaron.

Reconocióle el mariscal y corrió hacia él.

—Sacadme de este apuro, en nombre del Cielo —le dijo—; o dejo aquí la piel con todos los míos.

En medio del tumulto que reinaba no se hubiese podido oír el ruido de un trueno. Gondi alzó la mano y reclamó el silencio.

Todos callaron.

—Hijos —gritó el coadjutor—, os habéis equivocado respecto a las intenciones del señor mariscal de la Meilleraie aquí presente, el cual se compromete a

volver al Louvre y a pedir en vuestro nombre a la reina la libertad de Broussel. ¿Lo prometéis así, mariscal? —preguntó dirigiéndose a la Meilleraie.

—¡Cómo! —exclamó este—. ¡No hay duda que lo prometo! No esperaba salir libre a tan poca costa.

—Os da su palabra de honor —dijo Gondi.

El mariscal levantó la mano en señal de asentimiento.

—¡Viva el coadjutor! —gritó la multitud. Algunas voces añadieron—: ¡Viva el mariscal! —Y todos repitieron a coro—: ¡Muera Mazarino! ¡Abajo Mazarino!

La multitud abrió paso por la calle de San Honorato, que era el camino más corto. Franqueáronse las barricadas, y el mariscal retiróse con los restos de su gente, precedido por Friquet y la suya, dividida en dos secciones: la una hacía que tocaba el tambor, y la otra imitaba los sonidos de la trompeta.

Aquello fue casi una marcha de triunfo; pero detrás de los guardias se volvían a cerrar las barricadas; el mariscal no veía de cólera. Ya hemos dicho que entretanto estaba Mazarino en su aposento arreglando sus asuntos particulares. Había mandado llamar a Artagnan, pero no esperaba verle a causa de aquel tumulto, porque no estaba de servicio. Sin embargo, a los diez minutos se presentó en el umbral de la puerta el teniente de mosqueteros, acompañado de su amigo Porthos.

—¡Ah! Venid, venid, M. Artagnan —exclamó el cardenal—, y sed bien llegado, lo mismo que vuestro amigo. ¿Qué es lo que sucede en este maldito París?

—¿Qué pasa, monseñor? Nada bueno —contestó Artagnan moviendo la cabeza—: la ciudad se encuentra enteramente sublevada, y ahora mismo al atravesar la calle de Mortongueil con el señor Du-Vallon, que me acompaña y desea serviros, a pesar de mi uniforme, o tal vez a causa de él, me han querido hacer gritar viva Broussel y otra cosa que no sé si queréis que la diga.

—Decidla.

—Y ¡abajo Mazarino! Está dicha.

Sonrióse Mazarino, pero se puso pálido.

—¿Y gritasteis?

—No tal —contestó Artagnan—, no estaba en voz, y como el señor Du-Vallon está constipado, tampoco gritó. Entonces, monseñor...

—¿Qué? —dijo Mazarino.

—Mirad mi capa y mi sombrero.

Y Artagnan enseñó su capa agujereada por cuatro balazos, y el sombrero por dos; Porthos llevaba el traje destrozado por el costado de un golpe de alabarda y la pluma del sombrero partida de un pistoletazo.

—¡Diantre! —murmuró el cardenal pensativo y contemplando a los dos amigos con cándida admiración—. Yo hubiera gritado.

En aquel momento sonaron más cerca las voces. Mazarino enjugóse la frente y miró a su alrededor. No osando asomarse, a pesar de su curiosidad, dijo al mosquetero:

—Mirad qué es eso, señor d'Artagnan.

Artagnan se aproximó al balcón con su habitual indiferencia.

—¡Hola! ¡Hola! El mariscal de la Meilleraie sin sombrero, Fontrailles con un brazo vendado, guardias heridos, caballos llenos de sangre... Mas ¿qué hacen los centinelas? Están apuntando... van a tirar...

—Tienen orden de hacerlo —dijo Mazarino— si el pueblo se acerca al Palacio Real.

—Si hacen fuego todo se pierde —dijo Artagnan.

—Las verjas nos defienden.

—Las verjas durarán cinco minutos; las verjas serán hechas pedazos o arrancadas de cuajo.

Y abriendo el balcón gritó:

—No tiréis, ¡voto a bríos!

No obstante esta orden, ;que no pudo ser oída a causa del tumulto, sonaron tres o cuatro tiros a que contestó una terrible descarga: las balas se estrellaron contra la fachada del Palacio Real, una de ellas pasó por debajo del brazo de Artagnan y dio en un espejo en que Porthos estábase contemplando con delicia.

—¡Ohimé! —exclamó el cardenal—. ¡Una luna de Venecia!

—Eso no es nada, monseñor —dijo Artagnan cerrando tranquilamente el balcón—; dentro de una hora no quedará en todo el Palacio Real ni un solo espejo, ni de Venecia ni de París.

—¿Y cuál es vuestro parecer? —preguntó el cardenal temblando.

—Volverles a Broussel, ya que con tanto empeño lo piden. ¿Qué diantres queréis hacer de un consejero del Parlamento?

—¿Y vos qué opináis, señor Du-Vallon? ¿Qué haríais en mi caso?

—Volverles a Broussel —dijo Porthos.

—¡Venid, caballero, venid! —exclamó Mazarino— Voy a hablar de esto a la reina.

Al llegar al corredor se detuvo y dijo:

—¿Puedo contar con vosotros?

—No somos de los que tienen dos palabras —dijo Artagnan—; os hemos dado una; mandad y obedeceremos.

—Bien —contestó Mazarino— Entrad en ese gabinete y esperadme.

Y dando un rodeo entró en el salón por otra puerta.

LI.— EL MOTÍN VA EN AUMENTO

La habitación en que entraron Artagnan y Porthos estaba separada solamente de la cámara que ocupaba la reina por un tabique y una puerta cubierta de tapices, cuyo poco espesor permitía escuchar lo que en la otra parte se hablase, al paso que por entre las cortinas era fácil introducir una mirada curiosa.

Hallábase la reina en pie, pálida de ira, pero sin dejar traslucir su emoción, gracias al dominio que tenía de sí misma. Detrás de ella estaban Comminges, Villequier y Guitaut, y en pos de los hombres las damas.

El canciller Seguier, el mismo que tanto la había perseguido veinte años antes, estaba contándole que acababan de romperle el carruaje, que le habían perseguido, que había tenido que refugiarse en el Palacio de 0... y que éste había sido invadido, saqueado y devastado en un momento; que por fortuna él había tenido tiempo de esconderse en un gabinete oculto, donde le acogió una mujer juntamente con su hermano el obispo de Meaux. Allí fue tan eminente el peligro y tales las amenazas proferidas por los energúmenos que recorrían las habitaciones, que el canciller creyó llegada su última hora y se confesó con su hermano, a fin de estar preparado a morir en caso de que le descubrieran. Felizmente no llegó este caso: el pueblo, creyendo que había huido por alguna puerta trasera, se retiró y le dejó libre el paso. Disfrazóse entonces con un traje del Marqués de 0... y salió del palacio, pasando por encima de los cadáveres de un oficial y dos guardias que murieron defendiendo la puerta principal.

Durante esta narración había entrado Mazarino, poniéndose a escuchar sin hacer ruido al lado de la reina.

—¿Qué os parece esto? —dijo S. M. luego que acabó el canciller. —Que el negocio es muy grave, señora.

—Pero ¿qué me aconsejáis?

—Un consejo daría a V M., mas no me atrevo.

—Hablad, hablad —dijo la reina con amarga sonrisa—; a otras cosas os habéis atrevido.

Ruborizóse el canciller, y dijo algunas palabras.

—No se trata de lo pasado, sino de lo presente —dijo la reina— Decís que podéis darme un consejo: ¿cuál es?

—Señora —respondió el canciller vacilando—, soltar a Broussel. Aunque la reina estaba ya muy pálida, su palidez aumentó, y se contrajeron sus facciones.

—¡Soltar a Broussel! —dijo—. ¡Jamás!

En aquel momento se oyeron pasos en la antecámara, y el mariscal de la Meilleraie se presentó en la puerta.

—¡Ah! mariscal, ¿estáis ahí? —exclamó con regocijo Ana de Austria—. Supongo que habréis metido en cintura a toda esa canalla.

—Señora —dijo el mariscal—, he perdido tres hombres en el Puente Nuevo, cuatro en los mercados, seis en la esquina de la calle del Árbol Seco, y dos en la puerta de vuestro palacio: total quince. Traigo diez o doce heridos. Mi sombrero ha ido a parar de un balazo no sé dónde, y es muy probable que yo hubiese ido a reunirme con él, a no ser por el señor coadjuntor, que se presentó y me sacó del apuro.

—¿El coadjutor? —dijo la reina—. Extraño sería que no anduviera en la danza.

—Señora —dijo la Meilleraie riendo—, no hable V M. muy mal de él delante de mí, porque aún está reciente el servicio que me ha hecho.

—Bien —replicó la reina—, profesadle todo el agradecimiento que queráis; yo no tengo ninguna obligación para con él. Lo único que deseaba era veros sano y salvo; me alegro de que vengáis, o mejor dicho, de que volváis así.

—Sí, señora; pero he vuelto sano y salvo con una condición, cual es la de haceros presente la voluntad del pueblo.

—¡Su voluntad! —exclamó Ana de Austria frunciendo el ceño¡Oh! En gran peligro debéis de haberos hallado, señor mariscal, para encargaros de tan extraña misión.

No pasó desapercibido para el mariscal el tono de ironía con que fueron pronunciadas estas palabras.

—Perdone V M. —repuso—; no soy abogado, sino militar, y por tanto, acaso comprenda mal el valor de las palabras; debí decir *los deseos* y no la voluntad del pueblo. En cuanto a lo que me ha hecho V M. el honor de responderme, me parece que V M. quiere decir que he tenido miedo.

La reina se sonrió.

—Pues bien, sí, señora, he tenido miedo: es la tercera vez que me acontece en mi vida, y sin embargo, me he hallado en doce batallas campales y en no sé cuántas acciones y escaramuzas; sí, he tenido miedo, y prefiero estar frente a frente con S. M., por amenazadora que sea su sonrisa, que con esos diablos del infierno que me han acompañado hasta aquí y que han salido de no sé dónde.

—¡Muy bien! —dijo Artagnan a Porthos en voz baja.

—¿Y cuáles son los deseos de mi pueblo? —dijo la reina mordiéndose los labios, en tanto que los cortesanos se miraban unos a otros con asombro.

—Que les vuelvan a Broussel, señora —contestó el mariscal.

—¡Jamás! —dijo la reina—. ¡Jamás!

—V M. puede hacer lo que guste —repuso Meilleraie saludando y dando un paso.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó la reina.

—A comunicar la respuesta de V M. a los que están esperando.

—Quedaos; no quiero que se suponga que capitulo con esos rebeldes.

—Señora, lo he prometido —dijo el mariscal.

—Y eso, ¿qué significa?

—Que como no me mandéis prender, me veo en la necesidad de bajar.

—¡Oh! Pues no lo dejéis por eso, señor mío —repuso la reina—; ya lo he hecho con personas má altas que vos. ¡Guitaut!

Mazarino se interpuso y dijo:

—Señora, si por mi parte me atreviera a daros mi opinión...

—¿Sería la de poner en libertad a Broussel? En ese caso podéis dispensaros de hacerlo.

—No es eso —dijo Mazarino—, aunque quizá no andaría tan desacertado.

—Pues, ¿qué es?

—Llamar al coadjutor.

—¿Al coadjutor? —dijo la reina—. A ese enredador que ha armado todo el motín.

—Precisamente por eso —repuso Mazarino—; si lo ha armado lo podrá desarmar.

—Señora —dijo Comminges, que estaba mirando por un balcón—; justamente tenéis ocasión de hacerlo: el coadjutor está echando bendiciones en la plaza del Palacio Real.

—Cierto —dijo la reina aproximándose al balcón—. ¡Hipócrita! Vedle.

—Veo —repuso Mazarino— que todo el mundo se arrodilla ante él, aunque no es más que coadjutor, y en cambio, si yo me hallase en su lugar, me harían pedazos, aunque soy cardenal. Insisto, pues, senora, con mi *deseo* (Mazarino enfatizó esta expresión) de que V M. le reciba.

—¿Y por qué no decís también en *vuestra voluntad?* —contestó la reina en voz baja.

Mazarino hizo un saludo.

La reina estuvo un instante pensativa, y luego dijo alzando la cabeza:

—Señor mariscal, marchad a buscarme al señor coadjutor y traédmele.

—¿Y qué diré al pueblo? —preguntó el mariscal.

—Que tenga paciencia —contestó Ana de Austria—; harta tengo yo. Tan imperioso era el acento de la orgullosa española, que el mariscal no hizo la menor observación; saludó y marchóse:

Artagnan se volvió hacia Porthos y dijo:

—¿En qué parará todo esto?

—Allá lo veremos —respondió Porthos con su acostumbrada flema. En aquel intermedio marchó Ana de Austria hacia Comminges, y le habló en voz baja.

Mazarino miraba inquietamente hacia donde estaban Artagnan y Porthos.

Los demás circunstantes se decían algunas palabras por lo bajo. Abrióse por fin la puerta y se presentó el mariscal seguido del coadjutor.

—Aquí tenéis, señora —dijo el primero—, al señor de Gondi que viene con la mayor prontitud a ponerse a disposición de V M.

La reina dio cuatro pasos hacia él y se detuvo fría, serena e inmóvil, moviendo desdeñosamente el labio inferior.

Gondi inclinóse respetuosamente.

—Vamos a ver, señor mío —dijo la reina—, ¿qué decís de este motín?

—Que ya no es motín, señora —respondió el coadjutor—, sino rebelión.

—La rebelión está en los que suponen que mi pueblo puede rebelarse —exclamó Ana, incapaz de disimular delante del coadjutor, a quien consideraba, quizá con razón, como el promotor del desorden—. ¡Rebelión! Así llaman los

que la quieren al movimiento que ellos mismos han preparado; pero esperad, esperad, ya lo arreglará todo la autoridad del rey.

—Señora —dijo fríamente el coadjutor—, ¿me ha hecho V M. el honor de admitirme a su presencia para decirme eso?

—No, querido coadjutor —interrumpió Mazarino—, sino para preguntaros qué opináis que debemos hacer en este caso.

—¿Es cierto —preguntó Gondi aparentando admiración— que S. M. me ha mandado llamar para pedirme mi parecer?

—Sí —dijo la reina—, así lo han querido. El coadjutor se inclinó.

—¿Y Vuestra Majestad desea?...

—Que digáis lo que en su lugar haríais —se apresuró a contestar Mazarino.

El coadjutor miró a la reina, que hizo una señal afirmativa.

—Si yo fuese S. M. —dijo fríamente Gondi—, no vacilaría, pondría en libertad a Broussel.

—Y si no le pongo en libertad —respondió la reina—, ¿qué os parece que sucederá?

—Me parece que mañana no quedará en París piedra sobre piedra —interrumpió el mariscal.

—No os interrogo a vos —dijo la reina con sequedad y sin volverse siquiera—, sino al señor de Gondi.

—Si es a mí a quien pregunta V M. —respondió el coadjutor—, le diré que soy de la opinión del señor mariscal.

Agolpóse la sangre al rostro de la reina; parecía que sus bellos ojos azules iban a saltar de sus órbitas; sus labios de carmín, comparados por todos los poetas de la época a una granada en flor, se pusieron pálidos y temblaron de rabia; finalmente, tal expresión tomó, que casi asustó al mismo Mazarino, a pesar de lo acostumbrado que estaba a presenciar sus furores domésticos.

—¡Poned en libertad a Broussel! —exclamó al fin con espantosa sonrisa—. Buen consejo a fe mía. Bien se conoce que lo da un eclesiástico.

Gondi aguantó esta ofensa como había aguantado el día anterior los sarcasmos de la corte; pero el rencor y la venganza se iban aglomerando silenciosamente y gota a gota en el fondo de su alma. Redú jose a mirar fríamente a la reina, la cual empujaba a Mazarino como incitándole a que dijese algo por su parte.

Mazarino meditaba mucho y hablaba poco según su costumbre.

—Vamos, vamos —dijo—, buen consejo es ese, consejo de amigo. Yo también les volvería al buen señor Broussel muerto o vivo, para que quedase terminado todo.

—Si le volvierais muerto, es verdad que todo quedaría concluido, pero no del modo que pensáis, monseñor.

—¿He dicho muerto o vivo? —replicó Mazarino—. Es un modismo; ya sabéis que no soy muy fuerte en lengua francesa, que vos habláis y escribís perfectamente, señor coadjutor.

—Este es un consejo de Estado hecho y derecho —dijo Artagnan a Porthos—; pero mejores los hemos celebrado nosotros en la Rochela con Athos y Aramis.

—En el baluarte de San Gervasio —contestó Porthos.

—En el baluarte y fuera de él.

El coadjutor dejó pasar el chubasco y repuso siempre con la misma tranquilidad.

—Señora, si no es mi consejo del agrado de V M. será sin duda porque tendrá otros mejores en que escoger; estoy muy persuadido de la prudencia de la reina y de sus consejeros para creer que dejarán durar mucho tiempo en la capital ese violento estado que puede acarrear una revolución.

—Conque a vuestro parecer —repuso con sarcasmo la española, mordiéndose los labios de ira—, ese motín de ayer, que hoy es ya una rebelión, podrá convertirse en revolución mañana.

—Sí, señora —dijo seriamente el coadjutor.

—Es decir, que pensáis que los pueblos han sacudido toda clase de freno.

—Malo está el año para los reyes —dijo Gondi sacudiendo la cabeza—; mirad lo que pasa en Inglaterra, señora.

—Sí, pero afortunadamente, aún no tenemos en Francia ningún Cromwell —repuso la reina.

—¡Quién sabe! —exclamó Gondi—. Estos hombres son como el rayo; no se les conoce hasta que descargan el golpe. Estremeciéronse todos los presentes y reinó un momento de silencio.

La reina se puso las dos manos sobre el pecho como para comprimir los precipitados latidos de su corazón.

—Porthos —dijo Artagnan—,, mirad bien a ese sacerdote.

—Ya lo veo —dijo Porthos—. ¿Qué tenemos?

—Nada, que es todo un hombre.

Porthos miró a Artagnan con extrañeza, manifestando a las claras que no entendía muy bien lo que le quería decir su amigo.

—Vuestra majestad —prosiguió el implacable coadjutor— adoptará las medidas convenientes; pero preveo que serán terribles, y propias sólo para irritar a los descontentos.

—Bien; entonces, señor coadjutor —dijo con ironía la reina—, vos que tanto poder tenéis sobre ellos y que sois nuestro amigo, les apaciguaréis dándoles la bendición.

—Quizá sea muy tarde —repuso Gondi con la misma frialdad—; tal vez haya perdido yo para entonces toda influencia, al paso que poniendo en libertad a Broussel, Vuestra Majestad cortará de raíz la sedición y tendrá derecho a castigar cruelmente cualquier otra tentativa.

—¿No lo tengo ahora? —dijo la reina.

—Si lo tenéis, usad de él —contestó Gondi.

—¡Diantre! —dijo Artagnan a Porthos—. Ved ahí un carácter que me gusta; ojalá fuera ministro y estuviera yo a su servicio, en lugar de estar al de ese belitre de Mazarino. ¡Pardiez! Buenas cosas habíamos de hacer entre los dos.

—Sí —dijo lacónicamente Porthos.

La reina despidió con un ademán a su corte, excepto a Mazarino. Gondi inclinóse y se dispuso a retirarse como los demás.

—Quedaos, señor coadjutor —dijo la reina.

—Bueno —pensó Gondi—, va a ceder.

—Va a mandarle ejecutar —dijo Artagnan a Porthos—; pero en todo caso, no será por mi mano. Juro, por el contrario, que si le tocan, me arrojaré sobre sus agresores.

—Yo también —añadió Porthos.

—Bien —dijo Mazarino cogiendo una silla—, preparémonos a ver esto.

La reina seguía con la vista a los que se marchaban. Luego que se cerró la puerta, Ana de Austria volvióse hacia el cardenal y el coadjutor. Conocíase que estaba haciendo violentos esfuerzos pare reprimir su cólera: se abanicaba, respiraba esencias y empezó a pasearse de un lado a otro. Mazarino estaba en su asiento como reflexionando. Gondi, que empezaba a inquietarse, sondeaba los tapices con la vista, tanteaba la coraza que llevaba bajo su largo ropaje y de vez en cuando examinaba por debajo de la muceta si estaba bien al alcance de su mano el puño de su puñal español que allí llevaba oculto.

—Vamos a ver —dijo la reina, deteniéndose por fin—, ahora que estamos solos, repetid vuestro consejo, señor coadjutor.

—Helo aquí, señora: simular que habéis reflexionado, reconocer públicamente un error, en lo cual consiste la fuerza de los gobiernos poderosos, sacar a Broussel de su prisión y devolverlo al pueblo.

—¡Oh! —exclamó Ana de Austria—. ¡Humillarme de este modo! ¿Soy reina o no? Toda esa canalla que vocea, ¿es o no la turba de mis súbditos? ¿No tengo amigos, no tengo guardias?... ¡Por Nuestra Señora!, como decía la reina Catalina —prosiguió, acalorándose con sus propias palabras—, antes de volverles a ese infame de Broussel, sería capaz de ahogarle con mis propias manos.

Y se lanzó con los puños crispados hacia Gondi, al cual aborrecía en aquel instante tanto como a Broussel.

Gondi permaneció inmóvil; ni un solo músculo de su rostro se movió, y únicamente su mirada de hielo se cruzó como un afilado acero con la furiosa mirada de la reina.

—Es hombre muerto si queda algún Vitry en la corte y entra en este instante ––dijo el gascón—. Pero yo mataré a ese Vitry antes de que se acerque al buen prelado; el señor cardenal Mazarino me lo agradeceráluego.

—¡Silencio! —dijo Porthos—. Escuchad.

—Señora —exclamó el cardenal, cogiendo el vestido de Ana de Austria y tirando de ella—, señora, ¿qué hacéis? ,

Y añadió en español:

—¿Estáis loca, Ana? ¡Armáis riñas de gente plebeya, vos, toda una reina! ¿No veis que en la persona de ese sacerdote tenéis ante vos a todo el pueblo de París, al cual es peligroso insultar en este momento?, ¿no veis que, si ese cura quiere, dentro de una hora no tendréis corona? Vamos, más tarde, en otra ocasión os mantendréis firme; pero ahora no es tiempo; lisonjead, acariciad, bajo pena de no ser más que una mujer vulgar.

A las primeras palabra de este discurso, Artagnan cogió del brazo a Porthos, y le apretó cada vez con más fuerza; cuando calló Mazarino, dijo a su amigo:

—Porthos, nunca digáis delante del cardenal que entiendo el español, o soy perdido y vos también.

—Bueno —contestó Porthos.

Aquella severa admonición, revestida de cierta elocuencia que caracterizaba a Mazarino cuando hablaba en italiano o en español, y de que carecía enteramente cuando hablaba en francés, fue pronunciada con tanta impasibilidad, que Gondi se convenció, aunque hábil fisonomista, de que era sólo una simple indicación para que se expresara en términos moderados.

La enojada reina se apaciguó de pronto, e hizo desaparecer el fuego de sus ojos, el carmín de sus mejillas y la verdosa cólera de sus labios. Sentóse, y dejando caer los brazos, dijo con voz humedecida por las lágrimas:

—Dispensad, señor coadjutor, y atribuid esta violencia a lo que padezco. Como mujer, sujeta a las debilidades de mi sexo, me asusta la guerra civil; como reina, acostumbrada a ser obedecida, me irrito a la primera resistencia que encuentro.

—Señora —dijo Gondi inclinándose—. Vuestra Majestad se equivoca al calificar de resistencia mis sinceros consejos. Vuestra Majestad no tiene más que súbditos sumisos y respetuosos. Ningún enojo siente el pueblo contra la reina; llama a Broussel y nada más; considerándose muy feliz con vivir bajo las leyes de Vuestra Majestad... siempre que Vuestra Majestad les devuelva su consejero —repuso Gondi sonriéndose.

Mazarino había aplicado el oído a las palabras de *ningún enojo abriga el pueblo contra la reina,* creyendo que iba a hablar el coadjutor de los gritos de ¡caiga Mazarino! Agradeció a Gondi aquella supresión, y dijo con el más agradable semblante:

—Señora, creed al coadjutor, que es uno de los más hábiles políticos que poseemos; el primer capelo vacante debe venir de molde a su noble cabeza.

—¡Cómo me necesitas, tunante! —dijo entre sí Gondi.

—¿Y qué nos prometerá a nosotros el día que quieran matarle? —preguntó Artagnan—. ¡Diantre! Si así reparte capelos, démonos prisa, Porthos, y pidámosle mañana un regimiento cada uno. ¡Pardiez! Si dura un año la guerra civil, todavía he de hacer que se dore para mí la espada de condestable.

—¿Y para mí?

—Te reservaré el bastón de mariscal del señor de la Meilleraie, que no me parece goce de gran favor en este momento.

—Formalmente, señor coadjutor —dijo la reina—, ¿teméis esa conmoción popular?

—Formalmente, señora —contestó Gondi sorprendido de no haber adelantado más—. Cuando rompe un torrente su dique, temo siempre que cause grandes estragos.

—Y yo —repuso la reina— creo que en este caso es menester oponerle un dique nuevo. Idos, reflexionaré.

Gondi miró a Mazarino con asombro; Mazarino se acercó a la reina para hablar, y en aquel momento oyóse un espantoso tumulto en la plaza del Palacio Real.

Sonrióse Gondi, inflamáronse las miradas de la reina, y Mazarino se puso sumamente pálido.

—¿Qué pasa? —dijo este último.

En el mismo instante precipitóse Comminges en el salón.

—Perdonadme, señora, el pueblo ha hecho trizas a los centinelas contra las verjas y ahora está forzando las puertas. ¿Qué ordena Vuestra Majestad?

—Oíd, señora —dijo Gondi.

El mugido de las olas, el estallido del rayo, los ruidos de un volcán inflamado, no son comparables con la tempestad de gritos que se elevó al cielo en aquel instante.

—¿Qué ordeno, preguntáis? —dijo la reina.

—Sí, el tiempo urge...

—¿Cuánta gente tendréis dispuesta en el Palacio Real?

—Seiscientos hombres.

—Poned cien alrededor del rey, y con los demás dispersad ese populacho.

—Señora —dijo Mazarino—, ¿qué hacéis?

—Idos —añadió la reina.

Comminges se marchó con la pasiva obediencia militar.

Entonces se oyó un crujido terrible: empezaba a ceder una puerta.

—Señora —exclamó Mazarino—, nos estáis perdiendo a todos, a vos, al rey y a mí.

Ana de Austria sintió miedo a su vez al oír aquel grito salido del alma del aterrado cardenal, y mandó llamar a Comminges.

—Es tarde —dijo Mazarino arrancándose los cabellos de desesperación—. ¡Es muy tarde!

Cedió la puerta y oyéronse los aullidos de alegría del populacho. Artagnan llevó la mano a la espada e hizo seña a Porthos de que le imitase.

—¡Salvad a la reina! ¡Salvad a la reina! —dijo Mazarino dirigiéndose al coadjutor.

Gondi se lanzó a la ventana, la abrió y divisó a Louvieres a la cabeza de unos tres o cuatro mil hombres.

—¡No deis un paso más! —gritó—. La reina va a firmar.

—¿Cómo? —exclamó Ana de Austria.

—La verdad, señora —respondió Mazarino presentándola papel y pluma—. Firmad, Ana —añadió—; os lo suplico, lo exijo.

Dejóse caer la reina en un sillón, tomó la pluma y escribió.

El pueblo no se había movido, contenido por Louvieres; pero el horrible murmullo que revelaba la cólera de la multitud continuaba. La reina escribió lo siguiente:

«El alcaide de la cárcel de San Germán libertará al consejero Broussel. »

El coadjutor, que devoraba con la vista sus menores movimientos, tomó el papel en cuanto firmó la reina, volvió al balcón, y dijo con él en la mano:

—Aquí está la orden.

El pueblo respondió con un immenso grito de alegría, y en seguida resonaron las voces de: ¡Viva el coadjutor! ¡Viva Broussel!

—¡Viva la reina! —añadió Gondi.

Sólo alguna voces medio apagadas respondieron a este viva. Tal vez el coadjutor no lo había dado más que para probar la impotencia de Ana de Austria.

—Ahora que habéis logrado lo que queríais —dijo ésta—, idos, señor de Gondi.

—Cuando la reina me necesite —respondió el coadjutor inclinándose—, ya sabe Su Majestad que estoy a sus órdenes.

La reina hizo una inclinación de cabeza, y Gondi se retiró.

—¡Ah! ¡Maldito cura! —exclamó Ana de Austria tendiendo la mano hacia la puerta aún entreabierta—. Algún día me pagarás la hiel que hoy me has hecho tragar.

Y viendo que Mazarino iba a acercarse a ella, añadió: —Dejadme, no sois hombre.

Y salió de su habitación.

—Vos sí que no sois mujer —murmuró Mazarino.

Al cabo de un instante de meditación se acordó de que Artagnan y Porthos, permanecían escondidos, y por consiguiente debían haberlo visto y oído todo. Contrajéronse sus cejas y levantó el tapiz: el gabinete estaba desierto.

De allí pasó a la galería, y en ella halló a los dos amigos paseando.

—¿Por qué habéis salido del gabinete, señor de Artagnan? —preguntó Mazarino.

—Porque la reina mandó a todos que se retiraran, y pareció que aquella orden hablaba con nosotros lo mismo que con los demás.

—Es decir, que estáis aquí...

—Hace un cuarto de hora —dijo Artagnan mirando a Porthos para que no le desmintiese.

Sorprendió Mazarino esta mirada, y se convenció de que Artagnan todo lo había presenciado, mas no dejó de agradecerle la mentira. —Decididamente, señor de Artagnan —le dijo—, sois el hombre que buscaba y podéis contar conmigo, lo mismo que vuestro amigo. Saludando después a los dos con agradable sonrisa, volvió más tranquilo a su gabinete, porque a la salida de Gondi el tumulto había cesado completamente.

LII.— LA DESGRACIA DA MEMORIA

Ana de Austria volvió enfurecida a su oratorio.

—¡Cómo! —exclamaba retorciéndose los brazos—. ¡Cómo! ¿De modo que el pueblo ha visto a mi suegra María de Médicis prender al señor de Condé, primer príncipe de la sangre, ha visto al señor cardenal desterrar a mi suegra, su antigua regente, ha visto prisionero en Vincennes al caballero de Vendóme, al hijo de Enrique IV, sin decir nada cuando se insultaba, se encarcelaba, se amenazaba a esos altos personajes, y ahora por un Broussel...? ¡Dios santo! ¿Qué ha sido de la majestad real?

La reina tocaba sin saberlo una cuestión muy grave. El pueblo nada había dicho en favor de los príncipes, y sublevábase en favor de Broussel, porque se trataba de un plebeyo, y al defender al consejero conocía por instinto que se defendía a sí mismo.

Mientras tanto Mazarino paseaba por su gabinete, mirando de vez en cuando su hermosa luna de Venecia hecha pedazos.

—¡Bah! —decía para sí—. No es grato ceder de este modo; pero ya tendremos revancha: ¿qué nos importa Broussel? Es un hombre y no una cosa.

A pesar de toda su política, Mazarino se engañaba en aquel momento: Broussel era una cosa y no un hombre.

Cuando a la mañana siguiente hizo el consejero su entrada en París, en una hermosa carroza, con su hijo Louvieres al lado y Friquet a la zaga, todo el pueblo se precipitó armado a su paso: oyéronse por doquier los gritos de: ¡Viva Broussel!, ¡viva nuestro padre!, llevando la muerte a los oídos de Mazárino: de todas partes daban malas noticias los espías del cardenal y de la reina, que encontraban al primero muy excitado y a la segunda muy tranquila, y con señales esta última de estar meditando alguna grave resolución, lo cual hacía crecer la zozobra del ministro, que conocía y temía los arrebatos de su orgullo.

El coadjutor había vuelto al Parlamento, siendo más rey que lo eran el rey, la reina y el cardenal juntos. De acuerdo con su parecer, invitó el Parlamento al vecindario por medio de un edicto a deponer las armas y deshacer las barricadas, porque ya estaba visto que no se necesitaba más que una hora para volver a tomar las unas y una noche para hacer de nuevo las otras.

Considerándose amnistiado por su triunfo y sin temer ya que le ahorcaran, Planchet volvió a su tienda convencido de que si daban el más pequeño paso para prenderle, el pueblo se sublevaría en su favor como acababa de hacerlo por Broussel.

Rochefort devolvió sus ligeros al caballero de Humieres; faltaban dos, pero el caballero, que era frondista allá en sus adentros, no quiso admitir indemnización ninguna.

El mendigo se situó otra vez en el atrio de San Eustaquio, distribuyendo como antes agua bendita con una mano, y pidiendo limosna con la otra, sin que nadie sospechara que aquellas dos manos ayudaron a arrancar del edificio social la piedra fundamental de la monarquía.

Louvieres estaba orgulloso y satisfecho; habíase vengado de Mazarino, a quien detestaba, y contribuido mucho a sacar de la cárcel a su padre; su nombre fue repetido con temor en el Palacio Real, y decía, riéndose, vuelto al seno de su familia:

—¿Suponéis, padre, que si ahora pidiese el mando de una compañía a la reina, me lo daría?

Artagnan se aprovechó de aquellos momentos de tranquilidad para dar suelta a Raúl, a quien le costó gran trabajo tener encerrado durante el motín y que quería absolutamente desenvainar la espada en favor de unos o de otros. Raúl opuso al principio algunas dificultades, mas Artagnan habló en nombre del conde de la Fère, y el joven marchó a hacer una visita a la señora de Chevreuse y partió en seguida para el ejército.

Rochefort era el único a quien le pareció que no había concluido bien el asunto; había escrito al duque de Beaufort que fuese a París y cuando llegase el príncipe debía encontrar la ciudad tranquila.

Fue, por tanto, a ver al coadjutor para preguntarle si sería conveniente enviar contraorden al duque, pero Gondi reflexionó unos momentos y dijo:

—Dejadle que confirme su camino.

—¿Pues no se ha acabado ya todo? —preguntó Rochefort.

—No, amigo, aún estamos al principio.

—¿Qué os inclina a suponer?...

—El conocimiento que tengo del corazón de la reina: no querrá darse por vencida.

—¿Pues qué? ¿Está preparando algo?

—Es probable.

—¿Qué noticias tenéis? Sepamos.

—Sé que ha escrito al príncipe de Condé que vuelva del ejército a toda prisa.

—¡Hola!, ¡hola! —replicó Rochefort—. Tenéis razón, es necesario dejar que venga el duque de Beaufort.

La misma tarde de esta conversación corrieron voces de que había llegado Condé.

Esta noticia era muy natural, y sin embargo, causó una inmensa sensación: decíase que la señora de Longueville había cometido ciertas indiscreciones, y que el príncipe, a quien se acusaba de profesar a su hermana un afecto que excedía los límites de la amistad fraternal, le había confiado secretos que revelaban siniestros proyectos de parte de la reina.

Sin aguardar al otro día, algunos principales, entre los que se contaban regidores y capitanes de barrio, se fueron a casa de sus conocidos diciendo:

—¿Qué inconveniente habría en apoderarse del rey y conducirle a la Casa Ayuntamiento? Dejar que le cerquen nuestros enemigos, y le den malos consejos sería un grave error, pudiendo dirigirle por ejemplo al coadjutor, infundiéndole sanos principios y amor al pueblo.

Por la noche reinó una sorda agitación; a la mañana siguiente aparecieron otra vez las capas pardas y negras, las patrullas de tenderos armados y las bandadas de mendigos.

La reina pasó la noche hablando a solas con el príncipe, el cual fue introducido a las doce en su oratorio y no salió de él hasta las cinco de la mañana.

A esta hora pasó la reina al gabinete del cardenal. Aquélla no se había acostado aún y éste estaba ya levantado. Ocupábase en aquel momento en redactar la respuesta de Cromwell; ya habían pasado seis días de los diez pedidos a Mordaunt.

—¡Bah! —decía para sí—. Le he hecho esperar un poco, pero Cromwell sabe muy bien lo que son revoluciones para extrañarse de ello.

Estaba, pues, leyendo el primer párrafo de su minuta cuando tocaron suavemente a la puerta que daba a los aposentos de la reina. Sólo Ana de Austria podía venir por aquella parte; el cardenal se levantó y marchó a abrir.

La reina hallábase en traje de casa; pero este traje le sentaba bien todavía, porque Ana de Austria, lo mismo que Diana de Poitiers y Ninon Lenclos, conservó siempre el privilegio de ser hermosa. Aquella mañana lo estaba todavía más que de costumbre, porque sus ojos tenían todo el brillo que presta a las miradas una satisfacción interior.

—¿Qué tenéis, señora? —preguntó Mazarino inquietamenteMuy orgullosa parece que venís.

—Sí, Giuglio —contestó ella—; orgullosa y feliz, porque he éncontrado un medio de ahogar a esa hidra.

—Sois una excelente política, reina mía dijo Mazarino—; sepamos ese medio.

Y ocultó lo que estaba escribiendo, metiendo la comenzada carta debajo de algunos pliegos de papel blanco.

—Ya sabéis que desean apoderarse del rey —dijo la reina.

—¡Ah, sí! Y ahorcarme a mí.

—Pues no me lo quitarán.

—Ni me ahorcarán, Benone.

—Oídme. Trato de sacar de aquí a mi hijo, marchándome con él y vos conmigo. Quiero que este plan, que cambiará la faz de las cosas de la noche a la mañana, se lleve a cabo sin que lo sepa nadie más que vos, yo y otra persona.

—¿Y esa persona?...

—El príncipe de Condé.

—¿Conque es verdad que ha llegado?

—Anoche.

—¿Y le habéis visto?

—Ahora me separo de él.

—¿Se adhiere al proyecto?

—Él me lo ha aconsejado.

—¿Y París?

—Le sitiará por hambre y le obligará a rendirse.

—No deja de ser grandioso el proyecto, pero hay una dificultad.

—¿Cuál?

—Su imposibilidad.

—¡Palabra sin sentido! Todo es posible.

—En proyecto.

—Y en ejecución. ¿Tenemos dinero?

—Un poco —dijo Mazarino, temiendo que Ana de Austria quisiera apelar a su bolsillo.

—¿Y tropas?

—Cinco o seis mil hombres.

—¿Y valor?

—De sobra.

—Pues está hecho. ¡Oh! ¿No lo entendéis, Giuglio? París, ese odioso París, despertará una mañana sin reina y sin rey, cercado, sitiado, hambriento y sin más recurso que su estúpido Parlamento y su enano y patizambo coadjutor.

—¡Bellísimo, bellísimo! dijo Mazarino—. Comprendo el efecto, pero no veo de qué manera se puede lograr.

—Yo encontraré medios.

—¿Sabéis que eso es suscitar una guerra, una guerra civil, ardiente, encarnizada e implacable?

—¡Oh! Sí, sí, una guerra —respondió Ana de Austria—; sí, quiero convertir en cenizas esa ciudad rebelde; quiero apagar el fuego con su sangre, quiero que un espantoso ejemplo eternice el crimen y el castigo. ¡París! ¡Le aborrezco, le detesto!

—Poco a poco, Ana; ¿ya sois sanguinaria? Id con tiento, no estamos en tiempo de los Malatesta ni de los Castrucco Castracani; os vais a hacer decapitar, bella reina mía, y sería una lástima.

—¿Os bromeáis?

—No suelo chancearme; es muy peligrosa la guerra con todo un pueblo; ved a vuestro hermano Carlos I; se halla mal, muy mal. —Estamos en Francia y soy española.

—Tanto peor, *per Baccho,* mucho peor; más valiera que fueseis francesa y yo también; no nos odiarían tanto.

—Sin embargo, ¿aprobáis mi plan?

—Cierto, si comprendo que es posible.

—Lo es, yo lo aseguro; id haciendo los preparativos de viaje.

—Yo siempre estoy dispuesto a marchar; pero ya lo sabéis, nunca me marcho... y esta vez sucederá, sin duda, lo que las demás.

—Pero, en fin, ¿si yo me voy, vendréis conmigo?

—Probaré.

—Me estáis matando de intranquilidad con tantos temores, Giuglio; ¿qué teméis?

—Muchas cosas.

—¿Cuáles son?

La fisonomía de Mazarino convirtióse de irónica en sombría.

—Ana —dijo—, no sois más que una mujer, y como tal podéis ofender como queráis a los hombres, segura de la impunidad; me acusáis de medroso, y no lo soy tanto como vos, puesto que no condesciendo en escaparme. ¿Contra quién dan esos gritos? ¿Contra vos o contra mí? ¿A quién desean ahorcar? ¿A vos o a mí? Pues bien: yo hago frente a la tempestad; yo, a quien acusáis de tener miedo, no echando bravatas, porque no es mi sistema, sino resistiéndome. Imitadme: menos ruido y más efecto. Gritáis mucho y nada lográis. ¡Habláis de fuga!

Mazarino se encogió de hombros, asió la mano de la reina y la condujo al balcón.

—¡Mirad! ¿Y qué? ¿Qué veis desde ese balcón? Paisanos con coraza y casco, si no me engaño, armados de buenos mosquetes, como en tiempo de la liga, y que miran con tanta atención hacia aquí que os van a ver si levantáis tanto la cortina. Venid ahora a este otro: ¿qué divisáis? Gente del pueblo armada de alabardas y guardando vuestras puertas. Si os condujera a todas la rendijas del palacio una por una, observaríais lo mismo; hay quien vigila las puertas, hay quien vigila hasta los tragaluces de los sótanos, y os puedo decir con toda exactitud lo que el buen La-Ramée me decía del señor de Beaufort: «no os escaparéis como no os convirtáis en pájaro o en ratón». Y sin embargo, él se fugó. ¿Pensáis salir del mismo modo?

—Es decir, que estoy prisionera.

—¡Diantre! —exclamó Mazarino— Una hora hace que lo estoy probando.

Y tomando una pluma se puso a continuar tranquilamente el escrito que tenía empezado.

Ana, llena de cólera y avergonzándose de su humillación, salió del gabinete, empujando con fuerza la puerta.

Mazarino no volvió siquiera la cabeza.

De regreso en su habitación, la reina se dejó caer en un sillón, y rompió a llorar.

Ocurriósela de repente una idea y dijo incorporándose:

—Me he salvado. ¡Oh! Sí, sí, conozco un hombre que sabrá sacarme de París, un hombre a quien he tenido olvidado.

Y añadió medio alegre y pensativa:

—¡Qué ingrata soy! Veinte años he tenido olvidado a ese hombre, a quien hubiera debido hacer mariscal de Francia. Mi suegra prodigó oro, dignidades y afecto a Concini, que la perdió: el rey hizo a Vitry mariscal de Francia por un asesinato, y yo he dejado en el olvido y en la miseria al noble Artagnan que me salvó.

Acto seguido se dirigió a una mesa en la que había papel y tintero, y se puso a escribir.

LIII.— UNA ENTREVISTA

Aquella mañana hallábase Artagnan acostado en el dormitorio de Porthos, costumbre que habían adoptado los dos amigos desde que empezaron los desórdenes en la ciudad. A la cabecera tenían las espadas, y sobre una mesa, al alcance de la mano, las pistolas.

Artagnan todavía dormía, y soñaba que el cielo se nublaba con una nube amarilla, la cual disolvíase en lluvia de oro, y que él ponía su sombrero debajo de un canalón.

Porthos soñaba que la portezuela de su coche era muy estrecha para contener el escudo de armas que pensaba pintar en ella.

A las siete les llamó un criado sin librea que llevaba una carta para Artagnan.

—¿De parte de quién? —preguntó el gascón.

—De parte de la reina —respondió el lacayo.

—¡Cómo! —exclamó Porthos incorporándose.

Artagnan rogó al criado que pasase a una habitación inmediata, y luego que le vio cerrar la puerta, se levantó y leyó rápidamente el papel, mientras Porthos mirábale con ojos espantados sin atreverse a dirigirle ninguna pregunta.

—Amigo Porthos —le dijo presentándole la carta—, por fin dimos con tu título de barón y mi empleo de capitán. Toma, lee y juzga. Porthos alargó la mano, tomó la carta y leyó con voz trémula estas palabras:

«La reina quiere hablar a M. Artagnan, el cual seguirá al portador.»

—¡Bah! —dijo al terminar—. No me parece que esto tiene nada de particular.

—A mí me parece que tiene mucho. Muy enredadas deben andar las cosas cuando acuden a mí. ¡Qué confusión habrá habido en el ánimo de la reina, para que aparezca mi nombre en su memoria después de veinte años de olvido!

—Es verdad —dijo Porthos.

—Afila tu espada, barón; carga tus pistolas, echa avena a los caballos, y yo respondo de que mañana ocurrirán no pocas novedades. —¿Y acaso no será éste algún lazo que nos tienden para deshacerse de nosotros? —preguntó Porthos preocupado como siempre por la envidia que debía causar a los demás su futura grandeza.

—No tengas cuidado, que si hay lazo, yo olfatearé. Si Mazarino es italiano, yo soy gascón.

Y Artagnan se vistió en pocos segundos.

Mientras Porthos desde la cama le abrochaba la capa, llamaron a la puerta por segunda vez.

—Adelante —dijo Artagnan.

Entró otro criado y dijo:

—De parte de Su Eminencia el cardenal Mazarino.

Artagnan miró a Porthos.

—La situación se va complicando —dijo éste—. ¿A quién has de acudir primero?

—No hay complicación —respondió Artagnan—; el cardenal me cita para dentro de media hora.

—Está bien.

—Amigo —dijo el mosquetero dirigiéndose al lacayo—, decid a Su Eminencia que dentro de media hora estaré a sus órdenes.

El criado hizo un saludo y se fue.

—Fortuna ha sido que no haya visto al otro —dijo Artagnan.

—¿Y no crees que los dos te llaman con el mismo fin?

—No.

—Pues anda. Ten presente que te espera la reina, después el cardenal y después yo.

Artagnan llamó al lacayo de Ana de Austria.

—Estoy dispuesto a seguiros —le dijo—; guiadme.

El lacayo le condujo por la calle de Petits—Champs, y torciendo a la izquierda, le hizo entrar por la puerta falsa del jardín que cae a la calle de Richelieu; luego subieron por una escalera secreta, y Artagnan fue introducido en el oratorio.

Latía el corazón de nuestro teniente a impulsos de una emoción que no podía analizar; ya no tenía la ciega confianza juvenil, y la experiencia le había enseñado a conocer la gravedad de los sucesos. Sabía lo que era la nobleza de los

príncipes y la majestad de los reyes. Se había acostumbrado a clasificar su medianía en pos de las personas más notables por su riqueza o por su cuna. Antiguamente se hubiera acercado a Ana de Austria como un joven que saludaba a una mujer; entonces era distinto: iba a verla como un humilde soldado a un ilustre jefe.

Un leve ruido turbó el silencio del oratorio. Artagnan se sobresaltó y vio levantarse el tapiz empujado por una linda mano, por cuya forma, color y belleza reconoció ser la misma real mano que cierto día le permitieron besar.

La reina entró en el cuarto.

—¿Sois vos el señor d'Artagnan? —dijo fijando en el oficial una mirada llena de afectuosa melancolía—. Sí, vos sois, os reconozco bien. Miradme ahora; yo soy la reina; ¿me conocéis?

—No, señora —contestó Artagnan.

—Pues qué —continuó Ana de Austria con el delicioso acento que sabía dar a su voz cuando quería—, ¿ignoráis que la reina necesitó en una ocasión de un caballero joven, valiente y resuelto, que le encontró, y que, aunque haya habido motivos para creer que le ha olvidado, siempre le ha reservado un sitio en el fondo de su alma?

—No, señora, ignoro todo eso —repuso el mosquetero.

—Tanto peor, caballero —dijo Ana de Austria—; al menos para la reina, que necesita en el día del mismo valor y de la misma resolución.

—¡Cómo! —exclamó Artagnan—. ¿Estando la reina rodeada, como está, de servidores tan leales, de consejeros tan prudentes, se digna fijar la vista en un oscuro soldado?

Comprendió Ana esta embozada reconvención, la cual le produjo más sentimiento que enojo. Tanta abnegación, tanto desinterés en el gascón la avergonzó, se había dejado vencer en generosidad.

—Tal vez sea verdad cuanto me decís de los que me rodean, señor de Artagnan —le contestó—; pero yo sólo en vos tengo confianza. No ignoro que estáis al servicio del señor cardenal; estadlo también al mío, y yo me encargo de hacer vuestra suerte. Vamos a ver, ¿haríais hoy por mí lo que en otro tiempo hizo por la reina ese caballero que no conocéis?

—Haré cuanto mande V M. —dijo Artagnan.

Reflexionó la reina un momento, y observando la circunspecta actitud del mosquetero, le dijo:

—Quizás os gustará un descanso.

—No lo sé, porque nunca he descansado, señora.

—¿Tenéis amigos?

—Tenía tres: dos se han marchado de París, y no sé dónde se hallan. Uno me queda, pero creo que es de los que conocían al caballero de quien me ha hecho V M. el honor de hablarme.

—Está bien —dijo la reina—; vos y vuestro amigo valéis por todo un ejército.

—¿Qué debo hacer, señora?

—Volved a las cinco y os lo diré; pero no habléis a alma viviente de esta cita.

—No, señora. —Juradlo por Dios.

—Señora, nunca he faltado a mi palabra: cuando una vez digo que no, es así.

Aunque sorprendió a la reina este lenguaje, a que no la tenían acostumbrada sus cortesanos, parecióla un feliz agüero del celo con que Artagnan cooperaría en adelante a sus proyectos.

Uno de los artificios del gascón era encubrir a veces su profunda penetración bajo capa de una leal aspereza.

—¿Tiene algo más que mandarme la reina en este momento? —preguntó.

—Nada más —contestó Ana de Austria—, podéis retiraros hasta la hora señalada.

Artagnan hizo un saludo y se marchó.

—¡Diantre! —dijo para sí al llegar a la puerta—. Mucha falta parece que les hago.

Y como ya había transcurrido la media hora, atravesó la galería y marchó al despacho del cardenal.

Bernouin le introdujo.

—Señor, estoy a vuestras órdenes.

Diciendo estas palabras, paseó Artagnan, según su costumbre, una rápida ojeada en su derredor, y advirtió que Mazarino tenía delante una carta sellada, mas estaba puesta sobre el bufete por la parte del sobre y no se podía leer a quién iba dirigida.

—Venís del cuarto de la reina —dijo Mazarino mirando fijamente al mosquetero.

—¡Yo, señor! ¿Quién os ha dicho tal cosa?

—Nadie, pero yo lo sé.

—Siento mucho decir a monseñor que está equivocado —respondió con prudencia el gascón, cumpliendo la promesa que acababa de hacer a Ana de Austria.

—Yo mismo he abierto la antesala y os he visto venir por la parte de la galería.

—Es que me han conducido por la escalera secreta.

—¿Cómo?

—No sé, sin duda por equivocación.

Persuadido Mazarino de que no era fácil arrancar a Artagnan un secreto que quisiera guardar, renunció a descubrirle por entonces.

—Hablemos de mis negocios —dijo el cardenal—, ya que no deseáis confiarme los vuestros.

Artagnan se inclinó.

—¿Os gusta viajar? —preguntó Mazarino.

—He pasado mi vida en los caminos.

—¿Media algo que os pudiera detener en París?

—Nada más que una orden superior.

—Bien. Aquí tenéis una carta; se trata de llevarla a su destino.

—¿A su destino, señor? ¿Y dónde están las señas?

En efecto, el sobre estaba en blanco.

—Eso quiere decir —respondió Mazarino—, que tiene dos sobres.

—Entiendo: sólo se podrá romper el primero al llegar a un punto dado.

—Perfectamente, tomadla y marchad. Vuestro amigo el señor DuVallon es persona que me gusta: haced que os acompañe.

—¡Diantre! —pensó Artagnan—. Sabrá que ayer oímos su conversación, y quiere alejarnos de París.

—¿Vaciláis? —preguntó Mazarino.

—No, señor, marcho al instante. Sólo desearía una cosa.

—¿Cuál?

—Que fuese Vuestra Eminencia a ver a la reina.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Con qué objeto?

—Para decirle estas palabras: «Envío al señor de Artagnan a una comisión, y le mando que marche al momento».

—Ya veis —dijo Mazarino—, como habéis hablado con la reina.

—Ya he tenido el honor de decir a Vuestra Eminencia que era posible que se equivocase.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Mazarino.

—¿Me atreveré a repetir mi súplica a Vuestra Eminencia?

—Está bien. Allá voy. Esperadme aquí.

Miró Mazarino con atención si quedaba alguna llave en los armarios, y salió.

Pasaron diez minutos, durante los cuales Artagnan hizo muchos esfuerzos para leer a través del primer sobre lo que decía en el segundo sin poder lograrlo.

Mazarino volvió pálido y vivamente afectado, y fue a sentarse delante de su mesa. Artagnan le observaba con tanta atención como había examinado la carta, pero el rostro del cardenal era tan impenetrable como el sobre de la misiva.

—Parece que está irritado —dijo el gascón para sí—. ¿Será contra mí? Está meditando: sin duda pensará enviarme a la Bastilla. Poco a poco, señor; a la primera palabra que me digáis os acogoto y me hago frondista. Me llevarán en triunfo como a Broussel, y Athos me declarará el Bruto francés.

Su imaginación siempre viva hacía ver al mosquetero todo el partido que podía sacar de la situación.

Pero Mazarino, lejos de mostrar desagrado, le trató con más afecto que nunca.

—Teníais razón —le dijo—, querido señor de Artagnan; todavía no podéis marcharos.

—¡Ah! —exclamó Artagnan.

—Hacedme el favor de entregarme ese pliego.

Obedeció Artagnan, y Mazarino miró con cuidado si el sobre estaba intacto.

—Esta tarde me haréis falta —dijo el cardenal—; volved dentro de dos horas.

—Señor —respondió Artagnan—, dentro de dos horas tengo una cita a que no puedo faltar.

—No os apuréis por eso: es la misma.

—Está bien —pensó Artagnan—; ya lo sospechaba.

—Venid pues a las cinco, y traed a vuestro amigo Du-Vallon: pero que se quede en la antesala; tengo que hablar a solas con vos. Artagnan se inclinó diciendo para sí:

—Los dos igual orden, los dos a la misma hora y los dos en el Palacio Real, comprendo. ¡Ah! Por este secreto daría el coadjutor cien mil libras.

—¿Estáis reflexionando? —dijo Mazarino impacientado.

—Pensaba si deberíamos venir armados.

—De pies a cabeza.

—Bien está, señor; así lo haremos.

Repitió Artagnan su saludo, y corrió a referir a su amigo su entrevista con Mazarino, la cual pareció a Porthos del mejor agüero.

LIV.— LA EVASIÓN

No. obstante las muestras de agitación que se advertían en la ciudad, el Palacio Real presentaba a las cinco de la tarde, cuando Artagnan llegó a él, el aspecto más alegre. No era extraño. La reina había libertado a Broussel y Blancmesnil, y como el pueblo nada tenía que pedir, la reina no tenía nada que temer. La emoción popular era un resto de agitación que necesitaba algún tiempo para tranquilizarse, así como después de una tempestad se necesitan a veces muchos días para que se calmen las olas.

Habíase celebrado un gran festín so pretexto del regreso del vencedor de Lens. Los carruajes de los príncipes y princesas que asistían al convite llenaban los patios desde las doce del día. Después del banquete debía haber juego en la habitación de la reina.

Extremados fueron el talento y la gracia que desplegó Ana de Austria aquel día; nunca se la había visto de tan buen humor, y era que la flor de la venganza resplandecía en sus ojos y daba vida a sus labios.

Al levantarse los convidados de la mesa se eclipsó Mazarino; ya le esperaba Artagnan en la antesala. El cardenal se presentó con aire alegre, le cogió por una mano y le introdujo en su gabinete.

—Querido Artagnan dijo el cardenal sentándose—, voy a daros la mayor prueba de confianza que dar puede un ministro a un oficial. Artagnan hizo una cortesía y dijo:

—Espero que monseñor me la dará sin doble intención y persuadido de que soy digno de ella.

—Por más digno os tengo que a nadie, amigo mío, puesto que me dirijo a vos.

—Pues bien —dijo Artagnan—, yo por mi parte os confesaré, monseñor, que estaba esperando hace mucho tiempo una ocasión por este estilo. Conque así, decidme pronto lo que tengáis por conveniente.

—Amigo señor d'Artagnan —contestó Mazarino—, esta tarde vais a tener en vuestras manos la salvación del Estado.

Aquí hizo una pausa.

—Espero que os expliquéis, señor.

—La reina ha resuelto hacer con el rey un viajecito a San Germán.

—¡Cáscaras! —dijo Artagnan—. ¿Conque la reina quiere salir de París?

—Caprichos de mujeres.

—Sí, ya comprendo.

—Para eso os mandó llamar, y os dijo que volvierais a las cinco.

—Para eso me hizo jurar que no hablaría de la cita a nadie —repuso Artagnan—. ¡Ah! ¡Mujeres! Ni las reina dejan de serlo.

—¿Desaprobáis el viaje, querido señor d'Artagnan? —preguntó Mazarino con inquietud.

—¿Yo, señor?, ¿y por qué?

—Como os encogéis de hombros...

—Es un modo que tengo de hablar conmigo mismo, señor.

—¿Conque lo aprobáis?

—Ni apruebo, ni desapruebo: espero vuestras órdenes.

—Bien, os he elegido para acompañar al rey y a la reina a San Germán.

—¡Ah, bribón! —dijo entre sí Artagnan.

—Ya veis —repuso Mazarino observando la calma del mosquetero—, con cuánta razón os dije que ibais a disponer de la salvación del Estado.

—Sí, señor, y conozco toda la responsabilidad de semejante comisión.

—¿Pero la aceptáis?

—Yo siempre acepto.

—¿Suponéis posible hacerlo?

—Todo es posible.

—¿Y os atacarán en el camino?

—Es probable.

—¿Qué haréis, pues?

—Pasar por en medio de los que me ataquen.

—¿Y si no podéis?

—Peor para ellos; pasaré por encima.

—¿Conduciréis —continuó Mazarino— al rey y a la reina a San Germán, sin ninguna lesión?

—Sí.

—¿Y respondéis de ello con la vida?

—Con la vida.

—¡Sois un héroe, querido! —dijo el cardenal contemplando al mosquetero con admiración.

Artagnan sonrióse.

—¿Y yo? —preguntó Mazarino después de un momento de silencio, mirando fijamente a Artagnan.

—¿Cómo, señor?

—¿Y si yo quiero marcharme?

—Será más difícil.

—¿Por qué causa?

—Porque pueden conocer a Vuestra Eminencia.

—¿Aun de este modo?

Y levantando una capa que permanecía sobre un sillón, descubrió un traje completo de caballero, de color gris perla y grana, con adornos de plata.

—Si Vuestra Eminencia se disfraza, es otra cosa.

—¡Ah! —exclamó Mazarino.

—Pero será preciso que monseñor haga lo que el otro día dijo que hubiese hecho en nuestro lugar.

—¿Qué habré de hacer?

—Gritar: ¡abajo Mazarino!

—Gritaré.

—Pero en francés, en buen francés, señor; cuidado con el acento; en Sicilia nos mataron seis mil angevinos porque pronunciaban mal el italiano. Cuenta no busquen los franceses en vos las represalias de las Vísperas Sicilianas.

—Lo haré lo mejor que me sea posible.

—Hay mucha gente armada en la calle —continuó Artagnan—; ¿estáis seguro de que nadie sabe el proyecto de la reina?

Mazarino se quedó pensativo.

—El asunto que me proponéis, monseñor, no sería mal negocio para un traidor; todo lo excusarían los azares de un ataque. Estremecióse el cardenal, pero reflexionando que un hombre que tuviera propósito de hacerle traición, no le daría semejante aviso, dijo con viveza:

—Por eso no me he fiado de un cualquiera, sino que os he elegido a vos para escoltarme.

—¿Vais con la reina?

—No —dijo Mazarino.

—Entonces, saldréis después de Su Majestad.

—No.

—Ya —dijo Artagnan empezando a comprender.

—Sí, tengo mis planes —prosiguió el cardenal—, yendo con la reina aumentaría los peligros que puede correr S. M.: yendo detrás, su marcha aumentaría mis propios peligros: además de que una vez libre la corte puede olvidarme: los grandes son muy ingratos.

—Es cierto —dijo Artagnan dirigiendo una rápida ojeada a la sortija de la reina, que Mazarino llevaba puesta.

El cardenal, que observó la dirección de la mirada, volvió con disimulo el diamante hacia la palma de la mano.

—Por consiguiente —dijo Mazarino con maliciosa sonrisa—, quiero impedirles que sean ingratos conmigo.

—Es una obra de caridad cristiana —contestó Artagnan—, no dejar caer al prójimo en la tentación.

—Precisamente por eso —respondió Mazarino—, me propongo marcharme antes que ellos.

Sonrióse Artagnan comprendiendo aquella sagacidad italiana. Mazarino le vio sonreír, y aprovechó la oportunidad.

—Conque convenimos en que me sacaréis de París primero que a nadie, ¿no es verdad mi querido M. Artagnan?

—Grave es el encargo, señor.

—Cuando se trataba del rey y de la reina, no pensábais en eso —respondió Mazarino mirándole atentamente para que no se le escapase ninguno de los movimientos de su rostro.

—El rey y la reina, señor —contestó el mosquetero—, son mi rey y mi reina; mi vida es suya, se la debo, me la piden y no hay más que hablar.

—Eso es —dijo Mazarino entre dientes—, como tu vida no es mía, quieres que te la compre.

Y dando un profundo suspiro comenzó a volver hacia afuera el diamante de la sortija.

Artagnan sonrió.

Estos dos hombres tenían un punto de contacto, la astucia. Si hubieran tenido otro, el valor, uno de ellos hubiera hecho al segundo acometer grandes cosas.

—Ya conoceréis —dijo Mazarino—, que al pediros este servicio, tengo la intención de recompensaros.

—¿Aún no ha pasado V E. de la intención? —preguntó Artagnan.

—Tomad —dijo Mazarino quitándose la sortija—, tomad amigo M. Artagnan: ahí tenéis un diamante que fue vuestro, justo es que vuelva a vuestro poder; tomadle, os lo ruego.

Artagnan excusó a Mazarino el trabajo de insistir tomando la sortija. Después de mirar si la piedra era la misma y de cerciorarse de su pureza, se la puso en el dedo con gran satisfacción.

—Mucho afecto le tenía —dijo Mazarino echándole una última mirada—, pero no importa; os la doy con el mayor gusto.

—Y yo, señor —contestó Artagnan—, la recibo con el mismo. Hablemos ahora de nuestros asuntos particulares. ¿Queréis marcharos antes que todos?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—Y la reina, ¿a qué hora piensa partir?

—A las doce.

—Todo puede arreglarse; os sacaré de París, os dejaré fuera de puertas, y volveré a buscar a Su Majestad.

—Muy bien; pero ¿cómo me sacaréis de París?

—Para ello necesito entera libertad de acción.

—Os doy amplios poderes: podéis tomar una escolta tan numerosa como gustéis.

Artagnan movió la cabeza.

—Pues me parece el medio más seguro —dijo Mazarino.

—Para vos sí, señor; pero no para la reina.

Mazarino se mordió los labios, y continuó:

—¿Cómo nos compondremos entonces?

—Dejadlo para mí.

—¡Hum!

—Confiadme por entero la dirección de la empresa.

—No obstante...

—O encargádsela a otro —añadió Artagnan volviendo la espalda.

—¡Cómo! —murmuró el cardenal—. (Ahora se va con el diamante.) Señor d'Artagnan, amigo señor d'Artagnan —añadió con apacible voz.

—¡Señor!

—¿Me respondéis de todo?

—De nada: haré lo que pueda.

—¿Todo lo que os sea posible?

—Sí.

—Pues bien; en vos confío.

—Fortuna ha sido —dijo para sí Artagnan.

—¿Estaréis aquí a las nueve y media?

—¿Y os encontraré preparado, señor?

—Completamente.

—Pues es cosa convenida. ¿Me permite ahora V E. que pase a ver a la reina?

—¿Para qué?

—Desearía que Su Majestad me diera personalmente sus órdenes.

—Me ha encargado a mí que lo haga.

—Puede habérsele olvidado algo.

—¿Tenéis interés en verla?

—Es indispensable, señor.

Mazarino vaciló un momento, y Artagnan permaneció impasible y firme.

—Bien —dijo el cardenal—; voy a seguiros, porque no se trascienda una palabra de nuestra conversación.

—Nadie tiene que ver con lo que entre nosotros ha pasado, señor —contestó Artagnan.

—¿Me juráis guardar el secreto?

—Yo no juro nada. Digo sí o no, y a fuer de caballero cumplo mi palabra.

—Vamos, veo que es necesario fiar en vos sin restricciones.

—Es lo mejor que se puede hacer; creedme, señor.

—Venid —dijo Mazarino.

E introduciéndole en el oratorio de la reina, le mandó esperar.

No esperó Artagnan mucho tiempo. A los cinco minutos se presentó la reina en magnífico traje de corte, con el cual apenas aparentaba tener treinta y cinco años, y estaba lindísima.

—¿Sois vos el señor d'Artagnan? —le dijo sonriéndose con amabilidad—. Os agradezco que hayáis insistido en verme.

—Vuestra Majestad me perdonará dijo Artagnan—, pero deseaba tomar sus órdenes personalmente.

—Ya sabéis de qué se trata.

—Sí, señora.

—¿Y aceptáis la misión que os confío?

—Con agradecimiento.

—Bien; estad aquí a medianoche.

—Estaré.

—Señor d'Artagnan —dijo la reina—, conozco bien vuestro desinterés para hablaros en este instante de mi reconocimiento: pero juro que no olvidaré el segundo servicio como olvidé el primero.

—Vuestra Majestad es libre para acordarse y para olvidar; ignoro lo que queréis decir.

Y Artagnan hizo un saludo.

—Id con Dios —dijo la reina con afable sonrisa—; id y volved a las doce de la noche.

Hízole con la mano una señal de despedida, y Artagnan se retiró; mas al retirarse miró a la mampara por donde había entrado la reina, y por debajo del tapiz vio la punta de un zapato de terciopelo.

—¡Bravo! —dijo para sí—. Mazarino estaba en acecho para ver si yo lo descubría. Cierto que ese italiano no merece que le sirva un hombre de bien.

No por esto dejó de ser exacto a la cita; a las nueve y media entraba en la antesala.

Bernouin le estaba esperando y le introdujo. Encontrábase el cardenal vestido de caballero. Ya hemos dicho que sabía llevar con elegancia este traje, el cual le sentaba muy bien, aunque entonces estaba Mazarino muy pálido y temblaba un poco.

—¿Solo? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Y el buen señor Du-Vallon? ¿No disfrutaremos de su compañía?

—Sí tal, señor; está esperando en su carruaje.

—¿Dónde?

—A la puerta del jardín del Palacio Real.

—¿Conque vamos en su coche?

—Sí, señor.

—¿Y sin más escolta que vos y vuestro amigo?

—¿Os parece poco? Con uno bastaba.

—Amigo señor d'Artagnan —dijo Mazarino—, en verdad que vuestra sangre fría es para asustar a cualquiera.

—Yo suponía, por el contrario, que debía inspiraros confianza.

—¿Y Bernouin, no va conmigo?

—No hay sitio vacante para él; después se reunirá con Vuestra Eminencia.

—Vamos allá —repuso Mazarino—, ya que en todo hay que hacer lo que queráis.

—Señor, aún es tiempo de retroceder —dijo Artagnan—; Vuestra Eminencia puede obrar con toda libertad.

—No, no —contestó el cardenal—, vamos.

Y bajaron juntos por la escalera secreta apoyando Mazarino su débil brazo en el de Artagnan.

Atravesaron los patios del Palacio Real en que aún había algunos carruajes de convidados rezagados, ganaron el jardín y llegaron a la puerta falsa. Mazarino intentó abrir con auxilio de una llave que sacó del bolsillo, pero le temblaba tanto la mano que no pudo encontrar el ojo de la cerradura.

—Dádmela —dijo Artagnan.

Diósela Mazarino, y Artagnan, después de abrir, se la metió en el bolsillo con ánimo de volver a palacio por aquel mismo sitio.

Mosquetón tenía abierta la portezuela del coche; Porthos permanecía dentro.

Subid, señor —dijo Artagnan.

No esperó Mazarino a que se lo repitiesen dos veces, y se lanzó al carruaje.

Artagnan subió tras él, y Mosquetón, después de cerrar la portezuela subió a la zaga exhalando gemidos; algunas dificultades había opuesto al viaje so pretexto de que su herida no estaba todavía cerrada, pero Artagnan le dijo:

—Quedaos si gustáis, amigo Mostón; pero os aviso que París va a arder esta noche.

Con lo cual no hizo más preguntas Mosquetón, y declaró que estaba decidido a seguir a su amo y al señor de Artagnan hasta el fin del mundo.

El coche echó a andar a un trote que de ningún modo revelaba la prisa de la gente que iba dentro. El cardenal se limpió la frente con el pañuelo y echó una mirada en su rededor.

A su izquierda iba Porthos y a su derecha Artagnan, cada uno guardando una portezuela y sirviéndole de muralla.

En el asiento de enfrente hallábanse dos pares de pistolas, uno delante de Porthos y otro delante de Artagnan; entrambos amigos llevaban además sus correspondientes aceros.

A cien pasos del Palacio Real detuvo una patrulla al carruaje.

—¡Quién vive! —dijo el que la mandaba.

—¡Mazarino! —contestó Artagnan soltando la carcajada.

El cardenal sintió erizársele los cabellos.

Esta chanza pareció excelente a los parisienses, que al ver aquel carruaje sin armas y sin escolta, nunca hubiesen creído en la realidad de semejante aserto.

—¡Buen viaje! —gritaron.

Y les dejaron pasar.

—¿Qué le parece a Vuestra Eminencia esta respuesta? —preguntó Artagnan.

—Sois un hombre de talento —exclamó Mazarino.

—Vamos —dijo Porthos—, ya voy conociendo...

En mitad de la calle de Petits-Champs les detuvo otra patrulla.

—¡Quién vive! —gritó el jefe.

—Escondeos, señor —dijo Artágnan.

Mazarino se ocultó de tal modo entre los dos amigos, que desapareció completamente.

—¿Quién vive? —repitió impacientemente la misma voz.

Y Artagnan sintió que se arrojaba un hombre a detener los caballos.

Sacó medio cuerpo fuera del carruaje y exclamó:

—¡Hola, Planchet!

Acercóse el jefe; era Planchet efectivamente. Artagnan había conocido por la voz a su antiguo lacayo.

—¡Diablos! —dijo Planchet—. ¿Sois vos, señor?

—Sí, amigo. El pobre Porthos acaba de recibir una estocada y le llevo a su casa de campo de Saint-Cloud.

—¿Es verdad? —preguntó Planchet.

—Porthos —dijo Artagnan—, si podéis hablar, querido Porthos, decid una palabra al buen Planchet.

—Amigo Planchet —dijo Porthos con lamentable voz—, estoy muy malo; si encuentras por ahí un médico, hazme el favor de enviármele.

—¡Qué desgracia, Santo Dios! —dijo Planchet—. ¿Y cómo ha sucedido?

—Ya te lo contaré —respondió Mosquetón.

Porthos lanzó un profundo gemido.

—Haz que nos permitan pasar, Planchet —dijo en voz baja Artagnan—, o no llega vivo; están interesados los pulmones.

Planchet sacudió la cabeza como dando a entender que siendo así conceptuaba muy grave a su estado.

Y volviéndose a su gente añadió:

—Dejadle pasar; son compañeros.

Emprendió el carruaje su marcha, y Mazarino, que había contenido el aliento hasta entonces, se atrevió a respirar, murmurando:

—*Briconi!*

A pocos pasos de la puerta de San Honorato hallaron una nueva patrulla, componíase de gente de mala catadura, más parecida a una tropa de bandidos que a otra cosa; eran los secuaces del mendigo de San Eustaquio.

—Atención, Porthos —observó Artagnan. Porthos llevó la mano a las pistolas.

—¿Qué hay? —preguntó Mazarino.

—Que esta es mala gente, señor.

A este tiempo se acercó un hombre a la portezuela con una especie de hoz en la mano, y preguntó:

—¡Quién vive!

—Canalla —dijo Artagnan—, ¿no conoces el coche del príncipe de Condé?

—Príncipe o no —repuso el hombre—. Abrid ahí. Estamos custodiando la puerta, y nadie pasará sin que antes sepamos quién es.

—¿Qué hacemos? —preguntó Porthos.

—¡Cómo! Pasar —dijo Artagnan.

—Pero ¿de qué modo? —preguntó Mazarino.

—Por en medio o por encima. A galope, cochero.

El cochero levantó el látigo.

—No deis un paso —dijo el que parecía el jefe—, o desjarreto a los caballos.

—¡Diantre! —exclamó Porthos—. Lástima sería. Cada animal de esos me cuesta cien doblones.

—Yo os los pagaré a doscientos —repuso Mazarino.

—Sí, pero cuando a ellos les desjarreten, nos degollarán a nosotros.

—Uno viene hacia mí —observó Porthos—; ¿le mato?

—Matadle, pero de una puñalada, si podéis; no hay que hacer fuego más que en último extremo.

—Puedo —contestó Porthos.

—Pues venid a abrir —dijo Artagnan al hombre de la hoz, cogiendo una pistola por el cañón y preparándose a darle con la culata.

El hombre acercóse.

Conforme se iba aproximando, Artagnan sacaba el cuerpo por la portezuela para tener más libertad en sus movimientos, y sus ojos se fijaron en los del mendigo iluminado por la luz de una linterna.

Indudablemente éste reconoció al mosquetero, porque se puso muy pálido; también debió Artagnan de reconocerle, porque se le erizaron los cabellos.

—¡Señor d'Artagnan! —dijo el mendigo retrocediendo un paso—. ¡El señor d'Artagnan! Dejadle pasar.

Tal vez iría a responderle Artagnan, cuando resonó un golpe igual al que una maza que cayese sobre la cabeza de un buey; era que Porthos había derribado a su adversario.

Volvió Artagnan la cabeza, y vio al desgraciado tendido a cuatro pasos de distancia.

—¡A escape! —gritó el cochero—. ¡Arrea, arrea!

El cochero descargó a los caballos un fuerte latigazo. Los nobles animales partieron con ímpetu; oyéronse algunos gritos de hombres atropellados. Sintióse después un doble sacudimiento; dos de las ruedas acababan de pasar por encima de un cuerpo flexible y redondo. Reinó un instante de silencio. El carruaje salió de la puerta.

—A Cours-la-Reine —dijo Artagnan al cochero.

Y dirigiéndose a Mazarino añadió:

—Ahora, señor, podéis rezar diez Padrenuestros y diez Avemarías en acción de gracias; estáis libre.

Mazarino sólo respondió con una especie de gemido: no podía creer en tal milagro.

Pocos minutos después se detuvo el coche en Cours-la-Reine.

—¿Queda Vuestra Excelencia contento de su escolta? —preguntó el mosquetero.

—Contentísimo —dijo Mazarino atreviéndose a sacar la cabeza por la portezuela—; ahora haced lo mismo con la reina.

—Será menos difícil —contestó Artagnan apeándose—. Señor Du-Vallon, os recomiendo a Su Eminencia.

—No hay cuidado —dijo Porthos presentándole la mano.

Artagnan se la apretó.

—¡Ay! —dijo Porthos.

—¿Qué es eso? —preguntó el mosquetero asombrado.

—Tengo algo magullada la mano.

—¡Qué diablo! Cierto es que las puñaladas que dais...

—Pues no, el hombre iba ya a dispararme un pistoletazo; pero ¿y vos, cómo os librasteis del vuestro?

—¡Oh! El mío —contestó Artagnan— no era un hombre.

—¿Pues qué era?

—Un fantasma.

—¿Y vos?...

—Le conjuré.

Sin otras explicaciones tomó Artagnan sus pistolas, las puso en el cinto, se embozó en su capa, y no queriendo entrar en París por la puerta que le había dado salida, dirigióse a la de Richelieu.

LV.— UN COCHE

Al entrar Artagnan por la puerta de Richelieu, salió un pelotón de gente a reconocerle, y cuando vieron por las plumas de su sombrero y su capa galoneada, que era oficial de mosqueteros, le rodearon para hacerle gritar: ¡abajo Mazarino! La primera demostración no dejó de impacientarle, pero cuando supo de qué se

trataba, gritó tanto y tan bien, que los demás descontadizos quedaron satisfechos.

Marchaba por la calle de Richelieu pensando en los medios de que se serviría para sacar de París a la reina, porque era imposible hacerlo en un coche que tuviera las armas de Francia, cuando divisó un carruaje a la puerta del palacio de la señora de Guemenée.

Una idea repentina ocurriósele.

—¡Pardiez! —dijo para sí—. No sería mal ardid de guerra.

Y acercándose al carruaje, examinó el escudo de armas de la portezuela y miró al cochero que estaba en el pescante.

Este examen le fue tanto más fácil, cuanto que el cochero se hallaba durmiendo.

—Es el coche del coadjutor, no hay duda —dijo Artagnan—; ahora empiezo a creer que la divina Providencia se declara en nuestro favor.

Subió al carruaje sin hacer ruido, y tirando del cordón de seda que correspondía al dedo pequeño del cochero, gritó:

—Al Palacio Real.

Despertóse en el momento el cochero, y no dudando que aquella orden procedía de su amo, se dirigió al sitio indicado. El portero iba a cerrar las verjas; pero al ver aquel magnífico carruaje, calculó que se trataba de una visita importante y le dejó pasar hasta el peristilo, donde se detuvo.

Al llegar allí notó el cochero que los lacayos no iban a la zaga; pero creyendo que el coadjutor habría dispuesto de ellos, se apeó del pescante y fue a abrir la portezuela.

Artagnan apeóse también, y en el instante en que el cochero, asustado al ver que no era su amo, daba un paso atrás, le agarró de la ropa con la mano izquierda, y con la otra le puso una pistola al pecho diciéndole:

—Si dices una palabra te mato.

El tono del que hablaba hizo comprender al cochero que no se trataba de una vana amenaza, y quedóse inmóvil con los ojos desmesuradamente abiertos.

Dos mosqueteros se paseaban por el patio, y Artagnan los llamó por sus nombres.

—Caballero de Belliere dijo a uno de ellos—, hacedme el favor de tomar las riendas de manos de este hombre, subid al pescante del coche, llevadle a la puerta de la escalera secreta, y esperadme allí. Es para un negocio de importancia y del real servicio.

Convencido el mosquetero de que su teniente era incapaz de bromear en asuntos del servicio, obedeció sin decir palabra, si bien le pareció singular la orden.

Se volvió entonces Artagnan al otro mosquetero, y le dijo:

—Señor Du Verger, ayudadme a conducir a este hombre a sitio seguro.

El mosquetero supuso que su teniente acababa de prender a algún príncipe disfrazado; se inclinó, y sacando la espada dio a entender que estaba dispuesto.

Artagnan subió la escalera seguido del prisionero, detrás del cual iba Du Verger, atravesó el vestíbulo y entró en la antecámara de Mazarino.

Bernouin aguardaba con impaciencia noticias de su amo.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Todo va perfectamente, querido Bernouin; aquí traigo un hombre que deseo pongáis a buen recaudo.

—¿Dónde?

—Donde gustéis, con tal que las ventanas del cuarto en que le encerréis tengan candado y la puerta se cierre con llave.

—Está bien, señor d'Artagnan —dijo Bernouin.

Y condujo al pobre cochero a un aposento con rejas, muy parecido a un calabozo.

—Ahora, amiguito —dijo Artagnan—, hazme el favor de darme tu capa y tu sombrero.

Fácilmente comprenderá el lector que el cochero no opondría la menor resistencia; estaba además tan asombrado de lo que le pasaba que se tambaleaba y no acertaba a pronunciar, como si estuviese bebido. Artagnan se lo entregó todo al ayuda de cámara y dijo al mosquetero:

—Señor Du Verger, encerraos con este hombre, y no salgáis hasta que os venga a abrir Bernouin; algo larga y poco divertida será la centinela, pero se trata del real servicio —añadió gravemente.

—Estoy a vuestras órdenes, mi teniente —dijo el mosquetero a quien no ocultó lo serio del negocio de que se ocupaba Artagnan. —Y si ese hombre tratase de escaparse o de gritar, atravesadle de una estocada.

El mosquetero hizo un movimiento de cabeza, dando a entender que obedecería puntualmente la consigna.

Artagnan salió del cuarto de Bernouin.

Daban las doce.

—Conducidme al oratorio de la reina —dijo el gascón—; pasadla aviso, y llevad este lío con un mosquete bien cargado al pescante del coche que se halla esperando al pie de la escalera secreta.

Bernouin condujo a Artagnan al oratorio, donde se sentó pensativo nuestro gascón.

Ninguna novedad se había observado en el Palacio Real.

Ya hemos dicho que a las diez retirárosen casi todos los convidados; a los que debían huir de la corte se les dio el santo y seña, citándoles para Cours-la-Reine, entre doce y una de la noche.

A las diez pasó Ana de Austria al aposento del rey; se acababa de acostar el príncipe, su hermano, y el joven Luis se entretenía en formar en batalla unos

soldados de plomo, ejercicio que le distraía mucho. Jugaban con él dos meninos.

—Laporte —dijo la reina—, ya será hora de que se acueste Su Majestad.

El rey manifestó deseos de no hacerlo tan pronto, diciendo que no tenía sueño; pero la reina insistió.

—¿No pensáis ir a bañaros a Couflans, mañana a las seis, Luis? Me parece que vos mismo lo pedisteis.

—Es verdad, señora —dijo el rey—, y estoy dispuesto a retirarme así que tengáis a bien darme un beso. Laporte entregad la palmatoria al caballero de Coislin.

La reina acercó los labios a la lívida frente que le presentaba el augusto niño con una gravedad que revelaba ya un principio de etiqueta. —Dormíos pronto, Luis —dijo la reina—, porque habréis de levantaros temprano.

—Haré lo que pueda por obedeceros, señora —contestó el joven monarca—; pero no siento la menor gana de dormir.

—Laporte —dijo Ana de Austria en voz baja—, escoged un libro muy fastidioso para leérselo a S. M. y no os desnudéis.

Marchóse el rey, acompañado del señor de Coislin, el cual llevaba la palmatoria. El otro menino fue conducido a su cuarto.

Entonces se dirigió la reina a su aposento. Sus damas, la señora de Bregy, la señorita de Beaumont, la señora de Motteville y su hermana Socratina, llamada así por su gran sabiduría, acababan de llevar al guardarropa los restos de la comida, con los cuales acostumbraban a cenar.

La reina dio varias órdenes, habló de un banquete a que la tenía convidada el marqués de Villequier para dentro de dos días, designó a las dos personas que tendrían el honor de acompañarla, anunció para el otro día una visita devota al Val-de Grace, y previno a Beriughen, su primer ayuda de cámara, que estuviese dispuesto a ir con ella.

Concluida la cena de las damas, fingió la reina estar muy cansada y pasó a su alcoba. La señora de Motteville, que estaba aquella noche de servicio particular, la siguió y la ayudó a desnudarse.

Entonces la reina se acostó, la habló afectuosamente por espacio de algunos minutos, y la despidió.

En aquel momento entraba Artagnan en el patio del Palacio Real con el coche del coadjutor.

Un instante después salían los coches de las damas de honor, y se cerraba la verja tras ellos.

Sonaron las doce.

A los cinco minutos llamaba Bernouin en la alcoba de la reina por la puerta secreta del cardenal.

Ana de Austria fue a abrir:

Ya estaba vestida: no había hecho más que volverse a poner las medias y envolverse en un ancho peinador.

—¿Sois vos Bernouin? —dijo—. ¿Está ahí el señor de Artagnan?

—Sí, señora, en el oratorio. Espera a que Vuestra Majestad se prepare.

—Ya lo estoy. Decid a Laporte que despierte y vista al rey, y después ir a avisar al mariscal de Villeroy.

Bernouin hizo un saludo y salió:

Al entrar la reina en su oratorio, alumbrado por una lámpara de cristal de Venecia, encontró a Artagnan en pie y aguardándola.

—¿Sois vos? —le preguntó.

—Sí, señora.

—¿Estáis dispuesto?

—Sí.

—¿Y el señor cardenal?

—Ha salido de París sin novedad, y espera a Vuestra Majestad en Cours-la Reine.

—¿Pero en qué carruaje vamos a ir?

—Todo lo he previsto; abajo hay uno a la disposición de Vuestra Majestad.

—Pasemos al aposenteo del rey.

Artagnan hizo un saludo y siguió a la reina.

El joven rey estaba ya vestido, faltándole sólo los zapatos y la ropilla; dejábase vestir con asombro y multiplicando sus preguntas a Laporte, que sólo le respondía con estas palabras.

—Señor, la reina lo ordena.

Las colgaduras de la cama estaban descorridas y permitían ver las sábanas, tan usadas, que en algunos sitios se clareaban. Esto era afecto a la mezquindad de Mazarino.

Entró la reina, y Artagnan se quedó en el umbral. Al ver el real niño a su madre, escapóse de entre las manos de Laporte y corrió hacia ella.

La reina indicó a Artagnan que se acercase.

El gascón obedeció.

—Hijo amado —dijo Ana de Austria señalando al mosquetero, que se mantenía inmóvil y grave—, aquí os presento al señor d'Artagnan, hombre valiente como los antiguos paladines, cuya historia os place tanto que os refieran mis damas; guardad su nombre y sus facciones en la memoria; miradle con atención, porque esta noche nos va a prestar un buen servicio.

El joven monarca contempló al oficial con sus rasgados y altivos ojos, y replicó:

—¿El señor d'Artagnan?

—Sí, amado hijo.

Entonces el rey levantó su pequeña mano y se la presentó al mosquetero; éste puso una rodilla en tierra, y la besó respetuosamente.

—El señor d'Artagnan —repitió Luis—, está bien, señora.

En aquel momento oyóse un rumor de voces que se acercaba.

—¿Qué es eso? —preguntó la reina.

—¡Oh! —respondió Artagnan, aplicando a la parte de afuera su oído y su mirada penetrante—. Es la voz del pueblo en conmoción.

—Es preciso huir dijo la reina.

—Vuestra Majestad me ha confiado la dirección de este asunto; es necesario quedarse y saber lo que desea el pueblo.

—¡Señor d'Artagnan!

—Yo respondo de todo.

No hay cosa que se comunique más pronto que la confianza. La reina, dotada de gran entereza y valor, comprendía estas virtudes en los demás.

—Haced lo que gustéis —le dijo—; en vos confío.

—¿Me permite Vuestra Majestad dar en su nombre las órdenes que exijan las circunstancias?

—Dadlas.

—¿Y qué desea el pueblo? —preguntó el rey.

—Ahora lo sabremos, señor —dijo Artagnan.

Y salió rápidamente.

El tumulto iba en aumento, todo el Palacio Real resonaba con los gritos; en el interior oían voces que no se entendían; era indudable que había un motín.

El rey a medio vestir, la reina y Laporte, se quedaron en el mismo estado y casi en el mismo sitio en que permanecían escuchando y esperando.

Comminges, que daba aquella noche la guardia en palacio, entró para poner a disposición de la reina unos doscientos hombres, que tenía reunidos en las cuadras y en los patios.

—¿Qué pasa? —preguntó Ana de Austria cuando volvió Artagnan.

—Pasa, señora, que han corrido voces de que la reina ha salido de palacio llevándose al rey, y que el pueblo quiere que le demuestre que no es cierto o amenaza con echar abajo el edificio.

—¡Oh! Esto ya es demasiado —dijo la reina—. Yo les demostraré que no me he marchado.

Artagnan, conociendo en el rostro de la reina que iba a dar alguna orden violenta, se acercó a ella y dijo en voz baja:

—¿Sigue Vuestra Majestad honrándome con su confianza?

Estas palabras le hicieron estremecerse.

—Sí, con toda mi confianza.

—¿Se dignará la reina ejecutar lo que le aconseje?

—Hablad.

—Tenga V M. a bien despedir al señor de Comminges, ordenándole que se encierre con su gente en el cuerpo de guardia y en las cuadras.

Comminges miró a Artagnan con los envidiosos ojos de un cortesano, testigo del favor de un nuevo compañero.

—¿Habéis oído, Comminges? —preguntó la reina.

Artagnan, que con su ordinaria sagacidad había comprendido aquella impaciente ojeada, marchó a él y le dijo:

—Perdonadme, señor de Comminges, ¿no somos entrambos servidores de la reina? Pues ahora me toca a mí serla útil; no me envidiéis tal suerte.

Comminges se inclinó y salió del aposento.

—¡Vaya por Dios! —dijo entre sí Artagnan—. Héteme aquí con un adversario más.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó la reina—. Porque ya veis que el ruido aumenta en vez de apaciguarse.

—Señora —dijo el oficial—, el pueblo quiere ver al rey y es necesario que le vea.

—¡Cómo! ¿qué le vea? ¿dónde? ¿al balcón?

—No, señora; durmiendo en su cama.

—¡Oh! —dijo Laporte—. El señor d'Artagnan tiene mucha razón.

La reina se quedó meditabunda y se sonrió como mujer capaz de conocer la doblez de aquel proyecto.

—No está mal pensado —murmuró.

—Señor Laporte —dijo Artagnan—, id a la verja y decid desde allí al pueblo, que van a ser cumplidos sus deseos, y que dentro de cinco minutos verá al rey, no así como quiera, sino en su cama; añadid que S. M. está durmiendo y que la reina ruega que se haga el menor ruido posible para no despertarle.

—Pero que no vengan todos, sino una comisión de tres o cuatro personas.

—Todos, señora.

—Entonces nos van a tener aquí hasta el amanecer.

—Nos tendrán un cuarto de hora. Señora, yo respondo de todo, no lo dudéis, conozco al pueblo; no es más que un niño grande que con que le acaricien se contenta; al ver al rey dormido se quedará callado con la dulzura y timidez de un cordero.

—Id allá, Laporte —ordenó la reina.

El joven monarca se acercó a su madre y preguntó:

—¿Por qué hemos de hacer lo que quiere esa gente?

—Porque es necesario, hijo mío —contestó Ana de Austria.

—Pues si me han de contestar que es menester, quiere decir que no soy rey.

La reina guardó silencio.

—Señor —dijo Artagnan—, ¿me permite vuestra majestad que le haga una pregunta?

Luis XIV volvió la cabeza asombrado de que hubiese quien se atreviera a dirigirle la palabra. Ana de Austria apretó la mano del niño, el cual dijo:

—Sí, señor.

—¿Se acuerda Vuestra Majestad de cuando jugaba en el parque de Fontainebleau o en los patios del palacio de Versalles, y de pronto se entoldaba el cielo y se oían truenos?

—Sí, me acuerdo.

—Pues bien, aquellos truenos decían a Vuestra Majestad por muchas ganas que tuviera de jugar: recogeos, señor, es necesario.

—Es verdad; pero también me han dicho que el ruido del trueno es la voz de Dios.

—Pues oíd la voz del pueblo y veréis que se parece mucho a la del trueno.

En efecto, en aquel momento pasaba un terrible estruendo en alas de la brisa nocturna.

De pronto cesó.

—Mirad, señor —dijo Artagnan—, acaban de decir al pueblo que estáis durmiendo, ya veis que aún sois rey.

La reina contempló con asombro a aquel hombre extraordinario, igual a los más valientes por su noble valor y capaz de igualarse a todos por su penetración y astucia.

En esto volvió Laporte.

—¿Qué hay? —preguntó la reina.

—Señora, la profecía del señor Artagnan se ha cumplido. El pueblo se ha tranquilizado como por encanto. Van a abrirle la puerta y dentro de cinco minutos estará aquí.

—Laporte —dijo la reina—, si pudieseis poner a cualquiera de vuestros hijos en lugar de S. M. nos marcharíamos entretanto.

—Mis hijos y yo —contestó Laporte—, están a las órdenes de Vuestra Majestad.

—Nada de eso —dijo Artagnan—; si alguno de los que vienen conociese a Su Majestad y advirtiese tal subterfugio, todos estaríamos perdidos.

—Tenéis razón, señor d'Artagnan, tenéis razón como siempre —dijo Ana de Austria—. Laporte, acostad al rey.

Laporte puso al rey en el lecho sin desnudarle y le cubrió los hombros con la sábana.

La reina se inclinó hacia él y diole un beso en la frente.

—Haceos el dormido, Luis —le dijo.

—Bueno —contestó el rey—, pero no permito que me toque ninguno de esos hombres.

—Yo estoy aquí, señor —dijo Artagnan—, y os aseguro que el que tuviera semejante audacia lo pagaría con su vida.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntó la reina—. Porque ya están ahí.

—Señor Laporte, salid a su encuentro y encargadles otra vez que no hagan ruido. Señora, esperad ahí en esa puerta. Yo me coloco a la cabecera del rey, dispuesto a morir por él.

Laporte salió; la reina púsose junto al tapiz de la puerta, y Artagnan se escondió detrás de la colgadura de la cama.

Oyóse luego la marcha sorda y contenida de una gran multitud, y Ana de Austria levantó el tapiz, llevándose un dedo a la boca como para imponer silencio.

Al ver a la reina se detuvieron todos en actitud reverente.

—Entrad, señores, entrad —dijo Ana de Austria.

Hubo entonces en el pueblo un movimiento de indecisión y como de vergüenza; la multitud aguardaba que se le resistiese: esperaba forzar puertas y atropellar guardias, y las puertas se habían abierto a su paso y el rey no tenía a su cabecera más guardia que su madre, al menos aparentemente.

Los que iban delante tartamudearon algunas palabras e hicieron ademán de retroceder.

—Adelante, señores —repitió Laporte—, ya que la reina lo permite.

Entonces, uno de los más atrevidos osó pasar el umbral, y acercóse de puntillas. Imitáronle los demás, y la alcoba se fue llenando silenciosamente, ni más ni menos que si aquellos hombres fuesen los cortesanos más humildes y respetuosos. A la parte exterior se veían las cabezas de muchachos que por no haber podido entrar, se empinaban para ver.

De todo era testigo Artagnan, gracias a un agujero que hizo en la colgadura. En el que entró primero reconoció a Planchet.

—Caballero —le dijo la reina conociendo que era el jefe de aquella turba—, deseabais ver al rey, y he querido enseñárosle en persona. Acercaos, miradle y decid si tenemos traza de personas que proyectan escaparse.

—No a fe —contestó Planchet algo aturdido con el impensado honor que se les hacía.

—Decid, pues, a mis buenos y leales parisienses —repuso Ana de Austria con cierta sonrisa, cuya verdadera expresión comprendió Artagnan—, que habéis visto al rey durmiendo y la reina a punto de acostarse.

—Así lo diré, señora, y los que me acompañan lo dirán también, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó Ana de Austria.

—Perdone Vuestra Majestad —continuó Planchet—, ¿es verdaderamente el rey el que está ahí?

Ana de Austria se estremeció.

—Si hay entre vosotros —dijo— alguno que conozca a Su Majestad, que se aproxime y diga si es él quien está en esa cama.

Salió al frente un hombre envuelto en una capa, con cuyo embozo se cubría el rostro, e inclinando el cuerpo examinó al rey.

Temiendo Artagnan que aquel hombre tuviese alguna intención siniestra, echó mano a la espada; pero en el movimiento que hizo el de la capa al bajarse, dejó descubierto parte de su rostro, y nuestro oficial reconoció al coadjutor.

—El rey es —dijo el hombre enderezándose—; Dios bendiga a Su Majestad.

—Sí —dijo a media voz el jefe—, sí, el cielo bendiga a Su Majestad. Y aquella multitud que había entrado impulsada por el furor, pasó de la cólera a la compasión, y bendijo al joven monarca.

—Retirémonos ahora, compañeros —dijo Planchet, después de dar las gracias a la reina.

Inclináronse todos, y salieron poco a poco y sin hacer ruido conforme habían entrado. Planchet, que fue el primero en entrar, fue el último en salir.

La reina le detuvo y le dijo:

—¿Cómo os llamáis, amigo?

Planchet volvió la cabeza, muy sorprendido de esta pregunta.

—Sí —prosiguió la reina—, tengo a tanto honor el haberos recibido esta noche en mi palacio como si fueseis un príncipe, y deseo saber vuestro nombre.

—Pues —pensó Planchet— para tratarme como a los príncipes que son tus enemigos.

Artagnan estaba encendido temiendo que su ex lacayo, envanecido como el cuervo de la fábula, dijese su nombre, y que la reina al saberlo supiese también que había pertenecido a su servidumbre.

—Señora —contestó respetuosamente Planchet—, me llamo Dulaurier, para serviros.

—Gracias, señor Dulaurier —dijo la reina—. ¿Y en qué os ocupáis?

—Señora, soy comerciante de paños y vivo en la calle de Bourdonais.

—Es cuanto quería saber —dijo la reina—. Adiós, apreciable Dulaurier. Ya tendrá noticias mías.

—Vamos, vamos —murmuró Artagnan saliendo de entre las cortinas—; ya veo que maese Planchet no es ningún tonto; se ve que se ha educado en buena escuela.

Los diferentes actores de esta extraña escena, se quedaron por un momento frente a frente sin pronunciar palabra. La reina de pie al lado de la puerta, Artagnan casi fuera de su escondite, y el rey recostado sobre el codo, dispuesto a dejarse caer otra vez sobre el lecho al menor ruido que indicase el regreso de toda aquella muchedumbre; mas en lugar de acercarse el tumulto se fue alejando cada vez más hasta que cesó completamente.

La reina respiró; Artagnan se enjugó su húmeda frente, y el rey salió de la cama diciendo:

—Marchemos.

En aquel momento volvió Laporte.

—¿Qué hay? —preguntó la reina.

—Los he seguido hasta la verja —contestó el ayuda de cámara—: allí han dicho a todos sus compañeros que han visto al rey y que la reina les ha hablado; de manera que se van llenos de orgullo.

—¡Ah, canallas! —murmuró la reina—. Cara pagarán su osadía, yo se lo prometo.

Volviéndose luego a Artagnan, dijo:

—Señor de Artagnan, esta noche me habéis dado los más excelentes consejos que he recibido en mi vida. Continuad. ¿Qué debemos hacer ahora?

—Acabad de vestir a Su Majestad, señor Laporte —dijo Artagnan.

—¿De modo que ya nos podemos marchar? —preguntó la reina.

—Cuando guste Vuestra Majestad: no tiene más que bajar por la escalera secreta; al pie de ella estaré yo.

—Marchad, pues —dijo la reina—; ya os sigo.

Bajó Artagnan adonde estaba el coche y encontró al mosquetero en el pescante.

Cogiendo el paquete que encargó a Bernouin dejase a los pies del señor de Belliere, y que como recordará el lector contenía la capa y el sombrero del cochero del señor de Gondi, se puso la primera sobre los hombros y el otro en la cabeza. El mosquetero apeóse.

—Id a dar libertad a vuestro compañero —le dijo Artagnan—. Luego montaréis los dos caballos e iréis a buscar el mío y el del señor DuVallon a la calle de Tiquetonne, fonda de la Chevrette. Ensilladlos y enjaezadlos como para entrar en acción; salid de París con ellos y conducidlos a Cours—la—Reine. Si no encontráis allí a nadie seguid hasta San Germán. Real servicio.

Llevó el mosquetero la mano a la frente y se alejó para ejecutar las órdenes que acababa de recibir.

Artagnan subió al pescante.

Llevaba un par de pistolas al cinto, un mosquete a los pies y la espada desenvainada sobre el asiento.

Momentos después se presentó la reina acompañada del rey y del duque de Anjou, hermano de éste.

—¡El coche del coadjutor! —exclamó Ana de Austria retrocediendo un paso.

—Sí, señora —dijo Artagnan—, pero suba Vuestra Majestad sin temor; yo soy quien lo guía.

Lanzó la reina una exclamación de sorpresa, y subió al coche. El rey y su hermano subieron también y sentáronse a su lado.

—Venid, Laporte —dijo la reina.

—¿Cómo, señora? —contestó el ayuda de cámara—. ¿En el mismo coche de vuestras majestades?

—Prescindid esta noche de la etiqueta, y atended sólo a la salvación del rey. Subid.

El ayuda de cámara obedeció.

—Corred las cortinas —dijo Artagnan.

—¿No inspirará eso alguna desconfianza? —preguntó la reina.

—Pierda V M. cuidado —dijo Artagnan— tengo pensado lo que he de responder.

Corridas las cortinas, el carruaje partió al galope por la calle de Richelieu. Llegado que hubo a la puerta salió el jefe de la guardia a la cabeza de doce hombres, teniendo una linterna en la mano.

Artagnan le hizo seña de que se acercase, y le dijo:

—¿Conocéis el coche?

—No.

—Pues mirad las armas.

El sargento acercó su linterna a la portezuela, y dijo:

—Son las del señor coadjutor.

—¡Chitón! Va de aventura con la señora de Guemenée.

El sargento se rió.

—Abrid la puerta dijo a sus compañeros—, sé quién es.

Y acercándose a la cortina, añadió:

—Que Vuestra Eminencia se divierta.

—Indiscreto —le dijo Artagnan—. Vais a hacer que me despidan.

Crugió la puerta sobre los goznes, y Artagnan al ver libre el camino, arreó vigorosamente a los caballos, que tomaron el trote largo.

Cinco minutos más tarde, habían alcanzado al coche del cardenal.

—Mosquetón —gritó Artagnan—, alzad las cortinillas del carruaje de sus majestades.

—Él es —dijo Porthos.

—De cochero —exclamó Mazarino.

—Y en el coche del coadjutor —añadió la reina.

—*Corpo di Baco!* —exclamó el cardenal—. El señor de Artagnan vale más oro que pesa.

LVI.— DONDE SE REFIERE CÓMO VENDIENDO PAJA ARTAGNAN GANÓ DOSCIENTOS DIECINUEVE LUISES Y PORTHOS DOSCIENTOS QUINCE

Mazarino deseaba salir al momento para San Germán, pero la reina declaró que deseaba esperar allí a todas las personas a quienes había citado. Entretanto ofreció el asiento que ocupaba Laporte al cardenal, el cual pasó de un carruaje a otro.

La causa de que hubieran corrido en la capital rumores de que el rey debía salir de París durante la noche, era que desde las seis de la tarde estaban en el secreto diez o doce personas, y por mucha prudencia que tuvieran no podían dar sus órdenes para el viaje sin que se trasluciese algo de su objeto. Además, todas aquellas personas se interesaban cada una por dos o tres más, y no dudando que la reina saliera de París con terribles proyectos de venganza, avisaron a sus parientes o amigos, de manera que la noticia del viaje corrió como un reguero de pólvora por las calles de la ciudad.

El primer coche que llegó después del de la reina, fue el del príncipe de Condé, a quien acompañaban su esposa y su madre. A las dos había hecho levantar a medianoche, sin decirles de qué se trataba.

En el segundo iban el duque de Orleáns y su esposa, su hermana y el abate de la Riviere, favorito inseparable y consejero particular del príncipe.

El tercero conducía al señor de Longueville y al príncipe de Conti, hermano el uno y cuñado el otro del príncipe de Condé. Apeáronse, se acercaron al carruaje del rey y presentaron sus respetos a SS. MM.

La reina miró con atención al interior del carruaje, cuya portezuela se había quedado abierta, y observó que estaba vacío.

—¿Dónde está la señora de Longueville? —preguntó.

—En efecto, ¿dónde está mi hermana? —dijo también el príncipe de Condé.

—La señora de Longueville se encuentra indispuesta, señora —respondió el duque—, y me ha rogado que la excuse cerca de Vuestra Majestad.

Ana de Austria dirigió una rápida mirada a Mazarino, quien contestó con un movimiento imperceptible de cabeza.

—¿Qué os parece? —preguntó la reina.

—Que puede servir de rehenes a los parisienses —contestó el cardenal.

—¿Por qué no ha venido? —preguntó Condé a su hermano en voz baja.

—Silencio —respondió éste—. Sus motivos tendrá.

—Nos ha perdido —murmuró el príncipe.

—Nos ha salvado —dijo Condé.

Iban llegando otros muchos coches. Sucesivamente fueron apeándose el mariscal de la Meilleraie, el mariscal de Villeroy, Guitaut, Villequier y Comminges; también llegaron los mosqueteros con los caballos de Artagnan y Porthos, que ellos montaron. El cochero de Porthos reemplazó a Artagnan en el pescante del regio carruaje, y Mosquetón reemplazó al cochero, conduciendo los caballos a pie, semejante al Autemedón de la antigüedad, por razones particulares.

Aunque entretenida con mil objetos, la reina no dejó de buscar con la vista a Artagnan; pero el gascón se había confundido entre la multitud con su discreción habitual.

—Vamos a vanguardia —dijo a Porthos—, y busquemos en San Germán un buen alojamiento, porque nadie se ha de acordar de nosotros. Estoy muy cansado.

—Y yo —contestó Porthos—, me voy cayendo de sueño. ¡Decir que no hemos tenido que sacar la espada para nada! Está visto que los parisienses son muy tontos.

—O nosotros muy diestros —dijo Artagnan.

—Puede ser.

—¿Y cómo va esa muñeca?

—Mejor; mas ¿os parece que esta vez habremos atrapado?

—¿Qué?

—Vuestro grado y mi título.

—Casi me atrevería a apostarlo. Y si pierde la memoria, yo se lo recordaré.

—Se oye la voz de la reina —dijo Porthos—, creo que desea montar a caballo.

—¡Oh! Ella bien quisiera, pero...

—¿Pero qué?

—El cardenal no. Señores —continuó Artagnan dirigiéndose a los mosqueteros—, acompañad el coche de la reina, sin apartaros de las portezuelas. Nosotros vamos delante como aposentadores.

Y Artagnan picó espuelas hacia San Germán acompañado de Porthos.

Y el coche real echó a andar siguiéndole los demás y escoltándole más de cincuenta jinetes.

—Marchemos, señores —dijo la reina.

Llegaron a San Germán sin novedad.

Al apearse la reina acercóse el príncipe de Condé, con la cabeza descubierta para darle la mano.

—¡Qué noticia para los parisienses cuando despierten! —dijo radiante de gozo.

—Es una declaración de guerra —le contestó el príncipe.

—¿Qué importa? ¿No va con nosotros el héroe de Rocroy, de Nordlingen y de Lens?

El príncipe se inclinó dándole las gracias.

Eran las tres de la mañana. La reina fue la primera que entró en el castillo; siguiéronla todos; habíanla acompañado en su fuga unas doscientas personas.

—Señores —dijo Ana de Austria riéndose—; acomodaos en el castillo, es bastante grande y no os faltará sitio; pero como no nos aguardaban, acaban de decirme que sólo hay tres camas, una para el rey, otra para mí...

—Y otra para Mazarino —dijo el príncipe en voz baja.

—¿Y yo habré de dormir en el suelo? —preguntó Gastón de Orleáns, sonriendo con inquietud.

—No, señor dijo Mazarino—, porque la tercera cama está destinada a Vuestra Alteza.

—Pero, ¿y vos? —preguntó el príncipe.

—Yo no me acuesto —dijo Mazarino—; he de trabajar.

Hizo Gastón que le enseñaran la alcoba en que estaba su cama, sin cuidarse en lo más mínimo de su esposa ni de su hija.

—Pues yo también me he de acostar —dijo Artagnan—. Venid conmigo Porthos.

Porthos siguióle, con la profunda fe que tenía en el talento del gascón.

Iban los dos paseándose mano a mano por la plaza del castillo, y Porthos miraba con asombro a Artagnan, el cual estaba embebido haciendo cálculos.

—Cuatrocientos, a un doblón cada uno, son cuatrocientos doblones.

—Sí —decía Porthos—, cuatrocientos doblones. ¡Pardiez!, ¿de dónde sacáis cuatrocientos doblones?

—Un doblón es poco —prosiguió Artagnan—; pondremos un luis.

—Un luis, ¿por qué?

—Son cuatrocientos luises.

—¿Cuatrocientos? —preguntó Porthos.

—Sí, ellos son doscientos, y cada uno necesita dos; con que suman cuatrocientos cabales.

—¿Pero cuatrocientos qué?

—Oídme —dijo Artagnan.

Y como estaban rodeados de gente que contemplaban con curiosidad la llegada de la corte, acabó la frase al oído de Porthos.

—Comprendo —dijo éste—. ¡Doscientos luises para cada uno! ¡No es mal bocado! Pero ¿qué dirán de nosotros?

—Digan lo que quieran; además, ¿quién lo ha de saber?

—¿Pues quién hará la repartición?

—¿No está ahí Mosquetón?

—Conocerán mi librea.

—Se la pondrá al revés.

—Tenéis razón —dijo Porthos—: ¿a dónde diablos vais a buscar todas esas ideas?

Artagnan se sonrió.

Ambos amigos entraron en la primera calle que se les presentó. Porthos llamó a la puerta de la casa de la derecha, y Artagnan a la de la izquierda.

—¿Hay paja? —preguntaron.

—No tenemos, caballero —contestaron los que salieron a abrir—, pero aquí cerca vive un tratante en forrajes que debe tener.

—¿Dónde?

—En la última puerta de la calle.

—¿A la derecha o a la izquierda?

—A la izquierda.

—¿Hay alguna otra persona en San Germán que pueda venderla?

—Sí, el posadero del *Carnero coronado,* y Luis el arrendatario.

—¿Dónde habitan?

—Calle de las Ursulinas.

—¿Los dos?

—Sí.

—Está bien.

Tomaron los dos amigos las señas de la segunda y tercera casa con la misma exactitud que las de la primera y en seguida marchó Artagnan a casa del tratante, a quien compró ciento cincuenta haces de paja que poseía por la cantidad de tres doblones.

De allí pasó a casa del posadero, donde estaba Porthos que acababa de comprar doscientos haces por el mismo dinero, poco más o menos; y en fin, el arrendatario Luis puso a su disposición otros ciento ochenta. Por esto reunían una cantidad de cuatrocientos treinta haces.

No había uno más en San Germán.

En esta operación no invirtieron arriba de media hora. Confióse la dirección del improvisado negocio a Mosquetón, el cual recibió las instrucciones competentes, y entre ellas las de no soltar un solo haz de paja por menos de un luis; esto es, que ponían en sus manos el valor de cuatrocientos treinta luises.

Mosquetón movía la cabeza y no comprendía la especulación de los dos amigos.

Artagnan regresó al castillo cargado con tres haces de paja, y encontró a todos los viajeros temblando de frío, y cayéndose de sueño, sin apartar los envidiosos ojos del rey, la reina y Gastón de Orleáns que dormían en sus camas de campaña.

La entrada de Artagnan en el salón causó una carcajada universal; pero Artagnan ni siquiera demostró conocer que era objeto de la atención general, y empezó a arreglar con tanta habilidad, destreza y alegría su cama de paja, que a todos los pobres circunstantes, que no obstante su sueño no podían dormir, se les hacía la boca agua.

—¡Paja! —exclamaron a una voz—. ¡Paja! ¿Dónde la hay?

—Yo os enseñaré —dijo Porthos.

Y llevó a los aficionados adonde estaba Mosquetón, el cual distribuía generosamente los haces a luis cada uno. Algo caro pareció; pero ¿quién repara en dar dos o tres luises por algunas horas de sueño cuando se tiene mucha gana de dormir?

Artagnan iba cediendo su cama a todos los que se la solicitaban, y como éstos creían que había pagado también su correspondiente luis por cada haz, recogió más de treinta luises en menos de media hora. A las cinco de la mañana estaba la paja a ochenta libras y ni aun así se hallaba.

El gascón, que no olvidó dejar cuatro haces de reserva para su cama, cogió la llave del aposento en que los tenía ocultos y acompañado de Porthos marchó a ajustar cuentas con Mosquetón, quien, a fuer de buen mayordomo, le entregó cándidamente cuatrocientos treinta luises... y se quedó con otros ciento.

Mosquetón, que no sabía lo ocurrido en el castillo, se admiraba de que no le hubiese ocurrido antes la idea de ponerse a vender paja.

Metióse Artagnan su oro en el sombrero, y en el camino lo repartió con Porthos, tocando cada uno a doscientos quince luises.

Sólo entonces acordóse Porthos que no tenía paja en qué dormir; marchó a pedírsela a Mosquetón, pero éste la había vendido toda sin quedarse siquiera con un haz para su uso.

Volvió entonces adonde estaba Artagnan, quien, merced a su previsión, estaba confeccionando y recreándose anticipadamente con ella una cama tan blanda, tan bien mullida a la cabecera, tan abrigada a los pies, que hubiera inspirado envidia al mismo rey, si el rey no hubiera dormido tan placenteramente en la suya.

Por ningún pretexto accedía Artagnan a desarreglar su cama por Porthos, pero consintió en que se acostara con él, mediante cuatro luises. Colocó, pues, su espada a la cabecera y las pistolas a su lado, echóse la capa sobre los pies, y el sombrero sobre la capa y se tendió voluptuosamente en la crujiente paja. Ya bullían en su imaginación los ensueños que engendra la posesión de doscientos diecinueve luises ganados en menos de un cuarto de hora, cuando le despertó sobresaltado una voz que resonaba a la puerta del aposento.

—¡Señor d'Artagnan! —decía—. ¡Señor d'Artagnan!

—Aquí está —dijo Porthos.

Porthos calculó que si se iba Artagnan ocuparía él solo la cama. Acercóse un oficial y el gascón se recostó sobre el codo.

—¿Sois acaso vos el señor d'Artagnan? —preguntó el emisario.

—Sí, señor. ¿Qué se ofrece?

—Vengo a buscaros.

—¿De parte de quién?

—Del cardenal.

—Decid a monseñor que voy a dormir y que le aconsejo haga lo mismo.

—Su Eminencia no se ha acostado ni se acostará, y manda que vayáis al momento.

—¡Los demonios carguen con él! —murmuró Artagnan—. Ni dormir a tiempo sabe. ¿Qué me querrá? ¿Hacerme capitán? En ese caso se lo perdono.

Y el mosquetero se levantó murmurando, cogió la espada, el sombrero, las pistolas y la capa y siguió al oficial, mientras que Porthos, solo y único dueño de la cama, se acomodaba para hacer lo que tanto deseaba su amigo.

—Caballero d'Artagnan —dijo el cardenal al ver acercarse al que tan espontáneamente había enviado a llamar— no he olvidado el celo con que me servís, y voy a probároslo.

—Esto preséntase bien —pensó el mosquetero.

Mazarino le miró y vio pintarse la alegría en su rostro.

—Señor d'Artagnan —le preguntó—, ¿tenéis muchos deseos de ser capitán?

—Sí, señor.

—¿Y vuestro amigo sigue con las suyas de ser barón?

—En este momento está soñando que lo es.

—Entonces —añadió Mazarino, sacando de una cartera el pliego que ya en otra ocasión había enseñado a Artagnan—, tomad esto y llevadlo a Inglaterra.

Artagnan miró el sobre, que estaba en blanco.

—¿A quién lo he de dar?

—Lo sabréis al llegar a Londres; sólo allí podréis abrir el primer sobre.

—¿Qué instrucciones llevo?

—Obedecer en todo a la persona a quien va dirigida esta carta. Iba el gascón a hacer más preguntas, cuando Mazarino repuso.

—Saldréis de aquí para Boulogne, y en la fonda de las *Armas de Inglaterra,* encontraréis a un caballero joven, llamado el señor Mordaunt.

—Bien, señor; ¿qué hago con él?

—Seguirle hasta donde os lleve. Artagnan miró al cardenal con estupor.

—Ya estáis enterado —dijo el cardenal—; id con Dios.

—Fácil es decir *id con Dios* —contestó Artagnan—; pero para irme necesito dinero y no lo tengo.

—¡Ah! —exclamó Mazarino rascándose una oreja—. ¿No tenéis dinero?

—No, señor.

—Pues ¿y la sortija de diamantes que os di anoche?

—Deseo conservarla como recuerdo de Vuestra Eminencia.

Mazarino suspiró.

—En Inglaterra es muy cara la vida, señor, y más llevando el carácter de enviado extraordinario.

—¡Pché! —dijo el cardenal—. Aquel país es muy sobrio, hay allí mucha sencillez desde la revolución; pero en fin, no importa.

Y abriendo un cajón, tomó de él un bolsillo.

—¿Qué os parecen estos mil escudos?

Artagnan acandiló el labio superior desmesuradamente.

—Que es muy poco, señor, porque no he de irme solo.

—Ya estoy en ello —respondió Mazarino—; os acompañará Du-Vallon, nuestro buen amigo; es todo un caballero, y os aseguro, querido Artagnan, que después de vos, es el hombre a quien más estimo en Francia.

—Siendo así, señor —replicó el mosquetero, señalando al bolsillo que aún no había soltado el cardenal—, apreciándole tanto Vuestra Eminencia, ya conoceréis...

—Está bien, por consideración a él añadiré doscientos escudos.

—¡Avaro! —murmuró Artagnan—. Pero siquiera —añadió en alta voz— ¿podremos contar para cuando regresemos con la baronía y el ascenso?

—Sí, a fe de Mazarino.

—Me gustaría más otro juramento —pensó Artagnan.

Y prosiguió:

—¿Podré presentar mis respetos a la reina?

—Está durmiendo —respondió vivamente Mazarino—, y tenéis que marchar al momento; idos ya.

—Una palabra más, señor, ¿si hay guerra adonde vaya, habré de entrar en acción?

—Haréis lo que os mande la persona a quien os dirijo.

—Corriente —dijo Artagnan alargando el brazo para recibir el dinero—: quedad con Dios.

Metióse lentamente los escudos en el bolsillo, y salió diciendo al oficial que le había acompañado y que le aguardaba en la antecámara:

—Caballero, ¿tenéis la bondad de ir a despertar al señor Du-Vallon de parte de Su Eminencia, y decirle que le aguardo en las caballerizas?

La prisa con que empezó a andar el oficial, hizo pensar a Artagnan que estaba particularmente interesado en cumplir esta orden.

Acababa Porthos de acomodarse en la cama, y ya comenzaba a roncar armoniosamente, según costumbre, cuando sintió que le daban un golpecito en el hombro.

Creyendo que era Artagnan, no se movió siquiera.

—De parte de Su Eminencia —dijo el militar.

—¡Cómo! —exclamó Porthos abriendo los ojos—. ¿Qué decís?

—Que Su Eminencia os envía a Inglaterra, y que el señor d'Artagnan os está aguardando en la caballeriza.

Lanzó Porthos un profundo suspiro, se levantó, tomó el sombrero, las pistolas, la espada y la capa, y echando una triste mirada a la cama en que tan bien había pensado dormir, salió del cuarto.

Así que volvió la espalda, se instaló el oficial en el abandonado lecho, y al atravesar Porthos el umbral de la puerta, roncaba ya su sucesor a pierna suelta. Esto no era extraño; el oficial solamente, exceptuando el rey, la reina y Gastón de Orleáns, dormía gratis entre aquella asamblea.

LVII.— ATHOS Y ARAMIS

Artagnan se dirigió al momento a la cuadra, y con ayuda de la escasa claridad que despedían los primeros albores del crepúsculo, pudo buscar su caballo y el de Porthos, que estaban atados al pesebre, que observó que se hallaba vacío. Compadecido de los pobres animales, marchó hacia un rincón en que se veía relucir un poco de paja, libertada milagrosamente de la noche anterior; pero al reunir esa paja con el pie, tropezó la punta de su bota con un cuerpo redondo, que, herido sin duda en parte sensible, dio un grito y se levantó de rodillas restregándose los ojos. Era Mosquetón, que por no tener paja propia usurpó la suya a los caballos.

—¡Arriba, Mosquetón, arriba! —le dijo Artagnan—. ¡A caballo! Reconociendo el lacayo la voz del amigo de su amo, incorporóse precipitadamente, y al hacerlo, dejó caer unos cuantos luises de los que ilegalmente había ganado durante la noche.

—¡Cáscaras! —exclamó Artagnan recogiendo un luis y olfateándole—. Vaya un ambiente raro que despide este oro; huele a paja que trasciende.

Mosquetón ruborizóse tan cándidamente, y se turbó tanto, que el gascón no pudo contener la risa.

—Porthos se enfadaría quizá, querido señor Mosquetón —le dijo—; pero yo os perdono. Tened presente, sin embargo, que ese dinero debe serviros de tópico para vuestra herida, y que quiero que estéis contento.

Revistió Mosquetón instantáneamente su semblante de la más jovial expresión, ensilló con actividad el caballo de su amo, y montó en el suyo sin hacer muchos ademanes. Estando en esto llegó Porthos a la cuadra echando pestes y se quedó sumamente sorprendido al ver la resignación de Artagnan y el semblante poco menos que alegre de su lacayo.

—¿Qué es eso? —dijo—. ¿Hemos conseguido el grado y la haronía?

—A buscar títulos vamos —respondió Artagnan—; cuando volvamos nos los firmará maese Mazarino.

—¿Y adónde nos dirigimos? —preguntó Porthos.

—A París en primer lugar; tengo que arreglar allí algunos asuntos.

—Vamos a París —dijo Porthos.

Y entrambos amigos se encaminaron a París.

Llegados que fueron a las puertas, les asombró la amenazadora actitud de la capital. El pueblo lanzaba mil imprecaciones en derredor de un carruaje hecho

pedazos, y tenía prisioneros a un anciano y dos mujeres que habían intentado huir.

Son inexplicables las muestras de benevolencia con que por el contrario fueron recibidos Artagnan y Porthos cuando pidieron se les permitiera entrar. Creyéndoles desertores del partido realista, pretendían ganarlos al suyo.

—¿Qué hace el rey? —les preguntaron.

—Dormir.

—¿Y la española?

—Soñar.

—¿Y el miserable italiano?

—Velar. Tened firmeza, porque está claro que cuando se han ido por algo será. Pero como es indudable que sois los más fuertes, no os encarnicéis con mujeres ni ancianos; permitid que se vayan esas señoras, y ensañaos con quien tenga la culpa.

El pueblo oyó plácidamente estas palabras y dejó en libertad a las señoras, las cuales dieron las gracias a Artagnan con una expresiva mirada.

—Adelante —dijo el mosquetero.

Y continuaron su camino, atravesando las barricadas, saltando por encima de las cadenas, empujando y siendo empujados, interrogando y siendo interrogados.

En la plaza del Palacio Real encontró Artagnan un sargento enseñando el ejercicio a quinientos o seiscientos paisanos: era Planchet, quien procuraba utilizar en pro de la milicia ciudadana sus recuerdos del regimiento del Piamonte.

—Buenos días, señor Artagnan —dijo el ex lacayo con acento fanfarrón, reconociendo a su antiguo amo.

Planchet quedóse parado, mirando a Artagnan con asustados ojos; la primera fila se detuvo mirando, imitando a su jefe, y así lo fueron haciendo todos, sucesivamente, hasta la última.

—¡Extremadamente ridículos son esos paisanos! —dijo Artagnan a Porthos.

Y prosiguió su camino.

Cinco minutos después se apeaban en la fonda de la Chevrette.

La linda Magdalena salió precipitadamente a recibir a Artagnan.

—Querida señora de Turquaine —le dijo éste—; si tenéis dinero enterradle pronto, si tenéis alhajas escondedlas lo antes posible; si tenéis deudores, haced que os paguen; si tenéis deudas no las paguéis.

—¿Y por qué? —preguntó Magdalena.

—Porque París va a ser aniquilado ni más ni menos como la antigua Babilonia, de la cual sin duda habréis oído hablar.

—¿Y me dejáis sola en semejantes momentos?

—Ahora mismo parto —dijo Artagnan.

—¿Y dónde?

—Si pudierais decírmelo, me haríais un gran favor.

—¡Válgame Dios!

—¿Tenéis alguna carta para mí? —preguntó Artagnan, dando a entender a la huéspeda con un ademán la conveniencia de suprimir lamentaciones inútiles.

—Precisamente acaba de llegar una.

Y se la entregó a Artagnan.

—¡De Athos! —exclamó éste al conocer la clara y cursiva letra de su amigo.

—¡Hola! —dijo Porthos—. Veamos lo que dice.

«Queridos amigos Artagnan y Du-Vallon: Acaso será esta la última vez que recibáis noticias mías. Aramis y yo somos ahora muy desdichados; pero aún nos sostienen Dios, nuestro valor y la memoria de nuestra amistad. No os olvidéis de Raúl. Os recomiendo los papeles de Blois, y si dentro de dos meses y medio no tenéis noticias de nosotros, enteraos de su contenido. Dad al vizconde apretados abrazos en nombre de vuestro afectísimo amigo,

»ATHOS. »

—Ya lo creo que le abrazaré —dijo Artagnan—; tanto más, cuanto que le veremos en el camino: si tiene la desgracia de perder a nuestro pobre Athos, le adopto por hijo.

—Y yo —añadió Porthos— prometo nombrarle mi heredero universal.

—Veamos que más dice Athos.

«Si encontráis por esos caminos a un señor Mordaunt, desconfiad de él: No puedo deciros más en esta carta.»

—¡Señor Mordaunt! —exclamó Artagnan sorprendido.

—¡Señor Mordaunt! —añadió Porthos—; me acordaré. Pero parece que hay otra posdata de Aramis.

—En efecto —respondió Artagnan—, dice así:

«Queridos amigos: No os decimos el sitio en que nos hallamos, porque conocemos vuestro fraternal cariño y sabemos que vendríais a morir con nosotros...»

—¡Voto a!... —interrumpió Porthos con una expresión de cólera que envió a Mosquetón de un salto al otro extremo de la sala—; ¿están en peligro de muerte?

Artagnan prosiguió:

«Athos os lega a Raúl, y yo os lego una venganza. Si por fortuna echáis mano a un tal Mordaunt, decid a Porthos que lo arrastre a un rincón y le apriete el pescuezo: no me atrevo a explicaros más por escrito.

»ARAMIS. »

—Si no es más que eso —dijo Porthos—, es fácil hacerlo.

—Al contrario —repuso Artagnan con aire sombrío—, no es posible.

—¿Por qué?

—Justamente vamos a Boulogne a reunirnos con ese señor Mordaunt, y hemos de pasar con él a Inglaterra.

—¿Hay más que no hacerlo e irnos a buscar a nuestros amigos? —preguntó Porthos con un gesto capaz de asustar a todo un ejército.

—Ya he pensado en ello dijo Artagnan—; pero la carta no tiene fecha ni sello.

—Es verdad —contestó Porthos.

Y se puso a pasearse como un frenético por el cuarto, gesticulando y sacando repetidas veces un tercio de la espada.

Artagnan se quedó inmóvil, confuso y con el semblante alterado por su profunda aflicción.

—Eso es portarse mal —decía—; Athos nos insulta, quiere morir solo; es portarse mal.

Mosquetón, testigo de la desesperación de aquellos dos hombres, deshacíase en lágrimas acurrucado en un rincón.

—Basta —dijo Artagnan—; de nada sirve afligirse. Vámonos; daremos un abrazo a Raúl, y veremos si ha tenido noticias de Athos.

—¡Calla! Pues no es mala idea —respondió Porthos—. Yo no sé cómo os componéis, querido Artagnan; pero siempre estáis lleno de ideas. Vamos a dar un abrazo a Raúl.

—¡Ay del que mire con malos ojos a mi amo en este instante! —murmuró Mosquetón—. No doy nada por su pellejo.

Con esto montaron a caballo y partieron. En la calle de San Dionisio encontraron mucha gente reunida. El señor de Beaufort acababa de llegar del Vendomois y el coadjutor presentábalo a los asombrados parisienses, que teniendo al duque con ellos se creían invencibles.

Ambos amigos se encaminaron por una callejuela por no encontrarse con el príncipe, y llegaron a la barrera de San Dionisio.

—¿Es cierto —preguntaron los guardias— que está en París el señor de Beaufort?

—Tan cierto —contestó Artagnan—, que de su parte vamos a recibir a su padre, el señor de Vendóme, que también viene.

—¡Viva el duque de Beaufort! —gritaron los guardias. Y se apartaron respetuosamente para abrir paso a los emisarios del príncipe.

Pasada la barrera, aquellos dos hombres, que no conocían el cansancio ni el desaliento, devoraron el camino arrebatados por sus caballos: iban hablando de Athos y Aramis.

Mosquetón padecía un tormento terrible; pero se consolaba pensando en que sus dos amos padecían también otra clase de dolores. Y decimos sus dos amos, porque había llegado a tener en este concepto a Artagnan y le servía con más presteza que a Porthos.

Hallándose acampadas las tropas entre Saint-Omer y Lambe, los viajeros dieron un rodeo para llegar al campamento, y contaron minuciosamente al ejército la fuga de los reyes, cuya noticia ya había cundido sordamente. Encontaron a Raúl tendido junto a su tienda sobre un haz de heno; su caballo aprovechábase de su distracción para arrancar algunas pajas de la campestre almohada.

El joven tenía encendidos los ojos y demostraba estar muy abatido. Con la vuelta a París del mariscal Grammont y el conde de Guiche, el infeliz niño se hallaba en un completo aislamiento.

Al cabo de un instante, abrió Raúl los ojos y vio a los dos caballeros que le estaban contemplando; los reconoció y corrió hacia ellos con los brazos abiertos.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Sois vosotros, queridos amigos?, ¿venís a buscarme?, ¿voy a ir con vosotros?, ¿tenéis noticias de mi tutor?

—¡Pues qué!, ¿no las habéis recibido directamente? —preguntó Artagnan al joven.

—¡Ay! No, señor, no sé lo que ha sido de él. De modo... de modo que estoy tan intranquilo y tengo unas ganas de llorar...

Y efectivamente, por las tostadas mejillas del joven se deslizaron dos gruesas lágrimas.

Porthos volvió la cabeza para que no conociera en su abultada y bondadosa cara lo que pasaba en su alma.

—¡Qué diantre! —dijo Artagnan, conmovido como no lo había estado hacía mucho tiempo—. No hay que desesperarse, amiguito: si no habéis recibido carta del conde, nosotros hemos tenido... una.

—¡Oh! ¿Es cierto? —exclamó Raúl.

—Y nos da buenas noticias —añadió Artagnan al ver la alegría que demostraba el joven.

—¿La tenéis ahí? —dijo Raúl.

—Sí, o por lo menos la tenía —contestó Artagnan fingiendo que la buscaba—; esperad, aquí debe de estar, en el bolsillo; habla de su regreso, ¿no es cierto, Porthos?

Aunque gascón, no quería Artagnan tomar sobre sí el peso de aquella mentira.

—Sí —dijo Porthos tosiendo.

—¡Oh! Dádmela —dijo el joven.

—La estaba leyendo ahora mismo. ¿Si la habré perdido? ¡Por vida!... Tengo roto el bolsillo.

—Creed, señor Raúl —observó Mosquetón—, que la carta estaba concebida en los mejores términos; yo se la he oído leer a estos señores y he llorado de alegría.

—A los menos, señor Artagnan —dijo Raúl algo tranquilo—, sabréis dónde está mi tutor.

—¿Si lo sé? ¡Oh! Vaya si lo sé; pero... es un misterio.

—¿Para mí también?

—No, para vos no, y por lo tanto os lo voy a revelar.

Porthos miraba a Artagnan con asombro.

—¿Adónde diablos le diré que ha ido para que no se le antoje ir a buscarle? —murmuraba Artagnan.

—Conque ¿dónde se encuentra? —preguntó Raúl con su dulce y apacible voz.

—¡En Constantinopla!

—¡Entre los turcos! —exclamó Raúl asustado—. ¡Dios santo!, ¿qué me decís?

—No hay que asustarse —contestó Artagnan—. ¿Qué valen los turcos para hombres como el conde de la Fère y el señor de Herblay?

—¿De modo que está con él su amigo? —preguntó Raúl—. Eso me tranquiliza algo.

—¡Qué talento tiene este demonio de Artagnan! —decía Porthos admirando la astucia de su amigo.

—A otra cosa —replicó Artagnan, deseando mudar de conversación—; aquí hay cincuenta doblones que os ha enviado el señor conde por el mismo correo. Es de presumir que no tendréis mucho dinero y que llegarán a tiempo.

—Todavía me quedan veinte doblones, señor d'Artagnan.

—No importa; con eso serán setenta.

—Y si deseáis más... —dijo Porthos echando mano al bolsillo.

—Gracias —respondió Raúl sonrojándose—, mil gracias, caballero.

En aquel instante apareció Olivain, a alguna distancia.

—A propósito elijo Artagnan de modo que lo oyese el lacayo—, ¿estáis satisfecho de Olivain?

—Así, así señor d'Artagnan.

Fingió Olivain no haberle oído y entró en la tienda.

—¿Pues qué faltas tiene ese canalla?

—Es un poco glotón.

—¡Señorito!... —exclamó Olivain, saliendo de la tienda al oír este cargo que le imputaba.

—Algo ladrón.

—¡Por Dios, señorito!

—Y sobre todo, muy cobarde.

—¡Por Dios, señorito, por Dios! Que me estáis deshonrando —dijo Olivain.

—¡Diantre! —exclamó Artagnan—. Pues habéis de saber maese Olivain, que hombres de nuestro temple no quieren criados cobardes. Robad a vuestro amo, comeos sus dulces y bebeos su vino, pero cuidado con ser cobarde ¡voto a bríos! porque os corto las orejas. Imitad al señor Mosquetón; decidle que os enseñe las honrosas heridas que ha recibido, y ved la dignidad que su habitual valor da a su fisonomía.

Mosquetón se hallaba elevado al tercer cielo, y de buena gana hubiese dado un abrazo a Artagnan, pero no atreviéndose a hacerlo, juró dejarse matar por él en la primera ocasión.

—Despedid a ese pícaro, Raúl —continuó el mosquetero—, porque si es cobarde, os deshonrará el día menos pensado.

—El amo me llama cobarde —exclamó Olivain—, porque no hace muchos días iba a batirse con un alférez del regimiento de Grammont, y yo no quise acompañarle.

—Señor Olivain, un lacayo no debe desobedecer nunca —dijo gravemente Artagnan.

Y llevándole aparte añadió:

—Hiciste bien si tu amo no tenía razón; toma este escudo; pero si llegan a ofenderle y no te dejas hacer pedazos por él, te prometo cortarte la lengua y azotarte la cara con ella. No lo olvides.

Olivain se inclinó y metióse el escudo en el bolsillo.

—Ea pues, amigo Raúl —prosiguió Artagnan—; el señor Du-Vallon y yo nos vamos en clase de embajadores. No puedo manifestaros el objeto, porque yo mismo lo ignoro; pero si necesitáis algo escribid a la señora Magdalena Turquain, fonda de la Chevrette, calle de Tiquetonne, y librad sobre mi caja como la de un banquero, procediendo sin embargo con tiento, porque os aviso que no está tan repleta como la del señor de Emery.

Y abrazando a su pupilo accidental, le pasó a los fuertes brazos de Porthos, los cuales le levantaron del suelo y le tuvieron suspendido un momento sobre el noble pecho del terrible gigante.

—Vamos —dijo Artagnan—, ¡a caballo!

Y partieron hacia Boulogne, adonde llegaron por la noche con los caballos bañados en sudor y cubiertos de espuma.

A diez pasos del lugar en que se detuvieron antes de entrar en la población, estaba un joven vestido de negro que no apartó la vista de ellos.

Acercósele Artagnan, y notando que no cesaba de mirarle, le dijo:

—Eh, amigo, no hay que mirar tanto, porque os puede costar caro.

—Señor —dijo el joven desentendiéndose de la amenaza—, ¿tenéis la bondad de decirme si venís de París?

Creyendo Artagnan que era algún curioso que deseaba saber noticias de la capital, le contestó con acento más afable:

—Sí, señor.

—¡Vais a alojaros en la fonda de las *Armas de Inglaterra?*

—Sí, señor.

—¿Venís comisionado por el cardenal Mazarino?

—Sí, señor.

—En ese caso —dijo el joven—, conmigo debéis entenderos; soy el señor Mordaunt.

—¡Pardiez! —dijo para sí Artagnan—. El que inspira tanta desconfianza a Athos.

—¡Hola! —pensó Porthos—. El que Aramis me encarga que acogote.

Los dos amigos miraron atentamente al joven.

Éste se equivocó respecto a la significación de sus miradas, y dijo:

—¿Dudáis de mi palabra? Estoy pronto a presentaros las pruebas que gustéis.

—No, señor, no dudamos —respondió Artagnan—, y nos ponemos a vuestra disposición.

—Siendo así, señores —dijo Mordaunt—, nos pondremos en marcha al instante. Hoy cumple el plazo que me había pedido el cardenal. Mi buque está en franquía, y si no hubieseis venido me hubiera marchado solo, porque el general Oliverio Cromwell me debe estar esperando intranquilamente.

—¿Luego nuestra comisión es para el general Oliverio Cromwell? —preguntó Artagnan.

—¿No lleváis un pliego para él? —preguntó el joven.

—Sí, aquí traigo una carta; me habían encargado que no rompiese el primer sobre hasta llegar a Londres; pero una vez que sabéis a quién va dirigida, es en vano esperar más.

Esto diciendo rasgó Artagnan el sobre de la carta y leyó:

«A Mr. Oliverio Cromwell, general de las tropas de la nación inglesa.»

—¡Extraña comisión! —exclamó Artagnan.

—¿Quién es ese Cromwell? —le preguntó Porthos en voz baja.

—Un cervecero retirado del oficio.

—¿Si deseará Mazarino especular en cerveza como nosotros en paja? —preguntó Porthos.

—Vamos, señores, vamos —dijo Mordaunt con impaciencia—; es ya hora de marchar.

—¿Cómo? ¿Sin cenar? —exclamó Porthos—. ¿No puede aguardar un poco el señor Cromwell?

—El sí; pero ¿y yo?

—¿Vos?

—Yo tengo prisa.

—Pues si de vos depende —observó Porthos—, me tiene sin cuidado; lo mismo cenaré con vuestro permiso que sin él.

Las vagas miradas del joven se inflamaron como si fuera a estallar en rabia, pero se contuvo.

—Caballero —dijo Artagnan—, hay que tener alguna consideración con dos viajeros hambrientos. Poco será lo que os detenga nuestra cena: ahora mismo vamos a la posada. Id a pie hacia el puerto; tomaremos un bocado y llegaremos al mismo tiempo que vos.

—Como queráis, señores, con tal que salgamos pronto de aquí —respondió Mordaunt.

—No es poca suerte —murmuró Porthos.

—¿Cómo se llama el buque? —preguntó Artagnan.

—El *Standard.*

—Bien, dentro de media hora nos hallaremos a bordo.

Y espoleando ambos a sus cabalgaduras e encaminaron a la fonda de las *Armas de Inglaterra.*

—¿Qué decís de ese joven? —preguntó Artagnan ya en marcha.

—Que no me pasa de los dientes adentro y que he tenido que contenerme para no seguir los consejos de Aramis.

—Cuidado con eso, amigo Porthos; ese hombre es emisario del general Cromwell, y no me parece el mejor arbitrio para que nos reciba bien, retorcer el pescuezo a su confidente.

—Sea como fuere —replicó Porthos—; tengo observado que Aramis acierta siempre en los consejos que da.

—Pues bien —dijo Artagnan—, luego que concluya nuestra embajada...

—¿Qué?

—Si nos vuelve a acompañar a Francia...

—Adelante.

—Entonces veremos.

Llegaron a la fonda de las *Armas de Inglaterra,* donde cenaron con excelente apetito, dirigiéndose inmediatamente después al puerto. Había un bergantín dispuesto a darse a la vela; sobre su cubierta avistaron a Mordaunt paseándose con impaciencia.

—Es increíble —decía Artagnan—, mientras los conducía la lancha a bordo del *Standard—,* es asombroso cómo se parece ese joven a una persona que he visto no sé dónde.

Llegaron a la escala, y un instante después subieron a bordo.

Mas el transbordo de los caballos fue más largo que el de las personas, y el bergantín no pudo levar anclas hasta las ocho de la noche. El joven se deshacía de intranquilidad y mandaba a cada instante que se largara el aparejo.

Porthos, derrengado con las setenta leguas que anduvo a caballo, y las tres noches que llevaba sin dormir, se había retirado a su camarote y estaba durmiendo.

Venciendo Artagnan la aversión que le inspiraba Mordaunt, se paseaba con él sobre cubierta, contando mil mentiras con objeto de hacerle hablar.

LVIII.— LA TRAICIÓN

Deje nuestro lector al *Standard* navegar tranquilamente, no hacia Londres, adonde creen ir Artagnan y Porthos, sino hacia Durham, adonde habían prescrito a Mordaunt que fueran las órdenes recibidas de Inglaterra durante su residencia en Boulogne, y acompáñenos al campamento realista, situado a la parte de acá del Tyne, a poca distancia de la ciudad de Newcastle.

Entre dos ríos, y en la frontera de Escocia, pero en territorio inglés, se alzan las tiendas de un pequeño ejército. Son las doce de la noche, y velan con negligencia en el campamento algunos hombres, que por la desnudez de sus piernas, lo corto de sus sayos y sus abigarradas capas, demuestran ser *highlanders o* habitantes de las tierras altas. La luna que se desliza entre densos nubarrones ilumina, durante cada claro que en su camino halla, los mosquetes de los centinelas, y hace que destaquen vigorosamente las murallas, los tejados y los campanarios de la ciudad que Carlos I acaba de entregar a las tropas del Parlamento, lo mismo que a Oxford y a Newart, que aún se conservaban 'a su devoción, con la esperanza de un convenio entre los dos partidos.

A una extremidad del campamento, y junto a una gran tienda, llena de oficiales escoceses que celebran una especie de *consejo,* presidido por su jefe el anciano conde de Lewen, duerme tendido sobre la hierba un hombre vestido de caballero, teniendo la mano derecha sobre el pomo de la espada.

A cincuenta pasos de distancia, otro hombre que lleva el mismo traje está hablando con un centinela escocés; y gracias a lo acostumbrado que manifiesta estar, aunque extranjero, al idioma inglés, logra comprender las respuestas que le da su interlocutor en el dialecto del conde de Porth.

Al tocar la una de la mañana en la ciudad de Newcastle despertó el dormido; después de hacer todos los gestos del hombre que abre los ojos tras un profundo sueño, miró con atención a su alrededor, y advirtiendo que estaba solo se levantó y echó a andar, dando un rodeo para pasar junto al caballero que conversaba con el centinela. Sin duda había acabado éste sus preguntas, porque un momento después despidióse de su interlocutor, y siguió sin afectación por el mismo camino que el primer caballero.

Este le esperaba a la sombra de una tienda inmediata.

—¿Qué hay, amigo? —le preguntó en el más castizo francés que se habla desde Rouen a Tours.

—No hay tiempo que perder, es menester dar aviso al rey.

—¿Pues qué ocurre?

—Es muy largo de contar. Además, pronto lo oiréis referir. La menor palabra dicha aquí puede comprometeros. Vamos a buscar a lord de Winter.

Y ambos se encaminaron a la extremidad opuesta del campamento; pero como toda su extensión no pasaba de unos quinientos pies cuadrados, no tardaron en llegar a la tienda que buscaban.

—¿Se encuentra durmiendo vuestro amo, Tomy? —preguntó en inglés uno de los caballeros a un criado que encontró tendido en el primer compartimiento, que servía de antesala.

—Me parece que no, señor conde, y si duerme será desde hace poco, porque después de separarse del rey se ha estado paseando más de dos horas, y el ruido de sus pasos ha cesado hará diez minutos; pero —añadió el lacayo levantando el tapiz—, podéis verlo.

Winter, en efecto, estaba sentado delante de un hueco practicado en la tienda a manera de ventana, por la cual entraba el aire de la noche; el inglés contemplaba melancólicamente la luna, perdida, como ya hemos dicho, entre negros nubarrones.

Acercáronse ambos amigos a Winter, el cual, teniendo la cabeza apoyada en la palma de la mano, no los sintió y se quedó en la misma actitud hasta que uno de ellos le dio un golpecito en el hombro.

Volvió entonces la cabeza, reconoció a Athos y Aramis, y presentóles la mano.

—¿Habéis reparado —les dijo— en el sangriento color que tiene esta noche la luna?

—No —dijo Athos—; creo que está como siempre.

—Miradla —respondió Winter.

—Por mi parte —dijo Aramis— no veo en ella nada de anormal.

—Conde —añadió Athos—, en una situación tan precaria como la nuestra no debemos mirar al cielo, sino a la tierra. ¿Habéis observado a nuestros escoceses?, ¿estáis seguro de ellos?

—¡Los escoceses! —dijo Winter—. ¿Qué escoceses?

—¡Diablo! Los nuestros; los que merecen la confianza del rey, los escoceses del conde de Lewen.

—No —contestó Winter—. ¿De modo que no advertís el rojizo color del cielo?

—No tal —dijeron a un tiempo Athos y Aramis.

—Decidme —prosiguió Winter siempre poseído de la misma idea—, ¿no refiere la tradición de Francia que la víspera del día que fue asesinado Enrique IV, vio este monarca manchas de sangre en el tablero con que jugaba al ajedrez con el señor de Bassompierre?

—Sí —contestó Athos—, y el mismo mariscal me lo ha referido mil veces.

—Eso es —dijo Winter—, y al otro día mataron a Enrique IV

—Pero ¿qué relación tiene esa visión con vos, conde? —preguntó Aramis.

—Ninguna, señores, y soy verdaderamente poco cuerdo al hablaros de semejantes cosas, cuando vuestra presencia en mi tienda a estas horas me revela que sois portadores de alguna noticia importante.

—Es verdad, milord —dijo Athos—; desearía hablar al rey.

—¿Al rey? Ved que está durmiendo.

—Tengo que revelarle cosas muy importantes.

—¿Y no se pueden diferir para mañana?

—Es necesario que lo sepa ahora mismo, y aún acaso sea ya tarde.

—Entremos, pues, caballeros —dijo Winter.

Hallábase situada la tienda de éste junto a la del rey, y una especie de corredor enlazaba a entrambas. Guardaba este paso, no un centinela, sino un criado de confianza de Carlos I, para que en un caso urgente pudiese el monarca tener comunicación con su leal vasallo.

—Estos señores vienen conmigo —dijo Winter.

El lacayo se inclinó y les dejó pasar.

Vestido con una negra ropilla, calzado con sus grandes botas, desabrochado el cinturón, y con el sombrero a su lado, había efectivamente cedido el rey Carlos en su cama de campaña a la irresistible necesidad de dormir. Acercáronse los tres espectadores; Athos, que iba delante, contempló en silencio durante un instante aquel franco y pálido rostro, rodeado de largos y negros cabellos, pegados a sus sienes por el sudor de un inquieto sueño; marcábanse en ellas sus hinchadas venas azules y se extendían bajo sus fatigados ojos, como si estuviesen llenas de lágrimas.

Athos lanzó un profundo suspiro, el cual despertó al rey; tan ligero era su sueño.

Abriendo los ojos e incorporándose, dijo:

—¡Ah! ¿Aquí estáis, conde de la Fère?

—Sí, señor —respondió Athos.

—¿Habéis velado mientras yo dormía, y venís a traerme alguna noticia?

—¡Ah! —contestó Athos—. Lo ha adivinado vuestra majestad.

—Entonces la noticia será mala —dijo el rey sonriéndose con melancolía.

—Sí, señor.

—No importa; el emisario es bien venido y siempre me causará placer sus presencia; vos, cuya abnegación no distingue de patrias, ni de infortunios; vos, que me habéis sido enviado por Enriqueta, hablad sin temor, sea la que fuere la nueva que me vengáis a comunicar.

—Señor, Oliverio Cromwell ha llegado esta noche a Newcastle.

—¡Diantre! —exclamó el rey—. ¿Para atacarme?

—Para compraros, señor.

—¿Qué decís?

—Que al ejército escocés débensele cuatrocientas mil libras esterlinas.

—De atrasos; ya lo sé. Va a hacer un año que mis valientes y leales escoceses se baten sólo por el honor.

Athos se sonrió y dijo:

—Pues ahora, señor, aunque el honor es cosa tan bella, se han cansado de batirse por él, y esta noche os han vendido por doscientas mil libras esterlinas; es decir, por la mitad de lo que se les debía.

—¡Imposible! —exclamó el rey—. ¡Vender los escoceses a su monarca por doscientas mil libras!

—Los judíos vendieron a todo un Dios por treinta dineros.

—¿Y quién ha sido el Judas?

—El conde de Lewen.

—¿Estáis cierto, señor conde?

—Como que yo mismo lo he oído.

Lanzó el rey un profundo suspiro como si se le partiera el corazón, y escondió la cabeza entre las manos.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Los escoceses!, ¡que yo llamaba mis leales!, ¡los escoceses en quienes confié cuando podía haber huido a Oxford!, ¡los escoceses, mis compatriotas!, ¡los escoceses, mis hermanos! Pero ¿estáis bien cierto?

—Todo lo he visto y oído, echado detrás de la tienda del conde de Lewen, y levantando un lienzo de ella.

—¿Y cuándo ha de realizarse esa odiosa venta?

—Hoy por la mañana. Ya ve Vuestra Majestad que no hay tiempo que perder.

—¿Para qué, ya que decís que me han vendido?

—Para pasar el Tyne, entrar en Escocia y reunirnos con lord Montrose, que no os venderá.

—¿Y qué he de hacer en Escocia?, ¿una guerra de montaña? Tal acto fuera indigno de un rey.

—Ahí está para absolver a Vuestra Majestad el ejemplo de Roberto Bruce.

—¡No, no! Ya he luchado bastante; si me han vendido que me entreguen, y caiga sobre ellos la eterna vergüenza de su traición.

—Quizá será así como deba de obrar un rey —dijo Athos—; pero no un esposo ni un padre: señor, vuestra esposa y vuestra hija me han enviado a vos, y en nombre de vuestra mujer, de vuestra hija y de sus dos hermanos, que aún permanecen en Londres, os digo: vivid, señor, el cielo lo quiere.

Levantóse el rey, apretóse el cinturón, se ciñó la espada, y enjugando con un pañuelo el sudor que bañaba su frente:

—Sepamos —dijo— lo que he de hacer.

—¿Tiene Vuestra Majestad en todo el ejército un solo regimiento con que pueda contar?

—Winter —preguntó el rey—, ¿confiáis en la lealtad del vuestro?

—Se compone de hombres, señor, y los hombres son hoy día muy débiles o muy malvados. Creo en su fidelidad, pero no respondo de ella; les confiaría mi vida, pero no me atrevo a confiarles la de Vuestra Majestad.

—Pues bien —dijo Athos—, a falta de un regimento, aquí estamos tres hombres resueltos y bastaremos. Monte Vuestra Majestad a caballo, póngase en medio de nosotros y pasaremos el Tyne y entraremos en Escocia y nos salvaremos.

—¿Sois de ese parecer, Winter? —preguntó el rey.

—Sí, señor.

—¿Y vos, señor de Herblay?

—Ciertamente.

—Hágase, pues, como lo deseáis. Winter, dad las órdenes necesarias.

Marchóse Winter, y en aquel intermedio acabó el rey de vestirse. Comenzaban los primeros rayos del día a introducirse por las rendijas de la tienda, cuando volvió el inglés.

—Ya está todo preparado —dijo.

—¿Y para nosotros? —preguntó Athos.

—Grimaud y Blasois os aguardan con los caballos.

—En ese caso —repuso Athos—, no hay que perder un momento; marchemos.

—Partamos —respondió el rey.

—Señor —dijo Aramis—. ¿No avisa, Vuestra Majestad, a sus amigos?

—¡A mis amigos! —dijo Carlos I moviendo tristemente la cabezaNo tengo más amigos que vosotros tres; un amigo de veinte años que jamás me ha olvidado; dos amigos de ocho días que yo no olvidaré jamás. Venid, señores, venid.

Salió el rey de su tienda, y encontró en efecto su caballo ensillado. El noble animal, que estaba a su servicio hacía tres años, y a quien quería mucho, relinchó de placer al verle acercarse.

—¡Ah! —exclamó el rey—. Fui injusto; aquí tengo, si no un amigo, por lo menos un ser que me quiere. Siquiera tú me serás fiel, ¿no es verdad, Arthus?

Y como si hubiera comprendido estas palabras, acercó el caballo sus humeantes narices al rostro del rey, levantando los labios y enseñando alegremente su blanca dentadura.

—Sí, sí —dijo el rey acariciándole—; bien, Arthus, estoy satisfecho de ti.

Y con la ligereza que colocaba al rey en la esfera de los mejores jinetes de Europa, montó a caballo; y volviéndose a Athos, Aramis y Winter, dijo:

—Os espero, caballeros.

Pero Athos se había quedado inmóvil, con los ojos fijos y señalando una línea negra que se prolongaba a orillas del Tyne en una extensión doble de la del campamento.

—¿Qué línea es esa? —preguntó el conde, a quien las últimas sombras de la noche en lucha con los primeros rayos del día no permitía ver claro—. ¿Qué línea es esa? Ayer no estaba.

—Indudablemente será la niebla del río —dijo el rey.

—Es más compacta que un vapor.

—En efecto, veo una especie de barrera rojiza —dijo Winter.

—Es el enemigo que sale de Newcastle y nos está envolviendo —gritó Athos.

—¡El enemigo! —dijo el rey.

—Sí, el enemigo. Es muy tarde. ¡Mirad, mirad! Allá, hacia la ciudad, ¿no observáis cómo brillan a aquel rayo de sol las costillas de hierro? Así se llamaba a los coraceros con que Cromwell había formado su guardia.

—¡Bien! —dijo el rey—. Ahora averiguaremos si son o no traidores los escoceses.

—¿Qué vais a hacer, señor? —exclamó Athos.

—Darles orden de que carguen, y pasar con ellos por encima de esos malditos rebeldes.

Y espoleando su caballo, se lanzó hacia la tienda del conde de Lewen.

—Sigámosle —dijo Athos.

—Vamos allá —repuso Aramis.

—¿Estará el rey herido? —preguntó Winter—. Advierto manchas de sangre en la tierra.

Y se lanzó en seguimiento de los dos amigos. Athos le detuvo.

—Id a reunir vuestro regimiento —le dijo—, porque creo que vamos a necesitar de él muy pronto.

Volvió grupas Winter, y Athos y Aramis prosiguieron su camino. En pocos segundos llegó el rey a la tienda del general en jefe del ejército escocés. Echó pie a tierra y entró.

El general se hallaba en medio de los principales jefes.

—¡El rey! —exclamaron levantándose y mirándose con asombro unos a otros.

Efectivamente, Carlos estaba de pie ante ellos, cubierto con su sombrero, airado el gesto, y azotándose una bota con su latiguillo.

—Sí, señores —dijo— el rey en persona; el rey que quiere pediros cuenta de lo que aquí pasa.

—¿Pues qué hay, señor? —preguntó el conde de Lewen.

—Lo que hay —respondió el rey dejándose arrebatar por la rabia— es que el general Cromwell ha llegado esta noche a Newcastle, que no lo ingorabais y que no me habéis dado aviso; que el enemigo está saliendo de la ciudad y cerrándo-

nos el paso del Tyne, que vuestros centinelas han debido ver este movimiento y nada han dicho; que por un trato inicuo me habéis vendido al Parlamento por doscientas mil libras esterlinas; pero al menos de esto he tenido noticia. Esto es lo que pasa, señores; contestad y disculpaos de mi acusación.

—Señor —tartamudeó el conde de Lewen—, señor, habrán engañado a Vuestra Majestad.

—He visto por mis propios ojos al ejército enemigo colocarse entre mis persona y la Escocia, y casi puedo afirmar que he oído yo mismo discutir las cláusulas de la venta.

Los jefes escoceses se miraron arrugando el ceño.

—Señor —dijo el conde de Lewen agobiado bajo el peso de la vergüenza—; señor, estamos prontos a daros toda clase de satisfacciones.

—Una sola os pido —dijo el rey—. Formad el ejército en batalla y partamos hacia el enemigo.

—No puede ser —dijo el conde.

—¿Cómo.que no puede ser? ¿Y quién lo impide? —exclamó Carlos I.

—Ya sabe Vuestra Majestad que hay treguas entre nosotros y el ejército inglés.

—Si hay treguas las han roto los ingleses saliendo de la ciudad contra los convenios que les retenían en ella: os repito, por tanto, que paséis por medio de ese ejército para entrar en Escocia, y de lo contrario, podéis escoger entre los dos nombres que legan a los hombres al desprecio y execreción de sus descendientes: o sois miserables o sois traidores.

Lanzaron rayos los ojos de los escoceses, y como sucede frecuentemente, pasaron de la mayor vergüenza al mayor descaro. Dos jefes acercáronse al rey, cogiéndole en medio, y dijeron:

—Pues bien. Todo es verdad. Hemos prometido librar a Inglaterra y Escocia del que hace veinticinco años está bebiendo la sangre y el oro de Escocia e Inglaterra, y cumpliremos nuestra promesa. Rey Carlos Estuardo, sois nuestro prisionero.

Y entrambos alargaron al mismo tiempo las manos para asir al rey, mas antes de que tocasen a su persona, cayeron al suelo, el uno sin sentido y el otro muerto.

Athos había derribado al uno de un culatazo de su pistola, y Aramis había atravesado al otro de una estocada.

Y aprovechando el instante en que el conde de Lewen y los demás jefes retrocedían atónicos ante aquel impensado socorro, que parecía enviado por el cielo, al que ya creían tener prisionero, Athos y Aramis sacaron al rey fuera de la tienda en que tan imprudentemente había entrado, y montando en los caballos que tenían de la brida los lacayos, marcharon los tres al galope hacia la tienda real.

En el camino vieron a Winter que corría hacia ellos a la cabeza de su regimiento. El rey le hizo seña de que le siguiera.

LIX.— LA VENGANZA

Después de un momento entraron los cuatro en la tienda del rey: no tenían formado ningún plan y era preciso adoptar alguno.

El rey dejóse caer en un sillón, diciendo:

—Me han perdido.

—No os han perdido, señor —respondió Athos—; os han vendido.

El rey exhaló un profundo suspiro.

—Vendido, vendido por los escoceses, en medio de los cuales he nacido; a quienes siempre he dado la preferencia sobre los ingleses. ¡Canallas!

—Señor —contestó Athos—, no es este el momento de hacer recriminaciones, sino el de probar que sois rey y caballero. Ánimo, señor, ánimo; porque por lo menos aquí tenéis tres hombres que no os harán traición, estad seguro. ¡Ah! ¡Si fuéramos cinco! —murmuró Athos, acordándose de Artagnan y Porthos.

—¿Cómo? —preguntó Carlos levantándose.

—Digo, señor, que no hay más que un arbitrio. Milord de Winter responde de su regimiento o poco menos; no nos detengamos en cuestiones de poca importancia; se coloca a la cabeza de su gente, nosotros nos ponemos al lado de Vuestra Majestad, abrimos una brecha en el ejército de Cromwell, y nos metemos en Escocia.

—Aún se podría adoptar otro medio —dijo Aramis—, tomando cualquiera de nosotros el traje y el caballo del rey, quizá saldría su majestad en salvo, mientras se ensañaban en nosotros.

—Me parece bien la idea —dijo Athos—, y si su majestad quiere hacer a uno de nosotros tal honor, se lo agradeceremos en extremo.

—¿Qué decís de ese consejo, Winter? —preguntó el rey observando con admiración a aquellos dos hombres, cuyo único pensamiento era atraer sobre sus cabezas los peligros que le amenazaban.

—Digo, señor, que si queda algún medio de salvar a su majestad es el que ha propuesto el señor de Herblay. Suplico, pues, humildemente a vuestra majestad que elija pronto, porque no hay tiempo que perder.

—Pero si acepto, no puede esperar el que me sustituya más que la muerte o una cárcel.

—Tendrá el honor de haber salvado a su rey —dijo Winter.

Miró el monarca a su antiguo amigo con los ojos llenos de lágrimas; se quitó el cordón del Espíritu Santo que llevaba puesto en honor de los franceses que le acompañaban y lo colgó al cuello de Winter, quien recibió de rodillas esta terrible muestra de amistad y confianza de su soberano.

—Es justo —dijo Athos—, hace más tiempo que le sirve que nosotros.

Escuchó el rey esas palabras y volvió la cabeza para ocultar sus lágrimas.

—Esperad un momento, señores —dijo—, también tengo que daros un cordón a cada uno.

Y yendo a un armario en que tenía guardadas las insignias de sus órdenes, sacó dos cordones de la Jarretiera.

—No podemos admitir semejante honra, señor —dijo Athos.

—¿Por qué, conde? —preguntó Carlos.

—Porque esa orden es casi real, y nosotros somos simples caballeros.

—Recorred todos los tronos del mundo y señaladme en ellos un corazón más noble que los vuestros. No; os tratáis con poca justicia, señores, pero aquí estoy yo para hacerla. De rodillas, conde.

Arrodillóse Athos; el rey púsole el cordón de izquierda a derecha, según costumbre, y levantando la espada en vez de la fórmula habitual que dice: «os hago caballero; sed valiente, fiel y leal», dijo:

—Sois valiente y leal; os hago caballero, señor conde.

Y volviéndose a Aramis añadió:

—Ahora os toca a vos.

Y repitió la misma ceremonia con las mismas palabras, en tanto que Winter, auxiliado por los escuderos, se quitaba su coraza de cobre para que se le equivocara más fácilmente con el rey.

Cuando acabó éste de repetir a Aramis lo que había dicho a Athos, les abrazó.

—Señor —dijo Winter, que desde el momento en que el rey le designara para aquel gran acto de abnegación, había recobrado toda su fuerza—: señor, estamos dispuestos.

El rey miró a los tres caballeros.

—¿Conque es indispensable huir?

—Huir en medio de un ejército —dijo Athos— se llama en todas partes dar una carga.

—Moriré con la espada en la mano —repuso Carlos—. Señor conde, señor de Herblay, si vuelvo a ser rey...

—Ya nos habéis honrado, señor, más de lo que merecemos, y el agradecimiento por lo tanto está de nuestra parte. Pero no perdamos tiempo; bastante se ha perdido ya.

Dio el rey por última vez la mano a los tres amigos, cambió de sombrero con Winter y salió de la tienda.

Estaba situado el regimiento de Winter sobre una eminencia que dominaba el campamento, a la cual se dirigió el rey con sus tres amigos.

En el ejército escocés se observaba ya alguna animación: los soldados habían salido de sus tiendas, formando una línea como para entrar en batalla.

—Ya lo veis —dijo el monarca—; quizás se hayan arrepentido y estén dispuestos a marchar.

—Si es así, señor —contestó Athos—, nos seguirán adonde vayamos.

—Bien, ¿y qué vamos hacer nosotros?

—Examinemos el ejército enemigo.

Los ojos del pequeño grupo fijáronse en aquella línea que al parecer les había parecido una niebla, y que los primeros rayos del sol denunciaban entonces como un ejército formado en batalla. El aire estaba puro como suele estarlo en las primeras horas de la mañana, permitiendo distinguir perfectamente los regimientos, los estandartes y hasta los colores de uniformes y caballos.

Viose entonces aparecer sobre una altura a un hombrecillo rechoncho y de movimientos torpes, rodeado de algunos oficiales, el cual dirigió su anteojo hacia el grupo de que formaba parte el rey.

—¿Conoce ese hombre personalmente a V M.? —preguntó Aramis.

Carlos sonrió y dijo:

—Ese hombre es Cromwell.

—Entonces encasquetaos el sombrero, señor, para que no observe la variación de traje.

—¡Ah! —exclamó Athos—. Hemos perdido mucho tiempo.

—Pues que se dé la orden y partamos —respondió el rey.

—¿La va a dar V M.? —preguntó Athos.

—No, os nombro mi teniente general.

—Oíd, pues, milord de Winter —dijo Athos—, y vos señor, alejaos, si lo tenéis a bien; lo que vamos a decir no concierne a V M.

El rey se sonrió y se apartó tres pasos.

—Voy a presentar mi plan —prosiguió Athos—, dividiremos nuestro regimiento en dos escuadrones; vos os pondréis a la cabeza del primero y Su Majestad y nosotros a la del segundo; si no nos impiden el paso, cargamos juntos para forzar la línea enemiga y pasar el Tyne vadeándole o a nado; si por el contrario, se nos presenta algún obstáculo perded si fuese preciso hasta el último soldado, y nosotros proseguiremos nuestro camino con el rey, que en llegando a la orilla del río, si vuestro escuadrón cumple con su deber, lo demás nos corresponde a nosotros, aunque nos presentaran una triple línea de soldados para disputarnos el paso.

—¡A caballo! —gritó Winter.

—¡A caballo! —repitió Athos—. Todo está resuelto y previsto.

—¡Adelante, pues, señores! —exclamó el rey—, ¡adelante! Sea nuestro grito de guerra el antiguo lema de Francia: *Montjoie y SaintDenis.* El de Inglaterra es hoy repetido por muchos traidores.

Montaron a caballo, el rey en el de Winter, y éste en el del rey; Winter se puso en la primera fila del primer escuadrón, y el rey, llevando a Athos a la derecha y a Aramis a la izquierda, en la primera fila del segundo.

Todo el ejército escocés advertía estos preparativos con la inmovilidad y el silencio de la vergüenza.

Algunos jefes salieron de las filas y rompieron sus espadas.

—Vamos —dijo el rey—, esto me consuela; no todos son traidores.

En aquel momento resonó la voz de Winter gritando:

—¡Marchen!

El primer escuadrón empezó a andar; siguiólo el segundo, y bajó de la eminencia. Detrás de la colina se dejó ver un regimiento de coraceros, igual en número al del rey, saliéndole a galope al encuentro de éste.

Carlos I hizo notar a Athos y Aramis lo que ocurría.

—Está previsto ese caso señor—dijo Athos—, y si la gente de Winter cumple con su deber, este acontecimiento nos salva en vez de perdernos.

Más fuerte que el ruido de los relinchos y el galopar de los caballos, se oyó entonces la voz de Winter gritando:

—¡Saquen... sables!

A esta orden desenvaináronse todos los sables; brillando como relámpagos.

—Vamos, señores —gritó el rey a su vez entusiasmado por el estruendo y el aspecto del campo de batalla—; vamos, señores, sable en mano.

Mas sólo Athos y Aramis obedecieron esta orden, de que dio ejemplo el mismo rey.

—Nos han hecho traición —dijo Carlos I en voz baja.

—No hay que desesperar más —respondió Athos—; tal vez no habrán reconocido la voz de Vuestra Majestad, y esperan que se lo mande su comandante.

—¿No se lo ha ordenado su coronel? Pero ¡mirad!, ¡mirad! —exclamó el rey conteniendo a su caballo de un tirón que le hizo doblar las rodillas, y agarrando la brida de Athos.

—¡Cobardes!, ¡canallas!, ¡traidores! —gritaba Winter, viendo a su gente abandonar las filas y diseminarse por la llanura.

Apenas habría unos quince hombres agrupados en su derredor, aguardando la carga de los coraceros de Comwell.

—¡A morir con ellos! —dijo el rey. —¡Vamos! —repitieron Aramis y Athos.

—¡A mí los corazones leales! —gritó Winter.

Este grito llegó hasta ambos amigos, los cuales marcharon a galope hacia él.

—¡No hay cuartel! —exclamó en francés, respondiendo a Winter, una voz que le hizo estremecerse.

Al oírla el inglés púsose pálido y se quedó como petrificado. Habíala dado un hombre montado en un magnífico caballo negro, y que en alas de la impaciencia se había adelantado diez pasos al regimiento inglés a cuya cabeza marchaba.

—¡Es él! —exclamó Winter con los ojos fijos y dejando caer su espada al costado.

—¡El rey, el rey! —gritaron muchos, engañados por el cordón azul y el color del cabello de Winter—. ¡Cogedle vivo!

—¡No, no es el rey! —repuso el caballero—. No hay que equivocarse. ¿Verdad, milord de Winter, que no sois el rey? ¿Verdad que sois mi tío?

Y al propio tiempo, Mordaunt, pues no era otro el caballero, apuntó con una pistola a Winter. Salió el tiro, y la bala atravesó el pecho del veterano, el cual saltó de su silla y cayó entre los brazos de Athos gritando:

—¡El vengador!

—Acuérdate de mi madre —aulló Mordaunt, pasando de largo arrebatado por el furioso galopar de su caballo.

—¡Canalla! —gritó Aramis, descerrajándole un pistoletazo, pero sólo el cebo dio lumbre, y no salió el tiro.

En aquel momento todo el regimiento se arrojó sobre los pocos que fueron leales, cercando, comprimiendo y no dejando salida a los dos franceses. Después de cerciorarse Athos de la muerte de Winter, soltó el cadáver, y dijo sacando su espada:

—¡A ellos, Aramis! Sostengamos el honor de Francia.

Y los dos ingleses que se hallaban más cerca de ellos cayeron heridos de muerte.

Entonces resonó un hurra terrible, y brillaron treinta espadas sobre sus cabezas.

De pronto se lanza un hombre de en medio de las filas inglesas, atropellando cuanto encuentra al paso; arrójase sobre Athos, le estrecha entre sus nervudos brazos y le arrebata la espada, diciéndole al oído:

—¡Silencio! Rendíos, rendíos a mí, que salvo vuestro pundonor. Entretanto ase un gigante las dos muñecas de Aramis, que lucha en vano para sustraerse a su terrible compresión.

—¡Rendíos! —le dice mirándole fijamente. Aramis levanta la cabeza. Athos se vuelve.

—Art... —exclamó Athos; pero el gascón le tapa la boca.

—Me rindo —dice Aramis entregando su espada a Porthos.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritaba Mordaunt volviendo hacia el grupo en que se hallaban los dos amigos.

—¿Fuego?, ¿por qué? —preguntó el coronel—. Se han rendido todos.

—Es el hijo de Milady —dijo Athos a Artagnan.

—Ya le he conocido.

—Es el religioso —dijo Porthos a Aramis.

—Ya lo sé.

En aquel momento, empezaron a abrirse las filas. Artagnan tenía asido por la brida el caballo de Athos, y Porthos el de Aramis. Uno y otro procuraban conducir a sus prisioneros fuera del campo de batalla.

Este movimiento descubrió el sitio en que había caído el cuerpo de Winter. Mordaunt le encontró por el instinto del odio y le estaba mirando desde su caballo con repugnante sonrisa.

A pesar de toda su prudencia, Athos llevó la mano al arzón en que aún tenía sus pistolas.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Artagnan.

—Dejadme que le mate.

—No hagáis un solo ademán que induzca a creer que le conocéis, o nos perdemos los cuatro.

Dirigiéndose luego al joven, repuso:

—¡Buena presa! Buena presa, amigo Mordaunt. El señor Du Vallon y yo tenemos cada uno el nuestro, y los dos son, como quien no dice nada, caballeros de la Jarretiera.

—Pero creo que son franceses —exclamó Mordaunt mirando a Athos y a Aramis con ojos que respiraban sangre.

—A fe que lo ignoro, ¿sois franceses, caballeros? —preguntó a Athos.

—Sí que lo soy —respondió éste con gravedad.

—Pues, amigo, un compatriota os ha hecho prisionero.

—Pero ¿y el rey? —preguntó Athos con angustia—. ¿Y el rey?

Artagnan estrechó vigorosamente la mano de su prisionero y dijo:

—¿El rey? ¡Toma, ya es nuestro!

—Sí —dijo Aramis—, por una miserable traición.

Porthos apretó la muñeca de su amigo hasta acardenalarla, y le dijo sonriéndose:

—Señor mío, en la guerra entra tanto de maña como de fuerza; mirad.

Viose, en efecto, en aquel momento al escuadrón que debía haber defendido la retirada de Carlos I salir al encuentro del regimiento inglés, rodeando al rey, que marchaba solo y a pie por un gran espacio despejado de gente.

El príncipe iba tranquilo aparentemente, pero se conocía cuanto debía padecer para violentarse hasta aquel punto: corrió el sudor por su rostro, y cuando se enjuaba la frente y los labios con un pañuelo, retirábale con su boca teñido en sangre.

—¡Ahí está Nabucodonosor! —exclamó uno de los coraceros de Cromwell, puritano encanecido, cuyos ojos se inflamaron al ver al tirano, como le llamaban.

—¿A quién llamáis Nabucodonosor? —dijo Mordaunt con espantosa sonrisa—. No hay tal, es el rey Carlos I, el buen Carlos, que despoja a sus súbditos para enriquecerse con su herencia.

Alzó Carlos los ojos hacia el miserable que así hablaba, pero no le conoció. La grave y religiosa majestad de su rostro hizo a Mordaunt bajar la cabeza.

—Buenos días caballeros —dijo el rey a los dos caballeros, a quienes encontró en poder de Artagnan y Porthos—. Fatal ha sido la jornada, pero gracias a Dios no tenéis vosotros la culpa. ¿Dónde está el buen Winter?

Los dos amigos volvieron la cabeza y guardaron silencio.

—Buscadle donde está Strafford —dijo la resonante voz de Mordaunt.

Estremecióse Carlos I, el diablo había dado en el blanco, Strafford era la pesadilla eterna del rey; la sombra que se le aparecía un día y otro; el fantasma de todas sus noches.

Miró el rey en torno suyo y vio un muerto a sus pies. Era Winter. Carlos I no dio un solo grito, no derramó una sola lágrima, y sólo se conoció su emoción por la lívida palidez que cubrió su semblante; hincó una rodilla en tierra, levantó la cabeza de Winter, la besó, y quitándole el cordón del Espíritu Santo que le había dado aquella misma mañana, lo colocó piadosamente sobre su pecho.

—¿Conque ha muerto Winter? —preguntó Artagnan fijando la vista en el cadáver.

—Sí —contestó Athos—, y a manos de su sobrino.

—Es el primero de nosotros que se va —murmuró Artagnan—; que descanse en paz; era un valiente.

—Carlos Estuardo —dijo el coronel del regimiento inglés, acercándose al rey, que acababa de revestirse de nuevo de las insignias reales—, ¿os rendís prisionero?

—Coronel Thomlison —dijo Carlos—, el rey no se rinde, mas el hombre cede a la fuerza.

—Venga vuestra espada.

Sacó el rey la espada y la rompió sobre sus rodillas.

En aquel instante, un caballo sin jinete, cubierto de espuma, con los ojos flamantes y las narices hinchadas se aproximó al sitio y conociendo a su amo se detuvo junto a él relinchando de alegría: era Arthus.

Sonrióse el rey, le acarició y montó sobre él con presteza.

—Estoy dispuesto, señores —dijo—; conducidme adonde gustéis.

Y volviéndose vivamente, añadió:

—Esperad, creo que he visto moverse a Winter; si aún vive, os suplico por lo más sagrado que no abandonéis a tan digno caballero.

—¡Oh! Perded cuidado, rey Carlos —dijo Mordaunt—, la bala le ha atravesado el corazón.

—No digáis una palabra, no hagáis un ademán, no arriesguéis una mirada dirigida a Porthos ni a mí —dijo Artagnan a Athos y Aramis—, porque todavía no ha muerto Milady y su alma vive en el cuerpo de ese demonio...

Y el destacamento se dirigió a la ciudad conduciendo a su real cautivo; pero como a la mitad del camino, llevó orden un edecán de Cromwell al coronel Thomlison, de que condujese al rey a Holdenbi-House.

Al propio tiempo salían correos en todas direcciones para anunciar a Inglaterra y a Europa que el rey Carlos Estuardo era prisionero del general Oliverio Cromwell.

Los escoceses presenciaron estas escenas con el mosquete en tierra y la clairnora envainada.

LX.— OLIVERIO CROMWELL

—¿Os dirigís a casa del general? —dijo Mordaunt a Artagnan y Porthos—; ya sabéis que os ha enviado a llamar después de la acción.

—Ante todo vamos a poner nuestros prisioneros a buen recaudo —dijo Artagnan—. ¿Sabéis, señor Mordaunt, que cada uno de estos caballeros vale mil quinientos doblones?

—¡Oh! No hay cuidado —contestó Mordaunt mirándoles con ojos cuya ferocidad en vano trataba de reprimir—; mi gente los guardará bien; respondo de ellos.

—No importa, mejor los guardaré yo —repuso Artagnan—; ¿qué se necesita en suma? Un buen aposento con centinelas o su palabra de que no se escaparán. Voy a arreglar este asunto, y luego tendremos el honor de presentarnos al general y pedirle su permiso para volver a Francia.

—¿Os proponéis marcharos pronto? —preguntó Mordaunt.

—Hemos terminado nuestra misión y nada tenemos que hacer en Inglaterra, como no sea satisfacer la voluntad del hombre a quien nos ha enviado.

Mordióse el joven los labios, y acercándose al sargento le dijo en voz baja:

—Seguid a esos hombres; no los perdáis de vista, y después que sepáis adónde van a alojarse, volved a esperarme a la puerta de la ciudad.

El sargento dijo que obedecería.

En vez de seguir a los demás prisioneros que eran conducidos a Newcastle, dirigióse entonces Mordaunt a la colina desde donde había presenciado Cromwell la batalla, y sobre la cual acababa de ordenar que levantasen la tienda.

Había prohibido Cromwell que dejasen entrar a nadie; pero el centinela, que conocía a Mordaunt como a uno de los íntimos del general, creyó que esta prohibición no se extendía al hijo de Milady. Levantó pues, Mordaunt el lienzo de la tienda, y vio a Cromwell sentado delante de una mesa, con la cabeza oculta entre las manos v volviéndole la espalda.

Si oyó el ruido de sus pasos, no lo supo Mordaunt, pero ello es que Cromwell no le miró.

El joven permaneció en pie junto a la puerta.

Al cabo de un momento levantó Cromwell la cabeza, y conociendo por instinto que había alguien se volvió diciendo:

—He dicho que deseaba estar solo.

—Pero se ha creído que esa orden no me comprendía —respondió Mordaunt ; sin embargo, me retiraré si lo ordenáis.

—¡Ah! ¿Sois vos, Mordaunt? —dijo Cromwell—. Ya que habéis venido, quedaos.

—Vengo a felicitaros.

—¿Por qué motivo?

—Por la prisión de Carlos Estuardo. Desde hoy sois dueño de Inglaterra.

—Hace dos horas lo era más —repuso Cromwell.

—¿Cómo, mi general?

—Entonces me necesitaba Inglaterra para prender al tirano, y ahora el tirano está preso... ¿Le habéis visto?

—Sí, señor.

—¿Cómo está? Vaciló Mordaunt, pero por fin dijo no pudiendo ocultar la verdad:

—Sereno y majestuoso.

—¿Qué ha dicho?

—Algunas palabras de despedida a sus amigos.

—¡A sus amigos! —exclamó Cromwell—. ¿Conque tiene amigos?

Y prosiguió en voz alta:

—¿Se defendió?

—No, señor: todos le abandonaron, a excepción de tres o cuatro personas, y no pudo defenderse.

—¿A quién ha entregado su espada?

—La ha roto.

—Ha hecho bien, y mejor hubiese hecho en servirse de ella con más acierto.

Reinó un momento de silencio.

—Parece que ha muerto el coronel del regimiento que escoltaba al rey —dijo Cromwell mirando a Mordaunt.

—Sí, señor.

—¿Quién le ha muerto?

—Yo.

—¿Cómo se llamaba?

—Lord de Winter.

—¡Vuestro tío! —murmuró Cromwell.

—¿Mi tío? —repuso Mordaunt—. En mi familia no hay ningún traidor a Inglaterra.

Quedóse pensativo Cromwell mirando al joven, y al cabo de un momento dijo con aquella profunda melancolía tan bien pintada por Shakespeare:

—Mordaunt, sois un temible partidario de mi causa.

—Cuando habla el Señor —repuso Mordaunt—, no se deben eludir sus órdenes. Abraham levantó el cuchillo sobre Isaac e Isaac era hijo suyo.

—Sí —dijo Cromwell— mas el Señor no permitió que se consumara el sacrificio.

—Yo miré en torno mío —contestó Mordaunt—, y no vi ningún corderillo en las zarzas de la llanura.

Cromwell inclinóse.

—Sois fuerte si los hay, Mordaunt —le dijo—, ¿y cómo se han portado los franceses?

—Como valientes.

—Sí, sí —dijo Cromwell—, los franceses saben batirse; en efecto, creo haberles visto con mi anteojo en la primera línea.

—Allí iban —dijo Mordaunt.

—Pero detrás de vos.

—Culpa era de sus caballos y no suya.

Reinó otro momento el silencio.

—¿Y los escoceses? —preguntó Cromwell.

—Han cumplido su palabra y no se han movido.

—¡Canallas! —murmuró Cromwell.

—Sus oficiales piden entrar a veros.

—No tengo tiempo. ¿Les han pagado?

—Esta noche.

—Pues, que vuelvan a sus montañas y que oculten tras ellas su vergüenza si son bastante altas para tanto; nada tengo que ver con ellos ni ellos conmigo. Podéis iros, Mordaunt.

—Antes de partir —dijo éste—, tengo que haceros algunas preguntas, señor, y pediros una gracia, amo mío.

—¿A mí?

Mordaunt inclinóse.

—Me dirijo a vos, héroe, protector y padre mío, para preguntaros: señor, ¿estáis contento de mí?

Cromwell le miró asombrado.

El joven permaneció impasible.

—Sí —dijo Cromwell—, desde que os conozco habéis hecho aún más de lo que debíais; habéis sido amigo fiel, negociador diestro y excelente soldado.

—¿Os acordáis, señor, de que yo fui quien tuve la primera idea de proponer a los escoceses que abandonasen a su rey?

—Verdad es, de vos procedió ese pensamiento; aún no llegaba mi desprecio a los hombres hasta tanto.

—¿He desempeñado bien mi embajada en Francia?

—Sí, y habéis logrado de Mazarino lo que yo quería.

—¿He combatido siempre con ardor en favor de vuestra gloria y de vuestros intereses?

—Con demasía tal vez, y de eso os estaba reprendiendo hace poco. Pero ¿qué objeto tienen estas preguntas?

—El de manifestaros, milord, que es llegado el instante en que podéis recompensar con una palabra todos mis servicios.

—¡Ah! —exclamó Oliverio con un leve impulso de desdén—. Es cierto; había olvidado que todo servicio exige recompensa, que me habéis servido y no os he recompensado.

—Podéis hacerlo en este momento.

—¿Y cómo?

—Casi estoy tocando el pago que os pido, casi le tengo en mis manos.

—Y qué pago es ése —dijo Cromwell—. ¿Os han ofrecido dinero? ¿Queréis un grado? ¿Pedís algún gobierno?

—¿Señor, me concederéis lo que os pida?

—Sepamos qué es.

—Cuando vos me habéis dicho: «Deseo que deis cumplimiento a una orden mía», os he respondido yo: «¿Sepamos cuál es?»

—¿Y si fuese imposible realizar vuestro deseo?

—¿Cuándo vos habéis tenido un deseo y encargándome de complacerlo, os he dicho alguna vez: es imposible?

—Sin embargo, una petición precedida de tantos preámbulos...

—Calmaos —dijo Mordaunt con siniestra expresión—, no os arruinará.

—Pues bien —repuso Cromwell—, os prometo ceder a vuestra demanda en cuanto pueda; decid.

—Señor —contestó Mordaunt—, esta mañana se han hecho dos prisioneros, dádmelos.

—Vamos, habrán ofrecido un rescate considerable —dijo Cromwell.

—Creo por el contrario que son pobres.

—Entonces serán amigos vuestros.

—Sí, señor —dijo Mordaunt—, amigos míos, los quiero mucho y hoy daría mi vida por la suya.

—Bien, Mordaunt —dijo Cromwell con cierto impulso de satisfacción y formando mejor concepto del joven—; bien, te los doy; ni siquiera quiero saber sus nombres, haz de ellos lo que te parezca.

—¡Gracias! —exclamó Mordaunt—. Gracias. De hoy en adelante es vuestra mi vida y aún cuando la perdiera por vos, sería poco. ¡Gracias! Acabáis de pagarme con magnificencia mis servicios.

Y echándose a los pies de Cromwell, a pesar de los esfuerzos del general puritano, que no quería o que simulaba no querer se le tributase este homenaje casi real, cogió su mano y la besó.

—¡Cómo! —dijo Cromwell deteniéndole en el instante en que se levantaba—. ¿No pretendéis otra recompensa, ni dinero, ni ascensos?

—Me habéis dado cuanto podíais, milord, estoy pagado.

Y Mordaunt lanzóse fuera de la tienda del general con un júbilo que rebosaba de su corazón por sus ojos.

Cromwell le siguió con la vista.

—Ha muerto a su tío —dijo—. ¡Ah! ¡Qué secuaces, los míos! Acaso éste que no me pide, al menos en la apariencia, haya pedido más ante Dios que los que vengan a reclamarme el oro de las provincias y el pan de los desgraciados; nadie me sirve en balde. Mi prisionero Carlos tendrá quizás amigos todavía; yo no tengo ninguno.

Y exhalando un suspiro volvió a su meditación, interrumpida por el confidente.

LXI.— LOS CABALLEROS

Interin dirigíase Mordaunt a la tienda de Cromwell, conducían Artagnan y Porthos a sus prisioneros a la casa que se les había señalado para alojamiento en Newcastle.

No pasó desapercibido para el gascón el encargo hecho por Mordaunt al sargento, y en su consecuencia guiñó el ojo a Athos y a Aramis, encargándoles la mayor circunspección. Arreglándose a esta prevención, partieron los prisioneros junto a los vencedores sin decir una palabra, lo cual no les fue difícil, pues cada uno tenía bastante ocupación con sus propios pensamientos.

Es inexplicable el asombro de Mosquetón al ver desde el umbral de la puerta acercarse a los cuatro amigos, seguidos del sargento y de unos diez hombres.

No pudiendo decidirse a reconocer a Athos y Aramis, restregábase los ojos, pero al fin tuvo que rendirse a la evidencia. Iba a prorrumpir en exclamaciones, cuando Porthos le impuso silencio con una de esas miradas que no admiten discusión.

Se quedó Mosquetón clavado en la puerta esperando la explicación de tan singular acontecimiento: lo que más le maravillaba era que los cuatro compañeros no daban señales de conocerse.

La casa a que Artagnan y Porthos condujeron a Athos y Aramis era la misma que habíales sido cedida por el general Cromwell: hacía esquina y tenía una especie de jardín y una caballeriza que daban a la calle inmediata.

Las ventanas del piso bajo tenían rejas, como en muchas poblaciones de provincia, de manera que presentaban el aspecto de una cárcel. Hicieron entrar los dos amigos a los prisioneros y quedáronse en la puerta, después de dar orden a Mosquetón de que llevara los caballos a la cuadra.

—¿Por qué no entramos con ellos? —dijo Porthos.

—Porque antes es menester ver lo que hacen ese sargento y los ocho o diez hombres que manda.

El sargento se instaló con su gente en el jardincillo. Artagnan le preguntó qué deseaba y por qué se situaba allí.

—Nos han dado orden —contestó el sargento— de que os ayudemos a guardar los prisioneros.

No se podía alegar nada contra esa delicada atención, y por el contrario, era necesario fingir agradecimiento a la persona de quien procedía. Dio Artagnan las gracias al sargento y puso en sus manos una corona para que bebiese a la salud del general Cromwell.

El sargento contestó que los puritanos no bebían, y se guardó la moneda en el bolsillo.

—¡Qué día tan horrible, amigo Artagnan! —dijo Porthos.

—¿Qué estáis diciendo, Porthos? ¿Llamáis horrible al día que nos proporciona el gusto de reunirnos con nuestros amigos?

—¡Sí, mas en qué circunstancias!

—No son muy buenas —dijo Artagnan—, pero no importa: entremos a verlos y allí pesaremos las ventajas y desventajas de nuestra posición.

—Muchas son estas últimas —dijo Porthos—; ahora comprendo por qué me encargaba tanto Aramis que ahogase a ese pícaro de Mordaunt.

—¡Silencio! —dijo Artagnan—. No pronunciéis semejante nombre.

—¿Qué importa? Estoy hablando en francés y ellos son ingleses.

Artagnan miró a Porthos con el asombro que produce a todo hombre sensato una necedad, de cualquier clase que sea.

Y como Porthos le mirase también sin atinar la causa de su extrañeza, Artagnan le dio un empujón, diciéndole:

—Vamos adentro.

Entró Porthos delante y Artagnan le siguió, cerrando con cuidado la puerta: hecho esto se arrojó en brazos de sus amigos.

Athos estaba poseído de una tristeza mortal, y Aramis miraba sucesivamente a Porthos y Artagnan sin decir una palabra; mas sus miradas eran tan elocuentes que el gascón las comprendió.

—¿Deseáis saber cómo es que estamos aquí? Fácil es adivinarlo. Mazarino nos ha dado el encargo de traer una carta al general Cromwell.

—Pero, ¿por qué os hallo con Mordaunt? —preguntó Athos—. Con Mordaunt, de quien os dije que desconfiaseis, Artagnan.

—Y a quien os encargué que matarais, Porthos —repuso Aramis.

—También por culpa de Mazarino, Cromwell le había enviado al cardenal, y el cardenal nos envió con él a Cromwell. Hay algo de fatalidad en todo esto.

—Sí, es verdad, Artagnan: hay una fatalidad que nos divide y nos pierde: por tanto, querido Aramis, no hablemos más del asunto y preparémonos a sufrir nuestra suerte.

—¡Cólera de Dios! Hay que hablar del asunto, puesto que de una vez para siempre resolvimos permanecer unidos, aun cuando defendiésemos causas opuestas.

—Es cierto, muy opuestas —dijo Athos sonriendo—, porque, ¿cuál es la que defendéis aquí? ¡Ah, Artagnan, ved en lo que os emplea el miserable Mazarino! ¿Sabéis de qué crimen os habéis hecho hoy culpables? De la captura del rey, de su ignominia, de su muerte.

—¿Suponéis que le matarán? —preguntó Porthos.

—Exageráis un poco, Athos —dijo Artagnan—; no hemos llegado a semejante caso.

—Sí, hemos llegado. ¿Para qué se prende a un monarca? El que quiere respetarle como a un señor no le compra como un esclavo. ¿Creéis que Cromwell haya dado doscientas mil libras esterlinas para volverle al trono? Le matarán, sí, amigos, no lo dudéis y estoy por decir que ese es el menor crimen que pueden cometer. Más vale decapitar a un rey que abofetearle.

—No digo que no: bien considerado es posible —dijo Artagnan—; pero en conclusión, ¿qué nos importa a nosotros nada de eso? Yo estoy aquí porque soy soldado; he hecho juramento de obedecer y obedezco; pero vos, que nada habéis jurado, ¿por qué os encontráis en este sitio? ¿Qué causa defendéis?

—La más sagrada del mundo —dijo Athos—; la causa de la desgracia, de la monarquía y de la religión. Un amigo, una esposa, una hija, nos han hecho el honor de llamarnos en su auxilio. Les hemos servido a medida de nuestros alcances, y Dios nos tomará en cuenta la voluntad, en compensación de la impotencia. Podéis pensar de otra manera, Artagnan; ver las cosas de distinto modo, amigo mío; no trato de apartaros de vuestra opinión; pero la censuro.

—¡Bah! —respondió Artagnan—. ¿Y qué me importa a mí, en resumidas cuentas, que el señor Cromwell, que es inglés, se rebele contra su rey, que es escocés? Yo soy francés y nada tengo que ver con eso; ¿por qué he de ser responsable de ello?

—Tiene razón —replicó Porthos.

—Porque todos los caballeros son hermanos; porque vos lo sois; porque un rey, de cualquier país que sea, es el primero entre los caballeros; porque la estúpida plebe, tan ingrata como feroz, complácese siempre en rebajar a cuantos le son superiores... y vos, Artagnan, vos, el hombre hidalgo, ilustre y valiente, vos habéis contribuido a hacer caer a un rey en manos de cerveceros, sastres y carreteros. ¡Ah, Artagnan! Quizás habréis cumplido con vuestro deber como soldado; pero como caballero digo que sois culpable.

Artagnan no hablaba y masticaba el tallo de una flor que tenía en la boca; hallábase muy desazonado; cuando apartaba la vista de Athos se encontraba con las miradas de Aramis.

—Y vos, Porthos —prosiguió el conde como complacido de la turbación de Artagnan—, vos, el hombre de mejor corazón, el mejor amigo, el mejor soldado

que he conocido; vos, merecedor, por la nobleza de vuestra alma, de haber nacido sobre las gradas de un trono, y que tarde o temprano seréis recompensado por un rey inteligente, vos amigo Porthos, que sois tan caballero por vuestras costumbres como por vuestros instintos y valor, vos también habéis incurrido en la culpa de Artagnan.

Sonrojóse Porthos, aunque más de satisfacción que de confusión; sin embargo, bajando la cabeza como si estuviera muy avergonzado, dijo:

—Sí, sí, creo que tenéis razón, apreciable conde.

Athos se levantó.

—Vamos —dijo marchando hacia Artagnan y presentándole la mano—, vamos, no hay que incomodarse, hijo mío, porque cuanto os he dicho ha sido con el corazón, ya que no con la voz de un padre. Creed que me hubiera sido más fácil daros las gracias por haberme librado de la muerte y no pronunciar la menor palabra en que os expresase mis sentimientos.

—Os creo, Athos —contestó Artagnan estrechando su mano—, pero tenéis unos sentimientos tan endiablados, que no están al alcance de todos. ¿Cómo pensar que un hombre sensato había de abandonar su casa, su patria y su pupilo, un pupilo delicioso a fe mía, pues habéis de saber que le hemos visto en el campamento, para ir... ¿a dónde? a defender una monarquía falseada y carcomida que un día u otro tiene que venir abajo como un caserón arruinado? Los sentimientos que manifestáis son delicados, sin duda, tan bellos que pasan de los límites humanos.

—Sean cuales fueren, Artagnan —respondió Athos sin caer en el lazo que con su destreza natural tendía el gascón a su afecto paternal a Raúl—, sean cuales fueren, bien sabéis en vuestro interior que son justos; pero hago mal en discutir con mi señor: Artagnan, me tenéis prisionero, tratadme como a tal.

—¡Diantre! dijo Artagnan—. Bien sabéis que no lo seréis mucho tiempo.

—No —repuso Aramis—, porque pronto nos tratarán como a los de Philippaus.

—¿Y cómo los trataron? —dijo Artagnan.

—Ahorcaron a la mitad y fusilaron a los restantes.

—Pues yo afirmo —exclamó el gascón—, que mientras me quede una gota de sangre en las venas no seréis fusilados ni ahorcados. ¡Que vengan, voto a bríos! Además, ¿veis esa puerta?

—La veo.

—Pues por ella pasaréis cuando se os antoje, porque desde este momento sois libres.

—En ese rasgo os reconozco, querido Artagnan —respondió Athos—; pero no podéis disponer de nosotros: no ignoráis que está custodiada esta puerta.

—¿Hay más que forzarla? —dijo Porthos—. ¿Qué gente habrá ahí? Diez hombres a los más.

—Diez hombres no serían nada para los cuatro, pero son muchos para nosotros dos. No hay que cansarse, estando divididos, como lo estamos, tenemos

que perecer. Patente está el fatal ejemplo: en el camino del Vendemois fuisteis vencidos, a pesar del arrojo de Artagnan y del valor de Porthos: hoy nos ha tocado a Aramis y a mí el serlo. Cuando estábamos reunidos los cuatro, nunca nos sucedió una cosa semejante; muramos, pues, como ha muerto Winter; yo por mí digo que no consiento en huir si no nos vamos todos.

—¡Es imposible! —dijo Artagnan—. Porthos y yo estamos a las órdenes de Mazarino.

—Lo sé, y por eso no insisto; no han causado efecto mis razones, sin duda serán malas cuando no convencen a personas de talento tan despejado como el vuestro.

—Y aunque lo fuesen —dijo Aramis— lo primero es no comprometer a dos buenos amigos como Artagnan y Porthos. Perded cuidado, nos mostraremos dignos de vosotros en la hora de la muerte. Para mí será un gran motivo de satisfacción salir al encuntro de las balas y hasta de la cuerda, yendo con vos Athos, porque nunca me habéis parecido tan grande como en este día.

Artagnan callaba, mas habiendo acabado de mascar el tallo de flor, se estaba mordiendo los dedos.

—¿Creéis —dijo al fin— que 'os han de matar? ¿Y por qué? ¿Qué interés tienen en ello? ¿Y por otra parte, no sois nuestros prisioneros?

—¡Loco!, ¡mil veces loco! —exclamó Aramis—. ¿Ignoras quién es Mordaunt? Yo por mí no le he mirado más que una vez; pero en su rostro he conocido que estábamos condenados sin apelación.

—La verdad es que yo siento no haberle acogotado como me encargaba Aramis —dijo Porthos.

—¡Bah! ¡Buen cuidado me da a mí de Mordaunt! —exclamó Artagnan—. ¡Voto a bríos! que me haga ese reptil unas cuantas cosquillas y veréis cómo le aplasto. No os escapéis, es vano; os juro que estáis aquí tan seguros como lo estaba Athos en la calle de Ferou y Aramis en la de Vaugirard hace veinte años.

—A propósito —dijo Athos señalando a una de las ventanas que daban luz al cuarto—; pronto sabremos a qué atenernos; hacia aquí viene.

—¿Quién?

—Mordaunt.

Efectivamente, en la dirección que indicaba la mano de Athos, vio el gascón a un hombre a caballo que se dirigía a galope hacia la casa. Era en efecto Mordaunt.

Artagnan salió con rapidez fuera del aposento.

Porthos iba a seguirle, mas su amigo le detuvo diciendo:

—Quedaos y no salgáis mientras no me escuchéis tocar marcha en la puerta con los dedos.

LXII.— ¡JESÚS!

Al llegar Mordaunt frente a la casa vio a Artagnan a la puerta y a los soldados tendidos sin orden con sus armas sobre el césped del jardín.

—¡Ah de la casa! —gritó con voz sofocada por la precipitación de su carrera—. ¿Permanecen ahí los prisioneros?

—Sí, señor —dijo el sargento levantándose vivamente como los demás soldados, quienes llevaron también como él la mano a la frente.

—Bueno: cuatro hombres para sacarlos y conducirlos a mi alojamiento.

Prepараronse los cuatro hombres.

—¿Qué es eso? —gritó Artagnan con el gesto burlón que nuestros lectores han tenido ocasión de observar en él desde que le conocen—: ¿qué hay de nuevo?

—Que he mandado sacar a los prisioneros que hemos hecho esta mañana y llevarlos a mi casa.

—¿Y por qué? —preguntó Artagnan—. Dispensad la curiosidad, pero ya conoceréis que me importa enterarme del asunto.

—Porque los prisioneros son míos —respondió Mordaunt con altanería—, y dispongo de ellos como me place.

—Poco a poco, caballerito —dijo Artagnan—, estáis un tanto equivocado; regularmente los prisioneros pertenecen a los que los prende y no a los que los miran coger: pudisteis prender a lord de Winter, que según dicen era vuestro tío, y preferisteis matarle, corriente: el señor Du-Vallon y yo pudimos matar a esos dos caballeros y preferimos cogerlos; eso va a gustos.

Los labios de Mordaunt se pusieron blancos como la cera.

Artagnan conoció que no podía tardar en variar el aspecto del asunto y comenzó a teclear en la puerta la marcha de los guardias.

Al instante salió Porthos y se colocó al otro lado de la puerta, a cuyo travesaño superior llegaba con la cabeza.

Mordaunt advirtió esta maniobra.

—Caballero —dijo con voz en que se advertía cierta cólera— toda resistencia sería inútil; mi ilustre patrono el general en jefe Oliverio Cromwell acaba de hacerme donación de esos prisioneros.

Tales palabras fueron un rayo para Artagnan. Agolpóse la sangre a su cabeza, cubriéronse sus ojos con una nube, y comprendiendo la terrible esperanza del joven, llevó instintivamente la mano a la guarnición de la espada.

Porthos miraba al gascón para saber lo que debía hacer y ajustar su conducta a la de su amigo.

Estas miradas asustaron a Artagnan en vez de tranquilizarle y empezó a sentir el haber apelado a la fuerza de Porthos, en un asunto que le parecía debía decidirse exclusivamente por la astucia.

—Un acto violento —pensaba— nos perdería a todos; querido Artagnan, prueba a esa serpiente que no sólo eres más fuerte que ella, sino también más astuto.

—¡Ah! —dijo haciendo un profundo saludo—. ¿Y por qué no empezasteis diciéndome eso, señor Mordaunt? ¡Cómo! ¿Conque venís en nombre del señor Oliverio Cromwell, del capitán más ilustre de los tiempos modernos?

—De él me separo en este momento —contestó Mordaunt apeándose y entregando las riendas de su caballo a un soldado.

—Pues ¿por qué no lo dijisteis antes, querido señor Mordaunt? —continuó Artagnan—. Toda la Inglaterra pertenece al señor Cromwell; y sabiendo que me pedís en su nombre los prisioneros, no tengo más que inclinarme y abandonarlos; vuestros son, podéis cogerlos.

Acercóse Mordaunt con ademán radiante; Porthos miraba a Artagnan con el más profundo estupor.

Iba a abrir la boca para hablar, cuando el gascón le pisó disimuladamente dándole a entender que todo era un juego.

Mordaunt puso el pie en el primer escalón de la puerta, y se quitó el sombrero para pasar por entre los dos amigos, haciendo ademán a los cuatro soldados de que le siguieran.

—Una palabra —dijo Artagnan con la más afable sonrisa y poniendo la mano sobre el hombro del joven—: si el ilustre general Oliverio Cromwell ha dispuesto de nuestros prisioneros, indudablemente os habrá entregado por escrito el acta de donación.

Mordaunt quedóse inmóvil.

—Os habrá dado cuatro letras para mí, un pedazo cualquiera de papel, en que certifique que venís en nombre suyo. Hacedme el favor de entregármelo a fin de poder yo justificar con ese pretexto el abandono de mis compatriotas. Si no, ya conocéis que aunque estoy ciertísimo de que el general Cromwell es incapaz de hacerles ningún daño, siempre causaría mal efecto...

Retrocedió Mordaunt algunos pasos y sintiendo el golpe, lanzó una terrible mirada a Artagnan, pero éste la sostuvo con la fisonomía más benévola y amistosa que imaginarse puede.

—¿Me hacéis la ofensa de dudar de una cosa que yo digo, caballero? —preguntó Mordaunt.

—Yo —exclamó Artagnan—, ¡yo dudar de lo que decís! ¡Líbreme Dios de tal cosa, querido señor Mordaunt! Os tengo por el contrario en el concepto de un caballero en toda la extensión de la palabra; pero, ¿queréis que os hable sin rebozo? —continuó Artagnan dando aún más franqueza a la expresión de su semblante.

—Hablad —respondió Mordaunt.

—El señor Du-Vallon es rico, tiene cuarenta mil libras de renta, y por tanto, no es nada apegado al dinero; no hablo, pues, en su nombre sino en el mío.

—Adelante.

—Pues bien, yo no soy rico; lo cual no es ninguna deshonra en Gascuña; allí nadie lo es, y Enrique IV, de gloriosa memoria, rey de las Gascuñas, como Felipe IV lo es de todas las Españas nunca llevaba un cuarto en el bolsillo.

—Terminad —dijo Mordaunt—, ya veo adónde vais a parar, y si es lo que me figuro, se podrá vencer esa dificultad.

—¡Ah! Ya sabía yo que erais joven de talento. Sí, señor, ahí está el quid; ahí es donde me aprieta el zapato, según se dice vulgarmente. Yo no soy más que un soldado de fortuna; no poseo más que lo que produce mi espada, es decir, más golpes que doblones. Por esta razón al coger esta mañana a esos dos franceses, que me parecieron personas de distinción, que son caballeros de la Jarretiera en una palabra, dije para mí: ya he hecho mi suerte. Y digo dos, porque en estas circunstancias siempre me cede el señor Du-Vallon sus prisioneros; como él no lo necesita...

Enteramente engañado Mordaunt por la cándida verbosidad de Artagnan, se sonrió como hombre que comprendía perfectamente las razones alegadas, y respondió con más agrado:

—Dentro de pocos segundos tendré la orden firmada y la acompañaré de dos mil doblones, pero entretanto permitid que me lleve a esos hombres.

—No —replicó Artagnan—: ¿qué más os da media hora más o menos? Yo soy hombre muy metódico, señor Mordaunt, y me gusta hacer las cosas en regla.

—Sin embargo —repuso Mordaunt—, puedo obligaros a hacerlo; quien manda aquí soy yo.

—¡Válgame Dios! —dijo Artagnan sonriéndose agradablemente¡Cómo se echa de ver que aunque el señor Du-Vallon y yo hemos tenido la honra de viajar en vuestra compañía, no nos habéis conocido! Somos caballeros, somos franceses, somos capaces de mataros a vos y a vuestros ocho hombres... ¡Por Dios, señor Mordaunt! No la echéis de obstinado, porque al ver que se obstinan, yo me obstino también y entonces llego a ser terco en demasía; y este caballero —continuó Artagnan—, cuando ocurre un caso es aún más terco y más atroz que yo: esto sin contar que somos emisarios del cardenal Mazarino, el cual representa al rey de Francia; de lo que resulta, que en este momento representamos al rey y al cardenal, y en nuestra calidad de emisarios somos inviolables, circunstancia que no dejará de tener presente el señor Oliverio Cromwell, que es tan gran político como consumado general. Conque pedidle esa orden; ¿qué os cuesta, señor Mordaunt?

—Esto es, una orden por escrito —dijo Porthos empezando a comprender la intención de Artagnan—, no os pedimos más que eso.

Por muchos deseos que tuviera Mordaunt de recurrir a la violencia, era hombre que comprendía muy bien la fuerza de las razones dadas por Artagnan. La reputación de éste influía también en su ánimo, y siendo un comprobante de esta reputación lo que le había visto hacer aquella mañana, se detuvo a reflexionar. Como por otra parte ignoraba las relaciones de amistad que existían entre los cuatro franceses, todas sus zozobras habían desaparecido ante el pretexto del rescate, el cual le parecía muy plausible.

Resolvió, por tanto, ir a buscar, no sólo la orden, sino también los dos mil doblones, en cuyo precio había tasado él mismo a los prisioneros. Montó a caballo y encargando mucha vigilancia al sargento volvió grupa y desapareció.

—¡Bien! —exclamó Artagnan—. Necesita un cuarto de hora para ir a la tienda del general y otro cuarto de hora para volver; nos sobra tiempo —y volviéndose a Porthos sin alterar en lo más mínimo la expresión de su rostro, a fin de que los ingleses que le rodeaban creyesen que continuaba la misma conversación—: Amigo Porthos —le dijo mirándole cara a cara—, oídme con atención; ante todo os aviso que no digáis una sola palabra a nuestros amigos de lo que aquí ha ocurrido; es inútil que sepan el favor que les hacemos.

—Corriente, os comprendo —contestó Porthos.

—Id a la cuadra, donde estará Mosquetón, ensillad entre los dos los caballos poned las pistolas en los arzones, sacadlos afuera y llevadlos a esa calle de abajo de modo que no falte más que montar en ellos: lo demás me toca a mí.

Porthos no hizo la menor observación y obedeció con la gran confianza que tenía en su amigo.

—Voy allá —dijo—: ¿entro antes en la habitación de los amigos?

—Es en vano.

—Pues hacedme el favor de coger mi bolsillo que he dejado encima de la chimenea.

—Bueno.

Encaminóse Porthos a la caballeriza con su mesurado paso, y atravesando por en medio de los soldados, los cuales, a pesar de su calidad de francés, no pudieron menos de admirar su aventajada estatura y sus vigorosos miembros.

En la esquina de la calle halló a Mosquetón y le mandó que le siguiera.

Entonces entró Artagnan en la casa silbando una canción que había empezado al marcharse Porthos.

—Amigo Athos —dijo a su amigo—, he reflexionado sobre lo que me habéis manifestado antes y me he convencido: al fin y al cabo lamento haber tomado cartas en este asunto. Vos lo habéis dicho: Mazarino es un hombre despreciable. Me he resuelto, por lo tanto, a huir con vos; no me presentéis objeciones de ninguna especie, estoy resuelto: vuestras espadas están en aquel rincón, no os olvidéis de ellas; es mueble que puede ser muy útil en las circunstancias en que nos hallamos. Y a propósito, ahora me acuerdo del bolsillo de Porthos. ¡Bien! Aquí está.

Artagnan cogió el bolsillo y se lo guardó. Los dos amigos le miraron con estupor.

—¿Os extraña? —preguntó Artagnan—. No sé por qué. Antes estaba ciego y ahora me ha abierto Athos los ojos: venid aquí. Obedeciéronle entrambos amigos.

—¿Veis esa calle? —dijo Artagnan—. Allí se encontrarán los caballos. Saldréis por la puerta principal, torceréis a la izquierda, montaréis y adelante. No penséis en nada sino en oír bien la seña, que será cuando yo diga: ¡Jesús!

—Mas, ¿nos dais palabra de que vendréis, Artagnan? —dijo Athos.

—Lo juro por Dios santo.

—Basta —exclamó Aramis—. Al grito de ¡Jesús! salimos, arrolla

mos cuanto haya al paso, corremos adonde se hallen los caballos, montamos en ellos y picamos espuelas: ¿no es eso?

—Justamente.

—Ya lo veis, Aramis —dijo Athos—, siempre he afirmado que Artagnan era el mejor de todos nosotros.

—Bravo —respondió Artagnan—; ¿empezáis a alabarme? Me escapo. Adiós.

—¿Y huiréis con nosotros?

—Ya lo creo. No olvidéis la seña: ¡Jesús!

Y salió del aposento con el mismo paso con que había entrado, volviendo a su canción en el punto en que la interrumpiera.

Los soldados jugaban o dormían, excepto dos que estaban cantando en voz de falsete el salmo: *Super flumina Babylonis.*

Artagnan llamó al sargento y le dijo:

—Querido, el general Cromwell me ha enviado a buscar con el señor Mordaunt, hacedme el favor de vigilar mucho a los prisioneros. El sargento dio a entender por señas que ignoraba el francés. Entonces procuró Artagnan hacerle comprender por señas lo que no podía por medio de palabras.

El sargento dijo que estaba bien.

Artagnan bajó a la cuadra, donde encontró ensillados los cinco caballos, incluso el suyo.

—Coged cada uno un caballo del diestro —ordenó a Porthos y a Mosquetón—, y torced a la izquierda de modo que puedan veros Athos y Aramis desde la ventana.

—¿Conque van a venir? —preguntó Porthos.

—Dentro de un instante.

—Supongo que habréis tomado mi bolsillo.

—Sí.

—Corriente.

Y Porthos y Mosquetón dirigiéronse con los caballos al sitio designado.

Cuando se vio solo Artagnan, echó lumbre, encendió un pedazo de yesca del tamaño de dos lentejas juntas, montó a caballo y fue a colocarse en medio de los soldados frente a la puerta.

En esta posición empezó a acariciar al noble animal y le introdujo disimuladamente la yesca encendida en la oreja.

Era menester ser tan buen jinete como Artagnan para arriesgarse a emplear semejante medio, porque apenas sintió el caballo la impresión del fuego, lanzó un rugido de dolor, se encabritó y empezó a dar saltos.

Los soldados huyeron aceleradamente para ponerse fuera de su alcance.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba Artagnan—. Deteneos; este caballo está loco.

En efecto; al cabo de un momento se le ensangrentaron los ojos y se cubrió todo de espuma.

—¡Socorro! —seguía gritando Artagnan, sin que los soldados se atrevieran a acercarse—. ¡A mí! ¿Dejaréis que me mate? ¡Jesús!

No bien exhaló Artagnan este grito, se abrió la puerta y salieron precipitadamente Athos y Aramis espada en mano.

Pero gracias a la estratagema de Artagnan el camino estaba libre.

—¡Los prisioneros huyen! ¡Los prisioneros se escapan! —gritó el sargento.

—¡Para! ¡Para! —gritó Artagnan soltando la rienda de su furioso caballo, que partió a escape derribando a dos o tres hombres.

—¡Stop! ¡Stop! —gritaron los soldados corriendo a las armas.

Pero ya estaban a caballo los prisioneros, y sin perder un momento se dirigieron a rienda suelta hacia la puerta más próxima.

En medio de la calle encontraron a Grimaud y Blasois, que iban en busca de sus amos.

Una seña de Athos hizo comprender cuanto ocurría a Grimaud, quien echó detrás del grupo con la rapidez del torbellino, como empujado por Artagnan que cerraba la marcha.

Atravesaron las puertas como sombras fugitivas, sin que los guardias tuvieran tiempo de pensar siquiera en detenerlos, y salieron a campo raso.

Entretanto los soldados seguían gritando: ¡Stop! ¡Stop! y el sargento, que comenzaba a comprender la estratagema, se arrancaba los cabellos de ira.

En esto viose llegar a un hombre a galope con un papel en la mano.

Era Mordaunt que volvía con la orden.

—¡Vengan los prisioneros! —gritó echando pie a tierra.

El sargento no tuvo ánimo para contestar y le señaló la puerta abierta y el aposento vacío.

En dos saltos subió Mordaunt los escalones y al instante lo comprendió todo. Dio un grito como si le desgarraran las entrañas y cayó desmayado.

LXIII.— DONDE SE VE QUE AUN EN LAS SITUACIONES MÁS DESESPERADAS NO PIERDEN LOS CORAZONES GENEROSOS EL ÁNIMO NI LOS BUENOS ESTÓMAGOS EL APETITO

Marchando al galope los fugitivos, sin pronunciar una palabra ni mirar atrás, vadearon un riachuelo, cuyo nombre ignoraban, y dejaron a la izquierda una población que Athos suponía fuese Durham. Divisando al fin una pequeña selva, dieron a los caballos el último espolazo, dirigiéndolos hacia ella.

Después que desaparecieron tras una verde enramada, bastante espesa para ocultarlos a las miradas de los que pudieran perseguirlos, detuviéronse para consultarse, y entregando los caballos a los lacayos a fin de que descansaran, aunque sin quitarles el freno y la silla, pusieron a Grimaud de centinela.

—Ante todo permitidme que os abrece, amigo mío dijo Athos a Artagnan—; sois nuestro salvador, sois el verdadero héroe entre nosotros.

—Bien dicho, sois grande —añadió Aramis estrechándole también entre los brazos—; ¿a qué no podríais aspirar, estando al servicio de un hombre inteligente, vos, cuyo golpe de vista es infalible, cuyo brazo es de acero, cuyo espíritu jamás se abate?

—Bueno, bueno —dijo el gascón—, ahora lo acepto todo en mi nombre y en el de Porthos, abrazos y gracias: afortunadamente tenemos tiempo que perder.

Estas palabras recordaron a los dos lo que a Porthos debían: se volvieron y le dieron un apretón de manos.

—Ahora —dijo Athos—, lo que interesa es no andar corriendo al azar como locos, sino formar un plan. ¿Qué haremos?

—¿Qué hemos de hacer, voto a bríos? Fácil es averiguarlo.

—Pues decidlo, Artagnan.

—Ir al puerto de mar más próximo; reunir nuestros recursos, fletar un buque y pasar a Francia. Yo prometo dar hasta mi último centavo. El primer tesoro de todos es la vida, y la nuestra, fuerza es decirlo, está pendiente de un cabello.

—¿Y vos qué decís, Du-Vallon? —preguntó Athos.

—Yo —contestó Porthos— soy de la misma opinión que Artagnan: esta Inglaterra es mal país.

—¿Y estáis enteramente resuelto a salir de ella? —preguntó Athos a Artagnan.

—¡Cáscaras! —contestó Artagnan—. No veo qué razones pudieran detenerme aquí.

Athos cambió una mirada con Aramis.

—Idos, pues, amigos —dijo suspirando.

—¿Cómo idos? dijo Artagnan—. Querréis decir: «vámonos».

—No, amigo mío —respondió Athos—; tenemos que separarnos.

—¡Separarnos! —exclamó Artagnan aturdido.

—¡Bah! —añadió Porthos—. ¿Por qué nos hemos de separar habiéndonos reunido?

—Porque vosotros habéis cumplido vuestra misión y debéis volver a Francia, pero nosotros no hemos cumplido la nuestra.

—¿Que no? —preguntó Artagnan con asombro.

—No —contestó Athos con voz dulce, pero firme—. Hemos venido a defender al rey Carlos I, y como le hemos defendido mal, tenemos que salvarle.

—¡Salvar al rey! —murmuró Artagnan mirando a Aramis con el mismo gesto de asombro con que había mirado a Athos.

Aramis movió afirmativamente la cabeza.

El semblante de Artagnan expresó una profunda compasión: empezaba a creer que sus amigos estaban locos.

—No creo que habléis formalmente, Athos: el rey permanece en medio de un ejército que le conduce a Londres, y ese ejército va a las órdenes del hijo de un carnicero, del coronel Harrison. Apenas llegue S. M. a Londres, le instruirán causa, yo lo aseguro; he oído hablar a Oliverio Cromwell sobre el asunto, y sé a qué atenerme.

Athos y Aramis se dirigieron otra mirada.

—Instruida la causa no tardará en ejecutarse la sentencia —continuó Artagnan—. ¡Oh! Los señores puritanos no pierden el tiempo.

—¿Y a qué pena opináis que condenen al rey? —preguntó Athos.

—Mucho me temo que sea la de muerte: tanto han hecho contra él que ya no pueden confiar que les perdone, y no les queda otro medio que el de matarle. ¿Ignoráis lo que dijo Oliverio Cromwell cuando fue a París y le enseñaron el torreón de Vincennes en que estaba encerrado el señor de Vendóme?

—¿Qué dijo? —preguntó Porthos.

A los príncipes no se les debe tocar más que a la cabeza.

—Ya lo había oído —dijo Athos.

—¿Y suponéis que no pondrá en práctica su máxima ahora que tiene en su poder al rey?

—Sí tal, estoy seguro de que lo hará, y ésa es una razón más para no abandonar la augusta cabeza que está amenazada.

—Athos, os vais a volver loco.

—No, amigo mío —repuso dulcemente el caballero—. Winter nos fue a buscar a Francia y nos presentó a la reina Enriqueta. Su Majestad nos rogó, al señor de Herblay y a mí, que auxiliásemos a su esposo; le dimos nuestra palabra de hacerlo, y en nuestra palabra se comprendía todo, con ella empeñábamos nuestra fuerza, nuestra inteligencia, nuestra vida, en fin, y hemos de cumplir nuestra promesa.

—¿Sois de esa opinión, Herblay?

—Sí —dijo Aramis—, lo hemos prometido.

—Además —prosiguió Athos—, hay otra razón, y es la siguiente: escuchadme bien. Tenemos un rey de diez años que todavía no sabe lo que quiere; tenemos una reina a quien ciega una pasión tardía; tenemos un ministro que gobierna a Francia como pudiese hacerlo con una vasta alquería, es decir, no pensando más que en sacar oro de ella, manejándola con la intriga y la astucia italianas; tenemos príncipes que hacen una oposición personal y egoísta, que solamente arrancarán de manos de Mazarino algunas barras de oro, algunas partículas de poder. Los he servido, no por entusiasmo, bien sabe Dios que los aprecio en lo que valen, y que no es muy elevado el lugar que en mi estimación ocupan, sino por principios. Hoy es otra cosa, hoy encuentro a mi paso un gran infortunio, un infortunio regio; un infortunio europeo, y tomo parte en él. ¡Bello resultado si conseguimos salvar al rey! ¡Gran satisfacción si por él morimos!

—De suerte que ya sabéis anticipadamente que pereceréis —dijo Artagnan.

—Lo tememos, y nuestro único dolor es el morir separados de vosotros.

—¿Y qué vais a hacer en un país extranjero, enemigo?

—En mi juventud he viajado por Inglaterra; conozco el inglés como un natural de la isla, y Aramis por su parte conoce algo la lengua. ¡Ah, si vinierais con nosotros, amigos! Con Artagnan y Porthos, reunidos los cuatro por vez primera en estos últimos veinte años, podríamos hacer frente, no digo a Inglaterra, sino a los tres reinos juntos.

—¿Y habéis prometido a esa reina —replicó Artagnan con tono malhumorado— forzar la Torre de Londres, matar cien—mil soldados, luchar victoriosamente contra los deseos de una nación y la codicia de un hombre, llamándose ese hombre Cromwell? ¿No lo habéis visto, Athos, ni vos, Aramis? Pues es un hombre de genio, que me ha recordado mucho a nuestro cardenal; al otro, al grande, a Richelieu. No os exageréis vuestros deberes. En nombre del cielo, amigo Athos, no os sacrifiquéis inútilmente. Al miraros me parecéis en verdad hombre sensato, pero al oíros creo que trato con un demente. Vamos, Porthos, uníos a mí. Francamente, ¿qué pensáis de esto?

—Nada bueno —contestó Porthos.

—Ea —continuó Artagnan algo enojado de que en vez de escucharle Athos, estuviese absorto como escuchando la voz de su corazón—, jamás os ha ido mal con mis consejos: creedme, Athos: se ha terminado vuestra misión, se ha terminado noblemente, volved a Francia con nosotros.

—Amigo —contestó el conde—, nuestra decisión es irrevocable.

—Pero, ¿tenéis algún motivo secreto?

Athos se sonrió.

Diose Artagnan con ira una palmada en el muslo y empezó a exponer las razones más convincentes que se le ocurrieron; pero a todas ellas respondía Athos con una tranquila y dulce sonrisa, y Aramis con suaves movimientos de cabeza.

—Pues bien —exclamó al fin colérico Artagnan—: pues bien, dejemos los huesos, ya que os empeñáis, en este maldito país, donde siempre hace frío, donde se llama buen tiempo a la niebla, niebla a la lluvia, y lluvia a los diluvios; donde el sol es como nuestra luna y la luna como un plato de crema. Al fin y al cabo, si tenemos que morir, tanto monta que aquí sea como en otra parte.

—Ya, mas tened presente que aquí será más pronto, amigo mío —dijo Athos.

—¡Bah! Un poco antes o un poco después, no merece la pena de pensar en ello.

—Si algo me asombra —observó sentenciosamente Porthos—, es que no haya sucedido ya eso.

—¡Oh! Ello sucederá, perded cuidado. Conque está decidido —continuó el gascón— y si no se opone Porthos...

—Yo —dijo Porthos—, haré lo que queráis. Además me parece muy bien lo que acaba de decir el conde de la Fère.

—¿Mas, y vuestro porvenir, Artagnan? ¿Y vuestra ambición, Porthos?

—¿De qué porvenir, de qué ambición habláis? —dijo Artagnan con febril volubilidad—. ¿Necesitamos acaso pensar en eso cuando vamos a salvar al rey? Una vez en libertad, reunimos a sus amigos, batimos a los puritanos, reconquistamos a la Inglaterra, entramos en Londres con Su Majestad y le colocamos con firmeza sobre su trono.

—Y él nos nombra duques y pares —dijo Porthos con ojos chispeantes de alegría, a pesar de lo fabuloso de aquella serie de suposiciones.

—O nos olvida —dijo Artagnan.

—¡Oh! —exclamó Porthos.

—¡Por vida de!... No sería el primer caso, amigo Porthos; creo que el servicio que en otro tiempo prestamos a la reina Ana de Austria, no cedía en mucho al que ahora nos proponemos prestar a Carlos I, y sin embargo, la reina Ana nos ha tenido olvidados por espacio de veinte años.

—Y a pesar de todo, Artagnan —preguntó Athos—, ¿os pesa de haberle prestado ese servicio?

—No a fe —respondió Artagnan—, antes bien declaro que en los momentos de peor humor me ha servido de consuelo el recordarlo.

—Ahí veréis que aunque los príncipes sean con frecuencia ingratos, el cielo nunca lo es.

—Este Athos —dijo Artagnan—, es tal, que si encontrara al mismo demonio, sería capaz de convertirle y llevarle al cielo.

—Quedamos, por tanto... —dijo Athos, dando la mano a Artagnan.

—Quedamos en que es cosa resuelta —contestó el gascón—, en que Inglaterra es un país admirable y en que permaneceré en él con una condición.

—¿Cuál?

—Que no se me obligue a aprender el inglés.

—Está bien; y ahora —repuso el triunfante Athos—; os juro, amigo mío, por ese Dios que nos oye y por mi nombre, limpio, a lo que entiendo, de toda mancha, que estoy persuadido de que existe un poder oculto que vela por nosotros y que espero que todos cuatro volvamos algún día a Francia.

—Enhorabuena —dijo Artagnan—, pero yo estoy persuadido de lo contrario.

—El bueno de Artagnan —observó Aramis— representa entre nosotros a la oposición de los parlamentos, que siempre dicen no y siempre hacen sí.

—Ciertamente, pero así y todo salvan a la patria —repuso Athos.

—Ea, pues, ya que está todo arreglado —dijo Porthos restregándose las manos—, ¿no sería mejor pensar en comer? Creo que así lo hemos hecho aun en las más críticas situaciones de nuestra vida.

—Sí, sí, hablad de comer en un país en que se forma un gran festín con un pedazo de carne cocida en agua clara y en que se tiene a gran regalo tomar cerveza. ¿Cómo diantres pudisteis venir a semejante tierra, Athos? Pero perdo-

nad —añadió sonriéndose—, olvidábame de que no sois Athos. Sepamos vuestro plan de comida, Porthos.

—¿Mi plan?

—Sí, alguno tendréis.

—No, lo que siento es hambre.

—¡Pardiez! Si no es más que eso, yo también la tengo, pero no basta; lo que importa es tener qué comer, y como no nos echemos a pacer como esos caballos...

—¡Ah! —murmuró Aramis algo más apegado que Athos a las cosas de la tierra—, ¿recordáis aquellas ricas ostras que comíamos en el Parpaillot?

—¿Y aquellos jigotes de delicado carnero apacentado a orillas de las lagunas? —dijo Porthos relamiéndose.

—¿No está ahí Mosquetón, que tan espléndidamente os mantuvo en Chantilly? —preguntó Artagnan.

—En efecto, ahí está, pero desde que es mayordomo se le han embotado los sentidos. Sin embargo, le llamaré.

Y para no disgustarle, le llamó de este modo:

—¡Mostón, Mostón!

Apareció el criado con rostro compungido.

—¿Qué es eso, señor Mostón? —preguntó Artagnan—. ¿Estáis enfermo?

—Tengo mucha hambre.

—Justamente para eso os hemos llamado, amigo señor Mostón. ¿No podríais buscar por ahí alguno de aquellos riquísimos conejos, alguna de aquellas sabrosas perdices que con tanta perfección guisabais en la fonda de?... ¡Por Dios que no recuerdo cómo se llamaba!

—¿La fonda de?... —murmuró Porthos—. ¡Por Dios que yo tampoco me acuerdo!

—En fin, llámese como se quiera; ¿y atrapar unas cuantas botellas de Borgoña de las que frecuentemente apuraba vuestro amo para curarse?

—¡Ay, señor! —dijo Mosquetón—: todo lo que pedís tiene traza de ser muy escaso en este país. Creo que lo que mejor podemos hacer es ir a pedir hospitalidad al dueño de una casita que se ve desde la orilla del bosque.

—¡Hola! ¿Hay alguna casa por estos alrededores? —preguntó Artagnan.

—Sí, señor.

—Pues vamos a pedir de comer a su dueño. ¿Qué os parece, señores? ¿Es cuerdo o no el consejo del señor Mostón?

—¿Y si es puritano el patrón? —dijo Aramis.

—Mucho mejor; le comunicaremos la captura del rey, y en celebridad de tal nueva, matará para nosotros todas sus gallinas blancas.

—Pero, ¿y si es caballero? —repuso Porthos.

—¡Oh! Entonces entraremos con aire de tristeza y desplumaremos todas sus gallinas negras.

—¡Cuán dichoso sois! —dijo Athos sonriéndose involuntariamente al oír aquella salida del imperturbable gascón—. Nada altera vuestro buen humor.

—¿Qué queréis? —contestó Artagnan—. Soy de una tierra donde no se ve una nube en el cielo.

—No sucede aquí eso —dijo Porthos tendiendo la mano para cerciorarse de si procedía en efecto de lluvia la frescura que acababa de salir en la mejilla.

—Vamos, vamos —repuso Artagnan—, otra razón para echar a andar... ¡Hola, Grimaud!

Grimaud acercóse. —¿Habéis visto algo?

—Nada —respondió el criado.

—¡Necios! —exclamó despectivo Porthos—. Ni siquiera nos han perseguido. ¡Oh! Si nos hubiésemos encontrado en su lugar...

—Lo siento —dijo Artagnan—, pues en esta pequeña Tebaida hubiera yo dicho de buena gana dos palabras al señor Mordaunt. ¡Qué buen sitio para tender a un hombre por tierra con todas las reglas del arte!

—Decididamente, caballeros —añadió Aramis—, yo creo que el hijo no es del temple de la madre.

—Aguardad un poco, amigo mío —contestó Athos—; sólo hace dos horas que nos separamos de él; no sabe en dónde estamos, ni hacia dónde nos dirigimos; ni no nos asesina o nos envenena, cuando estemos de vuelta en Francia, podremos decir que no es del temple de la madre.

—Mientras tanto, vamos a comer —dijo Porthos.

—Sí a fe, porque tengo buen apetito —contestó Athos.

—Y yo —dijo Artagnan.

—¡Ay de las gallinas negras! —exclamó Aramis.

Y conducidos los cuatro amigos por Mosquetón, encamináronse a la casa, habiendo recobrado ya todo su buen humor desde que se hallaban otra vez reunidos y procedían todos de común acuerdo.

LXIV.— SALUD A LA MAJESTAD CAÍDA

Al acercarse a la casa advirtieron que la tierra estaba removida como si hubiese pasado por allí fuerza de caballería: delante de la puerta eran todavía más visibles las huellas, prueba de que el ejército había hecho alto allí.

—¡Pardiez! —dijo Artagnan—. Sin duda ha pasado por aquí el rey con su escolta.

—¡Cáscaras! —exclamó Porthos—. En ese caso lo habrán devorado todo.

—¡Bah! Siempre habrán dejado una gallina.

Y apeándose del caballo llamó a la puerta; pero nadie contestó. Observando entonces que la puerta no estaba cerrada, la dio un empujón y encontró el primero aposento vacío y abandonado.

—¿Qué pasa? —preguntó Porthos.

—No veo a nadie —dijo Artagnan—. ¡Ah!

—¿Qué?

—Sangre.

A estas palabras echáronse a tierra los tres amigos y entraron en la primera habitación; pero Artagnan ya había abierto la puerta de la segunda y en la expresión de su rostro se conocía que presenciaba algo anormal.

Acercáronse sus compañeros y vieron a un hombre, joven todavía, tendido en tierra y bañado en un lago de sangre. Conocíase que había querido llegar hasta su cama, mas que habiéndole faltado las fuerzas se había caído al suelo.

Athos fue el primero que se acercó a él, creyendo verle hacer un movimiento.

—¿Qué opináis? —preguntó Artagnan.

—Que si ha muerto no hará mucho, porque aún está caliente. Pero no, su corazón late. ¡Hola, amigo!

El herido exhaló un suspiro. Artagnan tomó un poco de agua en la palma de la mano y le roció el rostro.

Abrió el hombre los ojos, hizo un movimiento para levantar la cabeza y la volvió a dejar caer.

Entonces intentó Athos sostenérsela sobre una rodilla, pero advirtió que la herida estaba un poco más arriba del cerebro, y le hendía el cráneo, dando salida a gran cantidad de sangre.

Aramis empapó una servilleta en agua y aplicóla sobre la llaga: la frescura hizo volver al herido en sí y abrir otra vez los ojos.

Grande fue su asombro al ver a aquellos hombres cuyos semblantes expresaban compasión y que le prestaban cuantos auxilios tenían a su alcance.

—Os halláis entre amigos —dijo Athos en inglés—: calmaos y contadnos lo que ha pasado si tenéis fuerzas para ello.

—El rey está prisionero —murmuró el herido.

—¿Le habéis visto?

El herido no respondió.

—No tengáis miedo —dijo Athos—, todos somos leales servidores de Su Majestad.

—¿Es cierto? —preguntó el herido.

—Sí, a fe mía.

—Entonces os lo podré decir todo.

—Hablad.

—Soy hermano de Parry, el ayuda de cámara de S. M.

Athos y Aramis se acordaron de que con este nombre había designado Winter al criado que encontraron en el corredor de la tienda real.

—Le conocemos —dijo Athos—; nunca se alejaba del rey.

—Eso es —respondió el herido—. Viendo mi hermano prisionero a S. M. se acordó de mí, y al pasar por delante de esta casa pidió en nombre del rey que hiciesen alto. Concediósele su petición. El rey, según decían, tenía gana de comer: hiciéronle entrar en este aposento para tomar algo y pusieron centinelas en las puertas y al pie de las ventanas. Parry conocía este aposento por haber venido a verme varias veces cuando estaba S. M. en Newcastle. Sabía que en él había una trampa que conducía a un subterráneo, y que de este subterráneo se podía ir a la huerta. Me hizo uña seña; la comprendí; pero sin duda la sorprendieron los que guardaban al rey y entraron en sospechas. Ignorando yo que estuvieran sobre aviso, y animado solamente del deseo de salvar a S. M. fingí que salía a buscar leña, pues no había tiempo que perder. Entré en el subterráneo, levanté la trampa con la cabeza, y en tanto que Parry corría el cerrojo hice seña al rey de que me siguiera. ¡Ah! S. M. se resistía como si le repugnara aquella fuga. Pero Parry juntó las manos en actitud de súplica; yo también le imploré a fin de que no perdiera tan buena ocasión, y al fin se decidió a seguirme. Iba yo delante por fortuna y el rey marchaba a algunos pasos de distancia, cuando de repente vi alzarse en el pasadizo subterráneo una densa sombra. Quise gritar para dar aviso al rey, pero no tuve tiempo. Sentí un gran golpe como si se me viniera la casa encima y caí desmayado.

—¡Ah, inglés bueno y fiel! ¡Ah, fiel servidor! —dijo Athos. —Cuando volví en mí, me hallaba tendido en el mismo sitio, me arrastré hasta el patio y ya se había ausentado el rey con su escolta. Para venir desde el patio hasta aquí empleé cerca de una hora, y al llegar a este aposento me faltaron las fuerzas y me desmayé por segunda vez.

—¿Y cómo os encontráis ahora?

—Bastante mal —contestó el herido.

—¿Podemos hacer algo en vuestro favor? —preguntó Athos.

—Ayudarme a meterme en la cama; creo que así me aliviaré algo.

—¿No tenéis ninguna persona que os cuide?

—Mi esposa está en Durham y tiene que venir de un momento a otro. Pero, ¿y vos y vuestros compañeros? ¿Nada necesitáis? ¿Nada queréis?

—Veníamos con propósito de pediros de comer.

—¡Ah! De todo se han apoderado y no queda un solo pedazo de pan en casa.

—Ya lo oís, Artagnan —dijo Athos—; será menester ir a buscarlos a otra parte.

—Me es indiferente —contestó Artagnan—; ya no tengo gana.

—Ni yo tampoco, a fe mía —añadió Athos.

Luego trasladaron al herido a la cama y llamaron a Grimaud para que le curase. Tantas ocasiones había tenido Grimaud de hacer hilas y compresas desde que servía a los cuatro amigos, que había adquirido algunos conocimientos en cirugía.

En aquel intermedio volvieron los fugitivos al primer aposento y celebraron consejo.

—Ya sabemos a qué atenernos —dijo Artagnan—: es indudable que el rey y su escolta han pasado por aquí; con que debemos marchar por la parte opuesta. ¿No es así, Athos?

Athos no respondió; estaba reflexionando.

—Sí —dijo Porthos—; por la parte opuesta. Si seguimos a esa tropa vamos a encontrarlo consumido todo y a morirnos de hambre. ¡Maldito país! Será la vez primera que no tome un bocado a estas horas, y eso que es la mejor comida que hago.

—¿Qué os parece, Artagnan? —dijo Athos—; ¿pensáis como Aramis?

—No tal; soy de opinión distinta.

—¡Cómo! ¿Queréis seguir a la escolta?

—dijo Porthos con terror.

—Seguirla no, caminar con ella.

Los ojos de Athos brillaron de satisfacción.

—¡Caminar con la escolta! —repitió Aramis.

—Dejad a Artagnan que hable, ya sabéis que siempre da excelentes consejos.

—Es indudable —dijo Artagnan— que debemos ir adonde no nos busquen. Y como nadie ha de buscarnos entre los puritanos, resulta que debemos ir con ellos.

—Bien, amigo, bien; buen consejo —repuso Athos—; a proponerlo iba cuando os anticipasteis.

—¿Luego pensáis como Artagnan? —dijo Aramis.

—Sí. Creerán que queremos salir de Inglaterra, nos buscarán en los puertos; entretanto nos vamos a Londres con el rey, y una vez en Londres, ¿quién nos encuentra? Bien fácil es ocultarse entre un millón de personas, y amén de esto ––continuó Athos echando una ojeada a Aramis—, semejante viaje nos puede ser muy ventajoso.

—Sí —dijo Aramis—, te comprendo.

—Pues yo no —añadió Porthos—, pero no importa; cuando Artagnan y Athos lo dicen, debe ser lo mejor.

—¿Y no sospechará de nosotros el coronel Harrison? —preguntó Aramis.

—Nada de eso —contestó Artagnan—: todo lo contrario. El coronel Harrison es amigo nuestro; nos ha visto dos veces en casa del general Cromwell, y sabiendo que somos emisarios de monseñor Mazarino, nos considerará como hermanos. Además, ¿no es hijo de un carnicero? Sí, por cierto. Pues Porthos le enseñará a matar un buey de un puñetazo, y yo a derribar un toro agarrándole por las astas; así ganaremos su confianza.

Athos se sonrió.

—Sois la persona de mejor humor que conozco —dijo dando la mano al gascón— y celebro mucho que nos hayamos reunido, hijo mío.

Sabido es que Athos daba este nombre a Artagnan en las grandes efusiones de su corazón.

En aquel momento salió Grimaud de la alcoba. El herido, puestos ya los vendajes, seguía mejor.

Despidiéronse de él los cuatro amigos, y preguntáronle si tenía que darles algún encargo para su hermano.

—Decidle —respondió el buen hombre— que participe a S. M. que no me han muerto; por poco que yo valga, estoy cierto de que el rey habrá sentido mi muerte y se acusará de ella.

—Perded cuidado —dijo Artagnan—; lo sabrá antes de que anochezca.

Pusiéronse en marcha, siéndoles fácil adivinar por dónde habían de ir, gracias a las visibles huellas marcadas en la llanura.

Al cabo de dos horas de silenciosa marcha, Artagnan, que iba a la cabeza, se detuvo en un recodo del camino.

—¡Pardiez! —dijo—. Ahí están.

En efecto, a una media legua de distancia se divisaba una considerable tropa de caballería.

—Amigos —dijo Artagnan—, entregad las espadas al señor de Mostón, quien os las devolverá en tiempo y lugar oportunos, y no olvidéis que sois nuestros prisioneros.

Hecho esto, pusieron al trote los caballos, que ya comenzaban a cansarse, y poco después se reunieron con la escolta.

Rodeado de una parte del regimiento del coronel Harrison, caminaba el rey impasiblemente a la, cabeza, siempre con dignidad y hasta con alguna benevolencia.

Al ver a Athos y a Aramis, de quienes ni siquiera le habían dejado despedirse, y al comprender por sus miradas que, si bien prisioneros, tenía todavía amigos cerca de sí, animáronse sus pálidas mejillas con un sonrosado color causado por el placer.

Encaminóse Artagnan a la cabeza de la columna, y dejando a sus amigos bajo la custodia de Porthos, marchó en derechura hacia Harrison, el cual recordó en efecto haberle visto en compañía de Cromwell, y le recibió con toda la política de que era capaz un hombre de su condición y de su carácter. Sucedió lo que preveía Artagnan: el coronel no tenía, no podía tener duda alguna.

Hízose alto para comer, tomándose minuciosas precauciones a fin de que no se escapara el rey Carlos. En la sala principal de la posada se colocó una mesita destinada al monarca y otra grande para los oficiales.

—¿Coméis conmigo? —preguntó Harrison a Artagnan.

—¡Pardiez! —respondió el gascón—. Con mucho gusto lo haría, pero a más de mi compañero el señor Du-Vallon, traigo dos prisioneros, de quienes no me puedo separar, y que serían un estorbo en vuestra mesa. Mas una idea me ocu-

rre, que pongan otra mesa en un rincón y a ella enviaréis lo que os parezca de la vuestra; si no, mucho me temo que nos quedemos en ayunas. Siempre es comer juntos hacerlo en la misma pieza.

—Corriente —dijo Harrison.

Arreglóse todo como Artagnan deseaba. Cuando volvió al comedor encontró al rey que estaba ya ante su mesita y servido por Parry; a Harrison y sus oficiales acomodados también, y en un rincón los asientos reservados para él y sus compañeros.

La mesa de los oficiales puritanos era redonda, y ya por casualidad o por un grosero cálculo, Harrison volvía la espalda al rey.

Carlos vio entrar a los cuatro amigos, mas no reparó al parecer en ellos.

Fueron a colocarse en su mesa particular, haciéndolo de modo que no diesen la espalda a nadie. A su frente tenían las otras dos mesas.

Deseoso de honrar a sus huéspedes, Harrison les enviaba los más delicados platos; mas desgraciadamente para nuestros caballeros no había vino. Esta circunstancia, que parecía completamente indiferente a Athos, arrancaba un gesto de disgusto a Artagnan, Porthos y Aramis siempre que llevaban a sus labios el puritano vaso de cerveza.

—Grande agradecimiento os debemos, coronel —dijo Artagnan—, por vuestro atento convite, porque a no ser por él, hubiéramos corrido peligro de pasarnos sin comer, como nos hemos pasado sin almorzar. Mi amigo el señor Du-Vallon os da también las gracias, pues tenía el mayor apetito.

—Aún me dura —dijo Porthos saludando al coronel Harrison.

—Y ¿cómo habéis tenido la gran desgracia de no almorzar? —preguntó el coronel sonriéndose.

—De un modo muy sencillo, coronel —respondió Artagnan—. Deseando reunirme a vos lo más pronto posible, partí por vuestro mismo camino, falta imperdonable en un veterano como yo, que debía saber lo poco que queda que espigar en todo paraje por donde pase un buen regimiento como el vuestro. Suponeos nuestra tristeza cuando al llegar a una linda casita situada a orillas de un bosque, y que tenía un aspecto tan alegre desde lejos que daba gusto verla, con su tejado encarnado y sus ventanas verdes, en lugar de encontrar gallinas que asar y jamones que esparrillar, encontramos sólo a un pobre diablo bañado en... ¡Voto a tantos, coronel! Felicitad en mi nombre al oficial que haya dado aquel golpe; tan bueno es, que ha producido admiración al mismo señor Du-Vallon, mi amigo, y eso que tiene la mano bastante pesada.

—Sí —dijo Harrison riéndose y mirando a un oficial sentado a su mesa—; sí, cuando Groslow se encarga de una cosa de esta naturaleza, no necesita que vaya otro a rematar su trabajo.

—¡Ah! ¿Conque ha sido el señor? dijo Artagnan saludando al oficial—. Lamento que no entienda el francés para cumplimentarme.

—Estoy pronto a oíros y contestaros —dijo el oficial en regular francés—; he vivido tres años en París.

—Siendo así, os diré —prosiguió Artagnan— que le aplicasteis tan bien la mano, que el hombre estaba casi muerto.

—Yo supuse que lo estuviese del todo —dijo Groslow.

—No; poco le faltaba, pero vivía.

Diciendo estas palabras lanzó Artagnan una mirada a Parry, que permanecía de pie junto al rey, cubierto con la palidez de la muerte. Aquella mirada le indicó que a él iba dirigida la noticia.

El rey había escuchado toda esta conversación, entregado a una inexplicable angustia, pues no sabía adónde iría a parar el oficial francés, y le hacían daño todos aquellos crueles detalles pronunciados con tal indiferencia.

Sólo al oír las últimas palabras respiró libremente.

—¡Diantre! —dijo Groslow—. Pues yo creía haberle acertado mejor; si no estuviera tan lejos de ese miserable, sería capaz de volver allá y rematarle.

—Y haríais bien si teméis que sane —replicó Artagnan—, porque ya sabéis que cuando las heridas de la cabeza no matan al golpe, están curadas a los ocho días.

Y Artagnan dirigió una mirada a Parry, en cuyo semblante se pintó tanta alegría, que Carlos le alargó la mano sonriendo.

Parry se inclinó y le besó con respeto.

—A fe mí, Artagnan —dijo Athos—, que sabéis hablar tan admirablemente como pensar. ¿Qué os parece el rey?

—Mucho me gusta su fisonomía —dijo Artagnan—; tiene una expresión sumamente noble y digna.

—Sí, pero no hace bien en dejarse prender —observó Porthos.

—¡Quisiera poder beber a la salud del rey! —exclamó Athos.

—Pues yo brindaré —murmuró Artagnan.

—Hacedlo —dijo Aramis.

Porthos miró a Artagnan asombrado de los recursos de su imaginación gascona.

Artagnan llenó su vaso de estaño y dijo a sus amigos levantándose:

—Bebamos, señores, si os place, por la persona que preside la reunión. Por nuestro jefe, que puede estar persuadido de que nos tiene a su servicio, tanto durante el viaje como después de llegar a Londres.

Y como al hablar de este modo Artagnan tenía los ojos fijos en Harrison, creyó éste que el brindis iba dirigido a él, se levantó y saludó a los cuatro compañeros, los cuales bebieron a la par mirando a Carlos, mientras el coronel lo hacía sin la menor desconfianza.

Carlos presentó su vaso a Parry a fin de que echase en él algunas gotas de cerveza (pues el rey estaba sujeto al trato común), le llevó a sus labios, mirando a su vez a los cuatro amigos, y le apuró con un sonrisa llena de nobleza y gratitud.

—Vamos, caballeros —dijo Harrison dejando el vaso y sin la menor consideración al ilustre prisionero que custodiaba—, a caballo.

—¿Dónde dormiremos, coronel?

—En Tirsk —respondió Harrison.

—Parry —dijo el rey levantándose y volviéndose a su ayuda de cámara—, mi caballo. Deseo ir a Tirsk.

—Por Dios —dijo Artagnan a Athos—, que me ha prendado vuestro rey. Estoy enteramente a su disposición.

—Si habláis sinceramente no llegará a Londres —contestó Athos.

—¿Cómo?

—Porque se habrá fugado antes.

—Ahora sí que afirmo que estáis loco, Athos —repuso Artagnan.

—¿Pues qué? ¿Tenéis algún proyecto? —preguntó Aramis.

—¡Pshs! La cosa no sería imposible si tuviéramos un plan —dijo Porthos.

—No lo tengo —respondió Athos—, pero Artagnan lo encontrará, a no ser que ya lo haya encontrado.

Artagnan encogióse de hombros y se puso en marcha con sus compañeros.

LXV.— ARTAGNAN PROPONE UN PLAN

Conocía Athos a Artagnan tal vez mejor que el gascón se conocía a sí mismo. Sabía que en una imaginación tan activa y fecunda como la de su amigo, sólo era menester dejar caer una idea, así como en un terreno fértil y vigoroso lo necesario es dejar caer una semilla. Vio, por tanto, tranquilamente a Artagnan encogerse de hombros y continuó su camino hablándole de Raúl, conversación que en otra ocasión, como recordarán nuestros lectores, se había desentendido.

Ya era entrada la noche cuando llegaron a Tirsk. Los cuatro compañeros fueron, al parecer, extraños e indiferentes a las medidas de precaución que se tomaron para custodiar la persona del rey, retirándose a una casa particular, y para precaverse de cualquier ataque inesperado, se acomodaron todos en un solo dormitorio, reservándose una salida. Colocaron a los lacayos en diversos puntos, y Grimaud durmió junto a la puerta sobre un montón de paja.

Estaba Artagnan pensativo, y como si hubiera perdido momentáneamente su ordinaria locuacidad, no pronunciaba una palabra: silbaba entre dientes y paseábase desde su cama a la ventana. Porthos, que nunca veía más que el exterior de las cosas, le hablaba como de costumbre. Contestábale Artagnan con monosílabos, y Athos y Aramis se miraron sonriéndose.

La jornada había sido larga, y sin embargo, los amigos durmieron mal, a excepción de Porthos, cuyo sueño era tan intolerable como su apetito.

Al siguiente día por la mañana Artagnan fue el primero que se levantó. Ya había bajado a la caballeriza, ya había reconocido los caballos, ya había dado las órdenes necesarias y aún no se habían levantado Athos y Aramis y aun roncaba Porthos.

A las ocho de la mañana se pusieron en camino por el mismo orden que el día anterior, sólo que Artagnan dejó a sus amigos y fue a estrechar las relaciones entabladas con el oficial Groslow.

Éste, en cuyo corazón habían resonado gratamente los elogios del gascón, le recibió con agradable sonrisa.

—En verdad, caballero —dijo Artagnan—, que celebro en extremo haber encontrado una persona con quien poder hablar en mi idioma. Mi amigo el señor Du-Vallon tiene un carácter tan melancólico, que no se le pueden sacar cuatro palabras al día; y en cuanto a nuestros prisioneros, ya conoceréis que no tienen ganas de conversación.

—Son realistas temibles —dijo Groslow.

—Razón de más para que estén irritados con la prisión de su Estuardo, a quien espero que forméis pronto un buen proceso.

—¡Ya lo creo! —dijo Groslow—. Precisamente para eso le llevamos a Londres.

—No hay que perderle de vista en el camino.

—¡No faltaba más! Ya lo veis —repuso el oficial sonriéndose—; lleva una escolta verdaderamente regia.

—¡Oh! Por el día no hay peligro de que se escape; mas, ¿y por la noche?

—Por la noche se redoblan las precauciones.

—¿Cómo le vigiláis?

—Teniendo incensantemente ocho hombres en su habitación.

—¡Diantre! —exclamó Artagnan—. ¡Bien guardado está! Pero sin duda pondréis alguna guardia exterior. Toda precaución es poca con semejante prisionero.

—No tal. ¿Qué pueden hacer dos hombres sin armas contra ocho armados?

—¿Cómo dos hombres?

—El rey y su ayuda de cámara.

—¿Le han concedido no separarse del rey?

—Sí. Estuardo pidió le concedieran ese favor, y el coronel Harrison se lo ha otorgado. Parece que, como es rey, no puede vestirse ni desnudarse solo.

—Ciertamente, capitán —dijo Artagnan, resuelto a continuar con el oficial inglés el sistema laudatorio que tan buenos efectos había surtido—, que cuanto más os oigo, más me admira la distinción y facilidad con que habláis el francés. Decís que habéis vivido en París tres años; yo estaría toda mi vida en Londres, y no llegaría a tal grado de perfección. ¿Y qué hacíais en París?

—Mi padre, que es comerciante, me había puesto en casa de su corresponsal, cuyo hijo estaba recíprocamente en casa de mi padre; entre los que profesan el comercio son frecuentes estos cambios.

—¿Y os gustó París?

—En sumo grado; pero necesita una revolución como la nuestra; no contra el rey, que es niño, sino contra ese tacaño de italiano, amante de vuestra reina.

—¡Ah! Cuán conforme es mi opinión con la vuestra —dijo Artagnan—, y qué pronto se haría lo que decís si tuviésemos una docena de oficiales, libres de preocupaciones, honrados y puros como vos. ¡Qué pronto daríamos al traste con Mazarino y le formaríamos un buen proceso como a vuestro rey!

—Pues yo creía —contestó el oficial— que estabais a su servicio y que él os había enviado al general Cromwell.

—Distingamos: —estoy al servicio del rey, y sabiendo que tenía que enviar a alguien a Inglaterra, pedí esta comisión, deseoso de conocer al hombre de genio que hoy gobierna los tres reinos. Así es que cuando nos propuso al señor Du-Vallon y a mí sacar la espada por la vieja Inglaterra, ya visteis cómo aceptamos la proposición.

—Sí, ya sé que cargasteis al lado del señor Mordaunt.

—¡A su derecha y a su izquierda, voto a tantos! ¡Ese sí que es un joven apreciable y valiente! ¡Cómo dio pasaporte a su tío!

—¿Le conocéis? —preguntó el oficial.

—Mucho, y todavía puedo añadir que estamos muy relacionados. El señor Du-Vallon y yo hemos venido de Francia con él.

—Por cierto que, según parece, le hicisteis aguardar mucho tiempo en Boulogne.

—¡Qué queréis! —dijo Artagnan—. Yo hacía entonces lo que vos ahora: custodiaba al rey.

—¿A cuál?

—Al nuestro: al pequeño *king* Luis XIV

Quitóse Artagnan el sombero y el inglés le imitó por política.

—¿Y qué tiempo le custodiasteis?

—Tres noches, y a fe que siempre las recordaré con gusto.

—¿Tan amable es el rey?

—¡El rey! Dormía profundamente.

—¿Pues qué queréis decir?

—Que mis amigos los oficiales de guardias y de mosqueteros iban a hacerme compañía y pasábamos las noches copeando y jugando.

—¡Ah! Sí —dijo el inglés con un suspiro—, los franceses son muy alegres.

—¿No jugáis también cuando estáis de guardia?

—Nunca —dijo el inglés.

—Os compadezco, porque debéis aburriros.

—De tal modo, que cuando me toca me entra especie de terror. Una noche entera pasada en vela es muy larga.

—Sí, cuando se está solo o con soldados estúpidos; pero si es con jovial compañero de juego, si ruedan sobre la mesa el oro y los dados, pasa como un sueño. ¿No os place jugar?

—Ya lo creo.

—¿El sacanete, por ejemplo?

—Me muero por él. Casi todas las noches jugaba en Francia.

—¿Y desde que permanecéis en Inglaterra?

—No he cogido un cubilete, ni una baraja.

—Os compadezco —dijo Artagnan con el aire de gran conmiseración.

—¿Queréis hacer una cosa?

—¿Qué?

—Mañana estoy de guardia.

—¿Con Estuardo?

—Sí. Podéis pasar la noche conmigo.

—Es imposible.

—¿Imposible?

—Absolutamente.

—¿Por qué?

—Todas las noches juego con el señor Du-Vallon. Hay veces que no nos acostamos... por ejemplo, esta mañana al amanecer, aún estábamos con las cartas en la mano.

—¿Y qué?

—Que si le dejo se va a aburrir.

—¿Es gran jugador?

—Le he visto perder dos mil doblones riéndose a carcajadas.

—Pues venid con él.

—¡Cómo! ¿Y los prisioneros?

—¡Diantre! Es verdad. Pero que los guarden vuestros lacayos.

—¡Sí, para que se escapen! —dijo Artagnan—. No haré tal cosa.

—¿Son gente de tanta importancia?

—¿Que si lo son? El uno es un señorón muy rico de la Turena, y el otro un caballero de Malta, de distinguido linaje. Hemos ajustado su rescate por dos mil libras esterlinas que pagará cada uno al llegar a Francia. No queremos, por consiguiente, dejarlos un solo instante con nuestros lacayos, que saben cuán ricos son. Ya al cogerlos los registramos, y os confesaré sinceramente que su bolsillo es el que explotamos todas las noches el señor Du-Vallon y yo; pero pueden habernos ocultado alguna piedra preciosa, algún diamante de valor, de suerte que estamos como los avaros, sin perder de vista un punto nuestro tesoro; nos

hemos constituido en centinelas permanentes de esos hombres, y cuando duermo yo, vela mi amigo y compañero.

—¡Pardiez! —dijo Groslow.

—Ahora comprenderéis lo que me obliga a no aceptar vuestra cortés oferta, lo cual me es tanto más sensible cuanto que no hay cosa más fastidiosa que jugar siempre con la misma persona, pues los azares se compensan y al cabo de un mes se encuentra uno lo mismo que al empezar.

—¡Ah! —dijo Groslow con un suspiro—. Otra cosa más aburrida hay, y es no jugar con nadie.

—Es cierto —contestó Artagnan.

—Vamos a ver —repuso el inglés—, ¿son gente temible esos prisioneros?

—¿En qué sentido?

—¿Son capaces de intentar un$_e$ golpe de mano? Artagnan se echó a reír:

—¡Santo Dios! El uno está con calentura, por no poderse acostumbrar a vuestro bellísimo país, y el otro es un caballero de Malta tan tímido como una niña. Además, para mayor seguridad, les hemos quitado hasta las navajas y tijeras que tenían en su equipaje.

—Siendo así —dijo Groslow—, pueden acompañaros también.

—¡Cómo! —exclamó Artagnan asombrado.

—Sí, tengo ocho hombres de guardia.

—¿Y qué?

—Cuatro les guardarán a ellos, y los otros cuatro al rey.

—Es cierto que de ese modo podría arreglarse —repuso Artagnan—, pero sería una gran incomodidad para vos.

—¡Bah! ¡Bah! Venid; ya veréis como lo dispongo.

—¡Oh! No es que yo tema que se fugen —dijo Artagnan—; en un hombre como vos, debe confiar cualquiera a cierra ojos.

Esta última lisonja arrancó al oficial una de esas sonrisas de regocijo que convierten al que las suelta en amigo del que las provoca, porque son una evaporación de la vanidad halagada.

—Y ahora que caigo —dijo Artagnan—, ¿quién os puede impedir empezar esta noche?

—¿El qué? —La partida. —Nadie —dijo Groslow.

—En efecto, venid esta misma noche a casa y mañana os pagaremos la visita. Si advertís algo que os disguste en esos hombres, que como ya sabéis, son realistas terribles, no hay nada de lo dicho; pero de todos modos habremos pasado una buena noche.

—Está bien. Esta noche en vuestra casa; mañana en la de Estuardo; pasado mañana en la mía.

—Y los demás días en Londres. ¡Pardiez! dijo Artagnan—. Ya veis que en todas partes se puede vivir divertidamente.

—Sí, cuando se da con franceses, y con franceses como vos —respondió Groslow.

—¡Y como el señor Du-Vallon; ya veréis qué pieza! Es un frondista furibundo. Hombre que ha estado en un tris de matar a Mazarino; válense de él porque le tienen miedo.

—Sí —dijo Groslow—, tiene buena cara; aunque no le conozco, me es muy simpático.

—Otra cosa será cuando le conozcáis. ¡Eh!, ya me está llamando. Perdonad, somos tan amigos que no puede pasarse sin mí. ¿Me concedéis permiso?

—¡Cómo no!

—Hasta la noche.

—En vuestra casa.

—Sí.

Saludáronse, y Artagnan volvió hacia sus compañeros.

—¿Qué diantres teníais que decir a ese mastín? —preguntó Porthos.

—No habléis de este modo del señor Groslow; es uno de mis íntimos amigos.

—¡Amigo vuestro ese asesino de paisanos indefensos! —repuso Porthos.

—Chitón, amigo Porthos; cierto que el señor Groslow es algo vivo, pero le he descubierto dos buenas cualidades: es necio y orgulloso. Porthos abrió los ojos con asombro; Athos y Aramis se miraron sonriéndose, pues conocían a Artagnan y sabían que nada hacía sin objeto.

—Vos mismo podréis juzgarle —prosiguió Artagnan.

—¿Pues cómo?

—Esta noche os le presento; vendrá a jugar con nosotros.

—¡Pardiez! —dijo Porthos, cuyos ojos se inflamaron al oír estas palabras—. ¿Es rico?

—Es hijo de uno de los más fuertes negociantes de Londres.

—¿Entiende el sacanete?

—Le adora.

—¿Y la baceta?

—Está loco por ella.

—¿Y el biribí?

—Muere por él.

—¡Bueno! —dijo Porthos—. Pasaremos una noche divertida.

—Que nos proporcionará otra mejor.

—¿Cómo?

—Hoy le invitamos a jugar, y mañana nos convida él.

—¿Dónde?

—Ya os lo diré. Ahora no debemos pensar más que en una cosa: en recibir noblemente el honor que nos hace el señor Groslow. Esta noche dormimos en Derby; que se adelante Mosquetón y que compre vino, aunque no haya más que una botella en todo el lugar; no sería malo que preparase una opípara cena, en la cual no tomaréis parte, Athos, porque estáis con calentura, ni vos tampoco, Aramis, porque sois caballero de Malta y os desagradan y escandalizan los dicharachos de unos soldadotes como nosotros. ¿Estamos?

—Sí —contestó Porthos—, pero maldito si entiendo una jota.

—Amigo Porthos, ya sabéis que desciendo de los profetas por línea paterna, y de las sibilas por la materna, de modo que no sé hablar más que por parábolas y enigmas; escuchen los que tienen oídos; miren los que tienen ojos; no puedo decir más por ahora.

—Haced lo que queráis —repuso Athos—, estoy seguro de que cuanto hagáis será porque así nos convenga.

—¿Y vos, Aramis, sois de la misma opinión?

—Enteramente, amigo Artagnan.

—Muy bien —dijo el gascón—, vivan los verdaderos creyentes; da gusto probar a hacer milagros con ellos, y no por el incrédulo Porthos, que le precisa ver y tocar para creer.

—No lo niego —dijo Porthos con afectada penetración—, soy muy incrédulo, no lo puedo negar.

Diole Artagnan una palmada en el hombro, y la conversación no pasó adelante, pues habían llegado al punto en que debían almorzar. A eso de las cinco de la tarde enviaron al pueblo a Mosquetón, conforme habían convenido. Mosquetón no hablaba inglés, pero desde que permanecía en Inglaterra, había observado una cosa, a saber: que Grimaud reemplazaba perfectamente con gesto el uso de la palabra. Había, pues, seguido con Grimaud un curso de gestos, y gracias a la superioridad del maestro, en pocas lecciones tenía ya alguna destreza. Blasois le acompañó.

Al atravesar los cuatro amigos la calle principal de Derby, vieron a Blasois de pie en el umbral de una casa de buena apariencia, donde les tenía preparado alojamiento.

Para no despertar sospechas no se habían acercado en todo el día al rey, y en vez de comer con el coronel Harrison, como el día anterior, lo hicieron solos los cuatro.

Groslow fue a la hora convenida, Artagnan le recibió como una persona con quien le hubiese unido una amistad de veinte años. Porthos le miró de pies a cabeza; y se sonrió al reconocer que, a pesar del gran porrazo dado al hermano de Parry, era inferior a él en fuerzas. Athos y Aramis hicieron cuanto les fue posible por disimular la repugnancia que les inspiraba su brutal y grosero aspecto.

En suma, Groslow mostróse satisfecho de la acogida que le hicieron.

Athos y Aramis estuvieron en sus papeles. A medianoche se retiraron a su alcoba, cuya puerta dejaron abierta, en muestra de atención, y Artagnan les acompañó, quedándose Porthos frente a frente con Groslow.

Porthos ganó al inglés cincuenta doblones, de modo que, cuando se retiró, estaba mucho más satisfecho de él que al principio.

En cuanto a Groslow, se propuso reparar al otro día con Artagnan la pérdida que acaba de sufrir por Porthos, y despidióse del gascón recordándole su cita para la noche.

Decimos para la noche porque los jugadores se separaron a las cuatro de la mañana.

Transcurrió el día como de costumbre. Artagnan iba del capitán Groslow al coronel Harrison, y del coronel Harrison a sus amigos. Para cualquiera que lo conociese, Artagnan estaba como siempre; para sus amigos, esto es, para Athos y Aramis, su contento era febril.

—¿Qué maquinará? —decía Aramis.

—Esperemos —decía Athos.

Porthos no pronunciaba una palabra, e iba entretenido en contar mentalmente uno tras otro, con una satisfacción que se revelaba en su exterior, los cincuenta doblones ganados a Groslow.

Al llegar por la tarde a Riston, Artagnan convidó a sus amigos. Había perdido su rostro la expresión de irreflexiva alegría que, como una máscara, cubriera su rostro durante toda la jornada. Athos dio un apretón de manos a Aramis, y dijo:

—Ya se aproxima el momento.

—Sí —exclamó Artagnan que les oyó—; sí, ya se acerca el momento; esta noche salvamos al rey, señores.

Athos estremecióse; sus ojos se inflamaron.

—¡Artagnan! —exclamó en un tono en que se mezclaban la duda y la desconfianza—. ¿Os bromeáis? ¡Oh! No; me haríais mucho daño.

—Extraño que dudéis de mí, Athos —respondió Artagnan—. ¿Dónde, cuándo me habéis visto chancearme con el corazón de un amigo y la vida de un rey? He dicho y repito que esta misma noche salvamos a Carlos I. Me encargasteis que buscara un medio, y lo he encontrado.

Porthos miraba a Artagnan con profundo asombro; Aramis sonreíase con esperanza; Athos estaba pálido como la muerte y todo su cuerpo temblaba.

—Hablad —dijo éste.

Abrió Porthos sus ojos vivarachos, y Aramis se colgó, por decirlo así, de los labios de Artagnan.

—¿Sabéis que estamos convidados a pasar la noche con Groslow?

—Sí —contestó Porthos—, nos pidió que le diésemos la revancha.

—Pero, ¿sabéis dónde se la damos?

—No.

—En el cuarto del rey.

—¡En la habitación del rey! —exclamó Athos.

—Sí, señores. El señor Groslow está de guardia esta noche cerca de la persona de Su Majestad y para divertirse nos convida a hacerle compañía.

—¿A los cuatro? —preguntó Athos.

—A los cuatro, ¡pues no faltaba más! ¿Habíamos de abandonar a nuestros prisioneros?

—¡Ya, ya! —murmuró Aramis.

—Adelante dijo Athos agitado.

—Iremos, pues, en busca de Groslow, nosotros con espadas y vosotros con puñales, y entre los cuatro acogotaremos a esos ocho necios y a su estúpido y orgulloso comandante.

—¿Qué os parece, señor Porthos?

—Me parece fácil —dijo Porthos.

—Disfrazamos al rey con el traje de Groslow; Mosquetón, Grimaud y Blasois nos tienen caballos preparados en la esquina de la calle más próxima, montamos, y antes de amanecer nos hallamos a veinte leguas de distancia. ¿Está bien pensado, Athos?

El conde puso las manos sobre los hombros de Artagnan, y le miró sonriendo con su serenidad y dulzura acostumbradas.

—Os digo, amigo, que no hay nadie en la tierra que os iguale en distinción ni en valor; cuando os creíamos indiferente a nuestros dolores; cuando sin crimen podíais no tomar parte en ellos, vos solo encontráis lo que en vano buscábamos nosotros. Te lo repito, Artagnan, eres el mejor de los cuatro, y yo te amo y bendigo, amado hijo.

—¡Que no haya yo caído en eso siendo tan sencillo! —dijo Porthos dándose una palmada en la frente.

—Si no comprendo mal, habrá necesidad de matarlos a todos —dijo Aramis.

Athos se estremeció y se puso sumamente pálido.

—¡Diablo! dijo Artagnan—. No veo otro remedio. He tratado de buscar algún modo de eludir esa necesidad, pero no he podido encontrarlo.

—Examinemos poco a poco la situación —dijo Aramis—. ¿Cómo hemos de proceder?

—Tengo dos planes —respondió Artagnan.

—Veamos el primero.

—Si estamos reunidos los cuatro, al decir yo «gracias a Dios», daréis cada cual una puñalada al soldado que tengáis más cerca, y nosotros haremos lo mismo por nuestra parte. Muertos cuatro hombres, ya es igual la partida, porque seremos cuatro contra cinco; a esos cinco los amordazaremos si se rinden, y los mataremos si se defienden; más si por casualidad mudase de parecer nuestro anfitrión y recibiese sólo a Porthos y a mí, ¡qué diablo!, habrá que apelar a los grandes recursos, haciendo cada uno el oficio de dos; será algo más largo y más ruidoso, pero ya estaréis alerta desde afuera con vuestras espadas y acudiréis al ruido.

—Mas, ¿y si os hieren? —dijo Athos.

—Es imposible; estos bebedores de cerveza son muy torpes y pesados; dadles en la garganta, Porthos: es herida que mata pronto y que no deja gritar.

—Está bien —respondió Porthos—; será una escaramuza divertida.

—Horrible —dijo Athos.

—Vamos, señor sensible —repuso Artagnan—, que en una batalla no haríais tantos ascos. Además, amigo —prosiguió—, si os parece que la vida del rey no vale lo que cuesta, fácil remedio tiene, avisaré al señor Groslow que estoy enfermo.

—No —dijo Athos—, hago mal, y vos tenéis razón, dispensadme. En este momento se abrió la puerta y se presentó un soldado.

—El señor capitán Groslow —dijo en incorrecto francés— me en vía a avisar al señor de Artagnan y al señor Du-Vallon que les está esperando.

—¿Adónde? —preguntó Artagnan.

—En la habitación del Nabucodonosor inglés —respondió el puritano.

—Bien está —respondió Athos en excelente inglés y sonrojándose al oír aquel insulto hecho a la majestad real—, está bien; decid al capitán que allá vamos.

Así que se marchó el puritano, recibieron orden los lacayos de preparar ocho caballos y de irse a apostar sin separarse unos de otros, ni apearse, en la esquina de una calle situada a veinte pasos de la casa en que se hallaba alojado el rey.

LXVI.— EL SACANETE

Eran las nueve de la noche; habíanse relevado los guardias a las ocho, y el capitán Groslow hacía una hora que permanecía de servicio.

Armados Artagnan y Porthos con sus espadas, y llevando Athos y Aramis puñales ocultos en el pecho, dirigiéronse a la casa que servía aquella noche de prisión a Carlos Estuardo. Los dos últimos seguían a sus vencedores, humildes y desarmados en la apariencia, como conviene a prisioneros.

—Por mi honor que ya casi no os esperaba —dijo Groslow al verlos.

Acercóse Artagnan y le contestó en voz baja:

—Efectivamente, el señor Du-Vallon y yo vacilábamos en venir.

—¿Por qué? —preguntó Groslow.

Artagnan señaló a Athos y Aramis.

—¡Ah! —dijo Groslow—. ¿Por sus opiniones? Eso no importa. Por el contrario —añadió riéndose—, si quieren ver a Estuardo, le verán.

—¿Vamos a pasar la noche en el aposento del rey?

—No, sino en el inmediato, pero como ordenaré dejar la puerta abierta, será lo mismo que si estuviéramos en él. ¿Habéis traído dinero? Mirad que voy a haceros una guerra sin cuartel.

—¿Oís? —preguntó Artagnan dándose golpes en el bolsillo.

—Very good! —dijo Groslow. Y abrió la puerta del aposento—. Os enseñaré el camino, señores —añadió, y entró adelante.

Artagnan miró a sus compañeros. Porthos se mostraba tan indiferente como si se tratara de una partida cualquiera; Athos estaba pálido, pero resuelto; Aramis se enjugaba con el pañuelo el sudor que bañaba su frente.

Los ocho guardias hallábanse situados de este modo: cuatro en el aposento del rey, dos en la puerta de comunicación, y otros dos en la que acababan de atravesar nuestros hombres. Al ver las espadas desnudas Athos sonrió; el degüello se convertía en combate.

Desde aquel momento recobró al parecer todo su buen humor. Carlos I, a quien se podía divisar por el hueco de la puerta, estaba sobre la cama, vestido y cubierto con una manta. Parry, sentado a la cabecera, leía a media voz una Biblia católica: el rey le escuchaba con los ojos cerrados.

Una vela de grosero sebo puesta en una mesa sucia iluminaba el resignado semblante del rey y el mucho menos tranquilo de su leal servidor.

De vez en cuando interrumplanse Parry creyendo que el rey se había dormido, pero entonces abría Carlos los ojos y le decía sonriendo:

—Continúa, buen Parry, te escucho.

Acercóse Groslow hasta el dintel de la puerta del cuarto del monarca, púsose con afectación el sombrero que se había quitado para recibir a sus huéspedes, miró por un instante con desprecio aquel humilde y tierno cuadro de un anciano leyendo la Biblia a su rey prisionero, se cercioró de que cada soldado se hallaba en su puesto, y volviéndose a Artagnan miróle con aire de triunfo, como mendigando un aplauso para su táctica.

—¡Perfectamente! —dijo el gascón—. ¡Cáspita! No haríais mal general.

—¿Opináis —preguntó Groslow— que se escapará el Estuardo mientras yo esté de guardia?

—No por cierto —respondió Artagnan—, como no le lluevan amigos del cielo.

El semblante de Groslow expresó una orgullosa satisfacción. Como Carlos Estuardo había tenido los ojos constantemente cerrados durante esta escena, no pudo saberse si advirtió o no la insolencia del capitán puritano. Pero en cuanto oyó el marcado sonido de la voz de Artagnan, abrió involuntariamente los párpados.

Parry estremecióse e interrumpió su lectura.

—¿Por qué te paras, buen Parry? —dijo el rey—. Continúa, a no ser que estés fatigado.

—No, señor—dijo el ayuda de cámara.

Y continuó su lectura.

Estaba preparada en el primer aposento una mesa cubierta con un tapiz y sobre ella se veían dos luces, cartas, cubiletes y dados.

—Caballeros —dijo Groslow—, hacedme el favor de sentaros; yo me colocaré frente al Estuardo, cuya vista tanto me deleita, y vos, señor d'Artagnan, frente a mí.

Athos se sonrojó de ira; Artagnan le miró frunciendo el ceño.

—Eso es —dijo el gascón—; el señor conde de la Fère a la derecha del señor Groslow; el caballero de Herblay, a su izquierda, y vos DuVallon, a mi lado. Vos pondréis por mí, y estos señores por el del señor Groslow.

Artagnan tenía a Porthos a su izquierda y le podía dar señas con la rodilla; estaba frente a Athos y Aramis y podía entenderse con ellos mirándoles disimuladamente.

Al oír nombrar al conde de la Fère y al caballero de Herblay, abrió Carlos los ojos, y alzando involuntariamente la cabeza abarcó con una mirada a todos los actores de la escena.

En aquel instante volvió Parry algunas hojas de la Biblia y leyó en alta voz este versículo de Jeremías:

—«Dios dijo: oíd con grande atención las palabras de los profetas, mis siervos, que os he enviado y guiado hasta vos.»

Miráronse los cuatro amigos. Lo que acababa de decir Parry les indicaba que el rey atribuía su presencia a su verdadera causa.

Los ojos de Artagnan se encendieron de alegría.

—Me preguntasteis antes si estaba en fondos —dijo poniendo sobre la mesa unos veinte doblones.

—Sí —respondió Groslow.

—Pues ahora os digo yo a mi vez que guardéis bien vuestro tesoro, querido Groslow; porque os aseguro que no saldremos de aquí sin él.

—No será sin defenderle yo —dijo Groslow.

—Tanto mejor —repuso Artagnan—. Un combate, mi querido capitán. Esto es lo que queremos; por si no lo sabéis os lo digo.

—¡Vaya si lo sé! —exclamó Groslow soltando una ruidosa carcajada—. Porque ¿qué otra cosa buscan los franceses sino heridas y coscorrones?

Carlos lo había oído y comprendido todo. Subió a su rostro un ligero color, y los soldados que le custodiaban le vieron tender poco a pocos su fatigados miembros, y apartar, so pretexto del excesivo calor que despedía la estufa, la manta escocesa, bajo la cual ya hemos dicho se había acostado vestido.

Athos y Aramis temblaron de alegría al observar esta circunstancia.

Empezó la partida. Aquella noche se había vuelto la suerte en favor de Groslow, el cual ganaba siempre. En pocos segundos pasaron cien doblones de un lado a otro de la mesa. Groslow estaba loco de alegría.

Malhumorado Porthos por haber perdido los cincuenta doblones ganados el día anterior, con otros treinta de su propiedad, interrogaba a Artagnan con la rodilla como preguntándole si era ya tiempo de pasar a otra clase de juego; At-

hos y Aramis, por su parte, mirábanle de vez en cuando con escrutadores ojos, pero Artagnan permanecía impasible.

Tocaron las diez y se oyó pasar una ronda.

—¿Cuántas rondas como esa hacéis? —preguntó Artagnan, sacando más dinero del bolsillo.

—Cinco —dijo Groslow—; una cada dos horas.

—Está bien —repuso Artagnan—; es muy prudente.

Y lanzó a su vez una ojeada a Athos y Aramis.

Oyéronse los pasos de la patrulla que se alejaba.

Por vez primera respondió Artagnan a los rodillazos de Porthos con otro rodillazo.

Atraídos entretanto por la afición al juego y el aspecto del oro, tan seductor en todos los hombres, los soldados, cuya consigna era permanecer en el aposento del rey, se habían acercado poco a poco a la puerta y empinándose sobre las puntas de los pies, presenciaban la partida por encima de los hombros de Artagnan y Porthos; los de la puerta de comunicación, acercándose también, secundaron de este modo los deseos de los cuatro compañeros, que preferían haberlos a la mano, a correr buscándoles por todos los rincones del aposento. Aunque los de la puerta exterior seguían con la espada desnuda, tenían la punta vuelta hacia el suelo y miraban también a los jugadores.

A medida que se aproximaba el momento decisivo, iba Athos recobrando su serenidad y sus blancas y aristocráticas manos jugaban con los luises, que torcía y enderezaba con tanta facilidad como si el oro hubiese sido estaño; Aramis, menos dueño de sí mismo, se metía continuamente la mano en el pecho, y Porthos daba a Artagnan rodillazo sobre rodillazo.

Volvióse el gascón instintivamente hacia atrás, y vio por entre dos soldados a Parry de pie y a Carlos apoyado sobre un codo con las manos unidas y en actitud de dirigir a Dios una ferviente plegaria. Conoció que era llegado el momento que todos estaban dispuestos y que sólo esperaban el ¡gracias a Dios! que debió servir de señal.

Lanzó una ojeada preparatoria a Athos y Aramis; y éstos apartaron ligeramente sus rodillas para poder moverse libremente.

Dio con la rodilla a Porthos y éste se levantó como para desentumecerse las piernas; mas al hacerlo probó si salía su espada fácilmente de la vaina.

—¡Voto a cien! —dijo Artagnan—. He perdido veinte doblones más. Tenéis mucha fortuna, capitán Groslow, esto no puede durar así.

Y sacó otros veinte doblones.

—Vaya la última apuesta, capitán. ¿Admitís ese dinero de una vez?

—Van jugados —contestó Groslow.

Y como de costumbre volvió dos cartas; un rey para Artagnan y un as para sí.

—¿El rey? —dijo Artagnan—. Es un buen agüero. Cuenta con el rey, maese Groslow.

No obstante el dominio que sobre sí mismo ejercía, fue tan extraña la vibración de su voz que hizo estremecer a su contrario. Empezó Groslow a tirar cartas. Si volvía un as ganaba; si volvía un rey perdía.

Volvió un rey.

—¡Gracias a Dios! —dijo Artagnan.

A estas palabras levantáronse Athos y Aramis. Porthos retrocedió un paso. Iban a brillar los puñales y las espadas.

Pero de pronto se abrió la puerta y Harrison apareció en el umbral acompañado de un hombre embozado en una capa.

Detrás de este hombre se veían resplandecer los mosquetes de cinco o seis soldados.

Groslow se levantó rápidamente, avergonzado de verse sorprendido en medio del vino, los naipes y los dados. Pero Harrison no reparó en él, y entrando en el cuarto, seguido de su compañero, dijo:

—Carlos Estuardo, acabo de recibir orden de conduciros a Londres sin hacer alto de día ni de noche. Preparaos, pues a marchar inmediatamente.

—¿Y quién da esa orden? —preguntó el rey—. ¿El general Oliverio Cromwell?

—Sí —dijo Harrison—, y aquí está el señor Mordaunt que la ha traído y tiene la misión de ejecutarla.

—Mordaunt —murmuraron los cuatro amigos mirándose. Artagnan recogió de encima de la mesa todo el dinero que pertenecía a él y Porthos y lo guardó en sus anchos bolsillos. Athos y Aramis se colocaron detrás del gascón. A este movimiento se volvió Mordaunt, los reconoció y lanzó una exclamación de feroz alegría.

—Me parece que estamos perdidos —dijo Artagnan en voz baja a sus amigos.

—Aún no —respondió Porthos.

—¡Coronel, coronel! —gritó Mordaunt—. Mandad que cerquen esta casa, os hacen traición. Esos cuatro franceses se han fugado de Newcastle, y vienen sin duda a auxiliar al rey para que se fugue. ¡Que los prendan!

—¡Pardiez! —dijo Artagnan sacando la espada—. Es más fácil dar esa orden que cumplirla, joven. Y describiendo en torno suyo un terrible molinete, gritó: «¡En retirada, amigos! ¡En retirada!»

Al mismo tiempo lanzóse hacia la puerta, derribó a los dos soldados que la guardaban, sin darles tiempo para armar los mosquetes; siguiéronle Athos y Aramis; Porthos formó la retaguardia, y antes de que los soldados, los oficiales y el coronel, volvieran de su asombro, estaban los cuatro en la calle.

—¡Fuego! —gritó Mordaunt—. ¡Fuego a ellos!

En efecto, sonaron tres o cuatro mosquetazos, pero no sirvieron más que para enseñar a los fugitivos sanos y salvos la esquina de la calle.

Los caballos se hallaban en el sitio designado; entregaron los criados las riendas a sus manos y éstos montaron con la ligereza propia de jinetes consumados.

—¡Adelante! —gritó Artagnan—. ¡Firme a la espuela!

Todos salieron a escape detrás de Artagnan por el camino que ya habían andado en aquel día, es decir, en dirección de Escocia. El pueblo no tenía puertas ni murallas, de modo que pudieron salir fácilmente.

El gascón se detuvo a cincuenta pasos de la última casa.

—¡Alto! —dijo.

—¡Cómo alto! Querréis decir «a escape» —replicó Porthos.

—No tal. Esta vez nos van a perseguir. Dejémosles que salgan y corran tras nosotros por el camino de Escocia: luego que les veamos tomaremos en dirección contraria.

Corría un riachuelo a algunos pasos de distancia y sobre él había un puente, Artagnan se ocultó con su caballo bajo el puente, y lo mismo hicieron sus amigos.

No hacía diez minutos que permanecían allí cuando oyeron el galope de alguna fuerza de caballería. Cinco minutos después pasó aquella tropa sobre sus cabezas, sin advertir que sólo la bóveda del puente la separaba de los cuatro franceses que perseguían.

LXVII.— LONDRES

En cuanto se perdió a los lejos el ruido de los caballos, salió Artagnan a la orilla del riachuelo y empezó a correr en dirección a Londres. Siguiéronle en silencio los tres amigos hasta que trazando un ancho semicírculo dejaron la población muy a sus espaldas.

—Ahora sí que creo dijo Artagnan cuando le pareció que se encontraban bastante lejos del punto de partida para pasar del galope al trote—; ahora sí que creo que todo se ha perdido y que lo mejor que podemos hacer es regresar a Francia. ¿Qué decís de la proposición, Athos? ¿No la consideráis juiciosa?

—Sí, amigo mío —respondió Athos—; pero el otro día pronunciasteis una frase, no juiciosa, sino generosa y noble; dijisteis «moriremos aquí», y os recuerdo vuestra palabra.

—¡Diantre! —exclamó Porthos—. La muerte nada vale, no sabiendo lo que es no debe preocuparnos: lo que a mí me atormenta es la idea de una derrota. Según van las cosas, veo que tendremos que dar batalla, a Londres, a las provincias, a toda Inglaterra, y en verdad, no podremos menos de ser vencidos.

—Nuestro deber es presenciar hasta el fin esta gran tragedia —dijo Athos—, y no salir de Inglaterra hasta ver su fin, sea el que quiera. ¿Pensáis como yo Aramis?

—Exactamente, querido conde, y confieso además que no sentiría encontrar por ahí al señor Mordaunt; recuerdo que tenemos una cuenta pendiente y jamás hemos salido de un país sin saldar las de esa clase.

—Esto es otra cosa —dijo Artagnan—, tan buena me parece esta razón, que confieso que por encontrar al tal Mordaunt sería capaz de quedarme un año en Londres. Lo que debemos hacer es alojarnos en casa de una persona de confianza y no dar pie a sospechas. Es natural que Cromwell nos mande buscar, y por lo visto, tiene bromas pesadas.

Vos, Athos, sabréis de alguna posada en la ciudad, donde nos den sábanas blancas, rosbif bien cocido y vino que no esté hecho con lúpulo o con ginebra.

—Creo que puedo proporcionaros lo que deseáis —dijo Athos—. Winter nos llevó a casa de un posadero que decía ser español naturalizado en Inglaterra por la gracia de las guineas de sus nuevos compatriotas. ¿Qué decís de esto, Aramis?

—Muy acertado considero el proyecto de ir a casa del señor Pérez. Invocaremos el recuerdo del pobre Winter, a quien profesaba gran veneración; le diremos que vamos movidos de la curiosidad, gastaremos en su posada una guinea cada día por cabeza, y con todas estas precauciones creo que podremos vivir tranquilos.

—Una olvidáis, Aramis, y no de las menos importantes.

—¿Y es?

—La de cambiar de traje.

—¡Bah! —dijo Porthos—. ¿Para qué? ¡Estamos cómodos con éste!

—A fin de que no nos conozcan —respondió Artagnan—. Nuestro traje tiene un corte y un color casi uniforme que denuncia a la legua a un frenchman. No estoy yo tan unido al corte de mi ropilla o al color de mis calzones que por amor suyo me exponga a que me cuelguen en Tyburn, o a que me envíen a dar un paseo a las Indias. Compraré un traje color de castaña. He notado que todos esos necios puritanos son muy aficionados a tal color.

—¿Pero, y daréis con ese hombre? —preguntó Aramis.

—Seguramente. Vivía en Green Hall Street, Bedfords Tavern: y en caso necesario puedo andar toda la ciudad con los ojos cerrados.

—Ya quisiera encontrarme allí —dijo Artagnan—: opino porque lleguemos a Londres antes del amanecer, aunque reventemos los caballos.

—Vamos, pues —contestó Athos—; si no son errados mis cálculos, no debemos distar de la capital más que ocho o diez leguas.

Espolearon los amigos a sus caballos y llegaron efectivamente a Londres a eso de las cinco de la mañana. En la puerta por donde entraron detúvoles un centinela; pero Athos respondió en excelente inglés que eran emisarios del coronel Harrison para avisar a su colega Mr. Pridge de la próxima llegada del rey. Esta respuesta promovió algunas preguntas respecto a la captura de Carlos Estuardo, y Athos dio detalles tan preciosos y positivos, que si los que guardaban la puerta habían concebido alguna sospecha, la vieron completamente desvanecida. Permitióse, pues, a los cuatro compañeros que pasaran y aun se le hizo objeto de toda especie de congratulaciones puritanas.

No estaba equivocado Athos; marchó en derechura a Bedfords Tavern, y se dio a conocer al huésped, quien celebró tanto volverle a ver en tan buena y numerosa compañía, que mandó preparar en el instante los mejores aposentos.

Encontraron los cuatro viajeros a la ciudad en conmoción, aunque no era todavía día. Desde la víspera habían corrido rumores de que el rey marchaba hacia Londres escoltado por el coronel Harrison, y hubo muchas personas que no se acostaron sospechando que el Estuardo, como le llamaban, llegase por la noche y entrase sin que le vieran.

Ya hemos dicho que el proyecto de cambio de trajes había sido adoptado por unanimidad, salvo la ligera oposición de Porthos. Trataron, por tanto, de llevarle a ejecución. El huésped envió a pedir vestidos de hombre, de todas clases, cual si fuera a renovar su guardarropa. Athos escogió el color negro, que le hacía parecer un buen ciudadano. Aramis, por no separarse de su espada, tomó un traje de color verde oscuro y de corte militar; a Porthos sedujéronle un jubón encarnado y unos calzones verdes; Artagnan, que había decidido de antemano el color, sólo tuvo que elegir entre los distintos matices; y con su traje castaño, representaba con alguna exactitud a un comerciante de azúcar retirado del tráfico.

Grimaud y Mosquetón, que no vestían librea, estaban ya disfrazados. Grimaud era el tipo flemático, seco y cariacontecido del inglés circunspecto: Mosquetón el del inglés panzudo, hinchado y de buen humor.

—Ahora —dijo Artagnan—, es menester cortar los cabellos para que nos nos insulte el populacho. Puesto que dejamos de ser caballeros por la espalda, seamos puritanos por el pelo. No ignoráis que es el punto más importante de cuantos distinguen a un *covenantario* de un *caballero.*

Mucho se resistió Aramis a esta proposición: quería conservar a todo trance sus cabellos que eran muy lindos, y que cuidaba con especial esmero, y fue preciso que Athos, a quien eran indiferentes todas estas cuestiones, le diese el ejemplo. Porthos entrego sin dificultad su cabeza a Mosquetón, el cual emboscó su tijera en las espesas melenas que le cubrían. Artagnan se trazó por su propia mano una cabeza a capricho, no muy desemejante de las medallas del tiempo de Francisco I o de Carlos IX.

—Estamos horrorosos —dijo Athos.

—Ya me parece que trascendemos a puritanos desde una legua —añadió Artagnan.

—¡Qué frío tengo en la cabeza! —repuso Porthos.

—Siento ganas de predicar —dijo Aramis.

—Puesto que ya no nos reconocemos nosotros mismos —prosiguió Athos—, y que por consiguiente no debemos temer que los demás nos reconozcan, vamos a ver la entrada del rey, porque si ha caminado toda la noche, no estará muy lejos de Londres.

En efecto, dos horas después de confundirse nuestros cuatro compañeros con la turba, los gritos y el movimiento de la plebe anunciaron que llegaba Carlos Estuardo. Habían enviado una carroza a recibirle, y el gigantesco Porthos, cuya cabeza elevábase por encima de todas las de la concurrencia, avisó que le veía acercarse; empinóse Artagnan sobre la punta de los pies, y Athos y Aramis apli-

caron el oído a fin de enterarse de la opinión del pueblo. Pasó el carruaje, y Artagnan vio a una portezuela a Han¯¡son y a la otra a Mordaunt. El pueblo, cuyas impresiones estudiaban Athos y Aramis, prorrumpía en espantosas imprecaciones contra el rey.

Athos volvió completamente desesperado a la posada.

—En vano os empeñáis, amigo —le decía Artagnan—, os juro que la situación es mala. Yo por mí sólo me intereso en ella por cariño a vos y por cierto interés de artista. Me es grata la política a lo mosquetero. Sería gracioso arrancar su presa y dejar burlada a esa turba de voceadores. Lo pensaré.

Cuando al día siguiente se asomó Athos a la ventana que daba a uno de los barrios más populosos de la City, oyó pregonar el *bill* del parlamento que llamaba a la barra al ex rey Carlos I, presunto reo de traición y abuso de poder.

Artagnan permanecía a su lado. Aramis examinaba un mapa. Porthos saboreaba los restos de un buen almuerzo.

—¡El parlamento! —murmuró Athos—. No es posible que el parlamento haya dado un *bill* semejante.

—Yo no entiendo muy bien el inglés —dijo Artagnan—, pero como no es más que un francés incorrectamente pronunciado, al oír *parlamient'sbill,* saco en limpio que significa *bill* del parlamento. Condéneme Dios si no, como aquí dicen.

En aquel instante entró el huésped; Athos le hizo seña de que se acercara.

—¿Es el parlamento el que ha dado ese *bill?* —le preguntó en inglés.

—Sí, señor, el parlamento puro.

—¡Cómo! Luego hay dos parlamentos.

—Amigo —interrumpió Artagnan—, como yo no entiendo el inglés y todos entendemos el español, haced el favor de hablar en ese idioma; siendo el vuestro, debe causaros placer siempre que se os presente ocasión de hablarle.

—Perfectamente —dijo Aramis.

Ya hemos dicho que toda la atención de Porthos se hallaba concentrada en una chuleta, cuya carne se hallaba ocupado en separar del hueso.

—¿Qué deseáis saber? —preguntó el huésped en español.

—Si hay parlamento puro y parlamento impuro —repuso Athos en el mismo idioma.

—¡Cosa más extraña! —dijo Porthos alzando lentamente la cabeza y mirando con asombro a sus amigos, ya entiendo el inglés—; comprendo lo que estáis diciendo.

—Es que hablamos en español —contestó Athos con su acostumbrada flema.

—¡Diantre! —repuso Porthos—. Lo siento mucho: creí saber una lengua más.

—Señor —dijo el huésped—, al decir parlamento puro refiérome al que ha purificado el señor coronel Pridge.

—¡Pues no es poco ingeniosa esa gente! —exclamó Artagnan—. Cuando regrese a Francia indicaré ese arbitrio a Mazarino y al coadjutor. El uno purificará

en nombre de la corte y el otro en nombre del pueblo, y de este modo nos quedaremos sin parlamento de ninguna clase.

—¿Quién es ese coronel Pridge —preguntó Aramis—, y cómo se ha manejado para hacer tal purificación?

—El coronel Pridge —contestó el español— es un antiguo carretero, hombre de mucho talento, el cual observó una cosa cuando guiaba su carreta; es a saber: que siempre que se encuentra una piedra en el camino, es más fácil quitarla de en medio que empeñarse en hacer pasar la rueda por encima. De los doscientos cincuenta y un miembros de que se componía el parlamento, le estorbaban ciento noventa y uno, y con ellos hubiese podido volcar su carreta política. Los ha cogido como antes cogía las piedras y los ha echado fuera de la Cámara.

—¡Bien! —dijo Artagnan, en quien preponderaba el talento, y que por tal razón le apreciaba donde quiera que le veía.

—¿Y eran estuardistas todos? —preguntó Athos.

—Todos; ya conocéis que hubieran podido salvar al rey.

—¡Cómo que formaban mayoría! —dijo majestuosamente Porthos.

—¿Y suponéis —preguntó Aramis— que consienta Carlos en presentarse ante semejante tribunal?

—Tendrá que hacerlo —respondió el español—, y si no consiente, el pueblo sabrá obligarle a ello.

—Gracias, maese Pérez —dijo Athos—; me habéis dicho cuanto necesitaba.

—¿Os persuadís de que es causa perdida —preguntó Artagnan—, y de que nada podremos hacer con hombres como Harrison, Joyse, Pridge y Cromwell?

—El tribunal dejará en libertad al rey —contestó Athos—; el mismo silencio de sus partidarios revela un complot...

Artagnan se encogió de hombros.

—Y si se atreven a condenarle —repuso Aramis—, no será más que a destierro o encarcelamiento.

Artagnan púsose a silbar incrédulamente.

—Allá lo veremos —dijo Athos—, porque no dejaremos de ir a las sesiones.

—Poco tendréis que esperar —observó el patrón—; mañana mismo comienza.

—¡Calle! —respondió Athos—. ¿Luego instruyeron el proceso antes de coger al rey?

—Sí —dijo Artagnan—; lo empezaron el día que le compraron.

—Y ya sabéis —repuso Aramis—, que nuestro amigo Mordaunt fue quien lo hizo, si no el trato, al menos las primeras proposiciones de esta negociación.

—Y no ignoráis —contestó Artagnan—, que en cualquier parte que caiga por mi banda el amigo Mordaunt, le mato.

—¡Cómo! —exclamó Athos—. ¡A un miserable!

—Justamente le mataré por canalla —repuso Artagnan—. Vamos querido amigo, bastante tolerancia con la mía; queráis o no queráis, os declaro que Mordaunt ha de morir a mis manos.

—Y a las mías —repuso Porthos.

—Y a las mías —dijo Aramis.

—¡Feliz unanimidad! —exclamó Artagnan—. ¡Y qué bien cuadra a unos pacíficos ciudadanos como nosotros! Vayamos a dar una vuelta por la ciudad: el mismo Mordaunt no nos conocería a cuatro pasos de s distancia con la niebla que hace. Vamos a beber un poco de niebla.

—Vamos —dijo Porthos—; no siempre ha de ser cerveza.

En efecto, los cuatro amigos salieron de la casa para tomar, como vulgarmente se dice, el aire de la tierra.

LXVIII.— EL PLAN

Al día siguiente condujo una numerosa guardia a Carlos I ante el alto tribunal que había de juzgarle.

Multitud de gente ocupaba las calles y las casas inmediatas al palacio; a los primeros pasos que dieron los cuatro amigos, se vieron detenidos por el obstáculo casi invencible de aquella animada muralla. Algunos hombres de fornido continente y de arisco semblante rechazaron a Aramis con tal aspereza, que Porthos alzó su poderoso puño y lo dejó caer sobre la enharinada faz de un panadero, que cambió de color inmediatamente y se cubrió de sangre, como si le hubieran azotado los carrillos con un racimo de uvas maduras. Este acto causó gran sensación: tres hombres quisieron arrojarse sobre Porthos, pero Athos apartó a uno, Artagnan a otro y Porthos lanzó al tercero por encima de su cabeza. Algunos ingleses aficionados al pugilato apreciaron en todo su valor el rápido y fácil modo con que fue ejecutada esta maniobra, y lo aplaudieron. Poco faltó entonces para que en lugar de verse atacados en masa, como ya empezaban a temer que sucediera, no fuesen llevados en triunfo Porthos y sus amigos; pero ellos, que temían cuanto pudiera ponerles en evidencia, consiguieron que les abriese paso la multitud, con lo cual alcanzaron el resultado que un momento antes les parecía imposible, cual fue el de llegar a palacio.

Toda la población de Londres se agrupaba en las tribunas, de suerte que cuando entraron en una de ellas los cuatro amigos hallaron ya ocupados los tres primeros bancos. No era esta circunstancia muy sensible para personas que no querían ser conocidas; ocuparon, pues, sus asientos con gran satisfacción de haber llegado hasta allí, a excepción de Porthos, que deseando lucir su jubón colorado y sus verdes calzas, sentía no estar en primera fila.

Estaban colocados los bancos en anfiteatro, y los cuatro amigos dominaban desde su sitio toda la asamblea. Quiso la casualidad que hubiesen entrado justamente en la tribuna de enmedio, y que se hallaran frente al sillón preparado para Carlos I.

A eso de las once de la mañana apareció el rey en el umbral del salón. Entró rodeado de guardias, pero cubierto y sereno, y paseó por la concurrencia una

mirada, cual si fuera a presidir una asamblea de sumisos vasallos y no a responder a las acusaciones de un tribunal rebelde.

Orgullosos sus jueces por tener ocasión de humillar a todo un rey, se disponían visiblemente a usar del derecho que la fuerza les daba. En consecuencia, marchó un ujier a decir a Carlos I que era costumbre que los acusados se descubriesen ante sus jueces.

Sin contestar palabra, el rey se encasquetó el sombrero, volvió la cabeza a otro lado, y cuando se retiró el ujier se sentó en el sillón preparado frente al presidente, azotándose las botas con un junquillo que en la mano llevaba.

Parry le acompañaba y quedóse de pie a sus espaldas.

Artagnan, que en vez de atender al ceremonial examinaba a Athos, vio reflejarse en su semblante todas las emociones que sólo en fuerza del dominio que sobre sí mismo ejercía, lograba el rey desterrar del suyo. Esta agitación de Athos, tan frío y sereno de suyo, le atemorizó.

—Confío —le dijo en voz baja— en que tomaréis ejemplo de Su Majestad y no haréis que nos maten neciamente en esta jaula.

—Perded cuidado —dijo Athos.

—¡Hola! —prosiguió Artagnan—. Parece que temen algo, porque refuerzan las guardias; antes no había más que partesanas y ahora llegan mosquetes. Para todos hay; las partesanas para los de abajo; los mosquetes para nosotros.

—Treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta hombres —dijo Porthos contando a los recién venidos.

—No olvidéis al oficial —observó Aramis—, que merece ser contado.

—Sí por cierto —dijo Artagnan, poniéndose pálido de ira al reconocer a Mordaunt, el cual colocó con espada en mano a los mosqueteros a espaldas del rey y frente a las tribunas.

—¿Nos habrá reconocido? —prosiguió—. En ese caso, pronto tocaría yo retirada. No estoy porque me impongan un género determinado de muerte; deseo morir a mi gusto, y ser ejecutado aquí maldita la gracia que me haría.

—No —dijo Aramis—; no nos ha visto; no ve más que al rey. ¡Con qué ojos le mira el insolente! ¿Aborrecerá a Su Majestad tanto como a nosotros?

—¡Diantre! dijo Athos—. Nosotros le quitamos sólo a su madre: el rey le quitó su nombre y sus bienes.

—Es mucha verdad —respondió Aramis—; pero silencio, ya hablan al rey.

Efectivamente, el presidente Bradshaw interpeló al augusto acusado.

—Estuardo —le dijo—, escuchad la lista nominal de vuestros jueces, y haced al tribunal las observaciones que juzguéis oportunas.

El rey volvió la cabeza a otra parte, como si no hablaran con él. Esperó su respuesta el presidente, y como no diese ninguna, reinó un momento de silencio.

De los ciento sesenta y tres miembros designados, sólo podían responder sesenta y tres; los demás se habían abstenido de concurrir por no ser cómplices de tan horrible acto.

—Se procede a convocar a los jueces —dijo Bradshaw, sin hacer alto al parecer en la ausencia de las tres quintas partes de la asamblea.

Y comenzó a nombrar uno por uno a los miembros presentes y ausentes. Los primeros respondían con voz fuerte o débil, según eran el valor y la confianza que su opinión les inspiraba. Un corto instante de silencio seguía al nombre de los segundos, el cual era dos veces pronunciado.

Llegó su vez al coronel Fairfaix, y también reinó ese silencio corto, pero solemne, que probaba la ausencia de los que no habían querido tomar parte en el juicio.

—El coronel Fairfaix —repitió Bradshaw.

—¡Fairfaix! —respondió una voz burlona, que por su tono argentino revelaba pertenecer a una mujer—. Tiene sobrado talento para no venir aquí.

Una estrepitosa carcajada sucedió a estas palabras, pronunciadas con la audacia que sacan las mujeres de su propia debilidad, la cual las sustrae a toda clase de venganza.

—¡Es la voz de una mujer! —exclamó Aramis—. No sé qué daría porque fuese joven y bonita.

Y diciendo esto se subió al banco para mirar mejor a la tribuna de que había salido la voz.

—¡Bellísima es, por vida mía! —dijo Aramis—. Miradla, Artagnan; todos tienen los ojos fijos en ella, y a pesar de que Bradshaw también la mira, no ha perdido el color.

—Es lady Fairfaix en persona —dijo Artagnan—, ¿os acordáis de ella, Porthos? La vimos en casa del general Cromwell.

Pasado un instante restablecióse la calma, interrumpida por este extraño episodio, y continuó la lista.

—Esos tunantes levantarán la sesión cuando vean que no son bastante numerosos dijo el conde de la Fère.

—Poco les conocéis, Athos; advertid la sonrisa de Mordaunt, ved como mira al rey. ¿Es la mirada del hombre que teme que se le escape la víctima? No, no; es la sonrisa del odio satisfecho, de la venganza segura que podrá saciarse. ¡Ah, maldito basilisco! Memorable será para mí el día en que pueda cruzar contigo algo más que una mirada.

—En verdad que está hermoso el rey —dijo Porthos—; observad con qué esmero se ha vestido a pesar de hallarse prisionero. La pluma del sombrero vale cuando menos cincuenta doblones. Miradla, Aramis.

Terminada la lista, dio orden el presidente de pasar a la lectura del acto de acusación.

Athos perdió el color; otra vez le habían engañado sus esperanzas. A pesar de que el tribunal no constaba del suficiente número de miembros, iba a verse el proceso y por consiguiente el rey estaba condenado de antemano.

—Ya os lo previne, Athos —dijo Artagnan encogiéndose de hombros—, mas vos siempre dudáis. Armaos ahora de todo vuestro valor y hacedme el favor de

escuchar sin enardeceros mucho las horribles pequeñeces que se dispone a decir de su rey ese hombre vestido de negro, con autorización para ello.

En efecto, jamás se había visto ajada la majestad real por acusaciones más brutales, por injurias más bajas, por conclusiones más sangrientas. Hasta entonces no se había hecho más que asesinar a los reyes; a lo menos, sólo a sus cadáveres se habían prodigado insultos.

Oyó Carlos I el discurso del acusador con gran atención, dejando pasar las injurias, conservando en la memoria los cargos y contestando con una sonrisa de desprecio cuando se desbordaba el odio, cuando el acusador se convertía con anticipación en verdugo. Obra capital y terrible era verdaderamente aquella en que el infeliz rey veía transformadas sus imprudencias en asechanzas y en crímenes sus errores.

Artagnan, que escuchaba aquel torrente de injurias con todo el desdén de que eran dignas, reparó, sin embargo, en alguna que otra inculpación del acusador.

—Ello es —dijo—, que si es lícito castigar por imprudencias y ligerezas, ese pobre rey merece castigo; pero harto cruel me parece el que en este instante está sufriendo.

—Como quiera —respondió Aramis—, el castigo no puede recaer

sobre él, sino sobre sus ministros, puesto que la primera ley de la constitución inglesa dice: *El rey es infalible.*

—Yo por mí —pensaba mientras tanto Porthos, mirando a Mordaunt y atendiendo sólo a él—, si no fuera por turbar la majestad del acto, me tiraría de la tribuna abajo, me arrojaría en tres brincos sobre el señor Mordaunt, le ahogaría en mis brazos, le sujetaría por los pies y emprendería a golpes con todos esos miserables mosqueteros que quieren parodiar a los de Francia: puede que Artagnan, que tanto talento y oportunidad tiene, inventase luego algún modo de salvar al rey. Le hablaré del asunto.

Athos, inflamado el semblante, crispados los puños, ensangrentados los labios por sus propias mordeduras, se agitaba en su banco, enfurecido al ver aquel eterno insulto parlamentario y aquella prolongada paciencia real. Su inflexible brazo, su incontrastable corazón, se había convertido en un brazo trémulo, en un corazón palpitante.

En aquel momento terminaba el acusador su ministerio con estas palabras:

—«La presente acusación se hace por nos en nombre del pueblo inglés».

Siguiólas un murmullo de protesta en las tribunas, y otra voz, no de mujer como antes, sino la voz varonil y furiosa de un hombre, resonó a espaldas de Artagnan.

—Mientes —gritó—; las nueve décimas partes del pueblo inglés horrorízanse de lo que dices.

La persona que fuera de sí, en pie y con los brazos tendidos interpelaba de aquella manera al acusador público, era Athos.

Al oír tal apóstrofe, rey, jueces y espectadores volvieron los ojos hacia la tribuna en que se hallaban los cuatro amigos. Imitó Mordaunt el movimiento general y conoció al caballero en torno del cual estaban agrupados los otros tres france-

ses amenazadores. Sus ojos chispearon de alegría: acababa de encontrar a los hombres a cuya persecución y muerte consagrara toda su vida. Llamando con terrible ademán a unos veinte mosqueteros y señalando la tribuna en que se hallaban sus enemigos:

—¡Fuego! —dijo—. ¡Fuego a esa tribuna!

Mas asiendo entonces Artagnan a Athos por la mitad del cuerpo, con la rapidez del pensamiento, y empujando Porthos a Aramis, saltaron de las gradas abajo, se precipitaron a los corredores, bajaron velozmente las escaleras y confundiéronse entre la multitud, en tanto que los mosquetes amenazaban en el interior del salón a tres mil espectadores, cuyos gritos de misericordia, y cuyo tumultuoso temor, contuvieron el impulso de los brazos antes de que se realizase la descarga.

También había conocido Carlos a los cuatro franceses, y llevando una mano al corazón a fin de comprimir sus latidos, se cubrió con la otra los ojos para no ver la muerte de sus leales amigos.

Pálido Mordaunt y temblando de rabia, se precipitó fuera del salón con espada en mano a la cabeza de diez alabarderos. Recorrió detenidamente toda la concurrencia, se cansó y hubo de volverse sin encontrar lo que buscaba.

Inexplicable es el desorden que reinaba: más de media hora transcurrió sin que pudiera hacerse oír una voz, los jueces temían que los de las tribunas se arrojasen sobre ellos de un instante a otro; los de las tribunas miraban los mosquetes vueltos contra ellos, y divididos entre el temor y la curiosidad, permanecían en su sitio tumultuosos y agitados.

Al fin se restableció la tranquilidad.

—¿Qué podéis decir en vuestra defensa? —preguntó el presidente. Con la voz de un juez y no de un acusado, sin descubrirse y levantándose, no por efecto de humildad, sino por el del imperio, contestó Carlos I:

—Antes de interrogarme, respondedme. Yo estaba en Newcastle, libre y provisto de un tratado que celebré con las dos cámaras. En lugar de cumplir por vuestra parte las cláusulas de ese tratado que yo estaba cumpliendo por la mía, me comprasteis a los escoceses, no muy caro en verdad, lo cual hace honor a la economía de vuestro gobierno. Pero ¿suponéis que por haberme pagado como a un esclavo he dejado de ser vuestro rey? No. Responderos sería prescindir de mi dignidad. Sólo os responderé cuando justifiquéis los derechos que os asistan para preguntarme. Hacerlo ahora sería reconoceros como jueces y tan sólo os reconozco como verdugos.

Y en medio de un silencio de muerte, se volvió a sentar Carlos con igual serenidad y altivez y siempre cubierto.

—¡Ojalá estuvieran ahí mis franceses! —exclamó con orgullo volviendo los ojos a la tribuna que habían ocupado—. Verían que su amigo es digno de que le defiendan mientras viva y de que le lloren después de muerto.

Pero en balde sondeó las profundidades de la multitud y pidió, en cierto modo, a Dios que le devolviese su dulce y consoladora presencia: sólo vio rostros asombrados y tímidos, y conoció que estaba entregado al rencor y a la ferocidad de sus enemigos.

—Está bien —dijo el presidente, viendo cuan resuelto se hallaba Carlos a callar—: en hora buena, os juzgaremos, a pesar de vuestro silencio. Se os acusa de traición, de abuso de poder y de asesinato. Los testigos darán testimonio; marchaos; en la próxima sesión se hará lo que en esta os negáis a hacer.

Levantóse Carlos; y volviéndose a Parry le vio sumamente pálido y con los labios húmedos de sudor.

—¿Qué tienes, amigo Parry? —le preguntó—. ¿Por qué estás tan agitado?

—¡Ay, señor! —dijo Parry, bañados los ojos en lágrimas y con suplicante voz–—: no mire Vuestra Majestad a la izquierda cuando salga del salón.

—¿Por qué, Parry?

—¡Os ruego que no miréis, rey mío!

—¿Pues qué sucede?

—Habla —dijo Carlos echando una mirada por entre la fila de guardias que a sus espaldas tenía.

—Sucede..., pero no miréis, señor; sucede que han ordenado poner sobre una mesa el hacha con que ejecutan a los criminales. Es un espectáculo horrible: no volváis los ojos, os lo suplico.

—¡Imbéciles! —dijo Carlos—. ¿Creen que soy tan cobarde como ellos? Has hecho bien en avisarme; gracias, Parry.

Y cuando llegó el momento de retirarse salió el rey siguiendo a sus guardias.

En efecto, a la izquierda de la puerta brillaba con siniestros reflejos, producidos por el rojo tapiz en que estaba colocada, una luciente hacha cuyo mango había alisado la mano del ejecutor.

Denivose Carlos al estar junto a ella, y dijo sonriendo:

—¡Ja, ja! ¡El hacha! Ingenioso espanto, muy digno de los que ignoran lo que es un caballero! No, no me produces miedo, hacha del verdugo —añadió dándola con el delgado y flexible junco que llevaba en la mano—; recibe este golpe, mientras guardo con cristiana resignación que me lo devuelvas.

Y encogiéndose de hombros con regio desdén, prosiguió su camino, dejando asombrados a todos los que se habían apiñado alrededor de la mesa, para observar su fisonomía cuando viese el hacha que debía cortarle la cabeza.

—Perdóneme Dios, Parry—prosiguió el rey alejándose—, si no me toma esa gente por algún comerciante de algodones de las Indias, y no por un caballero acostumbrado, a ver brillar el hierro: ¿piensan que no valgo siquiera lo que un carnicero?

Pronunciando estas palabras llegó a la puerta donde se había agrupado gran muchedumbre de gente, que no habiendo encontrado sitio en las tribunas, quería por lo menos disfrutar del final del espectáculo, cuya parte más culminante había ya pasado. Aquella innumerable turba, en cuyas filas se mostraban mil amenazadoras fisonomías, arrancó al rey un ligero suspiro.

—¡Cuánta gente —pensó—, y ni un solo amigo leal!

Y al decir estas palabras de duda y desaliento, dijo a su lado una voz respondiendo a ellas:

—¡Salud a la majestad caída!

Volvióse el rey vivamente, con los ojos preñados de lágrimas.

Era un soldado viejo perteneciente a su guardia, que al verle pasar cautivo tributaba a su rey el último homenaje.

Pero en el mismo instante cayeron sobre él las empuñaduras de innumerables espadas.

Entre los que golpeaban al soldado, reconoció el rey al capitán Groslow.

—¡Ah! —dijo Carlos—. ¡Excesivo castigo es para falta tan pequeña! Y siguió su camino con el corazón oprimido: mas no había andado cien pasos, cuando asomando un energúmeno la cara por entre los soldados, escupió en el rostro del rey, como en otro tiempo escupiera un miserable y maldito judío a Jesús Nazareno.

Sonaron a la par prolongadas carcajadas y sombríos murmullos; la turba se apartó, se volvió a unir, onduló como un tempestuoso mar, y en semejante movimiento le pareció al rey que veía brillar en medio del animado oleaje los chispeantes ojos de Athos.

Limpióse el rostro y dijo con triste sonrisa:

—¡Desgraciado! Por media corona haría lo mismo con su padre. No se había equivocado, y en efecto, Athos y sus amigos seguían, confundidos entre el tropel, al rey mártir, dirigiéndole las últimas miradas.

Cuando el soldado saludó a Carlos, sintió Athos una indefinible alegría, y al pasar el infeliz junto a él pudo encontrar en su bolsillo diez guineas introducidas por el caballero francés; pero cuando el cobarde injuriador escupió en el rostro al monarca, Athos echó mano al puñal. Detúvole Artagnan y dijo con ronca voz:

—¡Aguarda!

Jamás había tuteado Artagnan a Athos ni al conde de la Fère. Athos se detuvo.

Tomó Artagnan su brazo, hizo seña a Porthos y Aramis de que no se alejaran y fue a ponerse a espaldas del hombre que, con los brazos desnudos, se estaba riendo todavía de su infame gracia, por lo cual le felicitaban algunos compañeros suyos.

Poco depués echó a andar en dirección de la City. Artagnan, apoyado siempre en el brazo de Athos, siguióle haciendo seña a Porthos y Aramis de que le imitaran.

El hombre, que tenía trazas de carnicero, bajó con otros dos compañeros por una pendiente y aislada calleja que conducía al río. Soltó Artagnan el brazo de Athos y partió tras él.

Al llegar a la orilla, notaron los tres hombres que les seguían; se pararon y miraron con insolencia a los franceses, empezaron a agitarse con expresiva pantomima.

—Yo no hablo el inglés, Athos —dijo Artagnan—; vos que lo sabéis me serviréis de intérprete.

Y apretando los cuatro el paso a estas palabras, se adelantaron a los ingleses, mas volviendo Artagnan de repente la cara, marchó hacia el carnicero, el cual se detuvo, y tocándole en el pecho con el dedo índice: —Repetidle esto, Athos — dijo a su amigo.

—«¡Eres un canalla; has insultado a un hombre indefenso, has mancillado el rostro de tu rey, vas a morir!»

Pálido como un espectro, tradujo Athos, a quien sujetaba Artagnan por las muñecas, estas palabras. El hombre, al ver tales preparativos, y las espantosas miradas del gascón, trató de ponerse a la defensiva. A este movimiento echó Aramis mano a la espada.

—¡Fuera ese acero, fuera ese acero! —gritó Artagnan—. Guardadle para un adversario más noble. Y asiendo al carnicero por la garganta—: Porthos —dijo––, acogotadme a este miserable de una sola puñalada.

Alzó Porthos su potente brazo, hízole silbar en el aire como una honda, y la pesada masa cayó con sordo ruido sobre el cráneo del cobarde, que del golpe quedó deshecho.

El hombre cayó como cae un buey de un hachazo.

Sus amigos quisieron gritar, quisieron huir, pero faltó la voz a sus labios, y sus trémulas piernas se negaron a su ejercicio.

—Decidles ahora —repuso Artagnan—: «Así morirán cuantos olviden que la cabeza de un hombre encadenado es sagrada, y que un rey cautivo es dos veces representante del Señor.»

Athos repitió las palabras de Artagnan.

Silenciosos miraron los dos hombres el cuerpo de su compañero que nadaba en un lago de negra sangre, y recobrando a un tiempo las fuerzas y la voz, huyeron dando un grito y juntando las manos.

—Queda cumplida la justicia —murmuró Athos enjugándose la frente.

—En adelante —dijo Artagnan a Athos—, no dudéis de mí, no os apuréis; yo me encargo de cuanto al rey concierne.

LXIX.— WHITE-HALL

Como era de suponer, el parlamento condenó a muerte a Carlos Estuardo. Casi nunca pasan los juicios políticos de ser meras formalidades, porque las mismas pasiones que impelen a acusar, mueven así mismo a condenar. Tal es la espantosa lógica de las revoluciones.

Esta sentencia, aunque ya la esperaban nuestros amigos, les llenó de dolor. Artagnan, cuyo espíritu nunca era más fecundo en recursos que en los más críticos trances, juró de nuevo intentar lo imposible para evitar el sangriento desenlace de aquella tragedia. Pero ¿a qué medios había de apelar? Cosa era ésta que sólo entreveía vagamente. Todo dependía de las circunstancias. Mas hasta tanto que se formase un plan completo, urgía impedir a toda costa, para ganar tiempo, que tuviera lugar la ejecución al día siguiente, que era el señalado por los jueces. No había más medio que hacer desaparecer al verdugo de Londres. Faltando éste, no podría ejecutarse la sentencia, y aunque sin duda enviarían a

llamar al de la ciudad más inmediata a Londres, se ganaba por lo menos un día, y en un día estribaba quizás en aquel caso la salvación del rey. Artagnan encargóse de esa dificilísima obra.

No menos esencial era avisar a Carlos Estuardo de que se iban a hacer tentativas para salvarle, para que secundase en lo posible a sus defensores o no hiciese por lo menos nada que pudiera contrariar sus proyectos. Aramis tomó a su cargo este peligroso paso. Carlos Estuardo tenía pedido que se concediese al obispo Juxon visitarle en su cárcel de White—Hall. Mordaunt había ido aquella misma tarde a casa del obispo para enterarle del religioso deseo expresado por el rey, así como de la autorización de Cromwell. Resolvió Aramis alcanzar del obispo, fuese por miedo o por persuasión, que le dejara penetrar en su lugar y revestido de sus sacerdotales insignias en el palacio de White-Hall.

Athos, por su parte, encargóse de preparar a todo evento lo necesario para salir de Inglaterra, tanto en caso de tener buen resultado la empresa como en el de frustrarse.

Luego que cerró la noche, se citaron en la posada para las once y se pusieron en campaña.

Guardaban el palacio de White—Hall tres regimientos y Cromwell, con incesante inquietud, le visitaba a menudo, o enviaba a sus generales y agentes.

Solo, y en la cámara que solía ocupar, iluminada por dos bujías, el monarca sentenciado a muerte contemplaba melancólicamente el lujo de su pasada grandeza, como se ve en los últimos momentos imagen de la vida más brillante y más dulce que nunca.

Parry, que no se alejó de su amo, no había cesado de llorar desde su condena.

Recostado Carlos Estuardo sobre una mesa, miraba un medallón en que estaban pintados los retratos de su esposa y de su hija. Aguardaba a Juxon, y después de Juxon el martirio.

A veces se detenía su pensamiento en los valientes caballeros franceses, que ya suponía estuviesen a cien leguas de distancia, y que le parecían seres fabulosos, fantásticos, semejantes a esas sombras que se ven en sueños y desaparecen con la luz de la mañana.

Y efectivamente, a menudo se preguntaba a sí mismo Carlos si era aquello un sueño, o por lo menos producto de un delirio febril. Cuando le asaltaba este pensamiento se levantaba, daba algunos pasos para desentorpecerse, e iba hasta la ventana; mas al llegar a ella, veía relucir abajo los mosquetes de los guardias, y tenía precisión de reconocer que estaba despierto, y que su sangriento ensueño era verdadero.

Volvía entonces silenciosamente a su sillón, se recostaba de nuevo en la mesa, apoyaba la cabeza en la palma de la mano y meditaba.

—¡Ah! —decía entre sí—. Si al menos tuviese yo por confesor a una de esas lumbreras de la Iglesia cuya alma ha sondeado todos los misterios de la vida, todas las pequeñeces de la grandeza, quizás ahogaría su acento la lamentable voz que en mi alma se eleva. Pero me darán un sacerdote de espíritu vulgar, a cuya carrera, a cuya fortuna me haya opuesto yo por desgracia. Me hablará de

Dios y de la muerte como a cualquier moribundo, sin conocer que este rey, que va a morir, deja su trono a un usurpador y a sus hijos sin pan.

Y acercando el retrato a sus labios balbuceaba uno tras otro los nombres de todos sus hijos.

La noche era nublada y sombría. Sonaban las horas lentamente en la próxima iglesia. La pálida claridad de las dos bujías llenaba la vasta cámara de espectros iluminados por caprichosos reflejos. Eran aquellos fantasmas los ascendientes del rey Carlos, destacándose de sus dorados marcos: eran aquellos reflejos los últimos resplandores, azulados y trémulos, de las ascuas del hogar que se iban apagando.

Apoderóse de Carlos una inmensa tristeza. Ocultó la frente entre sus manos; pensó en el mundo, tan bello cuando le abandonamos, o por mejor decir, cuando nos abandona; en las caricias de los hijos, tan gratas y tan suaves, especialmente cuando están separados de nosotros y no los hemos de volver a ver; en su esposa, noble y animosa criatura que hasta el último momento le había sostenido. Sacó de su pecho la cruz de diamantes y la placa de la Jarretiera que le enviara Enriqueta por conducto de los generosos franceses, y la besó; al pensar después en que su esposa no había de volver a ver aquellos objetos hasta que él yaciese frío y mutilado en una tumba, sintió circular por su cuerpo uno de esos helados escalofríos que envía la muerte por delante cual una mortaja.

Solo, con un pobre criado, cuyo débil espíritu no podía prestar valor a su alma, en aquel aposento que le representaba tantos regios recuerdos, por el que habían pasado tantos cortesanos y tanta adulación, el rey sintió decaer su valor al nivel de aquella flaqueza, de aquellas tinieblas, de aquel frío de invierno, y ¿lo diremos?, aquel monarca, que tan grande se mostró al morir, que marchó admirablemente al cadalso con la sonrisa de la resignación en los labios, enjugó en la oscuridad una lágrima que cayó sobre la mesa, y rodó sobre el tapiz bordado de oro.

De pronto oyéronse pasos en los corredores, abrióse la puerta, iluminaron varias antorchas el aposento con humeante resplandor, y un eclesiástico revestido del traje episcopal entró seguido de dos guardias, a quienes dirigió Carlos un imperioso ademán.

Retiráronse los guardias y el aposento volvió a su primitiva oscuridad.

—¡Juxon! —exclamó Carlos—. ¡Juxon! Gracias, mi buen amigo, llegáis a tiempo.

El obispo miró oblicuamente y con inquietud al hombre que sollozaba junto al hogar.

—Vamos, Parry —añadió el rey—, no llores: Dios viene a vernos.

—Si es Parry —dijo el obispo— nada tengo que temer. Permítame Vuestra Majestad que después de saludarle, le diga quién soy y a qué he venido.

Al ver y escuchar esto, fue a gritar Carlos Estuardo; pero Aramis se puso un dedo sobre los labios y saludó profundamente al rey de Inglaterra.

—¡Caballero! —exclamó Carlos.

—Sí, señor —interrumpió Aramis alzando la voz—; sí, soy el obispo de Juxon, fiel caballero de Cristo que accede a los deseos de Vuestra Majestad.

Carlos juntó asombrado las manos al reconocer a Herblay, quedándose estupefacto, confuso, ante aquellos hombres que siendo extranjeros y sin más móvil que el deber que su propia conciencia les imponía, luchaban de este modo contra la voluntad de un pueblo y contra el destino de un rey.

—¡Vos! —exclamó—. ¡Vos! ¿Cómo habéis podido llegar hasta aquí? ¡Dios mío! Si os conocen sois perdido.

Parry permanecía de pie, toda su persona revelaba la más cándida y profunda admiración.

—No penséis en mí, señor —dijo Aramis encargando otra vez silencio al rey con un ademán—, pensad sólo en vos; ya veis que vuestros amigos velan; todavía no sé lo que haremos, pero cuatro hombres resueltos pueden mucho. Entretanto no cerréis los ojos esta noche, de nada os extrañéis y esperadlo todo.

—Carlos sacudió la cabeza.

—Amigo —respondió—. ¿Sabéis que no tenéis tiempo que perder y que habéis de daros prisa si traéis algo entre manos? ¿Sabéis que debo morir mañana a las diez?

—De ahora a entonces, señor sucederá una circunstancia que imposibilitará la ejecución.

El rey miró a Aramis con sorpresa.

En aquel instante sonó al pie de la ventana un ruido singular como el que haría una carreta de leña al descargarse.

—¿Oís? —preguntó el rey.

A este ruido siguió un grito de dolor.

—Ya oigo —contestó Aramis—, mas no comprendo qué ruido sea ése ni de qué provenga ese grito.

—Ignoro quién haya dado el grito —repuso el rey—, mas os voy a explicar el ruido. ¿Sabéis que debo ser ejecutado al frente de esta ventana? —añadió Carlos alargando la mano hacia la sombría y desierta plaza poblada sólo de soldados y centinelas.

—Sí, señor —dijo Aramis.

—Pues esas maderas son las vigas y los tablones con que se ha de hacer el patíbulo. Sin duda se habrá herido algún operario al descargarlas.

Aramis se estremeció involuntariamente.

—Ya veis —dijo Carlos—, que es vano obstinaros más; estoy condenado, dejadme sufrir mi suerte.

—Señor —repuso Aramis recobrando la calma que un instante le faltara—, podrán alzar el cadalso, mas no encontrarán ejecutor. —¿Qué queréis decir? —preguntó el rey.

—Que obligaremos al verdugo, ya por seducción o por fuerza, a no presentarse; y habrán de diferir la ejecución para pasado mañana. —¿Y entonces?

—Mañana por la noche os sacaremos de este lugar.

—¿Cómo? —exclamó el rey, cuyo rostro se iluminó a su pesar con un relámpago de alegría.

—¡Ay, señor! —exclamó Parry juntanto las manos—. ¡El cielo os bendiga a vos y a vuestros amigos!

—¿Cómo? —repitió el rey—. Necesito saberlo para secundaros si es menester.

—Aún no lo sé —dijo Aramis—, pero el más hábil, el más animoso y el más resuelto de nosotros cuatro me ha dicho al separarse de mí: «Decid al rey, caballero, que mañana a las diez de la noche le salvaremos». Cuando lo ha prometido lo hará.

—¿Cómo se llama ese generoso amigo? Nombrádmele y le profesaré un eterno agradecimiento, ora se lleve a cabo su plan, ora se malogre.

—Se llama Artagnan, señor, y es el mismo que estuvo a punto de libertaros, cuando llegó tan inopinadamente el coronel Harrison.

—Sois en verdad seres extraordinarios —dijo el rey—. Si me hubiesen contado tales cosas no las hubiera creído...

—Ahora, señor —añadió Aramis—, oídme con atención no olvidéis un solo instante que nos desvelamos por salvaros: espiad y escuchad, comentad el menor gesto, el menor cántico, la menor seña de cuantas personas se os acerquen.

—¡Oh! —murmuró el rey—. ¡Qué podré responderos! Ninguna palabra, aunque saliera de lo más profundo de mi corazón expresaría bien mi agradecimiento. No os diré que salváis a un rey, si me salváis; no, harto mezquina cosa es la corona vista desde donde yo la veo, desde el cadalso; pero conserváis un esposo a su esposa, un padre a sus hijos. Tomad esta mano, caballero Herblay; es la de un amigo que os amará hasta el último suspiro.

Fue Aramis a besar la mano del rey, mas éste cogió la suya y la llevó a su corazón.

En aquel momento entró un hombre sin llamar a la puerta. Quiso Aramis retirar su mano, y el rey le detuvo.

Era el recién venido uno de esos puritanos semisacerdotes, semisoldados, que pululaban en torno de Cromwell.

—¿Qué se ofrece? —preguntó el rey.

—Deseo saber si ha terminado la confesión de Carlos Estuardo.

—¿Qué os importa? —replicó éste—. No somos de la misma religión.

—Todos los hombres son hermanos míos —dijo el puritano—. Va a morir uno y deseo exhortarle a la muerte.

—Basta —interrumpió Parry—, para nada necesita el rey de vuestras exhortaciones.

—Señor dijo en voz baja Aramis—; no lo exasperéis, indudablemente es un espía.

El rey contestó en vista de esta observación:

—Después de oír al reverendo doctor y obispo, os oiré con gusto, caballero.

Retiróse el puritano mirando torcidamente al supuesto Juxon con una atención que no dejó de advertir Carlos.

—Creo que tenéis razón —dijo luego que volvió a cerrarse la puerta—, y que ese hombre no ha venido aquí con buenas intenciones; cuidad no os suceda alguna desgracia al retiraros.

—Doy gracias a Vuestra Majestad —contestó Aramis—, pero no hay miedo: bajo este traje traigo una cota de malla y un puñal.

—Idos, pues, y que Dios os tenga en su santa guarda, como decía yo cuando era monarca.

Salió Aramis acompañándole Carlos hasta la puerta. A sus bendiciones se inclinaron los guardias, por entre los cuales pasó majestuosamente, y después de atravesar algunas piezas preñadas de soldados, subió al coche, escoltado por dos de éstos, que no se separaron hasta dejarle en el obispado.

Juxon le esperaba con ansiedad.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó al verle.

—Todo ha salido a medida de mi deseo; espías, guardias y satélites me han equivocado con vos, y el rey os bendice esperando que vos le hagáis lo propio.

—Dios os proteja, hijo mío; vuestro ejemplo me infunde a la par esperanza y valor.

Púsose Aramis su vestido y su capa y se marchó, previniendo a Juxon que aún recurriría otra vez a él.

Apenas había andado diez pasos por la calle cuando notó que le seguía un hombre embozado en una ancha capa: echó mano a su puñal y se paró. El hombre marchó en derechura hacia él. Era Porthos.

—¡Amigo Porthos! —dijo Aramis presentándole la mano.

—Ya veis —respondió Porthos—, que cada cual tenía su misión. La mía era el defenderos y para eso os he seguido. ¿Habéis visto al rey?

—Sí, todo marcha bien. ¿Dónde están los amigos?

—Nos hemos citado para las once en la posada.

—Pues no hay que perder tiempo.

Efectivamente, daban las diez y media en la iglesia de San Pablo. Más habiendo apresurado el paso los dos compañeros, llegaron aún antes que los otros.

Athos entró a poco tiempo.

—Todo va bien —dijo sin dar tiempo a sus amigos para interrogarle.

—¿Qué habéis hecho? —dijo Aramis.

—He fletado un falucho, estrecho como una piragua, veloz como una golondrina, el cual debe esperarnos en Greenwich, frente a la isla de los Perros. Le gobiernan un patrón y cuatro hombres que por el precio de cincuenta libras esterlinas estarán a nuestra disposición tres noches consecutivas. Luego que nos encontremos a bordo con el rey, aprovechamos la marea, bajamos por el Támesis y en dos horas estamos en alta mar. Entonces, imitando a los piratas, vamos costeando, tomamos puerto en parajes desiertos, y si vemos libre el mar ende-

rezamos a Boulogne. Si me matan, el patrón se llama el capitán Rogers y el falucho *Relámpago.* Con estos datos os será fácil encontrarlos. La señal convenida para reconocernos es un pañuelo anudado por las cuatro puntas.

Un instante después entró Artagnan y dijo:

—Vaciad esos bolsillos hasta reunir cien libras esterlinas, pues los míos —repuso volviéndolos del revés—, están ya enteramente desocupados.

En un momento se juntó la cantidad pedida: Artagnan se marchó y volvió un instante después.

—¡Vaya!, ya está hecho; no sin trabajo por cierto... ¡Uf! —¿Ha salido de Londres el verdugo? —preguntó Athos.

—No faltaba más: esto no era seguro: podía irse por una puerta y entrar por otra.

—¿Pues dónde está?

—En la cueva.

—¿En cuál?

—En la del huésped. Mosquetón se ha sentado en el umbral y yo tengo aquí la llave.

—¡Bravo! —dijo Aramis—. ¿Y cómo le habéis persuadido?

—Como se convence a todo el mundo; con dinero. Caro me ha costado, pero al fin convino en ello.

—¿Cuánto le habéis dado? —preguntó Athos—. Decidlo, ahora ya somos algo más que unos humildes mosqueteros, y todos los gastos deben ser a escote.

—Le he dado doce mil libras —dijo Artagnan.

—¿Doce mil? —repuso Athos—. ¿Poseéis tal vez esa cantidad.

—¿Y el famoso diamante de la reina? —preguntó el gascón dando un suspiro.

—Es cierto —observó Aramis—: me pareció haberos visto otra vez puesta la sortija.

—¿Qué? ¿La rescatasteis de manos del señor Des-Essarts? —interrogó Porthos.

—Sí por Dios —respondió Artagnan—, pero está escrito que no he de poder conservarla. ¿Qué queréis? Ya veo que los diamantes tienen simpatías y antipatías como los hombres, y parece que ése no me aprecia.

—Todo eso es muy bueno —dijo Athos—, y nos libra del verdugo; pero no hay verdugo que no tenga un criado, un ayudante.

—También éste lo tenía, pero la suerte nos ayuda.

—¿Pues cómo?

—Cuando yo creía necesario entablar otra negociación, vi penetrar a mi hombre con un muslo roto. Movido por un exceso de celo al acompañar la carreta que condujo hasta las ventanas del rey las vigas y tablones del patíbulo, una de las primeras cayósele encima.

—¡Ya! —dijo Aramis—. Por eso oí yo un grito desde el aposento del rey.

—Probablemente sería por eso —añadió Artagnan—; pero el hombre a fuer de prudente, prometió al retirarse enviar en su lugar cuatro operarios diestros para auxiliar a los que ya están trabajando, y al volver a casa de su patrón escribió, aunque herido, en el mismo instante a un carpintero amigo suyo llamado Tom Lowe para que pasase a White-Hall a cumplir su promesa. Aquí está la epístola que enviaba con un mandadero, a quien prometió por esta comisión diez peniques, y que me la ha vendido por un luis.

—¿Y qué diablos deseáis hacer de esa carta? —preguntó Athos.

—¿No lo adivináis? —dijo Artagnan, clavando en él sus penetrantes ojos.

—No por mi fe.

—Pues bien, querido Athos; vos que habláis inglés como el mismo

John Bull, sois maese Tom Lowe y,nosotros somos vuestros tres compañeros; ¿comprendéis ahora?

Athos exhaló un grito de alegría y admiración, corrió a su gabinete y sacó vestidos con que se disfrazaron inmediatamente los cuatro, lo cual hecho salieron de la posada, Athos con una sierra, Porthos con una alzaprima, Aramis con un hacha, y Artagnan con un martillo y clavos.

La carta del ayudante del verdugo atestiguaba que ellos eran los mismos que esperaba el maestro carpintero.

LXX.— LOS OPERARIOS

Como a las doce de la noche oyó Carlos gran ruido al pie de su balcón; producíanle muchos martillazos y hachazos, el crujido de una alzaprima y el rechinar de una sierra.

Habíase echado vestido sobre el lecho y empezaba ya a dormirse cuando le despertó este ruido; y como además de su sonido material tenía un eco moral y terrible en su alma, le acometieron de nuevo los horrorosos pensamientos de la tarde anterior. Solo, en medio de las tinieblas, no tuvo ánimo para sufrir esta tortura, que no estaba en el programa de su suplicio, y envió a Parry a decir al centinela que rogase a los operarios dieran golpes menos fuertes y respetaran el último sueño del que había sido su rey.

El centinela no quiso abandonar su sitio, mas permitió a Parry que pasara.

Cuando llegó frente a la ventana, después de dar vuelta al palacio, vio Parry un ancho andamio que se elevaba hasta el mismo balcón, cuyo antepecho arrancaron. Aún no estaba concluido el tablado; pero ya empezaban a clavar alrededor de él una colgadura de sarga negra.

Como de la ventana al suelo había una distancia de unos veinte pies, el cadalso tenía dos pisos interiores. Por mucho que le repugnase semejante espectáculo, se resolvió Parry a buscar entre los ocho o diez operarios que construían la siniestra armazón, a los que más podían incomodar con su ruido al rey; y, sobre el segundo piso vio dos hombres arrancando con una alzaprima los últimos garfios de la barandilla. Era el uno un coloso, digno sustituto del ariete antiguo, cuyo

destino era derribar murallas. A cada golpe de su instrumento volaban las piedras en mil pedazos. El otro permanecía de rodillas y las echaba fuera.

No había duda en que ellos eran los que causaban el ruido que tanto molestaba al rey.

Subió Parry la escalera y se acercó a ellos.

—Compañeros —les dijo—, ¿queréis trabajar sin tanto estrépito? Os lo suplico; el rey está descansando y necesita dormir.

El de la alzaprima interrumpió su tarea y volvió la cabeza; pero como permanecía de pie, Parry no pudo distinguir sus facciones en medio de la oscuridad que era más profunda junto al techo. El otro se volvió también, y hallándose más próximo al farol por estar de rodillas dejó ver su rostro a Parry.

Miróle fijamente y se llevó un dedo a los labios. Parry retrocedió con asombro.

—Bien está —dijo el trabajador con excelente inglés; anda y di al rey que si duerme mal esta noche, la venidera dormirá mejor.

Estas brutales palabras, que tomadas literalmente tenían un sentido terrible, fueron recibidas por los demás operarios con una explosión de salvaje alegría.

Parry retiróse creyendo que soñaba. Ya le esperaba Carlos con impaciencia.

El centinela de la puerta se asomó movido de la curiosidad de ver lo que hacía el rey.

El rey permanecía recostado de codos sobre el lecho.

Cerró Parry la puerta, y dirigiéndose al monarca con el rostro radiante de júbilo.

—Señor —le dijo en voz baja—: ¿sabéis quiénes son esos operarios que tanto ruido meten?

—No —respondió Carlos moviendo melancólicamente la cabeza—: ¿cómo queréis que lo sepa? ¿Conozco yo por ventura a esos hombres?

—Señor —repuso Parry bajando aún más la voz y acercándose al lecho de su amo—: señor, son el conde de la Fère y su compañero.

—¡Construyendo mi patíbulo! —murmuró el rey.

—Sí y abriendo al mismo tiempo un agujero en la pared.

—¡Chist! —dijo el rey mirando estremecido en torno suyo—. ¿Los has visto?

—Les he hablado.

Juntó el rey las manos y alzó los ojos al cielo, rezó una corta y ferviente plegaria, y saliendo de la cama marchó a la ventana, cuyas cortinas descorrió; aún había centinelas a la parte de afuera, y más allá se extendía una plataforma, sobre la cual veíanse pasar fantásticas figuras.

Nada pudo divisar Carlos; pero sintió bajo sus pies la conmoción de los golpes que daban sus amigos, y cada uno vibraba con fuerza en su corazón.

No estaba equivocado Parry cuando creyó reconocer a Athos; él era en efecto. Auxiliado por Porthos estaba abriendo un agujero en que debía descansar una de las vigas transversales.

Comunicaba este agujero con un tambor practicado bajo el pavimento de la cámara real. Desde este tambor, semejante a un entresuelo de muy poca altura, se podía con una alzaprima y un par de hombros buenos, lo cual atañía a Porthos, levantar un trozo del techo; salía el rey por aquel hueco, entraba con sus libertadores en el cadalso, cubierto enteramente de tela negra, se disfrazaba de trabajador, para lo cual ya le tenían un traje preparado, y bajaba sin afectación con sus cuatro amigos.

No sospechando nada los centinelas, y creyendo que volvían del trabajo, los dejarían pasar.

Ya hemos dicho que el falucho estaba dispuesto.

Este plan era vasto, sencillo y fácil, como todos los que son efecto de una resolución atrevida.

Estaba, pues, Athos estropeando sus hermosas manos, tan blancas y tan finas, en quitar las piedras que sacaba Porthos de su base. Ya podía pasar la cabeza por entre los adornos de la parte inferior del balcón. Con dos horas más de trabajo pasaría todo el cuerpo; antes del amanecer estaría terminado todo el agujero y desaparecería bajo los pliegues de una colgadura interior que debía poner Artagnan. Habíase fingido éste operario francés, y ponía clavos con la regularidad del más inteligente tapicero. Aramis, entretanto, cortaba el excedente de la sarga que pendía hasta el suelo, y tras la cual se ocultaba la armazón del cadalso.

Brilló al fin la luz del día en los tejados de Londres, grandes fogatas de carbón de tierra y de leña habían ayudado a los trabajadores a pasar la fría noche del 29 al 30 de enero, y los más empeñados en su obra se interrumpieron mil veces durante su transcurso para calentarse. Solamente Athos y Porthos no suspendieron su tarea; a los primeros albores de la mañana estaba terminado el agujero.

Athos penetró en él llevando envueltos en un pedazo de tela vestidos destinados al rey, diole Porthos su alzaprima, y Artagnan clavó (lujo grande pero sumamente útil) una colgadura de sarga interior, tras de la cual desaparecieron el agujero y el que dentro se encontraba.

Sólo necesitaba Athos dos horas para ponerse en comunicación con el rey; y los cuatro amigos, según sus cálculos, tenían por suyo todo el día, porque faltando el verdugo, sería menester ir a buscar el de Bristol.

Fuese Artagnan a vestir su traje color de castaña, y Portos su jubón colorado, en tanto que Aramis pasaba a casa de Juxon, a fin de penetrar con él, si era posible, en el aposento del rey.

Todos estaban citados a las doce en la plaza de White—Hall a fin de ver lo que pasara.

Antes de alejarse del cadalso, fue Aramis al hueco en que estaba oculto Athos, y le manifestó que iba a procurar ver otra vez al rey Carlos.

—Adiós, pues, y valor —le dijo Athos—; referid al rey el estado de las cosas, decidle que cuando se halle solo dé un golpe en el suelo para que continúe yo con seguridad mi trabajo. Si pudiese Parry ayudarme quitando antes la piedra inferior de la chimenea, que sin duda será de mármol, eso tendríamos adelanta-

do. Vos, Aramis, haced lo posible para no apartaros del rey. Hablad alto, muy alto, porque os oirán desde la puerta. Si hay algún centinela en el interior del aposento, matadle sin andaros en contemplaciones. Si hay dos, que Parry mate a uno y vos al otro; si hay tres, defendeos hasta que os maten, pero librad al rey.

—Perded cuidado —dijo Aramis—; llevaré dos puñales y daré uno a Parry. ¿Hay más?

—No, marchad, mas encargad mucho al rey que no haga alarde de una vana generosidad, que huya mientras lucháis vos, si llega a haber combate; vuelta la lápida en su lugar y colocado vos vivo o muerto sobre ella, tardarán cuando menos diez minutos en descubrir el camino por donde ha de evadirse, en cuyo intermedio.andaremos mucho y se salvará el rey.

—Se hará como decís, Athos; venga esa mano; quizá no nos volvamos a ver.

Athos rodeó con sus brazos el cuello de Aramis.

—Recibid este abrazo. Si muero, decid a Artagnan que le he querido como a un hijo, y abrazadle en mi nombre.

—Adiós —dijo Aramis—, estoy tan seguro ahora de la fuga del rey, como de que en este momento estrecho la mano del hombre más noble del mundo.

Con esto separóse de Athos, bajó del cadalso, y volvió a su posada silbando una canción compuesta en loor de Cromwell. Halló a sus dos compañeros junto a una buena lumbre, desocupando una botella de vino de Oporto y devorando una gallina fiambre. Porthos fulminaba mientras comía injuria sobre injuria contra los infames parlamentarios; Artagnan comía en silencio, pero combinando en su imaginación los más atrevidos proyectos.

Manifestóle Aramis lo que se había resuelto; Artagnan lo aprobó con un movimiento de cabeza, y Porthos de viva voz.

—¡Bravo! —murmuró—; además, allá estaremos nosotros en el momento de la fuga; tras del patíbulo se puede uno esconder muy bien, y en aquel sitio iremos a situarnos. Entre Artagnan, yo, Grimaud y Mosquetón, matamos por lo menos ocho; no hablo de Blasois, que sólo sirve para cuidar caballos. A dos minutos por hombre son cuatro minutos; Mosquetón perderá uno, son cinco, entretanto podéis andar un cuarto de legua.

Aramis tomó con rapidez un bocado, bebió un vaso de vino y se mudó.

—Ahora —dijo— voy a casa de su gracia. Preparad las armas, Porthos; cuidad bien del verdugo, Artagnan.

—No hay temor; Grimaud ha relevado a Mosquetón, y está guardándole.

—No importa; aumentad si es posible vuestra vigilancia; no estéis parado un momento.

—Parado, ¿eh? Preguntad a Porthos; no vivo, no me hallo sino de pie: parezco un bailarín. ¡Diantre! ¡Qué amor me inspira Francia en este momento, y qué bueno es tener una patria propia, cuando tan mal va en la ajena!

Despidióse Aramis de sus compañeros como de Athos, esto es, abrazándoles y marchó a ver al obispo Juxon, a quien hizo presente su petición. Con tanta mayor facilidad consintió Juxon en llevarle consigo, cuanto que había de necesi-

tar de un ayudante en caso de que el rey quisiese comulgar, lo cual era seguro, y sobre todo en caso de que quisiera oír misa, lo cual era probable.

Subió, pues, el obispo al coche, vestido como Aramis la noche precedente, y éste se colocó junto a él, aún más disfrazado por su palidez y melancolía que por su traje de diácono. El carruaje paró a la puerta de White—Hall a esto de las nueve de la mañana. Nada había variado en la apariencia: las antesalas y corredores estaban llenos de soldados, como la víspera. Dos centinelas custodiaban la puerta del rey; otros dos se paseaban delante del balcón sobre la plataforma del tablado, en el cual estaba ya colocado el tajo.

La esperanza que animaba al rey se trocó en júbilo al volver a ver a Aramis. Abrazó a Juxon y dio un apretón de manos a Herblay. El obispo habló al rey en voz alta y a presencia de todos como en su entrevista anterior. Contestóle Carlos que las palabras que en aquella entrevista oyera, habían producido su fruto y que deseaba tener otra conversación semejante con él. Juxon se volvió entonces a los circunstantes y le rogó le dejasen solo con el rey.

Retiráronse todos.

—Señor —dijo Aramis con rapidez así que hubo cerrado la puerta—, señor, os habéis salvado. Ha desaparecido el verdugo de Londres, su ayudante se partió una pierna anoche al pie de la ventana. El fue quien dio aquel grito que oímos. Ya habrán notado la desaparición del ejecutor, pero tienen que ir a Bristol a buscar otro, y para eso precisa tiempo. Podemos disponer cuando menos del día de hoy.

—¿Y el conde de la Fère? —preguntó el monarca.

—A dos pies de distancia, señor; dad tres golpes con la badilla del hogar y oiréis su respuesta.

Cogió el rey con trémula mano el instrumento y dio tres golpes, uno tras otro. Otros golpes sordos y acompasados respondieron al momento a la señal, resonando bajo el pavimiento.

—Y el que me contesta —dijo el rey— es...

—El conde de la Fère, señor; está preparando el camino para que huya Vuestra Majestad. Parry levantará esa losa de mármol y quedará abierto el paso.

—No tengo aparato para hacerlo —observó Parry.

—Tomad este puñal, pero cuidad de no embotarle mucho, pues quizás os deba servir para otra cosa que levantar piedras.

—¡Oh, Juxon —murmuró Carlos dirigiéndose al obispo y cogiéndole entrambas manos—. Juxon, acordaos de la súplica que os va a hacer el que fue vuestro rey.

—El que lo es aún y lo será siempre —dijo Juxon besando la mano al príncipe.

—Rogad a Dios toda vuestra vida por este caballero que veis, por ese otro que oís bajo nuestras plantas, y por otros dos que, por dondequiera que se encuentren, sé de cierto que se desvelan por mi salvación.

—Señor —respondió Juxon—, seréis obedecido. Cada día de mi vida ofreceré a Dios una oración por los leales amigos de Vuestra Majestad.

Aún continuó su trabajo el conde por algún tiempo, acercándose más y más a la habitación. Pero de pronto se oyó un inesperado ruido en la galería, y Aramis hízole señal de que suspendiese su obra.

Causaba este ruido cierto número de pasos iguales y acompasados. Quedáronse inmóviles los cuatro circunstantes, y fijaron la vista en la puerta, la cual se abrió lentamente y con una especie de solemnidad.

En el cuarto que precedía al del rey se veían dos filas de soldados, un comisario del parlamento vestido de negro y con una gravedad de mal agüero, entró y saludó al monarca, y desenrollando un pergamino, le leyó su sentencia, conforme se acostumbra con los reos que van a marchar al patíbulo.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Aramis a Juxon.

Éste le hizo una señal dándole a entender que también lo ignoraba.

—¿Conque ello ha de ser hoy? —preguntó el rey con una emoción perceptible sólo para Juxon y Aramis.

—¿Pues no sabéis, señor, que había de ser esta mañana? dijo el hombre de lo negro.

—¿Debo perecer como un criminal ordinario a manos del verdugo de Londres?

—El verdugo ha desaparecido de la ciudad —dijo el comisario del parlamento––, mas un hombre se ha ofrecido a ejercer su ministerio. Sólo se retardará, pues, la ejecución el tiempo que pidáis para poner en orden vuestros negocios temporales y espirituales.

Un ligero sudor que brotó en la raíz de sus cabellos fue la única prueba de emoción que dio Carlos al recibir esta noticia.

Aramis se puso lívido. Su corazón dejó de latir; cerró los ojos y apoyó las manos sobre una mesa. Al ver tan profundo dolor, Carlos olvidó al parecer el suyo propio.

—Vamos —le dijo con dulce y tierna sonrisa—, tened valor, amigo. Marchó hacia él, le cogió la mano y le abrazó.

Y volviéndose al comisario, añadió:

—Estoy pronto. Sólo deseo dos cosas que no creo os causen largo retraso: la primera es comulgar, y la segunda, abrazar a mis queridos hijos y despedirme de ellos por última vez. ¿Me será lícito hacerlo?

—Sí, señor —respondió el comisario.

Y salió del cuarto.

Aramis se destrozaba las carnes con las uñas, y lanzaba prolongados gemidos.

—¡Oh, señor! —exclamó asiendo las manos de Juxon—. ¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Dios?

—Hijo —respondió con firmeza el obispo—, no le veis porque os le ocultan las pasiones de la tierra.

—No te entristezcas así, hijo mío —dijo el rey a Aramis—. ¿Preguntas dónde está Dios? Está mirando tu lealtad y mi martirio, y créeme, uno y otro tendrán su

recompensa; acusa, pues, de lo que pasa a los hombres y no a Dios. Los hombres son los que me matan, los hombres son los que te hacen llorar.

—Sí, señor —contestó Aramis—, sí, tenéis razón, a los hombres debo acusar y acusaré.

—Sentaos, Juxon —dijo Carlos cayendo de rodillas—; aún os falta oírme, aún me falta confesarme. No os marchéis —continuó dirigiéndose a Aramis que estaba haciendo un movimiento para retirarse—; quedaos, Pan¯y; nada tengo que decir, ni aun en el secreto de la penitencia, que no pueda decirse a la faz de todos; quedaos, mi único sentimiento es que no pueda oírme el mundo entero como vos y con vos.

Sentóse Juxon, y doblando el rey las rodillas como el más humilde penitente empezó su confesión.

LXXI.— REMEMBER

Concluida la real confesión, comulgó Carlos, y pidió que le dejaran ver a sus hijos. Daban las diez; no se había equivocado el rey al decir que no sería largo el retraso.

El pueblo, sin embargo, se hallaba ya impaciente; sabíase que la hora de las diez era la señalada para la ejecución, y la turba se iba agrupando en la calles adyacentes a palacio, y el rey empezaba a oír el lejano ruido que forman las masas populares y el mar, cuando agitan a las unas sus pasiones y al otro sus tempestades.

Entraron en la cámara los hijos del rey; la princesa Carlota, rubia, hermosa y con los ojos bañados en lágrimas, y el duque de Gloucester, niño de ocho a nueve años, cuyo naciente orgullo se revelaba en sus secos ojos y en su labio superior desdeñosamente contraído. Había llorado toda la noche, mas delante de la gente no lloraba.

Sintió Carlos deshacerse su corazón ante aquellos dos niños, a quienes volvía a ver después de dos años de separación, en el instante de morir. Brotó de sus ojos una lágrima, pero apartó la cabeza para enjugarla, pues quería parecer fuerte a los dos huérfanos, a quienes sólo legaba por herencia sufrimientos y desgracias.

Dirigióse primero a la niña, y acercándola a sí, le encargó mucha piedad, mucha resignación y mucho amor filial; pasando en seguida al joven duque de Gloucester, le sentó sobre sus rodillas para poder a la par estrecharle contra su corazón y besar su cara.

—Hijo mío —le dijo—, al venir aquí habréis visto en las calles y en las antecámaras mucha gente; no olvidéis nunca que esa gente va a cortar la cabeza de vuestro padre. Tal vez llegue un día en que estando en medio de ellos y teniéndoos en su poder, quieran haceros rey con exclusión del príncipe de Gales o del duque de York, que son vuestros primogénitos y que se encuentran el uno en Francia y el otro no sé dónde, pero no sois rey, hijo mío, y no podéis serlo sin que ellos

mueran. Juradme, pues, que no os dejaréis coronar sin legítimos derechos, porque algún día, no lo olvidéis, hijo mío, algún día, si tal hicierais, rodarían

vuestra corona y vuestra cabeza, y no podríais morir tranquilo y sin remordimientos como yo muero. Prometédmelo, hijo mío.

Colocó el niño su manecita entre las de su padre, y dijo:

—Señor, juro a Vuestra Majestad...

Carlos interrumpióle, y le dijo:

—Llámame padre, Enrique.

—Padre —repuso el niño—, os juro que antes me dejaré matar que permitir que me coronen.

—Bien, hijo querido —dijo Carlos—. Abrazadme ahora los dos y no me olvidéis jamás.

—¡Oh! No, ¡jamás! —gritaron entrambos niños arrojándose al cuello de su padre.

—Adiós —exclamó Carlos—, adiós, hijos míos. Lleváoslos, Juxon; sus lágrimas me quitarían el valor que para morir necesito.

Arrancó Júxon a los pobres niños de los brazos de su padre y entrególos a sus conductores.

Abriéronse después las puertas y se permitió al público que entrase.

Cuando el monarca se vio en medio de la turba de guardias y de curiosos que empezaban a invadir el aposento, recordó lo poco distante que se hallaba el conde de la Fère, sin poder verle, y conservando tal vez esperanzas de salvarle.

Temía que el menor ruido le pareciese una señal y que se descubriere Athos volviendo a su trabajo. Procuró, pues, permanecer inmóvil y contuvo con su ejemplo a todos los concurrentes.

No se equivocaba el rey. Efectivamente, Athos estaba a sus pies, aplicando el oído y desesperado por no oír la seña; a veces cedía a su impaciencia y empezaba a desmoronar otra vez las piedras, pero al punto le detenía el recelo de que le oyesen.

Dos horas duró esta horrible inacción. En la cámara real reinaba un silencio de muerte.

Resuelto al fin a averiguar la causa de aquella sombría y muda tranquilidad, turbada sólo por el inmenso rumor de la turba, entreabrió la colgadura que tapaba el boquerón en que se ocultaba y descendió al piso superior del cadalso. Apenas distaba cuatro pulgadas de su cabeza el tablado que se extendía al nivel del balcón.

Aquel estrépito que sólo había oído sordamente hasta entonces, y que a la sazón llegó a él siniestro y amenazador, le hizo estremecerse.

Marchó hasta la extremidad del cadalso, entreabrió la negra colgadura y divisó una fila de soldados de a caballo cercando la terrible armazón; otra fila de partesaneros más allá de los jinetes; más allá otra de mosqueteros, y después las cabezas del pueblo, que agitábase y mugía como el alborotado Océano.

—¿Qué habrá sucedido? —dijo Athos, más trémulo que la negra sarga cuyos pliegues apretaba entre sus manos—. Se agolpa el pueblo, los soldados están

sobre las armas, y entre los espectadores que tienen la vista fija en la ventana veo a Artagnan; ¿qué espera?, ¿qué mira? ¡Gran Dios! ¿Habéis dejado escapar al verdugo?

Sonó de pronto en la plaza el sordo y fúnebre redoble del tambor, y sobre su cabeza sintió Athos un prolongado y fuerte ruido de pasos; parecióle que dentro de White—Hall se agitaba una larga procesión, poco después oyó crujir las mismas tablas del cadalso. Lanzó la última ojeada a la plaza, y por la actitud de los espectadores comprendió lo que todavía le impedía adivinar un resto de esperanza albergado en lo profundo de su corazón.

Cesó enteramente el murmullo. Todos los ojos permanecían fijos en el balcón de White—Hall. Entreabierta la boca, suspenso el aliento, conocíase que los circunstantes aguardaban algún terrible espectáculo.

Los pasos que había oído Athos en la cámara del rey desde el lugar que debajo de ella ocupaba, se reprodujeron en el cadalso, cuyas tablas cedieron tanto que casi tocaron la frente del infeliz caballero. Sin duda, los daban los soldados al formarse en fila sobre el tablado.

En el mismo momento, una voz harto conocida del caballero, una voz llena de nobleza pronunció estas palabras en la parte de arriba: —Señor coronel, quiero hablar al pueblo.

Estremecióse Athos de pies a cabeza; era el rey el que hablaba.

En efecto, después de beber algunas gotas de vino y tomar un bocado de pan, cansado Carlos de esperar a la muerte y decidido a salir a su encuentro, dio la señal de la marcha.

Abriéronse entonces las dos hojas del balcón que caía a la plaza, y el pueblo pudo ver salir en silencio del vasto aposento, un hombre enmascarado, que, por el hacha que en las manos tenía, manifestaba ser el verdugo. Acercóse este hombre al tajo y arrimó a él su hacha.

Este ruido fue el que primeramente oyó Athos.

En pos del verdugo salió, pálido en verdad, pero sereno y con seguro paso, el rey Carlos Estuardo, avanzando entre dos sacerdotes, seguido de algunos oficiales superiores que debían presidir la ejecución, y escoltado por dos filas de partesaneros que se colocaron a los dos lados del cadalso.

El aspecto del enmascarado provocó prolongados murmullos. General era el deseo de saber quién fuese el incógnito que tan a punto se presentaba a fin de que no faltara al pueblo el terrible espectáculo que se le tenía prometido, cuando ya se creía necesario aplazarle para el siguiente día. Devoráronle todos con las miradas, pero lo más que pudieron sacar en limpio fue que su estatura era regular, que iba vestido de negro y que debía tocar en la edad madura, porque por debajo de la careta se veía asomar la extremidad de una barba de color ceniciento.

Pero al advertir el pueblo la serenidad, la nobleza, la dignidad del rey, se restableció el silencio; y todos pudieron oír sus palabras. Debió responder a esta petición la persona a quien iba dirigida con un gesto afirmativo, porque el monarca empezó a hablar con firme y sonora voz, que vibró hasta en el fondo del

corazón de Athos. Reducíase su discurso a exponer su conducta y a dar consejos al pueblo para el bienestar de Inglaterra.

—¡Oh! —decía Athos para sí—. ¿Y es posible que yo oiga lo que estoy oyendo, y que vea lo que veo? ¿Es posible que haya abandonado el cielo a su representante en la tierra hasta el punto de dejarle morir tan miserablemente?... ¡Que no le haya yo visto!, ¡que no me haya despedido de él!

Oyóse un ruido igual al que haría el instrumento de muerte movido sobre el tajo.

—¡No toques el hacha! —dijo el rey interrumpiéndose. Y continuó su discurso.

Terminado éste, reinó un silencio glacial. Llevóse Athos la mano a la frente, y por entre ella corrieron gruesas gotas de sudor; la temperatura era de hielo.

Demostraba aquel silencio que se estaban haciendo los últimos preparativos.

Luego que concluyó el rey de hablar paseó por la multitud una mirada llena de misericordia, y quitándose la insignia de la orden que tenía puesta, y que era la misma placa de diamantes que le enviara la reina, se la entregó al sacerdote que acompañaba a Juxon. Después sacó del pecho una cruz, también de diamantes, que procedía así mismo de madame Enriqueta.

—Tendré esta cruz en la mano hasta el último momento —dijo el diácono—, quitádmela luego que haya muerto.

—Sí, señor —contestó una voz que Athos conoció al momento. Carlos, que hasta entonces había estado cubierto, se quitó el sombrero y le tiró a un lado; luego se desabrochó uno por uno todos los

botones de la ropilla; se la quitó también y la echó junto al sombrero. Como hacía frío, pidió su bata y se la trajeron al instante.

Terrible era la pausa con que se hacía todo esto. Hubiérase dicho que el rey iba a echarse en su lecho y no en su ataúd.

Recogiéndose los cabellos con la mano, preguntó por fin al verdugo:

—¿Os estorbarán? En este caso podremos atarlos con un cordón. Acompañó Carlos estas palabras con una mirada que parecía querer taladrar la máscara del desconocido. Aquella mirada tan noble, tan serena, tan firme, obligó al verdugo a volver la cabeza; mas al huir de los penetrantes ojos del rey, se encontró con los ardientes de Aramis.

Viendo Carlos que no respondía, repitió su pregunta.

—Bastará —contestó el hombre con sorda voz— que los echéis a un lado.

Apartó el rey sus cabellos con sus manos y dijo mirando al tajo:

—Poca altura tiene; ¿no hay otro más alto?

—Es el que siempre se emplea —respondió el enmascarado.

—¿Podréis cortarme la cabeza de un solo golpe? —preguntó el rey.

—Así lo espero —dijo el ejecutor.

Tan extraño fue la entonación con que pronunció estas tres palabras *así lo espero,* que todos, excepto el rey, temblaron.

—Bien está —dijo el monarca—, ahora oídme, verdugo.

Dio un paso hacia delante del enmascarado, y se apoyó sobre su hacha.

—No quiero que me sorprendas —le dijo Carlos—. Voy a arrodillarme para rezar, pero no me hieras aún.

—¿Pues cuándo? —preguntó el enmascarado.

—Cuando ponga la cabeza sobre el tajo, y abra los brazos gritando *Remember,*[1] hiere si miedo.

1. Acuérdate o acordaos.

El verdugo se inclinó ligeramente.

—Es llegado el momento de abandonar este mundo —dijo el rey a los que le rodeaban—. Señores, os dejo en medio de la tempestad, y os precedo en el viaje a la patria en que no existen tempestades. Adiós.

Miró a Aramis, y le hizo una seña particular con la cabeza. —Apartaos ahora ––continuó—, dejadme que rece. Aléjate también dijo al enmascarado—, no más que por un instante; ya sé que soy tuyo, pero cuida de no herirme hasta que te avise.

Hincóse Carlos de rodillas, hizo la señal de la cruz, acercó la boca a las tablas como si quisiera besar la plataforma, y apoyándose con una mano en el suelo y otra en el tajo:

—Conde de la Fère —dijo en francés—, ¿os encontráis ahí? ¿Puedo hablaros?

Esta voz partió reciamente al corazón de Athos y le atravesó cual frío acero.

—Sí, señor —dijo temblando.

Fiel amigo, noble corazón —prosiguió el rey—, no has podido salvarme, no me debías salvar. Aun cuando sea un sacrilegio, te diré que ya he hablado a los hombres, ya he hablado a Dios y te he reservado para el último. Por defender una causa que consideré sagrada, he perdido el trono de mis padres y disipado la herencia de mis hijos. Réstame un millón en oro que enterré en las bóvedas del castillo de Newcastle al salir de aquella ciudad. Sólo tú sabes que existe ese dinero; úsalo cuando creas que sea oportuno para el mayor bien de mi hijo primogénito. Y ahora, conde de la Fère, despídete de mí.

—Adiós, santa y mártir majestad —murmuró Athos lleno de terror. Hubo entonces un instante de silencio, durante el cual le pareció a Athos que el rey se levantaba y cambiaba de posición.

Con sonora voz que pudieron oír, no sólo los del cadalso, sino los de la plaza, dijo después el rey:

—*Remember.*

Apenas dijo esta palabra, cuando un terrible golpe hizo conmover el tablado; el polvo que se desprendió de la colgadura cegó al infeliz caballero. Al levantar por un movimiento maquinal la cabeza, cayó sobre sus ojos una caliente gota. Retrocedió Athos con un estremecimiento de horror y en el mismo instante se cambiaron las gotas en un negro torrente que tiñó el suelo.

El conde cayó de rodillas y estuvo por espacio de algunos instantes sin conocimiento. No tardó en advertir que iba disminuyendo el ruido y que se retiraba el pueblo; pero aún permaneció un instante inmóvil, mudo y trastornado. Levantóse después, empapó la punta de su pañuelo en la sangre del rey mártir, y viendo que la gente alejábase cada vez más, bajó, entreabrió la colgadura, pasó por entre los caballos, se confundió con el pueblo, cuyo traje vestía, y llegó antes que sus amigos a la posada.

Al entrar en su cuarto miróse a un espejo, advirtió en su frente una gran mancha roja, llevó a ella la mano, que apartó en seguida llena de sangre del rey, y se desmayó.

LXXII.— EL ENMASCARADO

No eran más que las cuatro de la tarde y ya no se veía; caían espesos y glaciales copos de nieve. Aramis volvió a la posada y encontró a Athos, ya que no sin conocimiento, enteramente trastornado.

A las primeras palabras de su amigo, salió el conde de la especie de letargo en que yacía.

—¡Vencidos por la fatalidad! —murmuró Aramis.

—¡Vencidos! —repitió Athos—. ¡Noble y desdichado rey!

—¿Estáis herido? —preguntó Aramis.

—No, esta sangre es suya. El conde se enjugó la frente.

—¿Pues dónde os encontrabais?

—¡Donde me dejasteis, debajo del cadalso!

—¿Y lo habéis visto todo?

—No, pero todo lo he oído. Líbreme el cielo de otra hora como la que acabo de pasar. Debo de haber encanecido.

—Ya sabréis que no le he abandonado.

—He oído vuestra voz hasta el último instante.

—Esta es la placa que me dio —dijo Aramis— y ésta es la cruz que le he quitado de la mano; quería que entregásemos una y otra a la reina.

—Aquí hay un pañuelo para envolverla —respondió Athos.

Y mostró el pañuelo empapado en la sangre del rey.

—¿Y qué han hecho del pobre cadáver? —preguntó.

—Cromwell ha mandado que se le hagan honores reales. Hemos colocado el cuerpo en un ataúd de plomo; ahora le están embalsamando los médicos, y cuando concluyan será depositado el rey en una cámara ardiente.

—¡Irrisión! —exclamó sombríamente Athos—. ¿Honores reales al mismo a quien han asesinado?

—Eso prueba —dijo Aramis— que el rey muere, pero no la monarquía.

—¡Ah! —dijo Athos—. Tal vez sea el último rey caballero que haya en el mundo.

—Vamos, no hay que afligirse, conde —dijo una sonora voz desde la escalera, en la que resonaron los agigantados pasos de Porthos—; todos somos mortales, queridos amigos míos.

—Tarde venís, querido Porthos —dijo el conde de la Fère.

—Sí —contestó Porthos—; la gente que había en el camino me ha detenido. ¡Miserables! ¡Estaban bailando! ¡Cogí a uno por el pescuezo y casi le ahogué! En aquel momento acertó a pasar una patrulla. Afortunadamente, el objeto particular de mi enojo estuvo algunos minutos sin poder hablar, aproveché esta circunstancia y me metí en una calleja. Esta me condujo a otra más estrecha aún, me perdí y como no conozco Londres ni sé el inglés, temí no volver a encontraros, pero al fin aquí estoy.

—¿Habéis visto a Artagnan? —dijo Aramis—. ¿Si le habrá pasado algo?

—Nos separamos en medio del gentío —respondió Porthos—, y a pesar de todos mis esfuerzos no he podido dar con él.

—¡Oh! —dijo tristemente Athos—. Yo sí le he visto: estaba en la primera fila, admirablemente situado para no perder ningún pormenor, y como en el último caso el espectáculo era curioso, habrá querido presenciarle hasta el fin.

—¡Oh, conde de la Fère! —murmuró una voz serena, aunque algo sofocada por la precipitación del camino—. ¿Sois vos el que así calumnia a los ausentes?

Semejante reconvención conmovió el corazón de Athos; sin embargo, como al ver a Artagnan en las primeras filas de aquel pueblo estúpido y feroz, le había producido una impresión profunda, se limitó a responder:

—No os calumnio, amigo mío. Se dudaba aquí dónde estaríais y yo lo he dicho. No conocíais al rey Carlos; para vos no pasaba de ser un extranjero, y no estabais obligado a quererle.

Y al decir esto presentó la mano a su amigo. Pero Artagnan hizo que no veía, y no sacó la suya de debajo de la capa.

Athos retiró el brazo.

—¡Uf! ¡Qué cansado estoy! —exclamó Artagnan.

—Bebed un vaso de vino de Oporto —dijo Aramis tomando una botella de encima de una mesa y llenando un vaso—; bebed, así tomaréis fuerzas.

—Sí, bebamos —añadió Athos, que sintiendo el descontento del gascón deseaba brindar con él—, bebamos y salgamos de este abominable país. Ya sabéis que nos espera el falucho; vámonos esta noche; nada nos queda que hacer aquí.

—Mucha prisa tenéis, señor conde —dijo Artagnan.

—Este ensangrentado suelo me abrasa los pies —respondió Athos.

—Pues a mí no me produce la nieve tal efecto —repuso tranquilamente el gascón.

—Pero ¿qué queréis que hagamos —preguntó Athos—, habiendo muerto el rey?

—De modo, señor conde —dijo Artagnan con negligencia—, que no veis que os falte nada que hacer en Inglaterra.

—Nada, nada —dijo Athos—, sino dudar de la bondad divina y menospreciar mis propias fuerzas.

—Pues yo, que soy un miserable, un mentecato, un hombre sanguinario; yo que he ido a situarme a treinta pasos del cadalso para ver mejor cómo cortaban la cabeza al rey a quien no conozco, y que, al parecer, me es indiferente, yo pienso de otra manera que el señor conde... y me quedo.

Athos se puso sumamente pálido; cada reconvención de su amigo vibraba en lo más mínimo de su corazón.

—¡Calle! ¿Os quedáis en Londres? —dijo Porthos a Artagnan.

—Sí, por cierto —respondió éste—, ¿y vos?

—¡Diantre! —repuso Porthos algo vacilante entre Athos y Aramis— ¡Pardiez! Si os quedáis, como he venido con vos, no me iré hasta que os vayáis: no os he de dejar solo en este maldito país.

—Gracias, buen amigo. En ese caso tengo que proponeros un asuntillo que llevaremos a ejecución luego que se vaya el señor conde, y que me vino a las mientes estando presenciando el espectáculo que sabéis: —¿Y qué es? —preguntó Porthos.

—Saber quién era el enmascarado que con tanta complacencia se ofreció a decapitar a Su Majestad.

—¡Un enmascarado! —murmuró Athos—. ¿Pues no se fugó el verdugo?

—¡El verdugo! —repitió Artagnan—. Sigue sin novedad en la bodega, donde creo que habrá trabado conocimiento con las botellas del huésped. Y ahora me hacéis pensar en él.

Y marchando hacia la puerta, dijo: —¡Mosquetón!

—¡Señor! —contestó una voz que parecía salir de lo profundo de la tierra.

—Soltad al prisionero —dijo Artagnan—; ya no nos hace falta. —¿Pues quién es el canalla que ha puesto mano sobre su rey? —preguntó Athos.

—Un verdugo de afición que maneja por cierto el hacha con facilidad, pues *conforme esperaba,* no ha necesitado dar más que un golpe —respondió Aramis.

—¿Visteis su cara?

—La llevaba—cubierta —dijo Artagnan.

—Pero vos que estabais tan cerca de él, Aramis...

—Sólo pude notar que tenía la barba algo canosa.

—¿Luego era hombre de edad avanzada? —preguntó Athos.

—¡Bah! —replicó Artagnan—. Eso nada significa. Tan fácil es ponerse una careta...

—Siento no haberle seguido —dijo Porthos.

—Pues precisamente eso es lo que a mí se me ocurrió, amigo —replicó Artagnan.

Todo lo comprendió Athos.

—Perdóname, Artagnan —dijole levantándose—; habiendo dudado de Dios, bien podría dudar de ti. Perdóname, amigo.

—Ahora trataremos de eso —respondió Artagnan sonriéndose.

—Continuad —dijo Aramis.

—Interin miraba —repuso Artagnan—, no al rey, como piensa el señor conde, porque sé muy bien lo que es un hombre que va a morir, y aunque debía estar acostumbrado a esta clase de lances, siempre me hace daño, sino al verdugo enmascarado, me ocurrió la idea, como ya os he dicho, de saber quién era. Y como tenemos la costumbre de completarnos unos con otros y de prestarnos mutuamente auxilio, como se le da una mano a otra, miré maquinalmente en torno mío para ver si estaba allí Porthos, porque a Aramis le había visto junto al rey, y sabía que vos, señor conde, os encontrabais bajo el cadalso, gracias a lo cual os perdono —añadió presentando la mano a Athos—, porque debéis de haber padecido mucho. Miré, pues, en torno mío y divisé hacia la derecha una cabeza que demostraba haber tenido un chirlo antaño, y que bien o mal iba remendada con tafetán negro. «¡Pardiez!», dije para mí; «me parece que en esa costura ha andado mi mano, y que yo he zurcido ese cráneo en alguna parte». Era, en efecto, aquel infeliz escocés, aquel hermano de Parry con quien se divirtió míster Groslow en probar sus fuerzas y que cuando tropezamos con él, no tenía más que media cabeza.

—Ya caigo —dijo Porthos—, el de las gallinas negras.

—El mismo; estaba haciendo señas a otro hombre que estaba a mi izquierda; me volví y reconocí al buen Grimaud entretenido como yo en devorar con la vista a mi enmascarado verdugo.

»¡Eh! —le dije—. Y como esta sílaba es la abreviatura que emplea el señor conde para hablarle los días que le habla, Grimaud comprendió que le llamaban, y se encaró conmigo cual si lo moviera un resorte; me conoció, y apuntando al enmascarado:

»— ¿Eh? ——líjome. Lo cual quiere decir: ¿habéis visto?

»—¡Toma! —respondí.

»Nos habíamos entendido perfectamente.

»Me volví hacia el escocés, cuyas miradas eran también sumamente expresivas.

»Por fin, llegó el lúgubre desenlace; la gente se marchó; iba viniendo la noche poco a poco. Me retiré a un rincón de la plaza con Grimaud y el escocés, a quien le hice señal de que se quedara en nuestra compañía, y me puse a observar al verdugo, el cual cambió de traje en la real cámara por estar sin duda el suyo manchado de sangre. Hecho esto, se puso en la cabeza un sombrero negro, se embozó en una capa y desapareció. Comprendí que iba a salir y corrí a situarme frente a la puerta. En efecto, cinco minutos después le vimos bajar la escalera

». —¿Le seguisteis? —preguntó Athos.

—¿Pues no? —dijo Artagnan—. Y no sin trabajo por cierto. A cada instante volvía la cabeza, y teníamos que escondernos o hacernos los distraídos. De buena gana me hubiera tirado sobre él, pero no soy egoísta y quería reservar ese placer para Aramis, y para Athos sobre todo, a fin de consolarle algo. Por último, después de una media hora de marcha por las calles más tortuosas de la City, llegó a una casita aislada, donde no se oía el menor ruido ni se veía la menor luz. Grimaud sacó una pistola de sus anchos bolsillos.

«—¿Eh? —me dijo mostrándomela.

»—Ya os he dicho que tenía mi plan.

»El enmascarado se paró junto a una puerta baja y sacó una llave; pero antes de meterla se volvió para ver si le seguían. Yo permanecía detrás de un árbol; Grimaud, detrás de un guardacantón, y el escocés, que no tenía donde esconderse, se tiró de bruces en mitad del camino.

»Sin duda se creyó solo el que perseguíamos, pues oí el ruido de la llave; abrióse la puerta y desapareció».

—¡Miserable! —dijo Aramis—. Habrá huido durante vuestra ausencia y ya no volveremos a encontrarle.

—¡Cómo, Aramis! —murmuró Artagnan—. ¿Tan bajo concepto merezco de vos?

—Sin embargo —replicó Athos—, no estando allí...

—No estando yo allí estaban Grimaud y el escocés para reemplazarme; antes de que él pudiera dar diez pasos en el interior, había yo dado la vuelta a la casa. En la puerta por donde entró, dejé al escocés, previniéndole por señas que si salía el enmascarado le siguiera; Grimaud le seguiría a él y volvería a esperarnos en aquel sitio. Aposté a Grimaud en la puerta trasera haciéndole el mismo encargo, y aquí estoy ya. Ya se ha cortado la retirada a la fiera; ¿quién quiere venir a rematarla?

Athos se arrojó en brazos de Artagnan, el cual se enjugaba la frente.

—Declaro, amigo —le dijo—, que habéis llevado al extremo vuestra bondad al perdonarme; soy culpable, mil veces culpable, y, sin embargo, ya debía yo conoceros; pero siempre tenemos en el fondo del corazón un instinto perverso que nos inclina a dudar.

—¡Hum! —interrumpió Porthos—. ¿Si habrá hecho de verdugo el mismo Cromwell, para tener más certeza de que se consumase su obra?

—¡Disparate! Cromwell es grueso y pequeño, y éste era delgado y más bien alto que bajo.

—Algún soldado condenado a muerte que habrá comprado su perdón a ese precio —dijo Athos—, como hicieron con el desgraciado Chalais.

—Tampoco —continuó Artagnan—; no tiene el acompasado paso de un soldado de infantería, ni la tortuosa marcha de un jinete. Anda con ligereza, con distinción. ¡Mucho me equivoco si no nos las tenemos con un noble!

—¡Un noble! —exclamó Athos—. Es imposible... Sería una deshonra para toda la clase.

—¡Magnífica caza! —dijo Porthos con una risotada que conmovió los vidrios—. ¡Magnífica caza por vida mía!

—¿Persistís en marcharos, Athos? —preguntó Artagnan.

—No; me quedo —contestó el caballero con un gesto amenazador que nada bueno prometía a la persona a quien iba dirigido.

—Pues vengan las espadas —dijo Aramis—; las espadas y no perdamos un instante.

No tardaron los cuatro amigos en vestir su acostumbrado traje; se armaron, mandaron subir a Mosquetón y Blasois y les encargaron que arreglasen la cuenta con el huésped y preparasen lo necesario para el viaje, siendo probable que saliesen de Londres aquella misma noche.

Esta se había puesto todavía más oscura, seguía cayendo nieve, y la ciudad regicida parecía estar cubierta con una vasta mortaja; serían las siete, y apenas se veía alguno que otro transeúnte; todos se hallaban en sus casas hablando con recato de los horribles acontecimientos de aquel día.

Embozados los cuatro amigos en sus capas, atravesaron todas las plazas y calles de la City, tan concurridas por el día como solitarias por la noche. Guiábales Artagnan, haciendo por reconocer de vez en cuando las cruces que con su puñal había trazado en las paredes, mas era tanta la oscuridad, que le costaba algún trabajo dar con sus señales. Sin embargo, con tal precisión había grabado Artagnan en su memoria todas las esquinas, todas las fuentes, todas las muestras del camino, que después de media hora de marcha, llegó con sus tres compañeros a la casa aislada.

Al principio temió el gascón que el hermano de Parry hubiese desaparecido; pero se equivocaba; el robusto escocés, acostumbrado a los hielos de sus montañas, se había tendido junto a un guardacantón, y dejado que le cubriese la nieve como una estatua derribada, insensible a los rigores de la estación, pero al acercarse los cuatro amigos se levantó.

—Bien —dijo Athos—; otro criado fiel. ¡Vive Dios! Menos raras son de lo que parece las personas de honor; consoladora es esa idea.

—No hay que tener tanta prisa en tejer coronas a nuestro escocés —respondió Artagnan—; lo más probable es que esté aquí por su propio interés. Tengo oído que esa gente de la otra parte del Tweed es muy vengativa. ¡Guay de maese Groslow! Le vaticino un mal cuarto de hora si topa con él.

Y separándose de sus amigos, se acercó al escocés y se dio a conocer.

Luego hizo seña a los otros de que se acercaran.

—¿Ha salido alguien? —preguntó Athos en inglés.

—Nadie —contestó el hermano de Parry.

—Bien; quedaos con este hombre, Porthos, y vos también, Aramis. Artagnan me llevará adonde está Grimaud.

No menos inmóvil Grimaud que el escocés, estaba pegado a un sauce, cuyo socavado tronco había convertido en garita. También al principio temió Artagnan que hubiera salido el enmascarado y que Grimaud le hubiera seguido.

De pronto asomó una cabeza y se oyó un ligero silbido.

—¡Eh! dijo Athos.

—Sí —respondió Grimaud.

—¿Hombre o mujer?

—¡Hombre!

—¡Pardiez! —dijo Artagnan—. ¿Conque hay dos dentro?

—¡Ojalá fueran cuatro! dijo Athos—. A lo menos sería igual el partido.

—Puede que lo sean —dijo Artagnan.

—¿Cómo?

—Bien podrían estar otros esperándolos en esa casa.

—Fácil es verlo —dijo Grimaud indicando una ventana por entre cuyas maderas se filtraban algunos rayos de luz.

—Justamente —añadió Artagnan—; llamemos a los otros.

Y dieron la vuelta a la casa para hacer señas a Porthos y Aramis. Ambos acudieron presurosos y preguntaron:

—¿Habéis visto algo?

—No, pero ahora tendremos noticias —contestó Artagnan, mostrando a Grimaud que, a favor de las hendiduras de la pared, iba trepando y se hallaba a cinco o seis pies de distancia.

Acercáronse todos. Grimaud prosiguió su ascensión con la destreza de un gato, y logró por fin asirse a uno de esos ganchos que sirven para conservar abiertas las hojas de las ventañas; al mismo tiempo encontró su pie una hendidura que sin duda le presentó suficiente punto de apoyo, pues dio a entender por señas que había conseguido su objetivo. Entonces acercó la vista a una rendija.

—¿Qué pasa? —preguntó Artagnan.

Cerró Grimaud la mano y enseñó abiertos dos dedos.

—Habla —dijo Athos—; no se ven tus señas. ¿Cuántos son?

Grimaud contestó:

—Dos. Uno de ellos está frente a mí, el otro me vuelve la espalda.

—Bien. ¿Quién es el que se halla frente a ti?

—El que antes vi pasar.

—¿Le conoces?

—Creí reconocerle, y veo que no me equivoco; sí, es grueso y bajo.

—¿Quién es? —preguntaron al mismo tiempo y en voz baja los cuatro amigos.

—El general Oliverio Cromwell. Los franceses miráronse.

—¿Y el otro? —preguntó Athos.

—Delgado y alto.

—Es el verdugo —dijeron a un tiempo Artagnan y Aramis.

—Está de espaldas —añadió Grimaud—; pero esperad, ahora hace un movimiento, va a volver la cara: si se ha quitado la máscara podré ver... ¡Ah!...

Como si le hubiesen dado una puñalada en el corazón, soltó Grimaud el gancho de hierro, y se dejó caer de espaldas lanzando un sordo gemido. Porthos le recibió en sus brazos.

—¿Le has visto? —preguntaron los cuatro amigos.

—Sí —respondió Grimaud con los cabellos erizados y la frente bañada en sudor.

—¿Al alto? —dijo Artagnan.

—Al alto.

—¿Al verdugo? —preguntó Aramis.

—Sí.

—¿Y quién es? —dijo Porthos.

—¡Él, él! —exclamó Grimaud, pálido como un cadáver y asiendo con sus trémulas manos las de su amo.

—¿Quién es él? —preguntó Athos.

—¡Mordaunt! —contestó Grimaud.

Artagnan, Porthos y Aramis lanzaron una exclamación de alegría. Athos retrocedió un paso, y se llevó la mano a la frente exclamando:

—¡Fatalidad!

LXXIII.— LA CASA DE CROMWELL

En efecto, Artagnan había seguido a Mordaunt sin conocerle.

Al entrar éste en la casita se quitó la máscara y la barba gris que para mejor disfrazarse llevaba; subió, abrió una puerta y en un cuarto iluminado por una lámpara y cubierto con colgaduras de sombrío color, halló a un hombre sentado ante un bufete y escribiendo.

Este hombre era Cromwell.

Ya se sabe que Cromwell tenía en Londres dos o tres albergues no conocidos de la mayor parte de sus amigos y cuyo secreto solamente confiaba a los más íntimos. Recordará el lector que Mordaunt podía contarse en este número.

Al oírle entrar levantó Cromwell la cabeza.

—¿Sois vos, Mordaunt? —le dijo—. Tarde venís.

—General —respondió Mordaunt—, me he detenido para presenciar la ceremonia hasta el fin.

—¡Ah! —repuso Cromwell—. No creía que fuerais tan curioso.

—Siempre me inspira curiosidad ver la caída de un enemigo de Vuestro Honor, y éste no era de los más pequeños; mas ¿y vos, general, no habéis estado en White-Hall?

—No —dijo Cromwell.

Reinó un momento de silencio.

—¿Sabéis los pormenores? —preguntó Mordaunt.

—Ninguno; desde esta mañana estoy aquí. Sólo sé que había un complot para salvar al rey.

—¿Eso sabíais? —dijo Mordaunt.

—Poca cosa. Cuatro personas disfrazadas de operarios debían sacar al rey de la cárcel y llevarle a Greenwich, donde les esperaba una embarcación.

—¿Sabiendo Vuestro Honor eso, se ha estado lejos de la City con esa calma y en esa inacción?

—Con tranquilidad, sí —respondió Cromwell—, pero en inacción ¿por qué?

—Sin embargo, si hubiera salido bien el complot...

—Me hubiera alegrado.

—Yo suponía que Vuestro Honor consideraba la muerte de Carlos I como una desgracia necesaria para el bienestar de Inglaterra.

—Y no he variado de opinión. Pero con tal que muriera, el sitio me hubiese importado poco, siendo preferible tal vez que no hubiera muerto en un cadalso.

—¿Y por qué? Cromwell sonrióse.

—Perdonadme —prosiguió Mordaunt—, pero ya sabéis que soy un mero aprendiz de política y deseo aprovechar las lecciones que se digne darme mi maestro.

—Porque así hubieran dicho que la justicia me movía a condenarle y la misericordia a permitir su fuga.

—¿Y si en efecto se hubiese fugado?

—Era imposible.

—¡Imposible!

—Sí, tenía tomadas mis precauciones.

—¿Conoce Vuestro Honor a los cuatro hombres que intentaban salvar al rey?

—Sí, cuatro franceses; dos los envió madame Enriqueta a su esposo; Mazarino me envió a los otros dos.

—¿Y si trajesen misión del cardenal para hacer lo que han hecho?

—Puede ser, pero ahora no reconocerá Mazarino sus actos.

—¿Es cierto?

—Es seguro.

—¿Por qué?

—Porque han salido bien con su proyecto.

—Vuestro Honor puso a mi disposición a dos de ellos cuando sólo eran culpables de combatir en favor de Carlos I; ahora que lo son de complot contra Inglaterra, ¿me concede Vuestro Honor a los cuatro?

—Concedido —dijo Cromwell.

Mordaunt hizo una cortesía y se sonrió con triunfante ferocidad.

—Pero volvamos al desgraciado Carlos —prosiguió Cromwell viendo que Mordaunt se disponía a darle gracias—: ¿ha gritado el pueblo?

—Casi nada, a no ser ¡viva Cromwell!

—¿Dónde estabais?

Miró Mordaunt un momento al general para adivinar por sus ojos si le hacía una pregunta indiferente, o si lo sabía todo.

Pero su viva mirada no pudo penetrar al través de la sombría profundidad de la de Cromwell.

—Estaba donde podía verlo y oírlo todo —contestó Mordaunt.

Entonce fue Cromwell el que miró fijamente a Mordaunt, y éste el que se hacía impenetrable. Después de algunos instantes de examen apartó primero los ojos con indiferencia.

—Parece —dijo Cromwell— que el verdugo improvisado ha hecho muy bien su papel. Me han referido que el golpe ha sido de mano maestra.

Recordó Mordaunt que Cromwell había dicho que no sabía ningún pormenor, y quedó entonces persuadido de que el general había presenciado la ejecución escondido detrás de alguna cortina o celosía.

—En efecto dijo Mordaunt con voz serena y rostro impasible—; un solo golpe ha sido bastante.

—Quizá sería del oficio.

—¿Tal creéis?

—¿Por qué no?

—No tenía trazas de verdugo.

—¿Y quién si no un verdugo —preguntó Cromwell— hubiera consentido en desempeñar ese horrible papel?

—Algún enemigo personal del rey Carlos, que hubiese hecho voto de vengarse y que haya cumplido su promesa; algún caído, y que, sabiendo que iba a fugarse, se haya interpuesto así en su camino, cubierto el semblante y el hacha en la mano, no como suplente del verdugo, sino como un emisario de la fatalidad.

—Puede ser —dijo Cromwell.

—Y si así fuera, ¿reprobaría Vuestro Honor su acción?

—No soy yo quien le ha de juzgar —repuso Cromwell—. Es cosa que se ha de ventilar entre Dios y él.

—¿Pero y si Vuestro Honor conociese a ese caballero?

—No le conozco ni deseo conocerle —respondió Cromwell—, ¿qué me importa a mí quién sea? Carlos estaba condenado a muerte; no le ha muerto un hombre, sino una hacha.

—Sin embargo —replicó Mordaunt—, a no ser por ese hombre se hubiera salvado el rey.

Cromwell volvió a sonreírse.

—Vos mismo lo habéis dicho; le hubieran proporcionado medios de evadirse.

—Hasta Greenwich. Allí se hubiera embarcado en un falucho con sus cuatro libertadores. Pero en el falucho estaban cuatro hombres más y cuatro toneles de pólvora de la nación. En alta mar pasaban los cuatro hombres a la chalupa... y sois ya un político sobrado astuto, Mordaunt, para que yo os explique lo demás.

—Sí, en el mar hubieran volado todos.

—Justamente. La explosión hacía el oficio del hacha. El monarca Carlos desaparecía; la gente hubiera dicho que viéndole sustraerse a la justicia humana, le había perseguido la venganza celeste: nosotros éramos entonces sus jueces y Dios su verdugo. Ahí tenéis lo que nos ha hecho perder vuestro excelente enmascarado. Ya veis con cuánta razón he dicho que no quiero conocerle; pues, a pesar de sus excelentes intenciones, no sé en verdad si le agradecería su acción.

—Señor —dijo Mordaunt—, me humillo como siempre ante vos; sois un gran pensador, y la idea de volar el falucho es sublime.

—Absurda —repuso Cromwell— porque ha sido inútil. En política no hay más ideas sublimes que las que producen su fruto; las que abortan son disparatadas y áridas. Esta noche iréis a Greenwich —continuó levantándose—, preguntaréis por el patrón del falucho *Relámpago,* le enseñaréis un pañuelo blanco anudado por las cuatro puntas, que es la señal convenida; diréis a la tripulación que vuelva a tierra y mandaréis que lleven la pólvora al arsenal, a no ser que...

—¿Qué? —interrumpió Mordaunt, cuyo rostro se iluminó con una feroz alegría durante estas palabras de Cromwell.

—A no ser que ese falucho en su actual estado, pueda ser útil a vuestros proyectos personales.

—¡Ah, milord, milord! —murmuró Mordaunt—. Al elegiros Dios para representarle, os ha dado su mirada, a la cual nadie puede sustraerse.

—Creo que me habéis llamado milord —dijo Cromwell riéndosePase, por ser entre nosotros, pero cuidado con que se os escape esa palabra delante de vuestros imbéciles puritanos.

—¿Pues no ha de llamarse así Vuestro Honor en breve?

—Es de esperar —contestó Cromwell—, pero no es tiempo todavía.

Levantóse con esto y tomó la capa.

—¿Ya os retiráis? —preguntó Mordaunt.

—Sí —dijo Cromwell—, he dormido aquí anoche y anteanoche, y bien sabéis que no acostumbro a hacerlo tres veces consecutivas en la misma cama.

—Es decir, que Vuestro Honor me deja en libertad por esta noche.

—Y también por mañana si es menester. Harto habéis hecho desde anoche en mi servicio —añadió Cromwell sonriéndose—. Justo es que os dé tiempo para atender a vuestros propios negocios.

—Gracias, señor, espero usar bien ese tiempo.

Despidióse Cromwell de Mordaunt con un movimiento de cabeza, y preguntó:

—¿Estáis armado?

—Traigo mi acero.

—¿Y os espera alguien a la puerta?

—Nadie.

—¿Por qué no venís conmigo, Mordaunt?

—Gracias, señor; los rodeos que hay que dar en el subterráneo haríanme perder tiempo, y ya he perdido demasiado por lo que acabáis de decirme. Saldré por la otra puerta.

—Como gustéis —dijo Cromwell.

Y apretando un secreto resorte, abrió una puerta tan disimulada, que el ojo más perspicaz no hubiera podido conocerla.

Obedeciendo el resorte, que era de acero, volvió a cerrarse en seguida que salió.

Era una de esas salidas ocultas que, según cuenta la historia, había en todas las misteriosas casas que habitaba Cromwell.

El conducto subterráneo atravesaba la calle y concluía en el fondo de una gruta del jardín de otra casa que distaba cien pasos de la que acababa de abandonar el futuro protector.

De este modo se explica cómo no vio Grimaud salir a nadie. Durante la última parte de este diálogo fue cuando por el hueco que dejaba descubierto una cortina mal corrida, veía a los dos hombres, en quienes reconoció sucesivamente a Cromwell y Mordaunt. Ya hemos sabido el efecto que produjo esta noticia en los cuatro amigos.

Artagnan fue el primero que recobró la plenitud de sus facultades.

—¡Mordaunt! —dijo Athos—. ¡Ah!, Dios mismo nos lo envía.

—Sí —murmuró Porthos—, derribemos la puerta y caigamos sobre él.

—Al contrario —dijo Artagnan—, no hay que derribar nada, no hay que hacer ruido. El ruido llama gente, y si está Mordaunt con su digno dueño, como dice Grimaud, debe haber tropa oculta a menos de cincuenta pasos. ¡Hola, Grimaud! Venid aquí y haced por sosteneros.

Grimaud se acercó. Había recobrado el furor con el conocimiento y se sentía firme.

—Bien —prosiguió Artagnan—; volved ahora a esa ventana y decidnos si está Mordaunt acompañado todavía, y si se dispone a salir o acostarse; si tiene com-

pañía esperaremos a que se encuentre solo; si sale le sorprenderemos; si se queda forzaremos la ventana. Siempre es menos ruidoso y difícil que la puerta.

Grimaud empezó en silencio su escalamiento.

—Que guarden Athos y Aramis la otra puerta; nosotros nos quedaremos aquí con Porthos.

Los dos amigos obedecieron.

—¿Qué pasa, Grimaud? —preguntó Artagnan.

—Está sólo.

—¿Es cierto?

—Sí.

—No hemos visto salir a su compañero.

—Se habrá marchado por la otra puerta.

—¿Qué hace?

—Ponerse su capa y los guantes.

—¡Es nuestro! —murmuró Artagnan.

Porthos llevó la mano al puñal y lo desenvainó maquinalmente.

—Envaina, querido Porthos —dijo Artagnan—, no hay que atacarle por sorpresa. Procedamos con orden, ya que le tenemos en nuestro poder. Deben mediar primero explicaciones mutuas. Esto es una reproducción de Armentières, con la distinción de que probablemente el de ahora no tendrá progenie, y acabando con él quedará terminado todo.

—¡Chit! —dijo Grimaud—. Ya se dispone a salir; se acerca a la luz, la apaga; ya nada veo.

—¡Pues abajo, abajo!

Dio un salto Grimaud y cayó de pies. Nada se oyó, merced a la nieve que cubría la calle.

—Anda a avisar a Athos y a Aramis que se pongan a los dos lados de la puerta como Porthos y yo; que den una palmada si le cogen; nosotros haremos otro tanto si cae en nuestro poder.

—Porthos, Porthos —dijo Artagnan—, esconded mejor esos hombros, que no vea nada al salir.

—¡Cómo salga por aquí!...

—¡Chito!

Porthos arrimóse a la pared cual si quisiera incrustarse en ella. Artagnan le imitó.

—Oyéronse entonces los pasos de Mordaunt en la escalera. Abrióse rechinando un oculto postiguillo. Miró Mordaunt por él, y gracias a las precauciones tomadas por ambos amigos, nada pudo ver. Entonces introdujo la llave en la cerradura, abrió la puerta y se presentó en el umbral.

En el mismo instante se halló frente a frente con Artagnan. Quiso cerrar la puerta. Porthos se arrojó sobre ella y la abrió de par en par. A las tres palmadas que dio éste, se presentaron Athos y Aramis. Mordaunt se puso lívido, pero no dio un grito ni pidió socorro.

Marchó Artagnan rectamente a él, y empujándole, por decirlo así, con el pecho, le hizo subir de espaldas la escalera, iluminada por una lámpara, que permitía al gascón no perder de vista las manos de Mordaunt; pero éste conoció que aunque matara a Artagnan quedarían para vengarle sus tres amigos. No hizo, por tanto, un solo movimiento de defensa ni un solo gesto de amenaza. Al llegar a la puerta se vio acorralado contra ella, y sin duda creyó que era aquel su último momento; pero se engañaba; Artagnan alargó la mano y abrió la puerta hallándose los enemigos frente a frente en el aposento que diez minutos antes ocupaba el joven con Cromwell.

Porthos entró en pos de él; había descolgado la lámpara de la escalera y con ella encendió la de la habitación.

Athos y Aramis se presentaron en la puerta y la cerraron con llave.

—Tened la molestia de sentarss —murmuró Artagnan presentando una silla al joven.

Cogió éste la silla de las manos de Artagnan y se sentó con mesura, aunque muy pálido. A tres pasos de distancia puso Aramis tres sillas para sí, Artagnan y Porthos.

Athos fue a sentarse en el rincón más oscuro del aposento, como resuelto a ser mero espectador de lo que iba a pasar.

Porthos colocóse a la izquierda de Artagnan y Aramis a la derecha. Athos se manifestaba abatido. Porthos se restregaba las manos con febril impaciencia.

Sin dejar de sonreírse, Aramis se oprimía los labios hasta hacerse sangre.

Sólo Artagnan conservaba su moderación, al menos en apariencia. —Señor Mordaunt —dijo al joven—, ya que después de perder tantos días en correr unos en pos de otros ha venido a reunirnos la casualidad, tengamos, si os parece, un rato de conversación.

LXXIV.— LA CONVERSACIÓN

Tan inesperadamente se vio sorprendido Mordaunt, tan confusos fueron los sentimientos bajo cuya impresión subió la escalera, que no le fue posible conservar íntegra su réflexión, pues en los primeros momentos se vio dominado por la emoción, la sorpresa y el invencible terror que de todo hombre se apodera al caer en manos de un adversario mortal y de fuerzas superiores, cuando supone que este enemigo se halla en otro sitio y atendiendo a otros objetos.

Poco después que se sentó, luego que notó que se concedía una tregua, cualquiera que fuese su causa; reconcentró todas sus ideas y reunió todas sus fuerzas; en vez de intimidarle el fuego de las miradas de Artagnan, le electrizó porque aquellas ardientes y amenazadoras miradas revelaban francamente su odio y su cólera. Dispuesto Mordaunt a aprovechar la menor ocasión para salir del

paso, fuera por fuerza, o por medio de alguna estratagema, se replegó sobre sí mismo, como hace el oso acorralado en su caverna, que sigue con ojos inmóviles aparentemente todos los gestos del cazador que le amenaza.

Llevó rápidamente la vista a la larga y fuerte tizona que de su costado pendía; puso sin afectación la mano izquierda sobre la empuñadura, acercóla al alcance de su diestra, y se sentó accediendo a la insinuación de Artagnan.

Sin duda esperaba éste alguna palabra ofensiva para entablar uno de esos diálogos irónicos y terribles que tan bien sabía sostener. Aramis decía entre sí: Oigamos unas cuantas vaciedades. Porthos se mordía los bigotes murmurando: ¡Voto a tantos, tanta etiqueta para aplastar a esa víbora! Athos continuaba en su rincón, inmóvil y pálido como un bajo relieve de mármol, y sintiendo a pesar de su inmovilidad su frente bañada en sudor.

Mordaunt nada decía: cuando se cercioró de que aún podía disponer de su espada, cruzó imperturbable las piernas y aguardó.

No podía prolongarse más el silencio sin degenerar en ridículo. Conociólo Artagnan, y como había brindado a Mordaunt con una silla para hablar, creyó que a él le correspondía comenzar el primero.

—Voy creyendo, señor mío —le dijo con su mortal cortesía—, que mudáis de traje casi tan rápidamente como los actores italianos que trajo de Bérgamo el señor cardenal Mazarino, y que sin duda os llevó a ver durante vuestra residencia en Francia.

Mordaunt no respondió.

—No ha mucho —contestó Artagnan— que estabais disfrazado, miento, vestido de asesino, y ahora...

—Y ahora, por el contrario, parezco un hombre que va a morir asesinado — contestó Mordaunt con seca y serena voz.

—¡Oh! —repuso Artagnan—. No digáis eso estando en compañía de caballeros, y llevando pendiente del cinto tan excelente espada.

—No hay arma que valga contra cuatro espadas y otros tantos puñales, sin contar los puñales y espadas de los satélites que abajo os esperan.

—Perdonad —objetó Artagnan—; los que nos esperan abajo no son satélites, sino lacayos. Soy muy escrupuloso en esto de poner la verdad en su punto.

Mordaunt sólo contestó con cierta sonrisa que crispó irónicamente sus labios.

—Pero no se trata ahora de eso —prosiguió Artagnan—. Vuelvo a la cuestión. Me he tomado la libertad de interrogaros por qué habíais variado de traje; la careta, al parecer, era bastante cómoda, la barba gris os caía perfectamente, y en cuanto al hacha con que tan noble golpe habéis dado, tampoco creo que os sentase mal en este instante. ¿Por qué la habéis dejado?

—Porque recordé la escena de Armentières, y me pareció que encontraría cuatro hachas en lugar de una, debiendo verme entre cuatro verdugos.

—Caballero —respondió Artagnan con gran flema, si bien por un instantáneo movimiento de cejas dio a entender que empezaba a sofocarse—; caballero, aunque estáis profundamente viciado y corrompido, sois aún muy joven, y no me detendré en refutar vuestras frívolas palabras. Frívolas, sí, pues lo que acabáis

de decir de Armentières no tiene la menor relación con la situación actual. Efectivamente, nos era imposible ofrecer una espada a vuestra madre y mi señora, y pedirle que la esgrimiese contra nosotros. Pero a vos, caballero, a un joven que maneja el puñal y la pistola con la destreza que todos sabemos, y que tiene una espada de esas dimensiones, no hay quien no pueda pedir el favor de una entrevista a solas.

—¡Ah! —dijo Mordaunt—. ¿Conque lo que deseáis es un desafío?

Y se levantó con chispeantes ojos, como dispuesto a contestar en el acto a la proposición.

También se levantó Porthos, pronto, como siempre, a esta especie de aventuras.

—Poco a poco —dijo Artagnan con sangre fría—, no hay que apresurarse; todos debemos querer que vayan las cosas en regla. Sentaos, pues, querido Porthos, y vos señor Mordaunt, tened la bondad de no alteraros. Ya se compondrá el asunto a satisfacción de los presentes. Hablando con franqueza, señor Mordaunt, declarad que de buena gana mataríais a cualquiera de nosotros.

—A todos —respondió Mordaunt.

Volvióse Artagnan a Aramis, y le dijo:

—No es poca fortuna, amigo Aramis, que el señor Mordaunt esté tan en los toques de la lengua francesa; la lo menos no habrá *quid pro quos* y nos entenderemos perfectamente.

Y prosiguió dirigiéndose a Mordaunt.

—Debo deciros, querido Mordaunt, que estos señores os pagan los buenos sentimientos que os inspiran y celebrarían también mataros. Diré más; y es que os matarán seguramente; sin embargo, será como caballeros, y aquí tenéis la mejor prueba.

Y diciendo esto, tiró Artagnan el sombrero sobre la alfombra, arrimó la silla a la pared, hizo seña a sus compañeros de que le imitasen, y saludando a Mordaunt con una gracia enteramente francesa:

—Estoy a vuestras órdenes, caballero —continuó—; pues si no tenéis nada que replicar contra el honor que reclamo, seré yo el que empiece con vuestro permiso. Cierto que mi espada es más corta que la vuestra; pero ¡ah! el brazo suplirá lo que falte.

—¡Alto ahí! —gritó Porthos—. Yo soy el que ha de empezar y sin andarme con palabritas de buena crianza...

—Con permiso Porthos —dijo Aramis.

Athos no hizo un solo movimiento; parecía un mármol; no se sentía su respiración.

—Señores, señores —dijo Artagnan—, no hay que apurarse; ya os llegará vuestro turno. Mirad los ojos de ese caballero, y deducid de ellos el grato rencor que le inspiramos; ved con qué habilidad ha empuñado la espada; admirad la circunstancia con que examina el aposento por si hay algún obstáculo que le estorbe. ¿No os demuestra eso que el señor Mordaunt es un gran espadachín, y que si le dejo, no tardaréis mucho en sucederme? No os mováis imitad a Athos,

cuya pacífica actitud os recomiendo una y cien veces, y quede por mi cuenta la iniciativa que me he tomado. Y en fin —continuó sacando la espada con terrible ademán—, tengo personales asuntos que ventilar con el señor, y seré por tanto el primero. Deseo, quiero empezar.

Era la primera vez que pronunciaba Artagnan esta palabra hablando a sus compañeros. Hasta entonces se había contentado con pensarla.

Porthos se apartó. Aramis se puso la espada debajo del brazo. Athos estuvo inmóvil en su oscuro rincón, no en pacífica actitud como había dicho Artagnan, sino sofocado y palpitante.

—Envainad —dijo Artagnan a Aramis—, no os atribuya este caballero intenciones de las cuales sois ajenos.

Y volviéndose a Mordaunt:

—Ya os espero, señor mío —añadió.

—Y yo os admiro, señores. Discutís quién ha de ser el primero que se bata conmigo, y no me consultáis sobre un punto que a mi entender no deja de interesarme. Cierto que a todos os odio; pero es en diferente escala. Espero mataros a todos, pero tengo más probabilidades para el primero que para el segundo; para el segundo que para el tercero, para éste que para el último. Reclamo, por tanto, el derecho a escoger mi adversario. Si me lo negáis, no me defenderé.

Los cuatro amigos se miraron.

—Razona bien —observaron Porthos y Aramis, esperando que recayese en ellos la elección.

Nada dijeron Athos ni Artagnan, pero su silencio indicaba el mismo sentimiento.

—Bien —continuó Mordaunt en medio del profundo y solemne silencio que reinaba en la misteriosa casa—, escojo por primer adversario al que por no considerarse digno de llevar el nombre del conde de la Fère, se hace llamar Athos.

Athos se levantó como movido por algún secreto resorte; mas con gran sorpresa de sus amigos, dijo moviendo la cabeza y después de un momento de inmovilidad:

—Señor Mordaunt, es imposible un desafío entre nosotros; haced a otro el honor que me otorgáis.

Y se volvió a sentar.

—¡Ja, ja! —exclamó Mordaunt—. Ya tiene miedo uno.

—¡Rayo del cielo! —gritó Artagnan arrojándose sobre el joven—: ¿Quién afirma que Athos tiene miedo?

—Dejadle, Artagnan —repuso Athos con una sonrisa llena de tristeza y desprecio.

—¿Estáis resuelto? —preguntó el gascón.

—Absolutamente.

—Bien, punto concluido.

Y prosiguió dirigiéndose a Mordaunt:

—Ya lo habéis oído, el conde de la Fère no quiere concederos el honor de batirse con vos. Escoged entre nosotros al que debe reemplazarle.

—No batiéndome con él —replicó Mordaunt— me importa poco con quien sea. Escribid vuestros nombres, echadlos en un sombrero y sacaré uno.

—Ingenioso pensamiento —dijo Artagnan.

—En efecto —observó Aramis—, por ese medio todo se concilia.

—No se me hubiera ocurrido a mí —añadió Porthos—, y eso que es tan sencillo.

—Vaya, Aramis —dijo Artagnan—, escribidlos con aquella letra tan linda con que comunicasteis a María Michon que la madre del señor Mordaunt proyectaba asesinar al duque de Buckingham.

Mordaunt sufrió este nuevo ataque sin pestañear; estaba de pie, con los brazos cruzados y tan tranquilo como puede estarlo un hombre en semejantes circunstancias. Si no era aquello valor, era soberbia, cosas muy parecidas.

Acercóse Aramis al bufete de Cromwell; partió tres pedazos de papel de iguales dimensiones; escribió en el primero su nombre, y en los otros los de sus compañeros; los presentó abiertos a Mordaunt, el cual movió la cabeza sin leerlos, como dando a entender que confiaba enteramente en él, y arrollándolos uno por uno, los puso en un sombrero y se los presentó al joven.

Éste sumergió la mano en el sombrero, sacó un papel y dejóle caer desdeñosamente sobre la mesa sin leerle.

—¡Ah, serpiente! —murmuró Artagnan—. Diera yo todas mis esperanzas de lograr la capitanía de mosqueteros porque estuviese ahí mi nombre.

Aramis abrió el papel, y aunque aparentaba mucha tranquilidad, y frialdad, se conocía que temblaba de odio y deseo.

—¡Artagnan! —leyó en voz alta.

El gascón lanzó un grito de alegría.

—¡Bien! —gritó—. El cielo es justo.

Y volviéndose a Mordaunt:

—Espero —le dijo— que ya no tendréis ninguna objeción que hacer.

—Ninguna, caballero —respondió Mordaunt desenvainando y apoyando la punta de la espada sobre su bota.

Seguro ya Artagnan de que se cumplirían sus deseos, y de que no se le escaparía su adversario, recobró toda su tranquilidad, toda su flema, y aún toda la lentitud con que acostumbraba a hacer los preparativos de ese grave asunto llamado duelo. Al enrollarse las vueltas de la ropilla y restregar la planta del pie derecho contra el suelo, observó que Mordaunt lanzaba en torno suyo la singular mirada que ya otra vez habíale sorprendido.

—¿Estáis dispuesto? —preguntó.

—Os aguardo —dijo Mordaunt alzando la cabeza y mirando a Àrtagnan con ojos de indefinible expresión.

—Pues andad con tiento —respondió el gascón—, porque manejo regularmente la espada.

—Y yo también dijo Mordaunt.

—Mejor. Así estará tranquila mi conciencia. ¡En guardia!

—Un momento —dijo el joven—; dadme palabra, caballeros, de que no os echaréis sobre mí todos juntos.

—¿Lo preguntas con ánimo de insultarnos, mala víbora? —dijo Porthos.

—No, sino a fin de tener la conciencia tranquila, como este caballero.

—No es por eso —murmuró Artagnan moviendo la cabeza y mirando con inquietud en torno suyo.

—Damos nuestra palabra dijeron a la par Aramis y Porthos.

—Entonces, señores —insistió Mordaunt—, retiraos a un rincón como el señor conde de la Fère, quien ya que no quiere batirse, demuestra al menos que conoce las reglas del duelo, y dejarnos terreno franco, porque es probable que le necesitemos.

—En hora buena —dijo Aramis.

—¡Cuánto inconveniente! —murmuró Porthos.

—Apartaos, señores —dijo Artagnan—. no hay que dejar al señor el menor pretexto para que proceda mal, de lo cual, salvo sea el respeto que le debo, creo que tiene no pocas ganas.

Este nuevo sarcasmo se embotó en el impasible rostro de Mordaunt.

Porthos y Aramis colocáronse en el ángulo paralelo al que ocupaba Porthos, de suerte que los dos campeones disponían del centro del aposento y se hallaban alumbrados por las dos lámparas puestas sobre la mesa de Cromwell. La luz, como es consiguiente, era menos en los puntos más distantes.

—Vamos —dijo Artagnan—, ¿estáis ya preparado?

—Sí —respondió Mordaunt.

Dieron los dos un paso adelante, y gracias a este simultáneo movimiento, se tocaron los aceros.

Manejaba Artagnan con sobrada pericia la espada, para entretenerse en medir a su adversario; dio, pues, un ataque falso, rápido y brillante; pero Mordaunt le paró.

—¡Hola! —exclamó con una sonrisa de satisfacción.

Y sin perder tiempo, aprovechó un hueco y tiró una estocada tan rápida como un relámpago.

Mordaunt la paró con una contra de cuarta tan estrecha, que no se hubiera salido de la sortija de una niña.

—Empiezo a creer que nos vamos a divertir —dijo Artagnan.

—Sí —murmuró Aramis—; pero jugad cerrado, aunque os divirtáis. Mordaunt se sonrió.

—¡Oh! —exclamó Artagnan—. ¡Qué sonrisa tan repugnante tenéis, señor Mordaunt! ¿Quién os la ha enseñado? ¿El diablo?

Mordaunt sólo respondió arrojándose a ligar la espada del gascón con una fuerza que no esperaba éste encontrar en un cuerpo tan débil en apariencia: pero gracias a un quite no menos hábil que el que acababa de ejecutar su contrario, se encontró a tiempo con el hierro de Mordaunt, el cual se deslizó a lo largo sin tocar al pecho.

Mordaunt dio con rapidez un paso atrás.

—¡Calle! ¿Ya retrocedéis? —dijo Artagnan—. ¿Ya os salís de la línea? Corriente. Algo gano con ello. Siquiera no veo esa desagradable sonrisa. Ya estoy enteramente a la sombra: mejor. No podéis suponeros cuán falsas son vuestras miradas, caballero, sobre todo cuando tenéis miedo. Mirad mis ojos y veréis una cosa que nunca reproducirá vuestro espejo: una mirada franca y leal.

A este flujo de palabras, que quizá no sería de muy buen gusto pero que era habitual en Artagnan, el cual profesaba el principio de distraer a su adversario, nada contestó Mordaunt: siguió moviéndose y dando la vuelta hasta que consiguió cambiar de sitio a Artagnan.

Cada vez sonreíase más: esta sonrisa empezaba a inquietar al gascón.

—Concluyamos —pensó Artagnan—; el tunante tiene piernas de hierro. Aquí de los grandes golpes.

Y empezó a arrinconar a Mordaunt, quien continuaba retrocediendo, pero evidentemente por táctica, sin cometer un descuido de que pudiera aprovecharse Artagnan, sin que se apartase un punto su espada de la línea. Y como la lucha tenía lugar en una habitación, y faltaba espacio a los combatientes, pronto el pie de Mordaunt tocó la pared, en la cual apoyó la mano izquierda.

—¡Ah! —murmuró Artagnan—. Lo que es ahora no retrocederéis. Señores —continuó, apretando los labios y frunciendo el ceño—, ¿habéis visto alguna vez un escorpión clavado en una pared?... ¿No?... Pues ahora lo vais a ver.

Y en un segundo tiró Artagnan tres estocadas terribles a Mordaunt. Las tres le tocaron, mas no hicieron más que rozarle. El gascón no comprendía este misterio. Los tres amigos le miraban palpitantes y con la frente bañada en sudor.

Por fin, habiéndose adelantado mucho Artagnan, dio a su vez un paso atrás para preparar el cuarto golpe, o más bien para ejecutarle, porque para Artagnan las armas eran como el ajedrez, una vasta combinación cuyos pormenores estaban enlazados entre sí. Pero en el momento de volver sobre su adversario con más encarnizamiento que nunca; en el momento de atacarle con la velocidad del relámpago, después de un amago tan rápido como ceñido, se abrió la pared. Mordaunt desapareció por el boquetón, y la espada de Artagnan se rompió entre las dos hojas de la puerta como si hubiera sido de vidrio.

Artagnan dio un paso atrás. La pared volvió a cerrarse.

Sin dejar de defenderse, había Mordaunt maniobrado paulatinamente hasta recostarse de espaldas en la puerta secreta por la cual vimos antes salir a Cromwell. Al llegar allí buscó y tocó el resorte con la mano izquierda, y desapareció como en el teatro desaparecen los genios del mal que tienen el don de atravesar las murallas.

El gascón pronunció una tremenda imprecación, a que contestó por la parte de adentro una risa feroz, risa fúnebre que heló de espanto hasta las venas del escéptico Aramis.

—¡A mí, señores! —dijo Artagnan—. Derribemos esta puerta.

—Es el demonio en persona —dijo Aramis acudiendo al llamamiento de su amigo.

—Se nos escapa, ¡voto a bríos!, ¡se nos escapa! —aulló Porthos, apoyando sus anchos hombros contra la puerta que resistió su empuje, contenida por cierto secreto resorte.

—Tanto mejor —murmuró sordamente Athos.

—Ya lo sospechaba yo, ¡diantre! —dijo Artagnan haciendo inútiles esfuerzos–—. Ya lo sospechaba yo cuando el miserable dio la vuelta al aposento; preveía alguna artimaña infame; conocía que tenía algún plan, ¡pero quién podía adivinar esto!

—¡Terrible desgracia que nos envía el diablo su amigo! —exclamó Aramis.

—¡Fortuna palpable que nos envía Dios! —dijo Athos con evidente alegria.

—En verdad os aseguro —contestó Artagnan encogiéndose de hombros y abandonando la puerta que resueltamente no quería ceder—, en verdad os aseguro que vais perdiendo mucho, Athos. ¿Es posible que digáis cosas semejantes a hombres como nosotros? ¡Voto a tantos! ¿No comprendéis la situación?

—¿El qué? ¿Qué situación? —preguntó Porthos.

—Aquí quien no mate ha de morir —prosiguió Artagnan—. Vamos a ver, querido conde ¿entra en vuestras expiatorias lamentaciones el que el señor Mordaunt nos sacrifique a su amor filial? Si es así, decidlo francamente.

—¡Oh! Artagnan, amigo querido...

—Es que verdaderamente da lástima que miréis las cosas desde ese punto de vista. El miserable no tardará en enviar contra nosotros cien soldados que nos pulverizarán como grano en mortero de Cromwell.

—¡Ea! Vámonos: si permanecemos aquí cinco minutos más, somos perdidos.

—Tenéis razón; vámonos —contestaron Athos y Aramis.

—¿Y adónde? —dijo Porthos.

—A la posada a tomar los equipajes y los caballos, y desde allí, si Dios quiere, a Francia, adonde a los menos entiende uno la arquitectura de las casas. Aún podemos disponer de una embarcación, afortunadamente.

Y uniendo Artagnan el ejemplo al precepto, envainó el pedazo de espada que le quedaba, recogió su sombrero, tomó la puerta de la escalera y bajó rápidamente, seguido de sus tres compañeros.

En la puerta encontraron los fugitivos a los lacayos, a los que habiéndoles preguntado por Mordaunt, dijeron que no le habían visto salir.

LXXV.— EL FALUCHO «RELÁMPAGO»

Decía bien Artagnan; Mordaunt no tenía tiempo que perder; así lo hizo efectivamente. Sabía cuán rápidos en decidirse y en obrar eran sus enemigos, y resolvió proceder en consecuencia. Aquella vez habían encontrado los mosqueteros un adversario digno de ellos.

Después de cerrar con cuidado la puerta, Mordaunt introdújose en el subterráneo, envainó la espada, y ganando la casa inmediata, se detuvo para examinarse y tomar aliento.

—¡Vaya! —dijo—. Nada, casi nada, arañazos tan sólo, dos en un brazo y uno en el pecho. Mejores son las heridas que yo abro. Que pregunten al verdugo de Béthune, a mi tío Winter y al monarca Carlos. Ahora no tengo un segundo que perder, porque en este tiempo pueden salvarse y es necesario que mueran los cuatro, los cuatro a la vez, aniquilados por un rayo de los hombres a falta del de Dios... Es menester que desaparezcan vencidos, anonadados y dispersos. Corramos hasta que me puedan sostener las piernas, hasta que se me hinche el corazón en el pecho; pero lleguemos antes que ellos.

Y Mordaunt empezó a andar a pasos rápidos, aunque más iguales, hacia el primer cuartel de caballería, que distaba un cuarto de legua, el cual le anduvo en cuatro o cinco minutos.

Luego que llegó, diose a conocer, cogió el mejor caballo, montó y salió al camino. Al cabo de otro cuarto de hora se hallaba en Greenwich. —Aquí está el puerto —dijo—, aquel punto oscuro es la isla de los Perros. Bien: tengo media hora por delante... una hora quizá, ¡qué necio he sido! He estado a punto de asfixiarme por mi insensata precipitación. Ahora —repuso apoyándose sobre los estribos como para alcanzar con la vista a más distancia entre los mástiles y las cuerdas—, ¿dónde estará el *Relámpago?*

Al pronunciar mentalmente tales palabras, respondiendo a su propio pensamiento, un hombre que estaba tendido sobre un rollo de jarcias se levantó y dio algunos pasos hacia Mordaunt.

Éste sacó un pañuelo y lo agitó un instante en el aire.

—El hombre le miró con atención, pero no se movió.

Mordaunt hizo un nudo en cada punta del pañuelo, y entonces acercósele el hombre. Recordará el lector que ésta era la señal. Llevaba el marinero un ancho capote de lana con que cubría el cuerpo y el rostro.

—Caballero —le dijo—, ¿venís acaso de Londres a dar un paseo por la mar?

—Sí —respondió Mordaunt— hacia la isla de los Perros.

—Eso es. Sin duda traeréis alguna intención determinada. Preferiréis un buque a los demás. Desearíais un buque velero, rápido...

—Como un relámpago —respondió Mordaunt.

—Está bien; entonces, mi buque os hace al caso. Yo soy el patrón que necesitáis.

—Eso empiezo a creer —dijo Mordaunt—. No habréis olvidado cierta contraseña.

—Aquí la tenéis —dijo el marino sacando del bolsillo un pañuelo anudado por las cuatro puntas.

—Bueno, bueno —contestó Mordaunt, apeándose—. No hay tiempo que perder. Haced que lleven mi caballo a la posada más próxima y conducidme al buque.

—Pues, ¿y vuestros compañeros? —dijo el marinero—. Yo creía que erais cuatro además de los lacayos.

—Escuchadme —dijo Mordaunt acercándose a él—; no soy yo la persona que buscáis, así como vos tampoco sois el que ellos suponen encontrar; ocupáis el lugar del capitán Rogers, estáis aquí por orden del general Cromwell y yo vengo de su parte.

—En efecto —dijo el patrón—, ahora os reconozco. Sois el capitán Mordaunt.

Mordaunt hizo cierto movimiento.

—Nada temáis —dijo el marinero entreabriendo el capote y descubriendo el rostro—, soy amigo.

—¡El capitán Groslow! —murmuró Mordaunt.

—El mismo soy —dijo Groslow—. Acordándose el general de que he sido oficial de marina, me ha dado esta comisión. ¿Qué pasa de nuevo?

—Nada, todo sigue en el mismo estado. —Yo creí que con la muerte del rey...

—La muerte del rey sólo ha servido para precipitar la fuga. Dentro de un cuarto de hora estarán aquí.

—¿Pues a qué venís?

—A embarcarme con vos.

—¿Duda acaso el general de mi celo?

—No; pero yo deseo ver por mis propios ojos mi venganza. ¿No hay aquí quien pueda desembarazarnos de mi caballo?

Dio Groslow un silbido y se presentó un marinero.

—Patrick, conducid ese caballo a la posada más inmediata. Si os preguntan a quién pertenece, decid que a un caballero irlandés.

El marinero se alejó sin hacer la menor observación.

—¿Podrán conoceros? —dijo Mordaunt.

—Con este traje, este capote, y estando la noche tan oscura, no hay cuidado; vos no me habéis conocido y menos me conocerán ellos.

—Es verdad —dijo Mordaunt—; además, ¿cómo han de pensar que os halláis aquí? ¿Está todo listo?

—Todo.

—¿Cinco toneles llenos?

—Y cincuenta vacíos.

—Eso es.

—Llevamos vino de Oporto a Amberes.

—Muy bien. Conducidme ahora a bordo y volved a ocupar vuestro puesto, porque ya no pueden tardar.

—Cuando queráis.

—Deseo que no me vean entrar.

—No tengo a bordo más que un hombre tan seguro como yo mismo. Por otra parte, no os conoce, y aunque está dispuesto, como sus compañeros, a obedecer vuestras órdenes, todo lo ignora.

—Bien, vamos.

Entonces se encaminaron hacia el Támesis. En la playa estaba amarrada una pequeña barca sujeta por una cadena de hierro a una estaca. Tiró Groslow de la barca, la sujetó en tanto que entraba Mordaunt en ella, entró tras él y empuñando casi al mismo tiempo los remos, se puso a bogar de un modo capaz de probar a Mordaunt lo que antes dijera, a saber, que no había olvidado su oficio de marinero.

Después de cinco minutos salieron de entre aquel bosque de mástiles que ya en aquella época obstruía la parte del Támesis más cercana a Londres, y Mordaunt pudo ver como un punto oscuro al pequeño falucho balanceándose al ancla, a cuatro o cinco cables de la isla de los Perros.

Al acercarse al *Relámpago,* dio Groslow un silbido particular y por encima de la obra muerta asomó un hombre la cabeza.

—¿Sois vos, capitán? —dijo.

—Sí, echa la escala.

Y pasando Groslow con la rapidez de una golondrina por debajo del bauprés, subió a bordo.

—Subid —dijo a su compañero.

Sin responder Mordaunt, tomó la cuerda y trepó por el costado del buque con una agilidad y aplomo poco comunes entre la gente de tierra; pero sus deseos de vengarse suplían la falta de costumbre, le hacían apto para todo.

El marinero, que permanecía de guardia en el *Relámpago,* correspondió a las previsiones de Groslow, y ni siquiera dio a entender que advertía que su patrón iba acompañado.

Mordaunt y Groslow dirigiéronse a la cámara del capitán, que era una especie de camarote, construido con tablas sobre cubierta. El capitán Rogers había cedido la habitación de honor a sus pasajeros.

—¿Dónde van ellos? —dijo Mordaunt.

—A la otra extremidad del buque —respondió Groslow.

—¿Y por aquí nada tienen que hacer?

—Nada.

—Muy bien. Me quedaré escondido. Volved a Greenwich y traedles. ¿Cuántos botes tenéis?

—Sólo ese en que hemos venido.

—Parece ligero y fuerte.

—Es una verdadera piragua.

—Amarradle a popa con una soga y ponedle los remos para que siga la estela y no haya que hacer más que cortar la cuerda: poned en él ron y galletas. Si casualmente está mala la mar, no sentiría la gente tener con qué restaurar las fuerzas.

—Se hará como decís. ¿Queréis visitar la santabárbara?

—No, cuando regresen. Yo pondré en persona la mecha para mayor seguridad. Cubríos bien el rostro, no os conozcan.

—Perded cuidado.

—Idos, ya dan las diez en Greenwich.

Efectivamente, las vibraciones de una campana, repetidas diez veces, atravesaron tristemente la atmósfera cargada de nubarrones que rodaban por el cielo en silencioso oleaje.

Empujó Groslow la puerta, que Mordaunt cerró por dentro, y después de dar al marinero de guardia orden de estar alerta, entró en la barca, la cual se alejó rápidamente, cortando las olas con los remos.

Frío era el viento y el muelle se encontraba desierto cuando llegó Groslow a Greenwich. Acababan de marcharse muchas barcas aprovechando la marea. En el mismo instante en que saltó en tierra Groslow, oyó un galope de caballos en el camino, empedrado de guijarros de la playa.

—Bien —dijo—; tenía razón Mordaunt al decir que no había tiempo que perder. Ahí están.

En efecto, eran nuestros amigos los que se aproximaban, o por mejor decir, era su vanguardia, compuesta de Artagnan y de Athos. Al llegar frente al paraje en que se hallaba Groslow, se detuvieron como adivinando que allí estaba la persona que buscaban. Apeóse Athos y sacó un pañuelo con un nudo en cada punta, agitándole en el aire, mientras Artagnan, con su acostumbrada prudencia, se inclinaba sobre su caballo y metía una mano en las pistoleras.

Groslow, que hasta cerciorarse si eran ellos, habíase acurrucado detrás de un cañón de esos que suele haber puestos de pie en el suelo y sirven para amarrar los cables, se levantó al ver la señal convenida y marchó rectamente a los caballeros. Tan embozado iba en su capote, que no era posible ver su rostro. Además la noche estaba tan oscura, que hacía superflua esta precaución.

Sin embargo, la penetrante vista de Athos adivinó, a pesar de la oscuridad, que no era Rogers el que estaba al frente.

—¿Qué me queréis? —dijo retrocediendo un paso.

—Quiero deciros, milord —respondió Groslow simulando acento irlandés—, que buscáis al capitán Rogers, pero que le buscáis en vano.

—¿Pues cómo? —preguntó Athos.

—Porque esta mañana se ha caído de un mastelero y se ha roto una pierna. Mas yo soy primo suyo; me lo ha contado todo y me ha encargado que reconozca en su nombre y que conduzca, haciendo sus veces, adondequiera que vayan,

a los señores que traigan un pañuelo con un nudo en cada punta como el que tenéis en la mano y como el que tengo en el bolsillo.

Y a estas palabras sacó Groslow el pañuelo que enseñara a Mordaunt.

—¿Y nada más? —preguntó Athos.

—Sí, milord; me ha dicho también que debéis darme sesenta y cinco libras si os desembarco sanos y salvos en Boloña o en otro punto de Francia que me indiquéis.

—¿Qué decís de esto, Artagnan? —preguntó Athos en francés.

—Sepamos primero qué dice él —contestó éste.

—¡Ah! Es verdad; olvidaba que no sabéis inglés.

Y repitió a Artagnan la conversación que acababa de sostener con el patrón.

—Me parece bastante verosímil —dijo el gascón.

—Y a mí también —respondió Athos.

—Además, si nos engaña, siempre nos queda el recurso de levantarle la tapa de los sesos.

—Y entonces, ¿quién nos guiará?

—Vos, Athos; tanto sabéis, que no dudo que sepáis gobernar también un buque.

—Por mi honor —respondió Athos sonriéndose—, que hablando en chanza habéis acertado, amigo; mi padre me había destinado a servir en la marina y tengo algunas nociones de pilotaje.

—¿No lo veis? —murmuró Artagnan.

—Id a buscar a los otros y volved; son las once, no hay tiempo que perder.

Artagnan marchó hacia dos jinetes que con una pistola en la mano hallábanse apostados junto a las primeras casas de la población, esperando y observando; a un lado del camino, bajo una especie de cobertizo, se divisaban otros tres jinetes también en acecho y en expectativa.

Los dos primeros eran Porthos y Aramis, y los del cobertizo, Mosquetón, Blasois y Grimaud; pero mirando de cerca a este último, se observaba que iba doble, pues llevaba a la grupa a Parry, el cual debía conducir a Londres los caballos vendidos al posadero en pago del gasto hecho en su casa. Gracias a esta operación comercial, pudieron los cuatro compañeros llevar consigo una cantidad, sino considerable, suficiente al menos para atender a cualquier retraso o incidente imprevisto.

Invitó Artagnan a Porthos y Aramis a seguirle, y éstos hicieron seña a los criados de que se apeasen y tomasen sus maletines.

Parry se separó, no sin pesar, de sus amigos; le habían propuesto pasar a Francia, pero él se había negado a ello tenazmente.

—Es muy lógico —pensaba Mosquetón—; querrá arreglar cuentas con Groslow.

El lector recordará la herida que el capitán Groslow había hecho en la cabeza al fiel criado.

Reuniéronse todos con Athos; pero ya había vuelto Artagnan a su natural desconfianza: parecíale que el muelle estaba muy desierto, la noche estaba muy oscura, el patrón muy complaciente.

Contó a Aramis el incidente que dejamos indicado, y Aramis, tan desconfiado como él, contribuyó no poco a aumentar sus sospechas. Un castañeo con la lengua dio a conocer a Athos la impaciencia del gascón.

—No hay tiempo para desconfiar —dijo Athos—; ya nos espera el bote; entremos.

—¿Y quién nos quita conservar nuestra desconfianza y entrar? —preguntó Aramis—. Vigilaremos al patrón.

—Y si no anda derecho, le acogoto.

—Bien dicho, Porthos —repuso Artagnan—. Entremos: pasa, Mosquetón.

Y detuvo a sus compañeros, dejando que fueran delante los criados para probar la firmeza de la tabla que conducía del muelle a la barca. Los tres lacayos pasaron sin novedad.

Athos siguióles; después pasó Porthos, y tras éste Aramis. Artagnan entró el último sin dejar de mover la cabeza.

—¿Qué diantre tenéis, amigo? —dijo Porthos—. Seríais capaz de infundir temor al mismo César.

—¿Qué tengo? —contestó Artagnan—. Que no diviso en el puerto, inspectores, ni centinelas, ni guardas.

—¡Podéis quejaros! —dijo Porthos—. Cuando tan bien se presenta todo.

—Demasiado bien, Porthos. En fin, sea lo que el cielo quiera. Inmediatamente quitaron la tabla; el patrón se sentó al timón e hizo una seña a un marinero, el cual empezó a maniobrar armado con un botador, para salir de aquel dédalo de buques, en medio de los cuales marchaba la barca.

El otro marinero estaba ya a babor con su remo en la mano. Luego que pudieron hacer uso de éstos, se le reunió su amigo, y el bote bogó con más rapidez.

—¿Por fin partimos? —dijo Porthos.

—¡Ah! —respondió el conde de la Fère—. Partimos solos.

—Sí, pero vamos los cuatro en compañía y sin un arañazo; siempre es un consuelo.

—Aún no hemos llegado —dijo Artagnan—, cuenta con los tropiezos del camino.

—¡Canario! —dijo Porthos—. Parecéis un cuervo; no predecís más que desgracias. ¿Qué tropiezos podemos tener con una noche tan oscura, que no se ve a veinte pasos de distancia?

—Mas, ¿y mañana? —dijo Artagnan.

—Por la mañana estaremos en Boulogne.

—De todo corazón lo deseo —dijo el gascón—: mas confieso mi debilidad, Athos, y aunque os cause risa, diré que mientras hemos estado a tiro de fusil del muelle o de los buques del puerto, temí que alguna horrible descarga acabase con nosotros.

—No podía ser —repuso Porthos con un raciocinio que de obvio se pasaba—, porque hubieran matado al mismo tiempo al patrón y a los marineros.

—¡Bah! ¡Poco le importaría esto a Mordaunt! ¿Tan escrupuloso le creéis?

—En fin —dijo Porthos—, celebro que Artagnan confiese que ha tenido miedo.

—No sólo lo manifiesto, sino que me alabo de ello. No soy un rinoceronte como vos. ¡Hola! ¿Qué es eso?

—El *Relámpago* —dijo el patrón.

—¿Ya hemos llegado? —dijo Athos en inglés.

—Ahora llegamos.

En efecto, con tres golpes de remo más, se pusieron junto al buque. Ya les esperaba un marinero con la escala preparada; había reconocido el bote.

Athos subió delante con destreza enteramente marina; Aramis, con la costumbre adquirida de largo tiempo atrás de manejar escalas de cuerda y otros medios más o menos ingeniosos que existen a fin de atravesar espacios prohibidos; Artagnan, como un cazador de gamuzas; Porthos, con el exceso de fuerza que en él lo suplía todo.

Para los criados fue más difícil la labor; no para Grimaud, especie de gato flaco y larguirucho que siempre hallaba modo de encaramarse adonde quería, sino para Mosquetón y Blasois, a quienes tu vieron que poner los marineros al alcance del brazo de Porthos, el cual les cogió por el cuello del jubón, y los colocó de pie sobre cubierta.

El capitán condujo a los pasajeros a la cámara que les tenía prevenida, y que consistía en una única pieza que debían habitar juntos: hecho lo cual trató de alejarse so pretexto de dar algunas órdenes.

—Un momento —dijo Artagnan—; ¿cuánta gente tenéis a bordo, patrón?

—No entiendo —respondió éste en inglés.

—Preguntádselo en su idioma, Athos.

El conde repitió la pregunta de Artagnan.

—Tres —respondió Groslow—, sin contarme a mí.

Artagnan le comprendió, porque al contestar había alzado el patrón tres dedos.

—¡Tres! —dijo Artagnan—. Ya empiezo a tranquilizarme. Sin embargo, ínterin os instaláis, voy a dar una vuelta por el buque.

—Y yo —repuso Porthos— voy a dedicarme a la cena.

—Magnífico proyecto, Porthos; llévale a ejecución. Vos, Athos, prestadme a Grimaud; ha aprendido algo de inglés tratándose con su compañero Parry, y me servirá de intérprete.

—Id, Grimaud dijo Athos.

Sobre cubierta había un farol; tomóle Artagnan con una mano, sacó una pistola con la otra, y le dijo al patrón:

—*Come.*

Esta palabra y *goddman* era cuanto había podido aprender del idioma inglés.

El gascón bajó por una escotilla al entrepuente.

Estaba éste dividido en tres compartimentos, el que se presentaba a la vista de Artagnan, que podía extenderse desde el palo de atrás hasta la extremidad de la popa, y que tenía por techo el suelo de la cámara en que se disponían Athos, Porthos y Aramis a pesar la noche; el segundo, que ocupaba la parte media del buque y estaba destinada a los criados, y el tercero, que llegaba hasta la proa donde se hallaba el camarote improvisado por el capitán, en que estaba escondido Mordaunt.

—¡Cáspita! —dijo Artagnan bajando la escalera de la escotilla y llevando por delante el farol—; ¡cuántos toneles! Parece la caverna de Alí-Babá.

Acababa de publicarse entonces la primera traducción de *Las Mil y una noches,* y estaba muy en boga.

—¿Qué decís? —preguntó en inglés el capitán.

Artagnan le comprendió por la entonación de la voz.

—Quiero saber qué hay en esos toneles —contestó dejando la luz sobre uno de ellos.

El patrón hizo un movimiento para subirse a cubierta, pero se contuvo y dijo:

—Oporto.

—¡Pardiez! Vino de Oporto —repuso Artagnan—; siempre es algo; así no nos moriremos de sed.

Y volviéndose a Groslow, el cual no hacía más que enjugarse la frente.

—¿Y están llenos? —le preguntó. Grimaud tradujo la pregunta.

—Unos llenos y otros vacíos —dijo Groslow con voz en que a pesar de sus esfuerzos se traslucía su impaciencia.

Dio Artagnan un golpecito con el dedo en algunos toneles, y vio que había cinco llenos y los demás vacíos; en seguida introdujo el farol, siempre con gran miedo del inglés, por los huecos que quedaban entre barrica y barrica, cerciorándose de que estaban desocupados.

—Vamos adelante —dijo, y fue hacia la puerta del segundo cuarto.

—Esperad —repuso el inglés, que se había quedado atrás, cediendo a la emoción que le embargaba—. Esperad, yo tengo la llave de esa puerta.

Y pasando con rapidez por delante de Artagnan y Grimaud, introdujo con trémula mano la llave en la cerradura, abriendo el segundo compartimiento en que se estaban preparando a cenar Mosquetón y Blasois.

Nada había en él digno de mencionarse; a la luz de la lámpara se descubrían todos sus rincones.

El gascón pasó rápidamente a ver el último aposento. Era el de los marineros.

Tres hamacas colgadas del techo, una mesa sostenida por dos cuerdas que pasaban por sus extremidades, y un par de bancos carcomidos y cojos formaban todo su ajuar. Artagnan levantó algunas lonas viejas que colgaban de las paredes, y no encontrando nada sospechoso, subió por la escotilla a cubierta.

—¿Y este aposento? —preguntó luego que llegó arriba. Grimaud tradujo al inglés las palabras del mosquetero.

—Es el mío —dijo el patrón; ¿deseáis entrar?

—Abrid la puerta.

Obedeció el inglés. Artagnan adelantó el brazo con el farol, metió la cabeza, y viendo lo reducido del camarote:

—Bien —dijo—, si hay algún ejército a bordo, no será aquí donde esté escondido. Vamos a ver si ha encontrado Porthos algo de cenar. Y despidiéndose del patrón con un movimiento de cabeza, volvió a la cámara principal que ocupaban sus amigos.

Sin duda no había hallado nada Porthos, o de lo contrario el sueño había vencido al hombre, pues cuando entró Artagnan estaba envuelto en su capa y dormía profundamente.

Cediendo Aramis y Athos al movimiento de las primeras olas del mar, empezaban también a cerrar los ojos; pero los abrieron al ruido que hizo su compañero al entrar.

—¿Hay novedad? —exclamó Aramis.

—Todo está perfectamente —dijo Artagnan—; podemos dormir descuidados.

Al decir esto inclinó Athos de nuevo la cabeza, Aramis hizo un movimiento afectuoso con la suya, y Artagnan, que, como Porthos, más necesitaba dormir que comer, despidió a Grimaud y tumbóse sobre su capa; con la espada desnuda al lado, de manera que su cuerpo cerrase el paso y no se pudiera entrar en la habitación sin tropezar con él.

LXXVI.— EL VINO DE OPORTO

A los diez minutos dormían los amos; pero no sucedía lo mismo con los criados, aguijoneados por el hambre, y sobre todo por la sed.

Preparábanse Blasois y Mosquetón a hacer su cama, que consistía en una tabla y en una maleta, mientras que sobre una mesa, colgada como la del aposento inmediato, se mecían a merced de las olas un pan, un cacharro con cerveza y tres vasos.

—¡Maldito vaivén! —decía Blasois—. Creo que me voy a marear como a la venida.

—¡Y no tener para resistir el mareo más que pan de cebada y vino de lúpulo!

—¿Pues y la botella de mimbres, señor Mostón? —preguntó Blasois acabando de arreglar su cama y acercándose, no sin trabajo a la mesa, ante la cual permanecía ya sentado Mosquetón, y en cuya operación le imitó—. Y la botella de mimbres, ¿la habéis perdido?

—No —dijo Mosquetón—, pero Parry se quedó con ella. Esos diablos de escoceses siempre tienen sed. Y vos, Grimaud —preguntó a su compañero, el cual acababa de entrar después de acompañar a Artagnan en su visita—, ¿sentís sed también?

—Como un escocés —respondió lacónicamente Grimaud.

Y colocándose junto a Blasois y Mosquetón, sacó un cuaderno y se puso a ajustar las cuentas de la compañía, cuyo tesorero era.

—¡Ay! —exclamó Blasois—. Ya me palpita el corazón.

—Siendo así —respondió Mosquetón con tono doctoral—, tomad algún alimento.

—¿Llamáis a esto alimento? —dijo Blasois mostrando con afligido y desdeñoso gesto el pan de cebada y el jarro de cerveza.

—Blasois —repuso Mosquetón—, no olvidéis que el pan es el mejor alimento de los franceses, y que no siempre lo tienen; preguntádselo a Grimaud.

—Sí, pero ¿y la cerveza? —repuso Blasois con una prontitud que hacía honor a su talento—, ¿y la cerveza, es su bebida verdadera? —Lo que es eso —dijo Mosquetón algo apurado con tal dilema—, debo confesar que no, y que la cerveza nos es tan antipática como el vino a los ingleses.

—¡Cómo, señor Mostón! —dijo Blasois poniendo en duda los profundos conocimientos de Mosquetón, a los cuales profesaba, sin embargo, una completa admiración en las circunstancias ordinarias de la vida—: ¿conque a los ingleses no les gusta el vino?

—Lo aborrecen.

—Pues yo les he visto beberlo.

—Por penitencia; y prueba de ello es —añadió Mostón contoneándose— que un príncipe inglés se murió porque le metieron cierto día en un tonel de malvasía. Se lo he oído contar al señor Herblay.

—¡Necio! —dijo Blasois—. ¡Ojalá estuviera yo en su lugar!

—Puedes estarlo —dijo Grimaud echando una raya por debajo de las cantidades que iba a sumar.

—¡Cómo que puedo! —murmuró Blasois.

—Sí —continuó Grimaud llevando cuatro y pasándolas a otra columna.

—Explicaos, señor Grimaud.

Grimaud prosiguió su cálculo y escribió el total.

—Oporto —dijo entonces apuntando al primer compartimiento que había visitado en compañía de Artagnan y del patrón.

—¡Cómo! Esos toneles que he visto por un resquicio de la puerta...

—Oporto —repitió Grimaud empezando otra operación aritmética.

—He oído decir —añadió Blasois dirigiéndose a Mosquetón— que el Oporto es un excelente vino de la Península.

—Excelente —dijo Mosquetón relamiéndose—, excelente. En la bodega del señor barón de Bracieux le hay.

—No sería malo rogar a los ingleses que nos vendieran una botella —añadió el cándido de Blasois.

—¿Vender, eh? —respondió Mosquetón sintiendo reproducirse sus antiguos instintos de merodeo—. Cómo se ve, ¡oh, joven!, que aún no tenéis experiencia en las cosas de la vida. ¿Qué necesidad hay de comprar lo que se puede tener de balde?

—Pero eso es atentar contra la propiedad dijo Blasois—, y creo que está prohibido.

—¿Dónde? —preguntó Mosquetón.

—No sé si en los Diez Mandamientos de Dios o en los de la Iglesia, mas sé que dice así:

«No desearás la mujer del prójimo.» «No codiciarás los bienes ajenos.»

—Otra razón pueril, señor Blasois —replicó Mosquetón con aire de superioridad—. Sí, pueril, lo repito. ¿En qué paraje de las Escrituras habéis visto que los ingleses sean prójimos?

—Confieso que en ninguno —respondió Blasois—, o al menos no lo recuerdo.

—Razón pueril, vuelvo a decir —prosiguió Mosquetón—. Amigo Blasois, si como Grimaud y yo hubierais hecho diez años la guerra, sabríais la diferencia entre los bienes ajenos y los bienes del enemigo.

No me negaréis que un inglés es un enemigo, y perteneciendo ese vino de Oporto a los ingleses, nos pertenece a nosotros como franceses. ¿No habéis oído explicar jamás lo que es vivir sobre el país?

Esta facundia, reforzada con toda la autoridad que prestaba a Mosquetón su larga experiencia, dejó estupefacto a Blasois. Bajó la cabeza como para meditar, pero levantándola de repente, como armado de un argumento irresistible, dijo:

—¿Y los amos serán de vuestro parecer, Mostón? Mosquetón sonrióse con desprecio.

—No faltaba más —repuso— sino que fuera a turbar el sueño de nuestros ilustres jefes para decirles: «Señores, vuestro criado Mosquetón tiene sed; ¿le permitís que beba?» ¿Qué le importa al señor de Bracieux que yo tenga sed o no?

—Es vino muy caro —objetó Blasois moviendo la cabeza.

—Aunque fuese oro potable, señor Blasois, no se privarían de él nuestros amos. Sabed que sólo el señor barón de Bracieux puede, si quiere, beberse un tonel de Oporto aunque le costara un doblón cada gota. Y siendo cierto que los amos no se privarían —prosiguió cada vez más enaltecido y orgulloso—, no veo por qué razón se han de privar los criados.

Y levantándose Mosquetón cogió el jarro de cerveza, le vació por una cañonera y acercóse majestuosamente a la puerta que comunicaba con el otro compartimiento.

—¡Hola! —dijo—. Está cerrada. ¡Qué desconfiados son estos demonios de ingleses!

—¿Cerrada? —repitió Blasois con no menor desaliento que su amigo—. ¡Vaya un chasco! Y el corazón que me va palpitando cada vez más...

Mosquetón miró a Blasois con rostro tan afligido, que era innegable que sentía el chasco tanto como él.

—¡Cerrada! —volvió a decir.

—Ahora recuerdo —se atrevió a observar Blasois—, haberos oído referir que cuando erais joven mantuvisteis una vez en Chantilly a vuestro amo, y os proporcionasteis alimento para vos mismo atrapando perdices, pescando carpas y cogiendo botellas con un nudo corredizo.

—Es verdad —respondió Mosquetón—, y ahí está Grimaud que no me dejará mentir. Pero la bodega tenía un tragaluz y el vino estaba embotellado. No puedo echar el lazo al través de ese tabique, ni sacar con un pedazo de cuerda un tonel que tal vez pesará dos quintales.

—No, pero sí podéis quitar dos o tres tablas del tabique —dijo Blasois—, y agujerear un tonel con una barrena.

Abrió Mosquetón sus saltones ojos y miró a Blasois con el asombro que causa a un hombre el encontrar en otro cualidades que no le atribuía.

—Cierto —dijo—, bien puede ser; pero ¿dónde hay escoplo a fin de arrancar las tablas y barrena para el tonel?

—El estuche —dijo Grimaud empezando el balance de sus cuentas.

—¡Ah! Sí, el estuche —murmuró Mosquetón—, ¡y que no me acordaba!

En efecto, amén del cargo de tesorero, ejercía Grimaud el de armero de la tropa, y además de su libro de cuentas, tenía su estuche. Y como Grimaud era la precaución en persona, dicho estuche, con cuidado guardado en el fondo de su maleta, iba provisto de todos los instrumentos de primera necesidad.

Contenía, pues, entre ellos una barrena de regulares dimensiones. Mosquetón apoderóse de ella.

En cuanto al escoplo, no tuvo que ir muy lejos a buscarle, pues el puñal que en el cinto llevaba le sustituía con ventajas.

Buscó Mosquetón un lugar en que estuviesen separadas las tablas, e inmediatamente que le encontró se puso a trabajar.

Mirábale Blasois con una admiración en que entraba cierta dosis de impaciencia, arriesgando de vez en cuando ciertas observaciones llenas de inteligencia y lucidez sobre el modo de arrancar un clavo o falsear una tabla.

En un momento levantó Mosquetón tres tablas.

—Está bien —dijo Blasois.

Era Mosquetón al revés de la rana de la fábula que por tan gruesa se tenía; pero desgraciadamente no era su vientre como su nombre, al cual consiguió quitar la tercera parte. Probó a pasar por el boquerón, mas advirtió con dolor que para que le viniera acomodado, aún necesitaba arrancar otras dos o tres tablas.

Dio un suspiro y apartóse para proseguir su trabajo.

Grimaud había concluido entretanto sus cuentas y contemplaba de pie y con gran interés la operación y los inútiles esfuerzos de Mosquetón para llegar a la tierra prometida.

—Yo —dijo Grimaud...

Esta sola palabra equivalía a un soneto, y un soneto ya se sabe que vale tanto como un poema.

Mosquetón volvió la cabeza.

—¿Vos? —preguntó.

—Yo entraré.

—Es verdad —dijo Mosquetón paseando una mirada por el largo y delgado cuerpo de su amigo—; pasaréis y con facilidad.

—Viene bien —dijo Blasois—, pues como ya ha estado en la bodega con el señor d'Artagnan, sabrá cuáles son los toneles llenos y cuáles no. Señor Mostón, dejad pasar al señor Grimaud.

—También hubiese yo entrado —murmuró Mostón algo picado.

—Sí, pero sería más prolijo y yo tengo mucha sed. Me va palpitando el corazón cada vez más.

—Vaya, pasad, Grimaud —dijo Mostón entregándole el jarro y la barrena.

—Enjuaga los vasos —respondió Grimaud.

E hizo una seña a Mosquetón, como pidiéndole perdón por ir a consumar una empresa tan brillantemente comenzada por otro. En seguida se deslizó como una culebra por el boquerón y desapareció.

Blasois permanecía absorto. De todos los prodigios hechos por los hombres extraordinarios a quienes tenía la dicha de servir desde su llegada a Inglaterra, aquel le parecía sin contradicción el más milagroso.

—Ahora veréis —añadió Mosquetón mirándole con una superioridad a que ni siquiera trataba el pobre de sustraerse—, ahora veréis, Blasois, cómo bebemos los soldados viejos cuando tenemos sed.

—La capa —dijo Grimaud desde el fondo de la bodega.

—Es cierto —murmuró Mosquetón.

—¿Qué quiere? —preguntó Blasois:

—Que tapemos el boquerón con una capa.

—¿Para qué?

—¡Inocente! —dijo Mosquetón—, ¿y si entrase alguno?

—¡Ah! Es verdad —exclamó Blasois cada vez más admirado—. Pero así no verá.

—Grimaud ve de día como de noche.

—Fortuna es —dijo Blasois—; yo cuando no tengo luz no puedo dar dos pasos sin caer de bruces.

—Eso es porque no habéis servido —le contestó desde adentro Grimaud—; si no, hubierais aprendido a sacar una aguja de un horno ardiendo. Pero silencio, parece que vienen.

Dio Mosquetón un tenue silbido familiar a los lacayos en su juventud, volvió a sentarse a la mesa e hizo seña a Blasois de que le imitara. Blasois le obedeció.

Abrióse la puerta y penetraron dos embozados.

—¡Hola! —dijo uno—. ¿Son las once y cuarto y aún no están acostados? Eso es una falta contra el reglamento. Cuidado con que dentro de un cuarto de hora no estén todos durmiendo.

Dicho esto, encamináronse entrambos a la bodega en que se hallaba Grimaud, abrieron la puerta, entraron y la volvieron a cerrar.

—¡Ah! —dijo Blasois temblando—. ¡Se ha perdido!

—Muy zorro es Grimaud —murmuró Mosquetón.

Y quedáronse aplicando el oído y conteniendo el aliento. Transcurrieron diez minutos, durante los cuales no se oyó el menor ruido que diera a entender que hubiese sido descubierto Grimaud.

Transcurrido este tiempo, vieron Mosquetón y Blasois abrirse otra vez la puerta, por la cual salieron los embozados, y volviéndola a cerrar con las mismas precauciones que antes, alejáronse repitiendo la orden de acostarse y de apagar las luces.

—¿Obedecemos? —preguntó Blasois—. Mal aspecto presenta esto.

—Dijeron que un cuarto de hora, con que todavía nos quedan cinco minutos.

—Podíamos avisar a los amos.

—Más vale esperar a Grimaud.

—¿Y si le han matado?

—Hubiese dado gritos.

—Ya sabéis que es casi mudo.

—Pero hubiéramos oído el golpe.

—¿Y si no vuelve?

—Aquí está.

Efectivamente, en aquel mismo momento apartaba Grimaud la capa que ocultaba el boquerón, y asomaba una cabeza lívida, cuyos espantados ojos dejaban ver una diminuta pupila en medio de un ancho círculo blanco. Tenía en la mano el jarro de cerveza lleno de sustancia desconocida, y acercándole a la luz que despedía la humeante lámpara murmuró el monosílabo ¡oh! con una expresión de tan profundo terror, que Mosquetón retrocedió estremecido y Blasois estuvo a punto de desmayarse.

Sin embargo, entrambos echaron una curiosa mirada al jarro: estaba lleno de pólvora.

Enterado Grimaud de la índole del cargamento que llevaba el buque, se lanzó a la escotilla, y de un salto llegó a la cámara en que dormían los cuatro amigos.

Empujó suavemente la puerta, y al abrirse ésta, despertó Artagnan, que permanecía tendido junto a ella.

Así que vio el gascón lo descompuesto del rostro de Grimaud, conoció que sucedía alguna novedad y fue a gritar. Impidióselo el criado con un ademán más rápido que la misma voz, y dando un soplo de que nadie hubiera creído capaz a un cuerpo tan débil, apagó la lamparilla colocada a tres pasos de distancia.

Entonces se recostó Artagnan sobre un codo; Grimaud hincó una rodilla en tierra, y alargando el pescuezo murmuró a su oído, lleno de emoción, un relato que realmente era bastante dramático para no necesitar de la acción ni el juego de la fisonomía.

Athos, Porthos y Aramis dormían entretanto como hombres que no lo han hecho en ocho días; Mosquetón atacábase en el entrepuente las agujetas por una medida de precaución, y Blasois procuraba imitarle lleno de horror y con los cabellos erizados.

Había pasado lo siguiente:

Cuando desapareció Grimaud por el boquerón, entrando en el primer compartimiento, empezó su registro y topó con un tonel. Diole un golpe y vio que estaba vacío; pasó a otro y también lo estaba, pero

el tercero en que repitió su prueba devolvió un sonido tan seco, que no había lugar a equivocarse. Grimaud se convenció de que estaba lleno.

Fijándose en él comenzó a buscar un sitio a propósito para barrenarle, y al hacerlo advirtió que el tonel tenía espita.

—Bueno —dijo entre sí—; menos trabajo.

Y aproximando el jarro dio vuelta a la llave y sintió pasar suavemente el contenido de un recipiente al otro.

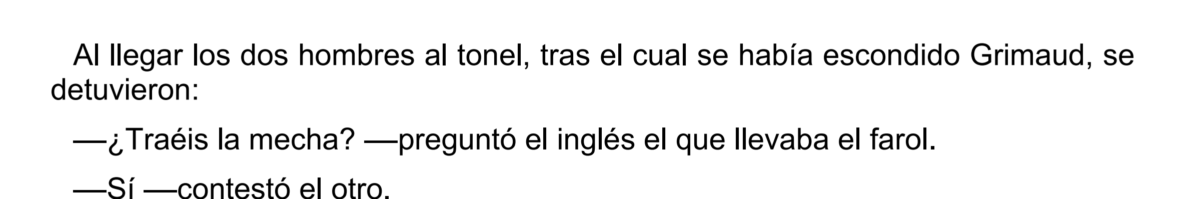
Iba Grimaud, después de tomar la precaución de cerrar de nuevo la llave, a llevarse el jarro a los labios, pues era sobrado concienzudo para ofrecer a sus compañeros un licor de que no les pudiera responder, cuando oyó la voz de alarma que le daba Mosquetón, y suponiendo que viniera alguna ronda nocturna, se deslizó por entre dos toneles y se ocultó tras uno de ellos.

En efecto, poco después se abrió la puerta y volvió a cerrarse, dando paso a los embozados que vimos pasar dos veces por delante de Mosquetón y Blasois, mandándoles que apagaran las luces.

El uno llevaba un farol guarnecido de vidrios, muy bien cerrado y de tal altura, que no llegaba la llama a la parte superior. Los vidrios iban cubiertos con trozos de papel que suavizaban, o más bien que absorbían la luz y el calor.

Aquel hombre era Groslow.

El otro tenía en la mano una cosa larga, flexible y enroscada, igual a una cuerda blancuzca. Ocultaban su rostro las anchas alas de un sombrero. Creyendo Grimaud que uno y otro iban a la bodega movidos de un deseo igual al suyo, y que querían, como él, visitar el vino de Oporto, se acurrucó más y más detrás de su tonel, haciéndose cargó en último caso, de que aunque le descubrieran no era grande su crimen.



Al llegar los dos hombres al tonel, tras el cual se había escondido Grimaud, se detuvieron:

—¿Traéis la mecha? —preguntó el inglés el que llevaba el farol.

—Sí —contestó el otro.

Al oír la voz del último se estremeció Grimaud, sintió penetrar un sudor mortal hasta la médula de sus huesos. Se incorporó lentamente, asomó la cabeza por encima del tonel y vio bajo el ancho sombrero el pálido semblante de Mordaunt.

—¿Cuánto tiempo podrá durar esta mecha? —preguntó éste.

—Unos cinco minutos —contestó el patrón.

Tampoco esta voz era desconocida para Grimaud. Pasó la vista del uno al otro y reconoció a Groslow.

—Entonces —dijo Mordaunt—, avisad a la tripulación que esté dispuesta sin decirle para qué. ¿Sigue la lancha al buque?

—Como un perro a su amo.

—Cuando den las doce y cuarto reunid a la gente y descended sin ruido a la lancha.

—¿Después de prender fuego a la mecha?

—Eso es cosa mía. Quiero estar seguro de mi venganza. ¿Van en la lancha los remos?

—Sí. —Está bien.

—No hay más que hablar.

Arrodillóse Mordaunt y aseguró un extremo de la mecha a la espita del tonel para que no le quedara otra cosa que hacer sino inflamar el otro extremo.

Terminada esta operación sacó el reloj.

—Ya lo habéis oído. A las doce y cuarto —dijo incorporándose—, esto es, dentro de veinte minutos.

—Perfectamente —respondió Groslow—. Pero debo advertiros por última vez que la misión que os reserváis es de peligro, y que más valdría encargar a un marinero de dar fuego a la mecha.

—Amigo Groslow —dijo Mordaunt—, nadie le sirve a uno tan bien como uno mismo. Es regla que nunca olvido.

Todo lo había oído Grimaud, y aunque no todo lo había entendido, sus ojos suplían bastante la falta de comprensión del idioma; había visto y conocido a los dos enemigos mortales de los mosqueteros; había visto preparar la mecha, y esto era más de lo que su penetración natural necesitaba para ponerle al corriente de todo. Y por si no fuera bastante, tocaba y volvía a tocar el contenido del jarro que en la mano tenía, y en lugar del líquido que Mosquetón y Blasois esperaban, sentía deshacerse entre sus dedos los granos de una materia áspera.

Alejóse Mordaunt con el patrón y se detuvo a escuchar en la puerta.

—¿Oís cómo duermen? —preguntó.

En efecto; a través de las tablas se oían los ronquidos de Porthos.

—¡Dios os lo entrega! —dijo Groslow.

—¡Y ni el demonio podrá salvarlos! —respondió Mordaunt.

Los dos se marcharon.

Esperó Grimaud a que sonase la llave de la puerta, y luego que se cercioró de que estaba solo, exclamó incorporándose y enjugándose las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente:

—¡Qué fortuna que Mosquetón haya tenido sed!

Y pasó aceleradamente por el boquerón creyendo todavía que soñaba; pero la vista de la pólvora en el jarro de la cerveza le probó que estaba despierto.

Inútil es manifestar que Artagnan escuchó todos estos detalles con un interés cada vez mayor. Sin aguardar a que acabase Grimaud, se levantó silenciosamente y aproximando los labios al oído de Aramis, que dormía a su izquierda, y dándole al mismo tiempo un golpecito en el hombro para evitar un movimiento de sorpresa, le dijo:

—Señor de Herblay, levantaos sin hacer ruido.

Despertó Aramis; repitióle Artagnan sus palabras apretándole la mano, y Aramis obedeció.

—Puesto que tenéis a Athos a la izquierda, avisadle como yo a vos. Fácil fue a Aramis despertar al conde, cuyo sueño era tan ligero como lo es ordinariamente el de todos los hombres de naturaleza nerviosa y sensibilidad exquisita. Más trabajo costó despertar a Porthos. Al ir éste a preguntar las causas y razones de aquella desagradable interrupción, Artagnan tapóle la boca sin decir una palabra.

Adelantó entonces nuestro gascón los brazos, y atrayendo a sí las tres cabezas, las abrazó de modo que casi se tocaban.

—Amigos —les dijo—, vamos al momento a salir de este buque, o de lo contrario somos muertos.

—¡Bah! dijo Athos—. ¿Por qué? —¿Sabéis quién dirige el barco?

—No.

—El capitán Groslow.

El sobresalto de los tres mosqueteros dio a entender a Artagnan que sus palabras hacían efecto.

—¡Groslow! —repitió Aramis.

—¿Quién es ese Groslow? —preguntó Porthos—. No le tengo presente.

—El que rompió la cabeza al hermano de Parry y se dispone a hacer lo mismo con nosotros.

—¡Hola!

—¿Y sabéis quién es su teniente?

—No le tiene —contestó Athos—; es un falucho tripulado por cuatro hombres, no hay teniente.

—Sí, mas el señor Groslow no es un capitán como otro cualquiera. Trae por teniente nada menos que a Mordaunt.

Al oír esto no fue ya sobresalto lo que sintieron los mosqueteros, sino una fuerte emoción que casi les arrancó un grito. Aquellos hombres invencibles, pero sujetos a la fatídica y misteriosa influencia que sobre ellos ejercía aquel hombre, se estremecieron sólo al oírle pronunciar.

—¿Qué haremos? —dijo Athos.

—Apoderarnos del falucho —respondió Aramis.

—Y matar a esa víbora —repuso Porthos.

—El falucho está cargado de pólvora contenida en esos toneles que yo tomé por vino de Oporto. Cuando se vea Mordaunt descubierto hará que volemos todos, amigos y adversarios, y es muy mala compañía ¡voto a tal! para consentir yo en presentarme con él, ni en el cielo ni en el infierno.

—¿Tenéis algún proyecto? —preguntó Athos.

—Sí.

—¿Cuál? —¿Confiáis en mí?

—Mandad dijeron al mismo tiempo los mosqueteros.

—Pues venid.

Marchó Artagnan hacia una ventana tan baja como los imbornales de cubierta, mas que bastaba para dar paso a un hombre, y la abrió haciéndola girar sin ruido sobre sus goznes.

—He aquí el camino —dijo.

—¡Diablo! —murmuró Aramis—. Mucho frío hace, amigo.

—Quedaos si queréis, pero en cambio, dentro de poco tendréis mucho calor.

—Es que no podemos llegar a tierra a nado.

—La lancha viene amarrada detrás, iremos hasta ella y cortaremos el cable. Con que vamos señores.

—Un momento —dijo Athos—, ¿y los lacayos?

—Aquí estamos —dijeron Mosquetón y Blasois, a quienes había ido a buscar Grimaud para reconcentrar todas las fuerzas en la cámara. Habían entrado sin que nadie los observara por la escotilla, que estaba muy próxima a la puerta.

Entretanto contemplaban inmóviles los tres amigos el terrible espectáculo que había descubierto Artagnan abriendo la ventana, y que divisaban por su pequeño hueco.

Ciertamente que cualquiera que haya visto este espectáculo una sola vez, sabrá que no hay cosa que más profundamente impresione el corazón que una mar agitada, moviendo con murmullos sus negras olas a la pálida luz de una luna de invierno.

—¡Voto a bríos! —dijo Artagnan—. Parece que no tenemos resolución. Si vacilamos nosotros, ¿qué han de hacer los lacayos?

—Yo no vacilo —dijo tranquilamente Grimaud.

—Señor —dijo Blasois—, os prevengo que yo no sé nadar más que en ríos.

—Y yo ni en ríos ni en mares —repuso Mosquetón.

Ya en aquel intermedio había salido Artagnan por la ventana.

—¿Con que estáis resuelto? —preguntó Athos.

—Sí —respondió el gascón—. Vámonos, Athos; vos que sois un hombre perfecto, mandad al espíritu que domine a la materia. Vos, Aramis, cuidad de los criados. Vos, amigo Porthos, desembarazadnos de cuantos se nos quieran oponer.

Y apretando Artagnan la mano de Athos, aprovechó un instante en que el cabeceo del falucho le inclinaba hacia atrás, de manera que no tuvo que hacer más que dejarse llevar del agua, la cual le llegaba ya a la cintura.

Athos siguióle antes que se enderezase el falucho, el cual se levantó después e hizo salir del agua el cable a cuyo extremo iba atada la lancha.

Artagnan nadó hacia él, lo cogió y se quedó aguardando, colgado del cable con una mano y con la cabeza a flor de agua.

Un segundo después se le reunió Athos.

A poco asomaron por un costado del buque otras dos cabezas: eran las de Aramis y Grimaud.

—Blasois es el que me da cuidado —dijo Athos—. ¿No le habéis oído decir, Artagnan, que no sabe nadar más que en los ríos?

—Si sabe nadar, nadará en todas partes —contestó Artagnan—; ¡a la barca!, ¡a la barca!

—Pero, ¿y Porthos? No le veo.

—Ahora vendrá, no hay cuidado: ese puede apostárselas a un cetáceo.

Efectivamente, no aparecía Porthos, porque entre él, Mosquetón y Blasois estaba pasando una escena semi—burlesca, semidramática. Aterrados los dos últimos por el ruido del agua, por el silbido del viento y por el aspecto de las olas que en el abismo se agitaban, retrocedían en vez de avanzar.

—¡Vamos, vamos —dijo Porthos—, al agua!

—Pero, señor —contestó Mosquetón—, si yo no sé nadar! Dejadme aquí.

—Y a mí también, señor.

—Creed que os voy a estorbar en ese barquichuelo —repuso Mosquetón.

—Y yo me ahogo de seguro antes de llegar —continuó Blasois.

—¡Oiga! Pues yo os ahogaré a los dos si no salís —dijo Porthos cogiéndoles por el pescuezo—. De frente, Blasois.

Un gemido ahogado por la férrea mano de Porthos fue la única contestación de Blasois, pues asiéndole el gigante por el pescuezo y por los pies le sacó como un tablón por la ventana y le echó al mar cabeza abajo.

—Ahora, Mostón —dijo Porthos—, espero que no abandonéis a vuestro amo.

—¡Ay, señor! —respondió Mosquetón con los ojos preñados en lágrimas—. ¿Por qué habéis vuelto al servicio? ¡Estábamos tan bien en Pierrefonds!

Y sin hacer otra observación, pasivo y obediente ya por verdadera fidelidad, ya por haber escarmentado en el ejemplo de Blasois, Mosquetón se tiró de cabeza al mar.

Mas no era Porthos hombre capaz de abandonar así a su leal compañero. Tan de cerca siguió el amo al criado, que la caída de ambos cuerpos fue simultánea, de suerte que cuando volvió Mosquetón a flor de agua, con los ojos cerrados, hallóse sostenido por la ancha mano de Porthos y pudo, sin hacer ningún esfuerzo, aproximarse a la cuerda con toda la majestad de un dios marino.

En el mismo momento sintió Porthos agitarse algo al alcance de su brazo.

Asió aquel objeto por los cabellos; era Blasois, en cuyo auxilio había salido Athos.

—Iros, conde —dijo Porthos, no os necesito.

Y en efecto, de una vigorosa patada se enderezó como el gigante Adamastor sobre las olas y en tres empujes se reunió con sus amigos. Artagnan, Aramis y Grimaud ayudaron a Mosquetón y Blasois a subir; luego llegó su vez a Porthos, el cual al echar una pierna por encima de la borda, estuvo a punto de hacer naufragar la lancha.

—¿Y Athos? —preguntó Artagnan.

—Aquí estoy —dijo Athos, el cual semejante a un general que sostiene la retirada, se había quedado fuera cogido de la barca.

—¿Están reunidos todos?

—Todos —respondió Artagnan—. ¿Y vos, Athos, tenéis ahí el puñal?

—Lo tengo.

—Pues cortad el cable y venid.

Sacó Athos del cinto un acerado puñal y cortó la cuerda; el falucho se fue alejando y la lancha permaneció estacionada, sin otro movimiento que el balance de las olas.

—Venid, Athos —dijo Artagnan.

Y dio la mano al conde de la Fère, que se acomodó a su vez en la débil lancha.

—¡Gracias a Dios! —dijo el gascón—. Ahora veréis un espectáculo curioso.

LXXVII.—FATALIDAD

En efecto, no bien pronunció Artagnan estas palabras resonó un silbido en el falucho que ya empezaba a perderse entre la bruma y la oscuridad.

—Ya veis que algo quiere decir eso dijo Artagnan.

En aquel momento se divisó la luz de un farol sobre cubierta, y tras ella se extendieron algunas sombras.

De pronto atravesó el espacio un grito terrible, un grito de desesperación, y como si a su sonido se desgarraran las nubes, se apartó el velo con que estaba

encubierta la luna, y en el cielo plateado por su débil luz, se dibujaron el pardo velamen y la negra jarcia del falucho.

Corrían sobre él sombras frenéticas, y mil gritos terribles acompañaban sus desesperados ademanes.

En medio de estos gritos apareció Mordaunt sobre el castillo de popa llevando una antorcha en la mano.

Los que tan desesperadamente corrían sobre cubierta eran Groslow y sus marineros, a los cuales había reunido el primero a la hora prefijada por Mordaunt; mientras éste, después de aplicar el oído a la puerta de la cámara para ver si dormían los mosqueteros, bajaba a la cala tranquilizado por su silencio.

En efecto, ¿quién hubiera podido sospechar lo que pasaba?

Abrió, pues, Mordaunt la puerta y corrió a la mecha, a la cual prendió fuego con el ardor de un hombre sediento de venganza, con la confianza de aquellos a quienes el cielo ciega para castigar sus crímenes.

Entretanto reuniéronse a popa Groslow y los marineros. —¡Hala! La cuerda —dijo Groslow—, y aproximad la lancha. Púsose un marinero montado sobre la borda, cogió el cable, tiró de él y éste cedió sin resistencia.

—Está cortado —dijo el marinero—, la lancha ha desaparecido.

—¿Como que ha desaparecido? —dijo Groslow arrojándose al filarete— Es imposible.

—Como lo digo —contestó el marinero—; miradlo vos; nada se ve en el mar y aquí está el cabo.

Entonces fue cuando lanzó Groslow aquel grito que oyeron los mosqueteros.

—¿Qué hay? —exclamó Mordaunt saliendo de la escotilla y precipitándose también a popa con la antorcha en la mano.

—Que nuestros adversarios se escapan, que han cortado el cable, que huyen con la lancha.

Mordaunt se puso de un salto a la puerta de la cámara y echóla abajo de un puntapié.

—¡Nadie! —exclamó—. ¡Ah, demonios!

—Perseguidlos —ordenó Groslow—, no pueden estar muy lejos; los pasaremos por ojo.

—Sí, pero ¿y el fuego? —gritó Mordaunt—. He prendido fuego.

—¿A qué?

—A la mecha.

—¡Mal rayo! —rugió Groslow corriendo hacia la escotilla—. Quizá sea tiempo todavía.

Sólo respondió Mordaunt con una terrible carcajada; descompuestas sus facciones aún más por el odio que por el temor, levantó al cielo los chispeantes ojos como lanzando la última blasfemia, tiró su antorcha al mar y se arrojó tras ella.

En el mismo instante, y al poner Groslow el pie en la escalera de la escotilla subió al cielo una llamarada acompañada de una explosión igual a la de cien cañonazos, y el aire se inflamó surcado por fragmentos abrasados. Pero pasó aquel horrible relámpago, cayeron uno tras otro al mar los restos del buque, chisporroteando en el abismo en que se iban apagando, y a no ser por la vibración del aire, nadie hubiera creído un momento después que tal cosa hubiese ocurrido.

Desapareció del todo el falucho de la superficie del mar, y ya no existían Groslow ni los tres marineros.

Todo lo vieron los cuatro compañeros; no se les escapó ningún detalle de aquel terrible drama. Inundados un momento por el brillante resplandor que iluminó el mar a más de una lengua en contorno, hubiéraseles podido ver en distintas actitudes revelando el terror que no podían menos de sentir a pesar de la firmeza de sus corazones. Poco a poco empezó a disminuir la inflamada lluvia, apagóse el volcán como ya hemos manifestado, y volvieron en fin a la oscuridad la flotante barquilla y el agitado océano.

Un momento permanecieron silenciosos y abatidos. Porthos y Artagnan, que habían tomado los remos, los sostenían maquinalmente sobre el agua cargando en ellos el peso de su cuerpo y apretándoles con crispadas manos.

—Lo que es ahora —gritó Aramis rompiendo aquel mortal silencio—, creo que todo se habrá acabado.

—¡A mí, milores!, !socorro!, ¡auxilio! —prorrumpió una lamentable voz, cuyos acentos llegaron a los oídos de los cuatro amigos como la de un espíritu marino.

Todos se miraron; el mismo Athos se puso a temblar.

—¡Es él!, ¡conozco su voz! —dijo.

Nadie respondió, porque los otros tres habían conocido como Athos aquella voz. Pero sus dilatadas pupilas se volvieron hacia el sitio que antes ocupaba el buque, haciendo inauditos esfuerzos a fin de atravesar la oscuridad.

Al cabo de un instante se distinguió a un hombre que se acercaba nadando con vigor.

Athos adelantó lentamente el brazo hacia él indicándole a sus compañeros.

—Sí, sí —dijo Artagnan—, ya le veo.

—¡Todavía! —exclamó Porthos respirando con la fuerza de un fuelle de fragua—. Es de hierro ese canalla.

—¡Dios mío! —murmuró Athos. Aramis y Artagnan se hablaban al oído.

Adelantóse Mordaunt nadando, y sacando una mano del agua, dijo:

—¡Misericordia, señores! ¡compasión en nombre del cielo!, ¡siento que me abandonan las fuerzas!, ¡voy a perecer!

Tan vibrante era su voz al implorar socorro, que llegó hasta el corazón de Athos y le causó lástima.

—¡Infeliz! —murmuró.

—Bien —dijo Artagnan—, no falta otra cosa sino que ahora le lloréis. Y parece que se dirige hacia aquí. ¿Si pensará que hemos de ayudarle? Remad, Porthos, remad.

Y dándose ejemplo, hundió Artagnan un remo en el mar, poniéndose de dos o tres empujes a veinte brazas de distancia.

—¡Oh! ¡No me abandonéis!, ¡no me dejéis morir asíl, ¡no seáis tan despiadados! —gritó Mordaunt.

—¡Hola, amiguito! —le dijo Porthos—. Parece que al fin caísteis; para salir de ahí no os queda más puerta que la del infierno.

—¡Oh, Porthos! —exclamó el conde de la Fère.

—Dejadme en paz, Athos; ¡vaya que os vais haciendo ridículo con esa eterna generosidad! Si se aproxima a diez pies de distancia le rompo la cabeza con el remo.

—¡Oh! Perdón... no huyáis de mí, señores... ¡Piedad! Tened piedad de mí —gritó el joven, cuya sofocada respiración hacía a veces hervir las heladas ondas cuando desaparecía su cabeza entre el oleaje.

—Mejor será que os alejéis, señor mío. Es muy reciente vuestro arrepentimiento para que tengamos en él gran confianza; ved que aún humea dentro del agua el buque en que nos queríais hacer morir abrasados, y que la situación en que os encontráis es un lecho de rosas, comparada con la suerte que nos reservabais, y con la que habéis hecho correr a Groslow y sus compañeros.

—Caballeros —repuso Mordaunt con mayor desesperación—; os juro que mi arrepentimiento es verdadero. ¡Soy tan joven, señores! Apenas tengo veintitrés años. Señores, me arrastró un sentimiento muy natural; quise vengar a mi madre; todos hubieseis hecho lo mismo.

—¡Bah! —dijo Artagnan viendo que Athos se había enternecidoSegún y conforme.

Sólo faltábale a Mordaunt dar tres o cuatro avances para llegar a la lancha, pues la proximidad de la muerte le inspiraba una fuerza sobrenatural.

—¡Ay! —continuó—. ¡Voy a morir! ¡Vais a matar al hijo como matasteis a la madre! Sin embargo, yo no era culpable; un hijo debe vengar a su madre, según todas las leyes divinas y humanas. Y además —repuso juntando las manos—, si ha sido un crimen debéis perdonarme, puesto que me arrepiento, puesto que pido perdón.

Y como si le faltaran las fuerzas y no pudiese sostenerse, pasó una ola por encima de su cabeza apagando su voz.

—¡Oh! Yo no puedo ver eso —dijo Athos. Mas Mordaunt volvió a aparecer.

—Pues yo digo —respondió Artagnan—, que es necesario acabar de una vez. Señor asesino de vuestro tío, señor verdugo del rey Carlos, señor incendiario, os ruego que os vayáis a fondo, pues si os acercáis un poco más a la barca os abro la cabeza con este remo.

Mordaunt avanzó como un desesperado. Artagnan tomó el remo con ambas manos. Athós se levantó.

—¡Artagnan, Artagnan! —exclamó—. Artagnan, hijo mío, por Dios. Ese infeliz va a morir y es terrible dejar a un hombre que muera sin alargarle la mano, cuando sólo en darle la mano estriba su salvación. ¡Oh! Mi corazón no me lo permite; no puedo resistir; es preciso que viva.

—¡Diantre! —replicó Artagnan—. ¿Por qué no nos entregáis atados de pies y manos a ese miserable? Así concluiríamos más pronto; ¡ah, conde de la Fère! ¿Queréis perecer en sus manos? Pues bien: yo vuestro hijo, como decís, no deseo que perezcáis.

Era la primera vez que Artagnan se resistía a un ruego hecho por Athos llamándole hijo.

Aramis sacó la espada que había llevado a nado cogida con los dientes, y dijo:

—Si pone la mano en la lancha se la corto como a un regicida.

—Y yo... —dijo Porthos—. Aguardad.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Aramis.

—Echarme al agua y ahogarle.

—¡Oh, señores! —exclamó Athos con un irresistible arranqueSeamos compasivos, seamos cristianos.

Lanzó Artagnan un triste suspiro, Aramis apartó la espada y Porthos se sentó.

—Mirad —prosiguió Athos—, mirad; la muerte se pinta en su rostro; están agotadas sus fuerzas; si pasa un minuto más se hunde en el abismo. ¡Ah! No me causéis este espantoso remordimiento, no me obliguéis a morir de vergüenza, amigos; concededme la vida de ese infeliz y os bendeciré...

—¡Yo muero! —murmuró Mordaunt—. ¡A mí! ¡A mí!

—Ganemos un minuto —repuso Aramis inclinándose a la izquierda y dirigiéndose a Artagnan—; remad —añadió volviéndose a la derecha, hacia Porthos.

No respondió Artagnan ni con ademanes ni con palabras, pues ya empezaban a contrastar su firmeza, tanto las súplicas de Athos, como el espectáculo que a la vista tenía; Porthos dio un golpe con el remo, pero como faltase otro que le contrapesara, la barca no hizo más que girar sobre sí misma, y este movimiento puso al moribundo más cerca de Athos.

—¡Señor conde de la Fère! —dijo Mordaunt—. ¡Señor conde de la Fére!, ¡a vos me dirijo, a vos imploro!, ¡tened compasión de mí!... ¿Dónde estáis, señor conde de la Fère?... ¡Ya no veo!..., ¡me muero!, ¡auxilio, socorro!

—Aquí estoy —respondió Athos inclinándose y enseñando el brazo hacia Mordaunt con la nobleza y dignidad que le eran habituales—; tomad mi mano y entrad en la embarcación.

—No quiero mirarle —dijo Artagnan—; semejante debilidad me repugna.

Y volvióse hacia los dos amigos, los cuales por su parte se agruparon en el fondo de la lancha, como si temieran tocar al que Athos no temía socorrer dándole la mano.

Mordaunt hizo el último esfuerzo, se levantó, tocó el punto de apoyo que se le presentaba, y se aferró a él con vehemencia.

—Bien —dijo Athos—, poned aquí la otra mano.

Y ofrecióle un hombro como segundo punto de apoyo; de suerte que su cabeza casi se tocaba con la de Mordaunt. Los dos enemigos mortales estaban abrazados como hermanos.

Mordaunt apretó el cuello de la ropilla de Athos.

—Bueno —dijo el conde—, ya estáis salvado, tranquilizaos.

—¡Ah, madre querida! —gritó Mordaunt con flameantes *ojos y* acento cuya rencorosa expresión es imposible describir—; no puedo ofrecerte más que una víctima, pero al menos será la que tú hubieras escogido.

Y mientras que Artagnan daba un grito, que Porthos alzaba el remo, y Aramis buscaba un sitio donde herir a Mordaunt, una horrible sacudida hizo caer a Athos en el agua, en tanto que lanzando Mordaunt un alarido de triunfo, estrechaba la garganta de su víctima y se cruzaba de piernas con el conde, a fin de paralizar sus movimientos, como hubiera podido hacerlo una serpiente.

Sin exhalar un grito, sin pedir auxilio, procuró Athos por un instante sostenerse sobre la superficie del mar, pero pronto cedió al peso y desapareció poco a poco. Al cabo de un rato no se vieron más que sus largos y flotantes cabellos, y por fin se ocultó todo, quedando tan sólo un alborotado remolino que también se fue disipando, para indicar el sitio en que se habían hundido ambos cuerpos.

Mudos por el miedo, inmóviles, sofocados por la indignación y el espanto, estaban los tres amigos con la boca entreabierta, los ojos desencajados y los brazos echados adelante, y hubiesen parecido estatuas a no ser por los latidos de su corazón, que se oían a pesar de su inmovilidad. Porthos fue el primero que volvió en sí, y arrancándose los cabellos:

—¡Oh! —exclamó con un desgarrador sollozo, cuya amargura era mayor en un hombre de su temple—. ¡Oh! ¡Athos, Athos! ¡Corazón noble! Infelices, ¡desgraciados de nosotros que te hemos dejado perecer en manos de ese infame!

—¡Desgraciados, sí! —repitió Artagnan.

—¡Desdichados! —murmuró Aramis.

En aquel momento, y en medio del vasto círculo iluminado por los rayos de la luna, a cuatro o cinco brazas de la barca, se renovó el mismo remolino que precediese a la absorción de dos cuerpos. Viéronse salir unos cabellos, luego asomó un rostro pálido con los ojos abiertos, pero inanimados, y después un cuerpo que, después de enderezarse hasta el busto sobre el mar, se dejó caer de espaldas a merced de las olas.

El cadáver llevaba clavado en el pecho un puñal de resplandeciente empuñadura.

—¡Mordaunt! ¡Mordaunt! ¡Mordaunt! —gritaron los tres amigos¡Es Mordaunt!

—¿Y Athos? —dijo Artagnan.

De pronto se torció la barca a la izquierda, cediendo a un nuevo e inesperado empuje, y Grimaud lanzó un grito de júbilo. Volviéronse todos y vieron a Athos apoyarse en el borde de la lancha, lívido el semblante, apagados los *ojos* y trémulas las manos. Cogiéronle al momento ocho nervudos brazos y le colocaron

en la barca, donde no tardó Athos en sentirse reanimado, resucitando a fuerza de las caricias de sus amigos, llenos de alegría.

—Supongo que no estaréis herido —dijo Artagnan.

—No —respondió Athos.

—¿Y él? —preguntó Porthos.

—¡Oh! Esta vez queda bien muerto, gracias a Dios. Miradle.

Y obligando Artagnan a Athos a volver los ojos hacia donde le señalaba, le enseñó el cuerpo de Mordaunt, que todavía flotaba sobre las olas y que sumergiéndose y levantándose alternativamente, parecía perseguir aún a los cuatro amigos con su provocativa y rencorosa mirada.

Por fin se hundió. Los ojos de Athos demostraban aún tristeza y compasión al fijarse en el cadáver.

—¡Bravo, Athos! —gritó Aramis con una efusión muy rara en él.

—¡Buen golpe! —dijo Porthos.

—Tenía un hijo —respondió Athos—, y he deseado vivir.

—Al fin habló Dios —añadió el gascón.

—No soy yo quien le ha muerto, sino el destino —murmuró melancólicamente el conde de la Fère.

LXXVIII.— MOSQUETÓN EN PELIGRO

Después de la espantosa escena que acabamos de referir, reinó en la lancha un profundo y prolongado silencio; la luna, que se dejó ver un instante como si Dios hubiera querido que ningún detalle de aquel suceso pudiese ocultarse a los ojos de sus espectadores, desapareció detrás de las nubes; el horizonte volvió a esta obscuridad tan espantosa en todos los desiertos, y sobre todo, en el líquido desierto del océano, y no se oyó sino el silbido del oeste estrellándose en las crestas de las olas.

Porthos fue el primero que rompió el silencio.

—Muchas cosas he visto —dijo—, mas ninguna me ha hecho tanta sensación como la que acabo de presenciar. Sin embargo, conmovido como estoy, declaro que me siento muy a mi gusto. Parece que se me ha quitado un gran peso de encima, y que por fin respiro libremente.

En efecto, Porthos respiró con un ruido que hacía honor a la fuerza de sus pulmones.

—Pues yo no puedo decir tanto —replicó Aramis—; todavía estoy atemorizado, y de tal manera, que aún no doy asenso a mis ojos, y miro alrededor de la lancha, temiendo a cada momento que vuelva a presentarse ese miserable apretando el puñal que lleva clavado en el corazón.

—¡Oh! No hay cuidado —contestó Porthos—; el puñal entró hacia la sexta costilla y hasta el pomo. No es esto una reconvención, Athos, todo lo contrario; cuando se da, se debe dar de firme. De suerte que sólo ahora vivo, respiro y estoy contento.

—No cantéis victoria tan aprisa, Porthos —dijo Artagnan—; nunca hemos corrido peligro más grande que el que nos amenaza en este instante, pues un hombre triunfa de otro, pero no de un elemento. Estamos en el mar, es de noche, no tenemos quien nos guíe, vamos en una débil embarcación, si la hace zozobrar un soplo de viento estamos perdidos.

Mosquetón exhaló un prolongado suspiro.

—Sois un ingrato, Artagnan —dijo Athos—; un ingrato, sí, en dudar de la Providencia, justamente cuando a todos nos acaba de salvar de tan prodigiosa manera. ¿Os parece que nos habrá dejado pasar, guiándonos como por la mano a través de tantos peligros, para abandonarnos en seguida? Traíamos viento oeste, mantiénese constante. (Athos se orientó buscando la estrella polar.) Aquí está el carro, y por consiguiente allí está Francia. Dejémonos llevar por el viento, porque si sigue así, él mismo nos conducirá a las costas de Calais o de Boulogne. Si zozobra la barca, cinco de nosotros, por lo menos, somos bastante fuertes y nadamos con soltura precisa para darle vuelta, o para agarrarnos a ella, si lo primero es superior a nuestras fuerzas. Estamos cabalmente en el camino de todos los buques que van de Douvres a Calais, y de Portsmouth a Boulogne, y si el agua conservase huellas, su estela hubiera abierto un valle en el sitio en que nos hallamos. Es imposible que cuando venga el día no encontremos alguna lancha de pescadores, que nos recoja.

—¿Y si, pongo por caso, no la encontrásemos, y saltara el viento al norte?

—Entonces sería otra cosa —dijo Athos—, y no hallaríamos tierra a no atravesar el Atlántico.

—Es decir que nos moriríamos de hambre —repuso Aramis.

—Es probable —contestó el conde de la Fère.

Mosquetón lanzó otro suspiro aún más doloroso que el primero.

—¿Qué te pasa, Mosquetón? —preguntó Porthos—. ¿Qué diantres tenéis que siempre estáis gimoteando? Ya os vais haciendo pesado.

—Es que tengo frío, señor —dijo Mosquetón.

—Es imposible —contestó Porthos. —¡Imposible! —repitió Mosquetón con asombro.

—Sí. Ciertamente. Tenéis cubierto el cuerpo con una capa de grasa que le hace impenetrable el aire. Otra cosa es; hablad francamente.

—Pues precisamente esa capa de grasa que tanto elogiáis es la que a mí me aflige.

—¿Por qué causa, Mosquetón? Decidlo con franqueza; estos señores os lo autorizan.

—Porque recuerdo que en la biblioteca del castillo de Bracieux había una infinidad de libros de viajes, y entre ellos los de Juan Mosquet, el célebre viajero de Enrique IV

—Adelante.

—Pues en esos libros, señor —prosiguió Mosquetón—, se habla mucho de aventuras marítimas y de sucesos iguales al que en este momento nos amenaza.

—Continuad, Mosquetón —dijo Porthos—; la analogía es sumamente interesante.

—En tales casos, señor, dice Juan Mosquet, que los viajeros acosados por el hambre, tienen la horrible costumbre de comerse los unos a los otros, y de empezar por...

—¡Por el más gordo! —dijo Artagnan no pudiendo menos de reírse, a pesar de la gravedad de la situación.

—Sí, señor —respondió Mosquetón algo asombrado de aquel arranque de alegría—, y permitidme añadir que no me parece digno de risa lo que estoy diciendo.

—¡Este buen Mosquetón es la lealtad personificada! —exclamó Porthos—. Apostemos a que ya te suponías hecho cuartos y comido por tu amo.

—Sí, señor, si bien es cierto que la alegría que en mí sospecháis no está exenta de algún impulso de tristeza. Sin embargo, no moriría con sobrado pesar, si tuviera la certidumbre de seros útil con mi muerte.

—Mostón —dijo Porthos enternecido—, si algún día volvemos a mi quinta de Pierrefonds será vuestro absolutamente, para vos y vuestros descendientes, el viñedo que hay a la parte de arriba de la posesión.

—Y le llamaréis el viñedo de la lealtad, Mostón —dijo Aramis—, para transmitir a las venideras edades la memoria de vuestro sacrificio.

—Herblay —dijo Artagnan riéndose—, confesemos que hubiérais comido un pedazo de Mostón sin mucha repugnancia, sobre todo después de algunos días de abstinencia.

—¡Oh, no tal! —repuso Aramis—. Hubiera preferido a Blasois; hace mucho tiempo que le conocemos.

Fácil es concebir la impaciencia de los criados al oír estas chanzonetas que sólo tenían por objeto desvanecer en el ánimo de Athos la imagen de la escena anterior. Sólo Grimaud estaba tranquilo, porque sabía que en todo caso cualquiera que fuera el peligro, pasaría sin tocarle sobre su cabeza.

Sin tomar parte en la conversación, silencioso como de costumbre, manejaba un remo con cada mano.

—¿Remas? —preguntóle Athos. Grimaud hizo una seña de que sí.

—¿Para qué?

—Para tener calor.

En efecto, mientras los demás náufragos tiritaban de frío, por la frente de Grimaud corrían gruesas gotas de sudor.

De pronto lanzó Mosquetón un grito de alegría, y elevando sobre su cabeza una botella llena, exclamó entregándosela a Porthos:

—¡Somos dichosos, señor! ¡La barca va llena de provisiones!

Y registrando rápidamente la parte interior del banco en que había tenido lugar el precioso hallazgo, sacó sucesivamente una docena de botellas, pan y un pedazo de carne salada.

Inútil es decir que este incidente devolvió la alegría a todos, excepto a Athos.

—¡Diantre! —dijo Porthos, que como recordarán nuestros lectores tenía ya hambre al embarcarse en el falucho—. Es increíble lo que las emociones abren el apetito.

Y de un sólo trago se echó a pechos una botella, comiéndose él sólo la tercera parte del pan y de la carne.

—Ahora —dijo Athos—, dormid o procurad hacerlo, señores; yo vigilaré.

Semejante proposición hubiera hecho reír a otros hombres que no fueran nuestros osados aventureros. En efecto, iban calados hasta los huesos, hacía un frío tremendo, y las emociones que acababan de ex perimentar debían al parecer impedirles cerrar los ojos; mas para aquellos seres privilegiados, para aquellos hombres de temperamento de hierro; para aquellos cuerpos acostumbrados a toda clase de fatigas, el sueño llegaba siempre a la misma hora, sin faltar nunca al llamamiento.

Así fue que al cabo de un instante cada uno se acomodó como pudo, lleno de confianza en el piloto, para poner en práctica el consejo de Athos, el cual sentado al timón y con los ojos fijos en el cielo, donde sin duda no buscaba sólo el camino de Francia, sino también la faz de Dios, se quedó solo, conforme había prometido, meditabundo y desvelado, guiando la frágil embarcación por rumbo conveniente.

Transcurridas algunas horas de sueño despertó Athos a los viajeros. Ya blanqueaban en el azulado mar los primeros destellos del día, y a unos diez tiros de mosquete se veía una masa negra, sobre la cual desplegábase una vela triangular, delgada y larga como el ala de una golondrina.

—¡Una embarcación! —exclamaron a la vez los tres amigos, mientras los lacayos expresaban su alegría en diversos tonos.

Era, en efecto, un urca dunkerquesa que hacía rumbo a Boulogne.

Unieron los cuatro compañeros con Blasois y Mosquetón sus voces en un solo grito, que vibró sobre la elástica superficie del agua, en tanto que Grimaud, sin desplegar los labios, ponía un sombrero en la punta de un remo para llamar la atención de los mismos a quienes dirigían las voces.

Un cuarto de hora después les remolcaba el bote de la urca, entraban a bordo y ofrecía Grimaud veinte guineas al patrón en nombre de su amo. A las nueve de la mañana, ayudados por un buen viento, pisaban nuestros franceses el suelo patrio.

—¡Voto a bríos! Aquí sí que está uno firme —dijo Porthos hundiendo sus anchos pies en la arena—. Que vengan a armarme ahora quimera, a mirarme de reojo o hacerme cosquillas, y sabrán lo que es bueno. Sería capaz de desafiar a todo un reino.

—Sin embargo —dijo Artagnan—, os ruego que no pronunciéis muy alto ese desafío; se me figura que nos miran mucho.

—¡Toma! Es porque nos admiran.

—Maldito el amor propio que me inspiran, Porthos, os lo juro. Veo muchos hombres vestidos de negro, y declaro que en nuestra situación todo traje negro me espanta.

—Están tomando notas de las mercancías del puerto —dijo Aramis.

—En tiempos del otro cardenal, del famoso —observó Athos—, hubieran hecho más caso de nosotros que de las mercancías. Pero tranquilizaos, amigos, ahora harán más caso de las mercancías que de nosotros.

—No me fío mucho —replicó Artagnan—, y por si acaso, me voy por la costa.

—¿Por qué no venís a la ciudad. —preguntó Porthos—. ¿Cuánto mejor no es una buena posada que esos malditos desiertos de arena que el cielo hizo tan sólo para los conejos? Además, yo tengo hambre.

—Haced lo que gustéis, Porthos, pero yo estoy convencido de que para nosotros, por ahora, no hay nada más higiénico que el campo raso. Y seguro Artagnan del parecer de la mayoría, echó a andar por la playa sin esperar la contestación de Porthos.

Siguiéronle todos y no tardaron en desaparecer con él tras los montecillos de arena, no sin llamar sobre sí la atención general.

—Ahora —dijo Aramis después de andar un cuarto de legua—, parémonos a hablar.

—No tal —respondió Artagnan—; huyamos. Nos hemos librado de Cromwell, de Mordaunt, del mar, que eran tres abismos dispuestos a devorarnos; pero nos nos escaparemos del cardenal Mazarino.

—Es verdad, Artagnan —dijo Aramis—, y aun yo sería de parecer de que nos separásemos para mayor seguridad.

—Sí —dijo Artagnan—, separémonos.

Iba Porthos a hablar para oponerse a esta determinación, pero Artagnan le hizo comprender, dándole un apretón de manos, que debía guardar silencio. Porthos era muy obediente a esta especie de señas de su compañero, cuya superioridad intelectual reconocía con su habitual buena fe. Por consiguiente, suprimió las palabras que estaba pronto a pronunciar.

—Pero ¿por qué hemos de separarnos? —dijo Athos.

—Porque a Porthos y a mí —contestó Artagnan— nos envió Mazarino cerca de Cromwell, y en vez de servir a éste hemos servido a Carlos I, lo cual es algo distinto. Si volvemos con el conde de la Fère y el señor de Herblay daremos una prueba de nuestro crimen; si volvemos solos queda la cosa en estado de duda; con la duda se puede llevar a un hombre muy lejos, y yo quiero hacer andar un poco al señor Mazarino.

—¡Calle! —dijo Porthos—, es cierto.

—Olvidáis —repuso Athos— que somos vuestros prisioneros, que no nos consideramos libres de la palabra que os dimos, que llevándonos presos a París...

—Siento la verdad, Athos —interrumpió Artagnan—, que un hombre de vuestro talento diga siempre tonterías de que se avergonzaría un estudiante de tercer año. Herblay —prosiguió Artagnan volviéndose a Aramis, el cual apoyado orgullosamente sobre su espada, parecía haberse adherido desde las primeras palabras a la opinión de su compañero, aunque antes había manifestado la contraria—; Herblay, haceos cargo de que en esto, como en todo, mi carácter, desconfiado de suyo, ha exagerado algo. Bien mirado, Porthos y yo nada arriesgamos. Y sin embargo, si por casualidad pretendieran prendernos en presencia vuestra, ¡qué diablo! no se prende a siete hombres como a tres; saldrían a danzar las espadas, y este negocio, de malos resultados para todos, se convertiría en una atrocidad que a los cuatro nos perdería. Además, si ha de sucedernos a dos una desgracia, ¿no es mejor que queden en libertad los dos restantes para sacar a sus compañeros de apuro, para minar, para intrigar, para libertarles? Y, finalmente, ¿quién sabe si yendo separadamente no conseguiremos, vos de la reina, y nosotros de Mazarino, un perdón que acaso nos negarían yendo juntos? Vamos id a la derecha, Athos y Aramis; vos, Porthos, venid conmigo por la izquierda; dejemos a esos señores marchar por la Normandía, y dirijámonos a París por el camino más corto.

—Pero y si nos cogen en el camino, ¿cómo nos daremos recíprocamente aviso de esta catástrofe? —preguntó Aramis.

—De un modo muy sencillo —contestó Artagnan—; convengamos un itinerario y no nos separemos de él. Id a Saint—Valerie, de allí a Dieppe, y seguid luego el camino recto de Dieppe a París; nosotros iremos por Abbeville, Amiens, Perona, Campiegne, y Seulis, y en cada posada o casa en que hagamos alto escribiremos con el puñal en la pared, o con la punta de un diamante en los cristales una indicación que pueda dirigir las pesquisas de los que queden libres.

—¡Amigo mío! —exclamó Athos—; ¡cómo admiraría yo los recursos de vuestra cabeza si no me detuviese en los de vuestro corazón para adorarlos!

Y presentó la mano a Artagnan.

—¿Por ventura tiene genio la zorra, Athos? —dijo el gascón con un movimiento de hombros—. No, solamente sabe perseguir a las gallinas, hacer perder su pista a los cazadores y abrirse camino por donde quiera. ¿Con que está dicho?

—No hay más que hablar.

—Pues distribuyamos el dinero —repuso Artagnan—; deben quedarnos unos doscientos doblones. ¿Cuánto hay, Grimaud?

—Noventa luises, señor.

—Eso es. ¡Viva! Ya sale el sol. Buenos días, querido sol. Aunque no seas el mismo que el de Gascuña, te reconozco o finjo reconocerte. Buenos días. Mucho tiempo hacía que no teníamos el gusto de veros.

—Vamos, vamos, amigo Artagnan —dijo Athos—; no la echéis de valiente; tenéis los ojos preñados de lágrimas. Seamos siempre francos entre nosotros, aun cuando esta sinceridad descubra nuestras buenas cualidades.

—¿Pues os parece —dijo Artagnan— que se puede uno separar a sangre fría de dos amigos como vos y Aramis en circunstancias tales que no carecen de peligro?

—No, Artagnan, no —respondió Athos—; y por lo mismo, venid a mis brazos, hijo mío.

—¡Voto a cien! —dijo Porthos sollozando—; ¡pues no lloro!, ¡qué barbaridad!

Y los cuatro amigos formaron un solo grupo, echándose los unos en brazos de los otros. Reunidos los cuatro hombres en un fraternal abrazo, de seguro no tenían más que un alma en aquel momento.

Blasois y Grimaud habían de seguir a Athos y Aramis. A Porthos y Artagnan les bastaba con Mosquetón.

Repartieron, según costumbre, el dinero con fraternal regularidad, y después de darse mutuamente un apretón de manos y de reiterarse la promesa de una eterna amistad, se separaron para emprender cada cual la convenida ruta, no sin volver la cabeza atrás, no sin decirse todavía algunas cariñosas palabras, que repetían los ecos de la playa.

Por fin se perdieron de vista.

—¡Diantre! Artagnan —exclamó Porthos—, voy a deciros ahora mismo una cosa, porque me sería imposible ocultaros cualquier queja. No os he reconocido en esta ocasión.

—¿Por qué? —preguntó Artagnan con su penetrante sonrisa.

—Porque, si es verdad que Athos y Aramis corren peligro, no debíamos abandonarlos. Yo confieso que estaba dispuesto a seguirles, y que lo estoy todavía a reunirme con ellos, a pesar de todos los Mazarinos del mundo.

—Si fuese así, tendríais mucha razón, Porthos —dijo Artagnan—; pero os diré una cosa que tal vez os haga cambiar de opinión. Los que corren el mayor peligro no son esos caballeros, sino nosotros, no nos separamos de ellos para abandonarlos, sino por no comprometerlos.

—¿De veras? —preguntó Porthos, abriendo los ojos con asombro.

—Indudablemente; si a ellos les prenden se exponen a ir a la Bastilla; si nos prenden a nosotros, iremos a la Plaza de la Gréve.

—¡Uf! —dijo Porthos—. Mucha distancia hay de eso a la corona de barón que me ofrecisteis.

—Quizá no tanto como os parece. Ya sabéis el refrán: «Por todas partes se va a Roma».

—Pero, ¿por qué corremos más peligro que Athos y Aramis? —Porque ellos no han hecho más que hacer el encargo que les dio la reina Enriqueta, y nosotros hemos hecho traición al que nos confió Mazarino; porque habiendo ido en calidad de mensajeros a Cromwell, nos hemos convertido en partidarios del monarca Carlos; porque, en vez de ayudar a derribar su regia cabeza, condenada por esos bribones, hemos estado muy cerca de salvarla.

—Ciertamente —dijo Porthos—; mas ¿cómo queréis, amigo, que hallándose tan rodeado de ocupaciones haya podido pensar Cromwell?...

—Cromwell piensa en todo y para todo dispone de tiempo. Lo importante es no perder nosotros el nuestro, que es precioso. No podemos considerarnos seguros hasta después de haber visto a Mazarino; y aun entonces...

—¡Pardiez! —respondió Porthos—. ¿Y qué le hemos de decir?

—Dejadme a mí; como dice el refrán: «Al freír será el reír». Muy fuerte es el señor Cromwell y muy solapado el señor Mazarino; pero todavía me gusta más habérmelas diplomáticamente con ellos que con el difunto Mordaunt.

—¡Qué grato es poder decir el *difunto Mordaunt!*

—Sí, por cierto —respondió Artagnan—; pero vamos andando.

Y sin perder un momento, tomaron ambos el camino de París, seguidos de Mosquetón, el cual, después de haber tenido mucho frío toda la noche, un cuarto de hora después tenía demasiado calor.

LXXIX.— LA VUELTA

Quedó adoptado al fin entre Athos y Aramis el itinerario que Artagnan les había indicado, y caminaron lo más deprisa posible, suponiendo que, en caso de prenderles, cuanto más cerca de París más les convenía.

Todas las noches trazaban, ora en la pared ora en los cristales, la señal convenida, temiendo que los cogieran, y todas las mañanas se despertaban sorprendidos por encontrarse libres.

Conforme se acercaban a París, se desvanecían como por encanto los grandes acontecimientos que habían presenciado, y que acababan de transtornar a Inglaterra, mientras que por el contrario les salían al encuentro los que durante su ausencia habían pasado en París.

Tantas cosas pequeñas habían sucedido en París durante aquellas seis semanas, que formaban casi un gran acontecimiento. Al despertar los parisienses una mañana sin reina y sin monarca, habían tomado muy a pecho este abandono, y la ausencia de Mazarino, que tanto deseaban, no compensó la de los fugitivos.

La primera impresión que produjo en París la fuga a San Germán fue ese impulso de terror que sienten los niños cuando despiertan de noche o en la soledad. Púsose en conmoción el Parlamento y decidió enviar una comisión a la reina, con objeto de que no privase por más tiempo a la capital de su regia presencia.

Pero todavía estaba la reina sujeta a la doble impresión de la victoria de Lens y de su fuga tan felizmente realizada. No sólo no tuvieron los comisionados el honor de ser admitidos en su presencia, sino que se les hizo aguardar en medio del camino real, adonde fue el canciller, el mismo canciller Seguier, a quien en la primera parte de esta obra vimos ir a buscar una carta hasta en el corsé de la reina, a participarles el *ultimátum* en que se expresaba que, si el Parlamento no se humillaba ante la majestad real, desistiendo de todas las cuestiones que produjeron la escisión, pondríase sitio a París al día siguiente, y que ya previendo este caso, el duque de Orleáns ocupaba el puente de Saint-Cloud, y el príncipe de Condé, con todo el prestigio que le daban sus triunfos militares, se encontraba en Charenton y Saint-Denis.

Desgraciadamente para la corte, a la cual una respuesta moderada hubiera dado muchos partidarios, esta amenaza causó el efecto contrario al que se esperaba. Ofendido el orgulloso Parlamento, y viéndose éste vigorosamente apoyado por la clase media, la cual conoció sus fuerzas cuando la excarcelación de

Broussel, contestó a la corte que puesto que era el cardenal Mazarino el autor notorio de todos los desórdenes, le declaraba enemigo del rey y del Estado; le intimaba que se retirase de la corte el mismo día, y de Francia en el término de ocho, y en caso de que no obedeciera expirado este plazo, mandaba a todos los súbditos del rey que le persiguieran.

Esta enérgica contestación, que no esperaba la corte, ponía a la vez a Mazarino y a París fuera de la ley. Faltaba sólo saber quién vencería a quién entre el Parlamento y la corte.

Esta hizo entonces sus preparativos de ataque, y París los de defensa. Estaban los vecinos ocupados en el ordinario trabajo que les corresponde en tiempo de revueltas, es decir, en colocar cadenas y desempedrar calles, cuando vieron llegar en su ayuda, conducidos por el coadjutor, al príncipe de Conti, hermano de Condé, y a su cuñado el duque de Longueville. Tranquilizáronse entonces, porque tenían en su favor a dos príncipes de la sangre, además de la fuerza numérica. El 10 de enero fue cuando recibieron los parisienses este inesperado socorro.

Después de una acalorada discusión fue nombrado el príncipe de Conti generalísimo de los ejércitos del rey fuera de París, siendo sus lugartenientes generales, los duques de Elbeuf y de Brouillon y el mariscal La Mothe. El duque de Longueville, sin empleo y sin título, se contentaba con ayudar a su cuñado.

En cuanto al duque de Beaufort, había regresado de Vendemois con su gentil talante, como narra la crónica, y sus largos y hermosos cabellos y aquella popularidad que le valió el título de *Rey de los mercados.*

Organizóse entonces el ejército parisiense con la prisa del paisano que se disfraza de soldado cuando a ello le mueve un motivo cualquiera. El 19 intentó el ejército improvisado una salida, más para cer

ciorarse y cerciorar a los demás de su propia existencia, que por emprender ninguna empresa seria. Llevaba a la cabeza una bandera en que se leía escrita esta extraña inscripción: «Buscamos a *nuestro rey.* »

Fueron los siguientes días dedicados a algunas operaciones parciales, las que no produjeron más efecto que la aprehensión de varias reses y el incendio de varias casas.

Así llegaron los primeros días de febrero; el 1.° fue cuando llegaron nuestros cuatro amigos a Boulogne y se dirigieron a París cada cual por su camino.

Por la noche del cuarto día de marcha evitaron con precaución el entrar en Nanterre por no caer en manos de alguna partida de la reina.

Con harto descontento accedía Athos a tomar todas estas precauciones; pero Aramis le hacía presente con razón que no estaban autorizados para ser indiscretos, que iban a cumplir la última y sagrada misión del rey Carlos I, recibida al pie del cadalso, y que ésta sólo terminaría a los pies de la reina.

Athos cedió.

Nuestros hombres encontraron guardados los arrabales por respetables fuerzas; todo París estaba armado; el centinela no les dejó pasar y llamó al sargento.

Salió éste, y revistiéndose de la importancia que se dan los paisanos cuando pescan por fortuna una dignidad militar:

—¿Quiénes sois, señores? —preguntó.

—Dos caballeros —respondió Athos.

—¿De dónde venís?

—De Londres.

—¿A qué venís a París?

—A evacuar una misión cerca de S. M. la reina de Inglaterra.

—Todo el mundo viene hoy a ver a la reina de Inglaterra —replicó el sargento—. En el cuerpo de guardia hay ya otros tres señores que traen el mismo objeto, y cuyos pases se están reconociendo. ¿Y los vuestros?

—No traemos pases.

—¡Cómo!

—Ya os hemos dicho que acabamos de llegar de Inglaterra, y habiendo salido de París antes de marcharse el rey, ignoramos completamente el estado de los asuntos públicos.

—¿De veras? —dijo el astuto sargento—. Seréis mazarinos y vendréis a espiarnos.

—Amiguito —dijo Athos, que antes había dejado a Aramis que contestara—, si fuéramos mazarinos tendríamos todos los pases que quisiéramos. Creedme; en vuestra situación debéis desconfiar sobre todo del que venga enteramente en regla.

—Entrad —dijo el sargento—, y expondréis vuestras razones al comandante de la guardia.

Dicho esto, hizo una señal al centinela, apartóse éste, pasó el sargento delante y los dos caballeros siguiéronle al cuerpo de guardia. Hallábase éste lleno de vecinos honrados y gente del pueblo, de los cuales unos jugaban, otros bebían y otros peroraban.

En un rincón, y custodiados por centinelas de vista, estaban los tres caballeros llegados antes, cuyos pases revisaba en aquel instante el oficial en un aposento inmediato, pues por la importacia de su grado tenía cuarto aparte.

El primer movimiento de los recién llegados y de sus antecesores fue el echarse mutuamente una rápida e investigadora mirada desde los dos extremos del cuarto. Cubríanse los primeros con anchas ca pas, entre cuyos pliegues se envolvían enteramente. El más bajo de los tres permanecía detrás y oculto en la sombra.

Al anunciar el sargento cuando entró, que según todas las probabilidades había tropezado con dos cardenalistas, aplicaron el oído los tres caballeros con gran atención. El más bajo, que había dado dos pasos hacia adelante, dio uno hacia atrás y volvió a la sombra.

Cuando se supo que los recién llegados no llevaban pase, todo el cuerpo de guardias se manifestó contrario a dejarles entrar.

—Pero, señores —dijo Athos—, yo creo que os haréis cargo de la razón. Sólo pedimos una cosa sencillísima, que digan nuestros nombres a su majestad la reina de Inglaterra; si su majestad responde de nosotros, creo que no habrá inconveniente en dejarnos el paso libre.

A estas palabras creció la atención del caballero que se ocultaba en la sombra, y la acompañó con tal movimiento de sorpresa que se le cayó el sombrero, tropezando con el embozo, con que más que nunca cubríase el rostro; se inclinó y le recogió rápidamente.

—¡Dios Santo! —dijo Aramis codeando a Athos—; ¿habéis visto?

—¿Qué? —preguntó Athos.

—La cara de ese caballero.

—No.

—Me ha parecido..., pero es imposible.

En aquel momento apareció el sargento que había entrado en el cuarto del oficial para tomar sus órdenes, y dijo, designando a los tres caballeros, a los cuales entregó un papel:

—Los documentos están en regla; dejad pasar a estos señores. Hicieron los aludidos un ligero movimiento de cabeza, y se apresuraron a aprovechar el permiso y el camino que abríales la orden del sargento.

Siguióles Áramis con la vista, y al pasar el más bajo frente a él, oprimió vivamente la mano de Athos.

—¿Qué es eso? —preguntó éste.

—¿Qué?... Vamos, será una visión. Volviéndose al sargento, le preguntó:

—¿Conocéis por ventura a esas tres personas?

—Sólo los conozco por su pase; son los señores de Flamarens, de Chatillon y de Bury, caballeros frondistas que vienen a reunirse con el señor duque de Longueville.

—Es extraño dijo Aramis, respondiendo más bien a sus propios pensamientos que al sargento—: se me figuró reconocer a Mazarino.

El sargento se echó a reír.

—¿Quién? —preguntó—. ¿Meterse él entre nosotros para que le ahorquen? No es tan tonto.

—¡Pché! —murmuró Aramis—, puedo haberme equivocado: no tengo la mirada infalible de Artagnan.

—¿Quién habla de Artagnan? —preguntó el oficial, presentándose en la puerta de su cuarto.

—¡Oh! —exclamó Grimaud admirado.

—¿Qué es eso? —preguntaron a un tiempo Athos y Aramis.

—¡Planchet! —murmuró Grimaud—. ¡Planchet de casaca!

—¡Señores de la Fère y de Herblay! —exclamó el oficial—. ¡De re greso en París! ¡Oh, qué gozo para mí, señores! Seguramente vendréis a reuniros con los príncipes.

—Ya lo veis, amigo Planchet —dijo Aramis mientras Athos se sonreía mirando el grado importante que tenía en la milicia ciudadana el antiguo compañero de Mosquetón, Grimaud y Bazin.

—¿Y el señor d'Artagnan de quien estabais hablando, señor de Herblay? Me atreveré a interrogaros si sabéis de él.

—Hace cuatro días que nos separamos, amigo, y todo nos hacía creer que nos hubiese precedido.

—Puedo aseguraros que no ha entrado en la capital: pero quizá se habrá quedado en San Germán.

—No es probable, porque estábamos citados en la Chevrette.

—Por allí mismo he pasado hoy mismo.

¿Y no tenía noticias suyas la hermosa Magdalena? —preguntó Aramis sonriendo.

—No, señor; está muy inquieta por no saber de él.

—Pues bien mirado —dijo Aramis—, no se ha perdido tiempo; nos hemos dado mucha prisa. Permitid, pues, amigo Athos, que sin tomar más informes sobre nuestro amigo, felicite al señor Planchet...

—Caballero... —murmuró Planchet inclinándose.

—¡Teniente! —dijo Aramis.

—Y con esperanzas de ascender a capitán.

—¡Excelente posición! —dijo Aramis—. ¿Y cómo han llovido sobre vos tantos honores?

—En primer lugar, ya sabéis que salvé la vida al señor de Rochefort.

—Sí, por cierto; él nos lo contó.

—Con este motivo estuve a pique de que me ahorcara Mazarino, lo cual me hizo aún más famoso que antes.

—Y gracias a esa popularidad...

—No, señor; gracias a otra cosa mejor. También sabéis que serví en el regimiento del Piamonte, en donde tuve el honor de ser sargento.

—Sí.

—Pues cierto día, que nadie podía hacer alinearse una turba de paisanos armados, que echaban a andar los unos con el pie izquierdo y los otros con el derecho, conseguí yo que rompiesen la marcha todos con el mismo pie, y me hicieron teniente sobre el campo de... ejercicio.

—Comprendo —dijo Aramis.

—¿Parece —preguntó Athos—, que tenéis aquí a una porción de nobles?

—Sí.

—¿Y el señor Raúl de Bragelonne? —añadió Athos con emoción—. Artagnan me ha dicho que os le recomendó al partir, buen Planchet.

—Sí, señor conde, como a su propio hijo, y no le he perdido de vista ni un solo momento.

—¿Con que está bueno? —exclamó Athos con voz alterada por el júbilo—. ¿No le ha sucedido ninguna desgracia?

—Ninguna.

—¿Y dónde habita?

—Donde siempre; en el Gran Carlo-Magno.

—¿En qué se entretiene?

—En visitar a la reina de Inglaterra y a la señora de Chevreuse. El duque de Guiche y él son inseparables.

—Gracias, Planchet —dijo Athos tomándole la mano.

—Señor... —dijo Planchet tomándole la punta de los dedos.

—¡Vamos, conde! ¿Qué hacéis? ¡A un lacayo!

—Sí —dijo Athos—, porque me da noticias de Raúl.

—Y ahora, señores —preguntó Planchet sin oír la observación de Aramis—, ¿qué pensáis hacer?

—Entrar en París, si nos dais permiso, amigo Planchet.

—¡Cómo si os doy permiso! ¿Os burláis, señor conde? Lo que deseo es serviros.

Y se inclinó.

Y dirigiéndose luego a su gente, dijo:

—Abrid paso a estos señores, yo los conozco: son amigos del señor de Beaufort.

—¡Viva el señor de Beaufort! —prorrumpió toda la guardia a una voz, abriendo camino a Athos y Aramis.

Sólo el sargento se acercó a Planchet.

—¡Sin pasaporte! —le dijo en voz baja.

—Sin pasaporte —replicó Planchet.

—Ved, capitán —continuó dando anticipadamente a Planchet el título que le tenían prometido—; ved que uno de los tres hombres que antes se marcharon de aquí me dijo secretamente que desconfiara.

—Pues yo —insistió Planchet con majestad—, los conozco y respondo de ellos.

Dicho esto, dio un apretón de manos a Grimaud, a quien engrió sobremanera tal distinción.

—Conque hasta la vista, capitán —dijo Aramis con tono socarrón—; si nos sucede algo, ya acudiremos a vos.

—Señor —contestó Planchet—, en eso y en todo podéis mandarme como a un humilde criado.

Y volvió inmediatamente a su departamento.

—El pícaro tiene talento —dijo Aramis montando a caballo.

—¿Cómo no ha de tenerle —replicó Athos montando también—, si ha cepillado tanto tiempo los sombreros de su amo?

LXXX.— LOS EMBAJADORES

Sin pérdida de tiempo se pusieron en camino los dos camaradas, bajando por la rápida pendiente del arrabal; pero al llegar a su extremidad vieron con gran sorpresa que las calles de París estaban convertidas en ríos y las plazas en lagos: a consecuencia de las copiosas lluvias del mes de enero, se había salido de madre el Sena, inundando la mitad de la capital.

Athos y Aramis arrostraron valerosamente la inundación con sus caballos; pero pronto llegó el agua al pecho de los pobres animales, y los dos caballeros se vieron precisados a abandonarlos y tomar una barca, lo que hicieron previniendo a los lacayos que fueran a esperarlos al mercado.

Llegaron embarcados al Louvre. Había cerrado la noche, y París, visto a la luz de algunos débiles faroles que se movían sobre el agua, con sus lanchas cargadas de patrullas de bruñidas armas, con las voces de alerta que se daban los centinelas, ofrecía un espectáculo que deslumbró a Aramis, el hombre más accesible a los sentimientos belicosos que suponerse puede.

Llegados al palacio, tuvieron que hacer antesala, pues S. M. estaba en aquel momento dando audiencia a otros caballeros que llevaban noticias de Inglaterra.

—Nosotros también —dijo Athos al criado que les respondió esto—, nosotros también traemos nuevas de Inglaterra, con la circunstancia de que venimos de allí.

—¿Pues cómo os llamáis? —preguntó el criado.

—El conde de la Fère y el caballero de Herblay —dijo Aramis.

—¡Ah! En ese caso, caballeros —dijo el sirviente al oír aquellos nombres que tantas veces había pronunciado la reina entregándose a sus esperanzas—; en ese caso supongo que S. M. no me perdonaría si os hiciera esperar un solo instante. Tened la bondad de seguirme.

Y echó a andar seguido de Athos y Aramis.

Al llegar a la cámara que habitaba la reina, les hizo seña de que aguardaran allí, y abriendo la puerta:

—Señora —dijo—, confío que Vuestra Majestad perdonará que desobedezca sus órdenes, cuando sepa que las personas que vengo a anunciar son el señor conde de la Fère y el señor de Herblay.

Estos dos nombres arrancaron a la reina un grito de júbilo que oyeron los caballeros desde el sitio en que se hallaban esperando.

—¡Desgraciada reina! —murmuró Athos.

—¡Oh! ¡Que entren! ¡Que entren! —exclamó a su vez la joven princesa corriendo hacia la puerta.

La infeliz niña no se separaba de su madre y hacía cuanto podía por compensar con su filial cariño la ausencia de sus hermanos.

—Entrad, señores —dijo abriendo la puerta en persona.

Athos y Aramis presentáronse en el aposento. La reina estaba sentada en un sillón, y en pie, delante de ella, dos de los tres caballeros que nuestros hombres habían encontrado en el cuerpo de guardia.

Eran el señor de Flamarens y Gaspar de Coligny, duque de Chatillon, hermano del que siete u ocho años antes murió en la Plaza Real, en un desafío ocasionado por la señora de Longueville.

Al oír anunciar a los dos viajeros, retrocedieron un paso y dijéronse con inquietud algunas palabras en voz baja.

—Bien venidos, señores —dijo la reina al ver a Athos y Aramis—. Por fin estáis aquí, leales amigos, pero los correos os han adelantado. La corte ha tenido noticias de Londres al entrar vosotros por las puertas de París, y el señor de Flamarens y el señor de Chatillon, me han venido a dar las más recientes de parte de Su Majestad la reina Ana de Austria.

Aramis y Athos se dirigieron una ojeada: la tranquilidad, la alegría que resplandecía en los ojos de la reina, les llenaba de estupor.

—Tened la bondad de continuar —dijo Enriqueta a Flamerens y Chatillon—: decíais que S. M. Carlos I, mi respetable dueño, fue condenado a muerte a pesar de los deseos de la mayoría de los súbditos ingleses.

—Sí, señora —tartamudeó Chatillon.

Athos y Aramis se miraron con asombro.

—Y que al llevarle al cadalso —prosiguió la reina—, ¡al cadalso a mi señor, a mi rey!..., y que al llevarle al cadalso le salvó el indignado pueblo.

—Sí, señora —contestó Chatillon en voz tan baja que apenas pudieron oírle los caballeros, a pesar de la atención con que le escuchaban.

La reina juntó las manos con generoso fervor, en tanto su hija ceñía con un brazo su garganta y la besaba con los ojos bañados en lágrimas.

—Y ahora, señora, réstanos sólo presentar a Vuestra Majestad nuestros modestos respetos —dijo Chatillon, que evidentemente no podía sufrir el papel que estaba haciendo, y se ruborizaba al sentir sobre sí la fija y penetrante mirada de Athos.

—Un instante, señores dijo la reina conteniéndolos con un ademán—. Un momento por favor. El señor conde de la Fère y el señor de Herblay que, como habéis oído, acaban de llegar de Londres, podrán proporcionaros, como testigos presenciales, algunos pormenores de que no tendréis tal vez noticia. Se los comunicaréis a la reina mi buena hermana. Hablad, señores, hablad, ya os escucho, nada me ocultéis. Viviendo Vuestra Majestad y estando a cubierto el honor real, lo demás me es indiferente.

Athos se puso pálido y se llevó una mano al corazón.

—Vamos —dijo la reina advirtiendo aquel movimiento y aquella palidez—; hablad, os lo suplico.

—Perdonad, señora —respondió Athos—, no quisiera añadir nada a lo que estos señores han manifestado, antes de que conocieran que han podido equivocarse.

—¡Equivocarse! —exclamó la reina casi sin aliento—. Equivocarse... ¿Pues qué pasa, Dios mío?

—Señores —dijo Flamarens—, si nos hemos equivocado, el error provendrá de la reina, y supongo que no tendréis intención de rectificarle, porque sería dar un mentís a S. M.

—¿De la reina, caballero? —repuso Athos con serena y vibrante voz.

—Sí —dijo Flamarens bajando la vista. Athos suspiró tristemente.

—¿No puede proceder más bien de la persona que os acompañaba, y que vimos en el cuerpo de guardia de la barrera del Roule? —preguntó Aramis con su provocativa cortesanía—. Si no nos equivocamos el conde de la Fère y yo erais tres al entrar en París.

En los rostros de Chatillon y Flamarens se pintó su turbación.

—Explicaos, conde —dijo la reina, cuya angustia se aumentaba—: en vuestra frente se lee el dolor, vuestra boca teme anunciarme alguna fatal noticia, tiemblan vuestras manos... ¡Dios santo!, ¿qué ha sucedido?

—¡Señor! —exclamó la joven princesa cayendo de rodillas junto a su madre—, ¡tened piedad de nosotras!

—Caballero —dijo Chatillon—, si sabéis alguna noticia funesta, ¿no es obrar cruelmente el decírselo a la reina?

Tanto se acercó Aramis a Chatillon, que casi le tocaba.

—Caballero —contestóle con los labios contraídos y mirándole con chispeantes ojos—: supongo que no pretenderéis enseñarnos al señor conde de la Fère ni a mí lo que hemos de hacer.

Durante este corto altercado se llegó Athos donde estaba la reina, y siempre con la mano sobre el corazón y la cabeza baja, dijo muy emocionado:

—Señora, los príncipes, que por su naturaleza son superiores al resto de los hombres, han recibido del cielo un corazón, propio para padecer infortunios superiores a los del vulgo, pues su corazón participa de su superioridad; paréceme, pues, que con una gran reina como V M. no se debe proceder los mismo que con una mujer de nuestra clase. Reina destinada a todos los sufrimientos de la vida, aquí tenéis el resultado de la misión con que nos honrasteis...

E hincándose Athos de hinojos ante la reina palpitante y helada, sacó del seno, dentro de una caja, la placa de diamantes que entregara Enriqueta a lord Winter antes de emprender su viaje, y el anillo nupcial que dio Carlos a Aramis antes de morir, objetos de que no se había separado Athos un momento.

Abriendo la caja presentólos a la reina con expresión de profundo dolor.

Adelantó Enriqueta la mano, cogió el anillo, le llevó convulsivamente a sus labios, y sin poder exhalar un suspiro, sin poder pronunciar un ¡ay! abrió los brazos, perdió el color y cayó sin conocimiento en los de sus damas y su hija.

Besó Athos la parte inferior del vestido de la infeliz viuda, y levantándose con una majestad que produjo honda impresión en los circunstantes, dijo:

—Yo, el conde de la Fère, que nunca he mentido, declaro a la faz de Dios y en presencia de esta pobre reina, que hemos hecho en Inglaterra cuanto era posible para salvar al rey. Ahora, caballero —añadió volviéndose a Herblay—, marchemos; hemos cumplido con nuestro deber.

—Aún no —respondió Aramis—. Tenemos que decir una palabra a estos señores.

Y dirigiéndose a Chatillon le preguntó:

—Caballero, ¿os dignáis salir conmigo, aunque no sea más que un instante, para oír la palabrita a que me refiero y que no se puede pronunciar en este sitio?

Chatillon se inclinó sin contestar en señal de asentimiento.

Athos y Aramis pasaron delante; siguiéronles Chatillon y Flamarens, atravesaron en silencio el vestíbulo, y salieron frente al terraplén que se alzaba a la altura de una ventana de palacio. Dirigióse Aramis al terraplén, mas al llegar junto a la ventana se detuvo y dijo al duque de Chatillon:

—Señor mío, ha poco que os propasasteis a tratarnos con muy poco comedimiento. Esto, que jamás sería tolerable, cuadra aún peor en hombres que estaban dando a la reina una noticia falsa.

—¡Caballero! —murmuró Chatillon.

—¿Qué habéis hecho del señor de Bury? —preguntó irónicamente Aramis—. ¿Ha ido tal vez a mudar de cara? Os advierto que la que traía se parece demasiado a la del cardenal Mazarino. Ya se sabe que en el Palacio Real hay caretas lo mismo para arlequines que para payasos.

—Sospecho que tenéis intención de provocarnos —dijo Flamarens.

—¿Sólo sospechado?

—¡Herblay! ¡Herblay! —dijo Athos.

—Dejadme a mí —respondió Aramis con algún enfado—: ya sabéis que no me gustan las cosas a medio hacer.

—Pues terminad, señor mío —dijo Chatillon con una altanería que en nada cedía a la de su antagonista.

Aramis se inclinó y repuso:

—Señores, otro que fuese yo o el señor conde de la Fère, haría que os prendieran por medio de los amigos que en París tenemos. Pero nosotros os vamos a dar un medio de marcharos sin que nadie os inquiete. Venid y tengamos una conversación de cinco minutos con espada en mano sobre este abandonado terraplén.

—Con sumo gusto —dijo Chatillon.

—Poco a poco, señores —interrumpió Flamarens—. Conozco que la proposición es incitante; mas en este momento no podemos aceptarla.

—¿Y por qué? —preguntó Aramis con socarronería—. ¿Tanta prudencia os infunde el trato del señor Mazarino?

—Ya lo habéis oído, Flamarens —dijo Chatillon—, no responder sería echar un borrón a mi memoria y mi honra.

—Tal me parece —dijo secamente Aramis.

—Sin embargo no respondáis; estos señores serán muy pronto de mi opinión.

Aramis movió la cabeza con un gesto de indescriptible insolencia.

Violе Chatillon y llevó la mano a la espada.

—Duque —dijo Flamarens— no olvidéis que mañana tenéis que mandar una expedición de la mayor importancia y que habiéndoos designado para ella el príncipe y aprobado la reina el nombramiento, no os es dado disponer de vuestra persona hasta mañana por la noche.

—Está muy bien; quede para pasado mañana —dijo Aramis.

—Largo es el plazo, caballeros —repuso Chatillon.

—Pues yo no soy el que le fija ni el que le pide —respondió Aramis—, y mucho menos pareciéndome que en esta expedición podríamos vernos frente a frente.

—Es verdad —exclamó el duque—; con el mayor placer lo haré si os tomáis la molestia de ir hasta las puertas de Charenton.

—¿Cómo no, señores? Por tener el honor de veros iría yo hasta el fin del mundo cuanto más a una legua o dos de distancia.

—Pues hasta mañana, caballero.

—Así lo espero. Id a reuniros con vuestro cardenal. Mas juradme primero como hombre de honor que no le participaréis nuestra llegada.

—¿Condiciones?

—¿Por qué no?

—Porque sólo a los vencedores corresponde imponerlas, y aún no lo sois.

—Pues salgan a danzar los aceros ahora mismo. A nosotros nos es igual, como no mandamos la expedición de mañana...

Se miraron Chatillon y Flamarens.

Respiraban tanta ironía las palabras y los ademanes de Aramis, que Chatillon apenas podía reprimir su cólera. Pero una palabra de Flamarens le contuvo.

—Está bien, señores —respondió—; nuestro compañero, sea quien fuere, nada sabrá de lo ocurrido. Pero, ¿me prometéis hallaros en Charenton mañana?

—¡Oh! Descuidad, señores —replicó Aramis.

Saludáronse los cuatro, y aquella vez salieron delante Chatillon y Flamarens, siguiéndoles Athos y Aramis.

—¿Qué motivo tiene toda esa cólera, Aramis? —preguntó Athos.

—No más que el que ellos me han dado.

—¿Pues qué han hecho?

—¿Lo preguntáis? ¿No lo sabéis?

—No.

—Sonreírse cuando jurasteis que habíamos cumplido con nuestro deber en Inglaterra. Una de dos, o lo creyeron o no. Si lo creyeron, sólo se sonrieron para ofendernos, si no lo creyeron nos insultaron también, y urge probarles lo que valemos. Por lo demás, no siento que lo hayan aplazado, pues esta noche pienso que tendremos otra ocupación mejor que dar cuchilladas.

—¿Y es?

—¡Voto a cien! Hacer que prendan a Mazarino. Athos acandiló desdeñosamente el labio inferior.

—Ya sabéis, Aramis, que estas expediciones no me placen.

—¿Por qué?

—Porque son muy parecidas a las sorpresas.

—Raro general de ejército haríais ciertamente, Athos; no combatiríais sino a la luz del sol; avisaríais a vuestro adversario la hora en que pensarais atacarle, y tendríais gran cuidado de no intentar nada contra él de noche para que no os acusase de haberos prevalido de la oscuridad.

Athos se sonrió:

—No ignoráis —dijo—, que nadie puede vencer sus inclinaciones; por otra parte, ¿sabéis en qué estado nos hallamos, y si el arresto de Mazarino sería un mal o un bien, un estorbo o un triunfo?

—Decid que no aprobáis mi parecer.

—No tal: por el contrario, me parece de buena guerra. Sin embargo...

—Hablad.

—Creo que no debisteis exigir de esos señores juramento de no decir nada a Mazarino: porque en cierto modo os habéis comprometido a ser neutral.

—Os juro que no he contraído compromiso ninguno, y que me considero enteramente... Vamos, Athos, partamos.

—¿Adónde?

—A casa de Beaufort o de Bouillon a decirles lo que ocurre.

—Sí, pero con una condición, y es que comencemos por el coadjutor. Como eclesiástico entiende de casos de conciencia, y le propondremos nuestra duda.

—¡Eh! —dijo Aramis—, lo va a echar a perder todo; más vale terminar que no empezar por él.

Athos se sonrió. Conocíase que en el fondo su pecho abrigaba un profundo pensamiento.

—Perfectamente —dijo—, ¿por quién empezaremos?

—Por Bouillon, si os parece; es el que tenemos más cerca.

—Espero que me permitiréis una cosa.

—¿Cuál?

—Pasar por la fonda del Gran Carlo-Magno para dar un abrazo a Raúl.

—Está bien: yo iré con vos y le abrazaré también.

Habían en tanto entrado en la barca y se dirigieron al mercado. Encontrando allí a Grimaud y Blasois con los caballos, se dirigieron a la calle Guenegaud.

Pero Raúl no estaba en la fonda del Gran Carlo—Magno; aquel mismo día recibió un mensaje del príncipe de Condé, y al punto salió de París con Olivain.

LXXXI.— LOS TRES LUGARTENIENTES DEL GENERALÍSIMO

No bien hubieron salido de la posada del Gran Carlo-Magno, dirigiéronse Athos y Aramis al palacio del duque de Bouillon, conforme lo habían determinado.

Estaba la noche muy tenebrosa, y aun cuando ya se acercaban sus más silenciosas y solitarias horas, oíanse esos infinitos ruidos que no dejan dormir con descanso a una ciudad sitiada. A cada paso se tro

pezaba con barricadas; en cada esquina se divisaban cadenas, y en cada encrucijada retenes; cruzábanse las patrullas dándose mutuamente el santo; recorrían la plaza los emisarios de los diferentes jefes, y entre los tranquilos habitantes que permanecían en los balcones y sus conciudadanos más belicosos que corrían por las calles con la partesana al hombro o el arcabuz al brazo, se entablaban animados diálogos que patentizaban la agitación de los espíritus.

Antes que diesen cien pasos Athos y Aramis, les detuvieron los centinelas de las barricadas exigiéndoles el santo y seña; pero habiendo contestado que iban a ver al señor Bouillon para comunicarle una noticia de importancia, se contentaron con sumistrarles una guía que bajo pretexto de acompañarles y facilitarles el paso, llevaba encargo de cuidar de ellos. Echó a andar éste, precediéndoles y entonando:

De la gota se halla enfermo

el caballero Bouillon...

Canción moderna que se componía de una porción de coplas en las que nadie quedaba excluido.

A las inmediaciones del palacio de Bouillon se cruzaron con tres caballeros, que debían estar enterados de todas las contraseñas posibles, pues marchaban sin guía y sin escolta, y cuando llegaban a las barricadas sólo necesitaban decir a los que las guardaban algunas palabras para que los dejasen pasar con todas las consideraciones a que sin duda eran acreedores por su categoría.

Al verlos se detuvieron Athos y Aramis.

—¡Oh! —dijo Aramis—. ¿Habéis visto, conde?

—Sí —contestó Athos.

—¿Qué os parece de esos tres caballeros?

—¿Y a vos, Aramis?

—Que son nuestros hombres.

—No os engañáis: he conocido perfectamente a Flamarens.

—Y yo a Chatillon.

—El de la capa parda...

—Era el cardenal.

—En persona.

—¿Cómo diablos se expondrán así a venir tan cerca del palacio de Bouillon? ––preguntó Aramis.

Sonrióse Athos y no contestó. Cinco minutos más tarde llamaban a la puerta del palacio.

Guardábala un centinela de los que suelen tener las personas que ejercen cargos de importancia en el ejército, y en el patio permanecía un corto retén a disposición del lugarteniente del príncipe Conti.

El duque de Bouillon padecía de gota, como expresaba la canción, y hacía cama, pero a pesar de esta grave dolencia que no le permitía montar a caballo hacía un mes, o lo que es lo mismo, desde que empezara el sitio de París, dijo que estaba dispuesto a recibir al señor conde de la Fère y al caballero de Herblay.

Fueron introducidos ambos amigos en la alcoba del enfermo, el cual se hallaba acostado, pero en medio del más militar aparato que darse puede. Las paredes estaban llenas de espadas, pistolas, corazas y arcabuces, y era fácil conocer que así que sanase el señor de Bouillon de su gota, daría un poco que hacer a los enemigos del Parlamento. Mas entretanto se veía precisado a estar en cama con gran sentimiento suyo, según decía.

—¡Ah, señores! —exclamó al ver a los dos caballeros, haciendo para incorporarse un esfuerzo que le arrancó un gesto de dolor—. ¡Cuán felices sois! Podéis montar a caballo, ir y venir, pelear en pro de la causa del pueblo... Y yo, ya lo veis, clavado aquí en esta cama. ¡Ah, maldita gota! —añadió haciendo otro gesto—. ¡Maldita de Dios, amén!

—Señor —dijo Athos—, acabamos de llegar de Inglaterra, y hemos acudido ante todo a saber de vuestra salud.

—Mil gracias, caballeros, mil gracias —repuso el duque—. Mi salud, ya lo veis, mala... ¡maldita gota! ¿Conque venís de Inglaterra? ¿Y el rey Carlos? Me acaban de decir que está bueno.

—Ha muerto, señor —dijo Aramis.

—¡Bah! —exclamó el duque con sorpresa.

—Muerto sobre un cadalso condenado por el Parlamento.

—No es posible.

—Y ejecutado en presencia nuestra.

—No me ha dicho eso el señor Flamarens.

—¡El señor Flamarens! —murmuró Aramis.

—Sí, acaba de salir de aquí.

Athos se sonrió y preguntó:

—¿Con dos compañeros?

—Con dos compañeros —prosiguió el duque—. ¿Los habéis visto?

—Creo que los hemos encontrado en la calle —contestó Athos.

Y miró sonriéndose a Aramis, el cual le devolvió con algún asombro su mirada.

—Señor —dijo Athos—, se necesita en verdad toda vuestra adhesión a la causa parisiense para seguir, estando enfermo como estáis, a la cabeza del ejército; tal perseverancia es digna de la admiración del señor de Herblay y de la mía.

—¿Qué queréis, amigos? Fuerza es sacrificarse a la causa pública, y uno y otro podéis testificarlo, porque a vuestra valentía y lealtad debe mi caro colega el duque de Beaufort la libertad y acaso la vida. Por lo tanto, me sacrifico como veis, aunque debo manifestar que mis fuerzas están a punto de agotarse. El corazón está bueno, la cabeza también, pero esta maldita gota me mata, y confieso que si la corte hiciese justicia a mis demandas, demandas muy justas, pues sólo solicito la indemnización que me prometió el otro cardenal cuando me quitaron mi principado de Sedán; si me diese dominios equivalentes; si me abonase lo que ha dejado de rentarme aquella posesión desde que me privaron de ella hace ocho años; si concediesen a los miembros de mi casa el título de príncipes; si reintegrasen en su mando a mi hermano Turena, me retiraría al momento a mis tierras y dejaría a la corte y al Parlamento que se arreglaran como pudieran.

—Y tendríais mil razones, señor—dijo Athos.

—¿Eso pensáis, señor conde de la Fère?

—Sí, señor.

—¿Y vos, caballero de Herblay?

—Lo mismo.

—Pues sabed, señores, que según todas las probabilidades tomaré ese partido. La corte me está haciendo proposiciones, y sólo de mí depende el aceptarlas. Hasta ahora las había rechazado, pero ya que hombres de vuestro juicio dícenme que he hecho mal, y ya que esta maldita gota no me permite prestar ningún servicio a la causa parisiense, tengo a fe mía, tentaciones de seguir vuestro consejo y de tomar las proposiciones que me acaba de hacer el señor de Chatillon.

—Aceptadlas, príncipe, aceptadlas —dijo Aramis.

—Sí, ciertamente. Siento haberlas recibido con alguna frialdad esta noche; pero mañana hay conferencia, y veremos.

Ambos amigos saludaron al duque.

—Id con Dios, señores —les dijo éste—; id con Dios; debéis de estar cansados del viaje. ¡Pobre rey Carlos! En fin, en parte él ha tenido la culpa, y podemos

consolarnos con la idea de que en esta ocasión, nada tiene Francia que echarse en cara, y de que ha hecho cuanto ha podido por salvarle.

—¡Oh! —dijo Aramis—. De eso nosotros somos testigos. Particularmente el señor Mazarino.

—Vaya, celebro que habléis de él en esos términos. El cardenal es bueno en el fondo, y si no fuera extranjero... le harían justicia. ¡Ah! ¡Execrable gota!

Fuéronse Athos y Aramis: pero hasta la antesala les persiguieron los gritos de Bouillon; se conocía que el infeliz príncipe padecía los más acerbos dolores.

Al llegar a la puerta de la calle, preguntó Aramis a Athos.

—¿Qué opináis?

—¿De qué?

—Del señor de Bouillon.

—Amigo, me atengo a la canción de nuestro guía —replicó Athos.

De la gota se halla enfermo

el caballero Bouillon...

—Por eso habréis visto que no le he dicho una palabra del objeto que llevábamos —dijo Aramis.

—Y habéis procedido con discreción ahorrándole un ataque de gota. Vamos a casa de Beaufort.

Y entrambos amigos se dirigieron al palacio de Vendóme.

Cuando llegaron eran las diez.

No era menor la fuerza que guardaba el palacio de Vendóme ni presentaba éste aspecto menos guerrero que el de Bouillon. Tenía también centinelas, retén en el patio, armas y caballos cargados con todos sus arreos. Dos jinetes que salían al entrar Athos y Aramis tuvieron que dar un paso hacia atrás con sus cabalgaduras para dejarles libre el camino.

—Por Dios, señores —dijo Flamarens—, que ésta es resueltamente la noche de los encuentros. Gran desgracia sería no poder encontrarnos mañana una sola vez, cuando tantas nos hemos encontrado hoy.

—Así lo espero dijo Aramis.

—Y yo estoy seguro de ello —respondió el duque.

Continuaron su camino Flamarens y Chatillon, y en tanto Athos y Aramis se apearon.

No bien entregaron las riendas de los caballos a sus lacayos y se quitaron las capas, vieron venir a un hombre, quien, después de mirarles un momento a la dudosa claridad de una linterna colgada en el patio, dio un grito de sorpresa y arrojóse en sus brazos.

—¡Conde de la Fère! —exclamó—. ¡Caballero de Herblay! ¿De cuándo acá en París?

—¡Rochefort! —dijeron a la vez ambos amigos.

—El mismo. Ya sabréis que llegamos del Vendomois hace cuatro o cinco días, con buenos propósitos de dar que hacer a Mazarino. Creo que siempre seréis de aquéllos que están de nuestra parte.

—Más que nunca. ¿Y el duque?

—Rabiando contra el cardenal. ¿Sabéis los triunfos de nuestro querido duque? Es el verdadero rey de París: no puede salir sin riesgo de que lo sofoquen los abrazos de la muchedumbre.

—¿Sí? Tanto mejor —dijo Aramis——; pero decidme, ¿no acaban de salir de aquí Flamarens y Chatillon?

—Sí, el duque les ha dado audiencia; sin duda vendrán de parte de Mazarino; mas con buen pájaro han venido a tropezar.

—¿Y no podríamos tener el honor de ver a su alteza? —preguntó Athos.

—Ahora mismo. No ignoráis que para vos siempre está visible. Seguidme; reclamo el honor de presentaros.

Echó Rochefort delante, y a su paso y al de sus amigos se abrieron todas las puertas. Hallaron éstos al señor de Beaufort poniéndose a la mesa: las innumerables ocupaciones de aquel día habían retardado su cena hasta aquel momento, pero a pesar de lo grave de las circunstancias, al oír el príncipe los dos nombres que le anunció Rochefort, se levantó de la silla y salió con rapidez a recibir a nuestros amigos.

—¡Oh, caballeros! exclamó—. Sed bien venidos. Venís a cenar conmigo, ¿no es verdad? Boisjoli, avisad a Noirmont que tengo dos convidados. Ya os acordaréis de Noirmont, señores, mi cocinero, el sucesor del tío Marteau, que tan bien confecciona aquellos exquisitos pasteles... Boisjoli, que nos envíe uno, pero no como el que hizo para La-Ramée. Gracias a Dios, ya no necesitamos escalas, ni puñales, ni mordazas.

—Señor —dijo Athos—, no incomodéis por nosotros a vuestro ilustre cocinero, cuyos numerosos y variados talentos conocemos. Con permiso de Vuestra Alteza esta noche no aceptaremos otro honor que el de saber de su salud y recibir sus órdenes.

—Lo que es mi salud, ya la veis, excelente. Una salud que resiste a cinco años de Bastilla, con acompañamiento de Chavigny, es capaz de todo. En cuanto a mis órdenes, declaro a fe que me vería un poco apurado para dároslas, en atención a que cada uno da aquí las suyas por su lado, y lo que haré yo si sigue así, es no dar ninguna.

—¿Es cierto? —dijo Athos—. Pues yo creía que el Parlamento esperaba mucho de vuestra unión.

—¿De nuestra unión, eh? Buen camino lleva. Con el duque de Bouillon aún puede uno entenderse, porque está con gota y no sale de la cama; pero con el duque de Elbeuf y los elefantes de sus hijos... ¿Sabéis la copla del duque de Elbeuf, señores?

—No, señor.

—¿No?

Y el duque empezó a cantar una canción en que se ridiculizaba a Elbeuf y a sus hijos.

—Creo que con el coadjutor no sucederá lo mismo —repuso Athos.

—Con el coadjutor es peor todavía. Guárdeos Dios de un prelado *bulle—bulle, y* sobre todo, si lleva coraza sobre los hábitos. En vez de estarse quieto en su obispado cantando *Te-Deum* sobre *Te-Deum* por las victorias que no conseguimos o por las victorias en que nos vencen, ¿sabéis lo que hace?

—No lo sé.

—Forma un regimiento y le pone su nombre; el regimiento de Corinto. Nombra tenientes y capitanes ni más ni menos que a un mariscal de Francia, y coroneles como el monarca.

—Sí —dijo Aramis—; pero cuando se estén batiendo no saldrá de su arzobispado.

—No hay tal. Pues ahí está el error, amigo Herblay. Cuando se están batiendo, se bate, de manera que, como por la muerte de su tío, tomado también asiento en el Parlamento, en todas partes se encuentra uno con él; en el Parlamento, en el consejo, en el combate. El príncipe de Conti es general sólo en la apariencia, ¡y vaya una apariencia! ¡Un príncipe jorobado, que es lo mismo que decir un saco de castañas! ¡Ah! ¡Qué mal va esto, señores, qué mal va esto!

—De manera que Vuestra Alteza está descontento, monseñor —dijo Athos echando una ojeada a Aramis.

—¿Descontento, conde? Decid que mi alteza está encolerizada. Mirad, a tal punto he llegado, y esto os lo digo a vos aunque no se lo diría a ningún otro, a tal punto he llegado, que si me diera una satisfacción la reina, si levantase el destierro de mi madre, si me cediese la futura del almirantazgo que pertenece a mi padre, y que para cuando muera me ha ofrecido... entonces no tendría mucha dificultad en ponerme a adiestrar perros y enseñarles a decir que todavía hay en Francia ladrones más grandes que Mazarino.

No fue tan sólo una mirada, sino una mirada y una sonrisa la expresión que animó las facciones de Aramis y Athos; sin ver a Chatillon y Flamarens, hubieran conocido allí las huellas de su paso. Por consiguiente no pronunciaron una palabra acerca de la presencia de Mazarino en París.

—Monseñor —dijo Athos—, quedamos satisfechos. Al venir a estas horas a ver a Vuestra Alteza, sólo teníamos por objeto evidenciaros nuestra adhesión y deciros que estamos a disposición de Vuestra Alteza como sus más leales servidores.

—Como mis más leales amigos, señores, como mis más fieles compañeros: así me lo habéis probado, y si llego a arreglarme con la corte, ya veréis que yo también soy siempre amigo vuestro y de aquellos caballeros... ¿cómo los llamáis? ¿Artagnan y Porthan?

—Artagnan y Porthos.

—¡Ah! Sí, eso es. Conque ya lo sabéis, conde de la Fère, y vos también, caballero de Herblay. Siempre vuestro.

Inclináronse Athos y Aramis y salieron del cuarto.

—Vive Dios, querido Athos —dijo Aramis—, que creo que no habéis consentido en acompañarme más que para darme una lección.

—Todavía no es tiempo de que lo digáis —respondió Athos—; lo será cuando salgamos de ver al coadjutor.

—Vamos, pues, al arzobispado.

Y los dos se encaminaron a la Cité.

Al acercarse a ésta se hallaron nuevamente con la inundación, y tuvieron que tomar otra barca. Eran más de las once; mas el coadjutor no tenía hora fija para recibir, y su increíble actividad convertía, según lo exigían las circunstancias, la noche en día.

Alzábase el palacio del arzobispo sobre las aguas, y por el número de las barcas que a su alrededor estaban amarradas, cualquiera hubiera creído hallarse, no en París, sino en Venecia. Estas barcas iban, venían y cruzábanse en todas direcciones, entrando en el dédalo de calles de la ciudad, o alejándose en dirección del arsenal o muelle de San Víctor, flotando entonces como sobre un lago. Unas marchaban silenciosas y con misterio, otras con ruido e iluminadas. Deslizáronse los dos amigos por entre aquella muchedumbre de embarcaciones y llegaron a su destino.

Todo el piso bajo del palacio, permanecía lleno de agua, pero de las paredes pendían unas escaleras, y el único cambio que de la inundación había resultado, era que en vez de entrar por las puertas se entraba por las ventanas.

Por este camino llegaron Athos y Aramis a la antecámara del prelado, la cual se encontraba llena con los lacayos y hasta una docena de caballeros que estaban aguardando en la sala.

—Mirad, Athos, mirad —dijo Aramis—. ¿Si intentará ese fatuo de coadjutor darse el gusto de obligarnos a hacerle antesala?

Athos se sonrió.

—Querido amigo —le dijo—, es menester aceptar el trato de la gente con todos los inconvenientes de su posición. El coadjutor es en este momento uno de los siete u ocho reyes de París, y tiene también su corte.

—Sí —contestó Aramis—, pero nosotros no somos cortesanos.

—Por esta razón haremos que pasen recado, y si no nos responden como es debido, le dejaremos entregado a los asuntos de Francia o a los suyos. Busquemos un lacayo y con medio doblón que le demos...

—Justamente —interrumpió Aramis—, si no me engaño... si... no... Si tal... ¡Eh Bazin, venid acá, tunante!

Bazin, que en aquel momento atravesaba majestuosamente la antecámara en traje talar, se volvió frunciendo el ceño para mirar al insolente que de aquel modo le apostrofaba. Mas no bien reconoció a Aramis, el tigre se convirtió en cordero, y acercóse a los caballeros.

—¡Calle! —murmuró— sois vos, señor de Herblay, y vos, señor conde, cabalmente cuando en tanta inquietud nos tenía vuestra ausencia. ¡Oh, cuánto celebro veros, señores!

—Bien, maese Bazin —dijo Aramis—, basta de cumplimientos. Venimos a ver al señor coadjutor, pero tenemos prisa y necesitamos entrar en este instante.

—¿Quién lo duda? —dijo Bazin—. Ahora mismo: personas de vuestra clase no hacen antesalas. Pero el señor coadjutor está ahora en conferencia secreta con un tal Bury.

—¡Bury! —exclamaron a la vez Aramis y Athos.

—Sí, yo le he anunciado y recuerdo perfectamente su nombre. ¿Le conocéis? —repuso Bazin volviéndose a Aramis.

—Creo que sí.

—No puedo yo decir otro tanto —repuso Bazin—, porque iba tan embozado, que no obstante la atención con que le miré, me fue imposible atisbar la más mínima parte de su rostro. Pero entraré a anunciaros y acaso tendré ahora más fortuna.

—Es en vano —dijo Aramis—, renunciamos a ver al señor coadjutor por esta noche; ¿verdad, Athos?

—Como gustéis —respondió el conde.

—Sí, tiene muchos negocios que tratar con el buen Bury.

—¿Le diré que habéis estado en el arzobispado?

—No, no hay para qué —contestó Aramis—; venid Athos.

Y pasando entreambos amigos por entre la chusma de lacayos, salieron del arzobispado seguidos de Bazin, quien daba a conocer su importancia prodigándoles saludos.

—Vamos dijo Athos a Aramis luego que estuvieron en la barca—; ¿vais creyendo ahora que hubiésemos hecho una mala obra a esa gente prendiendo a Mazarino?

—Sois la sabiduría en carne humana, Athos —repuso Aramis.

Lo que más sorprendía a ambos amigos era la poca importancia que en la corte de Francia se concedía a los terribles acontecimientos de Inglaterra, que en su sentir debían haber llamado la atención de la Europa toda.

En efecto, excepto una pobre viuda y una huérfana real que lloraban en un rincón del Louvre, nadie daba muestras de saber que hubiese existido un monarca llamado Carlos I y que este rey hubiese muerto en un cadalso.

Se citaron los dos amigos para el otro día a las diez de la mañana, porque aunque ya estaba bastante adelantada la noche cuando llegaron a la posada, Aramis dijo que tenía que hacer algunas visitas de importancia y dejó a Athos que se recogiera solo.

A la hora convenida reuniéronse. Athos había estado fuera de la casa desde las seis de la madrugada.

—¿Traéis alguna noticia que darme? —preguntó el conde.

—Ninguna; nadie ha visto a Artagnan ni a Porthos. Y vos, ¿sabéis algo?

—Nada.

—¡Diablo! —murmuró Aramis.

—En efecto, ese retraso no es natural —dijo Athos—; tomaron el camino directo y debían haber llegado antes que nosotros.

—Mucho más —añadió Aramis—, siendo tan vivo Artagnan en todas sus cosas que no hubiera perdido una sola hora sabiendo que le esperábamos.

—Si mal no recuerdo, proponíase llegar el día cinco.

—Estamos a nueve. Esta noche expira el plazo.

—¿Qué haréis? —preguntó Athos—, si no sabemos de él esta tarde.

—¡Pardiez! Buscadle.

—Soy de la misma opinión —repuso Athos.

—Pero, ¿y Raúl? —preguntó Aramis.

Una ligera nube oscureció la frente del conde.

—Raúl me tiene muy impacientado —dijo—; ayer recibió un mensaje del príncipe de Condé, marchó a Saint-Cloud y aún no ha dado la vuelta.

—¿Habéis visto a la señora de Chevreuse?

—No se hallaba en casa. ¿Y vos Aramis? Creo que debías visitar a la señora de Longueville.

—He ido en efecto pero...

—¿Qué?

—Tampoco estaba, pero por lo menos ha dejado las señas de su nueva residencia.

—¿Y cuál es?

—A ver si lo acertáis.

—¿Cómo queréis que adivine dónde estaba a media noche, porque supongo que al separaros de mí iríais a visitarla, cómo queréis que yo sepa adónde estaba a medianoche la más hermosa y activa de todas las frondistas?

—En las casas consistoriales.

—¡Cómo! ¿La han nombrado preboste de los mercaderes?

—No; mas ella se ha nombrado reina interina de París, y no atreviéndose a meterse de rondón en el palacio real o en las Tullerías, se ha instalado en la casa de la ciudad, donde se halla muy próxima a dar un heredero o una heredera al buen duque.

—No me habíais participado de eso, Aramis.

—¿No? Habrá sido un olvido; disimulad.

—¿Y qué vamos a hacer esta noche? —preguntó Athos—. Muy desocupados estamos.

—No tal, tenemos mucho que hacer.

—¿Dónde?

—¡En Charenton, pardiez! Pienso reunirme allí, si no falta a su promesa, con un tal Chatillon, persona a quien odio ha largo tiempo.

—¿Y por qué?

—Porque era hermano de un tal Coligny.

—¡Ah! Es verdad, ya no me acordaba... el que aspiró al honor de ser vuestro rival; pero sobradamente pagó su audacia, amigo, y me parece que debierais estar satisfecho.

—Ya, pero ¿qué queréis? no lo estoy. Soy rencoroso. Pero en ninguna manera estáis obligado a seguirme.

—¡Buena es ésa! —dijo Athos—. ¿Os chanceáis?

—Pues si queréis acompañarme, no tenemos tiempo que perder. Ya han sonado los tambores; he visto sacar las piezas de artillería; he visto a los ciudadanos formarse en batalla en la plaza; es seguro que van a batirse a la parte de Charenton, como ayer nos dijo mi adversario.

—Yo creía —repuso Athos—, que las conferencias de esta noche hubieran modificado algo esas belicosas disposiciones.

—No por eso dejarán de batirse, aunque no sea más que por disimular mejor las conferencias.

—¡Desgraciada gente! —dijo Athos—. Se dejarán matar porque Bouillon recobre a Sedán, porque den a Beaufort la futura del almirantazgo y porque el coadjutor sea cardenal.

—Vamos, amigo —dijo Aramis—, confesad que no seríais tan filósofo, si no anduviera Raúl complicado en toda esa barahúnda. —Puede que tengáis razón, Aramis.

—Ea, partamos al sitio del combate; es el modo más seguro de encontrar a Artagnan, a Porthos, y acaso al mismo Raúl.

—¡Ah! —murmuró Athos.

—Querido —repuso Aramis—, ahora que estamos en París, es necesario que perdáis esa costumbre de suspirar a cada paso. ¡Al campo, voto a bríos, al campo, Athos! ¿Ya no sois militar? ¿Os habéis vuelto eclesiástico acaso? Mirad qué tiesos van esos paisanos. ¿Es espectáculo tentador, eh? ¿Y ese capitán? Casi, casi tiene aire marcial.

—Salen de la calle del Mouton.

—Con su banda de tambores a la cabeza como soldados reales. Pero reparad en ese buen hombre; ¡cómo se pavonea, qué tono se da!

—¡Uf! —murmuró Grimaud.

—¿Qué es eso? —preguntó Athos.

—¡Planchet!

—Teniente ayer —dijo Aramis—, hoy capitán, y mañana coronel seguramente; si pasan ocho días, es capaz el uno de llegar a mariscal de Francia.

—Vamos a saber de él algunas noticias —dijo Athos.

Y los dos amigos acercáronse a Planchet, el cual, más satisfecho que nunca de que lo vieran de servicio, se dignó manifestarles que tenía orden de tomar posición en la Plaza Real con doscientos hombres de que se componía la retaguardia general del ejército parisiense, y de dirigirse a Charenton cuanto fuese menester.

Como Athos y Aramis seguían el mismo camino, escoltaron a Planchet hasta la plaza.

Hizo Planchet maniobrar con bastante destreza a su gente, y la escalonó detrás de una larga fila de paisanos que se extendía por la calle y arrabal de San Antonio, esperando la señal de combate.

—Empeñada acción se prepara —dijo Planchet con belicoso tono y dándose importancia.

—Sí —contestó Aramis—; pero el enemigo está algo lejos.

—Ya se estrecharán las distancias, caballero —respondió un cabo. Saludó Aramis, y dirigiéndose a Athos:

—No me hace mucha gracia —le dijo—, acampar en la Plaza Real entre esa gente; ¿queréis que sigamos adelante?

—¿Y Chatillon no vendría a buscaros aquí, eh? Vamos adelante, querido.

—¿Qué, no pensáis decir también dos palabras a Flamarens?

—He resuelto —respondió Athos— no volver a desenvainar la espada si no cuando me vea absolutamente obligado a ello.

—¿Y de cuándo acá? —Desde que saqué el puñal.

—¡Vaya, otro recuerdo de Mordaunt! No falta más sino que también sintáis remordimiento por haber matado a ése...

—¡Chitón! —dijo el conde, poniéndose un dedo sobre los labios con la melancólica sonrisa que le era peculiar—, no hablemos de Mordaunt, es de mal agüero.

Y Athos se encaminó a Charenton, pasando por el arrabal y por el valle de Fecamp, preñado de ciudadanos armados.

Ocioso es decir que Aramis le seguía a distancia de medio cuerpo de caballo.

LXXXII.— LA ACCIÓN DE CHARENTON

Mientras que avanzaban Athos y Aramis, dejando detrás los diferentes cuerpos de ejército escalonados en el camino veían trocadas en bruñidas corazas las armas tomadas de orín y en resplandecientes mosquetes las mal cuidadas partesanas.

—Parece que éste es el verdadero campo de batalla —dijo Aramis— ¿Veis ese cuerpo de caballería que permanece delante del puente con pistola en mano? ¡Oh! Apartaos, aquí vienen cañones.

—¿Qué es esto, amigo? ¿Adónde nos habéis traído? Me parece que todos los que nos rodean son oficiales del ejército realista. ¿No es el señor de Chatillon en persona ése que se acerca con dos jefes de brigada?

Y Athos desenvainó la espada, en tanto que Aramis, persuadido, en efecto, de que había rebasado las avanzadas del ejército parisién, llevaba la mano a las pistoleras.

—Buenos días, señores dijo el duque aproximándose—. Conozco que no comprendéis lo que aquí pasa, pero todo os lo explicaré en dos palabras. Por ahora tenemos treguas: hay conferencia. El príncipe de Condé, Retz, Beaufort y Bouillon se hallan hablando juntos de política. Ahora bien, una de dos: o no se arreglan los negocios, y entonces podrá realizarse nuestro encuentro, o se arreglan, y libre yo del mando que ejerzo, podrá realizarse igualmente.

—Bien dicho, caballero —respondió Aramis—. Permitidme que os haga una pregunta.

—Hacedla.

—¿Dónde se encuentran los plenipotenciarios?

—En el mismo Charenton: en la segunda casa a la derecha conforme se entra por el camino de París.

—¿Y no se había previsto tal conferencia?

—No, señores. Es resultado, según parece, de las recientes proposiciones que por orden del señor Mazarino se hicieron anoche a los parisienses.

Miráronse Athos y Aramis riéndose, porque mejor que nadie sabían cuáles eran las proposiciones, a quién se habían dirigido y quién las había hecho.

—Y la casa en que están los plenipotenciarios —preguntó Athos—, ¿a quién pertenece?

—Al señor de Chanleu, que manda vuestras tropas en Charenton; digo vuestras tropas, porque os considero frondistas.

—Poco menos —respondió Aramis.

—¿Cómo poco menos?

—Sí, por cierto, caballero; no ignoráis que en estos tiempos nadie puede decir lo que es.

—Somos del partido del rey y de los príncipes —añadió Athos.

—Entendámonos —repuso Chatillon—; el monarca está con nosotros y tiene por generalísimos al señor de Orleáns y al señor de Condé.

—Sí —respondió Athos—; mas debía estar en nuestras filas con los señores de Conti, de Beaufort, de Elbeuf y de Bouillon.

—Podrá ser —dijo Chatillon—; ya se sabe que a mí no me inspira muchas simpatías Mazarino; mis intereses se hallan en París; tengo pendiente en la capital un proceso de que depende toda mi fortuna, y aquí donde me veis, vengo de consultar a mi letrado.

—¿En París?

—No, en Charenton, ya le conoceréis de nombre; es Violé, hombre excelente, algo tozudo, pero que nada tiene que ver con el Parlamento. Pensé verle anoche, y nuestro encuentro no me dejó tiempo que dedicar a mis negocios. Y como de un modo o de otro es menester que éstos se arreglen, aprovecho la tregua y vengo del campamento frondista.

—¿Da el señor Violé sus consultas al aire libre? —dijo Aramis riéndose.

—Sí, señor, y a caballo. También hoy manda quinientos carabineros, y yo, por honrarle, le visito acompañado de esas dos piececitas de artillería, a cuya cabeza os ha admirado el verme. Debo confesar que me costó trabajo conocerle; sobre la toga ceñida lleva un espadón y trae dos pistolas al cinto, lo cual le da un aspecto tan formidable, que seguramente pasaríais un buen rato si le vierais.

—Si tan digno es de curiosidad, pudiera uno tomarse la molestia de buscarle ––dijo Aramis.

—En caso de hacerlo, daos prisa, caballeros, pues ya no pueden durar mucho las conferencias.

—Y si se rompen sin resultado —dijo Athos—, ¿intentaréis tomar a Charenton?

—Tal es la orden; yo mando las tropas de ataque y haré lo posible por lograrlo.

—Caballero dijo Athos—, puesto que mandáis la caballería...

—Perdonad, ejerzo el mando en jefe.

—Tanto mejor. Debéis conocer a todos los oficiales que dependen de vos; es decir, a los más distinguidos.

—Sí, por cierto, con cortas excepciones.

—Tened, pues, la bondad de decirme si está a vuestras órdenes el señor de Artagnan, teniente de mosqueteros.

—No, señor, no está con nosotros; más de seis semanas ha que salió de París, y según dicen, se encuentra en Inglaterra desempeñando una misión.

—Eso ya lo sabía yo, pero sin embargo suponía que hubiese vuelto.

—No he recibido noticia de que nadie le haya visto. Os lo puedo asegurar con tanto más fundamento, cuanto que los mosqueteros están de nuestra parte y el señor de Cambou es quien desempeña interinamente el empleo del caballero Artagnan.

Los dos amigos se miraron.

—Ya lo veis —dijo Athos.

—¡Cosa extraña! —murmuró Aramis.

—No hay duda que les ha sucedido alguna desgracia en el camino.

—Estamos a nueve y esta noche expira el plazo. Si para entonces no recibimos noticias, partiremos mañana.

Athos movió afirmativamente la cabeza, y volviéndose hacia Chatillon:

—¿Y el señor de Bragelonne, joven de quince años, que sigue al señor príncipe de Condé —preguntó un poco turbado al expresar delante del escéptico

Aramis su paternal inquietud—, tiene el honor de que le conozcáis, señor duque?

—Sí, ciertamente —respondió Chatillon—: esta mañana llegó con el señor príncipe. ¡Bellísimo joven! ¿Es amigo vuestro, señor conde?

—Sí, señor —contestó Athos con cierta emoción—, y tanto que celebraría mucho el verle. ¿Sería posible?

—Nada más fácil. Tened la bondad de acompañarme y os conduciré al cuartel general.

—¡Pardiez! —dijo Aramis volviéndose—. Gran ruido se alza a nuestras espaldas.

—En efecto, viene hacia nosotros un cuerpo de caballería —murmuró Chatillon.

—Por su sombrero a la fronda reconozco al coadjutor.

—Y yo a Beaufort por sus plumas blancas.

—Viene a galope tendido. Les acompaña el señor príncipe de Condé. ¡Oh! Ahora se separan.

—Tocan llamada —repuso Chatillon—. ¿Oís? Bueno será tomar informes.

En efecto, los soldados corrían a las armas, los caballeros que estaban a pie montaban a caballo, sonaban las trompetas y tambores. Beaufort sacó la espada.

El príncipe de Condé hizo una seña y los oficiales del ejército realista, confundidos momentáneamente con las tropas parisienses, corrieron hacia él.

—Señores —dijo Chatillon—, es indudable que se han roto las treguas y que nos vamos a batir. Volved, pues, a Charenton; dentro de poco me propongo atacarle. Ya me da el príncipe la señal.

En efecto, un alférez elevó tres veces en el aire la enseña del príncipe de Condé.

—Hasta la vista, caballero —dijo Chatillon.

Y partió al galope a fin de reunirse con su escolta.

Athos y Áramis volvieron igualmente grupas y marcharon a saludar al coadjutor y a Beaufort. A Bouillon habíale dado al concluir la conferencia un ataque tan terrible de gota, que fue menester llevarle a París en litera.

En cambio el duque de Elbeuf, rodeado de sus cuatro hijos como de un estado mayor, revistaba las filas del ejército parisiense. Entretanto iba quedando entre Charenton y el ejército real un ancho espacio en blanco, que parecía destinado a servir de último lecho a los cadáveres.

—Ese Mazarino es la vergüenza de Francia —ordenaba el coadjutor, apretándose el cinturón de la espada, que según la usanza de los antiguos prelados militares, llevaba puesto sobre el traje arzobispal—; es un bergante, que desea gobernar a Francia como a una alquería, y Francia no puede esperar tranquilidad ni dicha hasta verle fuera de su seno.

—Parece que no están de acuerdo en cuanto al capelo —observó maliciosamente Aramis.

En el mismo momento alzó Beaufort su espada.

—Señores —dijo—, hemos malgastado el tiempo en diplomacias; queríamos sacudirnos de ese incapaz de Mazarino, pero la reina, que está embobada con él, persiste en que ha de ser ministro; pues no hay más remedio que sacudirle el polvo.

—¡Bravo! —dijo el coadjutor—; otra muestra de la usual elocuencia del señor de Beaufort.

—Por fortuna —observó Aramis—, corrige sus errores de francés con la punta de la espada.

—¡Psit! —dijo el coadjutor con desprecio—; os afirmo que en toda esta guerra ha andado bien flojo.

Y sacando igualmente la espada, añadió:

—Señores, ya viene a buscarnos el enemigo; confío en que le ahorraremos la mitad del camino.

Y echó a andar, sin cuidarse de si le seguían o no. Su regimiento, bautizado con el título de regimiento de Corinto, nombre de su arzobispo, rompió la marcha en pos de él y dio principio la acción.

Beaufort envió en tanto su caballería al mando de Noirmontiers hacia Etampes, donde creía hallar un convoy de provisiones, aguardado con impaciencia por los parisienses, y cuya marcha se proponía sostener. El comandante de la plaza, Chanleu, permanecía con el grueso de sus tropas dispuesto a resistir el asalto, y aún a hacer una salida, acaso de que fuera rechazado el enemigo.

Media hora después hablase generalizado el combate. Exasperado el coadjutor con la reputación de valiente que alcanzara Beaufort, se había adelantado y hacía por sí solo prodigios de valor. Sabido es que su vocación le inclinaba a las armas, y se conceptuaba dichoso siempre que podía desenvainar la espada, por cualquier motivo que fuera. Pero si en aquella ocasión desempeñó bien su oficio de soldado, no anduvo muy diestro en el de coronel. Con sólo setecientos u ochocientos hombres cayó sobre tres mil, quienes se pusieron en movimiento y arrollaron a los soldados del coadjutor, que retrocedieron desordenadamente hasta las murallas. El fuego de la artillería de Chanleu contuvo al ejército realista, el cual vaciló por algunos instantes. Fueron éstos, sin embargo, muy cortos, y las fuerzas enemigas se retiraron detrás de un grupo de casas y de un bosquecillo para rehacerse.

Creyó Chanleu que había llegado el momento, y se lanzó a la cabeza de dos regimientos en persecución del ejército realista; mas como ya hemos dicho, éste se había reorganizado y volvía a la carga, guiado por Chantillon en persona. Tan hábil fue la evolución, que Chanleu y su gente se vieron casi rodeados. Mandó el jefe frondista tocar retirada, y en efecto, ésta empezó a verificarse palmo a palmo. Por desgracia, Chanleu cayó gravemente herido un instante después.

Viéndole caer Chatillon, anunció en voz alta su muerte, con lo cual se duplicó el valor del ejército realista y se desmoralizaron completamente los dos regimientos que habían seguido a Chanleu. Por lo tanto, nadie pensó más que en

salvarse y en llegar a las trincheras, a cuyo pie estaba haciendo el coadjutor inútiles esfuerzos para reformar su acuchillado regimiento.

De pronto salió un escuadrón de caballería a contener a los vencedores que iban ya a entrar en las trincheras confundidos con los fugitivos. Cargaban a la cabeza Athos y Aramis; Aramis con la espada y una pistola en la mano. Athos con la espada envainada y las pistolas en el arzón. Marchaba el segundo tranquilo y frío, cual si estuviera en una parada; pero sus nobles y hermosos ojos miraban tristemente a tantos hombres degollarse mutuamente, sacrificados los unos por la terquedad real, y los otros por el odio de los príncipes. Aramis, por el contrario, mataba y perdía poco a poco la cabeza según su costumbre. Brillaban sus expresivos ojos; su boca, de tan delicado corte, animábase con una lúgubre sonrisa, su dilatada nariz aspiraba el olor de la sangre; no descargaba golpe que no diese exactamente donde quería, y con la culata de la pistola remataba y aturdía al herido que pretendía levantarse.

A la parte opuesta, y en la primera fila del ejército realista marchaban dos caballeros, defendido el uno por una coraza, y el otro tan sólo por una piel de búfalo, que daba salida a las mangas de un justillo de terciopelo azul. El caballero de la dorada coraza cayó sobre Aramis, y le asestó una estocada que paró el ex mosquetero con su habitual destreza.

—¡Hola! ¿Sois vos, señor Chatillon? —exclamó éste—; bien venido, ya os esperaba.

—No creo haberos hecho aguardar mucho —contestó el duque—, y en todo caso aquí me tenéis.

—Chatillon —dijo Aramis sacando del arzón una pistola que tenía reservada para aquel lance—, creo que si está descargada vuestra pistola sois hombre muerto.

—No lo está a Dios gracias, caballero —dijo Chatillon.

Y apuntando con ella a Aramis, hizo fuego. Mas éste bajó la cabeza en el momento en que vio al duque poner el dedo en el gatillo, y la bala pasó por encima.

—¡Oh, no me habéis acertado! —dijo Aramis—. Prometo a Dios que yo no he de imitaros.

—Si os queda tiempo —dijo Chatillon espoleando a su caballo y arrojándose sobre él espada en mano.

Aguardábale Aramis con la terrible sonrisa que le era peculiar en tales casos, y Athos, que veía a Chatillon avanzar con la rapidez del rayo, iba a abrir la boca para gritar: « ¡Tirad, tirad pronto! », cuando salió el tiro. Chatillon abrió los brazos y dejóse caer sobre la grupa del caballo.

Le había entrado la bala en el pecho por el costado de la coraza.

—¡Muerto soy! —exclamó el duque.

Y cayó del caballo al suelo.

—Os lo había dicho, caballero, y ahora siento haber cumplido tan bien mi palabra. ¿Puedo serviros en algo?

Llamábale Chatillon por señas, y Aramis iba a apearse, cuando recibió en el costado un violento golpe dado con la espada; la coraza aminoró su fuerza.

Volvióse con viveza y cogió por la muñeca a su nuevo antagonista. Entonces sonaron dos gritos a la par, lanzado el uno por el mismo Aramis, y el otro por Athos.

—¡Raúl!

Conociendo el joven a un tiempo el semblante del caballero Herblay y la voz de su padre, soltó la espada. Varios combatientes del ejército parisiense se arrojaron en aquel instante sobre Raúl, pero Aramis le defendió gritando:

—Es mi prisionero, marchad adelante.

Entretanto cogió Athos por la rienda el caballo de su hijo y le condujo fuera del lugar del combate.

El príncipe de Condé, que sostenía a Chatillon en segunda línea, se preséntó entonces en la pelea; viéronle brillar sus ojos de águila, y por los golpes que descargaba conocióse su presencia.

El regimiento del arzobispo de Corinto, que no había podido reorganizar el coadjutor no obstante sus esfuerzos, se arrojó al ver al príncipe, en medio de las tropas parisienses, atropelló cuanto se le oponía y volvió fugitivo a Charenton, cuyo pueblo atravesó sin pararse. Sorprendido el coadjutor en el movimiento, pasó junto al grupo que formaban Athos, Aramis y Raúl.

—¡Ja! ¡Ja! —dijo Aramis alegrándose, por un impulso de celos, de aquel revés del coadjutor—; a fuer de arzobispo, debéis conocer la Escritura, señor.

—¿Y qué tiene que ver la Escritura con lo que me pasa ahora? —preguntó el coadjutor.

—Que el príncipe de Condé os trata hoy como San Pablo: la primera a los corintios.

—Vamos —dijo Athos—, el dicho es agudo, pero no es sitio de andarse en juegos de palabras. Sigamos adelante, o por mejor decir, volvamos atrás porque los frondistas llevan traza de perder la batalla.

—Me es indiferente —contestó Aramis—; sólo venía a batirme con Chatillon, lo he conseguido, y estoy satisfecho. ¡Un duelo con un Chatillon es cosa muy grata!

—Con un prisionero además —dijo Athos señalando a Raúl. Y los tres caballeros continuaron su camino a galope.

Nuestro joven estaba loco de alegría por haber encontrado a su padre, y marchaba junto a éste, asidos los dos de las manos.

Luego que se hallaron lejos del campamento, le preguntó Athos:

—¿Por qué os adelantasteis tanto en la línea de batalla, amigo mío? No creo que fuese aquel vuestro sitio, yendo tan mal armado.

—Es verdad; hoy no debía batirme. Me habían confiado una misión para el cardenal y me dirigía a Rueil, dando al ver cargar a Chatillon, me dieron tentaciones de pelear a su lado. Entonces me dijo que me buscaban dos señores del ejército parisiense y me nombró al conde de la Fère.

—¡Cómo! ¿Sabíais que estábamos aquí y queríais matar a vuestro amigo el caballero?

—Con la armadura no le conocí —dijo Raúl turbándose—, pero hubiera debido conocerle por su destreza y serenidad.

—Gracias por el cumplido, amiguito —respondió Aramis—: bien se nota de quién habéis tomado lecciones de cortesanía. Pero ¿decís que ibais a Rueil?

—Sí.

—¿A visitar al cardenal?

—Justamente. Soy portador de un pliego del príncipe de Condé para Su Eminencia.

—Es menester que le llevéis —dijo Athos.

—¡Oh! Poco a poco; no entendáis mal la generosidad, conde. ¡Qué diantre! Nuestra suerte, y lo que es más importante, la de nuestros amigos, depende tal vez de este pliego.

—Pero no es justo que este joven falte a su deber —dijo Athos.

—Tened presente, conde, que este joven está prisionero, y que las acciones de esta índole son de buena guerra. Además, los vencidos no deben pararse mucho en la elección de medios. Dadnos ese pliego Raúl. Raúl miró vacilante a Athos, cual si buscara en sus ojos la norma de su conducta.

—Entregadle el pliego, Raúl —dijo Athos—; sois prisionero del señor de Herblay.

Cedió Raúl con alguna repugnancia, y Aramis, menos escrupuloso que el conde de la Fère, tomó con afán el pliego, le recorrió con la vista, y dándoselo a Athos, dijo:

—Vos que sois creyente, leed, reflexionad, y deducid de esa carta una importante circunstancia que Dios nos revela.

Tomó Athos la carta frunciendo sus bien perfiladas cejas; mas la idea de que en ella se trataba de Artagnan, le movió a vencer el disgusto que el leerla le causaba.

La carta decía lo siguiente:

«Monseñor: Esta tarde enviaré a Vuestra Eminencia los'diez hombres que me pide para reforzar la tropa de Comminges. Son buenos soldados y muy a propósito para guardar a los dos indómitos enemigos, cuya destreza y resolución teme Vuestra *Eminencia.»*

—¡Oh! —exclamó Athos.

—Vamos —preguntó Aramis—, ¿qué decís de los dos enemigos que necesitan que los guarden diez soldados, además de la tropa de Comminges? ¿No se parecen como dos gotas de agua a Artagnan y Porthos?

—Pasaremos el día haciendo pesquisas en París —contestó Athos—, y si esta noche no tenemos noticias, emprenderemos la marcha, camino de Picardía. De la imaginación de Artagnan es de suponer que no tardemos mucho en hallar indicaciones que desvanezcan nuestras dudas.

—Sí, busquemos en París y tomemos informes, especialmente de Planchet, por si ha oído hablar de su antiguo amo.

—¡Pobre Planchet! Dais por supuesto el verle, Aramis, cuando sin duda habrá perecido. Es más que probable que hayan salido al campo todos estos belicosos ciudadanos, y que sus contrarios hayan hecho en ellos la más horrible carnicería.

Como esta suposición llevaba visos de ser verdadera, nuestros amigos entraron con bastante inquietud en París por la puerta del Temple y se dirigieron a la Plaza Real, donde pensaban tener noticias de la pobre tropa urbana. Mas grande fue su asombro al encontrársela bebiendo y chanceándose con su capitán, siempre acampada en la plaza, ínterin sus familias, que oían los cañonazos de Charenton y creían que se hallasen los paisanos en la pelea, los daban por muertos.

Athos y Aramis preguntaron de nuevo a Planchet por su amo, pero nada sabía de Artagnan. Desearon llevársele, mas él les declaró que no podía abandonar su puesto sin orden superior.

Hasta las cinco de la tarde no se retiraron y entonces entraron en sus casas diciendo que regresaban de la batalla, aunque no habían perdido de vista el caballo de bronce de Luis XIII:

—¡Mala bomba! —exclamó Planchet al entrar en su tienda de la calle de Lombardos—; bien nos han sentado las costuras. ¡Jamás olvidaré esta derrota!...

LXXXIII.— EL CAMINO DE PICARDÍA

Bien sabían Athos y Aramis que así que pusieran el pie fuera de Paris, a la seguridad que en él disfrutaban acontecerían los mayores peligros; pero ya saben nuestros lectores cuán poco cosa era una cuestión de peligro para hombres de su temple. Conocían además que se acercaba el desenlace de aquella segunda Odisea, y que sólo faltaba un golpe para poner fin a la obra.

Por lo demás, ni el mismo París se hallaba tranquilo: empezaban a escasear los víveres, y cuando un general de Conti deseaba acrecentar su influencia, promovía un pequeño motín, le tranquilizaba y adquiría por algunos momentos cierta superioridad sobre sus colegas.

En uno de esos motines había mandado Beaufort saquear la casa y biblioteca de Mazarino, a fin de dar, según dijo, algo que roer al pobre pueblo.

Athos y Aramis salieron de París, cuando se verificaba este golpe de Estado, que se verificó la misma tarde del día en que fueron batidos los parisienses en Charenton.

Ambos dejaron a París entregado a la indigencia, muy próximo al hambre, agitado por el temor y desgarrado por las facciones. Parisienses y frondistas esperaban encontrar en el campamento enemigo la misma miseria, los mismos temores y las mismas intrigas. Grande fue, por consiguiente, su sorpresa, cuando al pasar por San Dionisio supieron que en San Germán no se hacía otra cosa que reír, cantar y vivir muy alegremente.

Los dos caballeros encaminándose por sendas extraviadas para no caer al principio en manos de los partidarios de Mazarino, diseminados por la isla de

Francia, y luego en las de los frondistas que ocupaban la Normandía, y que no hubiesen dejado de conducirlos a presencia de Longueville, a fin de que éste los conociera, bien por amigos, bien por enemigos. Luego que se vieron libres de estos peligros, entraron en el camino de Boulogne a Abbeville y le siguieron paso a paso.

Algún tiempo, sin embargo, estuvieron indecisos; ya habían visitado dos o tres posadas, e interrogado dos o tres posaderos, sin que un solo indicio diera luz a sus dudas o los guiase en sus investigaciones, cuando en Montreuil advirtió Athos que la mesa de la posada tenía cierta cosa áspera al contacto de sus delicados dedos. Levantó el mantel y leyó estos jeroglíficos profundamente grabados en la madera con un cuchillo:

Por... —Art... —2 febrero.

—Muy bien —dijo Athos, enseñando la inscripción a Aramis—; pensábamos dormir aquí pero es inútil; vámonos más lejos.

Montaron otra vez a caballo y llegaron a Abbeville, donde se detuvieron perplejos por la multitud de sus hosterías, pues ni era posible visitarlas todas, ni adivinar en cuál hubieran parado las personas que buscaban.

—Creedme, Athos —dijo Aramis—, no penséis hablar nada en Abbeville. Por el mismo apuro en que nos vemos habrán pasado también nuestros compañeros. Si Porthos viniera solo, es claro que hubiera ido a alojarse a la fonda de la Ostentación, y sólo con preguntar las señas de ésta tendríamos seguridad de hallar huellas de su paso. Pero Artagnan es inflexible; aunque le haya hecho presente Porthos que se moría de hambre, habrá proseguido adelante, inexorable como el destino. Busquémosle por otro sitio.

Continuaron, pues, su camino; pero sin, encontrar nada. Trabajo penoso, y sobre todo pesado, habían tomado a su cargo Athos y Aramis, y sin el triple móvil del honor, de la amistad y del reconocimiento, encrustado en su alma, mil veces hubieran renunciado a examinar la arena, a interrogar a los transeúntes, a comentar toda seña, a espiar todo semblante.

Así anduvieron hasta Perona.

Athos empezaba a perder la esperanza; cediendo a su noble e interesante carácter, se echaba la culpa de la oscuridad en que él y Aramis se hallaban: sin duda no habían buscado bien; sin duda no habían tenido en sus preguntas toda la perspicacia; ni en sus investigaciones toda la persistencia precisa. Iban ya a volver atrás, cuando al atravesar el arrabal que conducía a las puertas de la ciudad, vio Athos en una tapia blanca y en la esquina de una calle que extendíase alrededor de la muralla, un dibujo hecho con piedra negra, que representaba con toda la sencillez de los primeros ensayos del lápiz de un niño, a dos jinetes galopando desesperadamente; uno de ellos llevaba en la mano un tarjetón en que se leían escritas en español estas palabras: «Nos siguen.»

—¡Oh! —exclamó Athos—, esto es evidente como la luz del día. Aunque perseguido, Artagnan se ha parado aquí cinco minutos, prueba de que no le seguirían muy de cerca. Ta vez haya logrado escapar. Aramis movió la cabeza.

—Si se hubiese escapado ya le hubiéramos visto, u oído cuando menos hablar de él.

—Es verdad, Aramis; continuemos.

Pintar la inquietud y la impaciencia de los dos caballeros sería imposible. La inquietud era peculiar al tierno y amante corazón de Athos, la impaciencia al ánimo nervioso e irritable de Aramis. Los dos galoparon por espacio de tres o cuatro horas con el frenesí de los dos caballeros de la tapia. De pronto hallaron el camino casi enteramente cortado por una enorme piedra colocada en un estrecho paso entre dos eminencias. Estaba marcado su primitivo lugar en una de éstas, y la especie de alveolo que de resultas de la extracción quedaba en hueco probaba que la piedra no podía haber rodado sola abajo, mientras que su peso demostraba que para moverla había sido necesario el brazo de un Encelado o de un Briareo.

Aramis se paró.

—¡Oh! —murmuró mirando la piedra—. O Ayax, Telamon o Porthos, han andado aquí. Apeémonos y examinemos ese peñasco. Entrambos se apearon. Era evidente que la piedra había sido colocada allí con el fin de cortar el paso a la gente de caballería. Se conocía que la habían puesto a lo ancho del camino y que encontrando luego aquel obstáculo los que detrás iban, le habían separado.

Examinaron los dos amigos la piedra por todas las partes expuestas a la luz, pero no presentaba nada de particular. Entonces llamaron a Blasois y a Grimaud, y entre los cuatro lograron volver del otro lado el peñasco. En la parte que tocaba a la tierra estaba escrito lo siguiente:

«Nos persiguen soldados de caballería ligera. Si llegamos hasta Compiegne, nos pararemos en el *Pavo real coronado:* el hostelero es amigo.»

—Esto ya es positivo —dijo Athos—, y en todo caso sabemos a qué atenernos. Vamos, pues, al Pavo *real coronado.*

—Sí —dijo Aramis—, pero para llegar es preciso que demos algún respiro a los caballos, que casi están en las boqueadas.

Tenía razón Aramis. Nuestros hombres se pararon en el primer ventorrillo; mandaron dar a cada caballo dos raciones de avena empapada en vino, los dejaron descansar tres horas y echaron nuevamente a andar. También ellos iban fatigados, pero los sostenía la esperanza.

Seis horas después entraban Athos y Aramis en Compiegne y preguntaron por el *Pavo real coronado.* Enseñáronles una muestra que representaba al dios Pan con una corona en la cabeza.

Echaron pie a tierra sin hacer alto en las pretensiones de la muestra, que en cualquier otra ocasión hubiera criticado mucho Aramis. El hostelero era un buen hombre, calvo y barrigudo como una figura chinesca; al preguntarle si tuvo alojada a alguna persona que fuese huyendo de una tropa de caballería, se dirigió sin decir palabra a un cofre y sacó la mitad de la hoja de una espada.

—¿Conocéis esto? —dijo.

Athos no necesitó echar más que una ojeada al acero para decir:

—Sí; es la espada de Artagnan.

—¿Del alto o del bajo? —preguntó el patrón.

—Del bajo —contestó Athos.

—Ya veo que sois amigos de esos señores.

—Decidnos, pues, qué les ha sucedido.

—Que entraron en el corral con caballos casi muertos y antes de que tuviesen tiempo para cerrar la puerta se colaron tras ellos ocho soldados de caballería ligera que los iban persiguiendo.

—¡Ocho! —dijo Aramis—. Mucho me asombra que dos valientes del temple de Artagnan y Porthos, se hayan dejado prender por ocho hombres.

—Tenéis razón, y no lo hubieran éstos logrado si no hubiesen reclutado en la población otros veinte del regimiento real italiano que guarnece la ciudad; de manera que vuestros dos amigos han tenido que sucumbir literalmente al número.

—¿De modo que los han apresado? —dijo Athos—. ¿Y se sabe por qué?

—No, señor, se los llevaron inmediatamente y no tuvieron tiempo para decirme una sola palabra; pero luego que se fueron, encontré este pedazo de espada en el campo de batalla al ayudar a recoger dos muertos y unos seis heridos.

—¿Y ellos —preguntó Aramis—, recibieron algún golpe?

—Me parece que no, caballero.

—Siempre es un consuelo —repuso Aramis.

—¿Sabéis adónde los han conducido? —preguntó Athos.

—Hacia Louvres.

—Dejemos aquí a Blasois y a Grimaud a fin de que mañana se vuelvan a París con los caballos, que hoy nos dejarían plantados en el camino, y tomemos la posta.

—Tomemos la posta —repitió Aramis.

Mientras tanto iban a buscar los caballos, nuestros amigos comieron apresuradamente, pues se proponían no pararse en Louvres si encontraban allí nuevos datos.

Llegaron a Louvres, donde sólo había una posada en que se servía un licor que ha conservado su reputación hasta nuestros días, y que ya se fabricaba en aquel tiempo.

—Detengámonos aquí dijo Athos—: Artagnan no habrá dejado pasar esta ocasión, no de beber, sino de suministrarnos un indicio más.

Entraron con esto, y aproximándose al mostrador pidieron dos vasos de vino, como debieron haber hecho a su vez Artagnan y Porthos. El mostrador sobre el cual se acostumbraba a beber, se hallaba cubierto con una placa de estaño, y en ella se veía escrito con la punta de un alfiler gordo:

«Rueil. A.»

—En Rueil están —dijo Aramis, que fue el primero que reparó en la inscripción.

—Vamos, pues, a Rueil —contestó Athos.

—Es lo mismo que meternos en la boca del lobo —repuso Aramis.

—Si yo hubiera sido amigo de Jonás como lo soy de Artagnan —dijo Athos—, le hubiera seguido hasta el vientre de la ballena, y vos hubierais hecho lo mismo, Aramis.

—Estoy convencido, amigo conde, de que me hacéis mejor que en realidad soy. Si viniera yo solo no sé si iría así a Rueil sin tomar grandes precauciones, pero os seguiré adondequiera que vayáis.

Dicho esto montaron a caballo y partieron para Rueil.

Creían los dos amigos que todos habían de pensar en lo que pudieran adoptar. Acababan de llegar a Rueil los diputados del Parlamento para asistir a las famosas conferencias que debían durar tres semanas y producir la incompleta paz que acarreó la prisión del príncipe de Condé. Rueil estaba lleno por parte de los parisienses, de abogados, oficiales y guardias. Era por lo tanto muy fácil guardar el incógnito en medio de aquella confusión. Las conferencias habían producido una tregua, y prender en semejantes circunstancias a dos caballeros por frondistas que fuesen, hubiera sido un ataque al derecho de gentes. Creían los dos amigos que todos habían de pensar en lo que tanto tormento daba a su espíritu, y confiando oír hablar algo de Artagnan y Porthos, se confundieron en los grupos; pero nadie trataba más que de artículos y de enmiendas. Athos era del parecer de hablar directamente al ministro.

—Muy excelente es esa proposición, amigo mío —objetó Aramis—; pero andad con tiento, porque la seguridad de que disfrutamos depende de nuestra oscuridad. Si nos damos a conocer de algún modo que sea, no tardaremos en reunirnos con nuestros amigos en algún calabozo a diez pies bajo tierra, del cual no nos sacaría ni Satanás en persona. Importa que no los encontremos casualmente, sino como nos convenga. Presos en Compiegne, han sido Conducidos a Rueil; de ello nos hemos cerciorado en Louvres; en Rueil les ha interrogado el cardenal, y éste, terminado el interrogatorio, o los ha conservado a su lado, o los ha enviado a San Germán. En la Bastilla no pueden estar porque la poseen los frondistas y la manda el hijo de Broussel. No han muerto porque la muerte de Artagnan hubiese sido ruidosa en todas partes, y en cuanto a Porthos le creo eterno como Dios, si bien con menos paciencia. No hay que desesperar; quedémonos aguardando aquí; estoy persuadido de que no han pasado de Rueil. Pero ¿qué tenéis?, ¿os ponéis pálido?

—Recuerdo —dijo Athos con insegura voz—, que Richelieu mandó construir en el castillo de Rueil un horrible calabozo subterráneo...

—¡Oh! Calmaos —respondió Aramis——; Richelieu era un caballero igual a todos nosotros por su cuna, superior por su posición. Podía, como el mismo monarca, tocar a los más elevados en la cabeza, y hacer vacilar a su contacto cualquier cabeza sobre los hombros. Mas Mazarino es un bergante que a lo más podrá cogernos por el cuello de la ropilla como un arquero. Tranquilizaos, pues, amigo; insisto en que Artagnan y Porthos están en Rueil vivos y sanos.

—A pesar de eso —dijo Athos—, nos convendría conseguir del coadjutor el tomar parte en las conferencias: de este modo entraríamos en Rueil.

—¿Con esos golillas?, ¿estáis en vuestro juicio, amigo?, ¿os parece que ellos se acordarán siquiera de la libertad ni del encarcelamiento de Artagnan y Porthos? No, soy del parecer que imaginemos otro medio.

—Pues entonces —replicó Athos—, vuelvo a mi primera idea; no conozco mejor medio que obrar con franqueza y lealtad. Iré a buscar, no a Mazarino, sino a la reina, y le diré: señora, volvednos a vuestros dos servidores y a nuestros dos amigos.

Aramis movió la cabeza.

—A ese recurso siempre podéis apelar, Athos; pero creedme, no le empleéis hasta el último extremo; para ir a parar a él hay siempre tiempo. Entretanto continuemos nuestras pesquisas.

Prosiguieron, pues, buscando y tantos informes tomaron, a tantas personas hicieron hablar, con mil pretextos a cual más ingenioso, que descubrieron por fin a un ligero, el cual les confesó que había formado parte de la escolta que había conducido a Artagnan y Porthos de Compiegne a Rueil. A no ser por esta escolta no se hubiera sabido siquiera la entrada de los presos en la ciudad.

Athos persistía, sin cejar un punto, en su idea de ver a la reina. —Para ver a la reina —observaba Aramis—, es necesario ver antes al cardenal, y apenas lo veamos... tened presente lo que os manifiesto, Athos, nos reunirán con nuestros amigos; pero no del modo que deseamos, sino de otro que no me hace gracia, hablando francamente. Trabajemos libremente para trabajar bien y aprisa.

—Veré a la reina —dijo Athos.

—Si estáis decidido a cometer semejante locura, amigo mío, avisadme con un día de anticipación.

—¿Y para qué?

—A fin de aprovechar la oportunidad y hacer una visita a París.

—¿A quién?

—¿Qué sé yo? Puede que a la señora de Longueville. Allí es omnipotente esta señora, y me ayudará. Si os prenden, procurad que yo lo sepa, y daré los pasos que sean necesarios.

—¿Por qué no os arriesgáis a que os prendan conmigo, Aramis? —preguntó Athos.

—No, lo agradezco.

—Reunidos los cuatro, aunque presos, creo que no correríamos ningún peligro, porque a las veinticuatro horas estaríamos fuera todos.

—Querido, desde que maté a Chatillon, que era el ídolo de las damas de San Germán, brilla demasiado mi persona para que no deba yo temer doblemente una prisión. La reina sería capaz de poner en práctica los consejos de Mazarino, y en esta ocasión el consejo que le daría el cardenal sería el que me formaran causa.

—Pero ¿creéis, Aramis, que ame a este italiano como cree el vulgo?

—¿No amó a un inglés?

—Al fin es mujer, amigo.

—Os equivocáis, Athos; es reina.

—No obstante, arrostrándolo todo, voy a pedir audiencia a Ana de Austria.

—Adiós, Athos; yo voy a levantar un ejército.

—¿Con qué fin?

—Con el de venir a sitiar a Rueil.

—¿Dónde nos volveremos a ver?

—A los pies de la horca del cardenal.

Y los dos amigos separáronse. Aramis para volver a París, y Athos para abrirse paso hasta la reina con algunas medidas preparatorias para su seguridad.

LXXXIV.— EL AGRADECIMIENTO DE ANA DE AUSTRIA

Athos no encontró los obstáculos que antes esperaba para ser presentado a Ana de Austria; antes bien, todo lo encontró llano a la primera indicación, y logró la audiencia que deseaba para el siguiente día, después de la recepción general que hacía la reina por la mañana, a cuya ceremonia tenía derecho Athos de asistir por su cuna.

Una gran multitud llenaba los aposentos de San Germán; ni en el Louvre ni el Palacio Real, había tenido Ana de Austria más cortesanos. Sin embargo, notábase una variación; los que entonces componían su corte pertenecían a la nobleza secundaria, mientras que los primeros caballeros de Francia permanecían al lado de Conti, de Beaufort y del coadjutor.

Por lo demás, entre los cortesanos reinaba la mayor alegría. El particular carácter de aquella guerra hizo que fueran más las canciones que sobre ella se compusieron que los cañonazos en ella disparados. La corte hacía coplas contra los parisienses y ellos contra la corte, y no por no ser mortales las heridas, eran menos terribles, pues se luchaba con las armas del ridículo.

Pero en medio de aquella jovialidad general y de aquella aparente futilidad, reinaba una grave impaciencia en todos los ánimos. ¿Seguiría Mazarino siendo ministro y favorito, o se iría, como una nube, impelido por el viento que del Mediodía lo trajera? Todos lo esperaban y deseaban así, y el ministro no podía ignorar que los cortesanos homenajes que se le tributaban, encubrían un fondo de odio mal disfrazado por el miedo y el interés. Sentía, por tanto, el malestar propio de quien no sabe con quién contar ni en qué apoyarse.

El mismo príncipe de Condé, que combatía en su favor, no despreciaba ocasión de burlarse de él ni de humillarle; y como intentase Mazarino dos o tres veces manifestar firmeza ante el vencedor de Rocroi, éste le miró de un modo capaz de hacerle conocer que aunque le defendía no era por convicción ni por entusiasmo.

Entonces se refugiaba el cardenal en la reina, su único apoyo. Pero también le pareció algunas veces que este apoyo vacilaba bajo su mano.

Llegada la hora de la audiencia, participaron al conde de la Fère, que, aunque no dejaría de verificarse, sería algo más tarde, porque la reina iba a celebrar consejo con el ministro.

Así era la verdad. París acababa de enviar otra diputación a fin de ver si se podía dar algún impulso a las negociaciones, y la reina estaba en consulta con Mazarino acerca del recibimiento que había de hacerse a los emisarios.

Los altos personajes del Estado hallábanse, pues, entregados a graves ocupaciones, y Athos por consiguiente no podía haber escogido peor ocasión para hablar de sus amigos, pobres átomos perdidos en aquel torbellino desencadenado.

Mas Athos era inflexible y no alteraba por ningún pretexto lo que una vez resolvía cuando al hacerlo se le figuraba que su resolución era dictada por su deber. Insistió en que le introdujeran, manifestando que aunque no fuese diputado de Conti, ni de Beaufort, ni de Bouillon, ni de Elbeuf, del coadjutor, ni de la señora de Longueville, ni tampoco de Broussel, ni del Parlamento, y aunque campase solo por su respeto, no por eso tenía cosas menos importantes que decir a Su Majestad.

Concluida la conferencia, la reina mandó que le introdujeran en su gabinete.

Fue introducido Athos y dio su nombre. Sobradas veces había resonado éste en los oídos de Ana de Austria y había hecho latir su corazón para que no se acordara de él; oyóle sin embargo impasible, contentándose con mirar al caballero con esa fijeza que sólo es lícito a las reinas, ora lo sean por su hermosura, ora por su categoría.

—Parece que nos ofrecéis prestarnos un servicio, conde —dijo Ana de Austria después de un instante de silencio.

—Sí, señora, un servicio más —contestó Athos, sorprendido de que no diese la reina muestra de conocerle.

El buen Athos tenía el corazón magnánimo, y era por tanto muy pobre cortesano.

Frunció Ana el entrecejo, y Mazarino, que estaba sentado junto a su mesa hojeando papeles, cual hubiera podido hacer un mero secretario de Estado, levantó la cabeza.

—Hablad —dijo la reina.

Mazarino volvió al examen de sus papeles.

—Señora —repuso Athos—, dos compañeros nuestros, dos de los más intrépidos servidores de Vuestra Majestad, Artagnan y Du-Vallon, enviados a Inglaterra por el señor cardenal, han desaparecido súbitamente en el instante de pisar el territorio francés y no se sabe qué ha sido de ellos.

—Proseguid —dijo la reina.

—Señora —añadió Athos—, me dirijo a la benevolencia de Vuestra Majestad a fin de que me diga lo que con esos dos caballeros ha acontecido, reservándome para luego, si es necesario, acudir a su justicia.

—¿Y para eso —preguntó Ana de Austria con la altivez que al tratar con cierta clase de hombres se convierte en procacidad—, para eso habéis venido a mo-

lestarnos en medio de las grandes ocupaciones que nos rodean, caballero? ¡Un asunto de policía! Bien sabéis, o si no, lo debéis saber, que desde que salimos de París no disponemos de policía.

—Me parece —dijo Athos, inclinándose con frío respeto—, que Vuestra Majestad no tendría necesidad de tomar informes de la policía para indagar el paradero de los señores Artagnan y Du-Vallon, y que si se dignara interrogar al señor cardenal en punto a esos dos caballeros, Su Eminencia podría responderle sin interrogar más que a su memoria.

—¡Perdóneme Dios! —dijo Ana de Austria con el desdeñoso movimiento de labios que le era peculiar—. Si no me equivoco, vos sois el que ahora interroga.

—Sí, señora, y casi estoy autorizado para ello, porque se trata de Artagnan: Artagnan, ¿comprende Vuestra Majestad, señora? —dijo Athos con el tono más propio para que ante los recuerdos de la mujer se doblase la frente de la reina.

Viendo Mazarino que ya era tiempo de salir en auxilio de Ana de Austria, dijo:

—Señor conde, voy a deciros una cosa que Su Majestad ignora. Esos dos caballeros están presos por desobediencia.

—Ruego, pues a Vuestra Majestad —prosiguió Athos, siempre impasible y sin responder a Mazarino—, que ponga término a la prisión de Artagnan y de Du-Vallon.

—Lo que suplicáis es un asunto de disciplina y en nada me concierne —respondió la reina.

—Tratándose del servicio de Vuestra Majestad nunca ha respondido Artagnan eso —dijo Athos saludando gravemente.

Y retrocedió dos pasos dirigiéndose a la puerta, Mazarino le detuvo.

—¿Venís también de Inglaterra, caballero? —preguntó haciendo una seña a la reina, quien estaba visiblemente demudada y predispuesta a adoptar una medida rigurosa.

—Y he presenciado los últimos momentos de Carlos I —dijo Athos—. ¡Infeliz rey! Culpable a lo sumo de debilidad y castigado con tanta severidad por sus súbditos, porque en esta época están harto vacilantes los tronos, y es muy peligroso para un corazón generoso el servir los intereses de los príncipes. Éste ha sido el segundo viaje de Artagnan a Inglaterra; el primero tuvo por objeto salvar el honor de una gran reina, el segundo salvar la vida de un gran rey.

—Señor cardenal —dijo Ana de Austria a Mazarino con un tono cuya verdadera expresión no pudo ocultar a pesar del hábito que de disimular tenía—, ved si se puede hacer algo en favor de esos caballeros.

—Señora —contestó Mazarino—, haré cuanto plazca a Vuestra Majestad.

—Haced lo que pide el señor conde de la Fère. ¿No os llamáis así, caballero?

—También tengo otro nombre. Me llamo Athos.

—Señora —repuso Mazarino con una sonrisa que revelaba su facilidad en entender a media palabra—, perded cuidado; se cumplirán vuestros deseos.

—Ya lo oís, caballero —dijo la reina.

—Sí, señora, y no esperaba yo menos de la justicia de Vuestra Majestad. Es decir, que volveré a ver a mis amigos. ¿Es eso lo que desea darme a entender Vuestra Majestad?

—Sí, los volveréis a ver. Pero, a propósito, ¿sois de la Fronda?

—Señora, sirvo al rey.

—A vuestro modo.

—Que es el de todos los caballeros, porque yo no conozco más que uno —respondió Athos con altivez.

—Id con Dios, caballero —dijo la reina despidiendo a Athos con un ademán—; habéis logrado lo que deseabais y nosotros hemos sabido lo que queríamos.

Y volviéndose a Mazarino, luego que desapareció Athos y cayó la cortina:

—Cardenal —repuso—, haced que prendan a ese insolente, antes de que salga del patio.

—En lo mismo estaba pensando —respondió Mazarino—, y celebro que Vuestra Majestad me dé una orden que yo iba a solicitar. Esos espadachines que preceptúan en nuestra época las tradiciones del anterior reinado, nos hacen muy mala obra, y ya que tenemos a dos a buen recaudo, tratemos de hacer lo mismo con el tercero.

No había conseguido la reina engañar completamente a Athos, pues su acento al hacerle una promesa parecía que le amenazaba, lo cual le sorprendiera un poco. Pero no era Athos hombre que cediera a una simple sospecha, mucho menos habiéndosele dicho claramente que iba a volver a ver a sus amigos. Aguardó, pues, en una pieza contigua al gabinete en que le había dado audiencia, a que le llevaran allí a Artagnan y Porthos, o a que fuesen a buscarle para conducirle adonde estaban.

Aproximóse con esta esperanza a la ventana y miró maquinalmente al patio. Entonces vio entrar a la comisión de los parisienses que iban a ponerse de acuerdo en cuanto al sitio definitivo en que habían de verificarse las conferencias, y a saludar a la reina. Componíase de consejeros del Parlamento, de presidentes, de abogados y de algunos militares perdidos entre ellos. Una imponente escolta les aguardaba fuera de las verjas.

Estábalos Athos contemplando con atención, pues entre ellos se le figuraba ver una cara conocida, cuando sintió que le daban un golpecito en el hombro.

Volvió la cabeza y exclamó:

—¡Comminges!

—Sí, señor conde, yo soy y vengo a desempeñar una orden, para la cual os pido con respeto la venia.

—¿Qué orden es esa, caballero? —preguntó Athos.

—Tened la bondad de darme vuestra espada.

Sonrióse Athos, y abriendo la ventana, gritó:

—¡Aramis!

Un caballero, el mismo a quien había creído conocer Athos, volvió la cabeza; era Aramis, el cual saludó al conde.

—Me van a prender —exclamó Athos.

—Bien —respondió flemáticamente Aramis.

—Caballero —continuó Athos volviéndose hacia Comminges y presentándole políticamente la espada por la empuñadura—; aquí está mi espada; tened la bondad de guardarla con cuidado para devolvérmela luego que salga de la prisión. La tengo cariño, porque Francisco I se la dio a mi abuelo. En aquel tiempo armaban a los caballeros, no los desarmaban. Sepamos ahora adónde vais a conducirme.

—Por lo pronto a mi aposento —dijo Comminges—. La reina señalará el lugar de vuestra residencia para en adelante.

Athos siguió a Comminges sin decir la menor palabra.

LXXXV.— EL TRONO DE MAZARINO

El inesperado arresto de Athos no dio ruido, no produjo ningún escándalo, y casi nadie lo supo. En nada se opuso por lo tanto a la marcha de los sucesos, y la diputación enviada por la ciudad de París recibió tan sólo aviso de que iba a comparecer ante la reina.

Recibióla Ana de Austria silenciosa y altanera como siempre; oyó las lamentaciones y ruegos de los diputados, y cuando terminaron su discurso nadie hubiera conocido que les hubiera oído; tan indiferente era la expresión de su rostro.

En cambio Mazarino, que permanecía delante, oía perfectamente las pretensiones de los diputados, reducidas a pedir en términos claros y precisos, pura y sencillamente, que se le destituyera.

Concluidos los discursos, y como continuase la reina en su silencio:

—Señores —dijo Mazarino—, yo uno mi voz a las vuestras para rogar a la reina que ponga fin a los males que sus súbditos padecen. He hecho cuanto he podido para aminorarlos, y sin embargo, es pública opinión, según decís, que proceden de mí, pobre extranjero que no he tenido la fortuna de agradar a los franceses. ¡Ay! No me han comprendido, y es cosa muy natural; soy sucesor del hombre más sublime que ha sostenido hasta ahora el cetro de los reyes de Francia. Abrúmanme los recuerdos de Richelieu. En vano lucharía contra ellos si fuera ambicioso; pero no lo soy y quiero probároslo. Me declaro vencido. Haré lo que el público desea. Si hay algunos motivos de queja contra los parisienses, ¿y contra quién no los hay, señores? bastante castigado está París; bastante sangre ha corrido; bastante pobreza pesa sobre una ciudad privada de su rey y de la justicia. No me compete a mí, persona sin importancia, quererme abrogar la necesaria para separar a una reina de su reino. Puesto que pedís que me retire... me retiraré.

—Entonces —dijo Aramis al oído al que más cerca tenía—, está hecha la paz y son inútiles las conferencias. Resta solamente enviar con una buena escolta a Mazarino a la frontera más distante, y cuidar de que no vuelva a entrar por ella ni por ninguna otra.

—Un instante, caballero —respondió el togado a quien se dirigía—: ¡pardiez!, ¡qué prisa os dais! Bien se conoce que sois militar. Falta arreglar el capítulo de recompensas e indemnizaciones.

—Señor canciller —repuso la reina volviéndose al mismo Seguier, nuestro antiguo conocido—, vos abriréis las conferencias, y éstas se verificarán en Rueil. El señor cardenal ha dicho cosas que me han conmovido mucho; por eso no respondo más largamente. Y en cuanto a irse o quedarse, profeso sobrado agradecimiento al señor cardenal para no dejarle que obre con plena libertad. El señor cardenal hará lo que le plazca.

Una fugitiva palidez cubrió el expresivo rostro del primer ministro. Miró con inquietud a la reina; pero era tal la impasibilidad de ésta, que para él, como para los demás concurrentes, permaneció oculto lo que en su corazón pasaba.

—Pero —añadió la reina—, mientras se decide Mazarino, os ruego que no penséis más que en el rey.

Inclináronse los diputados, y marcháronse.

—¡Cómo! dijo la reina luego que desapareció el último diputado—, ¿cederéis a esos golillas?

—No hay sacrificio que no esté dispuesto a hacer —contestó Mazarino fijando en la reina sus penetrantes ojos—, si en algo interesa a la dicha de Vuestra Majestad.

Bajó Ana la cabeza y cayó en una de esas meditaciones que le eran tan habituales. Despertóse en su mente el recuerdo de Athos. El atrevido comportamiento del caballero, sus firmes palabras, los fantasmas que con una palabra había evocado, le recordaban toda una época ya pasada de embriagadora poesía; la juventud, la hermosura, el encanto de los amores de veinte años, los combates de sus sostenedores, el sangriento fin de Buckingham, único hombre a quien había amado de veras, y el heroísmo de sus oscuros defensores que habíanle salvado a la par del odio de Richelieu y del rey.

Mirábala Mazarino, y como que ya se creía sola la reina y no temía que la espiase la turba de sus enemigos, le era fácil adivinar sus pensamientos por su semblante, así como en los transparentes lagos se ven pasar las nubes reflejadas desde el cielo, de donde también vienen los pensamientos.

—¿Conque será necesario —murmuró Ana de Austria— ceder a la tempestad, comprar la paz y esperar con paciencia y fe mejores tiempos?

Sonrióse tristemente Mazarino al oír esta proposición, que revelaba que la reina había tomado por lo serio la suya.

Ana de Austria tenía inclinada la cabeza y no vio esta sonrisa; mas como nadie respondía a su pregunta, miró a Mazarino y dijo:

—¿No respondéis, cardenal? ¿Qué os parece?

—Creo, señora, que ese insolente caballero a quien acaba de prender Comminges por orden vuestra, aludía a Buckingham, a quien dejasteis asesinar; a la señora de Chevreuse, a quien dejasteis desterrar, y al duque de Beaufort, a quien ordenasteis encarcelar. Pero si aludía a mí, sería por ignorar los lazos que con vos me unen.

Tembló Ana de Austria, como le sucedía siempre que ofendían su orgullo; se ruborizó, y por no contestar se clavó las aceradas uñas en sus hermosas manos.

—Es hombre de acertados consejos, de honor y de talento, además de ser hombre de resolución. No debéis ignorarlo, señora. Yo por mi parte deseo decirle, haciéndole un favor personal, que se ha equivocado respecto a mí. Porque, bien mirado, lo que se me propone es una abdicación, y una abdicación merece que en ella se reflexione.

—¡Una abdicación! —dijo Ana—. Yo creía, señor cardenal, que sólo podían abdicar los reyes.

—Y aun siendo así —añadió Mazarino—, ¿no soy yo casi un rey y rey de Francia? Os aseguro, señora, que mi ropón de ministro, tirado a los pies de un lecho real, se parece mucho de noche al manto de un rey.

Era esta una de las humillaciones que con más frecuencia le imponía Mazarino, y bajo las cuales doblaba siempre Ana la cabeza. Sólo Isabel de Inglaterra y Catalina II consiguieron ser a la par amadas y reinas de sus amantes.

Ana de Austria miró, pues, con cierto terror la amenazadora fisonomía del cardenal, que en aquellos momentos no carecía de alguna grandeza.

—Señor cardenal —le contestó—, ¿no he dicho y no me habéis oído decir a esa gente que haríais lo que os acomodara?

—En ese caso —añadió el señor Mazarino—, creo que me debe acomodar quedarme, no tan sólo porque está en mis intereses, sino porque también me atrevo a añadir que en ello estriba vuestra salvación.

—Quedaos, pues, no deseo otra cosa; mas no consintáis que me insulten.

—¿Habláis por las pretensiones de los revoltosos y por el tono en que las expresan? ¡Paciencia! Han elegido un terreno en que soy más diestro general que ellos: las conferencias. Sólo con contemporizar nos batiremos. Ya tienen hambre; peor será dentro de ocho días.

—Sí, por Dios, no ignoro que en eso hemos de venir a parar. Pero no se trata solamente de ellos, pues no son ellos los que me hacen las más ofensivas injurias.

—¡Ah! Os comprendo. Os referís a los recuerdos que perpetuamente evocan en vos esos tres o cuatro caballeros. Pero los tenemos presos, y son lo bastante culpables para prolongar su cautiverio todo el tiempo que nos convenga. Sólo uno está aún fuera de nuestro poder y arrastra nuestro enojo. Pero ¡qué diantre! tarde o temprano conseguiremos reunirle con sus compañeros. Cosas más difíciles hemos hecho que esas, según supongo. Por vía de precaución ya he mandado encerrar a los dos indómitos en Rueil; es decir, cerca de mí, bajo mi vigilancia, al alcance de mi potestad. Hoy mismo les agregaremos el tercero.

—Mientras se encuentren encarcelados —dijo Ana de Austriaestá bien; pero algún día saldrán.

—Sí, por cierto, si les pone en libertad Vuestra Majestad.

—¡Ah! —prosiguió Ana de Austria siguiendo el hilo de sus secretos pensamientos—. Aquí es donde se echa de menos a París.

—¿Y por qué?

—Por la Bastilla, que tan fuerte y prudente es.

—Señora, con las conferencias lograremos la paz, la paz nos dará a París, y París a la Bastilla, donde se pudrirán estos cuatro espadachines.

Ana de Austria arrugó levemente el entrecejo mientras que Mazarino le besaba la mano despidiéndose.

Después de este acto, en que entraba tanta humildad como galantería, salió del cuarto. Siguióle Ana de Austria con la vista, y conforme se alejaba, asomaba a sus labios una desdeñosa sonrisa.

—En otro tiempo —dijo—, desprecié el amor de un cardenal que nunca decía «Haré» sino «He hecho.» Aquel sí que conocía encierros más seguros que Rueil, más silenciosos aún que la Bastilla. ¡Oh!, ¡cómo degenera el mundo...!

LXXXVI.— PRECAUCIONES

Cuando Mazarino se separó de Ana de Austria, encaminóse a Rueil, donde tenía situada su casa. En aquellos revueltos tiempos siempre llevaba el cardenal buena compañía, y a veces iba disfrazado. Ya hemos dicho que el traje de caballero le sentaba admirablemente.

Subió a su carruaje en el patio del antiguo castillo y atravesó por Chatou el Sena. El príncipe de Condé habíale dado cincuenta ligeros de a caballo por escolta, no tanto en verdad para guardarle como para demostrar a los diputados con cuánta facilidad disponían los generales de la reina de sus tropas, y las podían distribuir a su antojo.

Athos seguía al cardenal a caballo, sin espada, guardado por Comminges, y sin decir una palabra. Grimaud, a quien dejara su amo a la puerta del castillo, oyó la noticia de su arresto cuando Athos se lo dijo a Aramis, y obedeciendo a una seña del conde, se marchó sin chistar a colocarse junto a Herblay, cual si tal cosa no hubiese pasado.

Verdad es que Grimaud había visto a su amo salir de tantos apuros en los veintidós años que llevaba sirviéndole, que ya por nada se inquietaba.

Luego que concluyó su audiencia tomaron los diputados el camino de París, precediendo al cardenal unos quinientos pasos. Podía por consiguiente Athos, mirando, delante, ver la espada de Aramis, cuyo dorado cinturón y altanero porte fijaban sus miradas entre aquella multitud, tanto como la esperanza de libertarse que en él había puesto, la costumbre, al trato y la atracción que de toda amistad resulta.

Aramis, por el contrario, no se cuidaba al parecer en lo más mínimo de si le seguía o no Athos; sólo una vez volvió la cabeza; es verdad que fue al llegar al castillo. Suponía que Mazarino dejase quizá a su nuevo prisionero en el pequeño fuerte que defendía como un centinela el puente, y que tenía por gobernador a un capitán en nombre de la reina. Pero no sucedió así, y Athos pasó por Chatou en pos del cardenal.

En el puente en que se divide el camino de París a Rueil, miró Aramis atrás. Aquella vez no le habían engañado sus previsiones. Mazarino torció a la derecha y Aramis pudo ver al prisionero desaparecer por entre los árboles. En el mismo momento, y movido por un pensamiento idéntico, Athos volvió también la

cabeza. Los dos amigos se hicieron tan sólo una seña, y Aramis se llevó un dedo al sombrero como saludando. Athos conoció que ya rondaba una idea en la cabeza de su compañero.

Diez minutos después entraba Mazarino con su comitiva en el parque del castillo que el cardenal, su predecesor, había ordenado disponer para él en Rueil.

En el momento de apearse en el peristilo, se le acercó Comminges y le preguntó:

—Señor, ¿dónde manda Vuestra Eminencia que alojemos al conde de la Fère?

—En el pabellón del invernadero, frente al que ocupa el cuerpo de guardia. Aunque el conde de la Fère sea prisionero de Su Majestad la reina, deseo tratarle con toda la consideración debida a su clase.

—Señor —repuso Comminges—, el conde pide el favor de que se le reúna con Artagnan, que ocupa, como previno Vuestra Eminencia, el pabellón de caza frente al del invernadero.

Mazarino quedóse silencioso. Comminges conoció que reflexionaba.

—Es un sitio muy fuerte —añadió—; le custodian cuarenta hombres seguros y acrisolados, casi todos alemanes, y que, por consiguiente, no tienen la menor relación con los frondistas ni el menor interés en favor de la Fronda.

—Si pusiéramos juntos a esos tres hombres, señor de Comminges —repuso Mazarino—, necesitaríamos doblar la guardia, y no somos tan ricos con defensores que podamos malgastarlos así.

Sonrióse Comminges. Notólo Mazarino, y le comprendió.

—Vos no los conocéis, señor de Comminges; pero yo sí tanto directamente como por tradición. Les encargué que fuesen a socorrer al rey Carlos, y por salvarle han hecho milagros, siendo forzosa toda la inflexibilidad del destino para que el monarca no se haya puesto a salvo entre nosotros.

—¿Pues si tan bien han servido a Vuestra Eminencia, por qué los ha puesto en prisión?

—¡En prisión! —dijo Mazarino— ¿Y de cuándo acá es prisión el castillo de Rueil?

—Desde que encierra prisioneros —contestó Comminges.

—Esos caballeros no están en clase de prisioneros, Comminges —insistió Mazarino con maliciosa sonrisa—, sino de huéspedes; huéspedes tan preciosos, que he ordenado poner rejas en las ventanas y cerrojos en las puertas de los aposentos que habitan: ¡tanto miedo tengo de que se cansen de hacerme compañía! Pero lo cierto es que, por más que a primera vista parezca que es que deseo hacer una visita al conde de la Fère, y tener con él una conversación a solas. Para que no nos incomoden en ello le conduciréis, como ya os he manifestado al pabellón del invernadero; ya sabéis que suelo pasearme por allí; de camino entraré a verle y hablaremos. Suponen que es mi enemigo; pero me inspira simpatías; y si es prudente puede que nos arreglemos.

Inclinóse Comminges y volvió adonde estaba Athos esperando con aparente calma, mas con secreta inquietud, el resultado de la conferencia.

—¿Qué ha dicho? —preguntó al teniente de guardias.

—Caballero —contestó Comminges—, parece que es imposible.

—Señor de Comminges —repuso Athos—, toda mi vida he sido soldado y sé lo que es una consigna; pero sin quebrantarla, podéis hacerme un obsequio.

—Con mucho gusto lo haré, caballero —respondió Comminges—; sabedor de quien sois y de los servicios que en otro tiempo habéis prestado a Su Majestad; sabedor del interés que os inspira el joven que tan valerosamente me socorrió el día del arresto de ese tunante de Broussel, me declaro todo vuestro, salva, sin embargo, la consigna.

—Gracias, caballero; no deseo más y voy a solicitaros una cosa que no os compromete en modo alguno.

—Aunque me comprometa un poco —repuso Comminges sonriéndose—, no os detengáis en pedirla; Mazarino no me infunde mucho más cariño que vos; sirvo a la reina y naturalmente me veo obligado a servir al cardenal; pero a la una la sirvo con placer, y al otro contra todo mi gusto. Suplícoos, pues, que habléis; yo espero y escucho.

—Puesto que no hay inconveniente —dijo Athos—, en que yo sepa que Artagnan permanece aquí, tampoco lo habrá, según presumo, en que a él se le comunique mi presencia en este sitio.

—Relativamente a ese punto no he recibido instrucción ninguna, caballero.

—Pues bien, hacedme el obsequio de saludarle en mi nombre y decirle que soy vecino suyo. Le manifestaréis al mismo tiempo lo que a mí me estabais manifestando hace poco, es decir, que el señor Mazarino me ha alojado en el pabellón del invernadero para poder visitarme, y añadiréis, que me aprovecharé de la honra que Su Eminencia tiene a bien dispensarme, para obtener que se alivie en lo posible nuestro cautiverio.

—El cual no puede durar —repuso Comminges—; el mismo señor cardenal lo estaba diciendo: aquí no hay prisiones.

—Pero sí calabozos subterráneos —repuso Athos sonriéndose.

—¡Oh! eso es otra cosa —murmuró Comminges—; sí por cierto; ya sé que la tradición lo refiere, pero un hombre de inferior cuna como el cardenal, un italiano que ha venido a buscar fortuna a Francia, no ha de propasarse a semejantes excesos con personas como nosotros; eso sería una atrocidad. Eso sería bueno para el otro cardenal, que descendía de elevada alcurnia, pero monseñor Mazarino, ¡poco a poco! Los calabozos subterráneos son instrumentos de regias venganzas, a las cuales no puede apelar un ente como él. Ya es público vuestro arresto, pronto se sabrá el de vuestros amigos, y toda la nobleza de Francia le pedirá cuenta de vuestra desaparición. No, no tranquilizaos: diez años hace que los calabozos subterráneos de Rueil son tradiciones propias sólo para asustar niños. Descuidad sobre este punto. Por mi parte avisaré al señor d'Artagnan de que estáis aquí. ¡Quién sabe si antes de quince días podréis hacerme algún favor semejante!

—¿Yo?

—Ciertamente, ¿no puedo yo caer en manos del señor coadjutor?

—Si así fuera —dijo Athos inclinándose— tened seguro que me esforzaría en serviros.

—¿Me hacéis el obsequio de cenar conmigo, señor conde? —preguntó Comminges.

—Mil gracias, estoy de mal humor, y os daría una mala noche. Lo aprecio infinito.

Con esto condujo Comminges al conde a un aposento del piso bajo del pabellón inmediato al invernadero y construido al nivel de éste. Llegábase a dicho invernadero atravesando un gran patio lleno de sol dados y cortesanos. Este patio en forma de herradura, tenía en el centro los cuartos habitados por Mazarino, y en las dos alas el pabellón de caza, en que estaba Artagnan, y el pabellón del invernadero donde acababa Athos de entrar. Más allá de la extremidad de estas dos alas extendíase el parque.

Luego que entró Athos en el aposento que debía habitar, vio a través de los fuertes barrotes de su ventana tapias y tejados.

—¿Qué edificio es ése? —dijo.

—Es la parte trasera del pabellón de caza en que están detenidos vuestros amigos —dijo Comminges—. Por desgracia en otro tiempo del cardenal tapiáronse las ventanas de este lado, pues ya han servido de prisión más de una vez, entrambos edificios, y al encerrarse en ellos el cardenal, no hace más que devolverles su primitivo destino. Si no estuviesen tapiadas, como digo, las ventanas, tendríais el consuelo de hablar por señas con vuestros amigos.

—¿Y estáis seguro, señor de Comminges? —preguntó Athos—, de que el cardenal me hará el honor de visitarme?

—Al menos así lo ha prometido.

Athos suspiró mirando a los hierros de la ventana.

—Es verdad —dijo Comminges—; esto es casi una'prisión nada le falta, ni las rejas. Pero también, ¿qué maldita idea os ha dado a vos, que sois la flor de la nobleza, de ir a arriesgar vuestro valor y vuestra felicidad, en medio de todas esas plantas parásitas de la Fronda? Por cierto, conde, que si yo hubiera creído alguna vez tener un amigo en las filas del ejército realista, en vos hubiese pensado. ¡Frondista vos!, ¡el conde de la Fère pertenecer al mismo partido que Broussel, que Blancmesnil, que Violé! Fuera semejante idea. Casi haría creer eso que vuestra señora madre era de familia de golillas. ¡Frondista vos!

—Bien mirado —añadió Athos—, era preciso ser mazarino o frondista. Largo tiempo vacilé repitiendo en mis adentros estos dos nombres, y al cabo me decidí por el último, que siquiera era francés. Además soy frondista, no con Broussel, Blancmesnil y Violé, sino con Beaufort, Bouillon y Elbeuf, con príncipes y no con presidentes, consejeros y golillas. ¡Buenos resultados además produce el servir al señor cardenal! Mirad estas paredes sin balcones, señor de Comminges, y ellas os manifestarán cumplidamente el agradecimiento de Mazarino.

—Sí, por cierto —repuso Comminges sonriéndose—, sobre todo si repiten todas las maldiciones que les ha echado Artagnan de ocho días a esta parte.

—¡Desgraciado Artagnan! —dijo Athos con agradable melancolía, que era uno de los distintivos de su carácter—. ¡Un hombre tan valiente, tan bueno, tan terri-

ble para los que no aprecian a las personas que estima él! Peligrosos prisioneros son los que guardais, señor de Comminges, y os compadezco si están bajo vuestra responsabilidad dos personas de tan indómito carácter.

—¡Indómito! —repitió Comminges sonriéndose—. Vamos, sin duda queréis asustarme. El primer día de prisión el señor de Artagnan insultó a todos los soldados y oficiales subalternos, con objeto, según se refiere, de que le diesen una espada; duró esto todo el día siguiente y aun prolongóse hasta el tercero; pero después se quedó sereno y manso como un cordero. Ahora se entretiene en entonar canciones gasconas que a todos nos hacen desternillar de risa.

—¿Y el señor Du-Vallon? —dijo Athos.

—¡Ah! Eso es otra cosa. Confieso que es persona terrible. El primer día echó abajo todas las puertas a empujones, y yo temía verle salir de Rueil, como Sansón de Gaza. Mas su juicio ha seguido la misma marcha que el de su compañero Artagnan. Ahora no sólo está acostumbrado a su cautiverio, sino que hablan de él chanceándose.

—Más vale así —dijo Athos.

—¿Esperabais que hiciesen otra cosa? —preguntó Comminges, quien compaginando lo que había dicho Mazarino de sus prisioneros, con lo que entonces añadía el conde de la Fère, empezaba a sentir alguna inquietud.

Athos reflexionó por su parte que la variación de carácter de sus amigos debía provenir de algún plan fraguado por Artagnan, y no quiso perjudicarlos por ensalzarles demasiado.

—No —dijo—; tienen muy inflamable la cabeza: el uno es gascón y el otro picardo: ambos se alborotan fácilmente, pero al momento se aplacan; por experiencia lo habéis visto, y eso que me acabáis de referir corrobora lo que digo.

Tal era también la opinión de Comminges; de modo que se retiró más tranquilo, y Athos quedó solo en el vasto aposento, donde según las órdenes del cardenal, se le trató con las atenciones debidas a un caballero.

A pesar de esto, para formar una idea exacta de su situación, esperó a que llegase el momento de la famosa visita ofrecida por el cardenal en persona.

LXXXVII.—LA CABEZA Y EL BRAZO

Ahora traslademonos del invernadero al pabellón de caza.

Al fondo del patio, en que tras de un pórtico hecho con columnas jónicas se descubrían las perreras, alzábase un edificio oblongo que parecía extenderse como un brazo delante de otro brazo formado por el pabellón del invernadero, en cuyo semicírculo se comprendía el patio de honor.

En el piso bajo de este pabellón estaban encerrados Porthos y Artagnan, sufriendo a medias el peso de una cautividad insoportable a sus dos temperamentos.

Se paseaba Artagnan como un tigre, fijos los ojos y rugiendo a veces sordamente, junto a los barrotes de una ancha ventana que caía al patio de servicio.

Porthos digería silenciosamente una excelente comida, cuyos restos acababan de recoger.

El uno parecía hallarse privado de razón y meditaba; el otro parecía estar meditando y dormía; mas su sueño era una pesadilla, según podía deducirse del modo incoherente y cortado como roncaba.

—Ya va descendiendo el sol —dijo Artagnan—. Deben de ser las cuatro. Pronto hará ciento ochenta y tres horas que permanecemos aquí.

—¡Hum! —murmuró Porthos, por aparentar que respondía.

—¿Lo oís o estáis durmiendo como siempre? —dijo Artagnan irritado de que otros durmiesen de día cuando él a duras penas podía hacerlo de noche.

—¿Qué? —contestó Porthos.

—Lo que digo.

—¿Qué decís?

—Digo —repuso Artagnan—, que ya hace ciento ochenta y tres horas que permanecemos aquí.

—Vos tenéis la culpa —contestó Porthos.

—¡Cómo que yo tengo la culpa!

—Sí, os propuse que partiésemos.

—¿Arrancando un barrote y echando abajo una puerta?

—Efectivamente.

—Porthos, hombres como nosotros no se escapan tan fácilmente.

—Pues yo —dijo Porthos—, me iría con toda esa lisura y llaneza, que a mi entender menospreciáis demasiado.

Se encogió Artagnan de hombros.

—Además —añadió—, no consiste todo en salir de esta habitación.

—Porque no teniendo armas, ni sabiendo el santo y seña, no andaríamos cincuenta pasos en el patio sin tropezar con un centinela.

—Le dejaríamos tieso de un puñetazo —contestó Porthos—, y nos apoderaríamos de sus armas.

—Sí, pero antes de dejarle enteramente tieso, pues un suizo tiene siete vidas, daría un grito o cuando menos un gemido que haría salir a toda la guardia; nos cercarían y nos cogerían como zorras, a nosotros que somos leones; inmediatamente nos meterían en lo profundo de algún foso, donde ni siquiera tendríamos el consuelo de ver este horrible cielo ceniciento de Rueil, que tanto se parece al de Tarbes como la luna al sol. ¡Voto a bríos!... Si contásemos aquí dentro con alguno que nos suministrase noticias de la topografía moral y física de este castillo, de eso que llamaba César costumbres y lugares, según me parece haber oído... ¡Pensar que en veinte años en que no he sabido qué hacerme no me ha ocurrido la idea de emplear una hora viniendo a estudiar a Rueil!

—¿Qué importa eso? —dijo Porthos: arrostrémoslo todo y escapemos.

—Amigo —añadió Artagnan—, ¿sabéis por qué no trabajan nunca los maestros pasteleros en sus pasteles?

—No, pero desearía saberlo.

—Pues es porque temen hacer delante de sus discípulos algún pastel demasiado tostado o alguna crema no sazonada.

—¿Y por qué temen eso?

—Porque se burlarían de ellos y no conviene que nadie se mofe de los maestros pasteleros.

—¿Y por qué los sacáis a colación en este momento?

—Porque en cuestión de aventuras, no debemos salir mal de ninguna, ni dar que reír. En Inglaterra nos sucedió una vez; nos vencieron y nuestra reputación padeció.

—¿Quién nos ha vencido? —dijo Porthos.

—Mordaunt.

—Sí, pero al fin le ahogamos.

—Es verdad, y eso nos rehabilitará algo en concepto de la posteridad, si la posteridad se acuerda de nosotros. Pero escuchadme, Porthos: aun cuando Mordaunt no era persona despreciable, Mazarino es, a mi parecer, mucho más fuerte y no tan fácil de ahogar. Estudiemos, pues, nuestros actos y no nos distraigamos un momento; porque —añadió Artagnan— nosotros dos valemos tal vez por otros hombres cualesquiera, pero no por los cuatro que sabéis.

—Es muy cierto —dijo Porthos respondiendo con otro suspiro al suspiro de Artagnan.

—Pues bien, Porthos, imitadme, paseaos de arriba abajo hasta que tengamos alguna noticia de nuestros amigos o nos ocurra un buen pensamiento; pero no durmáis tanto; no hay cosa que más embote el espíritu que el sueño. En cuanto a la suerte que nos espera, tal vez sea menos grave que lo que a primera vista parece. No creo que Mazarino trate de cortarnos la cabeza, porque no nos la cortaría sin proceder formación de causa, y la causa haría ruido, y el ruido llegaría hasta nuestros íntimos, y éstos no dejarían a Mazarino libertad para obrar.

—¡Qué bien raciocináis! —dijo Porthos con admiración.

—¡Psé! No lo hago mal —contestó Artagnan—. Si no nos forman causa, si no nos cortan la cabeza, preciso es o que nos guarden aquí, o que nos trasladen a otra parte.

—Ciertamente —dijo Porthos.

—Pues bien; es imposible que Aramis, tan buen sabueso, o que Athos, tan prudente caballero, no descubran nuestro encierro. Entonces será tiempo de todo lo que deseéis.

—Sí, con tanta más razón, cuanto que aquí no estamos del todo mal... a excepción de una cosa.

—¿De cuál?

—¿Habéis advertido, Artagnan, que nos están dando a comer hace tres días carnero esparrillado?

—No, pero si por cuarta vez lo presentan, me quejaré.

—Algunas veces echo de menos mi casa; como hace tanto tiempo que no he visitado mis posesiones...

—¡Bah! Olvidaos de ellas por ahora; ya las recobraremos, como no las ordene arrasar Mazarino.

—¿Creéis que pueda propasarse a tan tiránico proceder? —dijo Porthos.

—No; tales resoluciones eran buenas para el otro cardenal. El de ahora es muy menguado para atreverse a semejantes cosas.

—Me calmáis, Artagnan.

—Pues entonces poned buen gesto como yo: gastemos chanzas con los guardias, interesemos a los soldados en nuestro favor, ya que no podemos seducirlos; tratadlos con más afecto que acostumbráis, Porthos, cuando vengan al pie de la reja. Hasta ahora no habéis hecho más que enseñarles los puños, y lo que les sobra de respetables, fáltales de seductores. ¡Ah! ¡Cuánto daría yo por tener no más de quinientos luises!

—Y yo también —dijo Porthos, que no quería quedarse atrás en generosidad—. Yo daría... cien doblones...

Aquí llegaba la conversación de los dos prisioneros, cuando entró Comminges precedido de un sargento y de dos hombres que llevaban la cena en una bandeja llena de fuentes y platos.

—¡Muy bien! —dijo Porthos—. Otra vez el carnero.

—Apreciable Comminges —dijo Artagnan—, habéis de saber que mi amigo está pronto a llegar a los mayores excesos si el cardenal se obstina en mantenernos con ese alimento.

—Y declaro —repuso Porthos—, que no comeré nada si no se lo llevan.

—Llevaos el carnero —dijo Comminges—, quiero que el señor DuVallon cene a su gusto, tanto más, cuanto que tengo que anunciarle una nueva que seguramente le ha de abrir el apetito.

—¿Ha muerto Mazarino? —preguntó Porthos.

—No tal. Por el contrario, tengo el disgusto de deciros que sigue perfectamente.

—Lo siento dijo Porthos.

—¿Y qué nueva es ésa? —preguntó Artagnan—. Tan rara fruta es una noticia en un encierro, que perdonaréis, según presumo, mi impaciencia, señor Comminges; mucho más, habiéndonos dado a entender que la nueva era buena.

—¿Os causaría placer el saber que el señor conde de la Fère estaba bueno y sano? —dijo Comminges.

Artagnan abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Si me produciría placer! —exclamó—. ¡Me haría feliz!

—Pues bien; el señor conde me encarga que os salude en su nombre y os manifieste que está en buena salud.

Artagnan estuvo muy próximo a dar un brinco de alegría. Con una rápida ojeada expresó a Porthos sus pensamientos. «Si Athos sabe dónde nos encontramos, decía aquella mirada, si hace que nos hablen, no tardará en ponerse en movimiento. »

No era Porthos muy diestro en esto de comprender miradas; pero comprendió aquella, porque al oír el nombre de Athos había sentido la misma impresión que Artagnan.

—¿Decís —preguntó con timidez el gascón—, que el señor conde de la Fère os encarga que nos saludéis al señor Du-Vallon y a mí?

—Sí, señor.

—¿Por tanto, le habéis visto?

—Sí, por cierto.

—¿Sería indiscreción preguntaros dónde?

—Muy cerca de aquí —contestó Comminges sonriéndose.

—¿Muy cerca de aquí? —repitió Artagnan con chispeantes ojos.

—Tan cerca, que si no estuvieran tapiadas las ventanas que dan al invernadero, podríais ver desde aquí el sitio.

—Andará rondando por las inmediaciones del castillo —pensó Artagnan—. Y en voz alta repuso—: ¿Le habéis tal vez encontrado cazando en el parque?

—No; más cerca, mucho más cerca; mirad, a espaldas de esta pared —dijo Comminges, dando un golpecito en ella.

—¿Detrás de esta pared? ¿Y qué hay detrás de esta pared? Como me trajeron aquí de noche, lléveme el diablo si sé dónde me encuentro.

—Pues suponed una cosa —dijo Comminges.

—Cuanto gustéis.

—Suponed que en esta pared hay una ventana.

—Y supuesto eso...

—Veríais al conde de la Fère asomado en la suya.

—¿Por consiguiente, el conde de la Fère está alojado en el castillo?

—Sí, por cierto.

—¿En qué concepto?

—En el mismo que vos.

—¿Athos prisionero?

—¿No ignoráis —dijo Comminges riéndose—, que en Rueil no hay prisioneros porque no hay prisión?

—No andemos con juegos de palabras, caballero. ¿Han preso a Athos?

—Ayer en San Germán, al salir del aposento de la reina.

Los brazos de Artagnan cayeron con inercia a sus costados, cual si le hubiese herido un rayo. Sobre su moreno rostro se extendió una fría palidez, como una blanca nube, pero desapareció al instante.

—Prisionero —repitió.

—¡Prisionero! —repitió Porthos con abatimiento.

Alzó de pronto Artagnan la cabeza y brilló en sus ojos un resplandor imperceptible aun para Porthos. A esta fugitiva luz siguió el mismo abatimiento que le había precedido.

—Vamos —dijo Comminges, que profesaba gran afecto a Artagnan desde el señalado servicio que éste le prestara el día del arresto de Broussel—: vamos, no hay que afligirse, no ha sido mi voluntad daros una mala noticia, todo menos que eso. En esta guerra nadie sabe lo que le puede suceder. Alegraros, pues, en vez de desesperaros, de la casualidad que trae a vuestro amigo tan cerca de vos y del señor Du-Vallon.

Pero este consejo no ejerció la menor influencia en Artagnan, el cual conservó su triste aspecto.

—¿Y qué gesto ponía? —preguntó Porthos aprovechando la ocasión de decir algo, al ver que Artagnan no mostraba deseos de continuar la conversación.

—Muy bueno —dijo Comminges—. Al principio estaba tan desesperado como vos, mas luego que supo que el señor cardenal se proponía visitarle esta misma noche...

—¡Ah! —exclamó Artagnan—. ¿Conque el señor cardenal se propone visitar al conde de la Fère?

—Sí, le ha pasado aviso, y al recibirlo el conde me encargó os manifestara que aprovecharía este favor para defender ante el cardenal su causa y la vuestra.

—¡Buena cosa! —murmuró Porthos—; gran favor. ¡Diantre! El señor conde de la Fère, cuya familia está enlazada con los Montmorency y los Rohan, bien vale lo que Mazarino.

—No importa —dijo Artagnan con el más melifluo acento—; pensándolo bien, querido Du-Vallon, es un grande honor para el señor conde de la Fère, y da margen a concebir muchas esperanzas: una visita es tanto honor para un prisionero, que me parece que el señor de Comminges ha de estar equivocado.

—¡Que estoy equivocado!

—Sí, porque no será Mazarino quien vaya a visitar al conde de la Fère, sino el conde de la Fère a Mazarino.

—No, no, no —contestó Comminges interesado ya en determinar los hechos con toda precisión—. He oído perfectamente lo que me ha dicho el señor cardenal. Él será el que visite al señor conde de la Fère.

Artagnan procuró sorprender una mirada de Porthos para saber si su compañero conocía toda la importancia de esta visita, mas Porthos no miraba siquiera hacia la parte en que él estaba.

—¿Luego el señor cardenal acostumbra a pasearse por el invernadero? —preguntó Artagnan.

—Todas las noches enciérrase en él. Parece que allí medita sobre los negocios de Estado.

—Vaya —dijo Artagnan—, ya empiezo a creer que el conde de la Fère recibirá la visita de Su Eminencia. Éste llevará sin duda compañía.

—Dos soldados.

—¿Y hablará de negocios delante de dos personas extrañas? —Son suizos de los pequeños cantones, que no saben más que alemán. Además, es probable que les haga quedar en la puerta. Artagnan se clavaba las uñas en las palmas de las manos, para que su cara no tuviese otra expresión que la que le convenía.

—Que se ande con cuidado el cardenal en esto de entrarse solo en la habitación del conde de la Fère, porque debe de estar furioso. Comminges se echó a reír.

—Al oíros —dijo—, cualquiera creería que erais poco menos que antropófagos. El conde de la Fère es hombre muy comedido y además no tiene armas. Al primer grito que diese Su Eminencia se echarían encima los dos soldados que siempre le acompañan.

—Dos soldados —repitió Artagnan como haciendo memoria—, dos soldados, sí; por eso oigo que llaman todas las noches a dos hombres y los veo pasearse por espacio de media hora al pie de mi ventana.

—Eso es, porque ahí es donde aguardan al cardenal, o por mejor decir a Bernouin, el cual va a llamarlos cuando sale su amo.

—¡Buenos mozos son! —dijo Artagnan.

—Es el regimiento que permanecía en Lens. El príncipe de Condé se lo ha cedido al cardenal para honrarle.

—¡Ah! —repuso Artagnan como resumiendo en dos palabras esta conversación—. ¡Si se humanizara Su Eminencia y concediese la libertad al señor conde de la Fère!...

—De todo corazón lo deseo —dijo Comminges.

—Me parece que si se le olvidara la visita, no tendríais inconveniente en recordársela.

—Ninguno. Todo lo contrario.

—Eso me calma un poco.

Este hábil cambio de conversación hubiera parecido una maniobra sublime a todo el que hubiese podido leer en el alma del gascón.

—Ahora —prosiguió—, os voy a pedir un favor, que será el postrero, querido Comminges.

—Estoy a vuestras órdenes.

—¿Volveréis a ver al señor conde de la Fère?

—Mañana por la mañana.

—Tened la bondad de darle los buenos días en mi nombre y de manifestarle que solicite para mí el mismo favor que a él le conceden.

—¿Deseáis que venga aquí el señor cardenal?

—No; me conozco y no quiero tanto. Lo único que deseo es que Su Eminencia me haga el honor de darme audiencia.

—¡Oh! —murmuró Porthos moviendo la cabeza—. Jamás lo hubiera creído de él. ¡Cómo amilana a un hombre la desgracia!

—Así lo haré —dijo Comminges.

—Decid también al señor conde que estoy perfectamente bueno y que me habéis visto triste, aunque resignado.

—Mucho me agrada el oíros hablar así.

—Diréis lo mismo en nombre de mi amigo Du-Vallon.

—¿En mi nombre? No tal —dijo Porthos—, yo no estoy resignado.

—Ya os resignaréis, amigo.

—Nunca.

—Se resignará, señor de Comminges. Le conozco mejor que él mismo puede conocerse, y sé que posee una infinidad de excelentes cualidades que ni siquiera sospecha. Callad, pues, amigo Du-Vallon, y resignaos.

—Adiós, señores —dijo Comminges—, y pasad buena noche.

—Haremos lo posible.

Saludó Comminges y se ausentó. Artagnan le siguió con la vista permaneciendo en la misma actitud de humildad, y con la misma resignación pintada en el rostro. Mas luego que se cerró la puerta y desapareció el capitán de guardias, arrojóse a Porthos y le abrazó con inequívoca expresión de alegría.

—¡Uf! —dijo Porthos—. ¿Qué es eso? ¿Os habéis vuelto loco, desgraciado amigo mío?

—Estamos a salvo —dijo Artagnan.

—Maldito si yo veo tal cosa —respondió Athos—; al contrario, a excepción de Aramis estamos presos todos, y las probabilidades de evadirse han disminuido desde que ha entrado uno más en la ratonera de Mazarino.

—No hay tal, querido Porthos; esta ratonera bastaba para dos y es insuficiente para tres.

—No comprendo —dijo Porthos.

—Es inútil —añadió Artagnan—; sentémonos a la mesa y cobremos fuerzas, que esta noche las hemos de necesitar.

—¿Pues qué haremos esta noche? —preguntó Porthos cada vez más confuso.

—Probablemente viajaremos.

—Pero...

—Sentémonos, amigo mío; a mí me ocurren las ideas comiendo. De sobremesa os las comunicaré ya completas.

Aunque Porthos deseaba vivamente enterarse del proyecto de Artagnan, como no ignoraba los estilos de éste, se sentó a la mesa sin insistir más, y cenó con un apetito que hacía gran honor a la confianza que le inspiraba la imaginación de Artagnan.

LXXXVIII.— EL BRAZO Y LA CABEZA

La cena fue silenciosa, pero no triste, pues de vez en cuando animaba el rostro de Artagnan una de esas sonrisas de inteligencia que le eran habituales en los momentos de buen humor. Porthos no perdía ninguna, y cada vez que las veía prorrumpía con alguna exclamación que probaba a su amigo que si bien no le comprendía, no perdía de vista el pensamiento que en su cerebro se agitaba.

A los postres recostóse Artagnan en el respaldo de su silla, cruzó las piernas y se contoneó con todas las apariencias de un hombre satisfecho de sí mismo.

Porthos apoyó la barba sobre las palmas de las manos, puso los codos sobre la mesa, y miró a Artagnan con la confianza a que debía aquel coloso su simpática expresión de benevolencia.

—Hablemos ahora —dijo Artagnan pasado un instante.

—Hablemos —repitió Porthos.

—Decíais antes, amigo mío...

—¿Yo? Nada.

—Sí tal; decíais que anhelabais salir de aquí.

—¡Oh! Es cierto: si no salgo no será por falta de deseos.

—Y añadíais que sólo se necesitaba para ello desquiciar una puerta o una pared.

—Es verdad que lo decía, y todavía lo digo.

—Y yo respondía, Porthos, que éste era mal medio y que no daríamos cien pasos sin que nos volvieran a coger y nos dejaran en el sitio, a no tener trajes con que disfrazarnos y armas con que defendernos.

—Es verdad, necesitaremos trajes y armas.

—Las tenemos —dijo Artagnan levantándose—, las tenemos, Porthos, y otra cosa mejor todavía.

—¡Oh! —exclamó Porthos mirando en torno suyo.

—No lo busquéis, es en vano: todo vendrá cuando haga falta. ¿A qué hora, poco más o menos, se pasearon ayer los guardias suizos?

—Me parece que una hora después de anochecer.

—De modo que si salen también hoy, no tardaremos un cuarto de hora en tener el gusto de verlos.

—Exactamente; un cuarto de hora cuando más.

—Supongo que esos brazos seguirán tan buenos como siempre. Porthos se desabrochó las mangas de la camisa, remangóse y miró con complacencia sus nervudos brazos, tan gruesos como el muslo de un hombre regular.

—Sí —contestó—, siguen bastante buenos.

—De manera que sin gran trabajo podríais hacer un arco de estas tenazas y un sacatapos de esta badila.

—Sí, en verdad —dijo Porthos.

—Veamos cómo —repuso Artagnan.

Cogió el gigante los dos objetos designados, y practicó con la mayor facilidad y sin ningún esfuerzo aparente las dos metamorfosis que su compañero apetecía.

—Vedlo —dijo.

—Magnífico —exclamó Artagnan—; ¡vive Dios que os ha favorecido la naturaleza, Porthos!

—He oído hablar —añadió éste—, de un tal Milon de Crotona que hacía cosas muy extraordinarias, como son apretarse la frente con una cuerda y romperla, matar un buey de un puñetazo y llevársele al hombro, parar un caballo a la carrera sujetándole por las piernas traseras, etc. Busqué quien me refiriese todas sus proezas allá en Pierrefonds y las hice todas, excepto la de romper la cuerda hinchando las venas de las sienes.

—Esto es porque no tenéis la fuerza en la cabeza, Porthos —dijo Artagnan.

—No, sino en los brazos y en los hombros —respondió ingenuamente Porthos.

—Ea, pues, acerquémonos a esta reja y empleadla en falsear un barrote. Aguardad a que apague la luz.

Acercóse Porthos a la ventana, cogió con las dos manos un barrote, tiró de él y lo dobló como un arco hasta que salieron sus dos puntas del alveolo de piedra en que permanecían fijas treinta años hacía.

—Ahí tenéis una cosa —dijo Artagnan—, que nunca hubiese hecho el cardenal con todo su genio.

—¿Hay que arrancar más? —preguntó Porthos.

—No, basta con ése; ya puede pasar un hombre.

Para cerciorarse de ello, Porthos sacó efectivamente todo el cuerpo.

—Sí —dijo.

—Efectivamente, no es mal boquete. Sacad ahora el brazo.

—¿Por dónde?

—Por ese hueco.

—¿A fin de qué?

—Ahora lo sabréis. Sacadle.

Obedeció Porthos con la docilidad de un soldado, y sacó el brazo por los hierros.

—Muy bien —dijo Artagnan.

—Parece que eso marcha.

—Como con ruedas, amigo.

—Bien. ¿Qué tengo que hacer ahora?

—Nada.

—¿Se ha terminado ya?

—Aún no.

—Mucho celebraría comprenderos dijo Porthos.

—Pues oídme, y en dos palabras estaréis al corriente. Ya veis que se está abriendo la puerta del cuerpo de guardia.

—Sí, ya lo veo.

—Van a enviar a este patio, por donde pasa siempre Mazarino para ir al invernadero, a los dos guardias que le siguen.

—Ahí salen.

—¡Como vuelva a cerrar la puerta!... Muy bien; la han cerrado.

—¿Y ahora?

—Silencio, no nos escuchen.

—De modo que no puedo saber nada.

—Sí, conforme vayáis ejecutando comprenderéis.

—Sin embargo, yo hubiese preferido...

—Así tendréis el placer de la sorpresa.

—Es verdad —dijo Porthos.

—Chito.

Porthos se quedó silencioso e inmóvil.

En efecto, los dos soldados avanzaban en dirección a la ventana, restregándose las manos, pues, como ya hemos dicho, era en el mes de febrero y hacía frío.

En aquel instante se volvió a abrir la puerta del cuerpo de guardia y llamaron a uno de los soldados.

Separóse éste de su compañero y volvió atrás.

—¿Va esto marchando? —preguntó Porthos.

—Mejor que nunca —respondió Artagnan—. Oíd, ahora voy a llamar a ese soldado y hablar con él, como hice ayer con uno de sus camaradas, ¿os acordáis?

—Sí, mas no entendí palabra de lo que hablaba.

—Confieso que tenía un acento suizo bastante marcado. Pero no perdáis una tilde de lo que voy a manifestaros, porque todo consiste en la ejecución, Porthos.

—¡Bien! La ejecución es mi fuerte.

—¡Oh!, ya lo sé y por eso cuento con vos.

—Hablad.

—Voy a llamar al soldado para hablar con él.

—Ya lo habéis dicho.

—Me echaré a la izquierda para que él se encuentre a vuestra derecha cuando suba sobre el banco.

—¿Y si no sube?

—Subirá, perded cuidado. Cuando suba sobre el banco, alargaréis vuestro formidable brazo y le asiréis por el cuello. Alzándolo luego como Tobías levantó al pez por las aletas, le introduciréis en nuestro aposento, cuidado de apretarle bastante para que no grite.

—Sí, pero y ¿si le ahogo?

—En ese caso habrá un suizo menos, pero espero que no le ahoguéis. Le dejaréis con la mayor suavidad en el suelo y aquí le amordazaremos y le ataremos a cualquier parte. De modo que ya disponemos de un uniforme y con una espada.

—¡Magnífico! —dijo Porthos con admiración.

—¿Eh? —preguntó Artagnan.

—Sí —contestó Porthos volviendo de su entusiasmo—. Pero un uniforme y una espada no bastan para los dos.

—Ahí está su camarada.

—Es cierto —dijo Porthos.

—Con que cuando yo tosa, alargad el brazo, porque entonces habrá llegado el momento.

—¡Bien!

Colocáronse en su sitio ambos amigos. Porthos estaba enteramente oculto detrás de la ventana.

—Buenas noches, camarada —dijo Artagnan en el más agradable tono y mesurado diapasón.

—Buenas noches, caballero —respondió el soldado.

—No está muy agradable el tiempo para pasearse —dijo Artagnan.

—¡Brrrun! —respondió el soldado.

—Supongo que no os desagradaría un vasito de vino.

—¿Un vaso de vino? ¡Qué bien vendría!

—Ya pica el pez, ya pica el pez —dijo Artagnan a Porthos.

—Comprendo —dijo Porthos.

—Ahí tengo una botella —repuso Artagnan.

—¡Una botella!

—Sí.

—¿Llena?

—Completamente, y es vuestra si queréis beberla a mi salud.

—¡Vaya si quiero! —dijo el soldado acercándose.

—Pues venid por ella, amigo.

—Con sumo gusto, aquí hay un banco.

—Es verdad, parece que lo han puesto a propósito. Subid..., así, bien, eso es.

Y Artagnan tosió.

En el mismo momento apareció el brazo de Porthos; su acerada mano cogió, rápida como el relámpago y firme como una tenaza, el cuello del soldado, le levantó sofocánle, le metió por el hueco, a riesgo de desollarle vivo al pasar y dejóle en el suelo, donde Artagnan, sin darle más tiempo que el necesario para respirar, le amordazó con su banda, y empezó a desnudarle con la rapidez y destreza de un hombre que aprendió el oficio en los campos de batalla.

Agarrotado y amordazado de este modo, le trasladaron al hogar, que habían tenido la precaución de apagar antes.

—Ya tenemos una espada y un disfraz —dijo Porthos.

—Me apodero de ellos —respondió Artagnan—. Si queréis otros, volved a la jugada. Alerta; ya sale el otro soldado y viene hacia aquí.

—Me parece —dijo Porthos— que sería imprudente repetir la misma maniobra. Dicen que las cosas no se logran dos veces por los mismos medios. Si fallase ahora lo perderíamos todo. Bajaré, le cogeré descuidado, y os le presentaré con su mordaza.

—Mejor es —contestó el gascón.

—Estad alerta —dijo su camarada, deslizándose por el hueco. Todo pasó conforme lo había prometido Porthos. El gigante se escondió en el camino, y cuando pasó el soldado por delante de él, le asió por el pescuezo, le tapó la boca, metióle como una momia por entre los hierros de la ventana, y entró tras él.

Desnudaron entrambos al segundo cautivo como al primero, tendiéronle sobre la cama, le sujetaron con cordeles, y como aquélla era de encina maciza y éstos estaban dobles, quedaron tan tranquilos respecto a este soldado como respecto al primero.

—Muy bien —dijo Artagnan—. Todo va perfectamente. Probaos ahora el traje de ese hombre, Porthos. Dudo que os venga bien, pero no os apuréis aunque os venga estrecho; os bastará con el tahalí y el sombrero de plumas encarnadas.

Casualmente, el segundo soldado era un suizo gigantesco, de manera que todo quedó corriente, salvo algunas puntadas que saltaron en las costuras.

Por espacio de algún tiempo solamente se oyó el crujido de la ropa que Porthos y Artagnan se ponían a toda prisa.

—Ya está —dijeron los dos a la par—, y en cuanto a vosotros, compañeros —añadieron volviéndose a los dos soldados—, tener entendido que si os estáis quietos nada os sucederá; pero que sois muertos si os moveis.

Los soldados quedáronse inmóviles. Los puños de Porthos les habían convencido de que el asunto iba serio y que no era aquel el mejor momento para andarse en chanzas.

—Ahora —dijo Artagnan—, me parece que desearéis comprender todo esto; ¿no es verdad.

—Ya se ve que sí.

—Pues bien, vamos a bajar al patio.

—Perfectamente.

—Ocuparemos el sitio de esos dos hombres.

—Bien.

—Y nos pasearemos de arriba abajo.

—Y a nadie causará extrañeza, porque hace frío.

—Dentro de un instante, el ayuda de cámara llamará, como ayer y anteayer, a los soldados de servicio.

—¿Responderemos?

—No, todo lo contrario.

—Como gustéis. No tengo empeño en responder.

—No responderemos, mas nos encasquetaremos el sombrero y escoltaremos a Su Eminencia.

—¿Adónde?

—Adonde va, a la prisión de Athos. ¿Suponéis que el conde sentiría vernos?

—¡Oh! —exclamó Porthos—. ¡Oh! Ya entiendo.

—No os alborotéis todavía, Porthos, pues juro que aún no lo sabéis todo —dijo el gascón con chancero tono.

—¿Pues qué más va a suceder? —preguntó Porthos.

Y pasando por entre los hierros, se deslizó ligeramente al patio.

—Seguidme —contestó Artagnan—. Allá lo veremos.

Porthos le siguió por el mismo camino, aunque con menos facilidad y diligencia.

Oyóse tiritar de terror a los dos soldados maniatados en la habitación.

No bien pisaron el suelo Artagnan y Porthos, abrióse una puerta y dijo el ayuda de cámara:

—La escolta.

Al mismo tiempo se abrió también el cuerpo de guardia y dijo una voz:

—Marchad, La Bruyere y Du Barthois.

—Parece que me llamo La Bruyere —dijo Artagnan.

—Y yo, Du Barthois —repuso Porthos.

—¿Dónde estáis? —preguntó el ayuda de cámara, cuyos ojos, deslumbrados por la luz de adentro, no podían sin duda divisar a nuestros heróes en las sombras.

—Allá vamos —dijo Artagnan.

Y volviéndose a Porthos, añadió:

—¿Qué decís de esto, camarada?

—Digo que si el juego prosigue, no va mal, porque es muy lindo, por la vida mía.

LXXXIX.— LOS CALABOZOS SUBTERRÁNEOS DE MAZARINO

Los dos improvisados suizos siguieron al ayuda de cámara, el cual abrió primero la puerta del vestíbulo y luego otra que parecía ser de un recibimiento, y les dijo, enseñándoles dos taburetes:

—La consigna es muy sencilla: no permitir que pase aquí más que una sola persona, ¿entendéis?, nadie más; a esa persona la obedeceréis en todo y por todo. En cuanto al relevo, el mejor modo de que no os equivoquéis, será aguardar a que yo venga.

El ayuda de cámara, que no era otro que Bernouin, conocía mucho a Artagnan, por haberle introducido más de diez veces a presencia del cardenal en el espacio de seis u ocho meses. En vez de responder, se redujo por lo tanto el mosquetero a murmurar el is menos gascón y más alemán que le fue posible.

Respecto a Porthos, Artagnan había exigido de él la promesa de que no hablara por ningún pretexto. Si le acosaban mucho, sólo le era lícito proferir por toda respuesta el proverbial y solemne *tarteifle.*

Bernouin alejóse cerrando las puertas.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo Porthos al oír sonar la llave de la cerradura—. Parece que aquí se acostumbra encerrar para todo a la gente. Sólo hemos logrado variar de cárcel: en vez de estar prisioneros allá, lo estamos en el invernadero. Pues a fe que no sé si hemos ganado en el cambio.

—Amigo Porthos —murmuró Artagnan en voz baja—, no dudéis de la Providencia y dejadme meditar y reflexionar:

—Meditad, reflexionad cuanto gustéis —contestó Porthos malhumorado al ver el giro que tomaban las cosas.

—Hemos dado ochenta pasos —murmuró Artagnan—, hemos subido seis escalones; por consiguiente, éste debe de ser, como acaba de decir mi ilustre amigo Comminges, el pabellón paralelo al nuestro, conocido con el nombre de pabellón del invernadero. El conde de la Fère no debe de encontrarse lejos, pero las puertas están cerradas.

—¡Gran dificultad! —dijo Porthos—. De un empujón...

—Por Dios, querido Porthos —respondió Artagnan—; economizad vuestras fuerzas, si queréis que cuando llegue el caso tengan todo el valor que merecen; ¿no habéis oído que vendrá una persona?

—Sí.

—Pues bien, ella nos abrirá.

—Pero, amigo —dijo Porthos—, si esa persona nos conoce, y si al conocernos empieza a gritar, somos perdidos, porque supongo que no pretenderéis que mate de una puñada o que estrangule de un apretón a ese eclesiástico. Cosa es que debe reservarse para los ingleses y alemanes.

—Guárdeme Dios de tal cosa y a vos también —dijo Artagnan—. El rey acaso nos lo agradecería pero la reina no nos perdonaría tal acción, y a ella es a la que nos conviene tener contenta; además, nunca verteré sangre inútil; ¡nunca! Tengo mi plan, dejadme a mí y veréis cosas dignas de risa.

—Mejor que mejor—dijo Porthos—, estoy deseando reírme.

—¡Silencio! —ordenó Artagnan—. Ya viene.

Oyóse entonces en la pieza inmediata, esto es, en el vestíbulo, ruido de ligeros pasos. Rechinaron los goznes de la puerta y presentóse un hombre en traje de caballero embozado en una capa parda cubierto con un ancho fieltro y llevando una linterna en la mano.

Porthos se acercó a la pared, mas no consiguió hacerse tan invisible que no reparara en él el embozado, quien le presentó su linterna, diciendo:

—Encended esa lámpara que pende del techo.

Y dirigiéndose a Artagnan, añadió:

—¿Sabéis la consigna?

—*Ia* —respondió el gascón, decidido a reducirse a esta interjección alemana.

—*Tedesco* —murmuró el caballero—. *Vabene.*

Y dirigiéndose a la puerta que estaba frente a la que le había dado paso, la abrió y desapareció, volviéndola a cerrar por fuera.

—Y ahora —dijo Porthos—, ¿qué hemos de hacer?

—Ahora nos serviremos de nuestros hombros para abrir esa puerta, si está cerrada, querido Porthos: cada cosa a su tiempo; pero atranquemos primero en toda forma la entrada, y luego seguiremos a ese caballero.

Inmediatamente pusieron ambos amigos manos a la obra; y atrancaron la puerta con cuantos muebles había en la sala, operación que imposibilitaba enteramente el paso, porque la puerta sólo se abría hacia adentro.

—Perfectamente —dijo Artagnan—, ya estamos seguros de no ser sorprendidos por las espaldas: vamos adelante.

Marcharon hacia la puerta por donde había salido Mazarino, y la encontraron cerrada. En vano procuró Artagnan abrirla.

—Ahora es cuando vienen bien vuestros empujones —dijo Artagnan—. Empujad, amigo Porthos, pero sin meter ruido: no hagáis otra cosa que separar las dos hojas de la puerta.

Porthos apoyó los fuertes hombros en una de ellas y la dobló; entonces introdujo Artagnan la punta de la espada entre el pestillo y el hueco de la cerradura. El pestillo cortado en bisel cedió y la puerta quedó libre.

—Ya veis con cuánta razón os decía, amigo Porthos, que de las puertas y de las mujeres se hace lo que se quiere tratándolas con cierta blandura.

—Declaro —respondió Porthos— que sois un gran moralista.

—Entremos —dijo Artagnan.

Así lo hicieron. Entre cristales a la luz de la linterna del cardenal, colocada en el suelo en medio de la galería, se veían los naranjos y granados del castillo de Rueil formando con sus extensas filas una ancha calle en el medio y dos más estrechas a los costados.

—Aquí está la linterna —dijo Artagnan—, pero el cardenal no: ¿dónde diantres se ha metido?

Y poniéndose a examinar una de las calles laterales, haciendo seña a Porthos de que examinase la otra, vio de pronto a la izquierda un cajón separado de su fila, el cual dejaba al descubierto un ancho agujero. Trabajo hubiese costado a diez hombres juntos mover aquel cajón; pero un desconocido mecanismo le había hecho girar con la losa que le sostenía.

Artagnan vio, como hemos dicho, un agujero en el lugar correspondiente al árbol, y a su boca el principio de una escalera de caracol. Llamó a Porthos con una seña y le enseñó el agujero y los escalones.

Los dos amigos se miraron con asombro.

—Si fuese oro lo que buscáramos —dijo en voz baja Artagnan—, aquí teníamos más que el suficiente para hacernos ricos.

—¿Cómo así?

—¿No reflexionáis, Porthos, que al pie de esa escalera debe estar, según todas las probabilidades, el famoso tesoro del cardenal que tanto da que hablar, y que no tendríamos más que bajar, vaciar una caja, dejar encerrado al cardenal bajo llave, marcharnos con todo el oro que pudiésemos, y colocar este naranjo en su sitio, seguros de que nadie vendría, incluso el cardenal, a preguntarnos la procedencia de nuestro dinero?

—Excelente golpe sería ese para un villano —dijo Porthos—, pero me parece indigno de un caballero.

—Así pienso yo también, y por esto he dicho: si *fuera oro lo que buscáramos,* pero buscamos otra cosa.

Al decir estas palabras asomó Artagnan la cabeza a la cueva, a tiempo que llegó a sus oídos un sonido metálico y seco como el que produciría un saco lleno de oro al moverle; apartóse sobresaltado, mas poco después percibió ruido como de cerrar una puerta, y los resplandores de una luz iluminaron la escalera.

Mazarino había dejado su linterna en el invernadero a fin de dar a entender que se estaba paseando, pero tenía una bujía de cera para explorar su misterioso tesoro.

—¡Eh! —murmuró en italiano, mientras subía lentamente los escalones, examinando un repleto saco de reales—; ¡eh!, aquí hay para pagar cinco consejeros del Parlamento y dos generales de París. Yo también soy un gran general, mas hago la guerra a mi modo.

Artagnan y Porthos se habían ocultado en las calles laterales cada cual detrás de un cajón y esperaban su salida.

Mazarino se acercó a Artagnan, hasta que sólo le separaron de él tres pasos, y tocó un resorte disimulado en la pared. Giró la losa y el naranjo que sostenía volvió a ocupar su sitio.

Entonces apagó el cardenal la bujía; se la guardó en el bolsillo, y cogiendo la linterna:

—Vamos a ver al conde de la Fère —observó.

—Bien, ese es nuestro camino —pensó Artagnan—; iremos juntos. Pusiéronse los tres en marcha; Mazarino por la calle de en medio y Porthos y Artagnan por las laterales. Ambos amigos huían cuidadosamente el cuerpo a las prolongadas líneas luminosas que a cada paso trazaba entre los cajones la linterna del cardenal.

De este modo llegó éste hasta una puerta vidriera sin notar que le seguían, porque la arena embotaba el ruido de los pasos de sus dos compañeros.

Allí torció a la izquierda y entró en un corredor en que al ir a abrir la puerta se detuvo, pensativo.

—¡Ah, diablo! —dijo—. Me olvidaba del encargo de Comminges. He de traer a los soldados a apostarlos junto a esta puerta, si no quiero quedarme a merced de este demonio. Vamos.

Y con un movimiento de impaciencia se volvió para empezar a andar.

—No os incomodéis, señor —dijo Artagnan con un pie echado adelante, el sombrero en las manos y la sonrisa en los labios; hemos seguido a Vuestra Eminencia paso a paso y aquí nos tenéis.

—Sí, aquí nos tenéis —repitió Porthos.

Y repitió el atento saludo de su compañero.

Paseó Mazarino los espantados ojos de uno en otro, los conoció y dejó la linterna lanzando un sordo gemido.

Artagnan la recogió; por fortuna no se había apagado.

—¡Oh! Qué imprudencia, señor —dijo—, ved que no os conviene andar sin luz. Vuestra Eminencia pudiera tropezar con algún cajón o caer en algún agujero.

—¡Artagnan! —exclamó Mazarino sin poder volver de su asombro.

—Sí, señor, yo soy en persona, y tengo el honor de presentaros al señor DuVallon, mi excelente amigo, por quien en otro tiempo dignóse Vuestra Eminencia interesarse.

Y Artagnan dirigió la luz de la linterna sobre el risueño rostro de Porthos, el cual, empezando a comprender, se erguía con orgullo.

—Ibais a ver al conde de la Fère —continuó Artagnan—. No os incomodéis por nosotros, señor, tened la bondad de enseñarnos el camino y os seguiremos.

Mazarino se iba serenando poco a poco.

—¿Ha mucho que estáis en el invernadero, caballeros? —preguntó con trémula voz y el pensamiento fijo en la visita que acababa de hacer a su tesoro.

Abrió Porthos la boca para contestar, pero Artagnan le atajó con una seña, y la silenciosa boca de Porthos se fue cerrando otra vez gradualmente.

—Acabamos de llegar, señor —dijo Artagnan.

Mazarino respiró: ya no temía por su dinero, sino sólo por su persona. Una dudosa sonrisa vagó por sus labios.

—Bien —dijo—, me habéis cogido en el lazo, señores, y me declaro vencido. Supongo que me pediréis vuestra libertad. Os la doy.

—¡Oh señor —dijo Artagnan—, vuestra bondad es excesiva, pero nosotros ya estamos libres y preferiríamos solicitaros otra cosa!

—¿Estáis ya libres? —preguntó Mazarino, espantado.

—Sí tal: y por el contrario vos sois, monseñor, el que no lo está; y ahora, ¿qué deseáis? Tales son las leyes de la guerra; ahora os toca rescataros.

Mazarino sintió el frío del miedo hasta en el fondo de su corazón. Inútilmente se fijaron sus penetrantes miradas en la burlona faz del gascón y en el impasible rostro de Porthos. Ambos estaban ocultos entre la sombra, y la misma sibila de Cumas no hubiese descubierto sus pensamientos.

—¡Rescatarme! —dijo Mazarino.

—Sí, señor.

—¿Y cuánto me costaría, señor de Artagnan?

—¡Psé! Aún no lo sé, señor. Iremos a preguntárselo al señor conde de la Fère, con permiso de Vuestra Eminencia. Dígnese Vuestra Eminencia abrir la puerta que conduce a su habitación y dentro de diez minutos lo sabremos.

Se estremeció Mazarino.

—Señor —dijo Artagnan—, ya ve Vuestra Eminencia con cuántos miramientos le tratamos; sin embargo, fuerza nos es advertir que no tenemos tiempo que perder; abrid, pues, señor, y dignaos no olvidar que al menor movimiento que hagáis para huir, al menor grito que deis, siendo enteramente excepcional nuestra posición, no será extraño que cometamos algún exceso.

—Perded cuidado, señores —dijo Mazarino—, no haré la menor tentativa para escaparme, os doy mi palabra de honor.

Artagnan rogó por señas a Porthos que estuviese más alerta que nunca, y volviéndose a Mazarino, le contestó:

—Entremos, señor, si os parece.

XC.— LA CONFERENCIA

Mazarino descorrió el cerrojo de una puerta de dos hojas a cuyo umbral estaba Athos pronto a recibir a su ilustre visitador, anunciado aquella tarde por Comminges.

Al ver a Mazarino se inclinó y dijo:

—Bien hubiese podido Vuestra Eminencia dispensarse de traer compañía; es sobrado grande el honor que recibo para olvidarme yo de él.

—Por esa misma razón, amigo mío —dijo Artagnan—, no quería Su Eminencia que viniésemos; pero Du-Vallon y yo hemos insistido, tal vez con poca cortesía: tal era el deseo que de veros sentíamos.

Aquella voz, aquel irónico acento y los ademanes que al acento y la voz acompañaban, hicieron a Athos temblar de sorpresa. —¡Artagnan! ¡Porthos! —exclamó.

—En persona, amigo mío.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó el conde.

—Esto quiere decir —contestó Mazarino, procurando como antes sonreírse y mordiéndose al mismo tiempo los labios—, esto quiere decir que se han cambiado los papeles, y que en vez de ser estos señores prisioneros míos, lo soy yo de ellos, de manera que me veo precisado a recibir la ley en vez de darla. Pero os prevengo, caballeros, que como no me matéis, no puede durar mucho vuestra victoria. Ya me llegará mi vez; vendrá gente y...

—¡Ah, señor! —dijo Artagnan—. No nos amenacéis, que es mal ejemplo. ¡Somos tan blandos, tan amables con Vuestra Eminencia! Ea, depongamos el mal humor, dejemos a un lado toda rencilla y hablemos pacíficamente.

—Es cuanto deseo, caballeros —respondió Mazarino—; pero puesto que de mi rescate se ha de tratar, no quiero que juzguéis vuestra posición mejor de lo que realmente es: me habéis cogido en el lazo, pero estáis conmigo en él. ¿Cómo saldréis de aquí? Ved las rejas, ved las puertas; ved, o, por mejor decir, adivinad los centinelas que permanecen detrás de esas puertas y de esas rejas, los soldados que llenan esos patios, y compongámonos. Os voy a probar la lealtad con que procedo.

—Bien dijo para sí Artagnan—; alerta, que se propone hacernos alguna jugarreta.

—Os ofrecí la libertad —prosiguió el ministro—, y todavía os la ofrezco. ¿La queréis? Antes de una hora os veréis descubiertos, presos y precisados a matarme, lo cual sería un crimen terrible y enteramente indigno de caballeros como vosotros.

—Tiene razón —pensó Athos.

Esta reflexión, como todas las de aquel hombre, que sólo podía tener pensamientos generosos, se pintó en sus ojos.

—Por eso —dijo Artagnan, con objeto de desvanecer la esperanza que la tácita adhesión de Athos había infundido a Mazarino—, por eso no nos propasaremos a semejante violencia a no vernos en el último apuro.

—Si, por el contrario —continuó Mazarino—, me permitís marchar aceptando vuestra libertad...

—¿Cómo? —interrumpió Artagnan—, ¿cómo queréis que aceptemos la libertad cuando nos la podéis volver a quitar, según vos mismo decís, cinco minutos después de habérnosla dado? Y creed —repuso Artagnan— que os conozco lo bastante, monseñor, para dudar de que así lo hicierais.

—¡No, a fe de cardenal! ¿No me creéis?

—Señor, no creo en los cardenales que no son sacerdotes.

—Pues sea a fe de ministro.

—Ya no lo sois, señor; sois prisionero.

—Pues a fe de Mazarino.

—¡Hum! —exclamó Artagnan—. He oído hablar de cierto Mazarino que tenía muy poca religiosidad en sus juramentos, y me temo que fuese antecesor de Vuestra Eminencia.

—Señor d'Artagnan —dijo Mazarino—, tenéis muchísimo talento; siento muchísimo haberme indispuesto con vos.

—Reconciliémonos, señor; por mí lo estoy deseando.

—Enhorabuena —repuso Mazarino—; si yo os pusiera en libertad de un modo evidente, palpable...

—¡Ah! Eso es otra cosa —murmuró Porthos.

—Veamos —dijo Athos.

—Veamos —dijo Artagnan.

—Sepamos primero si aceptáis —añadió el cardenal.

—Explicadnos vuestro plan, señor, y veremos.

—Notad bien que estáis encerrados sin escape.

—No ignoráis señor —dijo Artagnan—, que siempre nos queda un recurso.

—¿Cuál?

—Morir con Vuestra Eminencia. Mazarino tembló de pies a cabeza.

—Escuchadme —continuó—. A la extremidad de ese corredor hay una puerta cuya llave tengo aquí: esa puerta da al parque. Marchaos con la llave. Sois listos, vigorosos y estáis armados. A cien pasos, volviendo a la izquierda, hallaréis la tapia del parque: saltadla, y en tres brincos os veréis libres en el camino real. Os conozco, y creo que aunque os ataquen no dejaréis de consumar vuestra fuga.

—Pardiez, señor —dijo Artagnan—, eso se llama hablar bien. ¿Dónde está la llave que os servís ofrecernos?

—Aquí.

—Supongo, señor —prosiguió Artagnan—, que nos acompañaréis hasta la puerta.

—Con mucho gusto —dijo el ministro—, si para tranquilizaros es menester.

Mazarino, que no esperaba salir tan bien librado, se dirigió radiante al corredor y abrió la puerta.

Era cierto que daba al parque; así lo advirtieron los fugitivos por el viento nocturno que entró en el corredor y les azotó con nieve el rostro.

—¡Diantre! —dijo Artagnan—. Hace una noche horrible, monseñor: no conocemos el terreno, y nos sería imposible encontrar el camino. Ya que Vuestra Eminencia ha venido hasta aquí, dé algunos pasos más y condúzcanos a la tapia.

—Perfectamente —dijo el cardenal.

Y echando a andar en línea recta, marchó rápidamente hacia la tapia, a cuyo pie llegaron en pocos instantes.

—¿Estáis satisfechos, caballeros? —preguntó Mazarino.

—Muy descontentadizos habíamos de ser para no estarlo. ¡Pardiez, qué honor! ¡Tres míseros caballeros escoltados por un príncipe de la Iglesia!... Y a propósito, señor, dijisteis hace poco que éramos valientes y listos y que estábamos armados.

—Sí.

—Os engañasteis; sólo estamos armados Du-Vallon y yo; el señor conde no lo está, y por si encontramos alguna patrulla, convendría que pudiéramos defendernos.

—Es muy justo.

—¿Pero dónde hemos de encontrar una espada? —preguntó Porthos.

—Su Eminencia —dijo Artagnan—, prestará al conde la suya, que le es inútil.

—De todo corazón —dijo el cardenal—, y ruego al señor conde que la guarde en memoria mía.

—¡Vamos, que no es poca galantería, conde! —añadió Artagnan.

—Prometo a monseñor —respondió galantemente Athos— no separarme jamás de ella.

—Bien —repuso Artagnan—; ¡qué tierna es esa reciprocidad de sentimientos!, ¿no os asoman las lágrimas a los ojos, Porthos?

—Sí —contestó éste—, pero no sé si me las arranca ese espectáculo o el viento. Yo creo que ha de ser lo segundo.

—Subid ahora, Athos —dijo Aramis—, y despachad inmediatamente.

Auxiliado el conde por Porthos, que le levantó como una pluma, llegó al borde de la tapia.

—Saltad ahora, Athos.

Saltó Athos y desapareció por la parte contraria.

—¿Estáis en el suelo? —preguntó Artagnan.

—Sí.

—¿Sin daño? —Sin daño.

—Porthos, vigilad al señor cardenal mientras yo subo; no, no os necesito, subiré yo solo. No le perdáis de vista.

—No le pierdo de vista —repuso Porthos—. ¿Lo veis?

—Tenéis razón: es más difícil de lo que parece. Poned un hombro, mas sin soltar al señor cardenal.

—No le suelto.

Presentó Porthos el hombro a Artagnan, el cual, merced a este apoyo, consiguió ponerse a caballo sobre la tapia.

Mazarino los contemplaba con una sonrisa.

—¿Estáis ya? —dijo Porthos.

—Sí, amigo mío, ahora...

—¿Qué?

—Echadme aquí al señor cardenal, y al menor grito que dé ahogadle.

Quiso Mazarino oponerse, pero Porthos le agarró con fuerza y le levantó hasta Artagnan, el cual le sujetó por el cuello de la ropilla y le sentó a su lado, diciéndole con amenazador acento:

—Saltad inmediatamente a ese otro lado donde se halla el conde de la Fère; si no, os mato, a fe de caballero.

—Artagnan —dijo Mazarino—, estáis faltando a la fe prometida.

—¿Yo? ¿Cuándo ni dónde os he prometido nada, señor?

Mazarino exhaló un gemido.

—Por mí sois libre —repuso—. Vuestra libertad era el precio de mi rescate.

—Enhorabuena; mas ¿y el rescate de ese inmenso tesoro que tenéis oculto en la galería en una cueva que se abre por medio de un resorte disimulado en la pared, el cual hace girar un cajón que deja en descubierto una escalera? ¿No merece ese tesoro que se hable de él? Decid, señor.

—¡Jesús! —exclamó Mazarino sofocado y juntando las manos¡Jesús, Dios mío! Soy hombre perdido.

Sin pararse a oír sus quejas, Artagnan le cogió por debajo de los brazos y le pasó suavemente a manos de Athos, el cual permaneció impasible al pie de la tapia.

Volviéndose entonces a Porthos:

—Coged mi mano —murmuró Artagnan—, aquí estoy yo.

Hizo Porthos un esfuerzo que casi desquició la tapia y logró trepar por ella.

—No os había entendido del todo —dijo—, pero ahora que lo entiendo, conozco que es muy chistoso.

—¿De veras? —preguntó Artagnan—. Celebro que os agrade; pero para que lo sea enteramente no perdamos tiempo.

Y de un salto púsose en el suelo. Porthos le imitió.

—Acompañad al señor cardenal —dijo Artagnan—, yo iré descubriendo terreno.

El gascón desenvainó la espada y se puso a vanguardia.

—Señor —preguntó—, ¿por dónde hemos de ir para entrar en el camino real? Reflexionad bien antes de responder, porque si os equivocarais pudieran resultar serios inconvenientes, no sólo para nosotros, sino para Vuestra Eminencia.

—Seguid a lo largo de la tapia, caballero —dijo Mazarino—, y no os exponéis a perderos.

Apretaron el paso los tres compañeros, pero pasados algunos instantes tuvieron que acortarle, pues por grandes que fueran sus deseos, el cardenal no podía seguirles.

De pronto tropezó Artagnan con una cosa caliente que hizo un movimiento.

—¡Diantre! Un caballo —dijo—; he encontrado un caballo, señores.

—Y yo otro —dijo Athos.

—Y yo otro —dijo Porthos, quien, fiel a su consigna, no había soltado el brazo del cardenal.

—Esto se llama tener suerte, señor —dijo Artagnan—; justamente cuando Vuestra Eminencia se estaba quejando de ir a pie...

Pero al decir estas palabras, sintió sobre el pecho el cañón de una pistola, y oyó estas palabras gravemente pronunciadas:

—¡No tocar!

—Grimaud —murmuró Artagnan—, Grimaud, ¿qué haces aquí? ¿Te envía el cielo por ventura?

—No, señor —contestó el criado—, sino que el señor de Aramis me ha mandado que guarde los caballos.

—¿Está aquí Aramis?

—Sí, señor, desde ayer.

—¿Y qué hacéis?

—Observar.

—¡Cómo! ¿Se halla Aramis aquí? —repitió Athos.

—Junto a la puerta falsa del castillo. Allí le ha correspondido apostarse.

—¿Con que sois muchos?

—Sesenta.

—Haz que le avisen.

—Al momento, señor.

Y persuadido de que nadie desempeñaba mejor que él mismo la comisión, Grimaud arrancó a correr y dejó esperando a los tres amigos, llenos de alegría al verse otra vez reunidos.

De los que componían el grupo, sólo Mazarino estaba de mal humor.

XCI.— DONDE SE EMPIEZA A CREER QUE PORTHOS LLEGARÁ A SER FINALMENTE BARÓN Y ARTAGNAN CAPITÁN

Diez minutos habrían pasado cuando llegó Aramis acompañado de Grimaud y de ocho o diez caballeros. Grande. fue su júbilo al abrazar a sus amigos.

—¡Ya estáis libres, hermanos, libres sin ayuda mía! ¡Y nada he podido hacer por vosotros a pesar de mis esfuerzos!

—No os aflijáis, lo que se difiere no se pierde. Si nada habéis podido hacer ahora, ya tendréis ocasión.

—Sin embargo, yo tenía bien tomadas todas mis precauciones —dijo Aramis—. El señor coadjutor me dio sesenta hombres; veinte guardan las tapias del parque, veinte el camino de Rueil a San Germán y el resto está diseminado por el bosque. En virtud de estas disposiciones estratégicas, he interceptado dos correos de Mazarino a la reina. Mazarino aplicó el oído.

—Supongo —dijo Artagnan— que los habréis devuelto al señor cardenal.

—¡Oh! —respondió Aramis—. No será con él con quien la eche yo de atento. En uno de los pliegos declaraba el cardenal a la reina que están vacías las arcas reales, y que S. M. carece de dinero; en otro anunciaba que iba a trasladar sus prisioneros a Melun por no parecerle Rueil punto bastante seguro. Ya conoceréis, amigo, las buenas esperanzas que me infundiría esta carta. Me embosqué con mis sesenta hombres, rodeé el castillo, mandé disponer caballos, confiándolos al inteligente Grimaud, y aguardé a que salierais. No esperaba que fuera hasta mañana por la mañana, no creía poder libertaros sin mediar alguna escaramuza. Estáis libres esta noche y sin combatir, tanto mejor. ¿Cómo habéis podido burlar la vigilancia de un ente como Mazarino? ¿Tenéis muchos motivos de queja contra él?

—No muchos —dijo Artagnan.

—¿Es cierto?

—Diré más, tenemos motivos para elogiarle.

—¡Imposible!

—Sí, por cierto, a él debemos nuestra libertad.

—¿A él?

—Sí; hizo que Bernouin, su ayuda de cámara, nos llevara al invernadero y desde allí pasamos en su compañía a visitar al conde de la Fère. Entonces nos ofreció la libertad; aceptamos y ha llevado su complacencia al extremo de enseñarnos el camino y guiarnos hasta la tapia del parque, que acabábamos de escalar con la mayor suerte cuando encontramos a Grimaud.

—Vamos —dijo Aramis—, eso me reconcilia con él; quisiera que estuviese aquí para decirle que no le suponía capaz de tan buena acción.

—Señor —dijo Artagnan sin poder contenerse más—, permitid que os presente al caballero de Herblay, que, como habéis podido oír, desea cumplimentar respetuosamente a Vuestra Eminencia.

Y retiróse dejando al confuso cardenal expuesto a las asombradas miradas de Aramis.

—¡Oh!... ¡Oh! —exclamó éste—. ¡El cardenal! ¡Excelente presa! ¡Hola!, ¡hola, amigos!, ¡los caballos!, ¡los caballos!

Acercáronse cuatro jinetes.

—¡Voto a!... —dijo Aramis—. Al fin seré útil para algo. Señor dígnese Vuestra Eminencia recibir todos mis homenajes. Apuesto a que ese san Cristóbal de Porthos es el autor de este golpe de mano. A propósito, se me olvidaba...

Y dio cierta orden en voz baja a uno de los jinetes.

—Creo que sería prudente echar a andar —dijo Artagnan.

—Sí, pero estoy aguardando a una persona..., a un amigo de Athos.

—¿A un amigo? —dijo el conde.

—Miradle, allí viene, a galope tendido, por entre la maleza.

—¡Señor conde! ¡Señor conde! —gritó una voz juvenil que hizo estremecer a Athos.

—¡Raúl! ¡Raúl! —exclamó el conde de la Fère.

El joven olvidó su habitual respeto por un instante, y arrojóse en brazos de su padre.

—Ved eso, señor cardenal, ¿no hubiera sido una lástima separar a personas que se quieren como nosotros? Señores —prosiguió Aramis volviéndose a los jinetes, que cada vez eran más numerosos—; señores, rodead a Su Eminencia y hacedle los honores; tiene a bien favorecernos con su compañía y espero que se lo agradeceréis. Porthos, no perdáis de vista al cardenal.

Dicho esto se reunió Aramis con Artagnan y Athos, que estaban deliberando, y entró en consejo con ellos.

—Ea —dijo Artagnan después de cinco minutos de conferencia—, partamos.

—¿Y adónde vamos? —preguntó Porthos.

—A vuestra casa, amigo: a Pierrefonds; vuestro admirable castillo es digno de ofrecer su hospitalidad señorial a Su Eminencia; está muy bien situado, ni muy cerca ni muy lejos de París, y desde él se podrán establecer comunicaciones fáciles con la capital. Venid, señor, allí estaréis como lo que sois, como un príncipe.

—Príncipe caído —observó lastimosamente Mazarino.

—Señor, la guerra tiene sus altas y sus bajas —respondió Athos—; pero estad seguro de que no abusaremos.

—No, pero usaremos —replicó Artagnan.

El resto de la noche la pasaron los raptores corriendo con su antigua e infatigable rapidez: Mazarino, triste y pensativo, se dejaba arrastrar en aquella fantástica carrera.

Al amanecer habían andado doce leguas sin descanso; la mitad de la escolta estaba sin fuerzas; algunos caballos cayeron al suelo.

—Los caballos de estos tiempos no valen lo que los antiguos —observó Porthos—: todo degenera en este mundo.

—He enviado a Grimaud a Dammartin —le respondió Aramis—, a fin de que nos traiga cinco de refresco, destinando el uno a Su Eminencia y los cuatro a

nosotros. Lo principal es qué no nos separemos de monseñor; luego se nos reunirá el resto de la escolta; pasando de San Dionisio nada hemos de temer.

Efectivamente, Grimaud llevó cinco caballos; la persona a quien se había dirigido era un amigo de Porthos, que no quiso venderlos, como se le propuso, sino que los regaló. Diez minutos después se detenía la cabalgata en Ermenonville, mas los cuatro amigos siguieron su carrera con nuevo ardor escoltando a Mazarino.

A las doce del día penetraban en la alameda del castillo de Porthos.

—¡Ah! —exclamó Mosquetón, que iba con Artagnan y que no había pronunciado una palabra en todo el camino—. ¡Ah! Que me creáis o no, os confieso, señor, que esta es la primera vez que respiro desde que salí de Pierrefonds.

Y puso su caballo a galope para anunciar a los otros criados la llegada de Du-Vallon y sus amigos.

—Somos cuatro —dijo Artagnan a los demás—; nos relevaremos para vigilar a Su Eminencia, y cada cual hará centinela tres horas. Athos reconocerá el edificio, pues se trata de hacerlo inconquistable en caso de asedio. Porthos cuidará de las provisiones y Aramis de la guarnición; esto es, que Athos será ingeniero general, Porthos proveedor y Aramis gobernador de la plaza.

Entretanto instalaron al cardenal en la mejor habitación de la casa.

—Caballeros —dijo éste después de su instalación—, supongo que no pensaréis tenerme aquí mucho tiempo de incógnito.

—No, señor —respondió Artagnan—; por el contrario, pensamos publicar muy en breve que estáis en nuestro poder.

—Entonces os sitiarán.

—Lo suponemos.

—¿Y qué haréis?

—Defendernos. Si viviese todavía el difunto señor cardenal de Richelieu, os contaría la historia de cierto baluarte de San Gervasio, en que los cuatro, con otros tantos lacayos y doce cadáveres, hicimos frente a un ejército entero.

—Semejantes proezas se hacen una vez, señores; pero no se repiten.

—Es que tampoco necesitamos ahora tanto heroísmo; mañana recibirá aviso el ejército parisiense; pasado mañana estará aquí, y en lugar de darse la batalla en San Dionisio o en Charenton, se dará hacia Compiegne o Villers-Coterets.

—El señor príncipe de Condé os derrotará como siempre.

—Es posible, señor, pero antes de la batalla trasladaremos a Vuestra Eminencia a otro castillo de nuestro amigo Du-Vallon, que tiene tres como éste. No queremos exponer a Vuestra Eminencia a los azares de la guerra.

—Vaya —dijo Mazarino—, ya veo que será necesario capitular.

—¿Antes del sitio?

—Sí; quizá así sean mejores las condiciones.

—¡Ah, monseñor! En cuanto a condiciones, ya veréis cuán poco exigentes somos.

—Pues decidlas.

—Descansad por ahora, señor, mientras reflexionamos nosotros.

—No necesito descansar, señores: necesito saber si estoy entre amigos o entre enemigos.

—¡Entre amigos, señor, entre amigos!

—Decidme, entonces, sin tardanza lo que queréis, para que yo vea si es posible algún acomodo. Hablad, señor conde de la Fère.

—Señor —dijo Athos—, para mí nada tengo que pedir; para Francia, tendría que pedir demasiado. Me abstengo, pues, y cedo la palabra al caballero de Herblay.

Y Athos hizo una reverencia, dio un paso atrás y se quedó en pie recostado en la chimenea, como mero espectador.

—Hablad vos, señor de Herblay —dijo el cardenal—. ¿Qué deseáis? No os andéis en rodeos y ambigüedades. Sed claro, breve y compendioso.

—Yo, señor, jugaré a cartas vistas.

—Descubrid, pues, vuestro juego.

—En el bolsillo traigo —dijo Aramis— el programa de las condiciones que anteayer os impuso en San Germán la comisión de que formé parte. Respetando los derechos de la antigüedad, nos concederéis lo que en ese programa se pedía.

—Ya estábamos casi de acuerdo sobre él —contestó Mazarino—; pasemos a las condiciones particulares.

—¿Pensáis que las habrá? —dijo Aramis sonriéndose.

—Creo que no todos tendréis el desinterés del señor conde de la Fère —dijo Mazarino, volviéndose hacia Athos y saludándole.

—Lo acertasteis, monseñor —repuso Aramis—, y celebro que al fin hagáis justicia al conde. El señor de la Fère tiene un alma superior a los deseos vulgares y a las pasiones humanas, un alma grande y modelada a la antigua. El señor conde es un ser extraordinario. Tenéis razón, monseñor, no valemos para descalzarle, y nosotros somos los primeros en confesarlo.

—Aramis —dijo Athos—, ¿os burláis?

—No, amigo conde; digo lo que pensamos y lo que piensan cuanto os conocen; pero, en fin, no se trata de vos, sino de monseñor y de su indigno servidor el caballero de Herblay.

—Manifestad, por tanto, lo que deseáis, además de las condiciones generales, de las cuales volveremos a hablar luego.

—Deseo, señor, que se ceda la Normandía a la señora de Longueville, con plena y completa absolución y quinientas mil libras. Deseo que Su Majestad el rey se digne a ser padrino del niño que acaba de dar a luz la misma señora, y que Vuestra Eminencia, después de presenciar el bautismo, vaya a presentar sus homenajes a nuestro Santo Padre el Papa.

—Es decir, que queréis que haga dimisión de mis funciones de ministro, que salga de Francia, que me destierre.

—Quiero que V E. sea Papa a la primera vacante, reservándome para entonces pedir indulgencias plenarias para mis amigos y para mí. Mazarino hizo un mohín difícil de definir.

—¿Y vos? —preguntó a Artagnan.

—Yo, señor —dijo el gascón—, soy punto por punto del mismo parecer que el caballero de Herblay, exceptuando la última cláusula, sobre la cual tengo una opinión diametralmente opuesta a la suya. Lejos de pretender que monseñor salga de Francia, quiero que se quede en París; lejos de desear que sea Papa, deseo que prosiga siendo primer ministro, porque monseñor es un político consumado. Procuraré también, en cuanto de mí dependa, que salga Vuestra Eminencia vencedor de la Fronda, mas a condición de que se acuerde un tanto de los leales servidores del rey y de que confiera la primera compañía de mosqueteros a una persona que yo designe. ¿Y vos, Du-Vallon?

—Sí, hablad, pues os corresponde hacerlo —añadió el cardenal.

—Yo —dijo Porthos— quisiera que el señor cardenal, para honrar mi casa, que le ha dado asilo, tuviese a bien, en memoria de esta aventura, erigir mis tierras, en baronía, prometiéndome, además, hacer a un amigo mío Caballero de la orden del Espíritu Santo a la primera promoción.

—Ya sabéis que para recibir una orden son precisas ciertas pruebas.

—Mi amigo las presentará, y si no hubiese otro remedio, monseñor le diría cómo se elude esta formalidad.

El tiro iba bastante directo. Mordióse Mazarino los labios y contestó con alguna sequedad:

—Mal se concilian esas exigencias, señores, pues, satisfaciendo a unos, tengo que descontentar a otros. Si permanezco en París, no puedo ir a Roma; si soy Papa, no puedo continuar siendo ministro, y si no soy ministro, no puedo hacer capitán al señor d'Artagnan, ni barón al señor Du-Vallon.

—Claro es —dijo Aramis—. Como estoy en minoría, retiro mi proposición en cuanto al viaje a Roma y la dimisión de Vuestra Eminencia.

—¿Con que soy ministro? —dijo Mazarino.

—Quedamos en que lo seréis, señor —dijo Artagnan—. Francia os necesita.

—Y yo desisto de mis pretensiones, y V E. será como hasta aquí, primer ministro y aun íntimo de S. M. si consiente en concedernos a mis amigos y a mí lo que para Francia y para nosotros pedimos.

—Pensad en vosotros, caballeros, y dejad a Francia que se arregle conmigo como pueda.

—No, no —repuso Aramis—; es necesario que se haga un tratado con los frondistas, y V E. tendrá a bien escribirle y firmarle a presencia nuestra, comprometiéndose en él a obtener la ratificación de la reina.

—Yo sólo puedo responder de mí —repuso Mazarino—, y no de la reina. Y si se negara S. M...

—¡Oh! dijo Artagnan—. Bien sabe Vuestra Eminencia que Su Majestad no puede negarle nada.

—Aquí está el trato propuesto por la diputación de los frondistas —dijo Aramis—. Dígnese V E. leerle y examinarle.

—Ya le conozco —contstó Mazarino.

—Pues firmadle entonces.

—Advertid, señores, que mi firma, en las circunstancias en que nos encontramos, pudiera ser considerada como arrancada por fuerza.

—Allí estará monseñor para decir que la puso voluntariamente.

—Mas si yo rehusara...

—¡Oh! Entonces a nadie podría quejarse V E. de las consecuencias de su negativa —dijo Artagnan.

—¿Osaríais atentar contra un cardenal?

—V E. ha atentado contra unos mosqueteros de S. M.

—Caballeros, la reina me vengará.

—No creo tal, aunque no dudo que le sobrarían deseos; pero iremos a París con V E., y los parisienses son gente capaz de defendernos.

—¡Qué intranquilidad debe reinar en este momento en Reuil y en San Germán! —dijo Aramis—. ¡Cómo se preguntarán todos dónde está el cardenal, qué ha sido del ministro, dónde se ha escondido el favorito!, ¡cómo buscarán a V E. por todos los rincones!, ¡qué comentarios harán! Y si la Fronda sabe dónde está monseñor, ¡qué triunfo para la Fronda!

—¡Eso es horrible! —exclamó Mazarino. —Firmad, pues, el tratado —dijo Aramis.

—Pero ¿y si lo firmo y se niega la reina a ratificarle?

—Yo me encargo de ver a S. M. —dijo Artagnan—, y lograrlo.

—Cuidad —dijo Mazarino— no os reciban en San Germán de un modo muy distinto del que esperáis.

—¡Bah! —repuso Artagnan—. Yo me arreglaré de manera que me reciban bien; tengo un medio.

—¿Cuál?

—Llevaré a S. M. la carta en que V E. le anuncia que están completamente agotadas las arcas reales.

—¿Y luego? dijo Mazarino palideciendo.

—Luego que sea S. M. en la crítica situación que es consiguiente, la conduciré a Reuil, la haré entrar en el invernadero y le indicaré un resorte con que se mueve cierto cajón.

—¡Basta, caballero! —exclamó el cardenal—. ¡Basta! ¿Dónde está el tratado?

—Aquí —dijo Aramis.

—Ya veis que somos generosos —dijo Artagnan—. Suponed la multitud de cosas que pudiéramos hacer con semejante secreto.

—Firmad, pues —prosiguió Aramis presentándole la pluma. Incorporóse Mazarino y dio algunos paseos por la habitación, más pensativo que abatido. Detúvose luego y preguntó:

—¿Cuál será mi garantía después de firmar?

—Mi palabra de caballero, señor cardenal dijo Athos.

Mazarino se volvió hacia el conde de la Fère, examinó un momento aquel noble y franco rostro, y tomando la pluma:

—Eso me satisface, señor conde —dijo. Y firmó, añadiendo:

—Ahora, señor d'Artagnan, disponeos a marchar a San Germán y a llevar una carta mía a la reina.

XCII.— UNA PLUMA Y UNA AMENAZA

Artagnan no ignoraba que la ocasión sólo tiene un cabello, y no era hombre capaz de dejarla pasar sin tirarla de él. Organizó un sistema de viaje pronto y seguro, enviando por delante caballos de relevo a Chantilly, de modo que en cinco o seis horas pudiese ponerse en París. Pero antes de echar a andar, reflexionó que en una persona de talento y de experiencia, sería un disparate ir a buscar una cosa incierta dejando otra cosa tan cierta a sus espaldas.

—Efectivamente —dijo para sí en el momento de montar a caballo para evacuar su peligrosa comisión—. Athos es por su generosidad un héroe de novela; Porthos, un material excelente, pero predispuesto siempre a sufrir cualquier influencia; Aramis tiene un rostro jeroglífico, es decir, siempre ilegible. ¿Qué producirán estos tres elementos cuando no esté yo presente para amalgamarlos?... Tal vez la libertad del cardenal. Ahora bien, la libertad del cardenal es la ruina de todas nuestras esperanzas, y nuestras esperanzas son hasta ahora la única recompensa de veinte años de trabajos, en cuya comparación fueron los de Hércules hazañas de pigmeos.

Marchó en busca de Aramis y le dijo:

—Querido Herblay, vos que sois la Fronda por esencia y por potencia, desconfiad de Athos, que no quiere mirar por los negocios de nadie, ni aún por los suyos propios. Desconfiad particularmente de Porthos, que por dar gusto al conde, a quien considera como una divinidad en la tierra, sería capaz de auxiliar la evasión de Mazarino, si tiene Mazarino el talento de representar una escena de los tiempos caballerescos.

Aramis le contestó con una sonrisa tan astuta como resuelta:

—Nada temáis: tengo condiciones que exigir. No laboro para mí, sino para otros, y es necesario que mi corta ambición produzca sus resultados en favor de las personas que a ello tienen derecho.

—Corriente —pensó Artagnan—; por este lado estoy tranquilo.

Dio un apretón de manos a Aramis, y marchó en busca de Porthos.

—Amigo —le dijo—, tanto habéis trabajado conmigo en el edifi cio de nuestra fortuna, que, estando a punto de recoger el fruto de nuestros trabajos, sería una ridiculez dejaros dominar por Aramis, cuya astucia no ignoráis; astucia que, sea dicho entre nosotros, no siempre carece de egoísmos; o por Athos, hombre generoso y desinteresado, pero también hombre hastiado de todo, y que, como nada desea para sí, no comprende que los demás tengamos deseos. ¿Qué diríais si alguien de nuestros amigos os propusiese soltar a Mazarino?

—Diría que nos había costado mucho trabajo el cogerle para soltarle de ese modo.

—Bravo, Porthos, y tendríais razón, pues con él soltaríais la baronía que ya tenéis cogida, sin contar con que apenas se viese Mazarino fuera, os mandaría ahorcar.

—¡Cómo! ¿De veras?

—Cierto.

—Entonces le mato antes que permitir que se escape.

—Y haréis bien. No es cosa, como conocéis, cuando creemos laborar por cuenta nuestra, de hacerlo por los frondistas, los cuales por otra parte no comprenden las cuestiones políticas como nosotros, que somos unos veteranos.

—No tengáis miedo, amigo —contestó Porthos—. Ahora os miro por el balcón montar a caballo, y os sigo con la vista hasta que desaparezcáis. En seguida vuelvo a instalarme junto a la puerta del cardenal cerca de una puerta vidriera que da a la alcoba. Desde allí lo veo todo, y al menor movimiento sospechoso lo aplasto.

—Muy bien —dijo entre sí Artagnan—; me parece que por esta parte estará bien guardado el cardenal.

Y dando otro apretón de manos al señor de Pierrefonds, marchó hacia donde permanecía Athos.

—Querido Athos —le dijo—, me voy. Una sola cosa tengo que deciros. Ya conocéis a Ana de Austria. La prisión de Mazarino es la única garantía de mi vida. Si le dejáis escapar soy perdido.

—Sólo esa grave consideración, querido Artagnan, podría determinarme a hacer el oficio de carcelero. Os prometo, bajo mi palabra, que encontraréis al cardenal donde le dejáis.

—Eso me tranquiliza más que todas las firmas regias —dijo Artagnan—. Habiéndome Athos dado su palabra, puedo marcharme.

Y marchóse efectivamente sin más escolta que su espada y provis

to sólo de un pase de Mazarino para ver a la reina. Seis horas después de su salida de Pierrefonds, se hallaba en San Germán.

Todavía se ignoraba la desaparición de Mazarino; sólo Ana de Austria la sabía y disimulaba su inquietud a los más allegados. En la habitación que ocupaban Artagnan y Porthos, habían sido hallados los dos suizos con sus mordazas y sus ligaduras. Inmediatamente se les devolvió el uso de los miembros y de la palabra, pero sólo podían decir lo que sabían: la forma en que fueron pescados, maniatados y despojados de sus vestidos. Ignoraban, lo mismo que los demás

habitantes del castillo, lo que hubieran hecho Porthos y Artagnan luego que salieron por donde antes habían entrado ellos.

Sólo Bernouin sabía algo más. Viendo que no volvía su amo y oyendo dar las doce de la noche, se arriesgó a entrar en el invernadero. Concibió algunas sospechas al ver atrancada la primera puerta; mas sin dar parte de ellas a nadie, se abrió camino con la mayor paciencia por entre los revueltos muebles. Llegó después al corredor, cuyas puertas halló abiertas de par en par, así como la de la habitación de Athos y la del parque. Llegado a éste, le fue fácil seguir las huellas marcadas en la nieve y vio que concluían en la tapia; advirtió que se repetían a la parte opuesta, que más adelante se mezclaban con las de algunos caballos, y que se terminaban en las de toda una tropa de caballería que se había alejado en dirección a Enghien. Ya no tuvo duda de que el cardenal hubiese sido robado por los tres prisioneros, puesto que éstos habían desaparecido con él, y corrió a San Germán para participar esta desaparición a la reina.

Ana de Austria encargóle silencio, y Bernouin le guardó escrupulosamente; llamó después al príncipe de Condé, se lo refirió todo, y el príncipe se puso inmediatamente en campaña con quinientos o seiscientos caballos, rogando que registrasen todas las cercanías, y condujeran a San Germán a toda tropa sospechosa que se alejase de Rueil en cualquier dirección que fuera.

Como Artagnan no formaba tropa, pues iba solo, como no se alejaba de Rueil, porque iba a San Germán, nadie reparó en él y su viaje se verificó con toda libertad.

La primera persona con quien se encaró el embajador al entrar en el patio del antiguo castillo, fue maese Bernouin, que esperaba en la puerta noticias de su amo.

Al ver a Artagnan penetrar a caballo en el patio de honor, se restregó Bernouin los ojos creyendo que se equivocaba. Pero Artagnan movió amistosamente la cabeza, se apeó, y entregando las riendas de su caballo a un lacayo que pasaba, se aproximó al ayuda de cámara con la sonrisa en los labios.

—¡Señor d'Artagnan! —exclamó éste con el acento de un hombre que, presa de una pesadilla, hablara durmiendo—. ¡Señor d'Artagnan!

—El mismo, Bernouin.

—¿Y qué venís a hacer aquí?

—Vengo a traer noticias recientes del señor de Mazarino.

—¿Qué ha sido de él?

—Está tan bueno como vos y como yo.

—¿Y no le ha pasado ningún lance desagradable?

—Nada de eso. Tenía deseos de hacer un viajecillo por la isla de Francia y nos rogó, al conde de la Fère, al señor Du-Vallon y a mí que le acompañásemos. ¿Cómo negarnos a tal demanda, siendo tan leales suyos? Anoche nos fuimos y aquí estoy.

—Ya lo veo.

—Su Eminencia tenía que manifestar una cosa a S. M., una cosa secreta y particular, una misión que sólo podía confiarse a un hombre seguro, y por eso

me envía a San Germán. Conque, amigo Bernouin, si deseáis dar gusto a vuestro amo, decid a Su Majestad que estoy aquí y manifestadle el motivo que me trae.

Ya hablase seriamente, ora fuese su discurso una continua burla, siendo cierto que en aquellas circunstancias Artagnan era el único que podía terminar la inquietud de Ana de Austria, no tuvo Bernouin dificultad en ir a participarle esta singular embajada, y la reina le dio afectuosamente orden de que introdujera al instante a M. Artagnan.

Acercóse el mosquetero a la soberana con todas las manifestaciones del más profundo respeto. A tres pasos de distancia hincó una rodilla en tierra y le presentó la carta.

Ya hemos indicado su contenido; era una carta mitad de introducción, mitad de crédito. La reina leyóla; conoció perfectamente la letra del cardenal, aunque algo temblona, y como nada le refería de lo ocurrido, pidió pormenores.

Artagnan lo refirió con la ingenuidad y sencillez de que sabía revestirse cuando le era necesario.

Conforme iba hablando, mirábale la reina con un progresivo asombro; no comprendía cómo podía un hombre atreverse a concebir tal empresa, y mucho menos cómo tenía la audacia de contársela a una persona que estaba interesada y casi obligada a castigarle.

—¡Cómo, caballero! —exclamó la reina sonrojada de indignación—. ¡Y osáis confesarme vuestro crimen!, ¡a referirme vuestra traición!

—Perdonadme, señora, pero creo o que me he explicado mal, o que V M. no me ha comprendido bien: en esto no hay traición ni crimen. El señor Mazarino nos tenía presos a Du-Vallon y a mí, porque no creímos que nos hubiera enviado a Inglaterra para ver tranquilamente decapitar al rey Carlos I, al cuñado de vuestro difunto esposo, al esposo de la señora Enriqueta, hermana y huéspeda vuestra, y porque hicimos lo posible a fin de salvar la vida al regio mártir. Estábamos, pues, convencidos mi amigo y yo de que éramos víctimas de algún error, y de que era necesaria una franca explicación entre nosotros y Su Eminencia. Mas como para que una explicación produzca buenos resultados se requiere que se haga tranquilamente, lejos de ruido y de curiosos, condujimos al señor cardenal a un castillo de mi amigo, y allí nos hemos explicado. Y era cierto, señora, lo que nos habíamos temido: mediaba un error. El señor cardenal pensaba que habíamos servido al general Cromwell en vez de servir al rey Carlos, vergüenza que hubiera recaído sobre él y sobre V M.; cobardía que hubiese mancillado en su tronco la soberanía de vuestro ilustre hijo. Nosotros le hemos probado lo contario y estamos prontos a probárselo también a V M., llamando a la augusta viuda que llora en ese Louvre donde le da habitación vuestra real munificencia. Tan satisfecho ha quedado; que en muestra de satisfacción me envía, como V M. puede ver, a fin de tratar de las reparaciones que naturalmente se deben a unos caballeros mal apreciados y equivocadamente perseguidos.

—Os estoy escuchando y admirando, caballero —dijo Ana de Austria—. Por cierto que pocas veces he visto tal exceso de imprudencia.

—Veo también que V M. se equivoca en cuanto a nuestras intenciones, como se equivocó el señor Mazarino.

—Os equivocáis, caballero; tan poco equivocada estoy, que dentro de diez minutos os hallaréis preso, y que dentro de una hora saldré de San Germán a la cabeza de mi ejército para libertar al señor ministro.

—Estoy cierto de que V M. no cometerá semejante imprudencia —dijo Artagnan—, porque sería inútil, y porque produciría los más graves resultados. Antes de que le libertaran, perecería el señor cardenal, y tan persuadido está Su Eminencia de la verdad de lo que digo, que por el contrario me ha rogado, en caso de que estuviese V M. predispuesta de ese modo, hiciera todo lo posible para desviarla de su propósito.

—Pues bien, me limitaré a mandar que os prendan.

—Tampoco, señora, porque el caso de mi arresto está tan previsto como el de la libertad del cardenal a mano armada. Si no vuelvo mañana a una hora señalada, pasado mañana será conducido el señor cardenal a París.

—Bien se conoce, caballero, que por vuestra posición vivís lejos de los hombres y de las cosas, porque de otro modo sabríais que el señor cardenal ha estado cinco o seis veces en París desde nuestra salida de la capital, que ha visto allí al señor de Beaufort, al señor de Bouillon, al señor coadjutor y Elbeuf, y que ninguno ha formado intención de prenderle.

—Perdonad, sé todo cuanto decís, y por esa misma razón no le entregarían al señor de Beaufort, ni al de Bouillon, ni al señor coadjutor, ni al señor de Elbeuf, en vista de que estos señores hacen la guerra por su propia cuenta, y a que el señor cardenal quedaría libre con solo concederles lo que pidiesen; pero le entregarían al Parlamento, y si bien es verdad que al Parlamento se le podría comprar al por menor, ni el mismo cardenal es bastante rico para pagarle en masa.

—Paréceme —dijo Ana de Austria clavando en Artagnan sus miradas, que desdeñosas en una mujer eran terribles en una reina—, paréceme que estáis amenazando a la madre de vuestro monarca.

—Si amenazo, señora, es porque me veo forzado a ello. Me engrandezco, porque necesito ponerme a la altura de los sucesos y de las personas. Pero estad muy convencida de una cosa, señora, por el corazón que late por vos en este pecho, os aseguro que habéis sido el ídolo constante de nuestra vida, arriesgada, como no ignoráis, más de veinte veces por V M. ¡Y qué señora!, ¿no tendría V M. piedad de sus servidores, que vegetan en la oscuridad, sin dejar traslucir por un solo suspiro los santos y solemnes secretos que tiene el honor de guardaros? Miradme, señora, a mí, que os hablo, a mí, a quien acusáis de levantar la voz y de expresarme en tono amenazador. ¿Quién soy? Un pobre oficial, sin fortuna, sin abrigo, sin porvenir, si las miradas de mi reina, que durante tanto tiempo he buscado, no se fijan en mí. Mirad al conde de la Fère, tipo de nobleza, flor de la caballería; ha tomado parte contra su reina, o mejor dicho, contra su ministro, sin la menor exigencia personal. Ved, en fin, a Du-Vallon, a esa alma fiel, a ese brazo de acero; veinte años ha que espera digáis una palabra que le haga por el blasón lo que es por sus sentimientos y por su valor. Ved, en fin, a vuestro pueblo, que debe suponer algo para una reina, a vuestro pueblo que os quiere y que, sin embargo, tiene hambre; que no desea otra cosa que bendeciros, y que, sin embargo, os... No, me equivoco, nunca os maldecirá vuestro pueblo señora... Pero pronunciad una palabra y terminará todo; y la paz sucederá a la guerra, la alegría a las lágrimas, la felicidad a las calamidades.

Ana de Austria miró con asombro el marcial semblante de Artagnan, revestido de una singular expresión de enternecimiento.

—¿Por qué no me manifestasteis eso antes de hacer lo que habéis hecho? —preguntó.

—Porque se trataba, señora, de probar a V M. una cosa de que a mi parecer dudaba, esto es, que aún tenemos algún valor, y que es justo se haga algún caso de nosotros.

—Y según veo, semejante valor no retrocedería ante ningún obstáculo —dijo Ana de Austria.

—Hasta ahora así ha sucedido —respondió Artagnan—, ¿por qué había de retroceder en lo sucesivo?

—Y suponiendo una negativa, y por consiguiente una lucha, ¿llegaría ese valor hasta arrancarme de mi corte para entregarme a la Fronda como con mi ministro habéis hecho?

—Nunca hemos pensado en tal cosa, señora —dijo Artagnan con la jactancia gascona que le era habitual—; pero si entre los cuatro resolviéramos hacerlo, no dudo que lo conseguiríamos.

—Ya debía yo saberlo —murmuró Ana de Austria—; son hombres de hierro.

—¡Ah, señora! —exclamó Artagnan—. Eso me prueba que tenéis hace tiempo idea cabal de lo que valemos.

—¿Y si por ventura la tuviera? —preguntó Ana de Austria.

—V M. nos haría justicia; y haciéndonos justicia, no nos tratará como a hombres vulgares, sino que verá en mí un embajador digno de los grandes intereses que tengo la misión de discutir.

—¿Dónde está el tratado?

—Aquí.

Ana de Austria pasó la vista por el tratado que Artagnan le presentaba.

—Aquí no veo más —dijo— que las condiciones generales. Los intereses de Conti, de Beaufort, de Bouillon, de Elbeuf y del señor coadjutor están a cubierto. Pero ¿y los vuestros?

—Sabemos hacernos justicia, señora, aunque también ponernos a la altura que nos corresponde. Hemos creído que nuestros nombres no eran dignos de figurar al lado de esos otros tan elevados.

—Pero supongo que no habréis renunciado a exponerme vuestras pretensiones de viva voz.

—Creo, señora, que sois una reina grande y poderosa, y que sería indigno de vuestra grandeza y poderío no recompensar dignamente a los que traigan a Su Eminencia a San Germán.

—Tal es mi intención —contestó la reina—: hablad.

—El que ha intervenido en el negocio (perdonad, señora, si empiezo por mí, mas me es forzoso darme la importancia, no que he tomado, sino que han tenido a bien concederme), el que ha intervenido en el negocio del rescate del señor

cardenal, a nombrado, en mi concepto, para que la recompensa no sea inferior a V M., jefe de guardias; una cosa así como coronel de mosqueteros.

—¿Me solicitáis el puesto del señor de Tréville?

—Hace un año que dejó su puesto el señor de Tréville, señora, y todavía no se ha provisto la vacante.

—Es uno de los principales cargos militares de la casa real.

—El señor de Tréville era un segundón de Gascuña, como yo, señora, y le ha desempeñado durante veinte años.

—Para todo tenéis respuesta —dijo Ana de Austria.

Y tomando de encima de la mesa un real despacho, le llenó y le firmó.

—Por cierto, señora —dijo Artagnan cogiendo el despacho e inclinándose—, que me dais una recompensa noble, pero en este mundo todo es inestable y el hombre que cayese en desgracia de V M. perdería mañana su empleo.

—¿Pues qué queréis entonces? —preguntó la reina ruborizada de que penetrase sus intenciones aquel hombre de espíritu tan sutil como el suyo.

—Cien mil escudos para este pobre capitán de mosqueteros, pagaderos el día en que V M. se canse de sus servicios.

Ana dudaba.

—¡Pensad —prosiguió Artagnan—, que los parisienses ofrecían el otro día por un decreto del Parlamento seiscientos mil escudos al que les entregará al cardenal vivo o muerto; vivo para ahorcarle; muerto, para arrastrarle a un muladar!

Vamos —dijo Ana de Austria—, os ponéis en la razón, ya que no pedís a una reina más que la sexta parte de lo que el Parlamento ofrece. Y firmó un recibo de cien mil escudos.

—¿Hay algo más?

—Señora, mi amigo Du-Vallon es rico y por consiguiente en cuanto a bienes de fortuna nada desea; pero si mal no recuerdo, ha tratado con el señor cardenal de erigir sus tierras en baronía, y aun me parece que éste se lo ha prometido así formalmente.

—¡Un hombre de su esfera! —dijo Ana de Austria—. Van a reírse de él.

—Puede ser —contestó Artagnan—, pero de una cosa estoy seguro: de que los que lo hagan en su presencia no se reirán dos veces.

—Pase la baronía —dijo Ana de Austria. Y firmóla.

—Ahora falta el caballero o el abate de Herblay, como guste V M.

—¿Busca ser obispo?

—No, señora; una cosa más fácil.

—¿Cuál?

—Que se digne el monarca ser padrino del hijo de la señora de Longueville.

Sonrióse la reina.

—El señor de Longueville desciende de real raza —dijo Artagnan.

—Sí —repuso la reina—, pero ¿y su hijo?

—Su hijo, señora..., debe descender también, como el esposo de su madre.

—¿Y nada más pide vuestro amigo para la señora de Longueville?

—No, señora, pues supone que dignándose V M. ser padrino del hijo, no puede hacer a la madre cuando salga a misa de parida un regalo menor de quinientas mil libras, conservando como es natural al padre en el gobierno de la Normandía.

—En cuanto al gobierno de la Normandía, no tengo dificultad —dijo la reina—; mas por lo que hace a las quinientas mil libras, el señor cardenal no se cansa de repetirme que no hay dinero en el erario.

—Lo buscaremos juntos, señora, si lo permite V M., y ya hallaremos alguno.

—Adelante.

—¿Adelante decís?

—Sí.

—No hay más.

—¿Pues no tenéis otro amigo?

—Sí, señora, el señor conde de la Fère.

—¿Qué desea?

—Nada.

—¿Nada?

—No.

—¿Existe acaso un hombre que pudiendo pedir, no pida?

—Existe el conde de la Fère; pero el conde de la Fère no es hombre.

—¿Pues qué es?

—Un semidiós, señora.

—¿No tiene un hijo o un sobrino de quien me ha hablado Comminges con elogio, y que fue portador de las banderas de Lens en compañía del señor de Chatillon?

—Tiene un pupilo llamado el vizconde de Bragelonne.

—Si diésemos a ese joven un regimiento, ¿qué diría su tutor?

—Tal vez aceptaría.

—¿Tal vez?

—Sí, como V M. se lo rogara.

—Tenéis razón, caballero, singular persona es el conde. Pues bien, reflexionaremos, y quizá nos decidamos a rogárselo. ¿Estáis satisfecho?

—Sí, señora, pero hay una cosa que no ha firmado V M.

—¿Cuál?

—La más interesante.

—¿Mi conformidad con el tratado?

—Sí.

—¿Para qué? Mañana le firmo.

—Puedo afirmar a V M. que si no firma ahora, luego no tendrá tiempo para hacerlo. Suplícola, por tanto, que se digne poner al pie de este programa escrito todo de puño y letra de Mazarino, lo siguiente:

«Consiento en ratificar el tratado propuesto por los parisienses.» No había salida: la reina no podía retroceder y firmó. Mas apenas lo hubo hecho, cuando se suscitó en ella el orgullo con la fuerza de una tempestad, y rompió a llorar.

Conmovióse Artagnan al ver sus lágrimas. En aquel tiempo lloraban las reinas como las demás mujeres.

El gascón movió la cabeza. Parecía que el regio llanto le abrasaba el corazón.

—Señora —dijo arrodillándose—, mirad al desgraciado caballero que a vuestros pies está, y que os suplica creáis que todo será posible para él, mandándolo V M. Tiene fe en sí mismo, en sus compañeros y también quiere tenerla en su reina, y en prueba de que nada teme y de que con nada especula, traerá al señor Mazarino y le entregará a V M. sin condiciones. Aquí tenéis, señora, los documentos autorizados por la sagrada firma de V M.; si os parece justo me los devolveréis; pero desde este instante a nada os comprometen.

Sin levantarse y con los ojos chispeantes de orgullo y varonil intrepidez, Artagnan devolvió a Ana de Austria aquellos papeles que le arrancara uno a uno y con tanto sacrificio.

Hay momentos, pues aunque no todo es bueno, tampoco es todo malo en el mundo, hay momentos en que en los corazones más duros y fríos brota, regado por las lágrimas de una emoción sublime, un generoso sentimiento que pronto sofocan el cálculo y el orgullo, si otro corazón no se apodera de él cuando nace. Encontrábase Ana en uno de estos momentos. Artagnan, cediendo a su emoción en armonía con la de la reina, había dado el paso más profundamente diplomático que podía, e inmediatamente recibió el premio de su habilidad o de su desinterés, según se atribuya a su talento o a su corazón el motivo que le inclinara a proceder de aquella manera.

—Tenéis razón, caballero —dijo Ana—, no os había conocido. Ahí están los documentos firmados: os los devuelvo libremente, idos, y traedme cuanto antes al señor cardenal.

—Señora —repuso Artagnan—, veinte años ha, si no me engaña mi memoria, que tuve el honor de besar una de esas manos por detrás de un tapiz de las casas consistoriales.

—Aquí está la otra —dijo la reina—, y a fin de que la izquierda no sea menos liberal que su compañera —dijo quitándose una sortija de brillantes, semejante a la primera—, tomad, y conservad este anillo en memoria mía.

—Señora —respondió Artagnan levantándose—, no tengo más que un deseo, y es que la primera cosa que me pidáis sea mi vida.

Y con la gallardía que le era acostumbrada, saludó y se marchó.

—No he conocido a esos hombres —dijo Ana de Austria mirando a Artagnan cuando se alejaba—, y es ya muy tarde para servirme de ellos; dentro de un año será el rey mayor de edad.

Quince horas después llevaban Artagnan y Porthos a Mazarino a presencia de la reina, y recibían, el uno su nombramiento de capitán de mosqueteros, y el otro su diploma de barón.

—¿Quedáis contentos? —preguntó Ana de Austria.

Artagnan se inclinó, pero Porthos tomó el diploma y empezó a darle vueltas entre las manos mirando a Mazarino.

—Falta, señor, que me habéis prometido conferirme las insignias de una orden a la primera promoción.

—Pero, señor barón —dijo Mazarin6—, ya sabéis que no se puede ser caballero de esta orden sin prueba de nobleza.

—¡Oh! dijo Porthos—. No creáis que solicito para mí el cordón azul.

—¿Pues para quién? —preguntó Mazarino.

—Pues para mi amigo el señor conde de la Fère.

—¡Oh! Eso es distinto —dijo la reina—. Ya tiene presentadas sus pruebas.

—¿Será nombrado?

—Ya lo está.

El mismo día firmábase el tratado de París, diciéndose en público que el cardenal había estado encerrado tres días para hacerle con mayor esmero.

He aquí lo que ganaba cada individuo por este tratado:

Conti se quedaba con Dauvillers, y habiéndose acreditado lo suficiente como general, se le autorizaba para continuar la carrera militar y ,no ser cardenal. Pronunciáronse, además, algunas frases sueltas sobre su unión con una sobrina de Mazarino, frases que el príncipe acogió con benevolencia, pues, con tal que le casaran, le importaba poco con quién.

El duque de Beaufort volvía a la corte con todas las reparaciones debidas a las ofensas que habíansele inferido, y con todos los honores que reclamaba su categoría. Se concedía pleno y entero indulto a los que le habían ayudado en su fuga, y se le daba la futura del almirantazgo que ejercía el duque de Vendóme, su padre, indemnización por las casas y castillos de su propiedad, demolidos por mandato del Parlamento de Bretaña.

El duque de Bouillon recibía dominios de un valor equivalente al de su principado de Sedán; una indemnización por los ocho años que dejó de usufructuar este principado y el título de príncipe para sí y su familia.

El duque de Longueville, el gobierno de Pont-del-l'Arche, quinientas mil libras para su mujer, y el honor de que tuvieran a su hijo en las fuentes bautismales del rey y la joven Enriqueta de Inglaterra.

Aramis estipuló que Bazin oficiase en esta solemnidad, y que Planchet fuera el contratista de los dulces.

El duque de Elbeuf obtuvo el pago de ciertas cantidades debidas a su mujer, cien mil libras para su hijo primogénito y veinticinco mil para cada uno de los restantes.

Sólo el coadjutor no logró nada; cierto es que se le prometió tratar de su capelo con el Papa; pero no ignoraba Gondi el poco caso que debía hacer de semejante promesa, en boca de la reina y de Mazarino. Por el contrario, de Conti se veía obligado a ser militar por no poder ser cardenal.

Así fue que, cuando todo París se regocijaba con la próxima entrada del monarca, señalada para dentro de dos días, Gondi, en medio de la general alegría, estaba tan malhumorado, que envió inmediatamente a buscar a dos hombres, a quienes solía recurrir siempre que se encontraba en tal disposición de ánimo.

Estos dos hombres eran el conde de Rochefort y el mendigo de San Eustaquio.

Acudieron al llamamiento con su habitual puntualidad, y el coadjutor pasó con ellos parte de la noche.

XCIII.— DONDE SE VE QUE A VECES CUESTA MÁS TRABAJO A LOS MONARCAS ENTRAR EN LA CAPITAL DE SU REINO QUE SALIR DE ELLA

En tanto que Artagnan y Porthos conducían al cardenal a San Germán, Athos y Aramis, separándose de ellos en San Dionisio, entraban en París.

Cada uno tenía que hacer su visita.

No bien se quitó las botas Aramis, corrió a las casas consistoriales, donde estaba la señora de Longueville. La linda duquesa prorrumpió en agudos gritos a la primera noticia de la paz. La guerra la hacía reina, la paz producía su abdicación; declaró, pues, que jamás se adheriría al tratado, y que quería una guerra sin término.

Pero luego que le presentó Aramis esta paz bajo su verdadero punto de vista, con todas sus ventajas, luego que le prometió en cambio de su precaria y disputada soberanía de París el virreinato de Pont-de-l'Arche, es decir, de toda la Normandía; luego que hizo sonar a sus oídos las quinientas mil libras prometidas por el cardenal; luego que la puso de manifiesto el honor que le hacía el monarca teniendo en la pila baustismal a su hijo, la señora de Longueville no disputó más que por la costumbre que de disputar tienen todas las mujeres hermosas, y no se defendió sino para rendirse.

Aramis fingió creer en su oposición, y no quiso quitarse a sus propios ojos el mérito de persuadirla.

—Señora —le dijo—, quisisteis derrotar una vez al príncipe vuestro hermano, al mejor capitán de la época, y cuando quieren una cosa las mujeres de genio, la consiguen. Lo habéis logrado: el príncipe queda derrotado, puesto que no puede seguir haciéndonos la guerra. Atraedle ahora a nuestro partido. Separadle con suavidad de la reina, a quien no ama, y de Mazarino, a quien desprecia. La Fronda es una comedia; todavía no se ha representado más que el primer acto; esperemos al cardenal en el desenlace, en el día en que, merced a vos, se vuelva el señor príncipe contra la corte.

La señora de Longueville quedó convencida. Tan convencida estaba la duquesa frondista del poderío de sus hermosos ojos, que no dudó de su influencia ni aún sobre el príncipe de Condé, y la crónica escandalosa de la época cuenta que no era su presunción sobrada.

Después de separarse Athos de Aramis en la Plaza Real, dirigióse a casa de la señora de Chevreuse, otra frondista a quien había que convencer, pero más difícil de persuadir que su joven rival, pues no se había estipulado en su favor ninguna condición; no se nombraba a la: señora de Chevreuse gobernador de provincia, y si la reina consentía en ser madrina, no podía serlo sino de un nieto o nieta suya.

De modo que a las primeras palabras de paz, la señora de Chevreuse frunció el ceño, y a pesar de toda la lógica de Athos dirigida a probarle que era imposible prolongar la guerra, insistió en favor de las hostilidades.

—Hermosa amiga —dijo Athos—, permitidme os manifieste que todos están ya cansados de guerra, que a excepción de vos y del señor coadjutor tal vez, todos quieren la paz. Os exponéis a que os destierren como en tiempos de Luis XIII. Creedme, ya hemos pasado de la edad de las intrigas, y vuestros encantadores ojos no están destinados a marchitarse llorando a París, donde siempre que le habitéis habrá dos reinas.

—¡Oh! —dijo la duquesa—. No puedo hacer la guerra yo sola, mas puedo vengarme de esa reina ingrata, de ese ambicioso favorito, y... me vengaré a fe de duquesa.

—Señora —repuso—, os ruego que no hagáis se malogre el porvenir del señor de Bragelonne; ya está en camino, el príncipe le estima; es joven; dejemos que ejerza la soberanía un monarca joven. ¡Ah! Perdonad mi debilidad, señora; llega un tiempo en que el hombre resucita y se rejuvenece en sus hijos.

Sonrióse la duquesa entre afectuosa e irónica.

—Conde —dijo—, mucho me temo que estéis ganando el partido de la corte. ¿Lleváis, por ventura, el cordón de alguna orden en el bolsillo?

—Sí, señora —contestó Athos—, el de la Jarretiera, que me dio el rey Carlos I pocos días antes de su muerte.

Decía verdad el conde; ignoraba la petición de Pqrthos, y por tanto, la concesión que la reina le hiciera de las insignia§ de otra orden.

—Veo que es necesario resignarme a ser vieja —dijo la duquesa, pensativa.

Cogióle Athos la mano y se la besó. Ella le miró sonriéndose.

—Conde —dijo—, admirable residencia debe de ser Bragelonne.

Sois hombre de gusto y seguro que tendréis allí muchas fuentes, bosques y flores.

Diciendo esto exhaló otro suspiro y apoyó su linda cabeza en las palmas de sus manos, ahuecadas con coquetismo y siempre admirables por su forma y blancura.

—Señora —replicó el conde—, ¿qué estabais diciendo? Nunca os he visto tan joven, nunca os he visto tan bella.

La duquesa sacudió la cabeza.

—¿Se queda en París el señor de Bragelonne? —preguntó.

—¿Qué opináis? —repuso Athos.

—Dejádmele —contestó la duquesa.

—No, señora. Si habéis olvidado la historia de Edipo, yo no.

—Por cierto que sois afabilísimo, conde. Mucho desearía pasar un mes en Bragelonne.

—¿Y no teméis granjearme demasiados envidiosos, duquesa? —preguntó Athos.

—No, pues iré de incógnito, bajo el nombre de María Michon.

—Sois admirable, señora.

—Pero no dejéis que Raúl viva allí.

—¿Por qué?

—Porque está enamorado.

—¡Un niño!

—Es que adora a una niña. Athos se quedó pensativo.

—Tenéis razón, duquesa; ese amor tan extraño en un niño de diecisiete años, puede hacerle desgraciado algún día. En Flandes va a haber guerra: irá.

—Y cuando regrese me lo enviaréis, y yo le pondré una fuerte coraza contra el amor.

—¡Ah, señora! —murmuró Athos—. Hoy día sucede con el amor lo que con la guerra: son inútiles las corazas.

En aquel momento entró Raúl y comunicó a su padre y a la duquesa que el conde de Guiche, su amigo, le había participado que la entrada solemne del rey, de la reina y del ministro debía verificarse al otro día.

Efectivamente, desde el amanecer empezó la corte a hacer sus preparativos para salir de San Germán. La noche anterior había enviado la reina a llamar a Artagnan.

—Caballero —díjole—, me aseguran que París no está tranquilo y temo por el rey: colocaos a la portezuela de la derecha.

—Cálmese V M. —dijo Artagnan—; respondo del rey.

Y se marchó, saludando a la reina.

Al salir se encontró con Bernouin, quien le dijo que el cardenal le esperaba para hablarle de asuntos de importancia.

Inmediatamente presentóse al cardenal.

—Caballero —le dijo el ministro—, se habla de turbulencias en París. Yo iré a la izquierda del monarca, y cómo las principales amenazas se dirigirán contra mí, colocaos a la portezuela de la izquierda.

—No tenga cuidado Vuestra Eminencia —dijo Artagnan—, no os tocarán ni un cabello.

—¡Diantre! —murmuró en la antesala—. ¿Cómo salir de este apuro? ¡No puedo estar al mismo tiempo junto a la portezuela izquierda y junto a la derecha! ¡Bah! Defenderé al rey y que Porthos defienda al cardenal.

Este arreglo gustó a todos, lo cual suele suceder muy raras veces; la reina tenía confianza en el valor de Artagnan, que le era notorio, y el cardenal en la fuerza de Porthos, que tenía experimentada.

La comitiva marchó por un orden determinado de antemano, iban delante Guitaut y Comminges a la cabeza de los guardias; seguía el regio carruaje con Artagnan a una portezuela y Porthos a la otra, y cerraban la marcha los mosqueteros, compañeros antiguos de Artagnan, que los conocía hacía veintidós años, que había sido veinte años su teniente y que era su capitán desde la víspera.

Al llegar a la barrera fue vitoreado el carruaje con gritos de ¡viva el rey!, ¡viva la reina! También hubo algunos vivas a Mazarino, que no tuvieron eco. Los reyes se dirigieron a Nuestra Señora, donde debía cantarse un solemne *Te-Deum.*

Toda la población de París estaba en la calle. Habíanse escalonado los suizos en la carrera, mas como ésta era larga, entre soldado y soldado quedaba una distancia de unos ocho pasos y no había más que una fila. Era, pues, enteramente insuficiente esta animada muralla, que rota más de una vez por las oleadas del pueblo, sólo se rehacía a costa de grandes esfuerzos.

A cada arremetida, que nada tenía de hostil, pues provenía de los deseos de los parisienses de ver a su rey y a su reina, que habían estado ausentes un año, Ana de Austria miraba inquietamente a Artagnan y éste la tranquilizaba con una sonrisa.

Mazarino, que había gastado mil luises para que gritaran ¡viva Mazarino! y que tasaba los gritos prorrumpidos hasta entonces en menos de veinte doblones, miraba también con inquietud a Porthos; pero el gigantesco guardia de corps le contestaba con tan arrogante voz de bajo, «no hay cuidado, señor», que en efecto, Mazarino iba perdiendo gradualmente sus recelos.

Frente al Palacio Real era más numerosa aún la muchedumbre, porque afluía en la plaza por todas las calles adyacentes, saliendo como un ancho y alborotado río al encuentro del carruaje y corriendo tumultuosamente por la calle de San Honorio.

Cuando entraron los monarcas en la plaza se oyeron grandes clamores de ¡vivan sus majestades! Mazarino se asomó a la portezuela; dos o tres voces de ¡viva el cardenal! saludaron su aparición, pero casi al mismo tiempo las sofocó sin compasión un coro general de silbidos y gritos. Perdió el color Mazarino y se echó precipitadamente hacia atrás.

—¡Canalla! —murmuró Porthos.

Artagnan nada dijo pero se atusó el bigote de un modo no acostumbrado que indicaba que ya empezaba a exaltarse su bilis gascona. Ana de Austria se acercó al oído del rey, y díjole en voz baja:

—Dad alguna muestra de agrado y dirigid algunas palabras al señor de Artagnan.

El joven rey se asomó a la portezuela y dijo:

—No os he dado aún los buenos días, Artagnan, pero no es por no haberos conocido. Vos sois el que se ocultó detrás de las cortinas de mi casa la noche que quisieron los parisienses verme dormido.

—Y si lo permite el rey —contestó Artagnan—, yo seré siempre quien esté a su lado cuando corra S. M. algún peligro.

—Caballero —dijo Mazarino a Porthos—, ¿qué haríais si se arrojase contra nosotros toda esa gente?

—Matar a cuantos pudiera, señor —respondió Porthos.

—¡Hum! —exclamó Mazarino— Por valiente y vigoroso que seáis, no los podéis matar a todos.

—Es cierto —respondió Porthos empinándose sobre los estribos para ver mejor—; es verdad, hay muchos.

—El otro es preferible —dijo Mazarino.

Y volvióse a recostar en el fondo del carruaje.

Razón tenía la reina y su ministro, o cuando menos este último, para sentir alguna inquietud. La muchedumbre, aunque guardaba las apariencias de respeto y aún de cariño al rey y a la regente, empezaba a agitarse tumultuosamente. Oíanse circular esos sordos rumores que cuando corren sobre las olas señalan la tempestad y cuando se alzan sobre las turbas presagian el motín.

Volvióse Artagnan a los mosqueteros y les guiñó el ojo de un modo imperceptible para el pueblo, pero suficientemente comprensible para aquella escogida tropa.

Las filas de la caballería se estrecharon y corrió por entre los jinetes un ligero murmullo.

En la *barrera de los Sargentos* hicieron alto. Comminges abandonó la escolta a cuya cabeza iba, y se acercó al carruaje de la reina. Esta interrogó a Artagnan con una mirada, y Artagnan le contestó en el mismo lenguaje.

—Id adelante —ordenó la reina.

Volvió Comminges a su puesto: hízose un esfuerzo y la animada barrera se rompió violentamente.

Àlzáronse algunos rumores entre la muchedumbre dirigidos entonces tanto contra el rey como contra el ministro.

—¡Adelante! —gritó Artagnan con voz sonora.

—Adelante —repitió Porthos.

Mas como si la multitud hubiese esperado tan sólo esta demostración, al verla se pusieron de manifiesto los hostiles sentimientos que abrigaba. Por todas partes resonaron gritos de «¡muera Mazarino!, ¡muera el cardenal!».

Al mismo tiempo desembocaron dos amenazadores grupos por las calles de Grenelle y du—Coq, rompiendo la débil fila de guardias suizos y llegando como un torbellino hasta los pies de los caballos de Artagnan y Porthos.

Esta nueva irrupción era más terrible que las otras, porque se componía de gente armada, y mejor armada que suele estarlo el pueblo en semejantes casos. Veíase que el movimiento no era efecto de la casualidad que hubiera reunido cierto número de descontentos en el mismo punto, sino combinación de un hombre que había organizado el ataque.

Marchaba al frente de cada turba su jefe; el uno no parecía individuo del pueblo, sino de la honrada congregación de mendigos; en el otro, a pesar de su afectación por imitar los modales de la plebe, se reconocía con facilidad a un caballero.

Ambos obraban evidentemente movidos por el mismo impulso. Sintióse un fuerte sacudimiento que se comunicó al mismo carruaje real; y en pos de él se dejaron oír muchos gritos formando un solo clamor, entrecortado por algunos tiros.

—¡Mosqueteros, a mí! —gritó Artagnan.

Dividióse la escolta en dos filas; la una pasó a la derecha del coche, la otra a la izquierda; la primera fue a auxiliar a Artagnan, la segunda a Porthos.

Empeñóse entonces una lucha, tanto más terrible, cuanto que nadie sabía por qué ni por quién batallaba.

El choque fue horrible como todos los movimientos del popula

cho; los mosqueteros, poco numerosos y mal alineados, no podían manejar sus caballos en medio de aquella turba, y empezaban a verse arrollados. Artagnan aconsejó al rey que echase las persianas del coche, pero el joven monarca tendió el brazo diciendo:

—No, Artagnan, deseo verlo.

—Si quiere ver V M. —dijo Artagnan—, mire enhorabuena.

Y volviéndose con la rabia que tan terrible le hacía, cayó sobre el jefe de los amotinados, que con una pistola en la mano y un espadón en la otra, hacía mil esfuerzos a fin de abrirse paso hasta el carruaje luchando con dos mosqueteros.

—¡Paso, voto a cien! —gritó Artagnan.

A esta voz alzó la cabeza el de la pistola y el espadón, pero ya era tarde; Artagnan le había atravesado el pecho con su tizona.

—¡Por vida de!... —dijo el mosquetero deteniendo, aunque tarde, el golpe—. ¿Qué diablos veníais a hacer aquí, conde?

—Ésta era mi estrella —respondió Rochefort doblando la rodilla—; de tres estocadas vuestras me he curado, mas no me curaré de la cuarta.

—Conde dijo Artagnan con cierta emoción—, os he herido sin conoceros, si morís sentiría que fuera con sentimientos de odio contra mí.

Rochefort presentó la mano a Artagnan, cogióla éste; el conde quiso hablar, pero le atajo la palabra una bocanada de sangre; contrájose su cuerpo en la última convulsión y expiró.

—¡Atrás, miserables! —gritó Artagnan—, ya ha muerto vuestro jefe, estáis de más aquí.

En efecto, cual si el conde de Rochefort fuera el alma del ataque que por aquel lado del carruaje se, daba, la turba, que le seguía y obedecía, volvió las espaldas al verle caer. Artagnan dio una carga por la calle du—Coq con unos veinte mosqueteros, y aquella parte del motín disipóse como una humareda, diseminándose por la plaza de San Germán l'Auxerrois y desapareciendo por los muelles.

Hecho esto, volvió atrás para ayudar a Porthos si lo necesitaba; pero Porthos por su parte había desempeñado su tarea tan concienzudamente como Artagnan. No se encontraba menos limpia la izquierda del carruaje que la derecha, y Mazarino, que menos belicoso que el rey tomó la precaución de cerrar la persiana de su portezuela, la había ya vuelto a abrir.

El aspecto de Porthos era sumamente triste.

—¿Qué diablo de cara poneís, Porthos? ¡Vaya una facha para vencedor!

—Pues vos —dijo Porthos—, también parece que estáis emocionado.

—Y con razón, ¡voto a tantos! Acabo de matar a un antiguo amigo.

—¿De veras? —dijo Porthos—. ¿A quién?

—Al infeliz conde de Rochefort.

—¿Sí? Pues a mí me ha sucedido una cosa semejante; he matado a un hombre cuyo rostro no me es desconocido; pero por desgracia le dí en la cabeza y al momento se cubrió de sangre.

—¿Y no dijo nada al caer? —Sí, dijo... ¡Uf!

—Confieso dijo Artagnan sin poder contener la risa—, que si no ha dicho más, poco se puede sacar en limpio.

—¿Qué tenemos, caballero? —preguntó la reina.

—Señora —contestó Artagnan—, el camino está enteramente despejado y V M. puede continuar adelante sin recelo de ninguna especie. Efectivamente, toda la comitiva llegó sin novedad a la Iglesia de Nuestra Señora, bajo cuyo pórtico se hallaba reunido el clero con el coadjutor a la cabeza esperando al rey, la reina y el ministro, por cuyo feliz regreso debía cantarse un *Te-Deum.*

Durante el oficio divino y cuando ya tocaba a su fin, entró apresuradamente en la iglesia un muchacho, corrió a la sacristía, se vistió rápidamente de monaguillo, y atravesando, por entre la turba que llenaba el templo, se aproximaba a Bazin, el cual vestido con su ropón azul y empuñando un bastón guarnecido de plata, se hallaba gravemente colocado frente al perrero a la entrada del coro.

Notó Bazin que le tiraban de la manga, bajó los ojos, beatíficamente alzados al cielo, y vio a Friquet.

—¡Eh, tunante! ¿qué sucede? ¿Cómo os atrevéis a interrumpirme en el ejercicio de mis funciones? —preguntó el bedel.

—Sucede, señor Bazin —dijo Friquet—, que el señor Maillard... y sabéis quien es, el repartidor de agua bendita de San Eustaquio...

—Sí, adelante.

—Ha recibido en la lucha una cuchillada en la cabeza; ese gigantón que véis allí lleno de bordados se la ha dado.

—Entonces —dijo Bazin—, debe estar muy malo.

—Tan malo que se acaba, y que antes de morir quiere confesarse con el señor coadjutor, que dicen tiene poder para perdonar los pecados mortales.

—¿Y supone que el señor coadjutor ha de incomodarse por él?

—Sí, pues parece que se lo tiene prometido.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El mismo señor Maillard.

—¿Le has visto?

—Cuando cayó herido permanecía yo delante.

—¿Qué hacías allí?

—¡Toma! Gritar ¡abajo Mazarino!, ¡muera el cardenal!, ¡que ahorquen al italiano! ¿No me dijisteis que gritara eso?

—¿Queréis callar, tunante? —preguntó Bazin mirando en torno suyo.

—Conque el pobre señor Maillard me vio y me dijo: «Corre a buscar al señor coadjutor, Friquet, y si me lo traes te hago mi heredero.» ¿Qué tal, maese Bazin? heredero del señor Maillard, el repartidor del agua bendita de San Eustaquio, ¿eh? Ya puedo tumbarme a la larga. De todos modos yo desearía hacerle ese favor, ¿qué decís?

—Voy a avisar al señor coadjutor —respondió Bazin.

Acercóse, en efecto, respetuosa y lentamente al prelado, y díjole al oído algunas palabras, a que contestó éste con una seña afirmativa. Volviéndose entonces por sus pasos contados, añadió:

—Anda a decirle al moribundo que tenga paciencia, que dentro de una hora estará allí Su Eminencia.

—Bien —respondió Friquet ; ya hice mi fortuna.

—Oye —dijo Bazin—, ¿adónde le han llevado?

—A la torre de Saint-Jacques-la-Boucherie.

Y satisfecho del feliz éxito de su embajada, salió Friquet de la basílica sin quitarse el traje de monaguillo, que, por otra parte, le facilitaba el paso, y corrió cuanto pudo a la torre.

Luego que concluyó el *Te-Deum,* el coadjutor, en cumplimiento de su promesa, tomó el mismo camino, que tan conocido le era, sin quitarse el hábito sacerdotal. Llegó a tiempo. Aunque el herido iba decayendo por instantes, aún no había muerto.

Un instante después salió Friquet con un repleto saco de cuero en la mano.

Fuera ya del aposento, le abrió, y con no poca sorpresa le encontró lleno de oro. El mendigo había cumplido su promesa nombrándole su heredero.

—¡Ah madre Nanette! —exclamó Friquet casi sin poder respirar—; ¡Ah madre Nanette!

No pudo decir más; pero la fuerza que para hablar le faltaba quedóle para obrar. Arrancó a correr desesperadamente, y como aquel griego de Marathon que cayó en la plaza de Atenas con su laurel en la mano, llegó al umbral de la casa del consejero Broussel y cayó al suelo, desparramándose los luises que del saco rebosaban.

Nanette recogió primero los luises y luego a su hijo.

En aquel intermedio regresaba la regia comitiva del Palacio Real.

—Valiente es a fe Artagnan, madre —dijo el joven rey.

—Sí, hijo querido, y ha prestado grandes servicios a vuestro padre; disponedle con buenos tratamientos a que os sirva en adelante.

—Señor capitán —dijo el rey a Artagnan el apearse—; S. M. la reina me encarga que os convide a comer hoy, a vos y vuestro amigo el señor Du-Vallon.

Gran honor era ése para Artagnan y Porthos, y el último especialmente estaba fuera de sí con él. Sin embargo, no por eso abandonó su melancolía el digno caballero durante la comida.

—Pero ¿qué os pasa, barón? —le preguntó Artagnan al bajar por la escalera del Palacio Real—. ¿Qué os pasa que en el mismo banquete habéis estado tan distraído?

—Nada, sino que quisiera recordar dónde demonios he visto a ese mendigo que debo haber matado.

—¿Y no podéis lograrlo?

—No.

—Pues pensad, amigo, pensad, y cuando deis con ello, me lo diréis, ¿eh?

—Desde luego —respondió Porthos.

EPÍLOGO

Cuando volvieron a su casa los dos amigos, se encontraron con una carta de Athos, que los citaba en el Gran Carlo-Magno para la siguiente mañana.

Ambos se acostaron pronto, pero ni uno ni otro durmieron. No llega así un hombre al término de todos sus deseos sin que este resultado le quite el sueño, siquiera la primera noche.

Al siguiente día presentáronse los dos a la hora señalada en casa de Athos. Hallaron al conde y Aramis en traje de camino.

—¡Pardiez! —dijo Porthos—. Parece que nos vamos todos: yo también he hecho mi lío esta mañana.

—¡Qué remedio! —contestó Aramis—. No habiendo ya Fronda, nada nos queda que hacer en París. La señora de Longueville me ha convidado a pasar algunos días en Normandía, encargándome que vaya a disponer su alojamiento en Rouen mientras aquí bautizan a su hijo. Cumpliré esta comisión, y si no su-

cede luego ninguna novedad, volveré a enterrarme en mi convento de Nois—le Sec.

—Y yo dijo Athos—, regreso a Bragelonne. Ya lo sabéis, amigo Artagnan, de hoy en adelante sólo soy un campesino. Raúl no tiene más bienes que los míos ¡pobre muchacho! Y es menester que yo se los cuide.

—¿Y qué pensáis de Raúl?

—A vos queda confiado, amigo. En Flandes va a haber guerra: llevadle. Temo que le sea peligrosa su residencia en Blois. Conducidle y enseñadle a ser valiente y honrado como vos.

—Ya que no os tenga a mi lado —respondió Artagnan—, tendré por lo menos a mi rubio amiguito; y aunque es un niño, como que en él se ha reproducido vuestra alma, amigo Athos, siempre me figuraré que estáis conmigo acompañándome y animándome.

Los cuatro compañeros abrazáronse con los ojos bañados en lágrimas.

En seguida se separaron sin saber si volverían a verse.

Artagnan volvió a la calle Tiquetonne con Porthos, siempre distraído y pensando continuamente en quién podía ser el mendigo muerto por su mano en la refriega.

Al llegar a la fonda de la Chevrette encontraron ya preparado el equipaje del barón. Mosquetón estaba a caballo.

—Una idea me ocurre, Artagnan —dijo Porthos—: renunciad a las armas y veníos conmigo a Pierrefonds, a Bracieux o al Vallon; envejeceremos juntos conversando de nuestros amigos.

—No —dijo Artagnan—. ¡Diantre! Se va a abrir la campaña y quiero hacerla. Espero ganar alguna cosa en ella.

—¿Y qué deseáis ser ya?

—Mariscal de Francia, ¡pardiez!

—¡Hola! —dijo Porthos mirando a Artagnan, a cuyas fanfarronadas jamás se había podido acostumbrar del todo.

—Venid conmigo, Porthos —dijo Artagnan—, os haré duque.

—No —replicó Porthos—, no quiero guerrear más, ni Mosquetón tampoco. Me ha preparado una entrada solemne en mi casa, entrada que hará reventar de envidia a todos mis vecinos.

—Nada puedo contestar a eso —dijo Artagnan, que conocía la vanidad del nuevo barón—. Vaya, pues, hasta la vista, amigo.

—Hasta la vista, querido capitán —respondió Porthos—. Ya sabéis que cuando queráis venir a verme, seréis bien recibido en mi haronía.

—Sí, iré al volver de la campaña.

—Ya están preparados los bagajes, señor—dijo Mosquetón.

Y los dos amigos se separaron dándose un fuerte apretón de manos. Artagnan se quedó en la puerta siguiendo con melancólicos ojos a su amigo, que se alejaba.

Pero a los veinte pasos se detuvo éste, se dio una palmada en la frente, y volvió atrás gritando:

—Ya me acuerdo.

—¿De qué? —preguntó Artagnan.

—De quién era el mendigo.

—¿Sí? ¿Y quién era?

—Aquel miserable de Bonacieux.

Y rebosando satisfacción al sentir descartado su ánimo del peso que le oprimía, se reunió Porthos de nuevo con Mosquetón, y desapareció con él tras una esquina.

Artagnan permaneció un instante inmóvil y pensativo: volvió luego la cabeza y vio a la linda Magdalena, que inquieta con el nuevo en

grandecimiento de su huésped, estaba observándole de pie junto al umbral de la puerta.

—Magdalena —dijo el gascón—, preparadme cuarto principal, porque ahora que soy capitán de mosqueteros, es forzoso que viva con alguna ostentación. Pero reservadme también mi cuarto del quinto piso; ¿quién sabe lo que puede ocurrir más adelante?